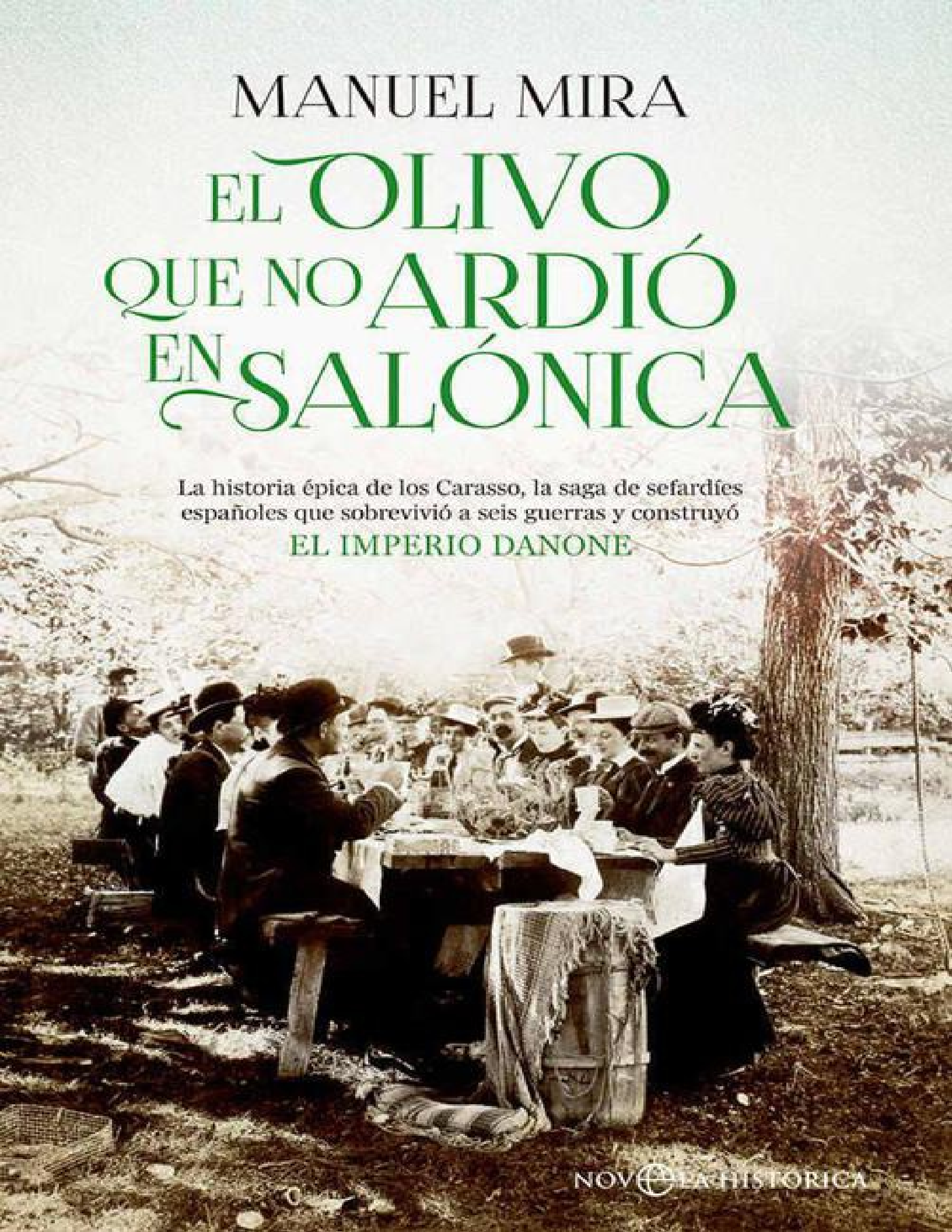
MANUEL MIRA

EL OLIVO QUE NO ARDIÓ EN SALÓNICA

La historia épica de los Carasso, la saga de sefardíes españoles que sobrevivió a seis guerras y construyó EL IMPERIO DANONE



NOVELA HISTÓRICA

Índice

Dedicatoria
Cita
Prólogo. El cementerio judío de Bayona

Libro I. El bacilo búlgaro
Libro II. Las guerras
Libro III. La huida
Libro IV. A muerte

Después, en tiempos de paz
Agradecimientos
Bibliografía
Créditos

Para Martín,
que nació con estas páginas
y se abrió con ellas al mundo.

«Yo jamás he visto amor patrio
como el amor de los judíos españoles.
Tantas injusticias no han sido parte a
inspirarles desvío a esta madre España
convertida para ellos en madrastra».

EMILIO CASTELAR, «El gueto»,
artículo recogido en *Recuerdos de Italia*

Prólogo
El cementerio judío de Bayona

Pocos cementerios hay tan desoladores como el judío de Bayona. Perdido entre el mar de tumbas, todas iguales, grises, agrietadas, pegadas a la tierra, encontré una lluviosa y fría mañana del otoño de 2014 la de Isaac Carasso Nehama, junto a la de su madre, Estrella.

Me acompañaba mi amigo Fernando Riquelme, cónsul de España en Pau. Gracias a él, que portaba la clave para acceder al recinto, vallado como un campo de concentración, pude dar con el arca perdida del sefardí. También Fernando había conseguido, meses antes, el certificado de defunción de Isaac. No murió en Pau. Muy pocos, probablemente nadie, saben que fue en la localidad de Billère, en una casa con nombre español: Villa Esteban. Isaac amaba a España, especialmente al País Vasco.

Sentí una profunda e ineluctable tristeza cuando descubrí las tumbas. Nos costó más de una hora dar con ellas. Daba la impresión de que habían sido remozadas hacía poco tiempo. Las dos lápidas se destacaban del resto al estar elevadas unos centímetros sobre el suelo.

Estuve largo rato observando la piedra del color de la pizarra, imaginando los ataúdes de delgadas tablas de pino, con agujeros en su base, así los cuerpos se aseguraban el contacto directo con la tierra. Y escuché el miedo aterrador de los muertos.

¿Por qué?, me pregunté, intentando hallar una explicación a la desidia, la lejanía, la vociferante soledad a las que parecía haber sido condenado un hombre que sobrevivió a seis guerras; que inició la transformación de los hábitos alimenticios del planeta desde el tercer piso de una casa en el Carrer dels Àngels de Barcelona. Que había compartido junto al Nobel Ilya Metchnikoff el sueño de prolongar la vida. Isaac Carasso, el infatigable buscador de las viejas fórmulas tracias que elaboraban el elixir del *jaurt* búlgaro, del yogur en su acepción más pura. El proveedor de la familia real española. El honorable judío de la comunidad Talmud Torá de Salónica. El padre del imperio Danone.

Uno de los protagonistas de *El olivo que no ardió en Salónica* reflexiona en estas páginas sobre el concepto de huida. «Es un pensamiento devastador —dice—. Huir de qué es una sensación paralizante; huir hacia dónde es mucho peor: es un dilema».

La soledad y el abandono de Isaac Carasso en el cementerio de Bayona encajan con absoluta precisión esa reflexión en el marco del miedo. Del miedo como uno de los grandes enigmas sin resolver en el ser humano, más aún si cabe en un judío. Fue el azar, aliado del miedo, lo que condujo a Isaac Carasso y a su madre a descansar en un lugar remoto y perdido, olvidados y ocultos.

El olivo que no ardió en Salónica es una historia sobre el miedo en las vísceras del hombre. Sobre maletas llenas de miedo dispuestas a viajar, a huir hacia cualquier parte en un intento desesperado de resolver el dilema que paraliza a quienes las portan. Pero también lo es de una

familia de supervivientes. A los Carasso, como al olivo indemne ante el pavoroso incendio que asoló la «Jerusalén sefardí» en 1917, les ha dotado la vida de la extraña inmunidad que poseen quienes más temen, quienes más sufren. El ejemplo de este olivo, como el de Isaac Carasso y los suyos, es el altivo gesto de quienes se resisten a sucumbir. El carácter épico de la efeméride familiar no lo transmiten sus acciones heroicas, sino su resistencia ante la tragedia.

Los protagonistas de *El olivo que no ardió en Salónica* se preguntan constantemente por el miedo porque son ellos mismos el miedo. Ser judíos sefardíes equivale a ser portadores del miedo. Isaac Carasso descansa en Bayona tras una interminable marcha que empieza en algún lugar de España en 1492. Su vida, su aventura vital, sus sueños se reducen a ese viaje inadvertido que se prolonga durante siglos y perdura en el corazón mismo de la memoria: la nostalgia.

Hallar la tumba de Isaac Carasso en Bayona significó para mí tanto como conocer, por fin, al hombre que buscaba. Fue como si lo hubiera visto en brazos de su madre al poco de nacer en Salónica en una fecha en la que los historiadores no se ponen de acuerdo. Como si le hubiera saludado por la vieja calle Ancha de Salónica como dos viejos amigos decididos a sentarse a una mesa a tomar un café turco, el *cave*, que tanto le gustaba.

Aquel hombre muerto parecía haber resucitado. Todo lo que había inventado sobre él adquiría en ese momento carta de naturaleza real. Sus huesos, ante mis ojos, eran mucho más que las huellas que yo había rastreado durante tanto tiempo. Inútilmente, pues muy pocos sabían algo acerca de él. Y junto a sus huesos, el abrazo de su madre, al lado. Todo el asombro que cabe imaginar ante un hombre que había sido hasta entonces un misterio se disolvió en ese instante por su presencia bajo tierra, por el calor de ese abrazo.

Este libro es una historia de muchas historias, entre ellas la mía, la de una búsqueda personal y apasionada. La idea inicial de escribir una novela histórica sobre los Carasso fue adquiriendo lentamente, conforme avanzaba en el relato, una dimensión alejada de lo terrenal: desentrañar la historia de quien llegué a dudar que existiera; esculpir su cuerpo, esmaltar su rostro, hornear su alma, recuperar las neuronas de su memoria. Tenía sentido hacerlo: apenas cuanto se sabía de él tenía cabida en una cuartilla. De manera que, cuando me detuve ante su tumba, creí que no había muerto, que solo se había escondido en el lugar más inaccesible del planeta. Y que yo le devolvía su memoria.

Pensé entonces que las historias de Isaac Carasso y las de los suyos, reducidas imperiosamente a las páginas de este libro, encierran otras muchas historias que tal vez algún día me decida a contar. La vida de los Carasso no termina en estas páginas; la de Isaac no expira en el cementerio de Bayona, ni la de millones de sefardíes españoles en la memoria de los justos. Como aquel libro de Borges que nunca se terminaba de leer y que, al arder, el fuego de sus páginas infinitas se expandía por doquier con tal fuerza que sus llamas prendieron en todos los confines del mundo. Bastará un vaso de agua para apagar las ardientes páginas de este libro. Mas la llama de los Carasso y de millones de sefardíes es inextinguible.

El olivo que no ardió en Salónica no es una novela histórica en el sentido estricto del término. Si acaso, una novela histórica de ficción. O una novela de ficción histórica no inventada. Elucubraciones al margen, es, simplemente, la novela de los Carasso en sus años más oscuros, desconocidos e impredecibles: la primera mitad del pasado siglo. La época de la barbarie absoluta, de la tragedia infinita, de la mayor humillación a la que el hombre fue sometido por el hombre. Empezó en la Salónica turca antes de que las guerras a punto de

propagarse causaran más de setenta millones de muertos. Para muchos, esas encrucijadas de tragedias se abrieron en Sefarad cinco siglos atrás. En la soñada e inmemorial Sefarad del profeta Abdías. Y terminan en el cementerio de Bayona.

Libro I

EL BACILO BÚLGARO

1

Isaac Carasso Nehama sube cada noche a la habitación donde duerme su hijo, Danón, para contarle historias acerca de héroes invisibles que combaten a la muerte, o sobre dioses tracios que vierten su sangre a la tierra para alimentar las flores. Isaac Carasso es un hombre venerable que sueña con la eternidad. Coge la mano de su hijo bajo la suya y empieza a fantasear. Está cansado de hurgar en su pasado, como si su pasado fuera un libro interminable y él sintiera que se está quedando ciego. O como un sepulturero que escarba en sus huesos bajo tierra. Apenas sabe nada de sí mismo. Ni siquiera si nació en 1874 o 1876. Tal vez antes. Aun siendo joven, a veces piensa que es el hombre más viejo del mundo. Por eso se redime contando historias de seres invencibles: «El ciclo de una vida, la mía, apenas se diferencia del de todas las vidas juntas», ha llegado a pensar en algún momento.

Afuera, la noche de Salónica observa a padre e hijo con los ojos de un topo mirándose en su propia oscuridad. En lo alto de la Torre Blanca ondea la bandera roja del Imperio otomano. Dos soldados con mosquetones al hombro patrullan distraídamente a lo largo del recién abierto paseo marítimo. La primavera de 1908 ha entrado con la fría altivez del invierno.

Aparentemente, padre e hijo miran en direcciones contrarias. La mente del padre vuela hasta lo alto de las murallas de Salónica, desde donde divisa en días claros las cumbres de los Ródope. Siempre mirará a lo alto, aunque tenga que ahogar las penas en su melancolía. El niño estará pendiente de la habitación donde descansa su madre. Esther Muzafia lo protege como si aún lo llevara dentro. Cuando la oye respirar, el niño mueve la mano bajo la de su padre y la acomoda pensando que es la de su madre.

En el silencio de la gran casona, padre e hijo escuchan sus latidos sincopadamente cuando entrelazan manos y palabras. Les gusta contemplarse cada uno en la vida del otro. Será así el resto de sus vidas. La vida del hijo, aunque a veces le pese, no puede contarse sin la del padre.

Danón, un niño que acaba de cumplir cuatro años, no logra entender las historias tan extrañas que le cuenta su padre, ni sus pensamientos tan profundos. Sin embargo, lo escucha con atención reverencial. Le agrada en especial el cuento de un pastor que posee un rebaño con numerosas ovejas. Como no dispone de suficientes vasijas para almacenar la abundante leche que le proporcionan, se le ocurre un buen día sacrificar un par de ellas y emplear sus pieles como recipientes. Al día siguiente, hinca sus rodillas en la tierra ante el ardiente sol que se asoma al valle donde vive y comprueba, gozosamente alarmado, que aquel líquido mantiene la turgente blancura de la leche, pero también posee una densidad y, sobre todo, un sabor ácido, amargo, que lo hace diferente. Su padre le dice que lo que parece un milagro no es más que una transformación, una prodigiosa metamorfosis causada por una bacteria que aspira a ser la «reina

de la inmunidad». En los fluidos intestinales de las ovejas se oculta un agente provocador y rebelde, un bacilo de propiedades extraordinarias que fermenta la leche y la convierte en una especie de elixir de la eternidad.

Pasarán algunos años para que Danón pueda entender. Y cuando lo haga, lo enardecerá el mismo espíritu soñador de su padre. Pero, hasta que lleguen esos años, insistirá en saber «¿Qué es la eternidad, padre?». Y como Isaac no tiene respuestas, desorbitará más todavía sus ojos, antes de que encalle el silencio de su progenitor, con otra pregunta imposible de contestar: «¿Verdad que la eternidad no existe?». Hasta que, ya mayor, en Barcelona, su padre le descubra una reflexión que ha guardado casi toda su vida: la historia de la eternidad tiene mucho que ver con la historia del pueblo sefardí. Por eso a veces le da la sensación de que es el hombre más viejo, como pensaba su padre, y su abuelo: «Nací cuando me arrancaron de Sefarad; entonces adquirí el temor de que alguien me perseguiría el resto de mi vida».

A Isaac Carasso le consuela saber que no es el único ser sobre la tierra que sueña con la eternidad. Hace meses que no le cuenta a su hijo lo que sabe: a más de dos mil kilómetros de distancia, en París, el director del Instituto Pasteur, Ilya Metchnikoff, también judío, ha identificado ese bacilo que cura enfermedades y alarga la vida. Lo llamará *Lactobacillus bulgaricus*. Metchnikoff será muy pronto Premio Nobel de Medicina.

Tampoco le dirá que él se ha adentrado en el laberinto de ese misterio. Empezó su aventura cruzando los Ródope en un viaje por tren cuya locomotora solo sabía de caminos rectilíneos. Los que él buscaba eran intrincados y boscosos. Como los del nuevo siglo que acaba de empezar.

Ha quedado atrás el siglo de los grandes cambios. El que comienza es el del conocimiento, el de las guerras infinitas. El siglo en el que Salónica sufrirá tragedias como ninguna otra ciudad del planeta y los Carasso levantarán, de entre las ruinas y la barbarie, su imperio. Sin embargo, a nadie le entra en la cabeza que vaya a ser así, menos si cabe a Isaac Carasso, que ha dado la bienvenida a los nuevos tiempos estremeciéndose entre los brazos y gemidos de su esposa Esther, a la que ha empezado a llamar Esterina desde el primer coito. Acaba de superar la prueba de dormir junto a ella, durante seis noches, sin rozar su blanco y turgente cuerpo, con el enmohecido de su suegra, Rebeca, vigilante y roncadora, interpuesto entre los recién desposados.

Tampoco se detectan malos presagios en el horizonte de los negocios. Isaac ha sabido reunir en torno a él a un grupo de pequeños agricultores que confían en su visión de empresario especialmente dotado para el comercio exterior, por el conocimiento de idiomas —griego, turco y búlgaro, entre ellos, además del judeoespañol— y la experiencia que atesora como consumado viajero desde muy joven, cuando acompañaba a su padre, Daniel, gerente de la firma de transportes Schenker, en sus desplazamientos entre Salónica y Viena, a raíz de la construcción del ferrocarril que unió a ambas ciudades. No había cumplido los veinte años y ya Isaac Carasso podía presumir de haber visitado las principales ciudades europeas, París y Berlín entre ellas, y se conocía como la palma de la mano el vasto territorio del Imperio austrohúngaro. Hasta que un día reavivó en sueños la imagen del bacilo en forma de bastoncillo amarillo que espoleaba a las defensas ocultas en los intestinos del hombre. La había visto reproducida en *La Revue Médicale*, y, desde entonces, su inextinguible fantasía solo se atrevía a caminar apoyándose en el fantasmal báculo.

Había presentido la sublime aparición antes de que se iniciara el nuevo siglo. Antes de casarse. Había engatusado a su padre para que lo acompañara a París. Quería visitar el Instituto

Pasteur, hablar con los sabios, rezar ante la tumba del sabio francés. Fueron solo unos días. Los suficientes para creer que algún día lograría hacer realidad sus sueños.

Otra historia: ¿también sobre la eternidad? Sí, mas esta es diferente. Las flores son gotas de sangre que brotan del corazón herido de un dios al que los búlgaros llaman Orfeo. Pero sucede que las patas de los animales las aplastan. Y también la lluvia torrencial, y los rayos, los desprendimientos de piedras, los aludes de nieve que arrasan todo a su paso cuando se precipitan desde los escarpados montes. No obstante, las flores se desperezan, se reavivan, se agrandan como poseídas, súbitamente, por el fuego de todos los volcanes. Pero no son los volcanes sino la sangre de Orfeo la que no cesa de fluir y de regar la tierra para regenerarla.

—¿Tanta sangre tiene ese hombre del que hablas? —pregunta Danón.

—El Señor ha previsto que nunca le falte sangre con la que regar los campos de flores —contesta Isaac Carasso, que ha llegado en su delirio a confundir a Louis Pasteur con el legendario Orfeo. Desde tiempos inmemoriales, los tracios creen en la inmortalidad. Isaac Carasso cree en la inmortalidad de los tracios desde hace poco más de diez años.

Su hijo Danón, aun siendo niño, no parece tan ingenuo.

Isaac Carasso le llama Danón porque es delgado, diminuto y frágil. Conforme vaya creciendo, Daniel seguirá siendo, siempre, delgado y frágil, pero no diminuto. Será un hombre alto, con pinta de pívot de baloncesto, ligeramente inclinado, de porte beatífico y elegante. Un buen amigo de Isaac Carasso, Benjamín Molho, el librero más importante de Salónica, del *kal* de Cataluña, lo llamó así por primera vez: «Danón, *le petit, il piccolo,* el pequeño». A Isaac le gustó.

Viven en la calle a la que los sefardíes llaman Ancha. Probablemente los turcos la identifican con otro nombre, pero los sefardíes no prestan atención al que aparece en los rótulos oficiales. Para ellos es la calle Ancha, sin más. Entonces, en la Salónica de principios del siglo XX, decir Ancha es tanto como decir calle Mayor, o Gran Vía, de las que tanto han oído hablar porque son denominaciones habituales de calles en la lejana Sefarad, la tierra que añoran. Tal vez algún día regresarán a ella.

—¿Es Sefarad la tierra prometida?

—La tierra prometida es la que se lleva en el corazón. Algún día te contaré esa historia, Danón.

—¿Hay héroes, y dioses?

—Solo sufrimiento, Danón.

Ancha hace honor a su nombre, pues es comparable a la romana vía Egnatia, la más famosa de todas las calles de Salónica. «Por ella, Danón, desfilaban las centurias romanas, con sus cuadrigas y estandartes imperiales y sus esclavos negros encadenados por los pies». Otra de las historias de antes de dormir. La calle Ancha enlaza el paseo marítimo, recién inaugurado, con la parte alta de la ciudad que cruzan de este a oeste las altas murallas bizantinas. Las villas más suntuosas de Salónica se alinean, como una perfecta formación militar desfilando ante el sol, junto a la franja azul de la costa, que se inicia en el muelle oriental del puerto y concluye en la Torre Blanca. Desde la sinagoga a la que acuden las mujeres menstruantes para tomar el *mikwe*, baño de purificación, en el mar, hasta el lugar donde, años más tarde, será asesinado el rey Jorge de Grecia. Por cierto, fueron dos sefardíes los primeros que auxiliaron al moribundo que se desangraba en el suelo.

—¿Los conociste, padre?

—No, no los conocí. Los conquistadores griegos no se atrevieron a dar sus nombres.

—¿Por qué?

—Los griegos nos odiaban; les resultaba muy duro reconocer que un par de pobres sefardíes fueran los primeros en prestar auxilio a su buen rey que se moría.

En la misma línea blanca y ocre de la costa, el primer consulado de España ocupará, en 1911, uno de esos palacetes, cerca del consulado del Imperio austrohúngaro, el más espectacular de todos —junto al arrogante ruso—: escaleras de mármol, enormes macetones de terracota con forma de ánforas, jardines rebosantes de flores exóticas comunicados con un embarcadero propio. En su espaciosa biblioteca de marquetería, con más de cinco mil volúmenes, casi todos ellos en alemán, alguno en hebreo, también en ladino, suelen reunirse los cónsules acreditados en la ciudad. Son citados, mediante misivas entregadas en mano por un *cavas*, por el decano del cuerpo, *mister* Lamb, el cónsul inglés, el más socarrón y engreído, una especie de rey en la más aristocrática corte de la diplomacia europea. Todo lo cual se dice para resaltar que Salónica es el solitario alfil olvidado en el tablero de ajedrez donde se juega la paz del mundo. ¿Por qué no se ha retirado la pieza? ¿Quién la ha olvidado? O el turíbulo que impregna de solemnidad el silencio de un centro de poder, como en una inmensa catedral gótica apestada de incienso. Salónica es la frontera entre Oriente y Occidente. Entre la paz y la guerra.

Pero no adelantemos acontecimientos.

Por el centro de la calle Ancha circulan los tranvías, de un color verde desvaído, que acaban de licenciar a los viejos carromatos tirados por escuálidos caballos y mulas. En la parte baja, muy cerca de la línea de costa, en el barrio de Ladadika, junto a la imponente sede de Correos del Imperio otomano, los Carasso habitan una casa de dos plantas y terraza desde la que se divisa el Egeo en toda la amplitud del golfo Termaico. El abuelo de Isaac Carasso, también de nombre Isaac, plantó en ese jardín el esqueje de un olivo andaluz que trajo de Sefarad un comerciante turco llamado Tarik. Setenta años después, el esqueje se ha transformado, como por un encantamiento sobrenatural, en un olivo de tronco desmesuradamente retorcido. La casa está rodeada por un jardín que acacias y moreras ensanchan por detrás y hacen sombra a parterres rebosantes de lirios y jazmines. Dos balcones dan a la calle. De una de las barandas de hierro forjado se alza un mástil de madera en el que, en días señalados, ondea la bandera de España. ¿Y eso? En la onomástica del rey Alfonso XIII. También en el día que se conmemora el descubrimiento de América. En algunas casas de sefardíes esa bandera ondeará todos los días del año. No es solo por una cuestión sentimental. También por seguridad. Es como los sefardíes se identifican ante quienes los consideran apátridas. Esa bandera al viento y bien visible salvará muchas vidas. Se acercan tiempos difíciles.

Por los pasillos de grava suele caminar, silencioso, un hombre alto y corpulento que viste en invierno un caftán de color negro y en verano una holgada camisa blanca, parecidas a las de los porteadores del puerto, y sandalias griegas. Se llama Caramfil y es oriundo de la Albania profunda y montañosa. Es el *cavas* de la familia, que merodea por los jardines y luego sale fuera,

a la calle, y parece husmear los alrededores de la casona. Por aquellos años, tener un guardaespaldas se interpreta casi siempre de manera jactanciosa, a veces tendenciosamente. Una inmensa mayoría lo asocia a la posición holgada de la familia; una minoría, a la necesidad de protegerse por algún oscuro motivo. ¿Qué motivos oscuros pueden esconder los Carasso? Aparentemente ninguno, pero pocos están seguros de que sea así. Ni siquiera Daniel Carasso, cien años después, lo está.

Se ha extendido el rumor de que Isaac Carasso recibe visitas de personajes equívocos, opacos. Hay quien dice que se trata de conspiradores. Maledicencias; no puede evitar que lo visite su tío, Emanuel Carasso, a quien los turcos llaman Karasu, abogado ilustre y político, experto en relaciones internacionales, destinado a jugar un papel relevante en los próximos años. A Emanuel lo acompañan de vez en cuando encopetados amigos. Danón los verá llegar y entregar sus prendas de abrigo y sombreros —bombines, de copa— a Rena, la *cumadre*, desde el rellano de la escalera en el primer piso. «Eran siniestros», pensará años más tarde de aquellos *caballeros*. Por sus negras indumentarias, la gravedad de sus gestos, las silenciosas despedidas, el desmesurado interés del *cavas* por acompañarles a la calesa que les aguardaba en la calle. Ahora también lo piensa. Salónica encara tiempos convulsos, lo que hace aconsejable una constante alerta. Defenderse. Esa es la misión del fiel albanés, Caramfil, contratado por los Carasso.

Danón no logra, sin embargo, explicarse por qué en el sótano de su casa, a cuya terraza sube con frecuencia para otear el Egeo, los hombres hablan de guerras mientras su padre deja sus negocios de exportación en manos de un próximo, y, al día siguiente, cruza Macedonia, se adentra en los nevados montes Ródope y accede a los valles más inaccesibles de Bulgaria en busca del elixir que prolonga la vida. «El bacilo búlgaro», así es como lo llama para evitar su denominación en latín. Varios sabios —el ya citado ruso y un joven búlgaro de nombre Grigorov — habían avistado a través del microscopio, unos años antes, los ágiles movimientos de la misteriosa bacteria en una cepa que luego disolvían en leche. En efecto, habían distinguido su color amarillento, su forma de bastoncillo, su residencia en los fluidos intestinales de las ovejas que siguen empapando las pieles tras ser sacrificadas.

Isaac Carasso acaba de subir precipitadamente las escaleras para despedirse de él. Le ha prometido contarle nuevas historias cuando regrese. Danón se asoma a la ventana para verlo partir. Su padre se aleja por la calle Ancha en dirección a la estación de ferrocarril. Con su pequeña maleta de piel de becerro y cierre dorado con hebillas. Viste de negro. Camisa blanca de cuello duro y puntas redondas apergaminadas. Corbatín negro. Es un hombre delgado. Mediana estatura. De aspecto vital y gestos comedidamente enérgicos. Mirada melancólica en permanente solicitud de ayuda, casi suplicante. Quijada poderosa. Cráneo prominente. Se le ha empezado a caer el pelo. A una prudente distancia le sigue el *cavas* albanés. Isaac Carasso es un miembro honorable de la comunidad Talmud Torá de Salónica. No suele prolongar demasiado sus ausencias. Habitualmente regresa los viernes antes de que anochezca, con el tiempo justo para iniciar el sabbat: bendecirá el pan y encenderá las dos velas. Pero, a veces, celebra el sabbat en alguna ciudad de Bulgaria, o de Viena, o de Francia.

Danón se alegrará de verlo de nuevo. Observará desde el rellano de la escalera su rostro cansado y cómo acaricia con los labios la frente de su esposa, Esther, circunspecta, conteniendo su enojo. No le importará que esa noche no suba a contarle nuevas y extrañas historias sobre

dioses tracios y bacilos búlgaros. Esa noche del reencuentro, la del viernes, se siente feliz. Primero, porque su padre ha regresado a casa, y también porque sabe que, al día siguiente, al comienzo del sabbat, su madre le cubrirá la cabeza con sus manos.

Sí, su padre regresará a tiempo de presidir la ceremonia del Havdalah, el sábado por la noche, con las velas de los candelabros encendidas. En la mesa cubierta por un mantel con bordes de puntilla, destaca, en el centro mismo, el monte redondo y oloroso del *kasery*, un queso manchego que trajeron los sefardíes de La Mancha. Esther lo suele comprar en una tienda de la plaza de la Harina. A Daniel le encanta olerlo. Se imagina que así huele la vieja *Kastiya*. ¿Dónde está *Kastiya*, padre? *Kastiya* es el mundo, hijo.

El queso

A punto de morir en el bulevar Charcot, de Neully-sur-Seine, junto a París, Daniel Carasso Muzafia, «¡Oh, Señor!», exclama al despertar, vuelve a sentir la inmarchitable emoción de mirar ese queso, de esperar la caricia de su madre. La única sensación vívida cuyo recuerdo le anima a seguir combatiendo la pereza de la muerte. «Mi madre me prepara para el Sabbat». Las manos sobre su cabeza. Él, con los ojos cerrados. «Piensa en lo más hermoso, Danón». Los abre. El queso. La mujer de pelo blanco en la mecedora. ¿María? No desea molestarla.

Son tiempos tan lejanos que la más lúcida memoria apenas puede desvelar. Mucho menos la de un hombre que languidece. ¡Ha pasado un siglo! 1908 es un buen año, sí, para arrancar al tiempo los recuerdos que se resisten. Daniel Carasso Muzafia desconoce los motivos de una querencia que, la verdad, le resulta empalagosa. Siempre evocó con deleite cuanto acaeció en aquel año: cuando era adolescente y durante los años que hizo el servicio militar en Madrid o estudiaba Comercio en Marsella, o acudió a estudiar a Graz. Y luego, cuando llegó a París. Y más tarde, en Nueva York. Y siempre.

Quizá porque 1908 fue el año previo al de la aparición del cometa, o porque en Salónica, bajo dominio turco desde hacía casi cinco siglos, aún desfilaban los hermosos eunucos sudaneses del sultán del imperio cuando este visitaba la ciudad para adornarse con las aclamaciones de sus súbditos. Se le erigían arcos triunfales. Se le vitoreaba al bajar de la carroza en la que hacía el recorrido desde el puerto hasta Santa Sofía entre enfervorizadas multitudes.

O porque, entonces, fue cuando empezó a preguntarse algunas cosas que no lograba entender, especialmente las relativas a la eternidad y a la existencia de aquel bacilo bautizado por un ruso. Las historias que su padre le contaba sobre aquel dios que regaba con su sangre la tierra asolada por las catástrofes, ¿tenían que ver con las premoniciones que se propagaban de casa en casa; con el extendido temor a las guerras que amenazaban con la devastación del Imperio otomano?

Había empezado a tener miedo.

2

Un mercachifle de nombre Vanyo, oriundo de la región búlgara de Tran, desde cuyas cumbres heladas se atisban los valles boscosos de Serbia, va a cambiar el destino de Isaac Carasso. El encuentro tiene lugar en la plaza de Beschinar, un día de primavera de 1905. Hace tiempo que Carasso lo viene siguiendo, más bien acechando. Lo ha visto en la plaza de la Harina, y en la calle Katoumi, la de los porteadores de gesto ceñudo y sudoroso.

Vanyo y su mujer Ivelina venden una leche de oveja fermentada de aspecto viscoso y sabor agrio, que elaboran siguiendo un método que les dicta la sangre y que han aprendido de sus padres y estos de los suyos, y así hasta más de cuatro mil años atrás —decía el búlgaro a la gente congregada en la plaza—, sin que jamás se interrumpiera la tradición legada por los pueblos tracios, «emparentados con dioses generosos que buscan la felicidad del género humano». Él es un hombre de aspecto rudo y de larga melena negra y grasienta. De apariencia agitanada. Se expresa con dificultad en ladino pues su lengua materna es el torlak, una mezcla de macedonio, búlgaro y serbio capaz de confundir hasta a los políglotas que hablan el vuelo de las aves. Posee, sin embargo, un don especial para la comunicación: maneja los gestos como un consumado actor y sus expresiones resultan tan claras y convincentes que los mensajes que pregona, subido a un cajón que hace de tarima en el centro de la plaza, llegan enseguida al corazón de quienes acuden a su puesto de venta ambulante. Todos creen adivinar que en el fulgor de sus ojos no hay lugar para la mentira y que la mímica de sus manos y brazos, cuando sus labios aciertan a pronunciar la palabra del conjuro, *jaurt*, es la de un mago que ha descubierto el secreto de la longevidad. Y también porque, en el momento de pronunciar la palabra, Ivelina se arremanga la falda hasta la rodilla y así la mantiene hasta que los hombres reclaman, impulsados por una repentina excitación, que suba el telón un poco más, y las mujeres que observan, entre divertidas y escandalizadas, protestan por lo atrevida que resulta tan ingeniosa y descarada forma de vender.

Isaac Carasso conoce desde hace tiempo la existencia de aquella leche agria que venden Vanyo y su mujer Ivelina. La había adquirido también de otros vendedores turcos menos descarados que la ofrecían en las calles de Salónica sin más condición que la de volcarla sobre un recipiente que permitiera mantener el líquido frío cuanto más tiempo posible, pero esta y otras parecidas que también había probado no poseían la viscosidad de aquella, ni su inconfundible textura. La había empleado en recetas de cocina que él mismo facilitaba a su mujer. Aquella leche, *jaurt*, tan especial era un novedoso condimento para hacer el *ayrán* o macerar el pepino y el ajo del *djadjik*, y hasta podía emplearse para elaborar *musaka* con verduras, bechamel, carne y patatas, todo cubierto con una capa de yogur que se doraba al horno.

La oferta de Vanyo despierta en él un interés insólito, desaforado, convencido de que era lo que tan afanosamente buscaba desde hacía años.

El vendedor búlgaro viste a la usanza de los nobles musulmanes albaneses, con camisa estampada de flores de anchas bocamangas, pantalones de pana ajustados por un fajín a la cintura y botas altas con diminutos cascabeles. Elabora el yogur en la misma plaza y a la vista de quienes desean comprarlo. Usa para ello tinajas casi a rebosar de leche de oveja a la que añade un cuajo especial. Ivelina lo vierte desde una pequeña lechera de reluciente metal con asas. En ocasiones, es el propio Vanyo quien añade unas briznas de polvo, del color del oro viejo, fino como el poso del serrín, que luego mezcla removiéndolo con una estaca de abedul. El cuajo y los polvos obran la transformación de la leche, que adquiere, lentamente, el cuerpo espeso de la miel. Los interesados en adquirir la pócima deberán acudir al día siguiente para retirarla en la cantidad que hubieran apalabrado previamente con Ivelina. El proceso completo de elaboración exige un mínimo de doce horas, en recipientes pequeños, los mismos que cuelgan de las acémilas que Vanyo guía por las calles de Salónica como el mensajero de un circo ambulante. Y así, a la hora convenida, los compradores, hombres y mujeres, se acercan al día siguiente por el puesto del pastor ovejero y llenan sus ollas de barro o fuentes de porcelana con aquel remedio tan eficaz contra los indomables males del estómago.

Al poco de ver cómo el búlgaro emplea su método para fabricar el producto, Isaac Carasso comprende que todo guarda relación con cuanto había leído sobre leyendas olvidadas de pastores que fermentaban la leche en improvisados recipientes hechos con pieles de ovejas sacrificadas. Y también con las ancestrales historias búlgaras sobre el demiurgo Orfeo, redentor del destino mortal de los hombres. Pero, sobre todo, con los últimos descubrimientos científicos del profesor Grigorov, del sabio Mechtnikoff y de aquellos científicos jóvenes que conoció cuando viajó con su padre a París por primera vez al alborear el nuevo siglo.

Cuando conoce la procedencia del mercachifle, Isaac Carasso cae en la cuenta de que su admirado profesor Grigorov había nacido en la misma región de aquel matrimonio de gitanos que aparece en primavera por las calles de Salónica, tirando de las bridas de tres mulas, enganchadas por los rabos, que acarrean, encajadas en un arnés especial de tiras de esparto, las bacinas de leche y los sacos del mágico polvo. Vanyo e Ivelina duermen en una cueva abandonada cerca de las murallas e irrumpen en la ciudad nada más amanecer, cuando cientos de obreros de la tabacalera de Allatini dirigen apresuradamente sus pasos hacia la fábrica.

Ante las coincidencias que conoce y otras que empieza a intuir, Isaac Carasso decide uno de aquellos días hablar con Vanyo para salir de dudas. Lo invita a su casa y se encierra con él largo rato en el sótano en el que suele reunirse con sus amigos, mientras Ivelina hace compañía a Esterina y Rena en la cocina y el pequeño Danón duerme en una canastilla de anea y colchón de plumas en la que apenas cabe de tanto que ha crecido. Es un bebé larguirucho y articulado por huesos que parecen hechos de azúcar, igual que ciento tres años después.

Sorprendentemente, Vanyo tiene vagas referencias del sabio Stamen Grigorov. Lo tiene como hombre discreto y amante de las tradiciones de su tierra, pero no se atreve a pronunciarse sobre sus experimentos porque, aunque ha oído hablar de ellos, los desconoce. Isaac tiene la

impresión de que tampoco los mencionaría si los conociera. Ante el interrogatorio al que lo somete, solo encuentra estas palabras que pronuncia medio en ladino, medio en torlak:

—Es cierto cuanto se dice de ese sabio. En Tran pronto le harán un homenaje. Acudirán todos los sabios del mundo. También los de Francia.

Son vanos los intentos de Isaac Carasso por sacar una respuesta convincente a sus preguntas. Vanyo se ha encerrado en sí mismo. No entiende el lenguaje de la ciencia.

—¿Cómo descubrió usted ese misterio? —inquiere Isaac Carasso antes de pasarse la mano por la frente y de cerrar los ojos.

—Eso se lleva en la sangre —responde Vanyo después de un largo silencio.

—¿Y esos polvos?

—Son la sustancia del milagro. Aunque no hay milagro. La naturaleza no explicar milagro.

Antes de despedirse, Vanyo deja escrito en un papel el nombre de la aldea en la que vive, al sur de Tran. Escribirlo es para él un sacrificio sobrehumano. Cada vez que rotula una letra se lleva la punta de grafito a la boca para humedecerla con saliva y luego traza los palotes con tanta presión sobre el papel que a punto está de partir el lápiz. Una fina capa de sudor le cubre la frente. Cuando ha terminado, lee en voz alta el nombre de aquel pueblo y exhibe orgulloso el papel donde está escrito, que dobla antes de entregárselo al sefardí.

—Glogovitsa.

—Si decide ir a Tran y visitar mi casa, sabrá algo: no puedo explicar lo que pide.

—De acuerdo.

—No explicar. Solo ver.

Isaac Carasso acompaña a Vanyo e Ivelina hasta la posta donde están las mulas y aguarda a que inicien el regreso hasta la plaza de Beschinar. Por la noche, aún resuena en sus oídos el estruendo de los cachivaches de barro golpeándose mientras avanzan las mulas. No puede dormir. El milagro existe, aunque para Vanyo nada pueda explicarse con palabras.

Aquella misma noche decide viajar a las lejanas tierras de Tran. No le comenta nada a su mujer, a pesar de que Esterina le ha preguntado varias veces el motivo de su retraimiento. Algunas madrugadas se levanta de la cama para subir a la terraza. Desde el vano de la puerta, la mujer lo ha descubierto mirando fijamente al mar. Semanas después, le hablará de su proyecto. Quiere adentrarse en el misterio de aquel pozo al que se había estado asomando desde hacía tiempo sin entender lo que había más allá de las aguas que se agitaban en el fondo. Esther llorará a solas y le hablará a su hijo, en la cuna:

—No entiendo los sueños de tu padre, Danón, hijo mío.

Lo más extraño y contradictorio de cuanto ocurre, razona obsesivamente Isaac Carasso días después de que se marche Vanyo, es que, sabiendo él mucho más que el gitano búlgaro acerca de los nuevos hallazgos de la ciencia, sus conocimientos no son comparables a los de aquel vendedor que transmuta la leche de oveja en *jaurt*. Y dice bien. Él lo sabe casi todo sobre aquel proceso que cura enfermedades y alarga la vida. Lo había aprendido de los sabios cuyos experimentos había seguido en periódicos locales y en revistas científicas francesas a las que estaba suscrita la biblioteca de Salónica, que él solía frecuentar cuando le apetecía leer a Maimónides, o en la librería de Molho.

Sin ir más lejos, unos días antes de que apareciera en Beschinar la pareja de vendedores búlgaros, Isaac Carasso había leído un amplio despacho de la agencia Reuter, del que se hacía eco *El Pueblo*, diario judeoespañol. Al día siguiente, *El Macabeo*, en el mismo idioma, ampliaba la información de su colega con ilustraciones de un dibujante de Surrey, Inglaterra, que se había atrevido a reproducir la estructura del bacilo cuyo descubrimiento había despertado tanto entusiasmo entre los científicos europeos. Algunos empezaron a llamarlo Bacilo Grigorov, en honor de su descubridor. Unos días después, Ilya Metchnikoff, director del Instituto Pasteur, de París, confirmaba la autenticidad del extraordinario hallazgo. Su denominación empezó a generalizarse con el nombre de *Bacillus bulgaricus.*

A Isaac Carasso le provoca cierta hilaridad ver en fotografías las dunas de las calvicies que lucen Stamen Grigorov y el científico para quien trabaja como ayudante en Ginebra, Léon Massol, de quien se dice en *El Macabeo* que es de ascendencia judía, aunque no se aportan datos que lo demuestren. A la vista de las fotografías, formando un solo bloque visual, es tan similar esa calvicie, con su muñoncito de pelo lacio a modo de cresta de pavo real en el centro de cada uno de los cráneos, que Isaac Carasso piensa que el sueño obsesivo que comparten ambos científicos por descubrir nuevas bacterias también lo es por sufrir la misma alopecia, que parece un extraño ejemplo de homogeneidad clónica.

Isaac Carasso llega a aprender de memoria la carta que Léon Massol envía a su admirado profesor Metchnikoff tan pronto conoce los resultados definitivos de las investigaciones de su discípulo. «La persistencia y tenacidad científicas que distinguen a mi colaborador búlgaro y ayudante Stamen Grigorov se han visto felizmente coronadas por el éxito de varios experimentos sucesivos en los que ha logrado descubrir y aislar al agente que causa el yogur búlgaro. Su trabajo se inspira en su propio esfuerzo y en el de otros hombres de ciencia, como usted, que se esfuerzan por descubrir los caminos que hacen posible prolongar la longevidad de vida humana». También Léon Massol había observado a través de su microscopio, del tipo Nachet, diseñado en 1880, los enérgicos movimientos de aquella «especie de célula», en forma de bastón, ligeramente curvado en su extremidad superior, manteniendo a raya a «las infames invasoras del cuerpo humano».

Al poco de recibir la carta, entusiasmado por el hallazgo, Ilya Metchnikoff cursa una invitación al joven investigador búlgaro, que aún no ha cumplido los veintisiete años, para que se desplace cuanto antes a París y revele los secretos de su descubrimiento ante la comunidad científica francesa.

Será un día de júbilo en el Instituto Pasteur.

Isaac Carasso revive ese júbilo. Se conmueve. Por un momento siente su aristocrática casta de científico.

Stamen Grigorov se presenta en la sala de conferencias provisto del microscopio Nachet y deslumbra a los científicos que lo escuchan, conscientes de que asisten a un acontecimiento histórico. La sala está a rebosar. Solo los murmullos de admiración, que se elevan sobre las cabezas junto a los hilillos de humo de unos pocos cigarros, deshacen el silencio que la envuelve. Metchnikoff y Massol se observan complacidos desde sus asientos mientras el joven Stamen explica a la asombrada concurrencia que *su bacilo* posee, tal como habían previsto sus maestros, un efecto beneficioso que reduce la agresividad de los agentes patógenos que dañan el intestino. Sus extraordinarias propiedades le permiten producir defensas naturales que, a modo de expertos

gendarmes de la salud corporal, agujerean las bacterias nocivas y al tiempo estimulan el sistema inmune del organismo. Sometido a la tinción de Gram, precisa Grigorov, el bacilo búlgaro puede ser observado por el microscopio a cuatrocientos aumentos. Su color, en apariencia azulado en un principio, se decanta enseguida hacia el púrpura. Sin embargo, lo más sorprendente está por llegar: sin matar a los microorganismos ni teñirlos con colorante, es posible observar a estos salvadores bacilos en el propio yogur. Se mueven en gran cantidad de forma curiosa, como si reptaran. En realidad, lo que hacen es enfrentarse abiertamente a las bacterias que ocasionan la putrefacción del intestino. Y, más aún, influenciar el medio en el que viven para favorecer el desarrollo de fermentos naturales que se encuentran ocultos, «como agazapados», en el organismo del ser humano. Los liberan de sus trincheras y los dotan de instrumentos que preservan su inmunidad. En una gota de yogur nadan vigorosamente alrededor de mil millones de bacilos. Suelen vivir en plantas, en la leche, dentro del cuerpo humano, preferentemente en el intestino o en la boca, y, también, en los fluidos intestinales de las ovejas. Pero el verdadero misterio reside en lo que son capaces de hacer. Al bacilo búlgaro le entusiasma el ácido y llega a producirlo en dosis en verdad sorprendentes. Veinticinco miligramos de ácido láctico en un litro de leche. Su ingenioso sistema pasa por fermentar previamente la lactosa de la leche, que luego transforma en ácido láctico. Un bacilo poderoso, imaginativo y tenaz, sin duda. La panacea de la metamorfosis consiste en aislar el bacilo y obtener por separado cepas de cultivo de su ácido para emplearlas más tarde en el proceso de fermentación de la leche. Ese es el primer paso para industrializar el proceso.

Los aplausos elevan al sabio sobre los mortales.

La casta aristocrática de Carasso.

Vanyo no entiende, ni le preocupa desconocer la jerga de los investigadores. Y, sin embargo, sí es capaz de conseguir ese producto gelatinoso, o de transformarlo en polvo cuando es pacientemente sometido al paso del tiempo y luego vierte sobre la leche de oveja que portan sus viejas mulas por las calles de Salónica. Isaac Carasso cree conocer de principio a fin la teoría del proceso, hasta el punto de imaginar lo que él empieza a denominar «ciclo industrial del descubrimiento». Pero no logra hacerse con el selecto producto que pudiera almacenar en los armarios de su cocina y luego emplearlo en la fabricación de tan curativo yogur.

Sabe, eso sí, que el punto del que había partido el joven Grigorov para llevar a cabo sus exitosas investigaciones ha sido el dato incontestable de que los hombres y mujeres más longevos de Europa, «y tal vez del mundo», residen en la región de Tran, al oeste de su país, muy cerca de la aldea en la que él mismo —¡y Vanyo!, colegía Isaac Carasso— había nacido. Así lo revelaban encuestas que el joven sabio había elaborado con la ayuda de estudiantes de varios países. Stamen Grigorov se había formulado a este respecto otras preguntas si cabe aún más misteriosas. Una de ellas era la siguiente: ¿por qué en muchos países de Asia, de Oceanía, de América y África apenas se consume leche de oveja?

«Y tiene razón; en esos continentes apenas los humanos beben leche de oveja», se dice, obsesivamente, Isaac Carasso ante el profundo Egeo.

Bulevar Charcot

Su padre le había confesado que la historia de las flores regadas por la sangre de Orfeo se la contó un pastor búlgaro de nombre Vanyo. Fue poco después de llegar a Barcelona, en 1917. Una mañana luminosa en la que miraban al mar desde lo alto del Tibidabo y no sabían lo que decirse. Es probable que Vanyo fuera un pastor tosco y analfabeto, pensó Daniel entonces. «Mi padre no sabía qué decirme ante aquel mar tan parecido al de Salónica».

Es llegarle ese recuerdo y tantear afanosamente con su mano bajo la almohada. Busca el espacio donde guardó la estatuilla de Orfeo que le regaló su padre al regreso de uno de sus viajes a los valles de Tran. No la encuentra. Su artrítica mano con manchas sigue tanteando, sin suerte: ha pasado un siglo. Se excita. Jadea. Intenta incorporarse. Imposible que permanezca en el mismo sitio donde la guardó… Dónde está, dónde la escondió. Y, despertando, habla:

—¿María?

Nadie contesta.

Desde primeras horas de la mañana fija su mirada en los rayos de luz sesgados que entran por la ventana y se posan a los pies de la cama. Mediados de mayo de 2009. Parece ausente del mundo. Su reconciliación con la vida es un proceso lento, meticuloso, pues Daniel Carasso, a sus ciento cuatro años, siente temor de precipitarse en sus afanes sensoriales, no sea que el desear abarcar tantas cosas y de golpe no le permita distinguir las voces que enardecen sus oídos del silencio que las propaga. Las voces son tan importantes como los silencios. Ha recuperado la imagen de su padre camino de la estación, seguido de cerca por el *cavas* albanés. Y ha sentido el conmovedor escalofrío de las manos de su madre posándose sobre su cabeza al comenzar el sabbat. El primer pensamiento que le sobreviene a continuación tiene olor a féretro: «Muero en mi casa de Neuilly-sur-Seine, en París, y presiento, por el canto de los pajarillos que revolotean en el bulevar del comandante Charcot, que hace un hermoso día de primavera». Le parece un epitafio digno de un poeta romántico. ¿Del cínico y desesperado Alfred de Musset, por ejemplo? ¿Musset? Baudelaire. Su tumba junto a la de la infanta Isabel de Borbón en el cementerio del Père-Lachaise de París. En cualquier caso, más propio del soñador de su padre que de él. Qué extraño que haya leído él al mayor romántico del siglo y mejor amante de George Sand… ¿Será que, con el tiempo, se ha ido pareciendo, cada vez más, a su padre?

3

Un médico de Salónica, de nombre Mizrahí, sefardí, que años después llegará a ser director del hospital Hirsch, el más importante de la ciudad, alumbra algunas de las dudas de Isaac Carasso.

—La clave está en el azúcar oculto en la leche, amigo Isaac. Nosotros la llamamos lactosa. Un veneno que pasa inadvertido.

Conversan en el austero despacho de Mizrahí en las oficinas de la Sociedad Matanot Laebionim de Salónica, que reparte comida entre menesterosos y atiende a niños judíos sin techo, en su mayoría huérfanos. Su imponente presencia abarca todo el volumen de la habitación. Es un hombre grueso, de carnes fláccidas y sonrojadas mejillas, que parece sentirse incómodo bajo la chaqueta negra, de estrechas solapas, la cual deja asomar las mangas de una camisa blanca de cuello redondo apergaminado, abrochada hasta el último botón pese a no usar corbata. El doctor, que goza de gran prestigio puesto que ha estudiado en varias universidades europeas y se había ofrecido a asesorar desinteresadamente a los médicos de la humanitaria sociedad, se repantiga en su sillón de piel de ternera y está un rato pensando. Tras lo cual mira intensamente a los ojos expectantes de Isaac Carasso y dice:

—No me gusta hablar de los evolucionistas, Isaac Carasso, pero reconozco que, en ocasiones, he de recurrir a ellos, como hombre de ciencia que me precio de ser. Darwin tenía razón, como en tantas cosas. Mal que les pese a algunos, entre los que me incluyo.

Vuelve a enfundarse en el silencio y se llena de aire los pulmones. La habitación se hincha. Isaac Carasso aprovecha las incertidumbres de su interlocutor para intervenir:

—He oído hablar de ese hombre, siempre elogiosamente.

—Yo prefiero hacerlo con prudencia.

—En cualquier caso, doctor, ¿qué relación guarda el tal Darwin con la leche y el bacilo que la transforma en yogur y la regenera?

—¡La evolución, amigo mío!

—La evolución —murmura Carasso, confundido del todo.

—En realidad —asiente el doctor Mizrahí, reforzando el tono convincente de la voz—, las sociedades primitivas eran intolerantes a ese tipo de azúcar del que le hablaba. Su organismo lo rechazaba violentamente. Así pues, no podían alimentarse de leche. Sin embargo, y por razones de selección natural, que diría nuestro amigo Darwin, hace miles de años se produjo una mutación en el genoma humano que permitió digerir la lactosa durante la vida adulta. Como es fácil imaginar y comprensible a la luz de esas leyes evolucionistas, aquellos individuos capaces de digerir la leche eran más aptos para sobrevivir, de modo que la mutación se fue haciendo cada vez más palpable con el correr de los tiempos hasta pasar con regularidad de padres a hijos.

Podemos concluir diciendo, al día de hoy, que esa mutación hizo posible que gran parte de la población de Occidente sea tolerante a la lactosa. He de decir, no obstante, que todavía subsisten grandes bolsas de población que la rechazan, tal como les sucedió en tiempos remotos a nuestros ancestros. Es obvio que ellos no intervinieron en ese lentísimo y complejo proceso mutante, localizado en zonas muy precisas de Europa y del centro de Asia. Algunos científicos se han atrevido a lanzar sus estimaciones de que más del sesenta por ciento de la población mundial sigue sufriendo este tipo de intolerancia alimenticia. ¿Conoce usted algún chino que ingiera habitualmente leche?

—Entonces, ¿los recién nacidos?

—¡Constituyen una inexplicable y maravillosa excepción! Pueden asimilar la leche que les proporcionan sus madres sin problemas, pero en el momento del destete pierden su capacidad de digerir la lactosa, y si sus antepasados hubieran ingerido leche también ellos sufrirían de indigestión y diarreas. Hasta donde alcanzan mis pobres conocimientos, tengo entendido que aquellas primeras poblaciones mutantes, ya digo, serían las más avanzadas en la producción de leche y quesos fermentados tal como hoy los conocemos.

—Yo también lo supongo, doctor Mizrahí.

—Por lo que me dice, esos lactobacilos y bacterias son los que facilitan la asimilación de la leche por quienes siguen siendo intolerantes al sutil veneno de la lactosa.

—Esa sería una de las conclusiones.

—No conozco al científico búlgaro, el tal Grigorov, del que me ha hablado usted. Por el contrario, sí estoy al tanto de algunas de las teorías de Ilya Metchnikoff. Me han dicho que tiene el aspecto de un demonio de la ciencia. ¿Sabe usted cómo descubrió la fagocitosis?

—No…

—Estaba en Mesina. Italia. Concentrado en la observación de una estrella de mar. Sobrecogido por los movimientos de tan sorprendente criatura. La inspiración le llegó en uno de esos instantes. Sin el fenómeno de la fagocitosis no se explicaría el descubrimiento del sabio búlgaro… ¿Sabe a lo que me refiero?

—Supongo que al instante en que un determinado tipo de células devoran sustancias y las fusionan en su interior…

—Exacto. ¡También degradan los elementos nocivos que las invaden! A la lactosa, por ejemplo. Y cuando lo hacen se convierten en antígenos, en salvadores. ¡Qué portentosa maravilla! Eso lo explicaría todo. El sabio búlgaro habría dado con la respuesta a tanto misterio. ¡Existe un bacilo que fermenta la leche y que hace inmunes a quienes la beben! Abraham ya se refería a la utilidad de la leche fermentada. La llamaba «bebida de la vida». ¿Lo sabía, amigo Carasso?

—No.

—La palabra que emplean los búlgaros para referirse a ella es más prosaica.

—*Jaurt.*

—Tengo entendido que significa «leche ácida de fácil digestión».

—Cierto.

—¡Ah, el misterio! Soy de la opinión de que la naturaleza no tiene misterios. Es la imperfecta mente del hombre la que no acierta a explicarse algunas evidencias. Necesitamos

vivir en alerta para asombrarnos. Como lo hizo Metchnikoff ante la extraordinaria belleza de una estrella de mar, criatura de Dios. Una simple estrella de mar, de cautivadora magnificencia.

De alguna manera, piensa Carasso, es lo mismo que le había dicho Vanyo en su arcaico lenguaje. «La naturaleza no cree en los milagros». El milagro está en los ojos que saben contemplarla.

Ming

Lo primero que le llega es el susurro de los gorriones que anidan en las ramas del álamo negro más próximo a la fachada de su casa. Cuando los gorriones levantan el vuelo en busca del sol, percibe otro susurro, el de las aguas mansas del Sena lamiendo los muelles empedrados del cauce a su paso por Neuilly-sur-Seine. Luego siente la textura dilatada del haz de luz que, tras impactar en los cristales de la ventana, se derrama sobre la estancia como un alud de nieve que levanta en su caída motas de polvo de confusa procedencia que a él le parecen partículas de pintura vieja, quizá de alguno de los cuadros colgados en las paredes del dormitorio. Sus cuadros. Sus obras de arte. Se ha gastado en ellos una fortuna. «Si no los voy a ver más, que se subasten cuando muera».

Finalmente, dirige sus ojos al sillón desde donde María lo ha venido observando los últimos días. Está tan seguro de ello que cree que la buena mujer no se ha movido en toda su vida del sitio, vigilándolo. Pero no puede ser, cae en la cuenta: a veces se turna con Jacqueline, la enfermera que controla el proceso de su deterioro físico, acelerado unos días después del reciente viaje a China. El doctor Montsant comentó días atrás en privado que nunca debió haber hecho ese viaje, aunque luego, según le comentaron, restó importancia a su pronunciamiento por si hubiera resultado ofensivo: «Se muere de viejo; tenía que suceder».

El sillón de María está vacío. Al verlo, lo primero que Daniel Carasso piensa es: «Tal vez me hayan dado por muerto». La visión de un jarrón de porcelana de la dinastía Ming, reluciente sobre la repisa del escritorio —da la impresión que ilumina un umbroso rincón de la estancia—, le devuelve la certeza de que está vivo. Hace poco tiempo que estuvo manoseando la pequeña obra de arte con la delicadeza que exigían su rareza única y su valor.

La virginidad de aquella pieza lo transporta a un mundo al que solo acceden niños engendrados por dioses o ancianos como él abandonados por los dioses. Alguien, probablemente María, la había dejado en un sitio bien visible para que él la reconociera al despertar. Y es lo que hace en el momento en que el aleteo de los gorriones sacude el enrejado de las ramas del álamo. Inmóvil, deja que sus recién recuperadas facultades se acoplen en su interior para escuchar mejor la voces que le llegan de los viejos tiempos: «Salónica», susurra con la delicadeza con la que él suele soplar a la pequeña ánfora de la dinastía Ming para quitarle el polvo.

4 de abril de 2009. Todos desaconsejan el viaje a China. No solo el doctor Montsant, jefe de los servicios médicos del Grupo Danone. «¿Cómo se atreve usted, a sus años, a hacer un viaje tan largo?», inquirieron los del gabinete de presidencia. «¿Y por qué no, qué más da que muera en Beijing o en París?», responde Daniel Carasso. Todos se desviven por hacerle la estancia en

Beijing lo más entretenida y confortable posible. Ciertamente, su estado de salud les abruma. Los chinos son gente de suma cordialidad, algo sucios, no importa la escala social a la que pertenezcan. Pero respetan a aquel hombre alto, delgado y de piel cerúlea y sin arrugas. Echa mucho en falta a Nina. Tan pequeñita, tan cálida siempre. Se siente extraño sin ella, perdido. No se ha recuperado de su muerte. Pese a ser un viaje de negocios, las autoridades locales y algunas de las más importantes instituciones empresariales le ofrecen una recepción en un colosal Trade Center de la ciudad. Alfombras rojas, cientos de invitados, muchos de ellos occidentales. Algunos se presentan en la fiesta vestidos de rigurosa etiqueta. A él le recuerdan a los notables de la comunidad sefardí de Salónica cuando acuden a las exequias del rey Jorge de Grecia. Asisten muy pocas mujeres. Como quiera que los chinos han sido advertidos de que estaba a punto de cumplir ciento cuatro años, no saben qué hacer para prodigarle atenciones. Cualquier gesto propio o de sus acompañantes recibe la respuesta inmediata de los anfitriones, que parecen turnarse en sus puestos de celosos vigilantes del anciano huésped. En ningún momento manifiesta su incomodidad ante aquellos alardes, más bien todo lo contrario. Y si en alguna ocasión no es capaz de expresar su agradecimiento, alguno de los colegas franceses o españoles que lo acompañan lo hace en su lugar. Las *medidas de prevención* llegan al extremo de estacionar en la misma entrada del edificio una ambulancia con un completo equipamiento médico y facultativos —incluido un especialista en cardiología—, dispuestos en todo momento a atenderle ante una eventualidad que pusiera en riesgo su precaria salud.

Lo más sorprendente del caso es que, al término del multitudinario agasajo, la ambulancia sigue al coche en el que se desplaza hasta el mismo hotel. Al día siguiente, Daniel Carasso supo que había permanecido aparcada en la entrada principal. ¿Por qué no aprovechar tantos desvelos por su salud?, se dijo. Hacía tiempo que le había prometido a Nina —varios años antes de morir — adquirir alguna pieza de porcelana de la colección Meiyintang, de la que ella le había hablado entusiásticamente. Un tal *monsieur* Fucard, su habitual asesor de arte, con quien Carasso habla antes de iniciar el viaje, le da la dirección de un colega chino, de nombre Zhu Jing, que posee varias piezas pertenecientes a tan famosa colección, compuesta por obras de los siglos XVI y XVII pertenecientes a la dinastía Ming. De modo que expone a su secretario personal su intención de visitar al merchante chino, y, antes de que él le razone la conveniencia de que alguien lo acompañe, le ordena: «¡Que me siga la ambulancia!». Así es como se hace. Se siente liberado. Zhu Jing lo atiende como a un príncipe. A él le hace muy feliz que haya oído hablar de Nina. Probablemente a través de coleccionistas de arte franceses. En realidad, es Nina la verdadera experta en arte. Siempre se ha dejado asesorar por ella. Nina habla y él la escucha y aprende. Sabe valorar el arte en la medida en que ella lo conmueve cuando le habla de arte. Nunca, lo reconoce, ha sido capaz de descubrir por sí mismo la belleza, o la armonía. La audacia formal de una pieza antes de que ella la contemplase. De ahí, cuando el coleccionista chino lo conduce a la sala blindada en la que se exhiben algunas de las piezas Meiyintang, su convicción de que no podrá conmoverse ante aquellas obras de arte porque Nina no lo acompaña. Al final, se decide por un jarrón, en forma de calabaza, de color mate turquesa con blasones religiosos —taoístas, explican— que obedecían a consideraciones sobrenaturales de su autor, y por la estatuilla de un samurái al galope perteneciente a la dinastía Tang. En el momento en que extiende sus manos para hacerle entrega de las piezas, el coleccionista chino inclina la cabeza y le confiesa: «Más que obras de arte, *monsieur* Carasso, usted ha elegido la inmortalidad. Su creador las ofreció

hace siglos al emperador como si le otorgara el elixir de la vida eterna. Y el emperador de China lo creyó».

Daniel Carasso no da crédito a esas cosas. Bastantes historias sobre lo mismo le metió en la cabeza su padre cuando era niño. Pero sí cree en la belleza, en el mágico equilibrio que proyecta un creador sobre un trozo de barro. Como cuando su madre, en el Sabbat, posaba sus manos sobre su cabeza y sus ojos miraban en el interior de su alma, así es la visión del artista ante la potencial dimensión de una insignificancia. También su padre poseía ese don.

4

Tres semanas después del encuentro con Mizrahí, Isaac Carasso decide viajar hasta la lejana región de Tran. Esterina acata con su habitual tolerancia la nueva muestra de audacia de su marido. Se ha interesado varias veces por los proyectos que le rondan la cabeza y lo desvelan por la noche, pero en todo momento ha preferido mostrarse cauta y distante. Cree que su marido es víctima de un delirio infantil, y a punto está en más de una ocasión de echárselo en cara, pero la frena el respeto que siente por la bondad de aquel a quien ha entregado su vida. Siempre termina haciéndose a la idea de que los sueños de su esposo también eran los suyos, aunque difícilmente pueda entenderlos. Todo lo sufre por dentro con admirable estoicismo. Isaac Carasso le ha comentado que cuanto había leído y escuchado sobre los descubrimientos de aquellos sabios había hecho crecer en su interior una fuerza incontenible, y que resistirse a esos impulsos iba en contra de su voluntad.

La subsiguiente frustración le punza en el estómago como la dentellada de un lobo: «No se puede explicar mejor». Ella solo se atreve a mostrarle su preocupación por los riesgos que entraña afrontar un viaje tan largo y sin compañía alguna, coincidiendo con días en los que las calles de Salónica se habían convertido en un hervidero de rumores amenazantes, y que lo mismo ocurría en otras provincias del Imperio turco. Ella y su hijo no tienen necesidad de correr los riesgos de su ausencia, que se prolongará varias semanas, pero prefiere guardarse para siempre sus presentimientos. «Tengo buenos amigos en Bulgaria, no hay por qué preocuparse», arguye Isaac Carasso.

Se despiden al amanecer. Ella baja del dormitorio cuando él termina de desayunar y saca fuerzas del último rincón de su cuerpo para regalarle una doliente sonrisa en el momento de abrazarlo junto a la puerta, mientras Rena se asoma desde la cocina, limpiándose las manos en el delantal, y Caramfil, el *cavas* de la casa, abre la puerta del jardín y se detiene en el vano observándolos como si fuera la última vez que los verá juntos. «Le advertí a Caramfil que no se separe de vosotros en ningún momento», dice Isaac Carasso. Rena observa a Esterina con ojos compasivos cuando esta ve marchar a su marido por la calle Ancha, camino de la estación, con su maleta de piel de becerro y cierre de grandes hebillas doradas que le había regalado su padre hacía varios años, antes de casarse.

Ya se divisan las primeras estribaciones de los Ródope cuando el tren se desvía ligeramente hacia el oeste en dirección a la frontera búlgara. Desde el otro lado de la ventanilla, Isaac Carasso puede comprobar que aún queda nieve en las cumbres más altas y que los valles poseen el luminoso hervor de la primavera pese a estar en pleno verano. Todo hacía presagiar que el viaje sería cómodo, sin altercados. Aunque Bulgaria y Turquía mantienen tensas relaciones por las

continuas fricciones entre el imperio y la que todavía es una de sus provincias autónomas, hace tiempo que no se han registrado incidentes entre las dos naciones, ni siquiera en los puestos fronterizos, donde la gendarmería búlgara, con uniformes recién estrenados, vigila con atención el trasiego de viajeros y mercancías en los puestos fronterizos ferroviarios ante la mirada de varios soldados turcos, de rasgos albaneses, apostados en los extremos del andén de la estación próxima a la localidad búlgara de Kulata. Otros dos soldados, que lucen chaquetas grises con galones, otean el horizonte con prismáticos desde la grupa de sus caballos.

El tren se detiene en medio de un paraje que pertenece al silencio. A lo lejos se escuchan algunas voces en búlgaro que, por su tono imperioso, dan a entender que proceden de oficiales dando órdenes. Al cabo de un rato, entra en el vagón un oficial de la gendarmería que luce un poblado bigote negro como el tizón; es muy joven y tiene la expresión nerviosa de quien se enfrenta constantemente a la duda. Mira a menudo hacia atrás, atento a que no se le distancie demasiado el revisor del tren, tras el cual aparecía un soldado turco con fez que sigue los pasos del funcionario como si fuera su sombra; porta un fusil agarrado con las dos manos. El militar que parece dirigir la inspección se detiene ante Isaac Carasso y le pide la documentación. Solo mira la cara al sefardí cuando tiene ante sus ojos el certificado que lo acreditaba como protegido y súbdito del reino de España. Probablemente es la primera vez que lee un documento de esas características en un idioma que desconoce y de un país que no se atreve a ubicar. En otras circunstancias le habría gustado hacer alguna indagación acerca de aquella nación de tan extraño nombre y tan distante, pues desconoce si está en Europa o en América, pero decide finalmente preguntar al viajero, en búlgaro, cuál es el objeto de su viaje a Bulgaria. Este responde con naturalidad que se desplazaba desde Salónica por un asunto de negocios. El militar quiere averiguar a qué tipo de negocios se refiere, y el viajero, sin modular el tono de voz, le contesta que debe acudir a una cita en Sofía con investigadores búlgaros. «Estoy interesado en ciertos experimentos bacteriológicos», explica el sefardí. El oficial no se atreve a preguntar de nuevo, entre otras razones porque no alcanza a entender lo que aquel hombre medio calvo y flaco, vestido de negro y que cubría su cabeza con la kipá judía, está diciendo, y porque su instinto le induce a creer que podía hacer el ridículo si porfiaba en esa conversación. «Está bien», dice finalmente el oficial, y devuelve el documento al viajero. Detrás, el revisor del tren respira agobiado. Parece conocer a Isaac Carasso de otras veces: «¿Es usted el hijo de Daniel Carasso, representante de Schenker?», inquiere con amabilidad y cuidando de que el oficial no lo escuche. Isaac Carasso asiente con la cabeza, impresionado, y el revisor sonríe, satisfecho de haber acertado en su premonición. «¿Vive su señor padre?», vuelve a preguntar el revisor. Isaac Carasso repite el gesto anterior. El revisor se adelanta hasta alcanzar al oficial y le dice a este algo al oído, tras lo cual mira en dirección al asiento que ocupa el extraño viajero vestido de negro y hace un gesto como diciendo que había hecho bien en ser prudente. «Tiene pinta de sefardí», se dice en sus adentros, sin estar seguro de por qué lo piensa.

Poco después de que los soldados y el gendarme de aduanas bajen del vagón, el tren se pone en marcha, y media hora después la nube de humo que exhala como un dragón prehistórico la alta chimenea de la locomotora envuelve los tejados de la blanca Kulata, a los pies de los Ródope. El tren enfila una recta infinita. Durante varios minutos desfilan ante los ojos de Isaac Carasso cientos de gigantescos abetos y, de súbito, tiene la impresión de que sale de un túnel y de que su mirada planea sobre el horizonte de un inmenso y luminoso llano. Hipnotizado por el

azul reflectante que despiden los rayos del sol contra la tierra, el sefardí, que acaba de cumplir treinta años, ya inmerso en el traqueteo del tren y a merced de su cansancio, se deja vencer por los sueños de su proyecto, los proyectos de su sueño.

Lo adormila el traqueteo del expreso a Sofía. Y también en sueños retumban en sus oídos las palabras que Ilya Metchnikoff había pronunciado en el Salón Agrícola del Instituto Pasteur de Paris el 8 de junio de 1904. Isaac Carasso había leído varias veces su discurso reproducido íntegro en *La Presse Médicale*, a la que está suscrita la biblioteca de Salónica, y algunas frases se las había aprendido de memoria: «La vejez es la más grande de las desgracias de la humanidad, una enfermedad crónica que debe ser combatida por el progreso de la ciencia». Se imaginó al sabio ucraniano con el pelo revuelto, sus diminutas lentes encajadas en la cuenca de sus ojos, sus gestos grandilocuentes que le hacían parecer a muchos un exaltado peligroso, un fundamentalista de la ciencia, hablando ante la aristocracia científica francesa sobre aquella estrella de mar en Mesina que le había revelado el gran secreto. «Un bacilo en forma de bastoncito», había leído Isaac Carasso en *El Macabeo*. Le hizo gracia la descripción. «No he visto nunca ningún bastoncito en forma de bacilo», sonríe el sefardí en su duermevela, mientras crece en el fantástico escenario, cuyas cortinas acaba de descorrer, su fervor por la información que difunde Reuter desde Ginebra. Su entusiasmo ha ido aumentando conforme avanza en la lectura de la crónica. Cada frase que desfila ante sus ojos, y que ahora evoca mientras cabecea en el expreso que se abre paso hacia el corazón de Bulgaria, le advierte de sintonías que él había escuchado en foros de médicos, o leído en revistas especializadas, sobre experimentos que había llevado a cabo, a finales del pasado siglo, ese profesor barbudo que, en proclamas soflamadas, había declarado la guerra a los microbios «que invaden constantemente nuestros cuerpos provocando un dolor incontenible que mina lentamente la existencia del hombre y le condena a una inexorable y prematura decrepitud». Y como trata de alumbrar una nueva ciencia con soluciones para la más grande de las desgracias humanas, quiso simplificar en una expresión poética su teoría: «La búsqueda de la armonía». A Isaac Carasso le gusta la expresión. Tal vez el sabio ruso se había dejado seducir, como él, por las leyendas órficas que aprendían los niños balcánicos desde muy temprana edad. Venían a ser las mismas historias que él había aprendido de su padre y que pronto contaría a su hijo Daniel. La sangre redentora de Orfeo que hace brotar la vida en donde solo hay muerte. La vejez, enfermedad crónica de la humanidad. La primera batalla a librar era contra la putrefacción intestinal, y así lo proclamaba el sabio de poblada barba gris y cabellos como escarpias en su conferencia de la calle Atenas de París, «el año en que fue concebido mi hijo».

Abre los ojos. Aún divisa, a lo lejos, los Ródope. Imagina a los osos pardos devorando las colmenas saturadas de miel. La primavera se inventa flores desconocidas en los valles. Cree escuchar, después del estruendoso pitido de la locomotora acercándose a una estación en la que no se detiene, el canto de los urogallos gigantes en sus nidos de brezo.

La llegada a Sofía se adelanta a la hora prevista. Isaac Carasso ha de hacer transbordo y coger otro tren que lo llevará a Breznik, en la ruta del oeste, hacia la frontera serbia, donde tiene que

apearse porque la red ferroviaria búlgara termina en esa ciudad. Ya en su nuevo asiento, saca de la maleta una fiambrera metálica con carne picada, patatas cocidas y berenjenas. Tiene apetito. El convoy avanza por tierras desconocidas. Él recuerda muy bien la línea del ferrocarril que enlaza Sofía con Viena, hacia el norte, que luego se desvía al este buscando la diagonal del Danubio. Había acompañado a su padre hasta la capital austriaca en alguna ocasión en que debía reunirse con los directores de Schenker. Su padre gozaba de gran reputación como empresario. Un día le presentó en Viena a los socios del fundador de la empresa. Los dos se llamaban igual: Moritz. Uno era austriaco y el otro húngaro. Judíos. Tal vez algún día no muy lejano, piensa, él heredaría el trabajo de su padre. Pero, de momento, no puede quejarse del suyo, que le permite llevar una vida acomodada. En cualquier caso, no aspira a convertirse en representante para Macedonia de la firma Schenker. Sus negocios como exportador de aceite de oliva y productos secos progresan continuamente. Conoce muy bien los enlaces de las líneas del ferrocarril con las principales rutas marítimas del Mediterráneo, lo cual le había abierto muchas puertas y facilitado el envío de mercancías a países lejanos, con la subsiguiente ampliación del volumen de sus negocios. No, no echa en falta nada. Solo le produce desazón el descubrimiento del bacilo búlgaro, que ha disparado su imaginación como la de un niño ilusionado con un caleidoscopio. Él tuvo uno en sus manos, hace tiempo. Se lo regaló su padre, de regreso de uno de sus viajes, creía que a Budapest. Una copia exacta del que había inventado Brewster ochenta años atrás.

El trayecto hasta Breznik ha tardado tres horas. A pesar de que el atardecer se ha teñido de un manto rosa que se expande por doquier y se enrolla como una bufanda a las cúpulas de la pequeña ermita bizantina de la ciudad, que sobresalen sobre los tejados y los exuberantes álamos, Isaac Carasso ha de buscar una pensión en la que cenar y descansar. A la mañana siguiente, muy temprano, deberá coger la diligencia hasta Filipovtsi. El villorrio posee la paz de un camposanto. Sus casas parecen lápidas a punto de desmoronarse por un terremoto. Después de mucho andar, una mujer de aspecto desagradable le sale al encuentro y le pregunta: «¿Busca usted una pensión?». Isaac Carasso le responde que sí, y la mujer le dice que la única que existe en el pueblo es la suya, y seguidamente le asegura que está limpia y que le puede preparar una buena cena. Ya dentro de la casa, Isaac sigue los pasos de la mujer por una escalera empinada que los conduce hasta un primer piso con dos puertas recién pintadas de azul y dos números, 1 y 2. Ella, de nombre Ivana, le abre la puerta de la 1, y el viajero entra y se sienta en la mesa esperando a que la mujer desaparezca. Al poco de irse, Ivana regresa, abre la puerta y se dirige a Isaac Carasso, que aún está sentado en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos. «Si lo desea, puedo buscarle la compañía de una joven, virgen, que le hará pasar un buen rato por solo veinte piastras turcas», dice. Comoquiera que Isaac Carasso no logra entender, o no desea entender porque se lo impide su perplejidad, el significado de aquellas palabras, Ivana insiste: «Una joven, mi sobrina, limpia como la nieve; le hará todo lo que sabe hacer, y usted a ella también, menos una cosa, desflorarla». Isaac Carasso se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y no tiene reparo alguno en exhibir ante la mujer su kipá, que despliega parsimoniosamente, la plisa con sus manos y se la coloca en la cabeza. «¡Ah!, ya me temía que fuera usted judío —exclama la mujer, contrariada. Y luego, con la mano en el picaporte y a punto de salir de la habitación, añade—: Son ustedes muy raros. Cuando quiera cenar, me avisa», y cierra de un portazo. Después de aliviarse en un retrete junto a un patio con ovejas que no cesan de balar y de asearse bajo un grifo con un caño de agua gélida, Isaac Carasso cena al

anochecer, regresa a su habitación, la cierra con pestillo y duerme a pierna suelta. Le despiertan en el primer clareo del día los cascabeles y balidos de las ovejas que se ponen en marcha en busca de pastos. Gracias a Ivana, que la noche anterior le ha informado del lugar y la hora donde debe coger una nueva diligencia, pronto encuentra la posta en la que está aparcada la destartalada *kolitza*. De lejos parece, en efecto, una diligencia, o más bien un vagón de tren, o de circo, pero de cerca se asemeja más bien a un trozo rectangular de corral con techo de paja sostenido sobre una plataforma de madera enganchada a dos caballos percherones.

El viaje hasta Glogovitsa es largo y tedioso. Después de superar barrancos y desfiladeros flanqueados por bosques tan frondosos que ennegrecen el paisaje, la diligencia llega a su destino cuando ya es noche cerrada, y los cuatro viajeros que han acompañado a Isaac Carasso en el trayecto se desperdigan como sombras sin despedirse, lo mismo que la *kolitza*, que desaparece envuelta en el tornado de polvo que levantan los cascos de los percherones. Hay un momento en que el sefardí tiene la percepción real y fatídica de considerarse el único ser humano sobre la Tierra, desamparado y al acecho de los búhos que lo observan desde inaccesibles nidos. Ante sus ojos, una temblorosa luz de candil, a lo lejos, le anuncia la probabilidad de una mano tendida, y hacia la casa se dirige con el corazón acelerado y las rodillas entumecidas por el largo viaje. Le abre la puerta un anciano de rostro huesudo al que una extraña pose de dignidad lo mantiene enhiesto como un roble:

—Busco la casa de Vanyo, un vendedor de leche agria, casado con una hermosa mujer a la que llaman Ivelina.

El anciano, con las manos en los bolsillos, lo escucha impasible, como si estuviera acostumbrado a que todos los días alguien le pregunte lo mismo, asiente con la cabeza, se adentra unos metros hasta detenerse en un calvero del bosque y, extendiendo el brazo derecho, apunta a un lugar en el monte. Muy pronto se apercibe de que sus explicaciones no logran orientar al viajero, tal vez porque se ha expresado en torlak, así que entra en su casa y al cabo sale enfundado en una chaqueta de pana vieja y portando una llameante antorcha: «Sígame», ordena esta vez en búlgaro. Se ponen en marcha. Suben por una enrevesada senda que conduce a lo alto de una colina en la que la noche se ha dejado recortar una tonsura por la luna. Y, cuando están a punto de alcanzar la cumbre, el anciano, que dice llamarse Petrus, vocea con todas sus fuerzas el nombre de Vanyo, y unos segundos después aparece en el risco más alto, que apenas puede divisarse, el torso desnudo y bañado en un blanco lechoso de un hombre que agita los brazos.

Vía Egnatia

Daniel Carasso desea irrumpir en un escenario más apacible, menos asombrado ante el ineluctable compromiso con la muerte. Salónica era en 1908 —ese año de nuevo, tan posesivamente impreso en su memoria— una especie de bola de cristal egipcia con momia incrustada en su interior a través de la cual podía adivinarse el trágico devenir del siglo que acababa de comenzar. Daniel será testigo privilegiado de la tragedia. Como uno de esos faros anclados en el extremo de un espigón que se alza para resistir el odio más feroz de la naturaleza. En aquel año, a Salónica se la disputan casi todas las naciones. Utilizan para ello las más sutiles estratagemas que se conocen: la intriga, la traición y los celos. El deseo por poseerla se había encendido mucho antes de 1908. Los países de Europa Occidental husmeaban las vísceras medio podridas del Imperio otomano. A los niños les habían enseñado en la escuela que, siguiendo la adoquinada vía Egnatia en dirección al ocaso del sol, llegarían hasta Italia, y que, en dirección contraria, alcanzarían Constantinopla, y que, hacia el norte, se adentrarían en las llanuras de Macedonia; y que, desde allí, dominarían las cumbres balcánicas. Los romanos inventaron, desde Salónica, todos los caminos que conducen a las guerras. Cada hora, cada minuto de aquel año, mientras su madre, Esterina, lo acompaña a la escuela de la Alianza Israelita, alguien conspira desde algún lugar de Europa contra la ciudad en la que había nacido. Los reyes de Grecia, Bulgaria y Serbia ambicionan derribar sus murallas, abrir las puertas de sus sinagogas y mezquitas. Venizelos, primer ministro griego, soñaba con el día en que su rey Jorge entraría triunfal por la calle Ancha. Las grandes potencias, Alemania, Inglaterra y Francia, la observan como el espectador, libreto en mano, que asiste a una representación operística. Rusia, provista de prismáticos, es la más atenta, ansiosa por abalanzarse sobre la carroña. A su padre no le faltaba razón cuando decía: «Nuestro pueblo llegó por primera vez a estas tierras hace más de cuatro siglos, y nunca se obsesionó por poseer algo que no le pertenecía».

Quería decir que si alguna vez existió algún pueblo con derecho a reclamar para sí mismo la tierra de Salónica, ese pueblo era el sefardí.

En el año al que Daniel Carasso regresa ahora, la mitad de la población de Salónica —ciento setenta mil habitantes— es sefardí. A su maestro, Solomon, se le ha escapado en alguna ocasión, señalando con el puntero la localización de Salónica en el mapa de Turquía: «Y aquí está la República Sefardí». En realidad, los sefardíes impregnaron a Salónica de su cultura y de sus valores más que ningún otro pueblo. Nunca le infligieron daño alguno a la ciudad. Al contrario que los demás, que no cesaron en ningún momento de martirizarla. Pobre Salónica.

Qué ha sido de ella. «La tuve olvidada durante tanto tiempo… Desde el incendio de 1917, que coincide con la muerte de mi madre. Aquel año…».

Nunca se atrevió a preguntar a sus padres cuándo los suyos y las generaciones que les precedieron llegaron a Salónica. Desconoce los medios que utilizaron hasta alcanzar su costa y la duración del agónico viaje. Sabe, eso sí, que las autoridades turcas siempre fueron desprendidas con ellos y que en muchas ocasiones les eximieron de obligaciones a las que el resto de los ciudadanos tenían que hacer frente. Jamás quiso indagar en las razones de aquella adversidad que les arrancó para siempre de Sefarad. La condición de prófugo es tan innata en el superviviente Daniel Carasso como el olfato de un sabueso. Cree que lo único que el destino ha lacrado en la sangre de un judío es su capacidad para llegar a cualquier parte. En efecto, ha sobrevivido a seis guerras, que causaron más de sesenta millones de muertos.

Sigue viviendo, encerrado en su soledad.

«La visión de mi soledad en el centro de la tragedia es lo primero que deseo que los demás acierten a percibir. Si no es así, difícilmente alcanzarán a comprender que el destino de un hombre lo diseña el azar en un papel de frágil textura que se rasga a diario, y luego una mano invisible lo recompone a su manera. A estas alturas de mi vida no sé realmente lo que significa "salvación"».

Había sufrido persecuciones. El ejército de Franco lo acusó de desertor. Lo persiguió. Le angustia pensar en la muerte de su padre. En la de su hermana, gaseada en el campo de prisioneros de Auschwitz. En la infinita tristeza que arrastra desde que enterró a su madre en el cementerio de Les Corts en Barcelona, días antes de que Salónica fuera pasto de las llamas.

También enterró en aquella tumba una parte de sí mismo.

A estas alturas de su vida, no sabe si la soledad ha sido el compañero de viaje que le ayudó a proseguir o la pesada carga que dobló su espalda para siempre. Aunque sus pasos lo han detenido ahora en el palacete que habita a las orillas del Sena, y a pesar de los cuidados que dispensan a su maltrecho cuerpo mientras yace en un lecho con dosel de finas columnas corintias y sábanas de lino, aún sigue corriendo sin resuello hacia un lugar en el que pueda descansar sin temor a despertarse soliviantado y sin tener que atender la imperiosa voz: «¡En marcha!». Incluso ahora que muere, cree que sigue huyendo. Él, Daniel Carasso, uno de los hombres más poderosos del mundo. El creador de un imperio. Está solo.

—María…

5

Aquella noche el exhausto Isaac Carasso se desploma, vestido y con corbata, sobre un camastro con colchón de paja arrinconado en el altillo de la casona labriega que habitaban Vanyo, Ivelina y el padre de esta, un hombre centenario y de mirada negra y punzante, inmóvil en una mecedora bajo el porche, que fuma en pipa tabaco elaborado en la fábrica de Allatini, probablemente adquirido por su yerno en uno de sus viajes a Salónica. Es la de ese hombre la única imagen que rumia Isaac Carasso en la cama antes de quedarse profundamente dormido, hipnotizado por la luz de las estrellas que se filtra por las perforaciones del techo y luego se condensa en lo más alto del cielo como una nube opiácea. Lo despierta muy temprano Vanyo, y desayuna bajo el porche de la casona, entre parterres de hortensias gigantes, observado fijamente por el anciano de famélico rostro, que daba la impresión no se había movido de la mecedora desde la noche anterior, ni dejado de fumar, lo que hace de manera parsimoniosa, con asombrosa elegancia.

Carasso sigue los pasos de Vanyo, que ciñe en su cabeza un sombrero de paja con una pluma de gallina, hasta llegar a una hondonada del bosque que se asemeja al cráter de un volcán. Los restos de lo que parece un viejo caserón con gruesas paredes de piedra mordidas por la dentadura de un ser prehistórico se alzan en el mismo vértice del verde y luminoso paisaje como la vieja maquinaria de un reloj cuyo funcionamiento solo se explica por un milagro. En realidad, el conjunto en ruinas es un tosco edificio de paja y adobe desde el que no se ve nada más que las onduladas colinas que lo circundan. «Desde arriba, verse muy bien Glogovitsa, nada más, ellos no ven a nosotros», dijo Vanyo en su ingeniosa jerga de torlak y ladino. El búlgaro había dispuesto, aprovechando la parte del caserón que aún se mantenía erguida, una especie de taller de producción de *jaurt* alejado de cualquier método conocido y de las normas higiénicas más elementales. Nada más entrar, no se pierde detalle de las primeras reacciones de su invitado de Salónica, al que considera un hombre ilustrado y rico, prudente y muy educado, y enseguida reconoce, con cierto y disimulado pesar, el impacto negativo que ha causado en aquel hombre la visión de su caótico montaje. Antes de escuchar su reproche, le anuncia, mezclando el torlak con el búlgaro, que tenía previsto hacer una inversión para adquirir contenedores adecuados de un nuevo material al que llaman aluminio —«¿Lo conoce?»—, y construir una red de tuberías de agua y reforzar los pilares de las paredes y los tablones del techo por el que se filtra el agua cuando llueve. «Pero le advierto, señor, seguro que lo más moderno nunca podrá ocupar el lugar de lo más viejo», aseguró moviendo enérgicamente la cabeza. En verdad, la expresión de Isaac Carasso es al principio de vacilación y de duda, mas no tanto por la rudimentaria arquitectura del lugar y la cochambre en el suelo y las paredes astilladas y el nauseabundo olor que desprende el cuajo de leche estancado en recipientes de piel de yegua y de oveja, conformados como pequeñas

piletas cuyos extremos descansan sobre estacas de madera clavadas en el suelo, como por la perplejidad que le produce el reconocer que cuanto está al alcance de sus ojos es capaz de transformar la leche en «el elixir que cura la putrefacción del intestino». De manera que, al cabo de unos segundos de reflexión, le sobreviene el pensamiento de que no había prodigio de la madre naturaleza que no se hubiera iniciado en las cavernas de la indigencia, de igual modo que la ignorancia de quienes supieron entender, por caprichos del destino, el mensaje oculto de misterios tan inexplicables era un ejemplo a seguir por la ciencia moderna, que tendría que beber en la modestia de que nada se sabía al principio de los tiempos y de que menos aún saben quienes creen que han llegado al final. «La ciencia nace en la cuna de la pobreza y es una curiosa combinación de azar y templanza». Ese pensamiento le hace ver las cosas de distinta manera y le anima a ser prudente y a hacer a Vanyo solo las preguntas necesarias, ya que lo importante es someterse sin reserva alguna al don de aquel hombre que había entrado, a tientas del destino, en el laberinto de la ciencia sin precisar de ayudas ni guías.

Vanyo emplea las pieles de ovejas, vacas y yeguas como recipientes porque la leche que él mismo ordeña de sus ovejas se empapa mejor cuando vuelve a entrar en contacto con la naturaleza de la que proviene, al calor residual de una superficie que aún mantiene en sus texturas y pliegues la esencia de la vida que no hace mucho abrigaron, del mismo modo que la madera, aun lisada o barnizada de aceite, conserva el alma de los bosques y habla por la noche cuando cruje por el calor o el frío excesivos. La vuelta al lecho originario facilitaba la fermentación de la leche, que debía reposar semanas hasta empaparse de sus propios nutrientes, para que los bacilos que acababan de descubrir los sabios actuaran de forma natural y espontánea, que no era otra que la de transformar la leche en un cuajo del mismo color, algo azulado al atardecer, amoratado horas después, con toda probabilidad porque así era el color de esos diminutos seres vivos que operan nerviosamente sin saber muy bien lo que hacían, «pero yo sí les entiendo, usted tal vez no —argumenta el pastor—. Ese recipiente ya cuajado, leche viscosa, pruébela, ácida, sabe mal, ¿verdad?, es lo que ustedes dicen fermentada, puede convertirse en polvo, no me cree».

Vanyo había envasado ese polvo en botellas de botica con tapones de corcho. Por supuesto que el búlgaro desconoce el sistema de la liofilización natural, pese a haber sido utilizado por los incas para congelar los alimentos. «No, no sé, liofilización, palabra no conozco». Sin embargo, el procedimiento que emplea para llevar a cabo tan sorprendente metamorfosis guarda cierta semejanza con el ya usado por otros pueblos primitivos, no solo los incas, recordó Isaac Carasso. Los egipcios, por ejemplo. También algunos judíos coetáneos de Abraham. Y recordó cuanto le había dicho al respecto el doctor Mizrahí.

«Sí, por supuesto», asiente el búlgaro. Vanyo había oído hablar de Abraham, pero su método no tenía nada que ver con el que «usted, amigo mío, dice, ni con otros turcos, que yo saber que hierven la leche primero para cuajarla y luego arrojar un poco de levadura, suelta, y reducen volumen, no, amigo Isaac».

A Carasso le cuesta desmenuzar su mezcla de torlak y judeoespañol, a veces con giros búlgaros. Y, a continuación, sin más prolegómenos que su mano en alto avisando de algo que va a ocurrir, Vanyo descubre su secreto. Extrae de un pequeño baúl de madera vieja, parecido a un ataúd recuperado de su tumba, una tela de color liso, transparente, que a Isaac Carasso le parece de seda, y la extiende sobre la boca de una vasija de barro hasta cubrirla del todo, y luego llena

un cazo con leche fermentada que recoge de la que hay en uno de los pequeños estanques de piel de vaca, y la arroja sobre la vasija para filtrarla a través de la tela de seda, hasta la última gota, y recoge del suelo la vasija tapada y la lleva con cuidado a un lugar de la choza junto a la puerta, bajo una ventana a la que, cuenta, «le da el sol por la mañana, muy temprano, y al atardecer, poco sol, aire de la montaña, aquí varios días, la cambio de lugar cuando invierno, siempre al sol, pero no mucho, y al poco tiempo la leche es polvo, todo seco, y yo echar esos polvos para transformar leche, como egipcios con levadura pero mejor, como esa civilización, ¿inca?, no, mejor esto, mucho mejor. ¿Liofilización, dice, Carasso? Mejor esto».

Daniel Carasso convive con Vanyo e Ivelina durante diez días. Se despierta al amanecer, ordeña ovejas, acompaña al pastor, a sus rebaños y perros guardianes, peludos y listos como linces, hasta las cumbres más altas donde crecían los pastos más verdes y frescos junto a flores extrañas cuyo olor impregnaba el aire de esencias desconocidas. Ayuda a Vanyo en sus experimentos y comparte con él la comida que les ha preparado Ivelina, y bebe aquel líquido rancio y oloroso, y es observado por el anciano centenario desde lo alto del precipicio del tiempo. Y el día antes de regresar a casa, una cálida noche de finales de julio, tumbado en el catre desde el que visiona, a través de las perforaciones del tejado, el baile reptante de las estrellas en el espacio infinito, igual que el de los bacilos azules en forma de bastoncillo a través del microscopio, y cree haber descubierto el principio de una nueva vida.

Antes de partir, Vanyo entrega a Isaac Carasso una estatuilla de madera envuelta en un hatillo de trapos.

—La moldeó mi padre —confiesa el pastor con voz conmovida—. Tardó años. También él se llamaba Orfeo.

Isaac deshace el hatillo.

—¿Como el de la leyenda? —pregunta.

—Mi padre inventó la leyenda —responde Vanyo. Observa la figura que Isaac acaricia con sus dedos—. Murió el año pasado. —Cada día que pasaba le repetía el mismo lamento: no lograba concluir su obra. Quería dotarla de alma—. Tenía tantos años que ni él sabía su edad.

Vanyo cree que, finalmente, conformó en el interior del trozo de madera un alma, «su propia alma», dijo, pues murió con los ojos abiertos, fijos en los de su obra de arte.

Termaico

Siempre ha tenido una conciencia clara de lo que es. Nació embebido por esa conciencia y con ella se presta a morir. Al observar las copas de los árboles que se alzan en el bulevar, se le antoja que la luz de Salónica, que le llega radiante y certera desde el otro extremo del Mediterráneo como el vuelo de un pájaro, es la luz de la vida. Ciento cuatro años es una larga distancia que obliga a desgranar las hojas del libro que se cierra, con cientos de voces resonando en las páginas en blanco: el eco múltiple de una lámina de acero al temblar en el viento. Rostros que se perfilan desde la oscuridad y recobran en sus pupilas el aliento juvenil de los cuerpos. Oráculos. Címbalos. Gritos. Pensamientos que combaten entre sí como audaces guerreros en una batalla incierta y cruel.

—Si pudiera ver de nuevo esa calabaza esmaltada con el color turquesa de la eternidad… ¡María!

Otra vez ese ciego fervor por el ánfora china. Por el milagro que obraron en ella las manos del artista que la concibió y el calor del horno que la moldeó. Imagina su propio milagro: el instante en que se abre paso por el útero de su madre y tienden su cuerpo ensangrentado sobre una sábana extendida bajo una ventana cegada por la misma luz que ahora le llega de oriente, desde una casa que se le antojaba entonces —y seguro que lo era, ya no existe; la destruyó el incendio de 1917— una noble mansión desde cuya terraza, a la que se asomaba en días claros, se avistaban los cachalotes que surcan el mar de Ulises. Los barcos fondeados en la rada del Termaico. Los mercantes cargados de especias turcas, de vino de Livorno, de naranjas de Cádiz. Buques de guerra vigilantes. El cañonazo de aquel crucero alemán. ¿Cómo se llamaba? No recuerda el nombre. Un estruendo equiparable al del fin del mundo. Él dormía. Salónica estaba en guerra. Se despertó. Madre…

—María, ¿puede alcanzarme el jarrón chino?

6

Isaac Carasso posee un cofre al que tiene como un diamante descubierto en un pecio. Lo guarda en algún lugar de la biblioteca, junto al desván de la casa. Es una caja de proporciones similares a la de una de zapatos. Está fabricada en teca con capas de barniz y cerradura fijada a la tapadera con cuatro clavos de cabezón negro. Isaac Carasso lleva siempre consigo la llave que abre el «cofre de su oculto tesoro» atada con un cordelito al fajín, o al cinturón del pantalón.

Pero sucede que, siempre que despliega ante sus ojos los documentos que hay en su interior, Isaac Carasso se ha venido haciendo, desde que lo heredó de su padre, las mismas preguntas. Y, conforme ha ido asumiendo sus obligaciones familiares, con más desconcierto y desazón. ¿Le aclaran sus orígenes? No está seguro de nada. Con el paso del tiempo se ha hecho cada vez más perfeccionista y se siente obligado a encajar en el lugar que corresponde de la historia y de la geografía, y con máxima precisión, todas las piezas, todos los papeles, todos los estilos, todas las caligrafías, todos los lugares que se citan en los documentos enterrados en esa pequeña tumba que abre anualmente para exhumar a sus muertos: repasa sus huesos de finísima celulosa todos los años con una pequeña brocha que unta con aceite y aguarrás. A menudo se ve a sí mismo como uno de esos antropólogos que rascan en la tierra donde nunca hubo nadie. El cofre es hermoso. Sus reliquias han resistido milagrosamente el paso del tiempo, pero cuando mira en su interior le deslumbra el vacío, el olor a tragedia de los muertos.

Los documentos constituyen un galimatías irresoluble. Tocarlos con las manos le infunde pavor. Son joyas que se deshacen ante un mínimo soplo de aliento. Papeles delicados como las alas de una mariposa. Prefiere observarlos a cierta distancia, como se observa a los difuntos en un funeral, como lo que son. Los mensajes que contienen —y que él repasa provisto de una lupa — le llegan desde el fondo del pecio envueltos en ecos ultrasónicos. Su lectura, la que logra hacer a distancia, le enardece: las capitulares y las letras unciales más altas son de una extraña belleza, pero le resulta imposible hacer una lectura sosegada de los textos pues las letras carecen de espacios, y los saltos de línea a mitad de la escritura dificultan aún más averiguar cuanto en ellos se dice. Le consta que su padre, y antes su abuelo, y su bisabuelo, contrataron a expertos de Salónica y de Constantinopla para que abordaran el trabajo de hacer copias de los originales. Pero los copistas eran orfebres extraordinarios, no intérpretes de escrituras antiguas, y solo en muy pocos casos se atrevieron a hacer de criptógrafos. Aparecen palabras mordidas por los molares de las ratas del tiempo. Mapas que no se ajustan a la realidad actual. Pueblos que probablemente ya no existen. Apellidos desconocidos. El nombre de Carasso no aparece por ninguna parte tal como el que su padre registró en los archivos de la comunidad Talmud Torá de Salónica. Pese a la tristeza que experimenta, cada vez que desciende a su infierno, cree estar

presenciando un milagro: nada está muerto; todo transpira el aire de Sefarad. De Nehama, sí. Del apellido Nehama aparecen vestigios en pueblos castellanos que no sabe si existieron.

Son ilegibles las partidas de nacimiento y los «supuestos» certificados de registro. También los nombres de rabinos que las suscribieron. Aparecen breves notas escritas a pie de página. Uno de los amanuenses se ha arriesgado a dejar escrito el nombre de *Qrescas*, un rabino que, al parecer, lo fue de Zaragoza y de Barcelona. En alguna de las copias se registra a plumilla una expresión, *Dar-oq*, que los propios copistas, siempre a pie de página, aclaran que puede referirse a la ciudad de Daroca, en la provincia española de Zaragoza. La expresión *al-Saraqustî*, de Zaragoza, se muestra en otro aparte del mismo documento. Más fácil resulta concluir que *Tarraco* es la actual Tarragona, en la costa levantina. En uno de los documentos se dibuja un mapa con trazos elementales correspondiente a una ciudad en la que había un *coso*. Junto a esta palabra se subraya con tinta fresca uno de los pocos nombres que están completos o casi completos, aunque el copista, huyendo de su confusión, incluye tres variables: *Birocol*, o *Birocolime*, o *Birocolim*. Otra nota al margen: los estudiosos contratados creen que se trata del nombre de una sinagoga del mismo nombre en la ciudad de Zaragoza, o en la de Huesca. En cualquier caso, estamos ante emplazamientos que pertenecen al reino de Aragón. Así lo confirma el manuscrito, también copiado, de un poema sobre cuyo autor solo aparece el final del nombre: Tabbân. Uno de los criptógrafos contratados cree, muy probable, que corresponde al del poeta Abu Fahm ibn al-Tabbân, sefardí de Zaragoza.

Así pues, Isaac Carasso nunca logrará dar plena fiabilidad al origen de sus antepasados. Tampoco podrá saber el lugar exacto de procedencia. Ni el puerto desde donde abandonaron Sefarad. Ni si escogieron una ruta interior para integrarse en la diáspora a Portugal, la más numerosa y la más desventurada. O si cruzaron el estrecho de Gibraltar para instalarse en Marruecos. Ni si se sumaron a la diáspora que alcanzó las costas de Sicilia y de Génova y luego se desperdigó por Roma, Provenza, Livorno, Nápoles y otras ciudades del sur de Italia. Isaac Carasso quiere saberlo todo.

Así que, a principios de siglo, antes de casarse, inicia un periplo por varios países de la zona. Consulta en Constantinopla a eruditos que han investigado la diáspora de los judíos españoles hasta Turquía. Se desplaza a Jerusalén con la vana esperanza de conocer «los orígenes de nuestros orígenes». Sus intentos de búsqueda se ahogan, uno a uno, en su ansiedad. Obtiene una ingente información generalista procedente de archivos del Congreso Judío Estadounidense y del Congreso Mundial Judío. No le sirven de nada. Solo para abrir nuevos contactos que conducen a rostros de honorables ancianos que siempre preguntan lo mismo: «¿De dónde proviene su familia? ¿Cuál es su actual nacionalidad?». Atraído por el renombre del filósofo judeoespañol, consulta algunos tratados de Maimónides en la biblioteca de Salónica, que conserva una amplia muestra de su obra, tan conectada a la cultura sefardí. Accede a obras de historiadores que siguieron de cerca el peregrinar de su pueblo por Italia: Acosta, Usque, Ibn Verga y Zacuto. Se cita con miembros de asociaciones sefardíes en Esmirna. En ella descubre varias muestras del romancero judeoespañol que no logra conectar con las huellas de su pasado, aunque uno de los romances se inserta en los cantares de gesta de la Edad Media en la ciudad de

Barbastro. ¿Qué relación existe entre todo esto y mi pasado? Son luciérnagas que se extinguen al punto de encenderse.

Más fructífera resulta su estancia en Nápoles, que prolonga durante varios días en noviembre de 1903. En esa ciudad le informan de las peripecias de un tal Abrabanel, sefardí que gozó de enorme estima en la sociedad napolitana de su tiempo, en los albores del siglo XVI. Se desplaza hasta Pisa para buscar en los archivos de la Nazione Ebrea Levantina. ¿Realmente existió? El término «hebreo levantino» se equipara al de sefardí procedente de los reinos de Castilla y Aragón. ¿Hubo una nación sefardí?, insiste en todos los lugares a los que acude. Para algunos escritores italianos, desde luego. Tan pródiga fue la avalancha después del decreto de expulsión.

En Nápoles, Isaac Carasso accede a documentos en la biblioteca de San Domenico Maggiore: por ellos conoce la buena acogida del pueblo napolitano a los judíos españoles, «algunos tan pobres que se morían de hambre en las calles», lee; la reacción en su contra, años después, por temor a represalias; y su precipitada y masiva huida a raíz de la conquista del reino de Nápoles por España. Uno de esos días, caminando por la antigua vía Toledo, la misma por la que desfiló triunfante el Gran Capitán en 1510, año de la conquista del reino por Fernando II de Aragón y V de Castilla, un rico comerciante napolitano, de nombre Lucrecio Basurto, con el que ha tenido trato por razones comerciales, hace posible que Isaac Carasso, cuya probidad y comedimiento no han pasado inadvertidos entre quienes lo han atendido, conozca a Manuel Abrabanel, descendiente de quien, siglos atrás, gozara de favores de nobles y próceres en el reino.

El encuentro con Abrabanel resulta providencial.

Don Emanuele, como se le conoce en Nápoles, revela a Isaac Carasso que en Salónica reside un pariente suyo, «lejano y desconocido y algo cantamañanas, tengo entendido», del que ha oído decir que asegura ser descendiente de los banqueros que financiaron la conquista de Granada a los Reyes Católicos. «Si esto es así, lo que está por demostrar, pertenecemos al mismo tronco familiar», asegura, orgulloso. Para confirmarlo, don Emanuele dice estar preparando un viaje a Salónica.

—He de terminar la ingente obra de arrancar las malas hierbas del árbol de mi vida y de podar las ramas para que broten otras vigorosas —le dice a Carasso con cierta ampulosidad.

—Yo también busco el árbol de mi vida —contesta Isaac, humildemente.

Pese a su florido discurso, Abrabanel es de apariencia tosca, algo canijo y de rostro amarillento. Pronto, sin embargo, descubrirá a Isaac Carasso una vertiente cálida y fraternal que les hará congeniar. Por su vestimenta y la forma como se dirige a quienes le acompañan, es evidente que goza de una buena posición social. Isaac le expone abiertamente los problemas que no le dejan vivir.

La enrevesada madeja genealógica de su familia empieza a tejerse cinco siglos atrás, «amigo mío…».

Abrabanel le ofrece su ayuda.

—También ese es mi caso, pero, a diferencia del tuyo, mis antepasados llegaron de Granada y se quedaron aquí. Algunas informaciones nos contrarían. Por ejemplo, la del pariente que

recaló en Salónica. Puede que sea un farsante. No importa. Lo encomiable es que se ha mantenido nuestra estirpe, gracias al Señor.

Los vínculos que Isaac Carasso desea esclarecer con la Madre Sefarad se enredan, sobre todo, al abordar el origen del apellido Carasso. En ninguno de los documentos que posee aparece una pista segura que entronque ese apellido con lugares de los reinos de Castilla o Aragón. A lo más que ha llegado averiguar es la existencia de tradiciones folclóricas en algunas zonas del este de España denominadas *carasses*, máscaras con muecas horribles con las que los lugareños se mofan de obligaciones religiosas de las que, en tiempos remotos, sus antepasados pretendían huir. Su descubrimiento le hizo concebir la idea de que su apellido era una especie de disfraz idiomático de aquellas *carasses*. De otro lado, los desplazamientos a Italia y las pesquisas que ha hecho en Nápoles, Roma y Pisa le han revelado que tampoco en estas ciudades existen núcleos familiares que respondan al apellido Carasso. Sin embargo, su estancia en esas ciudades y diversas lecturas le han revelado un hecho irrefutable: que Italia fue el lugar de paso a Turquía de una gran mayoría de sefardíes españoles forzados al éxodo por la hostilidad de los reyes de Castilla y de Aragón y de otros reinos. Descarta, por tanto, que sus ancestros formaran parte de la diáspora a Portugal, atraídos por las promesas de su rey Manuel de ser bien recibidos.

—Las promesas se incumplieron después, como sabes —dice Carasso.

—Y da gracias a que fuera así —contesta Abrabanel.

—Dices bien —asiente Carasso—. Porque, aun siendo la huida a Portugal la más fácil de ejecutar por la proximidad del país, la traición del rey Manuel, la epidemia de peste en Lisboa, de la que fueron culpados los sefardíes españoles, y el posterior decreto de expulsión siguiendo el ejemplo de España, demostrarán el grave error que cometieron quienes la protagonizaron.

Abrabanel lo escucha y asiente.

Rena

Tampoco Daniel, de niño, apenas había oído hablar de la familia de sus padres, de sus abuelos paternos, cuya presencia en casa, cuando aparecían los sábados, en invierno, era precedida de una expectación que atenazaba sus emociones. Su abuelo, también Daniel, se tapa la cabeza con un bonete toledano negro.

Le extasía contemplar la tela rameada que rodea la prenda a modo de anillo. Se entretiene contando las horquillas que sujetan las piezas de la cofia que pomposamente luce su abuela, Estrella, antes de que su madre le ayude a sustituirla por un pañuelo de seda de flores que casi le cubre todo el cabello. De su rostro sonrosado apenas sale, de vez en cuando, alguna palabra siempre cariñosa y en ladino —su abuela no sabe hablar otra lengua— dirigida a él. Su madre suele tararear con frecuencia una canción que él logró aprender de tanto escucharla:

Lavaba la blanca niña.
Lavaba y espandía,
con lágrimas la lavaba
con suspiros la espandía.

No la entiende, pero le agrada el sonsonete. Los primeros versos que aprende. En la voz atiplada de su madre suenan los trinos de los pájaros en primavera, «los del bulevar Charcot, ¿gorriones, mirlos?», por la forma en que subraya los finales de las estrofas, *día, día*. Esa palabra, *día*, es una de las primeras que incorpora a su vocabulario judeoespañol. Su madre le había explicado que se trataba de la canción que cantaba con sus amigas el día de la compra y lavado del colchón en el que ella y su marido dormirían después de casarse. Y trataba en vano de convencerle de que eran sus lágrimas las que lavaban el colchón y sus suspiros los que desbrozaban la lana. Él la mira, desconcertado, y ella ríe, y su inocencia la incita a revelarle otros recuerdos de aquellos días previos a la boda, como cuando ella y sus amigas, también vecinas, cantan la *almosana* y comen dulces el domingo antes de la ceremonia.

—¿Y qué hacía mi padre? —pregunta Danón.

—Bastante trabajo tenía con el *convidador*, a quien debía vigilar para que no olvidara ninguna de sus obligaciones.

—¿Y qué hacía el convidador, madre?

—Ir de casa en casa anunciando la boda.

Pero lo que más le intriga es el baño, *hamman*, al que su madre —siempre su madre— se somete la misma mañana de la boda. Ella lo cuenta con detalle: su piel se bañaba en untuosos

aceites; la secaban con toallas y suaves paños regalados por el novio. Antes de meterse en la bañera, la colocaban sobre una sedosa sábana blanca para cortarle las uñas, y luego, ya dentro del agua, las amigas que la bañaban disolvían terrones de azúcar y ponían velas en los extremos de la tina. «Así ahuyentaban a los demonios». Mientras tomaba el baño, las mujeres la depilaban, la maquillaban y le pintaban las uñas con alheña. «¿Y mi padre, también se bañaba?». Empezó a cuestionarse, entonces, por qué su padre se encargaba de los trabajos más placenteros, de subir a las montañas, de leer periódicos en la librería de Molho, de vender aceite y frutos secos en el puerto, y su madre, por el contrario, de los dolorosos, como el de dar a luz. Cuántas veces, hasta siendo mayor, había pensado que él había sido transportado desde las lejanas tierras de Sefarad «en la luz de su madre…». La expresión más bella del mundo, dice ahora, y busca con la mirada a María, sentada en la butaca, que lo mira compasivamente…

Como después de él nacieron dos niñas —sus hermanas Flor y Juana—, Daniel Carasso, Danón, tuvo la oportunidad de conocer a la comadrona que asistió a su madre en los partos, también en el suyo. Se llamaba Rena, la luminosa sombra de su madre. Los ojos que siempre lo observaban. Rena era una mujer de rostro mofletudo y nariz gorda, de cuerpo cilíndrico, redondo de cintura para arriba, con unos brazos que, cuando los descubría al arremangarse, eran del tamaño de un tronco de olivo centenario. Rena le cuenta —su madre sonríe, la mira de reojo, contiene su reproche— que, antes de parir, y como era costumbre en las familias sefardíes, «la parida», que así llamaban a la mujer que iba a dar a luz, visitaba tumbas de rabinos santos, tomaba un baño caliente —«que facilitaba las cosas», decían— y ordenaba a la propia Rena y a quienes servían en casa que abrieran todos los cajones, puertas y ventanas. Danón sabe, por Rena, que, nada más abrir los ojos al nacer, su padre le dio un manotazo en los labios.

—No era tu padre sino un ángel que movía su mano —aclara la mujer.

Aún con el ceño fruncido, Danón pregunta si lloró.

—Tuvo mucho cuidado de no hacerte daño —responde Rena.

—¿Y por qué me pegó?

—Para borrar de tu memoria todo lo malo que habías visto antes de llegar a este mundo.

—¿Nunca lloré? —insiste.

—Ni cuando la *semirá*. Te mojaron los labios de vino y te relamiste. Por eso no lloraste cuando te cortaron.

La voz de la *cumadre*, su gesto, su mano acariciándolo, se reproducen en la memoria como los capítulos más gloriosos de un cuento que alguien recita desde el fondo de una cueva. A «la parida», su madre, nunca la dejaron sola. A él también lo vigilaban día y noche para evitar el mal de ojo. La noche anterior a la *semirá*, circuncisión, todos los parientes y amigos de su familia se reunieron en casa para velarlo a él y a su madre mientras entonaban cantigas y comían dulces cocinados por Rena. En la mañana de la circuncisión, antes de la salida del sol, lo bañaron y lo colocaron sobre una almohada blanca tapado con un velo. Su madrina —Estrella, la abuela paterna— levantó su cuerpo y se lo entregó a su esposo, el padrino. «Estrella era como una estatua con luz dentro».

Entonces, su abuelo Daniel se sentó y puso sobre sus rodillas la almohada, de funda bordada, con su cuerpo desnudo.

Fue en ese momento, antes de hacer su trabajo, cuando el *mohel* mojó sus labios con vino. Un mosto dulce, al que llamaban *mistela*, que Isaac Carasso había encargado a un comerciante sefardí que importaba productos de Sefarad.

Era un vino de azúcar derretida. Se relame en la cama con dosel y sábanas de lino. Cree que su paladar nunca dejó de saborear el néctar.

En su casa del Ampurdán, y en la de Normandía, siempre tuvo a la vista una botella de mistela que solía adquirir en una vinoteca de Gerona. Una mistela especial elaborada en un pueblecito del norte de la provincia de Alicante, escondido entre montañas, al que llaman Xaló. Le suena a nombre sefardí. La compartía a menudo con Mario Botton Carasso, su primo, cuando lo visitaba. Hablaban hasta bien cerrada la noche. Recuerda el día que su primo cumplió cien años, en su casa de la Diagonal, en Barcelona, un apartamento inmenso de tres pisos «como el laberinto de Creta…».

7

Llegados a este punto, entre Isaac Carasso y Abrabanel se abre un silencio ante los ojos de Lucrecio Basurto, expectantes como los de un infiel que asiste a la resurrección de Lázaro. Es Isaac Carasso el que retoma con ímpetu juvenil —apenas tiene veinticinco años— la palabra, y lo hace en un tono de indignación y levantando la cabeza de tal manera que parece querer embestir con su cráneo en forma de yunque.

—Miles de sefardíes —dice Carasso— se vieron forzados a una larga y trágica diáspora por mar, doblando el cabo Finisterre y con final en Amberes y en otras ciudades de Flandes. No podían ir a ninguna otra parte. Francia, Inglaterra y el Sacro Imperio Romano Germánico eran desaconsejables. No podían refugiarse en ellos porque fueron estos países los primeros en decretar su expulsión, mucho antes de que lo hiciera España.

—Así es, amigo Isaac. La historia trató con más crueldad de la que debía a España e ignoró que fueron otros países, como bien has citado, los que iniciaron la persecución de nuestro pueblo.

Abrabanel lo invita a su casa. Los dos suben a un carruaje con toldo tirado por caballos. Don Emanuel posee una casa en el monte Cicada, entre Nola y Nápoles. Durante el trayecto, en dirección a la campiña desde donde se atisban las verdes laderas del Vesubio, cerca de donde está enterrada la antigua Pompeya, Isaac vuelve a hablar:

—El destino me acaba de mostrar en la vieja vía Toledo de Nápoles un luminoso camino en medio de esta jungla en la que estoy perdido.

—¿Jungla, dices?

—¿Acaso no lo es la historia de nuestro pueblo?

—Desde luego.

—El haberte conocido, Abrabanel, viene a demostrar que el Señor se sirve de la bondad y la sabiduría de sus criaturas para colmarnos de ventura en momentos insospechados. Me atormenta desde hace tiempo completar ese árbol de la vida al que antes te referías. Desde que nací, lo he imaginado plantado en medio de una vega fértil y radiante. Lo veo cada día, ungido por la luz de Sefarad. Pero sus raíces son demasiado profundas y sus ramas se me antojan podadas por manos inexpertas. No puedo completar su morfología, adivinar cómo se orientan sus raíces bajo tierra, cómo se abren paso hasta el corazón de la verdad.

—Ojalá puedan serte útiles mis consejos.

—Todas mis inquietudes se detienen en un punto infranqueable que no sé si corresponde al final del camino o al principio.

—Somos un pueblo que venimos de la oscuridad y regresamos a la oscuridad. Así es como nos ven desde fuera, y así es como realmente somos.

—Es cierto. Descarto que los míos procedan del norte, de Flandes o de los Países Bajos. De ser así, algún apellido holandés se habría interferido en la línea originaria. Que yo sepa, en Salónica no hay ninguno. Ni en Italia, como es evidente.

—Comparto tu criterio. La diáspora que partió desde Lisboa hacia el norte contó con la presencia de muchos sefardíes españoles y de no pocos hermanos portugueses, pero se quedó en el norte y allí echó raíces y prosperó, con la ayuda del Señor, en Amberes, en Ámsterdam y en otras ciudades de los Países Bajos. Y luego está la otra diáspora. La que llegó hasta aquí.

—Es la que me preocupa. La de los sefardíes que arriban a esta tierra y salvan más tarde el Adriático hasta alcanzar Grecia y Macedonia. En esa me incluyo.

—No olvides que antes arribaron a las costas de Cerdeña y de Sicilia y tuvieron que cruzar el estrecho de Mesina. Pero dices bien. La mayoría de ellos llegaron al Imperio otomano desde el puerto de Capua. Hubo familias que subieron por los Apeninos hasta Venecia y se instalaron sin problemas en la Ciudad Ducal. Los venecianos son muy listos y los trataron bien: se aprovecharon de lo mucho que sabían en materia de comercio y de banca. No les dejaron escapar por la cuenta que les traía.

—Me pregunto por qué mi familia, durante siglos, mantiene la constante del apellido Carasso cuando no es de extracción judeoespañola ni se prodiga en Nápoles, ni en otras regiones de Italia.

—¿Tan seguro estás? —pregunta Abrabanel.

—Abrigo pocas dudas sobre el particular. Es un apellido bastante común, cierto. Pero solo en Salónica. Identifica a mi familia y a otras que poco o nada tienen que ver con la mía. Cuando avanzas en la historia, los parentescos iniciales se bifurcan hasta perderse. Así lo he podido comprobar con documentos de los dos últimos siglos que obran en mi poder. Pero, a partir del tercer siglo, la pista se borra, no sé si porque cada vez se distancia más un camino del otro, o porque se separan para después encontrarse en el tronco común. Si esto es así, no he logrado averiguarlo. Es una lástima que en el pavoroso incendio que destruyó parte de la ciudad a finales del pasado siglo ardieran archivos y documentos que hoy probablemente nos sacarían de dudas. Lo cierto es que los Carasso son de Salónica, y que todos son judíos sefardíes.

—A primera vista parece un caso sorprendente, pero no es de extrañar. Cabría pensar, antes de barajar otras hipótesis, que tal vez hubo un núcleo originario de judíos sefardíes italianos cuya cabeza en origen portaba el apellido Carasso. Sin embargo, admito que sería muy extraño que se tratara de sefardíes, una rama del judaísmo de cultura genuinamente española.

—Cuanto dices es irreprochable —admite Isaac—. Mis antepasados me legaron documentos en los que, aun vagamente, se acredita que provienen de ciudades aragonesas o catalanas. En las copias de los originales que poseo se advierten detalles de sinagogas emplazadas en Zaragoza o en Huesca, mapas inequívocamente pertenecientes a la vieja *Espanya*, y partidas de nacimiento firmadas por rabinos de la Corona de Aragón, que es de suponer corresponden a alguno de mis antepasados. El hecho de que sean documentos ilegibles impide descubrir los galimatías de los nombres.

—No es el primer caso que conozco. Las adversidades a las que se ha enfrentado nuestro pueblo no solo se refieren al dolor y la persecución. La humillación, la impostura, la mentira, el encubrimiento y la traición también han sido empleados por nuestros enemigos para torturarnos. Las circunstancias adversas fueron muchas veces determinantes de cambios que hoy nos

sonrojarían y que entonces se consideraban normales. Fueron cientos los casos de sefardíes españoles que se vieron forzados a cambiar sus nombres, o a inventar registros inexistentes para evitar el riesgo de ser delatados ante la Inquisición. A veces, esos cambios se producen por deformación voluntaria del nombre. O, simplemente, para reaccionar ante situaciones que comprometen la seguridad y las vidas de quienes los llevan. En ocasiones, surge en plena desesperación la caridad de un benefactor que ofrece desprendidamente su apellido con ánimo de tender a la familia en apuros un puente de salvación. Por desgracia, fueron más numerosos los casos de registradores y clérigos corruptos dispuestos a hacer negocio ofreciendo el cambio de identidad por una importante suma de dinero. Me consta que uno de mis antepasados fue tentado, por un noble arruinado de la Provenza, a estar bajo su protección si saldaba las deudas contraídas ante un poderoso banquero. La protección, altruista o ejercida bajo chantaje, incluía hacer donación del apellido. Recuerda que las delaciones ante la Inquisición podían hacerse de manera anónima, y que los españoles instauraron ese tribunal pocos años después de conquistar Nápoles. Precisamente ese fue uno de los motivos que obligaron a los napolitanos a cambiar su inicial predisposición de ayudarnos y ofrecernos sus casas por la de traicionarnos para así granjearse los favores de las nuevas autoridades militares y eclesiásticas. Apostaría a que alguien le hizo un favor a uno de tus antepasados, o cometió una de esas felonías tan frecuentes en aquellos trágicos tiempos.

—El misterio sigue. Nunca sabré mi verdadero nombre.

—No existe tal misterio, amigo Isaac. Tu nombre es Carasso. Carasso te hace comprender el mundo en el que vives. Carasso te ha hecho como eres. Y no importa que sea el resultado de una delación, de un favor que un buen alma hizo a uno de los tuyos, o, simplemente, de una compensación dineraria que podía permitirse tu familia. Gracias a lo que fuere, estás vivo.

Años más tarde, Isaac Carasso se esforzará en explicar a Danón el galimatías de nexos y colectivos enlazados por culturas y lenguas fraguadas en el mismo yunque y determinantes del origen de su familia. A modo de conclusión, situará a sus ancestros sefardíes en la órbita del *kal* de Aragón, uno de los más prósperos y numerosos en Salónica, al que añadirá, por afinidades territoriales y de parentesco con otras familias del mismo apellido, los de Cataluña y Baleares. Danón asistirá a las explicaciones de su padre como cuando este le contaba por la noche una de sus extrañas historias sobre la inmortalidad. Así que zanjará la enrevesada cuestión simplificando el problema: la familia a la que pertenece procede de las lejanas tierras de la histórica Corona de Aragón, que había compartido con Castilla la labor de construir *Espanya* tal como hoy en día se conoce, esto es, la «sagrada tierra de Sefarad».

María

Daniel Carasso sigue adentrándose en el pasadizo del misterioso narrador de cuentos, cuya oscuridad, en vez de cegarle mientras rastrea a tientas, le revela la existencia de grietas por las que se filtran otras voces que su memoria identifica con asombrosa lucidez: «¡Danón, Danón!» es uno de esos ecos, tan perceptible como la voz de su ama de llaves, María, cuando le habla al descorrer las cortinas de una ventana de la estancia que apenas puede abarcar con su vista. Y es tal su ensoñación que sigue repitiendo en sus adentros: «¡Danón, Danón!», y acudía presto a la llamada de su padre.

—Hace un día precioso, *monsieur* Carasso —dice María.

—¿Y Jacqueline?

—Ha ido a la farmacia. ¿Cómo pasó la noche, don Daniel?

Daniel Carasso niega con la cabeza. Imperceptiblemente.

—¿Desea algo el señor?

La luz lo invade todo como una mancha vaporosa y enciende la superficie de piel del escritorio-cómoda estilo Luis XV desde el que, en los últimos días, cuando se ha sentido con fuerzas y se levanta de la cama, observa las copas de los frondosos álamos del bulevar intentando descubrir, entre las ramas, los nidos de gorriones. «¿O son mirlos?». Es tan poderoso el haz de luz que no distingue el rostro de la mujer que le habla, pese a que la conoce tan bien que podría dibujarlo. María López es aragonesa y mujer de plena confianza, como su hermano Florencio, supervisor de producción en la fábrica. Él contaba los envases de yogur antes de que el sistema se mecanizase. Era infalible.

Le ciega el resplandor que despide el esmalte incandescente del *bureau*. Vuelve a acomodarse en el hoyo de la almohada, reconfortado por seguir avanzando en el túnel de sombras que avanzan ante el soldado de naturaleza portentosa que ha perdido el miedo a la muerte.

Arriba, en la repisa, brilla también el esmalte del jarrón de porcelana china.

—Alcánceme el jarrón chino, María —dice Daniel Carasso sin moverse, asomándose en la voz una especie de luto, asombrado de poder hablar.

Como a un recién nacido, inofensivo y venenoso a la vez, María López recoge con sus manos la pieza de esmalte turquesa y la deja suspendida en el aire, y la suelta cuando las manos de él se abren.

—Con mucho cuidado, señor.

—¿Sabe usted por qué la compré?

—A la señora le gustaba.

Daniel Carasso abraza con sus manos el ánfora, la aprieta contra su pecho. Cierra los ojos. Le cae en el paladar una gota amarga. En el asombro de su silencio se abre de nuevo la puerta del escenario de su vida y cree que así, abrazado a la inmemorial obra de arte, puede entrar en el horno donde el calor domesticado por el orfebre sopla el origen de la eternidad.

Así es como se rinde a la utopía, en la que nunca creyó, de su padre. Por eso le contaba aquellas historias de flores incorruptibles regadas por la inagotable sangre de Orfeo. Daniel Carasso logra, por fin, comprender las sublimes aspiraciones de su progenitor: cambiar los hábitos de alimentación del mundo, esto es, regar la tierra con esa especie de sangre de color blanco que él había descubierto en la remota región búlgara de Tran durante uno de sus viajes, después de atravesar en tren los montes Ródope.

—¿María?

—¿Señor?

—¿Es ese rumor el del Sena?

—Sí.

Lo escucha desde la cama, en su *palacio*. Así lo denomina la prensa. A él le desagradan los calificativos altisonantes. Las aguas del Sena bañan los parterres de azucenas. Las huele. Él prefiere oler el perfume de especias del Egeo. No hay diferencia entre la luz de París y la de Salónica. Mas ahora es imposible distinguir el olor del cardamomo y del eneldo apresados en los estambres rosados del árbol de la seda.

8

Cierto día se presenta en casa de los Carasso el maestro Salomón Levi, de la Alianza Israelita. Faltan unas semanas para que Isaac Carasso cumpla treinta y dos años. Esa es la edad que cree que tiene. Salomón Levi recaba su autorización paterna para que Danón recite los versos que van a dar la bienvenida al sultán Hamid en su inminente visita a Salónica. En la escuela lo han elegido a él porque es el alumno que mejor habla el ladino. También el turco, lo que despeja la incógnita de que pueda entablar una conversación con el sultán si este le dirige la palabra. El autor de los versos, el rapsoda Efraín Cohen, ha puesto como condición al encargo que se le ha hecho por parte de las autoridades, que el niño que recite su poema lo haga en judeoespañol. Efraín pasa por ser un buen poeta, pero le disgusta que sus versos sean empalagosamente aduladores. Lejos está de imaginar que Abdul Hamid será derrocado en unos meses.

Nada más conocer a Daniel Carasso, Efraín ha dado el visto bueno a la elección del pequeño, muy espigado para su edad y con una perfecta dicción del ladino en su versión más culta. Se han hecho ensayos con otros niños de la escuela, pero solo sonrió satisfecho cuando escuchó sus versos en labios de Danón. «Es la más inocente de las voces —ha dicho nada más terminar la prueba—. Y la más cantarina». En su fuero interno, Efraín desea que su poema de rendida admiración al sultán se parezca lo más posible «a la expresión más pura de la ingenuidad». Parece un montaje contradictorio, pero no lo es. Lo que quiere el rapsoda sefardí es demostrar a los implacables censores turcos que solo los espíritus más inocentes pueden hacer elogios a quien no se los merece, mucho más en un idioma al que los engreídos afrancesados consideran muerto y por tanto inútil. Tras escuchar estas explicaciones de Salomón Levi, Isaac Carasso da su consentimiento:

—Es un alto honor que me conmueve profundamente.

Un día de finales de mayo de 1908, Daniel Carasso estrena un traje de pantalones bombachos y chaqueta cruzada, confeccionado por su madre, con un lazo azul en la camisa blanca de cuello redondo, zapatos de puntera acharolada y un fez de color rojo en el que aparece bordada, en hilo dorado, la estrella de David. Y así, investido con la dignidad que le otorga el diseño de esa vestimenta única, es como se presenta ante el sultán Abdul Hamid para recitarle el poema del rapsoda Efraín Cohen. Danón lo aprende de memoria en su casa, por la noche, recostado en la cama, escuchando hasta cien veces las estrofas que recita pacientemente su orgullosa madre.

Fue un día de olor a jazmines y de floridas mimosas enracimadas en los pequeños arcos triunfales tendidos a lo largo del trayecto a recorrer por Abdul Hamid. Nada más bajar del lujoso

paquebote y pisar una alfombra roja tendida a la largo del dique, decenas de soldados lo escoltan hasta la salida del puerto y luego corren en paralelo al carruaje tirado por caballos blancos y negros, alguno ruano, de cabezas vistosamente adornadas, que avanzan a trote corto. El sultán saluda desde su asiento al descubierto. Detrás del refulgente vehículo, la guardia personal del jerarca no pierde el ritmo que imprimen los caballos, y más espaciados un grupo de gigantes eunucos rapados.

De la mano de su maestro, Daniel Carasso se abre paso hasta el trono en alto improvisado donde lo aguarda Abdul Hamid. Repara enseguida en los entorchados de flecos bordados de purpurina que cubren los hombros del sultán; en la fijeza de sus ojos, vacíos; en la chatarra de condecoraciones: estrellas prendidas con imperdibles, del tamaño de langostas, en su casaca roja sin arrugas. Flanquean al jerarca guardaespaldas momificados con relucientes cascos sobre sus cabezas y lazos de cuero con hebillas que cruzan de parte a parte sus caras a la altura de la nariz. Por detrás del sillón, con brazos de terciopelo rojo, aparecen rostros de feroces guerreros y gélidas miradas portando cimitarras que cruzan sobre sus pechos semidesnudos. Ni las pestañas se mueven.

Danón titubea. Parece que ha olvidado los versos. Basta un leve movimiento de la mano del sultán para que sus guardaespaldas dejen de observar al pequeño. Pero Danón no está asustado, solo impresionado por las cimitarras que resplandecen como gemas puntiagudas. Finalmente, recita los versos que había aprendido de memoria con la ayuda de su madre. Lo hace en el tono cantarín que le gusta al rapsoda, elevando graciosamente las manos a su debido tiempo, hasta la altura de la cabeza, con la mirada fija en la del sultán, que lo observa extrañado, sin entender. Vestido con levita, Salomón Levi traduce: inclina su cabeza sobre el oído de Hamid, que asiente con la cabeza.

—¿Cómo te llamas, pequeño? —pregunta cuando Danón termina su recital y cree que ha llegado el momento de retirarse.

—Daniel, señor —responde el pequeño, sereno—. Pero en casa me llaman Danón.

El sultán suelta una medio carcajada y luego mira a derecha e izquierda para comprobar que quienes lo observan también se ríen.

—Eres un niño muy listo, pequeño Daniel.

—Sí señor.

Esta vez la carcajada de Hamid es más sonora, igual que la de sus aduladores, entusiasmados por la reacción del niño.

—Tengo entendido que eres judío sefardí.

—Mi padre me ha contado que fuimos expulsados por los reyes de Sefarad.

—Una torpe decisión la de esos reyes, ¿no te parece?

—No lo sé, señor.

—Es una torpeza permitir que niños tan listos como tú abandonen su país para crear riqueza o mostrar su sabiduría en otro.

Lo de crear riqueza no lo entiende del todo. Le pasa por la cabeza que el sultán se refiere a trabajar incansablemente. La verdad es que su padre está a todas horas trabajando. Compra y vende aceite y frutos secos, que distribuye por tierras lejanas. Tiene un almacén en el puerto. Siempre, desde muy pequeño, le han impresionado los porteadores de las mercancías que distribuyen los productos de su padre. Son hombres altos, turcos en su mayoría. Cubren sus

cabezas con sucios turbantes de muchas vueltas que apenas dejan ver sus rostros, de pómulos huesudos y barbas más largas que las de los rabinos. Caminan descalzos, con sus cuerpos encorvados como puentes, por las calzadas adoquinadas, a las que se les ha aplicado un material antideslizante. Cuando avanzan, con gigantescas cajas de madera amarradas a sus espaldas, reproducen la expresión sin alma de los caracoles, la indolencia infinita del sufrimiento más agudo que puede resistir un ser humano. Y, sin embargo, todos llegan a su destino, y no parece que se fatiguen.

Años más tarde sabría que al sultán le habían puesto en antecedentes sobre la identidad de su padre. Isaac Carasso goza de una buena posición social. No tan rico como el banquero Allatini, o la familia Modiano o los Fernández, que viven en palacios gigantescos, alzados sobre colinas. A veces, su padre lo lleva a jugar a la mansión de los Allatini, cercada por una valla muy alta que impide ver el hermoso edificio y los jardines que lo rodean, rebosantes de flores y con setos tan primorosamente podados que él cree que el trabajo lo han hecho las mismas manos de las mujeres que habían recortado las uñas a su madre cuando la bañaron antes de la boda.

Danón está a punto de cumplir cinco años. Juega con sus amigos a los *cuescos* y a la *fuyca*, probablemente como los chicos de Burgos o de Murcia. En una plaza porticada, cerca del mercado, escuchan a menudo a un hombre que vocea en su idioma: «¡Pan de *Espanya*!» —lo elaboran en la panadería de Esteban—, y al momento acuden decenas de mujeres con cestos vacíos y monedas apretadas en sus manos. Otros hombres venden calabazas: las ofrecen en las casas después de llamar de puerta en puerta. Esther Muzafia las escalda y luego las ralla. Hace un dulce muy sabroso: el postre en las comidas del sabbat. Danón se queda embobado cuando los vendedores de prensa pregonan a voz en grito los nombres de los periódicos: «¡*La Nación*!», «¡*El Liberal*!», «¡*El Pueblo*!», y otras cabeceras cuyos nombres se han perdido en su gastada memoria. (¡Él, que había llegado a creer que no existe el olvido!). Los voceadores son niños como él, sefardíes de familias pobres que visten ropas sucias y gorras que calan hasta las orejas, lo que evidencia que son prendas que pertenecen a sus padres. A veces, portan un ingenioso juego de tablones con tirantes que cuelgan por delante y detrás de sus delgadísimos cuerpos, en los que han pegado con un brochazo de cola la portada de uno de los periódicos. Suele ir con su madre al mercado, cogido siempre de la mano, y a veces con Rena, que acostumbra a detenerse en todos los puestos aunque no tenga nada que comprar. En verano, decenas de mujeres, bajo los soportales de la plaza, fijan sus ojos negros sobre el bastidor en el que cosen o bordan lujosos tejidos. Algunos de ellos los utilizarán los rabinos en sus ceremonias. Las mujeres emplean para trabajar grandes agujas e hilos retorcidos de colores brillantes, sin despegar sus ojos de las telas. Las más jóvenes y casaderas miran de reojo hacia la plaza cuando su curiosidad las orienta al mozo a quien le han «echado el vistazo». Otras mujeres apartan hojas de tabaco de Macedonia que ellas previamente han seleccionado, muy aromático, mientras cantan viejas cantigas que sus padres y sus abuelos recuerdan haberlas escuchado a los suyos en las plazuelas de sus pueblos antes de abandonar la Madre *Espanya*.

Mas Olivet

Está rodeado de ilustres vecinos que irremisiblemente lo ven, por su condición de judío, como un ser misterioso y alejado de la realidad, aunque prudente y muy educado, refinado en ocasiones. Un tipo alto y de lustrosa calvicie que viste siempre con corbata y usa trajes grises, algún que otro de color marengo, hechos a medida, con chalecos de botonadura y zapatos mallorquines con lazo. Aunque no prodiga sus salidas, su figura, que se va encorvando con inexorable fatalidad al paso de los años, pese a sus esfuerzos por mantenerla erguida, se hace habitual en las calles de Neuilly. A veces acude a algún entierro, como el de la actriz Bette Davis, a la que conoció al poco de que ella se instalara en Charcot. En cierta ocasión, un par de años antes de que muriera, asistió con Nina, su mujer, a una recepción de Edith Piaf: su muerte le causa una gran pena. Daniel Carasso suele referirse a la cantante como si fuera una niña desvalida a la que se había encontrado, abandonada, en la calle. ¡Qué mujer más endiabladamente interesante, qué imponente fuerza en su estuche de extrema fragilidad! La Piaf despierta en su interior un afecto paternal cuyas razones nadie se atreve a explicar; tal vez por la delicadeza del gesto, por la debilidad que se asoma a su cara, siempre repintada, a veces de manera estrafalaria, pero estos aspectos no son criticables para Daniel, que parece solo tener ojos para mirar en el pozo sin fondo de los de aquella mujer pequeña y desolada, como su hermana Flor, la que murió en Auschwitz: criatura descarnada por la tragedia, madre de dos hijos, sus sobrinos, Enrique y Jacques, sensibles como su madre, a la que no pudo socorrer. Sí, Edith Piaf le recuerda a su hermana Flor.

El bulevar del comandante Charcot es una larga avenida paralela al discurrir del Sena que se lanza hacia el *pont* de Neuilly, al norte, tras enlazar con la Avenue de Madrid. Al poco de instalarse en Charcot, su mayordomo, François —murió de cáncer a los setenta—, al enterarse de que Daniel había nacido en Salónica, le dio una pequeña lección de historia, «¡Magistral, François!». Muy cerca de aquí, en 1919 —¡dos años después de que Isaac Carasso decidiera asentarse con su familia en Barcelona!—, se firmó el tratado por el que las potencias vencedores de la Gran Guerra cortaron las alas al belicoso reino de Bulgaria, cerrando a este país todas las posibilidades de acceder al mar, precisamente por el puerto de Salónica. «¡Mi padre se llevaba muy bien con los búlgaros!», exclamó entonces. Y solía decir a continuación: «Gracias a los búlgaros…».

Él se acuerda de aquellas guerras. Los búlgaros…

Pretende decir que, gracias a los búlgaros, su padre inició sus conocimientos sobre la fermentación de la leche…

A ambos lados de Charcot se alzan formidables palacetes de fachadas de piedra tallada y techos de pizarra fina con discretas variaciones sobre temas modernistas, a veces neoclásicos o con reminiscencias renacentistas. En su conjunto, dan testimonio de *la grandeur* de Francia. Daniel Carasso vive en el del número 178. El palacete hace las veces de cuartel general de sus empresas. En él suele recibir con alguna frecuencia visitas de colaboradores y empresarios. A Daniel Carasso le habría gustado que fuera, simplemente, *ma maison*. Menos mal que, con alguna frecuencia, menos de la deseada, viaja hacia el sur, en avión, hasta Barcelona, y en el aeropuerto le espera un coche en el que se desplaza hasta su casa del Ampurdán gerundense, su particular monasterio de Silos perdido entre pueblecitos románicos que aún siguen manteniendo el sello carolingio de la Marca Hispánica. Desde su finca Mas Olivet se observan los atardeceres rojizos que cruzan Cataluña antes de perderse en los Monegros de Aragón. «La otra tierra», suele comentar cuando lo visita su vecino ampurdanés, Luis Portabella. Ambos se sientan frente al sol cuyos rayos se dilatan entre olivos y viñedos. ¿Se puede querer tanto a un amigo?, se pregunta Daniel cuando, después de cenar, ve marchar a Luis camino de su masía, contigua a la suya. Al fondo, las luces amarillas de Palau Sator, con su restaurante Mas Pou lleno de comensales. Daniel siempre reserva mesa junto a una ventana orientada al este y pide el mismo plato: pollo con sepia y gambas. Y de primero, cuando llega la primavera, *«calçots»*. A Daniel Carasso le habría gustado morir allí, enterrado junto a la estatua de Chillida que mandó colocar en uno de los hermosos jardines de la finca, pero a buen seguro que se lo habrían prohibido.

—Ya saben que deben enterrarme junto a Nina…

—¡No hable de eso ahora, señor!

—Mi hija lo sabe.

—Si usted lo dice. ¡Siempre con que se va a morir!

—Es lo estoy haciendo, María; me estoy muriendo.

A Nina la enterraron en el cementerio de Pressagny-l'Orgueilleux, en Normandía. Se habían comprado una casita de verano. En el Ampurdán aprieta el calor y él lo soporta muy mal… También Nina. Pressagny está cerca de París, a unos setenta kilómetros. Él conduce. Nina y él se observan en el coche. Van solos. A veces se atreven a hacer el amor… Al atardecer, junto a la chimenea. Escogió para ella una lápida sencilla. Solo su nombre: «Nina Carasso, nacida Covo… Salónica». El rumor de las aguas del Sena en dirección al mar.

—Se respira una gran paz en Pressagny…

—Sí, señor.

—No te enfades, María.

En cualquier caso, iba a morir, estaba seguro, siendo español. Esto lo colma de una extraña paz interior, como si tal condición constituyese en sí misma la forma de agradecer al Señor el favor de pertenecer a una tierra tan doliente, de haberle dado tan larga vida y devuelto a la tierra en la que sus antepasados se amaron por primera vez y echaron raíces. Y por haber conservado esas huellas que nadie fue capaz de borrar: ni el desprecio a los de su raza, ni la humillación de los más poderosos, ni los siglos transcurridos desde aquel lejano y aciago día de 1492. Tiene otros motivos para amar a España. Ya se verá. Aunque nació en Salónica, sus padres siempre le han hecho creer que había visto la primera luz en Sefarad. Morir español, se ha dicho muchas veces, es un acto de fidelidad a sus orígenes, a la religión judía y a un sentimiento de decadencia tal vez único, inconfundible y entrañable. «¿Entrañable? La inevitable melancolía», a la que se

había referido en cierta ocasión el ya presidente de la República francesa, aquel jovencito que subía las escaleras centrales del ayuntamiento de Neuilly con su mano sobre el hombro de Jacques Chirac, agarrándolo del brazo… Daniel Carasso lo recuerda. «Nicolasito…».

La fachada de la mansión de los Carasso en Charcot tiene varias ventanas y columnas empotradas en sus muros que se elevan como pilastras dóricas hasta el último piso, del que sobresale una gran balconada que reposa sobre soportes labrados en cuyos extremos se reproducen los mansos y adormilados rostros de dos pequeños leones. A Daniel siempre le parece demasiado teatral. A él no le agradan, «en absoluto», los excesos. Pero es «el estilo arquitectónico imperante en Charcot», se le argumenta cuando decide llevar a cabo la reforma del edificio. Eso sí, en el balcón central se alza un mástil en el que, cada 12 de octubre, suele izarse la bandera española, de lo que se colige que Daniel Carasso sigue manteniendo la tradición de su padre y otras familias sefardíes de Salónica desde hace más de un siglo. Probablemente alguien se escandaliza ante un gesto protocolario que resulta ridículo. Él lo admite… «Somos así», responde, alzando los hombros, a sus íntimos. «Pura nostalgia, entendedlo así…».

9

Pocos meses después de que Daniel Carasso haya recitado los aduladores versos en presencia del sultán de Turquía, estalla la Revolución de los Jóvenes Turcos. Así empieza a engrasarse la maquinaria del horror bélico que pronto se expandirá por Europa, y más tarde por el mundo, como las pandemias de peste que habían asolado el continente en los años más oscuros de la Edad Media. La revuelta habría pasado inadvertida para Isaac Carasso y los suyos de no haberse iniciado en Salónica, en la rotonda de Galerio, a escasos metros del hogar familiar. Salónica sigue siendo el centro del mundo: las naciones escrutan cautelosamente los abruptos acontecimientos que se vienen sucediendo en la capital de Macedonia, que es el enjambre de todas las confabulaciones para derrocar a Abdul Hamid, el Sultán Rojo. Le llaman así por el color de sus manos, ensangrentadas con las matanzas de armenios. Esta circunstancia era desconocida por Isaac Carasso en el momento en que dio su consentimiento para que su hijo Daniel endulzara con su voz el amargado corazón del sanguinario.

Durante las últimas semanas, Isaac Carasso sigue de cerca y con el corazón encogido los prolegómenos de la revuelta que cambiará el destino del Imperio otomano, el suyo y el de su familia. La revolución la inicia un grupo de jóvenes patriotas turcos dirigidos por el tío de Isaac, Emanuel Carasso, hermano menor de su padre, Daniel. Años atrás, estos jóvenes exaltados habían empezado a reunirse clandestinamente en los bajos de un local de Salónica al que denominaban Risorta, y con este nombre bautizaron la primera Logia Masónica de Macedonia, de la que Emanuel Carasso fue su Gran Maestro.

«Macedonia Resurgida».

Lo que más preocupa durante aquellos días a Isaac es que el principal cabecilla de la revuelta es de su misma sangre. Emanuel Carasso se ha convertido de la noche a la mañana para él y toda su familia en «el tío revolucionario». El pequeño Daniel es el único en admitir con naturalidad unos cambios que causan asombro en el seno familiar, cuando no un hondo desasosiego, especialmente por parte de su madre, que siempre que se pronuncia en casa el nombre del masón termina entornando los ojos y humillando la cabeza. La sufridora Esterina piensa que musulmanes y cristianos tienen un nuevo motivo para creer que los judíos siguen siendo los culpables de todos sus males, «como siempre sucede cuando algo se escapa de las manos de quienes gobiernan».

Resulta habitual que los periódicos escriban a menudo sobre el nuevo líder turco. La fotografía de Emanuel aparece con frecuencia en la portada de *La Época*, el diario en judeoespañol al que Isaac está suscrito, y con mucha más frecuencia si cabe en la de *El Joven Turco*, rotativo fundado por él mismo para propagar las ideas de la Sociedad de la Libertad

Otomana y las del brazo político de esta, el Comité de Unión y Progreso, que también tiene su principal sede en Salónica. Pronto el CUP será la pieza clave en el confuso y vulnerable engranaje del nuevo mapa político en Turquía.

Además de abogado, Emanuel Carasso ha amasado una considerable fortuna como comerciante de cereales, que importa en ingentes cantidades de Rusia, Ucrania y Bulgaria. Sigue siendo judío, aunque perteneciente a la llamada corriente revisionista del judaísmo, pero, ante todo, se siente turco. Un turco visionario. Y, sobre todo, un ferviente masón.

En casa de los Carasso sorprenden los nuevos amigos de Emanuel. Uno de ellos muestra un rostro esquivo y barba boscosa y desaliñada. Es alto y corpulento. Casi siempre viste de negro, con chaqueta en forma de levita. Le llaman Parvus, a secas. De él se narran historias preocupantes que alimentan el fuego de quienes al tiempo que hostigan a los revolucionarios temen en silencio que ese fuego se propague por todos los rincones de la pacífica Salónica. Pronto se sabe que el tal Parvus, que en realidad se llama Aleksandr Izráil Lázarevich Gelfand, reside en Odessa y que también se dedica al comercio de cereales. Su rasgo profesional más destacado es el de periodista, por cuya pluma ardorosa y combativa había sido expulsado de varios países.

Pronto Isaac Carasso se convence de que Parvus y otros amigos de su tío son provocadores políticos al servicio de ideas revolucionarias cuya génesis no logra precisar del todo. Siempre ha rehuido de la política. «La sucia política lo empaña todo». Emanuel le intenta explicar la «nueva doctrina emancipadora de su pueblo» cuando visita su casa, lo que ocurre de vez en cuando y casi siempre acompañado por alguno de sus correligionarios. El dirigente político alterna su residencia en Constantinopla con la de Salónica, y no tiene reparo en utilizar a escondidas el hogar de los Carasso para evitar ser un blanco fácil de sus acechantes enemigos políticos. Cree que así sus acciones resultan más discretas. Isaac Carasso guarda silencio cuando escucha el verbo fácil de su tío. Nunca le reprochará, sin embargo, que utilice su casa para reunirse con sus amigos. Tiene un profundo respeto por él. Le agrada su capacidad para ilusionar a tantas personas que le siguen con fervor. En el fondo, se siente orgulloso de que entre su tío y él converjan sublimes inquietudes: la búsqueda de nuevos horizontes, los sueños redentores, la generosa entrega a ideales transformadores de la vida. Es evidente que despierta en él una arrebatadora atracción que, por fortuna, no se traduce en nada. Porque Isaac Carasso es un hombre miedoso y prudente en exceso, y le cuesta reconocer en público esas afinidades. Teme que le perjudiquen, tanto como su parentesco de sangre con el líder turco. Él es un sefardí respetado en la comunidad judía de Salónica, no desea sembrar maledicencias ni moverse en zonas de sombras.

Los periódicos deforman intencionadamente el apellido del político y masón: lo llaman Karasu. No porque pretendan borrar cualquier signo externo de identidad que lo relacione con la comunidad sefardí —más numerosa que la turca, y más poderosa—, ni por el supuesto origen italiano del apellido —las relaciones de Turquía con Italia pasan por una fase de encrespamiento —, sino más bien porque la incorporación de la letra K en el puesto de la C, la supresión de una S y la terminación en U, otorgan al apellido un pedigrí turco, lo que es imprescindible en quien abandera la primera revolución de los últimos quinientos años en el Imperio otomano.

Emanuel Carasso es un hombre de mediana estatura y más delgado de lo que lo que es habitual entre los miembros de su familia, entre ellos su sobrino, aunque de complexión robusta

y ademanes enérgicos, autoritarios. La tristeza en su mirada, sin embargo, resume el cansancio de la lucha que libra desde su trinchera política. No todos ven con buenos ojos que, para cambiarlo todo, como propone en su ideario político, tenga que haber importado su doctrina de otros países tradicionalmente enemigos del Imperio otomano. Suele lucir un orondo y domesticado mostacho al estilo turco y se cubre la cabeza con un fez de color rojo del que pende una borla de terciopelo. Sus ademanes son elegantes, rituales, extremadamente corteses. Viste a la europea, con un toque distintivo italiano. Los sastres más famosos de Salónica reconocen que ha sido él el introductor de la moda de Trussardi. Pero a los ojos de muchos su indumentaria resulta estrafalaria, todo lo contrario a quienes lo veneran como a un icono de la Turquía moderna. Bajo su abrigo de saco, viste una chaqueta de *tweed* estilo Norfolk y pantalones estrechos, camisa blanca de cuello duro y corbata negra. Tiene amigos poderosos, más fuera que dentro del país, pero no presume de ello. Sus frecuentes viajes al extranjero y sus rocambolescas apariciones en público cuando menos se le espera le han labrado una fama de hombre misterioso e intrigante.

Ciertamente, pasa por ser el hombre más influyente de Salónica, lo que equivale a ser uno de los hombres más influyentes de Turquía. De la Turquía que él asegura llevar en la cabeza y en el corazón. A los ojos de la mayoría, pasa por ser un idealista, un romántico, lo que está por ver. Es, eso sí, un hombre ilustrado, fervoroso defensor de las ideas de Mazzini, el utópico carbonario italiano que pretende instaurar en Europa un *ordine nuovo*.

Isaac Carasso no podrá evitar, al menos en los primeros meses de fiebre revolucionaria, que la sombra de la sospecha de colaborar con un masón se cuele en las tertulias de la biblioteca pública, del Círculo Cultural y de la tertulia política en la librería Molho, que él suele frecuentar. La impresión de quienes lo observan desde fuera es de que, al permitir que su sobrino y sus correligionarios se reúnan en el sótano de su casa, vigilada por un *cavas* albanés, se cubra con el mismo manto que empleaban aquellos jóvenes revolucionarios para juramentarse en secreto en defensa de sus sueños nacionalistas. Conocedor de cuanto se habla y piensa sobre esos clandestinos encuentros, no es de extrañar que Isaac Carasso sufra torturantes fases contradictorias: no podía negarse a prestar sus oídos y su casa al más eximio prócer de su familia, y tampoco que se cuestionara su intachable imagen como miembro de la comunidad sefardí. Se explica así su indiferencia, rayana en la descortesía, cuando se despide de su tío y sus amigos al término de las reuniones en el sótano, y su inexplicable reacción de encerrarse en el despacho-biblioteca de su uso exclusivo al que llamaba desván. Cuando lo ve así de trastornado, Esterina se encierra en la cocina y llora en silencio observada por los ojos inmisericordes de Rena.

—¿Quiénes son los Jóvenes Turcos? —pregunta Daniel a su padre uno de aquellos días en los que las calles de Salónica hierven con protestas y proclamas a favor de los revolucionarios.

—Un niño no debe saber determinadas cosas —responde su padre.

—Pero yo quiero saberlo, padre. ¿Yo soy un *joven turco*?

—No.

—¿Cuántos años han de pasar para que yo sea un joven turco?

—Algunos hombres mayores son también jóvenes. Porque se comportan como jóvenes. Y porque tienen la vitalidad y las ilusiones de los jóvenes, ¿me entiendes?

—¿Tú eres joven, papá?

—Lo soy.

—¿Un joven turco?

No contesta.

Para Daniel Carasso, su padre no es comparable con su tío, entre otras razones porque este le lleva doce años de diferencia. Siempre verá a su tío abuelo como a una persona mayor, distante, de imponente presencia. El porte de Emanuel, su indumentaria, su apasionada forma de hablar contrastan con las de su padre, siempre discreto en la forma de vestir, siempre conciliador cuando se comunica con los demás, con quienes él tiene por verdaderos amigos sefardíes, los Modiano, Gategno, Fernández, Toledano, Saporta, Molho, más sus parientes Moisés Covo y Mauricio Botton, su cuñado, con quienes mantiene una relación estable y profunda. No importa que algunos de los citados pertenezcan a *kales* diferentes del aragonés. Por esos meses de revoluciones en ciernes, Salónica cuenta con treinta y dos sinagogas, tantas como *kales* sefardíes. Por eso se le llama «la Jerusalén sefardí».

No, no son esos los amigos que acuden a las *misteriosas* reuniones en el sótano de la casa de Isaac Carasso, lo cual extraña sobremanera a Danón.

Desde el rellano en alto de la escalera, procura no perderse la entrada en casa de hombres tan extraños, que siempre llevan la voz cantante mientras su padre guarda silencio. Él los escucha y trata de entender lo que dicen. Pero unos hombres tan extraños solo pueden hablar de cosas extrañas para un niño que, cien años después, duerme en su casa del bulevar Charcot de Neuilly-sur-Seine. Si el moribundo despertara, seguramente pensaría cosas bien distintas.

A las visitas habituales de Parvus y Karasu se une en alguna ocasión la de Jabotinsky, periodista ruso, también de Odessa, a quien Emanuel Carasso llama Lobo. Cuando se dirige a él con este sobrenombre, se le ilumina la cara. Jabotinsky, también judío, acaba de abrir la espita revisionista del sionismo. Es un hombre de apariencia astuta y paciente —de ahí lo de Lobo—, que templa su espíritu crítico y su aguda mirada con unas gafas de montura insignificante que apenas se sostienen en el espigón central de su nariz.

—¿Quién es ese hombre al que llaman Lobo, padre? —pregunta Daniel Carasso al día siguiente de una de las reuniones.

—No lo conozco, Danón. Es la primera vez que viene.

—¿Le tienen miedo por llamarse así?

—Se llama Vladimir, hijo.

—¿Y es también rico, como tu tío?

—No lo sé, Danón.

—Si tu tío es rico, ¿también lo eres tú?

—Duerme, hijo.

A punto de salir, Isaac Carasso escucha una nueva pregunta:

—¿Es Lobo un joven turco?

—No lo sé. Es judío, como nosotros. Un judío idealista.

—¿Nosotros somos judíos idealistas, papá?

El museo

Las imágenes le llegan como monedas de oro envueltas en una penumbra amarillenta. María se le acerca y le dice en voz baja que está a punto de llegar el doctor Buholz y que ha regresado de la farmacia Jacqueline. Conoció a Michel Buholz hace años en Praga, en uno de sus viajes al barrio judío donde tenía algunos amigos, pocos pero entrañables, cuyos padres conocieron al suyo, probablemente de cuando residieron en Lausana. Entonces, su padre solía viajar mucho al norte, a Viena, y allí se entrevistaba con dirigentes de la empresa de transportes Schenker, con la que su abuelo Daniel había trabajado en Salónica.

Escucha los pasos acelerados y los ecos de las carreras del personal a su servicio que deambulan de un lado para otro en la enorme mansión cuyos pasillos se le antojan senderos que conducen a pasadizos secretos a los que accede ahora por primera vez en su vida. Galerías subterráneas que almacenan obras de arte y albergan pensamientos lacrados por decenas de años. Es sabido que su familia es *inmensamente* —según los periódicos económicos franceses— rica, que su empresa, Grupo Danone, se ha convertido en un icono universal de la alimentación. Marchantes de media Europa saben que su colección de arte —iniciada por su padre, cuando se encerró en su mundo de Pau, y luego dimensionada por Nina— es una de las más valiosas de Francia. Es su pasión oculta. La de Nina, que hereda él. Mucho se teme que pronto se dispersarán esos cientos de piezas que habían levantado en su espíritu un altar a la belleza. Cuando piensa en ello, el presagio se hace incontrolable. Le ha insinuado a su hija, Marina, que las subaste cuando muera. «Menos el jarrón de la dinastía Ming. —Marina no atiende a sus cábalas. No tienen sentido—. Y la estatua de un caballito. ¿Sabes al que me refiero? Un samurái al galope». Finalmente Marina cree que su padre está en lo cierto: ¿qué va a hacer ella con semejante museo? Una cosa tiene decidida: no vivirá en la casa del bulevar Charcot. Ya se lo ha dicho a su padre.

10

La noche del 23 al 24 de junio de 1908, el pequeño Daniel no puede conciliar el sueño. Su madre lo visita varias veces en la habitación para arroparlo con la casi celestial convicción de creer que así lo induce al sueño y ahuyenta a la muerte. Pero sus besos no logran tranquilizarlo. Daniel ve su rostro en penumbra al otro lado de la tupida gasa que lo protege de los mosquitos y las chinches. Como no había llovido, la desembocadura del río Vardar se ha convertido en un cenagal donde los insectos se aparean frenéticamente y nacen por millones todos los días y llegan a todos los rincones de las casas. Hace tres días que se ha quemado azufre en los dormitorios, y aún persiste un vago olor a huevos podridos. El mismo Daniel había ayudado a su madre y a Rena a barrer el suelo, alfombrado de cadáveres de insectos.

El pequeño deduce que está a punto de amanecer cuando, al rato de marcharse su madre, es su padre quien abre la puerta y se dirige despacio hacia la cama, se sienta en el borde mismo del colchón, cerca del cabezal, y se inclina sobre él para decirle al oído algo que Danón no logra entender del todo pues empieza a dejarse vencer por la larga espera del sueño.

—Los Jóvenes Turcos han vencido —le susurra su padre.

—No me han dejado dormir con sus gritos —responde Daniel, con los ojos cerrados.

—Ni a mí.

—Gritaban ellos, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué hora es? ¿Me lleva mamá al colegio?

—No, hoy no irás a la escuela. Está a punto de salir el sol.

La vociferante multitud sigue al amanecer recorriendo las calles de Salónica cantando himnos jamás escuchados y lanzando consignas que se confunden con vítores, gritos y silbidos mezclados en una algarabía infernal. A Isaac Carasso le parece que el tumulto que invade la calle proviene de voces entusiastas, delirantes. De repente, se frena milagrosamente el avance de la multitud y llega un silencio neutro, expectante: «¡Viva la libertad!», irrumpe una voz grave y potente. Y a continuación, los congregados vuelven a estallar en gritos más estentóreos si cabe. Así una y otra vez. Se siente, como si pudiera tocarse, el avance del gentío, su paso monocorde en la calzada, el arrastre de sus pisadas sobre los adoquines. Cuando un grupo desaparece por el final de la calle, surge otro que en nada se parece al anterior, pero al instante se confunde con este, pues quienes forman una y otro corean consignas idénticas. Se detienen cada veinte o treinta metros y lanzan las mismas proclamas que quienes les preceden en favor de «la libertad, de la igualdad y de la fraternidad».

Es en la madrugada del día 24 cuando Daniel escucha por primera vez en su vida aquellas tres palabras.

—¿Qué les ocurre, padre?

—Son felices.

Isaac alisa el cabello a Danón. Sus caricias adormilan al niño, de manera que todo cuanto le dice a continuación es como un bálsamo. Resulta que, sobre las dos de la madrugada, se había recibido en el Círculo de Salónica un despacho —Isaac Carasso lo llama *iradé*— desde el palacio de Yildiz, en Constantinopla, difundido por el mismísimo sultán Hamid, restableciendo la constitución del Tanzimat.

Daniel no manifiesta el más mínimo interés por averiguar lo que significa aquello, pero a su padre sí le importa que lo sepa. Para Isaac se trata de un hecho relevante que debe conocer su hijo. Son momentos históricos que siempre le agradará recordar.

—Las libertades que perdió Turquía dos años después de que yo naciera han sido recuperadas —explica Isaac Carasso—. Hace más de treinta años.

Todo será distinto a partir de ahora. La *iradé* del sultán ha corrido como la pólvora por las calles de Salónica. Llega hasta las barriadas junto a la muralla. La escuchan los muertos del cementerio judío. Isaac Carasso no ha podido resistirse a dejarse caer por el Cercle para ver con sus propios ojos cuanto ocurría. «Tu madre está asustada. Ya sabrás cómo son las mujeres. Se asustan enseguida». Él le dijo: «No te preocupes, mujer». Nunca había visto tanta alegría en Salónica. Los espontáneos se asomaban al balcón del edificio e improvisaban discursos y versos a los que respondía la enfervorizada multitud. Parecía que todos estaban locos. Hace una pausa para respirar, tras la cual habla más pausadamente:

—Sí, era una locura contagiosa.

Súbitamente, empieza a sentir lo mismo que quienes están congregados.

—Salónica ha sido de nuevo la mano salvadora del imperio. Los Jóvenes Turcos son hijos de esta tierra, ¿no lo comprendes, Danón? Hijos de Salónica. Tendrías que haberlos visto subidos a los trenes en dirección a Constantinopla. Centenares, miles de ellos, desplazados hasta la plaza del Parlamento para pedir el restablecimiento de las libertades. Gracias a ellos, este gran país, que nos acogió a nosotros y a nuestros antepasados, nos ayudó y nos respetó, ha recuperado la gloria de antaño. Tanzimat quiere decir, hijo mío, libertad, solidaridad, fraternidad. Los hijos de Salónica han destruido los pilares de la tiranía y empiezan a construir otros que sustentarán un templo nuevo, una nación nueva.

Esther llora encerrada en el contraluz de la puerta. Danón la observa y se pregunta por qué su madre llora. Es lo que más le apena: ver llorar a su madre. ¿Será por culpa de los Jóvenes Turcos, esos airados rebeldes que enardecen el espíritu de su padre?

Cuando así se expresa, la voz de Isaac Carasso parece estar traspasada por el matiz liberado de un sexto sentido, igual de misterioso, que le impide estar plenamente convencido de lo que dice. Ciertamente, son los Jóvenes Turcos de Salónica quienes han protagonizado el cambio de rumbo en el imperio. Y a la cabeza, Emanuel Carasso, su tío. Miles de esos jóvenes, muchos de ellos sefardíes, están dispuestos a asaltar el Parlamento y hasta el palacio del sultán si hubiera sido necesario. También se han movilizado los militares descontentos y las masas adormecidas de la Turquía europea. Los turcos de Adrianópolis, de Skutoria, de Yanina, de Monastir y de

Kosovo. Todos los que aspiraban a un régimen de libertades como el que tenían las naciones más avanzadas del continente.

Mas no era menos cierto que la misma revolución había despertado a los enemigos de Turquía, prestos a aprovechar la mínima oportunidad para lanzarse sobre las vísceras en descomposición del imperio. Isaac Carasso se deja embargar por ese sentimiento y seducir por la desbordante alegría de quienes vitorean a los jóvenes patriotas alocados que se adueñan de las calles.

Entre la complacencia y la extrañeza, Isaac Carasso ha oído que, en Esmirna, un griego, un judío, un musulmán y un armenio se subieron a una carroza pintada de blanco y agarraron con sus manos una gran pancarta en la que se leía la misma proclama que gritaban los sublevados en la Revolución francesa: «Libertad, igualdad, fraternidad».

—¿La Revolución francesa? —pregunta Daniel.

—Ocurrió hace muchos años.

—No nos enseñaron en la escuela esa revolución.

—Libertad, igualdad, fraternidad —repite Isaac, con la solemnidad exigida por el momento —. Los sublevados de Salónica habían amenazado al sultán: «Si no restableces las libertades del Tanzimat, declararemos la revolución en todo el imperio», le dijeron. El sultán se asustó y aceptó lo que le pedían.

—¿Por qué?

—Si no hubiera obedecido, habría dejado de ser sultán.

—¿Y lo habrían matado?

—Probablemente. Así que pronto tendrá que convocar elecciones, y se elegirá un nuevo Parlamento y un nuevo gobierno. Creo que mi tío estará en ese gobierno.

—¿Y Lobo?

—No lo creo.

—¿Y por qué, papá, los sublevados hablan en ladino y no en turco?

—Te debe de llenar de orgullo que se expresen en nuestra lengua. La comunidad sefardí no solo es la más numerosa e influyente de Salónica, sino también la más culta.

—¿Los más ricos?

—Los que más han estudiado. Y los que más trabajan.

Padre e hijo tienen ocasión de comprobarlo un par de horas después. Poco antes de las nueve de la mañana del día 24 se encaminan hacia el Círculo de Salónica. Se dejan guiar por las voces de los congregados que escuchan a lo lejos. Repiten las mismas consignas que en la pasada madrugada, con una energía milagrosamente renovada. El sol platea los tejados y sus rayos se rompen en miríadas de luz cuando se estrellan contra las almenas de la Torre Blanca, junto al resplandeciente Egeo. Isaac Carasso, con el semblante serio, tal vez temeroso de que aquellos gritos impresionen demasiado a su hijo. Pero a Daniel parece complacerle estar en el corazón de tanto jolgorio, observado por rostros que aún se enardecen más por su presencia. Otros padres también han acudido al lugar en compañía de sus hijos. Todos levantan los brazos cuando unos altavoces repiten aquellas tres palabras que Danón había aprendido en la madrugada. Sin razón

que lo justifique, Isaac Carasso se mira el reloj de pulsera que guarda en un bolsillo del pantalón e inclina su cabeza para susurrar al oído de su hijo:

—Las nueve en punto, Danón.

Entonces, y sin que mediara aviso alguno, se abre de par en par la puerta del balcón, en el primer piso del Cercle, y aparece un hombre de barba canosa, mediana edad y tocado con un fez turco, y empieza a leer un papel que lleva en la mano, y, como quiera que la gente no cesa de gritar, aparece por detrás otro hombre que empieza a agitar los brazos para que la multitud se calme y guarde silencio, tras lo cual se dirige a la muchedumbre congregada y dice que quien se dispone a hablar se llama Moisés Galante, cronista de la ciudad. A los pocos segundos de escuchar estas palabras, un denso silencio gravita sobre la pequeña plaza y las calles colindantes, a modo de la carpa de un inmenso circo que lo cubre todo, y al hombre que lee se le puede, por fin, oír. Primero habla en turco y luego en judeoespañol. Isaac susurra al oído de Daniel:

—Vuelven a leer el *iradé* del sultán Hamid.

Al cabo, el hombre que acompaña al tal Galante levanta los brazos, cierra los dos puños e inclina la cabeza con los ojos muy apretados. Bastan dos, tres segundos, quizá hasta cinco, para que la multitud entienda que aquel gesto es el paso previo al canto de *La Marsellesa salonicense*, como se apresura Isaac a revelar a su hijo, esta vez sin moverse de su sitio. Observa a Danón desde arriba serenamente conmovido y descansa su mano derecha sobre el hombro del pequeño justo cuando el gentío se arranca, cantando:

Alegradvos, mis hermanos,
que el día grande ya arribó;
apretemos nuestras manos
con querencia y amor.

El himno se repite hasta cinco veces y solo deja de cantarse cuando el hombre que ha ordenado silencio desde el balcón desaparece en el interior del edificio. Regresa segundos después, cuando se ha callado la gente y agarrando del brazo a un hombre alto y de rostro afilado que viste un estrafalario traje, parecido a una de esas levitas de colores estridentes que llevan los presentadores de los circos, y luce una barba larga y rizosa que le llega hasta el pecho. Alza su voz en el silencio que envuelve la plaza y dice que el autor de *La Marsellesa salonicense* se llama Alberto Taragano —su familia es oriunda de Aragón, asegura—, y levanta el brazo de quien lo acompaña como si se tratara de un victorioso campeón de boxeo y en medio de una ovación que se encrespa desde el mismísimo Egeo, cuyas aguas se agitan sacudidas por la mano de un viento, áspero y divino a la vez, que llega de los Ródope búlgaros.

Al verlos así, al padre junto al hijo, la mano de Isaac sobre el hombro del niño, los ojos de este elevándose en busca de los del padre, se diría que son solo uno. Nunca han estado tan unidos. A Daniel Carasso, que ahora recuerda en sueños aquel instante, le gusta pensar que su padre le pareciera entonces uno de aquellos jóvenes generosamente entregados a aventuras inciertas y nostálgicas. Y a buen seguro que a Isaac Carasso le agradaba creer que su hijo había aprendido aquel día el significado de las palabras que codifican la esencia de la vida.

Es la primera vez que se identifican, plenamente, el uno en el otro, como si se hubieran dejado embadurnar por el fuego purificador del solsticio de verano, quemándose en la misma

hoguera y luego renaciendo de las cenizas. La primera vez que se ven héroes. Que se miran y creen en los sueños que comparten. Tal vez sea la única.

Sarkozy

Los compases de *La Marsellesa* lo conducen a un escenario insospechado. Una mañana clara, antes de entrar en su casa de Charcot, el hombre que se le aparece, de baja estatura, viste un impecable chándal de color blanco y calza unas zapatillas de marca del mismo color. Sobre sus hombros, haciendo juego con el conjunto de la indumentaria, exhibe una cazadora veraniega de tejido transpirable con los colores de la bandera francesa en tres discretas bandas diagonales sobre las hombreras. Parece haber tomado una sesión de rayos uva y, desde luego, su rostro exhibe la frescura de alguien que se ha pasado varias horas en un gimnasio con sesión de sauna a continuación. Su gesto es despierto, desenfadado. Pero el conjunto de sus ademanes resultan excesivamente ceremoniosos, tal vez por la impresión que le causa la envergadura de Daniel Carasso, también su extrema delgadez. El famoso empresario está a punto de entrar en su casa del bulevar Charcot. Si no lo había hecho ya —una mujer lo aguardaba en la puerta—, es porque el desconocido le insiste desde la mediana del bulevar haciéndole señales con la mano, y, como quiera que Carasso no parece haberle reconocido de primeras, cruza la calzada a paso atlético, con los hombros casi tocándose las orejas, cuidando de que no se le caiga al suelo la cazadora. Y así es cómo se aproxima a su desgarbado vecino, del que siempre le ha llamado la atención su nariz aguileña, tan judía —como la de él, por otra parte—, en la que se fija, descaradamente, al detenerse, y la forma de vestir, austera y elegante a la vez, con la mano tendida. «Si es el alcalde de Nevilly», piensa Daniel Carasso abochornado.

—¡Buenos días, *monsieur* Carasso! —saluda en español—. ¿No me ha reconocido?

—¡Oh, sí! —exclama el sefardí, dubitativo, enarcando las cejas.

—¡Soy Nicolás Sarkozy, su vecino!

—Encantado, Nicolás. Es un honor. ¿Vive cerca, no?

—Aquí al lado, *monsieur*.

—¡Oh, qué despiste el mío! Discúlpeme.

La verdad es que el domicilio de Nicolás Sarkozy, cuando era alcalde de Neuilly-sur-Seine, está a tiro de piedra del de Carasso. Se habían visto en más de una ocasión, pero el empresario sefardí recuerda especialmente la primera de ellas, a las pocas semanas de que su vecino tomara posesión de su cargo en la alcaldía. Fue en el transcurso de una recepción del ayuntamiento de Neuilly a representantes de instituciones, empresarios relevantes y gente famosa.

Entonces, quien sería en 2007 presidente de la República francesa es un joven y ambicioso político que aún no había cumplido treinta años: impetuoso, locuaz, se expresa en un francés enfático y gestual, digno de un actor de la *Comédie Française.* Sus enemigos políticos

ridiculizan sus ínfulas denominándolo *le petit Napoleon.* En aquella ocasión, alguien le había informado que Daniel Carasso, a pesar de ser considerado uno de los más poderosos empresarios franceses, es ciudadano español, un judío sefardí descendiente de aquellos expulsados por los Reyes Católicos.

Nicolás Sarkozy no puede entender que «un emprendedor como él, un *aristocrate de la économie mondiale*», presidente de una de las empresas francesas más prestigiosas del mundo, no sea francés. Y así se lo espeta en la primera ocasión que tiene de conversar con él, a solas, en una esquina del hermoso salón de recepciones del ayuntamiento de Neuilly.

—Mi querido alcalde —intenta explicarle, serenamente, Daniel Carasso—, mis antepasados, judíos sefardíes como usted bien sabe, nunca dejaron de ser españoles.

—¿Desde que fueron expulsados por los reyes de España?

—Efectivamente, *monsieur*.

—*Admirable*.

—Recuerdo que mi padre guardaba los papeles que acreditaban sus orígenes en un estuche de marquetería con refuerzos nacarados. Aseguraba que aquellos papeles habían pertenecido a sus bisabuelos. Lo que es un decir, pues seguro que sus bisabuelos dirían que se trataba de un legado de los suyos, y así sucesivamente hasta perderse… ¡En la oscuridad de los siglos! Yo los conservo como si se tratara de una excelsa reliquia.

—*Fascinant. Les papiers*.

—*Oui, monsieur. Les vieux papiers.*

El alcalde se esfuerza en expresarse en español:

—Convendrá, sin embargo, *mon cher* amigo Daniel, que todo resulta un tanto inexplicable, *incroyable, vous ne pensez pas?*

—¿Por qué?

—¡Oh, los judíos son pragmáticos!

—También melancólicos, *monsieur* Sarkozy.

—¡Oh! Ahora que lo dice —admite el alcalde, irónico—, mi madre era judía. *C'est peut-être la raison de ma mélancolie.*

—Podría ser, *monsieur*.

—*La mélancolie! Est parfois écrasante.* ¿Agobiante?

—¡Tal vez su madre fuera sefardí!

—*Et voilà, monsieur.*

—Quizá lo que ocurrió fue que sus padres, o sus abuelos, no conservaron *les papiers*.

—*Probablement, monsieur* Carasso.

—¡En ese supuesto, por sus venas corre sangre de Sefarad!

—¿Sefarad?

—*L'Espagne!*

—¡Oh! —responde Nicolás, aturdido—. *Il n'est pas posible.*

—*Nous pouvons être de la famille!*

—*Non!*

Daniel lo agarra del brazo y lo conduce hasta un lugar apartado del salón, bajo la atenta mirada de un camarero que duda ofrecerles una copa de champaña.

—Le voy a contar un secreto, amigo mío.

—*L'ecoute,* Daniel.

—Hice el servicio militar en España. Año veintinueve. Madrid. Regimiento de artillería en Carabanchel. Yo ya residía entonces en Francia. Estudiaba en Marsella.

—*Mon Dieu!*

—Debía cumplir con mis deberes militares, *monsieur*.

—¡Os enrolasteis *dans l'armée de Franco*!

—No, *monsieur*.

—*Alors?*

—*J'étais un déserteur!*

—¡Oh!

—Participar en una guerra fratricida iba en contra de mis principios. *Comprenez-vous?*

—*Oui, monsieur.*

Probablemente el alcalde Sarkozy ya está al corriente de que a Daniel Carasso le han concedido la Legión de Honor. Pero ¿por qué no se ha referido a ello durante el encuentro con el sefardí? Él, tan remilgado y atento, tan protocolario siempre. Tal vez sea porque quien le ha impuesto la más alta distinción de la República Francesa es Hubert Védrine, ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno socialista de Lionel Jospin… «Sí, quizá a un político de derechas como Sarkozy no le entre en la cabeza que los socialistas hayan impuesto la Legión de Honor a un judío», piensa Daniel en el momento en que entra en su casa.

11

Setenta días después. 5 de octubre de 1908. El príncipe Fernando de Bulgaria, recién investido zar, proclama la independencia de su país en un solemne acto celebrado en la basílica de los Cuarenta Mártires de Veliko Tárnovo, histórica capital del país en la Edad Media, ante la columna del gran kan Omurtag envuelta en rosas traídas del valle de las Flores. Miles de súbditos lo aclaman como a un ángel recién aparecido en la tierra. La noticia es telegrafiada a Salónica, al cuartel general de los Jóvenes Turcos. Constantinopla es sacudida por la incertidumbre política y un sentimiento de debilidad que han minado las bases del viejo imperio.

El nuevo reino búlgaro, liberado del yugo otomano, pretende reverdecer tiempos heroicos: se anexiona la provincia turca de Rumelia y descubre al mundo sus intenciones de disputar a Grecia y Serbia la hegemonía en los Balcanes. Las potencias europeas no saben si temblar por lo que pueda avecinarse o sonreír ante la osadía del joven zar. La consternación irrumpe en la sede de los Jóvenes Turcos. Emanuel Karasu convoca al Comité de Unión y Progreso y envía un emisario a la Sociedad de la Libertad Otomana. Parvus se ausenta del local y baja hasta el muelle del puerto. Pasea a lo largo del dique, sin buques. Se detiene, concentrado, ante las últimas luces del atardecer. Alguien lo observa desde la oficina acristalada de su empresa de exportación de aceite de oliva, legumbres y frutos secos en el primer piso del almacén que posee en el puerto de Salónica. Es Isaac Carasso, que duda un instante. Si bajar y saludarlo —«¿Cómo está, señor Parvus?»— o vigilar sus curiosos movimientos. Se decide por lo segundo. Pronto se percata de que no puede adivinar sus pensamientos, que es lo que le habría gustado hacer. Parvus sigue siendo para él un enigma. Qué lejos está de adivinar lo que pasa por la cabeza del conspirador: es un momento propicio que debe ser aprovechado, piensa el de Odessa. El instante en que todo se corrompe alrededor y proclama la necesidad de iniciar la *revolución permanente*. Así titularía su próximo artículo en el periódico el enigmático amigo de su tío.

Isaac Carasso se tendrá que conformar con lo que acaba de leer, esa misma mañana, en la librería Molho, que está suscrita, a través de la distribuidora Hachette, a los periódicos más importantes del mundo. «Seguro que Parvus sabe algo más», piensa, pero no se atreve a bajar las escaleras de caracol de su oficina e interrumpir el soliloquio del ruso por los diques del puerto de Salónica.

Al día siguiente, 6 de octubre de 1908, el emperador de Austria, Francisco José, también rey de Hungría, de Bohemia, Croacia, Eslovenia, Dalmacia, Galicia, Lodomeria e Iliria, anexiona la provincia turca de Bosnia Herzegovina. Las cancillerías de Francia e Inglaterra dejan de sonreír.

Ese mismo día, Serbia y Montenegro movilizan sus ejércitos. Europa tiembla. El mariscal de campo austriaco Franz Conrad von Hötzendorf se muestra abiertamente partidario de iniciar una guerra preventiva contra la orgullosa Serbia. Dos días más tarde, Creta da la espalda a Turquía (empiezan las intrigas del griego Venizelos, que pronto se convertirá en primer ministro de su país) y declara su unión con Grecia. Inglaterra aboga por celebrar una conferencia internacional que ponga fin a tanto desmadre nacionalista. Y en Salónica, antesala del moribundo imperio, quienes todavía se mantienen fieles al sanguinario Abdul Hamid distribuyen copias de una jocosa ilustración a todo color impresa en la portada de la revista francesa *Le Petit Journal* en la que el viejo emperador austriaco y el joven zar búlgaro pisotean el harapo del mapa de Turquía.

—Mira cómo se ríen de nuestro sultán en Europa —ha dicho, avergonzado, Emanuel Karasu ante un grupo de correligionarios exhibiendo un ejemplar del magacín francés—. ¡No se mofan del sultán sino de Turquía!

Karasu se presenta, soliviantado, en la librería Molho y adquiere todos los ejemplares, diez en total, de la revista puestos a la venta.

«Es el momento de la revolución permanente». El artículo de Parvus se expande como la pólvora, estalla en la calle. En Salónica empiezan a escucharse por la noche tiroteos aislados, desordenados en la oscuridad. En el cuartel de los Jóvenes Turcos se discute acaloradamente. El nuevo embajador británico en Constantinopla, *sir* Gerard Augustus Lowther, revela con sarcasmo sajón a sus colegas su inequívoca aversión contra los judíos. ¡Ellos son los culpables! Como siempre. Quizá lo dice porque Karasu lo es, y porque Parvus lo parece. En realidad, sus orígenes son judíos.

El diplomático se atreve a decir en su despacho ante el embajador norteamericano, Abraham Helkin, que el Comité de Unión y Progreso no es más que un grupo de conspiradores semitas. El muy idiota desconoce —o le importa un rábano conocerlo— que *mister* Helkin es también judío y encima mantiene estrechas relaciones con el B'nai B'rith, algo así como el sanedrín mundial del judaísmo. Ahora sí: las acusaciones van contra Emanuel Karasu, «cabecilla de ese comité sionista que quiere poner el mundo patas arriba».

Más que nunca, Salónica es una ficha de dominó que lo mismo da tumbarla hacia delante que hacia atrás, puesto que arrastra en su caída a todas las demás. El subconsciente colectivo de la guerra se ha adueñado de Europa. Y la tragedia se cuece en la olla de los Balcanes.

El humo de la olla, el fragor de las burbujas, llegan hasta la calle Ancha, donde reside la familia Carasso. Por la noche, vuelven a encenderse las velas del sótano, al que acuden algunos amigos sefardíes de Isaac —Moisés Covo, su hijo José, Mauricio Botton, Herman Saporta—, temerosos por lo que pueda ocurrir tras los recientes acontecimientos. También acude una noche Emanuel Karasu, que espera, infructuosamente, la llegada de Aleksandr Parvus y de Lobo Jabotinsky. La incomparecencia de sus amigos saca de sus casillas al elegante masón que amenaza con voltear el endeble statu quo político en la Europa del Este. Como siempre ocurre, Isaac Carasso se mantiene distante. Una vez más, no indagará en las razones que tan nervioso ponen a su admirado pariente.

Las cautelas de Isaac están más que justificadas. El desmoronamiento del Imperio otomano es algo más que una premonición: más bien pronto que tarde, Salónica tendrá que situarse en una primera línea de combate. El fuego dialéctico que empiezan a cruzarse los viejos imperios y las advenedizas potencias balcánicas ponen en guardia al sefardí, que por primera vez toma plena

conciencia de que él y su familia se enfrentan a un futuro incierto. «Algo habrá que hacer», confiesa, apesadumbrado, una de esas noches a sus fieles amigos Covo y Botton, también alertados confusamente.

Nature morte

La posibilidad de separarse de su colección de arte le provoca una repentina tristeza. De lejos, apenas distingue las formas del óleo de su amigo Fernand Léger, un artista de tortuoso talento, a quien conoció en 1939 poco después de que terminara la Guerra Civil española. No se atreve a recordar aquellos tortuosos días. Quizá la sensación cercana de su tierra devastada le condujo entonces hasta el artista a fin de adquirir un cuadro sobre la muerte.

Se incorpora sobre la cama.

Jacqueline recoge el jarrón de porcelana de la dinastía Ming y vuelve a colocarlo en la repisa del escritorio, a la vista.

—Te lo pediré después —dice él, acelerado.

—¿Desea algo el señor?

—Ver el cuadro aquel…

Nature morte sur fond jaune. Le fascina el fulgor del amarillo, el color de la vida a la que se aferra. El resto de la composición son figuras desconectadas, mecanizadas, de una realidad que se escapa a su control, seguramente la que latía en la sangre alborotada de Fernand cuando concibió su obra.

Buhardilla de Montmartre. Sol. Ventanas abiertas al cielo. Tejados ocres. Chimeneas humeantes. La blanca cúpula del Sacré-Coeur al fondo.

Él, muy joven, ya rico, postrado ante el genio, un tanto humillado, lo parece. Fernand Léger —un hombre grande, de cabeza grande, manos grandes, se supone que de corazón grande—, componiendo artificialmente su figura ante el irredento burgués, simulando en silencio su pesar por la pérdida de su recién parida criatura, *nature morte*, aún temblorosa en el lienzo.

Comparten una circunstancia trágica. El artista está a punto de abandonar Francia. Daniel Carasso se encuentra en una tesitura similar. Ambos tienen la certeza de que Europa se asoma a un precipicio. Sus convicciones le hacen ser coincidentes: huir del inevitable incendio que los principales periódicos anuncian en sus portadas como en una estruendosa alarma de tinta. Tienen razones distintas: mientras Fernand, aburrido y desesperanzado, desea conocer nuevas tendencias artísticas (se empieza a hablar del *art déco*), Carasso ha escuchado relatos escalofriantes sobre los planes que el régimen nazi proyecta sobre los judíos del mundo. No tardan en confirmarse esas atrocidades: pronto miles de gargantas gritarán despavoridas en la Noche de los Cristales Rotos. Su padre ya se lo había advertido. Isaac Carasso ve más allá de las cosas. Otea como nadie los horizontes invisibles. Mucho más los de las tragedias que se acercan. Pero su padre se había refugiado en la soledad de Pau.

—Me alegro, *monsieur*, de que haya al menos un representante de la alta burguesía francesa que se sienta atraído por algo tan horrendo —le dice Fernand cuando le hace entrega de la obra.

—A mí me parece hermoso —contesta Daniel.

—A mí también, *monsieur*, pero soy mucho más precavido que usted.

—Es usted un precursor.

—No le creo, pero me agrada escucharlo.

Esa luz. El amarillo.

12

El 26 de abril de 1909, el general Marco Nicolis di Robilant, adscrito a los servicios del Ministerio de Asuntos Exteriores de Italia y jefe de la gendarmería en Salónica —contratado por el gobierno—, se despierta sobresaltado en la cama junto a la hermosa Marietta di Foncussana, bastante más joven que él, emparentada con la familia Modiano, una de las más poderosas de la comunidad judía de Salónica. Alguien arremete con mano de hierro contra la puerta del dormitorio principal situado en la segunda planta de Villa Allatini.

Ante la persistencia y rotundidad de los golpes, el general Robilant salta de la cama, se sube los calzones, desenvaina el sable de su funda, con ribetes de terciopelo y flecos dorados, y acude a la tambaleante puerta, envalentonado:

—¿Quién se atreve a despertarme a estas horas? —pregunta mientras observa el rostro de su amante, que ha enrollado su cuerpo con la colcha de plumas y se incorpora en el lecho con la expresión de quien se siente amenazada de muerte.

—¡Soy el responsable de la milicia de los Jóvenes Turcos en Salónica, general! —responde una voz desde el otro lado.

—¡Al diablo los Jóvenes Turcos!

—¡Siento comunicarle que, si no abre la puerta, la derribaremos en segundos!

—¡Es usted un insensato! ¿Imagina las consecuencias diplomáticas que su acción puede acarrear? ¡Soy un general italiano al servicio de la Prefectura de Salónica!

—¡No me importan las consecuencias diplomáticas, general Robilant! —sigue bramando el miliciano—. ¿Acaso desconoce usted que nuestro movimiento ha hecho de Turquía una nación nueva; que el sultán Hamid, el Sanguinario, ha dejado de ejercer su perniciosa influencia sobre nuestra patria? ¡Siento comunicarle que ha sido usted destituido! —Y ordena, tajante —: ¡Adelante! ¡Derribadla!

Se escucha el estruendo de un ariete estrellándose contra el precioso madero. El golpe resuena en los pasillos de Villa Allatini como un cañonazo con sordina.

—¡Aguarde, hombre de Dios! —vocifera el general.

—¡Sus servicios han concluido, general Robilant! ¡El sultán que lo contrató ha sido depuesto! —El miliciano al frente del grupo se detiene unos segundos y prorrumpe de nuevo—: ¡Adelante!

El golpe de quienes manejan el ariete es esta vez mucho más certero. La puerta se tambalea.

—De acuerdo, de acuerdo —dice el general. Su voz ha perdido el brío inicial.

Al abrirse la puerta, Marco Nicolis de Robilant aparece ante los milicianos turcos con el rostro arrogante y el sable rendido en su flanco derecho, sostenido por su mano temblorosa, con

la punta del reluciente metal apoyada en el suelo de madera. Su cuerpo al descubierto de cintura para arriba. El peludo torso hinchado como el de un palomo en celo. Un ceñido calzón de la época de color gris y elástica roja le cubre el resto del cuerpo hasta por debajo de las rodillas. Es un hombre delgado, de complexión aparentemente fuerte para su edad (frisa los sesenta) y de rasgos elegantes y nobles resaltados por un bigote aparatoso que le cubre medio rostro y cuyas puntas apergaminadas, grises y azules, casi le tocan las orejas.

El miliciano al mando del grupo dice llamarse Abdulaziz. Se cuadra ante el general con cierta apostura y dice:

—Obedezco órdenes del diputado Karasu.

—¿Karasu?

—Emanuel Karasu.

—¿El sefardí? ¿El masón?

—El patriota turco. ¿Qué importa que sea judío? ¿Cambiarían las cosas si no fuera masón? Nuestra revolución respeta todas las convicciones religiosas. —Abdulaziz observa detenidamente la estancia. Repara en la asustada mujer, inmóvil sobre la cama, y ordena—: ¡Vístase! —Luego, dirigiéndose al general, le conmina—: Tiene usted un par de horas para abandonar esta casa. Muy pronto ocuparán sus dependencias un huésped muy especial y su séquito.

—¿Especial?

—Así es. No puedo darle más explicaciones.

El general Robilant se cuadra ante los revolucionarios y tensa el filo de su espada sobre la punta de la nariz, hinchadas las venas azules de su cuello, en trance de batirse en duelo. Respira profundamente y dice, encarado con quien ha cruzado el umbral de la hermosa puerta y al tiempo comprueba, mirando de reojo atrás, que los milicianos le protegen con sus mosquetones apuntando al noble en paños menores:

—Esta afrenta no quedará impune.

El palacete había sido construido quince años atrás por un arquitecto italiano, un tal Poseni —Isaac Carasso anduvo en tratos con él para que le hiciera los planos de una nueva casa, pero desistió del empeño a causa del desorbitado presupuesto—. La construcción del edificio fue encargada y costeada por Carlo Allatini, el patriarca del clan familiar más influyente en aquel principio de siglo, conocido entre los sefardíes como «el industrial de la cerámica» y por su condición de banquero. Pronto fundará en París la banca que lleva su nombre.

La relación de Isaac con don Carlo es ciertamente amistosa, igual que con el patriarca de los Montuño, también banquero. Y con los Fernández. Y con los Modiano. Probablemente esa amistad se fundamenta cuando su padre, Daniel, es el representante en Macedonia y en su zona de influencia —hasta la mismísima Constantinopla— de la empresa de transportes Schenker, la más importante del viejo continente, con sede central en la capital del Imperio austrohúngaro. A buen seguro que Allatini valora la importancia del puesto y la cordialidad de quien lo ostenta: ensancha sus estrategias de negocio, sienta las bases para expandir su poder. Allatini llama Isacino al hijo de su buen amigo Daniel. Isacino. A Danón le hacía mucha gracia.

Las influencias del patriarca se agigantan gracias a las relaciones que mantiene con los socios de Gottfried Schenker, judíos como él. Al menos uno de esos socios, apellidado Moritz, es sefardí y ha financiado algún tramo de la línea de ferrocarril que enlaza Belgrado con Salónica. Transportes Schenker es el único operador entre Londres, Viena y Constantinopla, lo que equivale a decir que es uno de los principales impulsores de la floreciente economía en Europa. En los últimos años, la empresa ha establecido delegaciones en Praga, Trieste, Sofía y Salónica. Daniel Carasso viaja con frecuencia a la capital búlgara. En alguna ocasión lo acompaña su hijo, Isacino. ¿Y si fue en alguno de aquellos viajes cuando Isaac empezó a escuchar historias sobre el orfismo y la inmortalidad? Además, la nueva red de comunicaciones propicia todo tipo de intercambios, incluyendo el tráfico de armas, y es clave para el suministro de alimentos. Probablemente Emanuel Karasu y su amigo Parvus sacarán provecho de ello. También el ferrocarril y Schenker abren puertas al cada vez más floreciente negocio exportador de Isaac Carasso: es el hijo mayor del hombre que dirige la logística de los Balcanes.

Villa Allatini

Daniel Carasso Muzafia recuerda esa puerta. Lo hace conmovido: haber estado frente a ella en alguna de las visitas giradas con su padre a Villa Allatini antes de convertirse en sede de la Prefectura en Salónica. Ejerció tal fascinación sobre él la visión de su superficie con grabados blancos y dorados, que marcó el principio de su veneración por el arte. Aunque tal vez fuera su padre quien se extasiara y él no entendiera la razón de su aturdimiento. Sí, el sentimiento por lo bello y la armonía estuvo siempre arraigado en su padre. Ahora lo reconoce. La puerta, qué excelsa belleza. Tallada en los marcos y con primorosos bajorrelieves coloreados, a modo de frisos, que recrean escenas bélicas, de caza. Las guerras han sido abordadas con tal sensibilidad por el cincel del artista que parecen un dulce pasatiempo. Qué majestuoso despliegue el del ejército turco en los campos de batalla. Las escenas de caza explican con delicadeza por qué la vida es una cruel disputa entre el instinto de sobrevivir y las ansias de matar. Y qué inocente voluptuosidad la de los corzos en celo cubriendo a sus hembras. Desinhibidos, los amantes que observan los juegos amorosos de los corzos manifiestan sus deseos sin pudor, desnudos, insinuándose con sus manos tendidas lánguidamente, rozándose la piel, los sexos. Qué vacilante desvergüenza la de las cortesanas con sus manos entre las entrepiernas de los caballeros con turbantes… Aquella puerta se grabó en su memoria de niño.

Una de aquellas noches, Isaac Carasso subió a su habitación y le contó una historia diferente. La de unos valientes guerreros que se hacían llamar almogávares y vestían trajes de pieles, se armaban con lanzas, espadas y largos cuchillos y escalaban las murallas de Salónica, y cuando, finalmente, lograban superar las defensas del enemigo, se lanzaban a la conquista de los torreones interiores y del botín de los turcos al grito de «¡Aragón, Aragón!». Su padre le decía que por las venas de guerreros tan valientes corría la misma sangre que por sus brazos y piernas, y le mostraba los suyos, tan delgados, sus venas azules, gruesas, a punto de reventar… Después se quedaba un rato en silencio, y al cabo, suspiraba: «Qué hermosa puerta». Sí, su padre soñaba con aventuras de guerreros y con licenciosas mujeres…

13

El huésped especial al que se refieren los exaltados que han interrumpido el placentero sueño de Robilant en brazos de su amante es el mismísimo sultán del Imperio otomano, derrocado el día anterior por decisión unánime de los diputados. Abdul Hamid II había dirigido desde sus aposentos en el palacio de Yildiz un contragolpe para desbaratar la revolución de los Jóvenes Turcos.

Salónica es un hervidero de noticias y rumores. La gente se arremolina en las calles, en la plaza de la Libertad, en los alrededores del Cercle. Exigen explicaciones. Claman venganza contra el sanguinario traidor. «¡Eso nos pasa por no haberlo ahorcado en su momento!». Las primeras informaciones aseguran que los reaccionarios han triunfado en Constantinopla. Pocos dan crédito a lo que escuchan o leen. Temen represalias.

Los periódicos locales se agotan en poco tiempo. En los edificios que ocupan *El Avenir* y *El Liberal* se forman colas de ciudadanos ávidos por conocer la evolución de los acontecimientos. Ante la avalancha de gente, los rotativos cierran sus puertas. El director de *El Avenir* comparece en un balcón. Lleva visera y manguitos en las muñecas. «La insurrección no ha sido controlada, pero la guarnición militar en Salónica no se ha sumado al golpe». En la librería Molho, el grupo de contertulios del que forma parte Isaac Carasso se muestra decepcionado por que los periódicos franceses, alemanes e ingleses no se hacen eco del estallido en Constantinopla. Solo *Le Monde* y el local *La Época* insertan en sus ediciones breves crónicas sobre cuanto sucede en la capital del imperio.

Cuanto ocurre es que, tras ser forzado a restaurar el Tanzimat, Hamid ha estado pacientemente aguardando la oportunidad de restablecer sus viejos principios autoritarios. Justo para evitar que esto sucediera, los Jóvenes Turcos lo habían recluido en el palacio de Yildiz, asfixiado por un cinturón policial que le impedía salir y maniobrar a su antojo, aunque disfrutando de los placeres de la corte y solo custodiado por sus fieles eunucos. El harén de Abdul Hamid seguía siendo la máxima expresión del lujo en el decadente imperio.

Los Jóvenes Turcos confiaban en que Hamid se dedicara al oficio de carpintero, que tanto le agradaba, o acudiera a representaciones operísticas en el teatro Mizik, que él había ordenado construir bajo una de las cúpulas del palacio. Solo se le permitía ausentarse los viernes para acudir a rezar a la mezquita de Hamidiye. La gente se agrupaba a su paso, pero ya no lo aclamaba. En medio de un cortejo que más bien parecía un entierro, el sultán se ocultaba en el interior de su carruaje, taciturno y esquivo ante sus súbditos.

«Pero no todo es como parece. El buen orfebre y amante de la ópera también tiene tiempo para conspirar», ironiza un columnista de *Le Monde*.

Hamid ha tejido a su alrededor una red de espías conspiradores. También le facilita información un grupo de la inteligencia turca. Infiltrados en el Parlamento, en el ejército, y hasta en el Comité de Unión y Progreso, le hacen llegar a toda hora información confidencial sobre el estado del imperio al que ha dejado de gobernar y del que es un mera figura decorativa.

Las noticias que le transmiten no pueden ser más alentadoras para el tirano. El comité político de los Jóvenes Turcos ha empezado a evidenciar síntomas de desavenencias internas; las medidas reformadoras de los nuevos gobernantes apenas han calado en la población; el descontento se acentúa en algunos sectores étnicos y religiosos, con el musulmán a la cabeza. En Albania, las protestas de la población se han generalizado en los últimos meses. A todo ello se suman las depresivas decepciones por la independencia de Bulgaria, la anexión de Bosnia Herzegovina por Austria, la tensión con Grecia por la cuestión de Creta. El desánimo empieza a cundir en algunos cuarteles cuyos mandos han sido destituidos por el audaz golpe de los Jóvenes Turcos. Y por si fuera poco, la rumorología de que los cabecillas de la revuelta obedecen consignas de la masonería internacional se ha extendido como una mancha de aceite por las más influyentes cancillerías de Constantinopla y Salónica.

De manera que el 13 de abril de 1909 el sultán Abdul Hamid II, siete meses después de haber sido derrocado, decide recuperar el trono. Su golpe de autoridad se inicia a primera hora de la mañana con una algarada callejera a la que se suman decenas de religiosos integristas y de estudiantes musulmanes apoyados por soldados sublevados pertenecientes al Primer Regimiento acantonado en Constantinopla. Los insurrectos toman la plaza del Sultán, frente al Parlamento de la nación, y exigen con proclamas y disparos al aire el restablecimiento de la ley religiosa y del viejo orden usurpado. La mayoría de los diputados abandonan el edificio. Unos pocos saltan de sus asientos al escuchar los disparos y salen a la plaza con intención de enfrentarse a los sediciosos. En formación de ataque, los cadetes leales al sultán los reciben con disparos. Los cadáveres siembran la plaza. Otros políticos, atemorizados por la salvaje represión, abandonan sus escaños y salen a la plaza con los brazos en alto. La noticia de que el comité político en pleno de los Jóvenes Turcos ha huido se recibe con alborozo en el palacio de Yildiz, donde el sultán, desde una torre y provisto de prismáticos, sigue atentamente la sangrienta represión de sus leales.

Es Emanuel Karasu quien ha ordenado la dispersión del comité de su partido. La suya es una decisión estratégica, alejada de cualquier intención de traicionar a su causa. Al poco de ser informado de la asonada militar, decide huir en tren a Salónica para organizar desde allí la reacción contra quienes apoyan el contragolpe de Hamid. Se oculta en el sótano de la casa de su sobrino. Esterina llora durante toda la noche. Danón no entiende por qué. Su padre no quiere responder a sus preguntas. Por la mañana, el dirigente rebelde desaparece sin dejar rastro.

El diputado Karasu vuelve, así, a tener las manos libres para reconstruir su desmembrado comité y reorganizar las defensas de su amenazado movimiento libertador. Salónica se moviliza de nuevo.

Al día siguiente de llegar Karasu a Salónica, varios miembros de un «batallón sefardí» —denominado así por el comité político de los Jóvenes Turcos— visitan el domicilio de Isaac Carasso. Desean recabar su apoyo para abortar la revuelta. Hay quien le echa en cara su *cobardía* por no enrolarse en el batallón a punto de salir rumbo a Constantinopla.

—Tratamos de salvar las libertades de nuestro pueblo, al que perteneces, Isaac —le dicen.

Carasso se siente atrapado. De nada le sirve decir que es sobrino del diputado, que Karasu ha pasado la noche anterior en su casa. Es un hombre de paz. Amante de las libertades y del orden. Siempre ha rehuido enfrentamientos.

—Ruego que me comprendáis.

Finalmente, arguye ante el grupo que su mujer está embarazada —lo que es cierto—, y se compromete a apoyar la causa con una aportación económica. La súbita aparición de su amigo Jacob Modiano lo saca del atolladero.

—Dejadlo en paz —ordena Jacob al grupo.

Isaac Carasso consigue precipitadamente reunir varias libras turcas que mete en una pequeña bolsa de tela.

Todos obedecen a Jacob Modiano: es el principal cabecilla del nuevo movimiento romántico y liberador, que dirige desde la oscuridad el *desaparecido* Emanuel Karasu. Jacob secunda la iniciativa de su padre, Pepo Saúl Modiano, de reclutar un destacamento integrado en su mayoría por judíos de Salónica y de los pueblos de alrededor. Hasta llegan a reclutar voluntarios en Kavala, Adrianópolis y Gallípolis. Salónica se moviliza para dar la cara por Turquía.

Unos días después, más de tres mil salonicenses se desplazan en tren, a caballo, en carros, muchos a pie, a Constantinopla. Marchan al frente, a la guerra, imbuidos por un excitante sentimiento patriótico. Es todo un ejército. El día de la partida del batallón resulta traumático para Salónica. Se cierran negocios y tiendas. Padres y madres rezan en las calles al paso de los voluntarios. Mujeres abrazadas a sus hijos pequeños imploran a Dios el regreso de sus valientes esposos. El batallón inicia el viaje al ritmo de una marcha militar aprendida antes de partir. Empieza así:

Mancebos de los casales
y muchos de Salonic
nos hicimos voluntarios,
nos fuimos al asquerlic.
¡O la libertad se va hacer
o nuestra sangre va correr
por amor de la Turquía!
Turcos, jîdiós y cristianos,
todos otomanos,
nos tomimos de las manos,
jurimos de ser hermanos;
para Stambol vamos a partir,
con los malos vamos a combatir.

Mientras la tropa avanza, se suceden los vítores de los voluntarios en favor de sus héroes. A los de Karasu siguen los de Revah, que ha viajado hasta las más lejanas aldeas de Tracia para reclutar voluntarios. Dicen que Revah emplea una oratoria volcánica ante la que difícilmente pueden negarse quienes lo escuchan: «Luchemos a muerte para salvar a Turquía». También se aclama al coronel Kazim, designado por los Jóvenes Turcos para ponerse al mando del ejército. Pero, sobre todo, los más apasionados vítores se dirigen a un hombre a quien los soldados

voluntarios tienen por un sefardí valiente y sabio: Abraham Benarroya, del *kal* aragonés, fundador de la Federación Socialista Laboradera. Es la primera organización socialista de Salónica. Para muchos hombres cultos de la época, pasa por ser la primera de carácter multiétnico y religioso de Europa. Está integrada en su mayoría por obreros sefardíes y no está bien vista por los Jóvenes Turcos, que recelan de la ideología de su fundador. Benarroya se ha convertido en uno de los líderes más carismáticos de Salónica. A su condición de socialdemócrata se unen la de maestro de una escuela comunal y la de escritor dotado de punzante mordacidad. Abraham Benarroya está empeñado en fundar un nuevo periódico en judeoespañol que difunda las ideas de su organización. Lo conseguirá.

Al llegar a *Stambol*, el ejército de voluntarios, al mando del coronel Kazim Bey, avanza en tres frentes hacia la plaza de Taksim. Pronto toma las principales calles de la ciudad y logra reducir a los grupos de insurrectos que se han hecho fuertes en las estribaciones del palacio de Yildiz. Sometida la resistencia de los insurrectos, Karasu, que reaparece mágicamente, restablece la autoridad de su comité político y cursa instrucciones a todos los parlamentarios, a quienes convoca a una sesión extraordinaria a las ocho de la mañana del siguiente día. Es en ese cónclave donde se toma la decisión de deponer al sedicioso sultán. El nuevo Parlamento nombra asimismo una comisión de cuatro miembros para que acuda al palacio de Yildiz y notifique a Hamid que el pueblo turco lo ha desposeído definitivamente del trono.

Al frente de ese grupo de notables está Emanuel Karasu. Los contertulios de la librería Molho, entre los que se encuentra Isaac Carasso, comentan las incidencias del histórico acontecimiento.

Son las diez en punto de la mañana cuando los cuatro comisionados cruzan la puerta del palacio. Un batallón del ejército turco ha acordonado la fortaleza. Acompañados por una patrulla de diez soldados con casacas de correajes cruzados y lustrosas botas altas de piel esmaltadas de blanco, Arif Hikmet Pachá, el general Essad Pachá Toptani, el armenio Aram Efendi y el judío sefardí Emanuel Karasu avanzan con paso firme, concentrados sus rostros, a lo largo de luminosos pasillos con paredes de mármol, hasta llegar a las dependencias de Abdul Hamid, que los recibe sentado en un sillón acolchado de terciopelo rojo. Junto a él, Galib Pachá, el único general del ejército turco que le ha sido fiel hasta el último momento, parece aguardar, impasible, a un pelotón de fusilamiento. En posición de firmes, los soldados exhiben sus fusiles y se cuadran ante el sultán y su general. Del silencio surge, grave, la voz de Karasu:

—Alteza, póngase de pie, como corresponde al acto solemne al que la historia le ha citado para comparecer ante este grupo de parlamentarios comisionados por la nación turca.

—¿Está mi vida segura en vuestras manos? —pregunta Abdul Hamid con los rasgos ensombrecidos y antes de girar su rostro hacia Galib Pachá.

Galib Pachá inclina levemente la cabeza hacia él.

—Yo respondo por vuestra vida, alteza —dice.

—Podéis estar seguro de que así será —replica aquiescentemente el general Essad Pachá Toptani—. Vuestra vida, las de vuestros sirvientes y las de vuestros hijos y concubinas se encuentran a salvo. Ese el compromiso que ha adquirido ante la historia el mismo Parlamento que os ha destronado.

Karasu se echa mano al bolsillo interior de la chaqueta y extrae un papel doblado que despliega sin demora y con el buen pulso de un verdugo. Mira al sultán y, después de comprobar

que lo atiende con el interés que exige el momento, lee la disposición del Parlamento.

Luego, el propio Karasu se acerca hasta el sultán, que sigue de pie, y le arranca la esmeralda Hooker, de setenta y cinco quilates, que lleva montada en la hebilla del cinturón: fue extraída de una mina de Colombia en el siglo XVII y enviada por los conquistadores españoles a Europa, donde orfebres holandeses la pulieron antes de ser vendida a la familia gobernante del imperio.

—Desde hace siglos, esta joya ha sido símbolo de la realeza de mi familia —dice el sultán sacando del fondo de su alma el último aliento de arrogancia que le queda.

—Y ahora lo es del pueblo turco —contesta Karasu.

La esmeralda

Cierra los ojos y confiesa: en más de una ocasión su vanidad de coleccionista lo tentó a comprar esa pieza única, montada sobre platino y engarzada en una corona de cientos de diamantes. Subastada por el estado turco para hacer frente a la inmensa deuda del país, fue a parar a un comerciante de nombre Selim Habib, judío converso al islam, quien, a su vez, la vendió a un multimillonario americano. En algún momento, llegó a pertenecer a la colección de Tiffany, supo Daniel Carasso más tarde. Hubo un tiempo en que siguió como un sabueso las huellas de la joya, pero un día cayó en sus manos un librito en el que se contaba su historia con tanto detalle que no supo distinguir la realidad de la fantasía. La lectura de aquella especie de leyenda le hizo volar la imaginación: así fue cómo descubrió su azaroso y cruel periplo. Desde que fuera extraída de una mina hasta lucir en el cinturón de su pantalón, Abdul Hamid había prohibido llevar bolsillos a quienes residían o entraban en el palacio de Yildiz, pues sospechaba que todas las manos que se introducían en ellos constituían un riesgo para su seguridad personal y la de la joya enganchada a su cinturón. Y era cierto, llegó a averiguar, cuanto se contaba de un solícito sirviente que se llevó en cierta ocasión la mano a su bolsillo con la intención de sacar una caja de cerillas para encender el cigarro del sultán, y este, creyéndose amenazado por un arma oculta, sacó su pistola y le pegó un tiro en la frente. Entonces, Daniel Carasso cesó en la búsqueda de aquella estrella verde bañada en sangre.

14

En dirección a la estación de ferrocarril de Constantinopla avanzan seis carruajes tirados cada uno por dos caballos con sus testas coronadas por ramilletes de plumas. Soldados uniformados flanquean los lados de la regia comitiva. Relucen sus botas y cascos. También los cañones de sus mosquetones, algunos de ellos calados con bayonetas. Es un día de radiante primavera. Del oeste llega la refrescante brisa del Bósforo, con cierto sabor a yogur de Kanlica. Irrumpen bocinazos de barcos fondeados en el estrecho. Dicen que entre ellos hay un destructor alemán dispuesto a llevarse al sultán a un país que le ha ofrecido asilo político. Pero el Parlamento turco no se deja impresionar: el destino del sedicioso es la Villa Allatini.

Nada más llegar la comitiva a las puertas de la estación, los soldados abren un pasillo entre la multitud congregada. Cuando se han asegurado de que el paso ha quedado expedito, un oficial provisto de sable revisa el trabajo hecho por los soldados y luego se acerca a paso ligero al primero de los carruajes. Abre la puerta. Baja el destronado Abdul Hamid. Lo hace a continuación un militar que luce entorchados en los hombros y un vistoso fez aureolado con adornos plateados. Es el fiel general Galib Pachá. Hamid camina cansinamente. Es un hombre avejentado, algo cargado de espaldas, nariz aguileña y gesto torvo. Sus ojos apenas tienen fuerza para permanecer unos segundos abiertos. Viste una chaqueta de paño oscuro y se toca con un fez del mismo color. En algún momento diríase que quiere alzar su mano derecha para saludar, pero le faltan las fuerzas. Quizá se lo impide su propia dignidad. O el saber que nadie va a responder a su gesto.

El oficial que da la impresión que manda la tropa da instrucciones a un soldado para que se abran las portezuelas del resto de los carruajes. Mientras el sultán y Galib Pachá avanzan en dirección al andén central de la estación, se van incorporando a cierta distancia las personas que forman la comitiva. Cinco eunucos con atuendos inmaculadamente blancos. Cabezas rapadas, cuerpos atléticos, inmensos, de porte discreto y ojos avizores. Las mujeres del harén, envueltas en velos opacos de colores grises azulados, sujetos a la cabeza con cobertores. Caminan agrupadas, temerosas, y observan a la gente a través de una ancha raja abierta a la altura de los ojos. Por detrás, un grupo de sirvientes apresuran sus pasos hasta alcanzar a las mujeres del harén, que aceleran cuando se sienten más protegidas.

Abdul Hamid es el primero que entra en el vagón del tren que lo conducirá a él y a su séquito hasta Salónica. El tren arranca precedido de un silbato estruendoso. Solo entonces, tras el diapasón que se abre, se hace sentir la multitud, que irrumpe de golpe con gritos despiadados. Desde los estribos de los vagones, los soldados se aprestan a mantener la máxima alerta. Pistolas en mano al aire. También hay soldados subidos al techo de los vagones apuntando con sus rifles

mientras el tren avanza lentamente hacia el norte. En paralelo, el Bósforo se tiñe con una pátina de humo negro que desaparece al instante. En una de las orillas se yergue el palacio de Ciragán, que va quedando atrás con una nube de palomas blancas sobrevolando las paredes de mármol. Nada más saber que sería encerrado, Abdul Hamid expresó sus preferencias por pasar sus días de cautiverio en ese palacio, que él mismo había ordenado restaurar para albergar a una reina francesa. Pero los Jóvenes Turcos han ya decidido recluirlo en Salónica, lo más cerca posible del cuartel general en el que se había fraguado la revolución.

El Sultán Rojo llega a Villa Allatini al atardecer. Justo a tiempo de que dos carpinteros terminen de apuntalar la hermosa puerta derribada por los milicianos que habían sacado impetuosamente de la cama al general Marco Nicolis de Robilant y a su joven amante. Centenares de personas han empezado a agruparse desde hacía horas en las inmediaciones del palacete. Los soldados que lo custodian no les permiten estacionarse a menos de cincuenta metros de la valla de cemento. La distancia, sin embargo, no impide la visión del último piso, del balcón central y de los tejados en los que se remansan los últimos rayos de sol de la tarde. A derecha e izquierda, dos gigantescos álamos. Cuando se abre la puerta central de hierro para que entren los carruajes, el vocerío de la multitud sobresalta a las palomas torcaces del torreón. Dos soldados se acercan a los congregados y les amenazan con dispersarlos.

Confundido entre la gente, en las últimas filas, está Isaac Carasso. Desconoce las razones que le han empujado a acudir a esa cita imprevista con la historia, pero se alegra de estar allí. Quizá confiaba en ver a su tío. Isaac llega a pronunciar en voz alta su nombre, «Emanuel», cuando lo reconoce, a lo lejos: habla con uno de los oficiales al mando de la tropa. Karasu no atiende su reclamo. Isaac avanza en dirección al lugar donde se encuentra su tío, pero uno de los soldados le impide el paso. Decide regresar. Se había alejado unos metros del tumulto cuando el repentino clamor de un murmullo le hace girar la cabeza. Batiéndose contra la fachada de Villa Allatini a modo del ataque del mar contra el acantilado, el griterío ensordece la tarde: en el centro del balcón central, sobre la copa de los almendros, se destaca la figura encorvada, pulcra y pusilánime, de Abdul Hamid. Ha salido con ánimo de saludar a quienes cree que todavía son sus súbditos. Solo lo hará cuando cesen los abucheos y silbidos de los congregados, que parecen haberlo enojado. Cabizbajo, gira sobre sí mismo y a punto está de cruzar la puerta que le abre uno de sus eunucos de túnica blanca cuando regresa sobre sus pies. Mantiene un buen rato toda su altivez, con la mirada en lo alto. Cuando acallan las protestas, Hamid saca de su bolsillo un pañuelo blanco. Lo despliega. Con un súbito y enérgico movimiento de sus manos, lo parte en dos mitades. Repite la operación con cada una de las dos porciones deshilachadas del pañuelo. Rasgadas las dos últimas mitades, la prenda queda dividida en cuatro partes. Las palomas reposan sus vuelos en lo alto del torreón. Adbul Hamid respira hondo. Saca de sus pulmones todo el aire disponible, toda la ironía, todo el desprecio, toda su dignidad despechada:

—Yo conservé el gran imperio que me legaron mis antepasados, pero vosotros lo habéis cuarteado miserablemente y reducido a sus sombras, como este pañuelo que yo he convertido en una prenda inútil.

Isaac Carasso regresa a su casa y se dispone a bendecir la mesa antes de cenar. Esther, junto a él, baja los ojos. Desde el otro extremo, Danón lo observa. Intuye, por su mirada, que tiene algo que

decirle. Quizá se trate del enunciado de una nueva historia que le contará esa noche. Pero advierte un tono excesivamente grave en su voz, casi consternada, cuando habla.

—Es cierto lo que dicen, Danón, sobre que los designios del Señor son impredecibles. Quién te iba a decir, hijo mío, que al sultán del imperio, a quien un día le dedicaste un poema ensalzando sus virtudes de gobernante, lo verías encerrado en el palacio por cuyos jardines te gustaba tanto corretear.

La estatuilla

Sabe que la pequeña estatua de madera de Orfeo se esconde en algún lugar. Cuando él la extraviaba, su madre la encontraba. Viaja con ellos en una maleta. Recorre en tren media Europa. Su madre le habla de ella un día en la pensión que ocupan en Viena. Hasta un día —cuando muere su madre— que la figura desaparece del todo. Tal vez Marina sepa dónde se encuentra. Tal vez sea una de las piezas que subastarán cuando él muera. Mientras, él la sigue buscando, obsesivamente, tentando con su mano bajo el almohadón. ¿Dónde la dejó? Quizá la enterró. Eso. La enterró. Y sigue hurgando con sus dedos en la imaginaria tumba, arañando con sus uñas amarillas la sábana. ¿No lo intentó antes? Cree que sí. Se despertó. Volvió a dormir. Y cuando despierta de nuevo, sigue escarbando debajo de su cabeza.

15

Al poco de que los invitados empiecen a hablar, Rena baja al sótano portando con cuidado una bandeja con tazas de agua recién hervida rebosantes de espuma. Había elaborado el *kave* en una cafetera especial de mango largo. Lo dejaba hervir para que soltara mucha espuma, hasta desbordarse, y luego distribuía el café en las tazas cuidando de apartar para cada una de ellas la misma cantidad de líquido.

Es un líquido espeso. La espuma que asoma por los bordes de la taza lo asemeja a un pastel en un molde de porcelana coronado de nata. Su aroma es tan fuerte que pronto embebe la atmósfera con esencias difíciles de identificar. En la misma bandeja, junto a las tazas, Rena coloca pequeños vasos con agua fría. Es costumbre que, antes de beber el café, los invitados sorban un poco de agua, helada a ser posible, probablemente como medida de precaución para no quemarse.

El primero en acomodarse, tras abrir una especie de jubón con documentos desordenados en su interior, es Zeev Jabotinsky, un judío ruso que pasa por estar al servicio de la policía secreta rusa. Sus orígenes como activista se confunden con los nunca esclarecidos de su desdoblamiento en Lobo, una de las figuras más enigmáticas y al tiempo veneradas del sionismo. Ha recalado en Salónica porque su instinto e inteligencia lo han conducido a «la ciudad sefardí que reina en los Balcanes». Como Parvus, procede de Odessa, donde al parecer había sido formado y aleccionado por agentes subversivos como alborotador de masas contra la creciente industrialización de Rusia. Después de un periodo de penitencia en la cárcel, es enviado a Turquía con objetivos retorcidos. Se ha hecho recientemente con la dirección del periódico *El Joven Turco*, del que se dice que está siendo financiado por Máximo Gorki gracias a que este ha cedido al omnipresente y misterioso Parvus sus derechos de autor en el extranjero. Lobo solo tiene un sueño, sin embargo: la creación de Palestina. Salónica es un buen lugar para empezar su labor.

Parvus, el otro invitado, sigue publicando en el mismo medio incendiarios artículos. Los pingües beneficios obtenidos por la importación de cereales procedentes de Ucrania apuntalan la amistad entre el periodista ruso y Emanuel Karasu. En los círculos políticos de Salónica, con inmediata repercusión en los de todo el país, se disparan los rumores sobre el carácter interesado de esa amistad, al amparo de banqueros y dirigentes británicos. Son estos los que maquinan, desde la sombra, intrigas y movilizaciones orientadas a la lenta e inexorable descomposición del imperio. Karasu cuenta también con la ayuda de un financiero veneciano, Giuseppe Volpi, que ha puesto su dinero a disposición de Jabotinsky para poner en marcha un nuevo periódico editado en francés, *La Jeune Turquie*, en el que la tinta adquiere el valor de la dinamita. El sótano de la calle Ancha es la santabárbara de un buque navegando en medio de la tormenta.

El escenario que conforman aquellos rostros en el sótano de la casa de Isaac Carasso, recortados en la penumbra, con sus rostros alargándose bajo el haz de las tulipas, es el más adecuado para una historia de terror. Isaac la desconoce. En realidad, no acierta a entender lo que persiguen los dos hombres y su tío. Pero es un hombre curioso. Y amable. No puede negarse a ser anfitrión de su tío y sus amigos.

El dirigente de los Jóvenes Turcos alienta una revolución de gran pureza nacionalista. Por su parte, Parvus medra entre los más radicales sectores de la oficialidad turca para transformar en oro el fango en el que los políticos se ahogan en el hambre de los desheredados. Y Jabotinsky, cual rabino que oficia la ceremonia de la confusión encaramado a la *tebá* de palisandro de una sinagoga, agita con sus artículos las mentes de las cancillerías en media Europa intentando convencerlos: los judíos parecen culpables de cuanto ocurre, y probablemente lo sean, porque necesitan regresar a la tierra prometida. Quiere sacar tajada de su ambigüedad. Quiere convertirse en el judío salvador de su pueblo. Tal vez lo consiga.

En el maremágnum de intrigas, todo se revuelve contra todo, como una serpiente que se come a sí misma, como una gigantesca ameba que envenena el espacio a su alrededor: el nacionalismo turco debe acabar con el sionismo que desestabiliza el nuevo orden impuesto por sus jóvenes revolucionarios; el hambre y la pobreza exigen una movilización constante, sin distingos sociales ni étnicos; a la burguesía europea, con los banqueros judíos a la cabeza, hay que tenderle una trampa mortal; para sobrevivir, los judíos tienen que enfrentarse a la disyuntiva de radicalizarse o empezar su transformación como sector dominante. Quizá la solución es iniciar un nuevo éxodo. ¿Hacia dónde? Hacia una Palestina judía. Lobo sueña con esa tierra prometida. ¿Y si la nueva patria judía fuera Salónica? El único final es la guerra, que ya se precipita, aunque pocos creen que vaya a ser una guerra aniquiladora. Hasta los agitadores apuestan por una guerra de días contados, quizá de horas. Prender la llama y retirarse. Una gran explosión controlada a distancia.

—Con su permiso, creo que debo ausentarme —se disculpa Isaac Carasso cuando los hombres deliran en pleno debate.

Asustado, sube las escaleras. Hasta la terraza. Se asoma al Egeo. Está a punto de llorar. ¿Es un cobarde? Tal vez lo sea. Tiene pánico. Siempre lo tuvo. Menos cuando sueña en sus bacilos búlgaros y cree que puede alargar con su *jaurt* la vida de los hombres.

A Jabotinsky y Parvus les gusta el *kave* que prepara Rena en la cocina. Ellos aguardan de nuevo la aparición de la comadrona y sirvienta de la familia Carasso por la lóbrega escalera que comunica el sótano con el comedor de la casa. Rena deposita la bandeja en el centro de una gran mesa rectangular que casi ocupa la mitad de la estancia, y hacia ella se dirigen las miradas de Emanuel y de sus amigos: se frotan las manos antes de dar un pequeño sorbo de agua. Así es como inician otra vez la lentísima ceremonia de derribar con sus labios la pequeña fortaleza de espuma que asoma por el borde de la taza, bajo la cual se abriga el *kave.*

Isaac se justifica ante el Termaico. Se siente incapaz de negarse a ofrecer su casa para las tertulias de su tío, a las que no acuden, *afortunadamente*, ni él ni sus amigos sefardíes. La presencia en su casa de personajes tan cultos y refinados, siempre pulcramente vestidos, le sumen en una profunda postración. Ambos ejercen sobre su tío una influencia que él no se atreve

a calificar de perniciosa, pero sin duda que es tan poderosa como la que sobre aquellos periodistas ejercen los hombres invisibles que dirigen sus pasos. ¿Desde Rusia? ¿Desde Viena? Quizá desde alguna de las cancillerías en Salónica.

Su amigo Modiano le ha hecho saber en alguna ocasión que «no son trigo limpio». Su amigo Modiano es listo, perspicaz y rico. Emanuel Karasu, le dice, está encadenado a los grilletes de una peligrosa red de subversivos conspiradores que operan en la clandestinidad: «Ello, amigo mío, le perjudicará en la brillante carrera política que todos le habíamos augurado».

Tampoco un hombre de ideas avanzadas como Abraham Benarroya, ya instalado en Salónica, tiene pelos en la lengua. En alguno de sus vehementes alegatos en círculos públicos ha denunciado que la revolución de los Jóvenes Turcos no es más que «un movimiento dirigido por una red de inteligencia internacional de carácter reaccionario y antisionista». Y concluye: «Lo sé de buena tinta». Benarroya tiene buenas conexiones con socialistas búlgaros y griegos. A Isaac Carasso le cae bien este hombre, no así a algunos de sus mejores amigos, que lo tildan de radical. «Un buen sefardí, pero radical», dicen.

Cuando Isaac Carasso escucha a sus buenos amigos hablar de esta manera y con tantas reservas y respeto a su persona, pues saben que su cabeza está en otros mundos, le sobreviene la trágica historia de su pueblo. Su padre se lo había anunciado: «Nosotros, los sefardíes, estamos condenados a huir». En las circunstancias más adversas se le aparece esa premonición. De manera que cada día está más convencido planear la forma de salir de aquella cueva sin grietas en la que parece haberse recluido su querida y amedrentada Salónica.

Pressagny

A cien años de distancia, no es de extrañar que Danón viera a su padre atrapado en la red de araña que unía los vértices de Viena y Salónica, a merced de quienes jugaban con ventaja a presagiar la inminente tragedia. Si no fue así, al menos lo parecía. Lo piensa mientras yace en su dormitorio del bulevar Charcot. Desde pequeño, Danón siente la angustia de pertenecer a un pueblo perseguido. El sentimiento se lo transmite su padre como quien hereda una fortuna o la ruina absoluta, «a veces lo mismo da». O las dos cosas a la vez. La pretensión de su padre de prolongar la vida en un mundo abocado a su destrucción le parece —¡ahora, naturalmente!— comparable a la curiosidad que lo incita a preguntarse por qué él pertenece a una dinastía de sefardíes alejada de la hambruna que sufre la mayoría de los que profesan su religión. ¿O no es una religión? ¡El judaísmo es un acto de fe en la ley de Dios!, le confesó su padre hace mucho tiempo. Su padre, ¿un hombre rico, un empedernido soñador? De la misma manera, el misterio de los viajes a Bulgaria de *Isacino* en busca de aquella especie de elixir de la eternidad resulta idéntico, pensaría muchos años después, al del genio taoísta autor de la pieza única de cerámica encargada por la dinastía Ming que brilla en la repisa de su escritorio con el fulgor de un planeta recién descubierto.

—María, acércamela, por favor.

Empieza a pensar que su padre también le transmitió sus sueños, en los que nunca creyó. Pero, aun siendo tan mezquina —le cuesta reconocerlo, pero es así— y reservada su opinión acerca de las utopías de su progenitor, ¿por qué su veneración hacia él?

La historia de aquellos años alimenta su nostalgia. La nostalgia lo mantiene con vida. La muerte le cerca, pero él se escabulle como esos animales que escapan del fuego en el bosque porque el viento delata un pasadizo inaccesible a las llamas. La melancólica huida hacia atrás se hace tan consustancial a su vida como las ráfagas de viento de origen desconocido que llegan de frente. Nunca le ha sido desvelada la fuente del soplo salvador. «El soplo salvador que lo ha mantenido vivo ciento cuatro años». El soplo redentor de la nostalgia. Sí, él está hecho de nostalgia. Cuando sus huesos se reduzcan a polvo, olerán a nostalgia. En Pressagny. Junto a la tumba de Nina.

16

Una de aquellas noches, cuando Karasu se despide de sus amigos Lobo Jabotinsky y Parvus, Isaac Carasso lo agarra del brazo y lo conduce a un sillón del salón, junto a la gran chimenea de obra, llameante. Esther y Rena se han retirado a descansar. También duerme Danón. El *cavas*, de nombre Caramfil, vigila en el jardín: todo bien, afirma con un gesto. Isaac asiente. Luego se revuelve, muy decidido, contra su tío, a punto de marchar.

—¿Has oído hablar de la conexión Odessa?

—No sé de qué me hablas, Isaac —responde Karasu.

—Hablaban de ello en la asamblea del *kal* catalán, esta tarde.

—Habladurías, sobrino.

—¿No son tus amigos de Odessa?

—Allí pasaron largas temporadas, según tengo entendido.

—Algunos comentan que son agentes subversivos.

—¿Subversivos? —reacciona Emanuel Karasu con una mueca de sonrisa atravesada en el rostro.

—Contra nosotros.

—Son buenos periodistas, que yo sepa. Es lo único que puedo decirte.

—¿Acaso no es Parvus tu socio?

—Son negocios, sobrino.

—¿Consideras un negocio el tráfico de armas?

—Eso es una patraña, Isaac.

—¿Tienes noticias de que en Rusia se prepara una revolución para derrocar al zar? ¿Es también eso una patraña?

—Lo desconozco. Y si tuviera información sobre lo que me preguntas, no haría uso de ello por razones que supongo entenderás. Lo siento.

—Se asegura que ellos organizaron la sangrienta marcha al palacio de Invierno del zar.

—¿Quiénes?

—Tus amigos.

—¿Te refieres a la insurrección en San Petersburgo?

—Al Domingo Sangriento. Creo que lo llaman así.

—No lo creo. Pondría la mano en el fuego por Parvus.

—Ya que has mencionado su nombre. Me han dicho que *tu amigo* colabora con un tal Trotski. ¿Quién es ese hombre?

—Un miembro del soviet.

—Desconozco qué clase de movimiento es ese.

—Una institución política que lucha por la igualdad. ¡Y por la justicia del pueblo ruso! ¡Como yo lucho por la de nuestro pueblo humillado!

—¿Y Jabotinsky?

—No me imagino a un judío dirigiendo a las masas alborotadoras que pretenden derrocar al zar de Rusia.

—Yo sí te imagino a ti.

—¡No olvides que soy también turco!

—Digamos, entonces, que tus amigos están en Salónica de paso —comenta Isaac Carasso en tono irónico—. Y que te ayudan en el restablecimiento de la libertad y la fraternidad que pregona tu partido.

—Así es, sobrino. Buenas noches.

Isaac Carasso sabe que su tío no está en disposición de contarle cuanto sabe. Pero para él que los dos periodistas que lo apoyan siguen consignas que a Emanuel se le escapan de las manos. Tan seguro como de que la revolución de los Jóvenes Turcos y todos los movimientos en defensa de la igualdad, libertad y fraternidad que han surgido en Salónica en los últimos meses guardan relación con los que se cuecen en la Madre Rusia. Y así lo barrunta, sin poder arrancar esos pensamientos de su cabeza. Sobre todo ello se ha empezado a escribir en los periódicos ingleses, franceses y alemanes que él lee en la librería Molho, y también en los que dirigen «los amigos de Odessa» de su tío, desde los que se atizan a diario, y con especial inquina, las llamas de la hoguera.

Son días de ver y escuchar para el pequeño Danón. Sentado al final de la escalera de piedra que comunica el salón de la casa con la primera planta, tras los barrotes de la balaustrada de madera de pino, tallada en el pasamanos, observa y oye atentamente cuanto acontece en casa de sus padres. Primero, durante los días tumultuosos que precedieron a la revolución de los Jóvenes Turcos, probablemente mientras memorizaba de carrerilla los versos que debía recitar ante el sultán del imperio. Pero también después de que el sultán fuera encarcelado en Villa Allatini. Entre el antes y el después de aquel suceso histórico mediaban notables diferencias. La que más le llama la atención es la del dispar tono de las voces. Apagadas las de los amigos de su padre, al principio, y más ardorosas las de aquellos hombres que acompañan a su tío abuelo. Unos y otros aparecen siempre en la oscuridad de la noche. Llegan a casa de uno en uno, a intervalos que parecen cronometrados por un segundero, como si alguien hubiera dispuesto meticulosamente la cronología de las visitas. Descienden por una escalera de caracol que él nunca se había atrevido a usar. Tampoco deseaba hacerlo. El asomarse a ella desde el piso de arriba le causaba terror. Los escalones son altos, y ello le obliga a flexionar las rodillas más de la cuenta con el subsiguiente riesgo para sus huesos. Llegó a esa conclusión cuando escuchó crujir los huesos de su padre y, sobre todo, los de algunos de aquellos hombres dispuestos a conjurar en la negrura del sótano, cuya humedad le llega hasta la nariz mezclada con el aroma de las cenizas de sándalo que Rena hace arder antes y después de la visita.

Desde arriba, el pequeño Daniel escucha los saludos protocolarios. Los golpes secos en la espalda. Cómo se desliza en el espacio la bola de murmullos. Aquellas dependencias son la

oscuridad total, y, cuando descienden los invitados, en más de una ocasión pensó que bajaban al infierno.

Ve también a Rena y a su madre cuando bajan unos cuantos escalones, desconoce los motivos que no lo hagan hasta el final. A veces, se detienen en el vano de la puerta y aguardan ver la reacción de los contertulios cuando aproximan sus rostros a las tazas y humedecen sus labios en el humeante líquido que ellas han preparado. «*Kaves* alegres», escucha Danón. A las dos mujeres les renace en la cara una sonrisa de complacencia.

—Madre, ¿están disgustados los amigos de padre? —pregunta Danón cuando su madre sube hasta la primera planta de la casa.

—No, hijo, no. Son hombres muy serios. Nada más.

—¿Y por qué no toman el *kave* en la cocina, o junto a la chimenea, como nosotros?

—Tienen cosas que decirse que no interesan a los niños.

—¿Tampoco a las mujeres?

—Ni falta que nos hace.

En algún momento, el pequeño Daniel logra distinguir, de entre la maraña de diálogos cruzados, el nombre de Herzl, que a él le suena como el de un famoso judío gracias al cual se construyeron barrios y escuelas en Salónica. Sin embargo, las voces que escucha le aclaran que se refieren a otro Herzl con el nombre de Theodor. Deduce que tal vez son hermanos. Durante varios segundos anda algo confuso dándole vueltas a la relación que puede existir entre los dos nombres, puesto que ambos son judíos y poseen una gran fortuna que han puesto a disposición —es lo que dicen los hombres del sótano— de todos los judíos. Supone que se refieren a los de Salónica. Más tarde cae en la cuenta de que hablan de todos los hombres y mujeres que confiesan su credo en cualquier lugar habitado del planeta, incluso en Rusia, país que citan y que él no localiza en el mapa mental que intenta reproducir en su cabeza. Al parecer, es donde más judíos hay. En Rusia. La verdad es que, salvo el acertijo de sobre quién hablan, la conversación no es interesante para un niño. Menos aún cuando una voz se alza sobre las demás y empieza a dar una lección de historia con citas que a él se le antojan bíblicas, del estilo de las que lee su padre durante el sabbat, con fechas exactas, acerca de las experiencias de un diplomático inglés al que llaman lord Palmerston. El tal señor, dicen, había empezado a trabajar *en secreto* con consejeros de los sultanes y otras autoridades turcas de alto rango. Hace mucho tiempo. Los hombres se esfuerzan en significar que las conversaciones mantenidas por los consejeros del tal lord con el sultán (Daniel supone que se trata del sultán al que había dedicado sus versos) no habían trascendido, esto es, nadie las conocía, salvo ellos, aunque tampoco están muy seguros de lo que dicen salvo el que habla más alto que los demás. Al parecer, los hermanos Herzl, o quizá solo uno de ellos (en cuyo caso también lo sabría su hermano), habían intentado alcanzar un acuerdo (con Abdul Hamid, no está seguro) para que todos los judíos tuvieran una tierra en la que habitar en paz y sin temor a ser desplazados de un sitio a otro. A cambio de ello, el sultán recibiría mucho dinero para comprar armas modernas de las que carecía su ejército, para hacer frente a los cada vez más numerosos enemigos de Turquía, y también para construir muchas escuelas para los niños turcos, de manera que las generaciones venideras pudieran encarar el futuro de la nación con más conocimiento de la historia, de las matemáticas y de la geografía, en igualdad de condiciones con los niños sefardíes, que ya disponían de varias escuelas en Salónica, entre ellas las de la Alianza, cuya construcción había sido costeada por una institución que tenía su sede

central en París, y otras más financiadas por los hermanos Herzl (o uno solo de los hermanos; ambos, por separado, son propietarios de bancos y de multitud de negocios), y por otros que citan a continuación cuyo apellido es difícil de pronunciar para un judeoespañol como él: Rothschild. También banqueros. Por lo visto, deduce Daniel, se trata de una alianza muy poderosa. Está fusionada con otras alianzas judías de América, de Rusia, de Francia y de otros países, de modo que (y esto es lo que más le llama la atención) todas ellas habían decidido reunir una ingente suma de dinero con la que pagar al sultán lo que habían estipulado a cambio de aquel territorio que pretendían y que era tan extenso, decían, como Macedonia. Es decir, como cincuenta veces, más o menos, Salónica…

Lo llaman Palestina.

¿Dónde está Palestina?

Cerca de Rusia, imagina.

La impresión de quienes hablan es coincidente: el tal Palmerston, que había ostentado un alto cargo político en Inglaterra y, además, se relacionaba con importantes banqueros londinenses y parisinos, es un señor de grandes ideas. Pero no todos los presentes las compartían. Lo que Palmerston pretende (según aseguraba la voz procedente del sótano que se oía con más fuerza) no es, como aparenta, defender los intereses de los judíos ofreciéndoles una tierra que fuera suya para siempre y en la que descansar de tantas penalidades sufridas; tampoco atender los intereses turcos de modernizar su ejército para defender mejor las fronteras del imperio amenazado, y además construir escuelas en toda la nación; lo que Palmerston persigue, dicen, y en eso estaban todos de acuerdo, es fortalecer el papel preponderante de Inglaterra en la zona, esto es, promover sus influencias y defender sus *intereses bastardos* (por el tono de voz de quien así se expresa y el tiempo que ha tardado en pensar las palabras, Daniel colige que se trata de un insulto muy meditado). Esos intereses, continúa diciendo el más airado de los contertulios, son los de tener las manos libres para hacer y deshacer a su antojo y, de paso, permitir que Turquía sea fuerte, más de lo que era, y así tener capacidad para enfrentarse al gran enemigo de Europa, es decir, de Inglaterra (todos los presentes asienten con un murmullo, «eso es, eso»), que no era otro que Rusia, la Madre Rusia. «¡Naturalmente!» (exclama el que llevaba la voz cantante): antes de que tan vasta operación se lleve a cabo, todos los judíos de Rusia tendrían que instalarse en los nuevos territorios comprados al sultán («¿En Palestina?», se pregunta Danón), y también los sefardíes de Salónica, de lo que se desprende que la Madre Rusia no quiere ver a los judíos ni en pintura, menos aún Inglaterra, que los odia, aunque lord Palmerston, «muy cínico el truhán», diera a entender lo contrario, «pero a nosotros no nos engaña…».

La aprobación unánime a estas palabras llega envuelta en el silencio húmedo del *kave.*

—Madre, ¿sabías que un señor inglés quiere comprarle al sultán un país para los sefardíes de todo el mundo a cambio de mucho dinero?

Horrorizada, Esther agarra de una oreja a su hijo y lo conduce a rastras a su habitación. Rena, detrás, implora que no le haga daño. Esther sabe que no hace daño a su hijo. Nunca le hará daño. Pero el llanto sobreactuado del pequeño alerta a Isaac Carasso, que se precipita, escaleras arriba, desde el sótano:

—¿Qué ocurre, Esterina?

—Dice tu hijo que vais a comprarle al sultán el nuevo estado de Israel.

Nymphe aux fleurs

Daniel Carasso sonríe complacido. Regodeándose. Está vivo y puede recordar… Se siente mejor. Le llega de súbito una secuencia conmovedora de su vida.

Asombrada en una esquina del dormitorio, descubre en la rosada penumbra a la *Nymphe aux fleurs*, una estatua un poco más baja que Nina, «tan pequeña, tan delgada». Sabe que ella también lo observa desde hace más de medio siglo. Se la regaló un día de mayo poco después de regresar de Nueva York. ¡Hace medio siglo! *Mon Dieu!* Ella imitaba a la provocadora ninfa y posaba ante él con el mismo escorzo de la estatua, doblando ligeramente la rodilla, inclinándola, acompañándose de un gesto insinuante al tiempo que se acomodaba una guirnalda de flores sobre su cabeza, y él se dejaba, naturalmente, seducir. Nunca lo hizo desnuda. Las relaciones con su mujer fueron siempre irreprochables, ¿versallescas?, exquisitas. Desapasionadas. Han sido vidas predestinadas a encontrarse. Un amor visionado por la ley ancestral de los judíos sefardíes. No sabe si existe el amor. La admiración, sí. Y el respeto. Nunca lo ha dominado el sexo. Recuerda el día en que su padre lo levantó un palmo del suelo para que pudiera asomarse a la cuna donde la niña, de pocos meses, dormía. ¿Verdad que es guapa? Él dijo que sí. Sería su mujer. Estaban predestinados. Lo supo muchos años después. Tal vez Nina, cuando imitaba a la *Nymphe*, pretendía descubrir su lado más femenino y voluptuoso. No cree que lo consiguiera. Pero todo cuanto hacía lo divertía. De alguna manera, ellos inventaron un concepto distinto del amor.

17

Cuando Daniel Carasso escucha desde el final de la escalera a los contertulios del sótano, hace tiempo que lord Palmerston ha muerto, desde luego. Pero el noble inglés ha dejado en Salónica un nocivo legado político. Los servicios de inteligencia británicos experimentan con fórmulas desestabilizadoras en zonas geográficas sensibles a sus intereses, naturalmente siempre barriendo para casa. Han sometido la suerte del Imperio otomano a un doble juego en el que aliados y enemigos terminan por confundir sus papeles. Se tiende la mano derecha en apoyo del nuevo gobierno y con la izquierda se ayuda a los movimientos nacionalistas en Grecia, Bulgaria, Serbia y Albania. El Banco de Inglaterra pone su dinero a disposición de los diplomáticos del país, y en medio del subsiguiente marasmo de intereses y oportunismos, se abre paso la realidad de que el movimiento de los Jóvenes Turcos es un invento interesado de la inteligencia británica, un alarde de ingenio maquiavélico: los ortodoxos se enfrentan a los judíos; los musulmanes, a los judíos y cristianos; los turcos, a los armenios. Los armenios, a los judíos. «Los culpables son los judíos. O los masones». En plena escalada de la ruindad, a los revolucionarios Jóvenes Turcos se les acusa de pertenecer al Rito Escocés de la Masonería y de ser marionetas del sionismo internacional, y en la misma espiral se especula con que Giuseppe Mazzini, el ideólogo de los movimientos libertarios europeos, a cuyo ideario se abrazó Emanuel Karasu con la pasión de un adolescente enamorado, fue en su día un acólito de la inteligencia británica dirigida por lord Palmerston desde su insidiosa y aristocrática sombra, la de su legado que permanece.

El paso de los años ha obligado a reflexionar a Isaac Carasso. Cada día que transcurre, su prudencia se deja someter inconscientemente por un pesimismo que percute en su cerebro como un taladro. El miedo le atenaza. Bueno, eso siempre, pero lo domina bastante bien. Hace tiempo que no viaja a Bulgaria. Sigue obsesionado con la búsqueda de sus orígenes. Del primer eslabón de la cadena. Es un hombre meticuloso, de curiosidad enfermiza. Lee todo lo que cae en sus manos. Decenas de revistas científicas, la mayoría de ellas francesas. En el *ABC*, al que está suscrito Moisés Covo, ha leído que en España ha surgido una corriente filosefardita ampliamente respaldada por políticos y literatos de primera fila. «Si de verdad cambiaran de una vez las cosas en ese país…». A Danón le impresiona detectar la amargura en el rostro de su padre. A este, que su hijo ya sea capaz de localizar la agitación interior en la mirada de sus ojos, en el tono de su voz.

—¿Y es verdad que piensan comprar una tierra en la que quepamos todos los judíos, también los sefardíes?

—Nuestra tierra es esta.

—¿Y Sefarad?

—También.

—¿Nos quedaremos aquí para siempre?

—Duerme, Danón.

—¿Por qué estás triste?

Aquellos asuntos estaban sometidos al código de los enigmas históricos no esclarecidos: la diáspora que les condujo a Salónica, el origen del holocausto, la fraternidad judía, las redes financieras del sionismo. Nunca, sin embargo, Daniel Carasso pudo confirmar la relación de extrema cautela y misterio —a él, un niño entonces, se lo parecía; el paso del tiempo le haría considerar que no lo era tanto— que rodeaba aquellas citas con las conspiraciones que en ellas, supuestamente, se fraguaban. Tal vez porque él imaginaba que se fraguaban. Además, el respeto a su padre le impediría años más tarde llegar al fondo de los asuntos que se abordaban. ¿Había estado Isaac directamente implicado en alguna de esas intrigas?, se preguntó en alguna ocasión en la que su inocencia estuvo a punto de rebelarse. Su respuesta era siempre la misma: su padre es un ser amable. Un hombre en demasía curioso. Nada más. Le gusta escuchar. Su curiosidad por cuanto acontece a su alrededor es pareja a la que experimenta ante la ciencia, ante los nuevos descubrimientos. Vive más mirando al siglo pasado que con los pies hincados en la amotinada realidad del nuevo.

Había una línea roja que serpenteaba por entre los turbios asuntos. Con muchos paisajes a ambos lados. Luminosos y sombríos. Una línea que Danón nunca se atrevió a cruzar porque su resistencia por el temor a lo desconocido fue siempre superior a la atracción que despertaba en él la ambigüedad del miedo. También, quizá, por un prematuro temor a la ley de Dios. ¿Y si entrar en los terrenos prohibidos quebrantaba esa ley? Siempre había escuchado esa voz en su interior. Un extrasístole del corazón.

Palmerston

Con el puente de las gafas metálicas sostenido en la punta de la nariz, Jacqueline observa al anciano enfermo por encima de la página de *Le Monde* que lee distraídamente.

—¿Está bien, señor? —pregunta la enfermera.

Ciertamente, lo que más sorprendía de aquellos hombres a un niño de cinco años era su extraño comportamiento: deseaban pasar inadvertidos a los ojos del mundo, que en este caso eran los de su madre y los de las mujeres que, a veces, coincidían con ella en casa y hablaban susurrantes en la cocina por temor a levantar la voz. Las manos enguantadas en los delantales. Él, confundido con el grupo, amarrado al delantal de su madre, observándolas sin entender los motivos de tanta cautela. Aunque la mayoría de los sefardíes salonicenses se habían occidentalizado en su forma de vestir (la moda de París empezaba a causar estragos entre los jóvenes burgueses de la comunidad), algunos de aquellos hombres que desfilaban hermetizados por el silencio seguían vistiendo paños abiertos abotonados por delante que cubrían con un caftán, lo que les daba la apariencia de acaudalados turcos, y no faltaba quien se cubría el cuerpo con un jubón y bragas de tejido áspero sujetas con un aparatoso cinturón.

No era este el caso de Emanuel, que vestía a la moda y exhibía trajes ceñidos de colores oscuros y telas inglesas o italianas.

Una de aquellas noches en las que se *descendía a los infiernos* bajando por la estrecha y lóbrega escalera, Karasu abrazó a Esther con veneración, como si fuera su propia madre, luego la besó en las mejillas y se acuclilló ante su cuerpo, le recogió las manos, las besó, reteniendo en los labios su calor, y así permaneció, mirándola a los ojos, un rato, como si deseara conocer su destino, o tal vez porque le agradaba mirarse al espejo de ojos inocentes y contrastar aquella mirada con la suya, tan turbia.

Ciertamente, Daniel nunca tuvo oportunidad de conocer a aquellos corpulentos hombres de Odessa que acompañaban a su tío abuelo. Bastó que acudieran solo un par de veces para que la presencia de los activistas le infundiera un respeto próximo al terror. Y no era para menos en un niño solitario y alerta. Aquellos dos hombres de edad indefinible siempre le parecieron seres tenebrosos que acudían a casa a tomar café y a contar historias que turbaban a su padre hasta el extremo de que, nada más despedirse de ellos, subía hasta la terraza del último piso y se pasaba horas enteras dirigiendo su mirada a ese punto del mar en el que convergen todas las miradas descarriadas del mundo. Recuerda, eso sí, haber visto la fotografía de Alexandr Parvus en la portada de un periódico suizo, poco antes de que su familia abandonara Lausana para instalarse en Barcelona. Su padre apuntó con el índice a aquella fotografía y le preguntó: «¿Lo

reconoces?». Él negó con la cabeza, pero, como quiera que su padre le pidió que su memoria hiciera un esfuerzo, pronto supo que, aunque su aspecto era distinto —se había cortado la barba —, se trataba de uno de aquellos amigos de su tío abuelo. Su padre le dijo entonces: «Es él, quien crees que es». Y a continuación descubrió un aspecto de su vida hasta entonces desconocido: «Sus padres son judíos, aunque no sefardíes». Él le preguntó por qué aparecía su foto en el periódico, y su padre respondió: «Está metido en líos con los bolcheviques rusos». Se ha entrevistado con Lenin en Zurich. Danón tenía entonces doce años. El último recuerdo de Jabotinsky, Lobo, es mucho más reciente, en la década de los sesenta. Daniel Carasso residía en París. La prensa francesa destacaba que los restos mortales de Lobo, que había fallecido veinte años antes en Nueva York, fueron trasladados, por expresa orden del gobierno israelita, al monte Herzl. Aquel nombre que iba de boca en boca de los conjuradores… Tal vez las discusiones en el sótano sirvieron para aprender alguna de las claves de la historia de Israel, piensa ahora.

—¿Oyó usted en alguna ocasión algo sobre lord Palmerston, señorita Jacqueline? — pregunta Daniel Carasso sin apenas despegar los labios, removiéndose en la cama como si hubiera sentido la picadura de un mosquito.

—¿Cómo dice, señor?

—Palmerston…

—No sé quién es. Disculpe.

—Un bastardo.

18

Una de aquellas noches, Isaac Carasso acude a la habitación de su hijo y le confiesa con la gravedad de un rabino:

—Estoy asustado, Danón.

—Los Jóvenes Turcos han ganado, padre. Y no hay nada que temer porque los manda tu tío. Él nos defenderá.

—Esos jóvenes desconocen las fatales consecuencias de sus sueños. Alguien pretende aprovecharse de su audacia para destruirnos a todos.

Daniel no logra entender esas palabras.

Los silencios solitarios de su padre en la terraza de casa se hacen cada día más frecuentes. El otoño parece haberse olvidado del invierno. El calor es seco y deslumbrante. Nunca las viñas de Salónica han estado impregnadas de una paz tan engañosa. Las preocupaciones que perturban a Isaac Carasso acrecientan el interés por la educación de Danón. Es un hombre abierto a las corrientes del pensamiento y de las ideas emancipadoras. Pero no olvida las tradiciones de su pueblo. La más amenazada de todas es la del propio fundamento que las ha forjado: el valor de la cultura judeoespañola, cada día que pasa más debilitada por la influencia de la francesa.

Se lo ha hecho saber a sus amigos, con los que se reúne a menudo para tratar los asuntos que les abruman.

—Valoro como el que más la labor docente de la Alianza Israelita Universal. Pero nuestra cultura no puede estar sometida al dictamen de otra que la ignora. En la escuela de la Alianza se ha impuesto el francés, y de seguir las cosas como hasta ahora, pronto el ladino dejará de ser la lengua en la que nos expresamos en casa.

Modiano y Allatini no son del mismo parecer. Por el contrario, Molho y Covo defienden con vehemencia ese punto de vista:

—Estoy de acuerdo en que hay que promover la enseñanza de nuestra lengua en las escuelas —dice Moisés Covo—. Y si es necesario emplear todas nuestras influencias ante la sede de la Alianza en París, hagámoslo cuanto antes.

—España es un país atrasado —replica Carlo Allatini—, mientras Francia es una gran potencia. ¿Qué hacemos empeñados en seguir siendo españoles?

—¡Sobrevivir! —exclama el apasionado Covo—. ¡No podemos perder el legado de nuestra lengua y de nuestros sentimientos, cercados por el menosprecio y la prepotencia de otras culturas!

—Las cosas van a cambiar —tercia Carasso—. Me ha llegado de buena fuente la noticia de que está a punto de crearse la Unión Hispano Hebrea. Es el mismísimo rey Alfonso XIII quien la

auspicia.

—Y si fuera como dices, ¿en qué cambiarían las cosas? —pregunta Samuel Molho.

—Os puedo adelantar que el Gobierno de España parece estar decidido a abrir en Salónica un consulado comparable a los de Francia, Inglaterra y Rusia. Los rumores que me han llegado apuntan a un catalán muy culto y con una prestigiosa trayectoria en su oficio.

—Me alegraría mucho de que así fuera, amigo Carasso —dice Modiano—, pero me temo que cuanto dices sea una vana ilusión. No puede ser de otra manera, después de cuatro siglos de olvido absoluto.

—Me consta que ese interés es real y plausible, y que nosotros, los salonicenses, vamos a ser los primeros en comprobarlo.

—El tiempo te dará o te quitará la razón —dice Allatini.

—Creo en las buenas intenciones del rey de España —insiste Carasso. Hace una pausa y prosigue—: Pero no es este el asunto del que quería hablaros. He decidido que mi hijo Daniel vaya a la escuela comunal que dirige Abraham Benarroya.

—Dicen de él que es un exaltado dirigente socialista —dice Allatini.

—No lo tengo por exaltado, pero si así fuera no me importaría, siempre que sea un hombre justo y respetuoso con nuestras tradiciones —contesta Isaac Carasso—. En las asambleas de trabajadores que dirige se habla en ladino, lo mismo que en los mítines en los que interviene como orador. Y, por supuesto, imparte sus enseñanzas en nuestro idioma.

—No está bien visto por los Jóvenes Turcos —recela Molho.

—Es cierto —contesta Carasso—. ¿Y quién de nosotros cree en ellos? ¿Quién conoce sus verdaderas intenciones?

—Es de suponer que a tu tío le disguste tu decisión —replica Allatini.

—¿Conoces a ese tal Benarroya? —pregunta Moisés Covo.

—Mantuve con él varios encuentros en Bulgaria. Y gracias a una información que me facilitó, pude regresar a casa antes de verme envuelto en la revolución de los Jóvenes Turcos.

Y a renglón seguido cuenta la historia de ese encuentro.

Lo conoció en un viaje que hizo a Sofía, ajeno a los acontecimientos que se ciernen sobre el imperio. Coincidió con Abraham Benarroya en una sinagoga de Plovdiv. Residía en esa ciudad desde hacía varios años. Le llamó la atención su dominio del ladino y enseguida se interesó por su origen judeoespañol, delatado, también, por su apellido, que el maestro entroncaba con familias del norte de Aragón. Supo entonces que había nacido en Salónica. Dominaba varios idiomas. Francés, búlgaro, serbio. Le cautivó su desprendida generosidad para con los de su raza. Lo acogió en su casa y le dio de comer. Impartía clases de ladino a los sefardíes búlgaros y había planeado regresar pronto a su tierra. Tenía previsto crear en Salónica una imprenta con la finalidad de editar en un futuro un periódico en su idioma materno. Estaba muy bien relacionado con células socialistas en el exilio. Por él supo que el descontento militar en el Tercer Cuerpo de la Armada turca, con sede en Salónica, había saltado a la portada de los periódicos europeos más importantes meses antes de la asonada revolucionaria de los Jóvenes Turcos. Por entonces, las autoridades otomanas habían establecido una férrea censura en el país. De no haber sido por esa puntual información, se habría quedado bloqueado en Bulgaria. Así pues, pudo planificar su inmediato regreso a Salónica y estar con los suyos. Benarroya estaba confiado en que la revuelta serviría para derrocar al sultán Hamid, pero recelaba de que sus líderes quisieran implantar un

régimen de libertad basado en la solidaridad y la justicia, tal como él las entendía: como principios integradores para la unidad de los trabajadores. Desde el principio, Benarroya se había opuesto al movimiento de los Jóvenes Turcos: defienden, argüía, un nacionalismo exacerbado y excluyente que pretende imponer la supremacía turca sobre todas las naciones que aún pertenecen o han pertenecido al Imperio otomano y también sobre los pueblos islámicos de Rusia y de Asia. Él creía en otro tipo de revolución. El levantamiento popular contra el zar no le inspiraba ninguna confianza. Solo le obsesionaba que los sefardíes recuperaran su dignidad como pueblo. Cuando pensaba en ello, sus ojos recorrían como los de un león hambriento el horizonte, y a continuación se lamentaba de cuanto había sufrido y sufría el pueblo al que pertenecía. «Hay que llegar a la tierra prometida», decía. Él creía que esa tierra era Palestina. En eso coincidía con Lobo Jabotinsky.

—Era un hombre de gran agudeza —concluye Carasso.

Hay un largo silencio. Todos parecen rumiar la experiencia de Isaac con aquel hombre que tanto asombro le causó. Es Allatini quien interrumpe los pensamientos:

—Sigues empecinado en tu creencia de que los búlgaros viven más años que nosotros a causa de esa pócima que ingieren.

—Me consta que hay estadísticas que así lo demuestran.

—Termina tu relato sobre Benarroya —ruega Molho.

Isaac Carasso piensa un rato antes de hablar.

—Lamentablemente, poco tiempo pude estar con él. Acudí a una de las clases que impartía en su escuela de Plovdiv y me despedí esa misma mañana. Me dijo que le gustaría abrir una escuela en Salónica. «Si lo consigue, mi hijo será uno de sus alumnos», le contesté. Y, como os adelanté, si Benarroya cumple su sueño, yo también estoy dispuesto a formalizar mi empeño.

Es por aquellos días cuando Abraham Benarroya se instala en Salónica. Lo primero que hace es abrir una imprenta muy cerca de la plaza de Beschinar. Pronto inicia una intensa labor proselitista. Sus ideas políticas y sociales las difunde en reuniones que organiza en pequeños grupos. Para dar ejemplo, toma la decisión de trabajar en una fábrica de tabaco propiedad de un importante empresario. Su intención es conocer de cerca las inquietudes y pensamientos de los trabajadores. En la sencilla imprenta que monta se edita el periódico *Solidaridad Obradera*, en ladino. Benarroya frisa los treinta años. Ha llegado a Salónica a lomos de un caballo negro que parece de una raza distinta a las conocidas, pues el animal está en los puros huesos. No falta quien lo confunde con el flaco rocín de Don Quijote de la Mancha. No es el caso del jinete, que exhibe un cuerpo bien formado y musculoso, de cabeza grande, frente ancha y mandíbula puntiaguda. Una perilla negra y alargada como una anguila es lo único que desentona del brioso porte de quien, al poco de llegar, ya se dice que va a despertar las conciencias de los trabajadores de Salónica. A las pocas semanas, la Asociación Obradera de Salónica, de la que es secretario general, supera los quinientos socios. Son en su mayoría trabajadores de imprentas y tabacaleras. Y el 10 de mayo de 1909, un mes antes de los fastos conmemorativos de la revuelta de los Jóvenes Turcos, más de veinte mil trabajadores atienden la llamada de su nuevo líder y se manifiestan por las calles de Salónica. Finalmente, se concentran frente al golfo Termaico. Allí, Benarroya pronuncia un encendido discurso ante la multitud que lo aclama. Se sube a un bidón

de tinta, apuntalado en la arena por las manos de cuatro hombres, y habla en judeoespañol a los congregados: «Mirando que somos trescientos millones de leones, toda la sociedad obradera se pone, hoy, en pie». Luego, extiende su mano hacia el mar y anima a Isaac Ben Zvi y David Ben Gurión a reunirse con él y con todos los trabajadores en Salónica para compartir sus sueños de igualdad y libertad.

No solo su periódico destaca al día siguiente el éxito de la huelga y de la manifestación. Todos los diarios de Salónica, los editados en judeoespañol, en francés y en turco, saludan la llegada del nuevo líder. *El Avenir* califica la concentración de «acontecimiento sin precedentes en la historia de una ciudad turca». Solo *El Joven Turco* silencia la irrupción del volcánico orador sefardí.

Isaac Carasso acude a la manifestación. En la tertulia de la librería Molho lo miran con reticencias. No se lo pueden creer. ¿Él, un empresario adinerado, en una manifestación de idealistas? No sabe qué decir. Todo lo nuevo interesa. El nuevo siglo presagia tormentas. Cree que Europa está al borde de la locura.

También por aquellos días el pequeño Danón descubre el «sentimiento del mar». Así lo llamaría muchos años después. Está creciendo. Cuando sale de la escuela, al mediodía, y aguarda a que su madre lo recoja —a veces lo hace Rena—, se asoma a los espigones del puerto. Chapotean, junto a la sinagoga, las mujeres menstruantes que se purifican en el *mikwe*. A veces se escapa hacia la murallas con su primo Mario Botton, unos años mayor que él. Con el tiempo justo para sentarse en uno de los torreones, observar unos minutos, pocos, el mar en lontananza y regresar a casa estampándose por las empinadas calles por las que suben, renqueantes, los nuevos tranvías. Mario es un muchacho de mirada bondadosa que se ilumina, como la de él, cuando mira las astas de toro del Termaico penetrando en la garganta gris del Egeo. Aspiran la brisa empapada de aromas de especias que llegan en veleros voladores de Constantinopla, de Egipto y de Mesopotamia. Danón es un niño solitario y melancólico. Identifica el mar con el amor a sus padres. Imagina que el mar le ha vomitado en las playas de Salónica como le ocurrió a Jonás engullido por la ballena. Empieza a comprender: el misterio de su vida está relacionado con el del mar. Su destino es huir por los mismos caminos que le han traído a Salónica. Así regresará a sus orígenes. Sí, se está haciendo mayor.

Danón conoce a su nuevo maestro días después. En realidad, lo ve desde el rellano de la escalera. Es de noche. No puede dormir. A pesar de los emboscados vientos que soplan, los salonicenses han inventado nuevas canciones para festejar la hermandad de judíos, cristianos y musulmanes. Las repiten una y otra vez por las calles.

Desvelado por el griterío, el pequeño escucha a su padre bajar las escaleras para abrir la puerta de la cancela. Se levanta de la cama. Tras los barrotes de la barandilla en el rellano, observa a su padre saludando efusivamente a un hombre a quien acompañan otros dos. Le sorprende que los recién llegados no desciendan al *infierno* del sótano. Son distintos, se expresan de manera distinta. Hay alegría en sus rostros. Todos pasan al salón y se sientan en un diván junto a la chimenea. Su padre llama al recién llegado Abraham. Hablan en ladino. Al poco aparece su madre por el fondo de la estancia. Algo desgreñada, probablemente porque la visita la ha sorprendido en plena duermevela. Hace días que su estado de salud no es bueno. Es un secreto

que comparte con ella. Se cubre el cuerpo con una toga de paño. Da las buenas noches a los recién llegados, que se levantan de sus asientos y la saludan inclinando la cabeza. Se dirige a su marido: «¿Les apetece a tus huéspedes tomar una taza de café turco?». Isaac Carasso asiente, complacido. Al cabo, Esther se dirige, con la cabeza agachada, a la cocina, y al poco rato aparece Rena, cubriéndose con una toquilla negra. Hace frío, pese a que ya ha entrado la primavera. «Déjeme, Esterina, que yo lo preparo», dice Rena. Nadie como Rena para hacer un buen *kave* cubierto de espuma. Le sale blanca como la de las olas del mar. Después de servirles el *kave* y de escuchar el brindis de «*kaves* alegres», Isaac Carasso y los recién llegados hablan hasta muy entrada la madrugada. Quien charla por los codos es el tal Abraham. A Danón le parece un hombre sabio y muy enérgico. Emplea palabras que él no entiende. Todos lo escuchan como a un rabino. Danón se duerme, parapetado en los barrotes. Al día siguiente, su padre le da la noticia: ha llegado a un acuerdo con su amigo Abraham, a quien conoció en Bulgaria durante uno de sus últimos viajes, para que sea su nuevo maestro. De manera que, después del verano, acudirá a la escuela comunal. Conocerá a Abraham Benarroya antes de incorporarse a la escuela, en el curso de una fiesta multitudinaria a la que su padre lo llevará en compañía de su inseparable amigo Moisés Covo, padre de José, y en la que se celebrará el primer aniversario de la coronación del nuevo sultán del imperio, Mehmed Resad V, impuesto en el trono por decisión de los Jóvenes Turcos. Mehmed es hermano del sultán ante quien él recitó los versos hace un año. Danón no entiende por qué un hermano puede suceder a otro como sultán. Su padre tampoco encuentra explicación a tan curioso sistema de sucesión. Meses después, supo que a Abraham Benarroya le disgustaba que ocurrieran cosas tan inexplicables.

Los malos presagios atormentan a Esther. Le basta sentarse a la mesa y observar el perfil de su marido para saber que una fatalidad se abate sobre Salónica. Le sobrecoge un pensamiento que crece: el ambiente de hostilidad en el que va a nacer su nuevo hijo. Ya no se escuchan canciones de hermandad. En la calle se suceden las algaradas. Cuando acude al mercado Un Kaplan, de la harina, y conversa con mujeres, llega a casa con el rostro desencajado. Cada día que pasa hay menos jóvenes bordadoras trabajando bajo los soportales. Hace varias semanas que respira por la noche fatigosamente. Se queja de unos dolores punzantes en el pecho que luego desaparecen. Probablemente es porque lleva un mal embarazo.

Luciérnagas

No le preocupa que el doctor Buholz se retrase. Su presencia no puede variar el estado ruinoso de su cuerpo. Menos aún hacerle comprender por qué se mantiene encendida una lucecita en su cerebro, «a ver si me lo explica». Su organismo conoce al detalle el proceso de la irreversible evolución ya iniciada. Aún están activas unas cuantas células que, en el compartido afán de propagar su efímera salud al resto, almacenan los últimos destellos de una vida. «Es un destello de clarividencia»: no sabe si es preferible vivir o morir, lo que implica que está dispuesto a dejarse conducir por las últimas luciérnagas. ¡Qué ambigua lucidez le proporcionan esas lucecitas inextinguibles a las que no ve, solo imagina! ¡Y cuán complaciente es su perseverancia! De repente, se siente vivaz y exultante como un general victorioso: resistió heroicamente —«no tanto», recapacita luego— el acoso de seis guerras, probablemente el periodo de barbarie más angustioso en la historia de la humanidad. Más la revolución de los Jóvenes Turcos… Su cuerpo ya no resiste tantas intrigas. Se ha preguntado muchas veces cuál es el origen de su fortuna, qué enrevesados mecanismos se la proporcionaron, qué argumentos sostienen las veleidades caprichosas de un destino que lo eligió de entre millones de seres humanos para hacer de él un hombre relativamente dichoso. «¿Lo ha sido de veras, aun relativamente?». Su condición de coleccionista de arte pone al descubierto —ante él y ante los demás— carencias pocas veces sospechadas. Coleccionar belleza se ha convertido en una obsesión por redimirse de algunas penurias vergonzantes. Su patria le ha sido ingrata. Su familia está dispersa. Sobre ella proyecta su sombra un perturbador misterio. Se han borrado sus huellas de la luz inspiradora de Salónica. Se ahoga en dinero. ¿Alguien lo ama? Hace tiempo que echa de menos a Nina. Tampoco ella acertaría a responder la pregunta: «¿Quién me ama? Mi hija, tal vez». Duda: «Es tan tímida, tan huidiza».

—¿Sabe usted si hoy vendrá Marina?

El sillón desde el que lo ha venido observando la enfermera está vacío.

Se derrumban sobre su lecho —¿será también subastado?— los tejados dorados de sus empresas, que pronto lo sepultarán como a un gorrión exhausto. La condena al olvido resulta más cruel en los afortunados que en los miserables. Y eso pese a que todos los periódicos del mundo le dedicarán elogiosos obituarios. Por supuesto, su nombre se coreará por los voceros de París, Nueva York, Londres, Madrid, Tokio, Beijing, Moscú. Ojalá algún periodista se sienta inspirado para titular: «Ha muerto el hombre a quien de niño su padre llamaba Danón». Su padre ha sido olvidado, encerrado su nombre en el arca de los secretos. En una tumba olvidada… En un cementerio desolado. Nadie reparará en que su presencia en este mundo es equiparable a la de

Orfeo, el generoso derramador de sangre. Después de tantos años, reconoce que sí, que su padre ha sido un hombre venerable.

19

En el invierno cruel de 1909, con ráfagas glaciales soplando desde los Ródope, Isaac Carasso pasa horas interminables frente al cofre de sus secretos. Sus movimientos nocturnos son miméticos: baja al sótano de casa provisto de un enorme llavero; nunca acierta a la primera para abrir la puerta de la consola en la que guarda sus archivos personales, lo que él llama de forma grandilocuente «el legado de sus orígenes». Reaparece minutos después en la cocina con el rostro cariacontecido, la caja de madera de teca barnizada bajo el sobaco y portando en la otra mano una carpeta azul y con asas de goma en la que guarda papeles amarillentos e informes sellados incorporados en los últimos meses. Isaac Carasso ha seguido muy de cerca las informaciones procedentes de España acerca de la denominada «Cuestión Sefardí». Naturalmente, cada vez que echa un vistazo a los nuevos escritos, no puede reprimir la tentación de revisar los viejos, labor que acomete con pasmosa lentitud: despliega los resecos pergaminos utilizando las pinzas de Esterina para depilarse los pelos de las piernas, y resopla con cuidado para quitar la pátina de polvo que cubre los documentos más antiguos. Parece divertirle la inutilidad de la ceremonia. Cuando se ha convencido de que la querencia por su legado es pura nostalgia, acomete la revisión de los nuevos papeles y recortes.

Una de esas noches, sentado a la mesa de la cocina, su exclamación coge por sorpresa a Esterina y a Rena, que faenan en el fregadero.

—¡Somos españoles! —exclama.

Lo dice mientras lee muy concentrado un artículo que ha arrancado de uno de los cinco ejemplares del *ABC* que Molho recibe con cinco días de retraso en su librería de la calle Tsimiski y que su amigo Moisés Covo, también suscrito al *ABC* y a otros periódicos de Venecia y Londres, le había recomendado: «Tenías razón; algo está cambiando en España respecto a nosotros», le dijo Moisés Covo entonces.

A Isaac le agrada que sus amigos empiecen a tener confianza en el país del que son oriundos.

—¿De veras crees que somos españoles? —pregunta su mujer, sin dar demasiada importancia a lo que parece ser todo un descubrimiento.

—Lo dice aquí, Esterina —responde Carasso a su mujer, mostrando el recorte de un artículo, firmado por un tal Augusto Alcántara.

—¿Estás seguro?

—El periodista anuncia importantes cambios para los sefardíes. Pronto llegará el día en que quienes nos veamos obligados a abandonar esta ciudad lo haremos como súbditos del rey de España.

—¿Eso es todo?

—Hay que estar preparados para cuando llegue ese día, por si las cosas empeoran, que van a empeorar.

Esther coloca los platos sobre la escurridera; gira la cabeza, su marido ha encorvado el torso sobre los papeles extendidos en la mesa, y su cabeza se habría derrumbado sobre ellos a no ser por las manos que la sostienen, tensos los músculos, hasta se le adivinan las venas. Apenas puede ver su rostro, pero sabe que tiene los ojos cerrados.

—Siempre supe que éramos españoles —dice en voz baja. Luego repite, inaudible—: Siempre.

Danón juega en la calle con su primo Mario Botton. De súbito, alguien llama a la puerta. Anochece. El *cavas* Caramfil se asoma desde la ventana del salón y hace un gesto insípido. No sabe quién es, no lo conoce. Isaac se levanta y echa un vistazo por la mirilla de la puerta: es su amigo Anastasios Chrisaphis. Su banquero, el hombre de confianza que defiende sus intereses económicos. Se lo recomendó su padre. Tiene plena confianza en él. Chrisaphis es de origen griego. Ortodoxo. De abuelos sefardíes. Dirige la sucursal del Banco de Atenas en Salónica. Es mayor que Isaac Carasso. Mucho más corpulento, su aspecto es el de un luchador de grecorromana. La sempiterna pajarita azul que luce en el cuello de la camisa lo identifica como un hombre serio y respetuoso. Sus ojos tintinean nada más cruzar la puerta. Chrisaphis es portador de una información insólita.

Sentado a la mesa de la cocina, aguarda a que Esterina le sirva un café con mucha espuma, como los que prepara Rena. Enciende un cigarro egipcio y se echa la mano al bolsillo de su gabán para extraer papeles sueltos que acaba de arrancar de una libreta con anillas. En ese momento entra Danón, sudoroso, hambriento. Su madre le sirve un buen trozo de pan con arrope de calabaza y le dice que vaya a comérselo al desván, o a su dormitorio, o a la terraza, «pero abrígate», que su padre, «¿no lo ves con este señor?», está ocupado. Pero Isaac Carasso le hace un gesto para que el niño se siente junto a él. Le apetece que escuche. Se está haciendo mayor. Su decisión parece hacer feliz al banquero, que remueve su culo gordo en la pequeña silla. Nerviosamente, maneja los papeles en las manos como si fueran los finos que usa para liar cigarros.

Es la primera vez en su vida que Danón asiste a una reunión de su padre con un amigo. «Es una reunión de verdad». Las otras en las que ha metido las narices no han sido reales del todo, con la distancia de la escalera y de la oscuridad por en medio. Le resulta gracioso. «Un momento importante». ¿Por qué se lo ha permitido su padre? Guarda en todo momento la compostura. Mordisco va, mordisco viene al bocadillo. Su madre le ha colgado una servilleta en el cuello. Inmóvil, mirando a uno y a otro, a ver quién se decide a hablar primero. Entonces, el amigo que apenas puede sentarse en la silla se lleva el cigarro a la boca, inspira profundamente y suelta una gran bocanada de humo que envuelve el espacio sobre la mesa en el que suelen bordonear las moscas. Y envueltas en la densa humareda, se escuchan las primeras palabras:

—Un tal Carasso aparece en el primer lugar de una lista de sefardíes de Salónica, protegidos, que elaboró la embajada española hace más de medio siglo. —Y a renglón seguido, leyendo uno de los papelitos arrugados con trenzas en los bordes—: Él se llama José Carasso

Balafia. Se inscribió como protegido en marzo de 1856. Seguro que es pariente tuyo. ¿Un primo de tu abuelo, quizá?

Isaac no reacciona. La última pregunta le obliga a remontar el vuelo sobre «el árbol de mi vida» oculto en el bosque de su laberíntica búsqueda. ¿Balafia? ¿Recuerda algún pariente lejano con ese nombre? Quizá su bisabuela materna…

Chrisaphis habla mirando fijamente a su *cliente* y amigo. Por el ímpetu que acaba de emplear y la cantidad de humo liberada desde su caja torácica, da la impresión de que ha dicho todo lo que tenía que decir, pero no es así. Inspira y espira varias veces, como dispuesto a filtrar todo el aire de la cocina por sus pulmones. Al cabo, remueve entre los dedos los papeles que no ha soltado en ningún momento. Empieza a hablar a trompicones. En ningún momento deja a su amigo que lo interrumpa. Se lo ha dicho con un gesto de la mano, que levanta sin dejar de apoyarla en la madera. La historia… Se detiene. Hace unos días recibió en la oficina bancaria un cable de la embajada española en Constantinopla.

—Están revisando documentos, abriendo muebles, localizando archivos olvidados —concluye Chrisaphis después de una pausa.

El gobierno de España está interesado en averiguar si existe alguna relación de protegidos en sus cancillerías de los Balcanes. De sefardíes que se hayan inscrito como tales. De sefardíes dispuestos a adquirir la nacionalidad española.

Isaac Carasso ha oído hablar de *los protegidos* y asiente con la cabeza.

—La historia es vieja —dice el pesado del banquero.

—¡Oh, no! —reacciona Isaac—. Al grano, querido amigo.

España fue uno de los primeros países en firmar el Régimen de Capitulaciones con la Sublime Puerta. Ello le permite inestimables ventajas para velar por los intereses de los ciudadanos de nacionalidad española, o que se tengan como españoles, residentes en el Imperio otomano.

Isaac se impacienta.

El banquero le cae bien. Por nada del mundo le pediría explicaciones sobre asuntos que no fueran dinerarios.

Lo cierto es que, removiendo de aquí y de allá, apareció una libreta, similar a la que se usa en las escuelas, en cuya tapa estaba adherida una pegatina blanca y, sobre esta, el siguiente texto: «Primera relación de judíos sefardíes residentes en Salónica, Macedonia, Imperio otomano».

Alrededor de cien personas se acogieron hace tiempo a las ventajas que les proporciona ese *estatus*: solicitar la nacionalidad española y ser considerados como tales por las autoridades diplomáticas

—¡Cien personas!

—El primer nombre que aparece en esa lista es el del tal José Carasso, amigo mío.

Chrisaphis no tiene más información, tampoco sobre si los cien de la lista consiguieron, definitivamente, el estatus jurídico de españoles. Supone que los trámites se bloquearían por algún motivo que desconoce, «de ahí que apareciera esa lista abandonada en un archivo, cosas de la burocracia, imagino».

Pero de lo que sí está seguro es de que esa lista aclara varios aspectos:

—Primero, pone de manifiesto la voluntad del gobierno de España de proseguir los trámites iniciados hace más de medio siglo; y segundo, que el nombre de Carasso encabezando la relación

de protegidos te allanará las dificultades que puedan aparecer si deseas, como supongo, acogerte a la protección del reino de España. Es decir, si deseas convertirte en súbdito del rey de España… ¡Enhorabuena!

Danón está a punto de aplaudir cuando cree que el amigo de su padre ha terminado, esto es, cuando vuelve a dar una honda calada a su cigarro. Pero en esta ocasión no pronuncia palabra después de soltar el humo. Su padre se ha quedado tieso como una momia, lo que parece agradar sobremanera al hombre gordo: para él ha sido un honor transmitir una información tan relevante.

Ninguno de los dos hombres sabe lo que decir. Finalmente, es Isaac Carasso quien se atreve a romper el silencio con una de las solemnidades a las que tiene tan acostumbrado a su hijo, y, por su reacción, también al banquero:

—El destino sobrevive a los hombres.

Chrisaphis se lo piensa dos veces antes de responder:

—Es un viento, viejo y caprichoso, que va y viene sin que nadie pueda darle alcance, pero siempre regresa al punto de partida.

Unos días después, los diarios locales difunden la noticia de que el gobierno español había decidido nombrar a un cónsul de carrera para defender los intereses de cien mil *compatriotas* residentes en una zona «políticamente tan inestable como el sur de Macedonia». El nombre de Antonio Suqué se cita varias veces entre líneas.

No se hará oficial su nombramiento hasta unas semanas antes de que el diplomático se instale en la nueva sede consular cuyo emplazamiento se desconoce. Suqué alineará el pabellón de su país junto a los de las naciones más influyentes de Europa. Unas más que otras, todas se disponen a pescar en el revuelto río político del imperio. En el caso de España, las intenciones son muy distintas: tender una mano a «los españoles sin patria». Así los ha bautizado un senador vitalicio al que algunos periódicos locales llaman el Ángel de España.

El río de la política mantiene, sin embargo, el mismo hedor nauseabundo que el Vardar en el sumidero de su desembocadura en Salónica, que sigue siendo la capital de todas las intrigas: un criadero de mosquitos que se aparean en el aire y en el verdín del agua estancada. La ciudad será por aquellos días declarada zona de alto riesgo palúdico. En casa de los Carasso seguirán encendiéndose pequeñas piletas con azufre; se calafatean paredes y resquicios; se emplean insecticidas contra chinches. Una guerra sin cuartel, ya declarada, contra un enemigo tan activo como invisible. Mas, por las noches, cuando sale al jardín, Isaac Carasso creerá ver por primera vez la luz de una luciérnaga que no se apaga.

20

Jamás en la historia de Salónica había tenido lugar una fiesta como la que reunió a diez mil sefardíes el 6 de junio de 1909, en el parque Beschinar. Cinco robles. Gigantescos. Plantados en distintos lugares de la plaza. Invisibles. Son leyenda. Daniel Carasso pregunta a su padre, que lo coge de la mano: ¿dónde están los robles, padre? Hubo un tiempo en que se plantaron. Un incendio los devoró. En la escuela de la Alianza, que acaba de ser bautizada con el nombre de «Allatini», en memoria de Moisés Allatini, el banquero asociado a la vienesa Banca Lander, había escuchado historias sobre aquel incendio.

La gente ha llegado a Beschinar en tranvías atestados con jóvenes en los estribos que saltan, antes de detenerse, sobre el polvo reseco de la plaza. Y en carretas tiradas por caballos negros y pardos, viejos, huesudos, cansados de tanto subir y bajar por la calle Sabri Pashá, con los toldillos de sus comercios plegados. Es un día de fiesta. Todos los hombres cubren sus coronillas con la kipá, que sujetan con la mano derecha cuando se bajan del tranvía en marcha. Algunos con sombrero sobre la kipá, cuya artesanal elaboración se distingue por el ornamento de los fruncidos que combinan colores y primorosos puntos de aguja. Hay quien cubre la kipá con un fez. El fez que usan los sefardíes es algo más estilizado que el de los turcos. También llegan en tartanas, con una banderita turca en el puesto del conductor, que no deja de fustigar con el látigo el lomo de las mulas, ni siquiera cuando se detienen a mear. Recién estrenados, los tranvías relucen en el atardecer. Son el símbolo del progreso de Salónica. Acaban de reemplazar a los viejos tranvías tirados por caballos. Pronto la plaza parece agobiarse por el bullicio de tanta gente que aguarda no se sabe muy bien qué. En una esquina se ha levantado una especie de tarima con escalera lateral para acceder a ella y una mesa en el centro cubierta por completo con una bandera turca, la media luna centrada, y un megáfono sobre la superficie plana en la que sobresalen, por detrás, los respaldos de dos sillas.

—¿Hablará alguien, padre? —pregunta Daniel.

—Es posible, hijo, esperemos.

La brisa sacude el faldón de la mesa y descoloca la media luna de la bandera. En la otra esquina del entarimado, un hombre vestido de negro —corbata, camisa blanca de cuello duro, bombín— toca la pianola: melodías que suenan distorsionadas por el esfuerzo del anónimo adaptador. Cuando termina una pieza, algunos espectadores aplauden distraídamente, pero el intérprete no levanta la cabeza y comienza sin apenas descanso otra melodía que recuerda a una sonata de Beethoven, o de Schubert. *Allegro moderato andante*, lee Moisés Covo en un folleto de mano olvidado en una mesa a la que se sienta con sus amigos. Se acerca un camarero con delantal blanco: «Tres limonadas», dice Covo. Y el camarero desaparece. La fiesta es en honor

de la *entronización* del nuevo sultán —«por traer la alegría y el reposo a toda Turquía»—, pero también para conmemorar el primer aniversario de la revolución de los Jóvenes Turcos. Ha sido organizada por el Consejo Comunal como un servicio especial sinagogal del Talmud Torá. Se espera la llegada de los rabinos y que alguno haga uso de la palabra. Suponen los asistentes —también lo piensa Isaac Carasso y se lo dice a su amigo Covo— que alguien tendrá que explicar que la recaudación será destinada a atender las necesidades de la comunidad, mayoritariamente con fines educativos, escuelas comunales, sobre todo. Y confía en que comparezca la viuda del doctor Parera, fallecido a finales del pasado siglo, impulsor del hospital Hirsch, para cuya construcción la baronesa Clara de Hirsch había hecho una donación de doscientos mil francos de oro. Motivos suficientes para que los asistentes a la fiesta abonen de buena gana media lira turca que cuesta la entrada y que se paga en una taquilla improvisada, de ahí las vallas que cierran el perímetro del parque.

De un momento a otro, se espera la llegada de Abraham Benarroya. Algunos de los jóvenes rebeldes panturquistas se han conjurado para abuchearle cuando haga su entrada. Quizá por ello se hace tanto de rogar, cree Isaac, que vuelve a inclinar la cabeza para decir algo al oído de su amigo. Y también se aguarda a Emanuel Karasu, a quien se ha previsto dedicar unos versos enalteciendo su figura de héroe, como lo considera un amplio sector de la población, elaborados por un poeta adscrito a su movimiento político. Y al doctor Mizrahí, flamante director del nuevo hospital, costeado por la familia Hirsch. Se rumorea que una epidemia de diarrea lo retiene en el centro. Decenas de niños están recibiendo tratamiento. Es extraño que los periódicos no hayan difundido ninguna información al respecto.

Mientras llegan, se juega a la lotería: se ha levantado un puesto con ruletas que un hombre vestido con sombrero tirolés y chaqueta a rayas hace girar y, cuando se detiene la bola, vocea un número, y el jubiloso agraciado se acerca al puesto exhibiendo en alto el papel con el número y recibe el objeto que acaba de ganar: una pelota, unas gafas de sol, una peineta. También hay hombres, vestidos igual que el crupier, que atenazan con sus manos enjambres de globos de distintos colores y tamaños que reparten entre los niños que, tímidamente, se acercan y luego toman carrerilla y se pierden entre la multitud en dirección a las mesas donde se encuentran sus padres. En ocasiones, los coloristas portadores liberan a la vez decenas de globos, que se elevan hacia el cielo y luego el viento los impulsa hacia el mar. Sopla una ligera brisa del norte que refresca el ambiente, lo que es raro en vísperas de la llegada del verano. Algunas mujeres bailan al son de viejas cantigas judeoespañolas de origen ancestral que corean grupos de hombres sentados a sus mesas —vacíos los vasos de limonada— en pequeños espacios abiertos por la multitud, que parece complacida por todo cuanto ocurre, de ahí que, cuando alguien expresa su deseo de bailar, enseguida se le hace espacio, y hasta se pasa por alto que un señor, que parece, por su barba frondosa, ortodoxo griego, se pasee agarrando del brazo a una mujer mucho más joven que él y que, en vez de toquilla de color negro, con la que se cubren la espalda la mayoría de las mujeres sefardíes, luce sobre los hombros un mantón de Manila con flores chillonas y flecos negros rizados que suenan extrañamente al ser batidos por la brisa. A veces, la mujer se descara ante algún nombre que se sujeta la kipá y observa su paso con aire de reproche, aunque hay quien no puede evitar en su rostro una chispa de admiración, con un fondo de deseo en el brillo de sus ojos, en los labios entreabiertos, dejando en suspensión el cigarrillo, y en cierta inercia corporal en dirección al cuello de la *madama*. Sobre todo en las mujeres, la forma de

vestir trasluce las diferencias sociales entre las más elegantes y otras más austeras o conservadoras, de manera que, según los casos, parece que pertenecen a siglos diferentes. Las más elegantes lucen faldas largas ceñidas, pequeños sombreros con una flor encajada en el frontal y zapatos de tacón bajo con hebillas plateadas. Las más modestas recogen sus moños en pañuelos negros, rematados por desmesurados lazos, y se cubren todo el cuerpo, desde el cuello hasta las rodillas, con camisas abombadas, generalmente blancas, y faldas muy anchas, tanto que hasta impiden saber si se trata de mujeres gordas o delgadas.

Todo vuelve a la normalidad cuando, desde el punto de acceso al parque, se levanta un rumor de voces, que corre en todas direcciones, y al instante los diez mil congregados saben que acaba de llegar Emanuel Karasu, a quien los más jóvenes aplauden con entusiasmo, no así los que no alcanzan la treintena. El diputado Karasu levanta la mano y saluda, avanza lentamente por un pasillo que le abren los congregados y se detiene junto a la mesa donde se sientan Isaac Carasso con su hijo y Moisés Covo y, después de saludar a su sobrino, acaricia la cabeza de Daniel, que se quita la kipá, y el líder se acuclilla ante él y le da un beso. Y unos segundos después, nada más sentarse Karasu a una mesa muy cerca de la escalera que sube al estrado, aparece por el mismo lugar de las taquillas Abraham Benarroya, del que se dice, porque así lo propaga el rumor que impregna la brisa del norte, que ha venido montado a caballo, en solitario, cubriendo su cabeza con un sombrero de ala ancha que, a su vez, le cubre la kipá. Ahora arrecian las protestas de los jóvenes, a las que se suman las de algunos griegos que se arrancan desde sus mesas con cierta estridencia porque les desagrada que la fiesta la hayan organizado los judíos, a los que reprochan tanta sumisión al sultán de Turquía. Los griegos de Salónica albergan la esperanza de que pronto les llegará la oportunidad de conquistar algo que creen les pertenece, y algo se tendrá que hacer con los sefardíes, piensa la mayoría. Mientras tanto, y puesto que la oportunidad no se presenta, transigen y fían sus críticas al talento de algunos columnistas de los periódicos locales, Faros y Alitias, que insisten a diario en sus sueños de la Gran Grecia con más virulencia que nunca desde la revolución de los Jóvenes Turcos.

Sin embargo, los vehementes críticos griegos ven con buenos ojos a Abraham Benarroya, de ahí que cuando este se abre paso para ocupar la mesa que se le ha asignado, en la que aguardan varios militantes de su sindicato, guarden un silencio respetuoso. Son los primeros en sumarse a las palmas y a los vítores del gentío cuando, a punto de anochecer, con la luna en cuarto menguante asomándose por detrás de la Villa Mehmet Kapanci, que parece haber saltado del Egeo como un extraño y hermoso pez prehistórico, se enciende la iluminación especial que han contratado los organizadores de la fiesta.

Los rostros se tornasolan de rojo, amarillo y verde, según el color de las bombillas que penden sobre las cabezas. Es el momento en que Abraham Benarroya, antes de sentarse, se desprende del sombrero y saluda con el brazo en alto. Las luces descubren cuán largas son sus melenas que cuelgan a ambos lados de las orejas hasta rozar sus hombros. «Ese señor será tu nuevo maestro, Danón», dice Isaac Carasso, aplaudiendo.

La abuela Estrella

El amor a Dios y a su tierra de origen son las primeras señales luminosas que adivina en los ojos de sus padres. «Si eres fiel a tus padres, serás fiel a tu fe». La primera palabra que escuchan sus oídos la pronunció su abuela Estrella en ladino, en una de sus visitas a la casa de sus padres por el sabbat, unos meses después de nacer: *«Ermoza kreatura»*. Su abuela hablaba siempre en ladino. De sus labios salían historias espeluznantes sobre los incendios que devastaron Salónica el siglo anterior. Estrella. Su cofia sefardí. Huele a jabón. A naranja. Es silenciosa como un árbol. A ella le escuchó la historia del olivo que plantó su bisabuelo en el jardín de su casa en la calle Ancha. A ella le gustaba dar una vuelta al olivo. Luego permanecía un rato inmóvil en el centro del jardín. Su sonriente rostro irradiaba una luz misteriosa. Como esas estatuas que se alzan en un gran parque iluminadas por un reflector. Era el centro del mundo. Ejercía un benévolo poder sobre los demás. La recuerda como una sombra que arrastra sus pies por el pasillo y entreabre la puerta de su dormitorio, en la casa de la calle Ancha. Danón cierra los ojos. Sabe que es observado. Luego ella se aleja sin hacer ruido y a él le llega la paz del sueño. Su abuela, que descansa junto a su padre en un cementerio devastado…

21

El doctor Mizrahí aguarda impaciente la presencia de Isaac Carasso mientras tamborilea con sus uñas sonrosadas la superficie de la revista *Annales de l'Institut Pasteur*. Le ha hecho llamar por un asunto que le preocupa sobremanera: una *epidemia* de disentería en toda regla, aunque evita el uso del término entre sus colaboradores médicos para evitar alarmas. La noticia no ha trascendido a los periódicos.

El hospital Clara Hirsch, del que es director, ocupa un hermoso edificio de corte modernista con siete puertas acristaladas en la entrada y una escalera de acceso en forma de abanico. Desde su despacho divisa una panorámica de Salónica a través de la ventana situada a la derecha, hacia poniente: los primeros bloques de viviendas del barrio del barón Hirsch, construido para albergar a las víctimas del devastador incendio de 1890. Muy cerca, la estación de ferrocarril, construida unos años antes. Mizrahí estira el cuello en un movimiento instintivo, inevitable: desde que ocupa el despacho, se ha empeñado en más de una ociosa ocasión en contar los bloques de viviendas del barrio, como quien cuenta ovejitas antes de dormir. A lo más que ha llegado ha sido a contar ochenta y siete, pero él sabe que se erigieron ciento setenta y tres nuevos edificios.

Cuánto ha cambiado la ciudad en los últimos años, se dice en sus adentros. Acaba de empezar 1910. Enero parece haber ocultado el frío entre las mantas de un desván.

Intenta precisar la última vez que conversó con su amigo sefardí. Recuerda sus ojos tan negros, tan expresivos. Su traje negro. Su impoluta camisa blanca, el chato sombrero sobre la kipá de lana. Sus manos azarosas, moviéndose en el aire en permanente agitación. Fue hace cinco años, días antes de que iniciara su viaje a Bulgaria. ¿El último? Aquello era una locura, pensó entonces. No acertaba a entender muy bien la materia gris de la que estaba hecho aquel hombre quijotescamente flaco, si estaba realmente interesado por la ciencia o si era un diletante. Un diletante genial, en todo caso. O un diletante ingenuo. Ahora se avergüenza de sus dudas. Dios lo ha dotado de la curiosidad insaciable de los investigadores. No es médico, pero a fe suya que lo parece. No le extraña que muchos crean que lo es. ¿Acaso Louis Pasteur no era también un soñador? ¿Un romántico, un poeta parnasiano de la ciencia? Sí, alguien cree que Carasso es médico, como le ocurriera al bueno de Isaac Ángel, a quien le bastaba la apariencia y el buen arte, innato en él, de curar, y quizá de embaucar, para que pasara por ser uno de los mejores galenos de Salónica en su tiempo. Mizrahí tiene a Isaac Carasso por un hombre justo, de posición acomodada, probablemente a causa de la herencia familiar. Bien relacionado con Moritz Hirsch —por la mediación de su padre, imagina—, lo que equivalía a presuponer cierta proximidad al poderoso círculo de los Rothschild. En el hospital había colgado, no recuerda el lugar, un cuadro del barón Ferdinand de Rothschild, sentado en un diván en elegante pose y tocado por un

sombrero de copa. Se lo mostrará cuando venga. Mizrahí siente curiosidad por saber más sobre esa relación de tan ilustres personajes con Isaac Carasso.

Habría querido hablar con él tan pronto como aparecieron los primeros casos de disentería en la ciudad, pero nunca lo encontró en su casa. Los casos de diarrea en niños se habían disparado de forma alarmante en las últimas semanas. Los primeros análisis elaborados en el laboratorio del hospital respaldaban el diagnóstico inicial de casos de disentería por *Shigella*, causada por bacilos. ¿Y si el *bulgaricus* puede contrarrestar la agresividad de la infección? Nadie mejor que su amigo para responder esa pregunta. Por su mujer, Esther, supo que, al poco de regresar de Bulgaria, Isaac Carasso había hecho un viaje relámpago a París, donde logró entrevistarse con Ilya Metchnikoff. A Mizrahí le impresiona de tal manera el atrevimiento de su amigo que ha estado contando los días para poder comentar personalmente con él su extraordinaria experiencia. ¡Un salonicense sefardí recibido por el mismísimo Adrien Loir, sobrino del gran Pasteur! ¿Qué le habrá comentado de su tío? ¿Era tan adusto como se decía, tan obsesionado por la austeridad, tan enfermizamente meticuloso? ¿Y Adrien Loir, cómo es? Había visto su rostro en alguna revista. Le parecía un joven elegante y apuesto. Pelo engominado. Lo recuerda. «Mira a los demás con esa ingenua superioridad con la que los franceses tratan por lo general a quienes no son franceses», se había dicho de él. ¡No, su tío no era así! O tal vez lo fuera mucho más. Le habían comentado que Isaac Carasso asistió, en el Instituto Pasteur, a varias conferencias sobre pasteurización y que había logrado entrevistarse con el microbiólogo *monsieur* Roux, mano derecha del *padre francés de la ciencia* y su *sucesor in pectore*. También que, horas antes de regresar, pudo conversar unos minutos con Ilya Metchnikoff. Lo encontró por casualidad en el patio del instituto. Hablaron en francés. La introducción que le hizo Isaac Carasso consiguió interesar vivamente al sabio de Odessa. Ambos caminaron sobre el reluciente empedrado del patio. Sus cabezas agachadas, concentrados en las palabras que escuchaban uno del otro. Acababa de caer un pequeño chaparrón de primavera. Isaac Carasso le reveló al sabio los pormenores más destacados de su viaje a la región de Tran, de los métodos que aplican los pastores de la zona para fermentar la leche de sus ovejas. Algo ha oído hablar Metchnikoff sobre el asunto. ¡Por supuesto! No le extrañó, en absoluto, que los pastores búlgaros conociesen el secreto para elaborar el más puro *jaurt*. Algunos de sus colaboradores le han hecho llegar estadísticas sorprendentes. Los ancianos más longevos del mundo se localizan en la región de Tran, y con mucha diferencia del resto, incluso de los censados en los países más ricos de Europa y América. El informe de su admirado Stamen Grigorov fue determinante en ese sentido. De ahí su intranquilidad. Mizrahí desea que Isaac le cuente todos esos pormenores de primera mano. Así que Mizrahí relee el artículo de la revista bajo sus dedos, que vuelve a desplegar sobre la mesa. «Algunas notas sobre la leche agria», por Ilya Metchnikoff. Vuelve a evocar el paseo de su amigo y el inmunólogo por el patio del Instituto Pasteur, envueltos en el olor a césped recién cortado y a hortensias. De acuerdo con las líneas básicas de ese artículo, el investigador ruso asegura que el producto fermentado recién descubierto regulariza la función intestinal. «Si esto fuera así, mis enfermos tendrían la oportunidad de atajar sus problemas gástricos», piensa el director del hospital de Salónica. En el artículo en cuestión, el sabio ruso (dicen que es judío; claro que lo es), que dirige en ese momento el Instituto Pasteur, revela su método para producir

leche cuajada partiendo de cultivos puros. Descrema la leche después de hervirla, la enfría y arroja sobre ella una pequeña siembra de cultivos del bacilo búlgaro. «Seguro que se trata del mismo método usado por su amigo Isaac».

Cuando el doctor Mizrahí se abstrae de nuevo releyendo el artículo del sabio ruso, hace escasos meses que ha estrenado cargo y despacho. Se vanagloria de estar al frente de uno de los hospitales más modernos de la región. «Pero aún no se han descubierto remedios eficaces contra la diarrea». En el centro de una de las paredes laterales cuelga un retrato al óleo de Clara. El de Ferdinand de Rothschild está en una sala contigua, cae ahora en la cuenta.

Nuevos palacetes de adineradas familias se levantan por doquier y lucen destellos de la incontenible influencia francesa en la ciudad: la introducción del modernismo, en su expresión *liberty* (italiana) es notable, pero en absoluto comparable con el avasallamiento del *art nouveau*. La muestra de Villa Marpurgo, en la zona de Las Campañas, pronto es superada por la exuberancia de la Villa Fernández, autoproclamada Casa Blanca de Salónica, rodeada de frondosos jardines con árboles traídos desde Líbano y España. Lugar idílico especialmente diseñado para romances apasionados. (Falta muy poco para que la hermosa Aline Fernández se enamore de un apuesto oficial del ejército italiano. Una historia cándida y trágica. De momento, es Aline la que sueña encaramada a una de las torres del palacete. Ya llegará su amante. Y, con él, la guerra).

Al norte, sobre una colina blanca desde la que se domina el Egeo, se distinguen los ornamentos neogóticos y neoárabes de la villa blanca del *domné* Ahmet Kapanci. Aunque el más claro ejemplo de mole urbana desorbitada es la Cité Saoul, en la calle Ancha, muy cerca de la mansión de los Carasso, que posee uno de los jardines privados mejor cuidados de la ciudad, con ejemplares únicos de alcornoques. Está cercado por una valla que engullen enrevesadas buganvillas rojas y amarillas, a tono con una pequeña y descolorida bandera española que pende a toda hora del mástil de uno de los balcones de la casona y que el propietario cambia por otra de mayores proporciones, lavada y planchada, en la fecha onomástica del rey de España, Alfonso XIII, y en el 12 de octubre. «Curioso personaje», se dice Mizrahí. Se mira el reloj. Tocan a la puerta. Él mismo la abre.

A Isaac Carasso le crece una hirsuta barba blanca que lo hace mayor de lo que es, y su mirada se ha vuelto azulada, con un fondo de tristeza. Se disculpa por el retraso. Se sienta en uno de los confidentes. El torso recto. No se sabe quién impone más respeto a quién. Si Mizrahí, por su prestigio como médico educado en Montpellier, o si Isaac Carasso, investido por la modestia de su singular aventura en los más recónditos valles búlgaros. El médico pregunta al sefardí sobre su viaje a París. Efectivamente, explica Carasso, ha conversado largo y tendido con el Premio Nobel de Medicina. Ilya Metchnikoff es un hombre amable, de perspicaz inteligencia, aunque de feroz expresión. Y muy apenado por la marcha de Grigorov. No entendía del todo los motivos por los que un científico de tan esplendoroso futuro como el descubridor del bacilo búlgaro había decidido abandonar el instituto, le dijo el ruso.

—No es la primera vez que estuve en el Instituto Pasteur —le confiesa Isaac, sin darle importancia al hecho—. Mi padre me acompañó hace tiempo a París. Fue un viaje inolvidable. Yo era muy joven y quería ser científico.

Carasso ha estado todo el tiempo hablando sin pausa, sin mover un solo músculo del rostro. Tras lo que parece un simple preámbulo, que le ha parecido corto, el doctor Mizrahí le tiende la mano por encima del tablero de la mesa para felicitarlo. Y entonces, cuando lo mira y comprueba que está cómodo, el director del Clara Hirsch aguarda expectante a que Isaac Carasso abra un pequeño maletín, parecido al que portan los médicos generalistas, del que extrae dos envases de cristal con cierres de gancho metálicos.

—Le he hecho llamar por un asunto que me preocupa, amigo Carasso.

—Lo sé —responde el sefardí con la seguridad de quien sabe adivinar el futuro.

—Creí que era un secreto.

—No lo es, doctor. Mi hijo Daniel también tiene diarrea. —Isaac, sin dejar de observar los dos frascos que ha dejado sobre la mesa, desgrana al doctor los remedios que ha aplicado en casa para cortar la enfermedad de su hijo—: Tardó varios días en desaparecer, pero funcionó.

Su explicación científica correspondería hacerla a Metchnikoff, pero lo que realmente interesa en estos casos es el método práctico que aprendió de sus amigos de Tran, que todos los días lo ejercitaban en el manejo del vertido del gel del bacilo búlgaro sobre un rudimentario colador antes de diluirlo en leche hervida. Es ese gel, «cepa de cultivo si lo prefiere», el que transforma la leche en el *jaurt* más puro. La dilución se lleva a cabo con suma lentitud, vertiendo la leche sobre el viscoso gel instalado en el colador y dejando caer la mezcla líquida sobre un vaso. ¡No hay más milagro!

—Los he traído para que se empleen en la curación de los niños del hospital.

—Le estoy muy agradecido, amigo mío.

—Sus propiedades son extraordinarias —dice Isaac Carasso—. Destruye patógenos nocivos, pero, sobre todo, aumenta las respuestas inmunitarias del estómago. Es el organismo quien se cura a sí mismo luchando contra sus invasores enemigos con sus propios medios. El bacilo búlgaro despierta esas reservas hibernadas, las moviliza, como un ejército que reacciona en el campo de batalla ante la arenga de su rey.

Da la impresión de que Isaac Carasso ha utilizado el símil por la guerra que se avecina, que él cree que se avecina, de ahí que no pueda evitar el pavor que le produce pensar en ello, y a punto está de expresar el pensamiento que le ronda desde hace unos días por la cabeza: «Lo que nunca podré explicarme es por qué hay bacilos búlgaros que alargan la vida del hombre y otros que amenazan con arruinarla». No se atreve.

—¿Quiere que le haga una demostración? —dice, tras un breve silencio.

—¿Dónde, aquí?

—Aguarde —pide Isaac Carasso.

El sefardí abre su maletín de médico generalista y saca un pequeño colador de filtro de tela, probablemente el que usa Esterina en la cocina, que deja sobre la mesa.

Uno de los envases a la vista contiene medio litro de gel, del que pueden obtenerse casi veinte litros de leche. El otro, la cepa de cultivo. A la vista de los botellines, Carasso se pregunta si habrá suficiente para atender los casos de diarrea en el hospital, pero asegura que podrá fabricar más si fuera necesario. Hace pocos días compró a un carnicero de Salónica una piel de

oveja recién sacrificada con restos de fluidos intestinales. En sus paredes interiores se agita el invisible bastoncillo del bacilo búlgaro…

Jinete al galope

Cree que una lágrima se cuelga por su garganta y siente que, al caer, alguien sigue exprimiendo el último limón de su vida. Paladea esa gota como si de verdad lo fuera, y le reconforta hacerlo.

—¿Ha venido mi hija? —pregunta Daniel Carasso, a la espera de escuchar la voz de Jacqueline, o de María.

Él cierra los ojos y aguarda la respuesta.

—Llegará en cualquier momento, don Daniel.

Es la voz de Jacqueline.

Sobre la sábana se desliza la mano de la enfermera. El cálido roce de sus dedos. De sus uñas, recién recortadas. Le toma el pulso. Se paraliza. Se esfuerza por oír los latidos de su corazón, sin lograrlo. Pero sí es capaz de escuchar los de la mujer, ardientemente juveniles, y se imagina por un instante que en el interior de Jacqueline hay un reloj de pared con vigorosas saetas que marcan el tiempo de la vida, también de la suya.

—Acérqueme *El jinete al galope*, Jacqueline.

—No le comprendo, señor —responde la mujer, confundida.

Él cierra los ojos e imagina la cara de extrañeza de la mujer. Le cuesta admitir el capricho del enfermo que le suplica:

—Por favor.

Al cabo, Jacqueline regresa con la estatuilla, que no sabe dónde abandonarla, si junto a las manos del anciano o sobre la sábana, sujetándola para que no se caiga.

—Con cuidado, don Daniel.

—Sí.

—Tengo entendido que su valor es incalculable.

—No me importa el valor. Solo el tiempo transcurrido desde que la moldearon, la hornearon y la cubrieron de esmalte. ¿Ha oído hablar usted de la dinastía Tang?

—No, señor.

—La edad dorada del arte.

—Entonces, ¿el jarrón de porcelana que tanto le gusta? —pregunta la mujer, que desea curiosear en la mente del anciano, tan lúcida aún, le parece. Tan perfecta, en su exangüe cuerpo.

—También…

—Es preciosa.

—Tang… —contesta él, desvaídamente—. Dinastías de la belleza. —Y se deja acariciar por la mano de la mujer mientras repasa con las yemas de sus dedos la cabeza de aquel jinete al

galope—. ¿Usted cree en la eternidad? ¿Y si Dios fuera el hornero que atiza el fuego y controla su intensidad para moldear en el horno estas hermosas obras de arte… y la vida?

La mujer piensa un rato antes de responder. Cuando se decide, el hombre se ha quedado dormido.

22

Por aquellos días se anuncia la aparición del cometa Halley. Finales de mayo de 1910. Una enmudecida multitud mira al cielo rebosante de estrellas. Todos los periódicos de Salónica se han hecho eco del anuncio de los poetas y del astrónomo Mordoj, de quien se dice que posee artes premonitorias. Mordoj es discípulo de un astrofísico de Constantinopla de nombre Orthuz, profesor en la escuela de cosmología dependiente del sultanato. La portada de *El Burlón* refleja con mordacidad la llegada del astro, «que no presagia buenas intenciones del cielo, échense a temblar», escribe el articulista que se oculta bajo el seudónimo de Melquíades. ¿Es el tal Melquíades sefardí?, se pregunta alguien que ha mostrado la página del periódico a quienes lo acompañan. «Para mí que sí», responde quien está junto a él.

Para colmo, un informe científico fechado en Londres y difundido por rotativos franceses señala que el cometa derrama a su paso un gas tóxico al que llaman cianógeno, que causa irritación en los ojos y vómitos. ¡Y hasta puede provocar la muerte! Por eso el coma de Halley, su larga cabellera, brilla en color verdoso. Cinco años después, los cianógenos se emplearán en el frente de trincheras durante la batalla del Somme, en la Gran Guerra, que es la que se prepara en las alcantarillas balcánicas y sobre lo que hablan desde hace varias horas en la terraza del hotel Splendid, el más lujoso de Salónica, dos jóvenes conspiradores, el Lobo Jabotinsky y Aleksandr Parvus. Bien afeitados, parece que han pasado por las manos del más famoso de los peluqueros de Salónica, Rafael Barough, que tiene su establecimiento en los bajos del hotel.

Tal vez aún no sean conspiradores, pero lo parecen. Están sentados alrededor de una pequeña mesa redonda con tablero de mármol blanco y sustentada sobre patas de hierro forjado, en un velador aislado. Parecen dos gigantescos cangrejos dormidos en el fondo de una pecera y relamiendo sus articuladas pinzas rebosantes de restos de una presa, en este caso unas alcachofas rellenas de carne picada y rebozadas con bechamel de yogur, especialidad del restaurante del hotel, cuyo director, Andros Pleyaitis, solo tiene ojos para ellos. Han estado aguardando largo rato a un tercer comensal, el diputado Emanuel Karasu, quien ha preferido a última hora acompañar a su sobrino Isaac Carasso al palacio Kapanci para ver desde allí la aparición del cometa. A Jabotinsky y a Parvus les ha sentado mal el desaire del efendi Karassu, a quien empiezan a considerar «un peligroso populista que delira y al que hay que anular cuanto antes

porque puede echarlo todo a perder». Y eso a pesar del negocio que Parvus comparte con el efendi para importar cereales de Ucrania.

Ambos acaban de llegar de viaje. Parvus, de Constantinopla. Jabotinsky, de Jerusalén. El ubicuo fantasma de la historia que merodea a esas horas por las calles de Salónica ha advertido algunas señales de alerta en la conversación de los dos conspiradores. La olla de los Balcanes está hirviendo, como ellos preveían, y cada uno quiere sacar tajada de la situación. Jabotinsky juega con la ventaja de que es judío, se mantiene en la sombra, agazapado a la espera de acontecimientos. Se ha juramentado ante la internacional sionista para emprender el gran sueño de construir en Palestina el gran estado de Israel. Cualquier conflicto social, o armado, o político, le interesa en la medida en que puede ser instrumentalizado al servicio del proyecto en marcha. Su sobrenombre de Lobo lo define como el inteligente depredador que aguarda en la noche de la historia la llegada de un nuevo día, vigilante. ¿Y si esa tierra prometida es Salónica? En algunos círculos políticos se empieza a rumiar esa idea. Dicen que la idea nació en una reunión de diplomáticos en el consulado de Austria.

La amistad entre ambos personajes es interesada. Aleksandr Parvus ha apuntalado en Constantinopla una gran empresa dedicada al tráfico de armas. Alemania es su principal proveedor. Las vende a todas las naciones balcánicas que se afilan las uñas y se liman los dientes. De paso, los desorbitados beneficios los podrá destinar a sus sueños revolucionarios, que hasta hace poco tiempo se identificaban con los de los bolcheviques. A pesar de todo, el mismo fantasma de la historia que los observa sabe que la estrategia de Parvus no funcionará, y que, finalmente, será descubierto el doble rasero en el que juega. Hasta lo tildarán de traidor. Y ello pese a proporcionar veinte millones de marcos en oro para financiar los sueños de Lenin, empezando por costearle el viaje en tren hasta Moscú.

En las plazas de Salónica, ajenos a cuanto se cuece en el velador del Splendid, se forman grupos abigarrados de curiosos; cristianos con musulmanes; musulmanes con judíos. Algunos cristianos griegos, los menos. ¿Las sibilinas intenciones del cielo?, lee un hombre de mediana edad con pinta de rabino que aproxima sus ojos a la portada de un periódico al tiempo que levanta la montura de sus gafas con la intención de acomodar la visión al último resplandor de la tarde. La incredulidad es pareja a la expectación. El silencio de los escépticos, sin embargo, no quiere perderse detalle del despliegue de paz en el espacio, también pregona a su manera que algo importante puede acontecer en cualquier momento.

Daniel Mordoj goza de gran predicamento en los foros de debate de Salónica. Desde su improvisada plataforma, junto a un rocoso saliente de la playa, proclama con estruendosa voz, alzando los brazos, casi a punto de enloquecer, que faltan tres horas para la aparición. Su anuncio ha turbado a la multitud que ha salido de sus casas en busca de espacios abiertos o de casas con torres y azoteas. Los señores de las grandes mansiones permiten el acceso a amigos y conocidos. Pronto las villas Allatini, Modiano y Morpurgo parecen castillos asediados por turbas.

—¿Es verdad que su cola derrama a su paso un gas venenoso?

—¡Cierto! —grita Mordoj—. ¡Pero no temáis! ¡Ese gas del cielo se desintegra cuando la cabeza de luz roza la atmósfera!

—¿Cómo demuestras que no mientes? —vocifera alguien entre el expectante gentío.

—¡Yo tampoco quiero morir! ¡Hace setenta y seis años que esa criatura celeste visitó nuestro planeta! ¡Nada ocurrió!

—¿Estás seguro de que se trata del mismo que esperamos?

—¡Arrancad de vuestros corazones el miedo que os han infundido los poetas!

Más de la mitad de la población de Salónica sale a la calle el 18 de mayo de 1910 para ver la estela de Halley en su último perihelio, el más espectacular —dicen los astrónomos—, la gélida pureza del cielo en el hemisferio norte ha destacado su llameante cola curvada de cincuenta grados.

Muchos creen que ha estallado la guerra (¿cuál de ellas? ¡La guerra!) y no saben qué hacer. Luego enfilan sus pasos hacia la costa o se detienen junto a las fachadas de los palacetes, al cobijo de sus luces interiores. ¿A qué guerra se refieren? Observan el cielo con los cuellos entumecidos. El cometa aparecerá a las doce de la noche. Su estela cruzará de norte a este. Trazará un círculo sobre la bóveda del mar y dará la impresión, a su paso, de que cae sobre la ciudad, cubriéndola, copulando con sus murallas. Su luz brillará durante diez segundos, tal vez veinte. Será un destello trepidante. Lo dice Mordoj.

«Dios muestra sus maravillas». Los poetas porfían: los años que acaban en cero acarrean desgracias. Pocos entienden las razones de las tragedias que viven en su interior. Profetas del apocalipsis. «Dios se vale del cometa para hacer una advertencia a su pueblo». «Qué clase de advertencia», pregunta alguien al visionario astrólogo. «¿Cómo interpretar ante los incrédulos un significado que sobrepasa los límites de la razón? Solo quienes se estremezcan ante su visión podrán creer en el aviso del cielo».

Da la impresión de que todos los pensamientos, aun el más superficial o descabellado, sobre la aparición del cometa están permitidos. Como si los miles de ciudadanos de Salónica que se congregan en plazas y en el malecón junto al mar se hubieran puesto de acuerdo en inventar un nuevo juego, macabro para la mayoría: ¿cuántos suicidios provocará tan infausta aparición? Se asegura que, a las pocas horas de que el cometa alcanzara el primer perihelio el 17 de enero, tres granjeros de Misisipi se colgaron de un andamio, y dos ancianas que pasaban por brujas fueron crucificadas en una plaza de Zaragoza, España. ¿Cuántas familias malvenderán sus propiedades y pondrán tierra de por medio huyendo de la satánica advertencia del cielo? *El Burlón* se hace eco de una noticia relacionada con la aparición de Halley publicada en un periódico de Antofagasta, Chile: «Vea el cometa, abstráigase en su contemplación efímera y conozca la causa de su muerte». Al tiempo que Mordoj se mofa con sarcasmo de tan macabras predicciones, probablemente para calmar a la amedrentada multitud que lo contempla subido a la dominante roca del malecón, hay quien se retira a su casa cubriéndose la cabeza con las manos, abrumado por las temibles consecuencias de aquel juego en el que no quiere participar. La verdad es que algunos tranvías inician el recorrido de vuelta con gente en los estribos.

Mucho más relajado es el ambiente que se respira en el palacio del *domné* Ahmet Kapanci, que parece un gigantesco nido de águilas que cuelga en el saliente de un acantilado batido por el musculoso Egeo. En sus jardines, desde las azoteas rematadas con ornamentos góticos, detenidos en las escaleras exteriores junto a los muros con bajorrelieves de esculturas y filigranas geométricas, los invitados observan el cielo y hablan en voz baja como si temieran sacar de sus casillas al prodigioso astro al que aguardan. Ahmet ha dado instrucciones a sus *cavas* de que entren todas las autoridades de Salónica, banqueros, empresarios, y en general personas que acrediten ser sus amigos o conocidos, sin distinción de credos o razas. Junto a una de las torres en forma de minarete coronado de agujas, Isaac Carasso conversa con su tío Emanuel, vestido

elegantemente: chaqueta cruzada de color pajizo, pañuelo al cuello con nudo de gaviota, fez rojo forrado con tejido de terciopelo y borlas con finales damasquinados.

—¿Tú crees, Emanuel, que esta señal del cielo es, como piensa nuestro pueblo, un mal augurio? —pregunta Isaac.

—La aparición de estrellas fugaces —responde el diputado, con flema inglesa— no suele respaldar evidencias que todos compartimos. Las evidencias las escriben los hombres antes que las estrellas fugaces en el cielo. —Asiente con la cabeza, regodeándose por cuanto acaba de decir, también por el tono que ha empleado, y prosigue—: El Imperio turco se desmorona, indefectiblemente, y Salónica está en peligro. No soy supersticioso. Solo, digamos, pesimista.

—Y sin embargo —dice Isaac—, la gente que ha salido a la calle parece turbada por el acontecimiento que se anuncia. La mayoría cree que la aparición del cometa presagia enfermedades y miseria. Otros, la guerra. ¿Crees que habrá guerra?

—Me gustaría contestarte con la respuesta que tu corazón desea escuchar. Pero he de ser sincero. Mucho me temo que la guerra es inevitable. Todos nuestros vecinos nos odian. Y las grandes potencias europeas se cruzarán de brazos. Les trae sin cuidado cuanto pueda ocurrirnos. Solo las naciones fuertes y poderosas son respetadas. Hemos de recuperar lo que fuimos.

—¿Y la fuerza de tu revolución? La vuestra.

—Acaba de florecer y ya se ha marchitado.

Karasu parece abatido.

Muy cerca, el rabino de Salónica, Jacob Meir, está atento a la conversación. Su presencia se asemeja a la de un mago sobre la bóveda rosada del crepúsculo. Viste una túnica negra con dobladuras plateadas. Un turbante blanco le cubre su cabeza rosada, hinchada de plácida sabiduría. Pero, sobre todo, destaca en él una barba tan blanca que parece de algodón, tan frondosa que parece irreal.

—No seré yo quien niegue la oscuridad que reina en las páginas de los libros sagrados —proclama solemnemente—, pero tampoco quien rechaza la sabiduría de los profetas que las interpretan. Yo no me tomaría a broma lo que dice el profeta Jeremías. Es en la oscuridad donde se encuentra la luz. No nos atormentemos. Todo somos criaturas de Dios. Y el cometa a punto de aparecer, tomémosle como la sublime y celestial sonrisa de quien es dueño y señor de todos nosotros.

—Con todos mis respetos, rabino —contesta Emanuel Karasu—, este país necesita más a los enciclopedistas franceses que a los sabios intérpretes de los libros sagrados. Prefiero creer en Voltaire y en Mazzini más que en Jeremías. Lo siento.

—Ciertamente —tercia Isaac Carasso, conciliador—, estos últimos años transcurridos bajo la influencia de Francia han sido de los más felices para nuestro pueblo. Ahora la impresión es de que soplan nuevos vientos. Las viejas alianzas se corrompen.

—Nuestro pueblo lo presiente —responde Emanuel—. De ahí que aproveche cualquier momento emocional para salir a la calle y manifestar su preocupación. ¿Qué espera ese pueblo, rabino, que aguarda, impaciente, la aparición del cometa?

—Tiene fe en el Señor, efendi.

—Yo tengo miedo. Y detecto miedo en mi pueblo.

—Digamos que intentan conciliar la fe con el destino —vuelve a mediar Isaac—. La esperanza que les mantiene alerta, con el destino que les agobia.

—Nuestro pueblo ha sobrevivido siempre a los mayores infortunios —interviene el rabino con la mirada puesta en la distancia, beatíficamente, contemplando el Egeo, como si hablara desde un púlpito sobre el mar—. Cruzó el Sinaí y superó el infranqueable muro del mar Rojo. Nosotros fuimos expulsados de nuestra patria hace más de cuatro siglos y también hemos sobrevivido. Contemplad, desde la azotea de esta hermosa mansión, la ciudad de Salónica, que ha crecido bajo nuestro impulso y buen hacer. Dios no nos abandonará.

Emanuel Karasu asiente sin convicción las palabras del rabino y anuncia con un vago gesto su intención de ausentarse. En realidad, su ademán también puede interpretarse: no quiero escuchar sandeces. Su sobrino lo sujeta del brazo y lo atrae hacia sí paternalmente. Ambos se abren paso entre los numerosos invitados que han alcanzado la terraza más alta del palacio para asomarse al mar. Los hay de toda condición. Isaac saluda al afilador Jacob Mense, y a Judit, la vendedora de frutos secos, y a Pepo Segoura, propietario del cinema Olimpia, que conversa con su hermano León.

Algunos invitados siguen con sus miradas el lento caminar de los dos hombres, a quienes parecen haber reconocido. Abraham Benarroya es uno de los que abandona su puesto junto a la muralla y se precipita entre el gentío. Alcanza a tío y sobrino cuando se disponen a bajar una de las escaleras laterales. El maestro e impresor, a punto de convertirse en icono del socialismo judío, parece haber meditado la conveniencia de no conversar abiertamente con el diputado, con quien se ha enfrentado en más de una ocasión, pero no le importa saludarlo, así que le estrecha la mano, y a continuación felicita a Isaac Carasso por el estado de buena esperanza de su mujer, Esther. Todos se sorprenden. Ha sido Daniel, su alumno, quien le ha revelado la feliz noticia, comenta.

Abraham es un hombre expansivo, apasionado, y se funde en un abrazo con el padre de su discípulo. El diputado desconoce la buena nueva y apenas puede disimular su desconcierto, que transforma enseguida en una abierta sonrisa. Luego, se lleva la mano al fez e inclina la cabeza ante su sobrino en un gesto excesivamente protocolario, probablemente porque desea evitar expresiones familiares ante su enemigo político.

Isaac Carasso les confirma que el segundo de sus hijos nacerá en un par de meses.

Benarroya se rasca la sien y en sus ojos se le adivina la intención de decir algo. Busca un registro de voz próximo al susurro. Moviendo la cabeza de arriba abajo varias veces, dice que se siente muy orgulloso del comportamiento de Daniel, y que ruega a Dios para que su hermano, o hermana, hagan gala en la vida del mismo respeto a los demás que él demostró tener con sus compañeros enfermos durante los días de epidemia. Dice también que a él y a varios de sus alumnos les fue de mucho provecho recibir las indicaciones que les dio Daniel sobre el yogur búlgaro que preparaba su padre en casa y que a él le cortó, a los pocos días, la diarrea. Isaac Carasso recuerda, efectivamente, que preparó un recipiente de leche fermentada de un par de litros para que su hijo lo llevara a la escuela. Bueno, en realidad fue Rena quien acarreó con la vasija a rebosar.

Por lo trivial de la conversación, el diputado Karasu, que acaba de cumplir cuarenta y nueve años, parece indisponerse y hace un gesto, ahora sí es definitivo, de abandonar el lugar, ante lo cual el maestro e impresor responde tendiéndole nuevamente la mano. Mientras las estrechan, Abraham Benarroya manifiesta su propósito de conversar con él «sobre aspectos de interés general para nuestra comunidad», a lo que Karasu le contesta que está dispuesto a hacerlo

siempre y cuando se lo permitan sus múltiples ocupaciones, pero que hará cuanto esté de su parte para propiciar el encuentro, que también él cree «interesante». Isaac Carasso se muestra complacido, y hasta orgulloso, cuando mira a los ojos de su tío. En ese momento cree ver en él a un hombre desolado. No encuentra una explicación. Su tío ha perdido la vitalidad de antaño. Es su indiferencia, rayana en la descortesía. Lo coge del brazo. Avanzan así hasta la puerta principal del palacete, vigilada por *cavas* uniformados que a Isaac le recuerdan, por su indumentaria, a soldados de la guardia griega del palacio real de Tatoi en Atenas.

La despedida es fría.

—¿No esperas a la aparición del cometa? —pregunta el sobrino.

Karasu no responde. Su mohín imperceptible lo mismo expresa asentimiento que desidia. De manera que cuando su sobrino lo ve alejarse entre la multitud, solo es capaz de reconocer su fez forrado de terciopelo destacándose entre los ciudadanos que mantienen sus cuellos erguidos pendientes del cielo. Y así, varios minutos. Cien metros. Quizá doscientos. A Isaac Carasso se le cruza el pensamiento de que puede ser la última vez que vea a su tío, efendi: su resplandeciente fez rojo iluminado sesgadamente por el decadente brillo del anochecer. No, no será la última.

De regreso a la torre más alta del palacio, Isaac Carasso se cruza con el rabino Meir. Se alegra del encuentro. Antes no ha podido comunicarle la buena nueva de que Esther está a punto de dar a luz. Jacob Meir promete hacerle una visita cuando nazca su hijo. Su afabilidad es tan notoria como su oronda figura. Ahora tiene prisa. Debe acudir a la sinagoga Talmud Torá para resolver asuntos de la comunidad sefardí.

Aún estacionado en los últimos peldaños de la escalera, Abraham Benarroya ha presenciado con expresión indefinible el fugaz encuentro de Isaac con el rabino y, antes, la despedida del diputado turco. Le habría gustado conversar un rato con el efendi. Carasso se detiene un instante, mira al presidente de la Asociación Obradera y le golpea el hombro varias veces con su mano. «¿Ocurre algo? Es posible». Benarroya se muerde los labios. Ha escuchado habladurías preocupantes sobre los Jóvenes Turcos y sobre aquel hombre que avanza como perdido entre la multitud que antes lo aclamaba. Karasu ha rechazado honores y despreciado el ofrecimiento de cargos públicos importantes. Se asegura que ha caído en las redes del «manto negro de la masonería». Ante el Foreign Office, el embajador británico en Constantinopla, *sir* Gerard Lowther, ha insistido en sus graves acusaciones: el Comité de Unión y Progreso de los Jóvenes Turcos es un instrumento al servicio del sionismo internacional. Ahora, la acusación es oficial. Isaac mira perplejo al maestro de su hijo. La internacional judía lo esquiva. Se ha convertido en un nacionalista peligroso. Las potencias europeas han dejado de protegerlo. Desde Atenas, Belgrado y Viena creen que es él quien mueve los hilos de la guerra. ¿De qué guerra?, pregunta Isaac. ¿La que fomentan búlgaros y griegos? Su fundamentalismo panturquista lo sitúa en el ojo del huracán de los Balcanes. Las cancillerías le cierran las puertas. Abraham Benarroya se pregunta si su amigo Isaac Carasso está al tanto de asuntos que tanto comprometen a su tío el efendi. Isaac Carasso está perplejo.

Son las doce en punto de una noche que desaparece en sí misma y se inventa. El cielo, de costado, vomita sobre el hemisferio norte todas las estrellas del firmamento, que caen, silenciosas, como copos de nieve dotados de energía. Durante seis minutos, la llamarada de

Halley anuncia que la vida sigue su curso. Decenas de miles de ciudadanos de Salónica fijan sus miradas en la bóveda de luz que se deshace lentamente sobre sus cabezas.

En la media sombra, las siluetas de Isaac Carasso y de Abraham Benarroya se tiñen de un color amarillo verdoso, y unos metros más abajo de la muralla el poeta Abrabanel logra imaginar esa misma visión desde la cumbre de Sierra Nevada, con la Alhambra de Granada bañándose en la misma luz, sobre el valle del Genil.

—¿Ha dicho usted Abrabanel? —pregunta con cierta excitación Isaac Carasso. Le llega el recuerdo del hosco y amable caballero del mismo nombre a quien encontró no hace mucho tiempo en la antigua vía Toledo de Nápoles.

—¿No conoce al autor teatral Abrabanel? —se sorprende Benarroya.

—Conocí a un supuesto pariente suyo que trató de guiarme por los intrincados caminos de mis orígenes sefardíes.

—¿Lo consiguió?

—Digamos que las dudas que sembró en mi cerebro hicieron clarear el bosque en el que me sentía perdido.

Abrabanel no pierde ocasión para evocar la presencia de sus ancestros. La ocasión que le brinda la llegada de Halley también es propicia para nadar contracorriente hasta el Patio de los Leones. «Soy lo que fui». Pasa por ser un iluminado. Ha estrenado para la fiesta del cometa una levita negra y un sombrero de copa. Aun recortada, la barba negra sigue pareciendo una estridencia salvaje en el conjunto pulcro y refinado de su físico. El autor de *El descubrimiento de América* saborea que Aser Nahmias haya traducido al francés su obra, en la que los protagonistas centrales, Cristóbal Colón y Torquemada, alcanzan cotas inimaginables de lucidez y extravagancia. Ambos actúan en el escenario imaginado por el autor como nigromantes que transforman los conceptos del bien y del mal imperantes en el globo terráqueo. Cristóbal Colon es la luz. Torquemada, las tinieblas. El descubrimiento es el final del viaje a la verdad de Dios.

No está tan loco como parece.

Abrabanel sueña con representar la obra en el Círculo Cultural de Salónica, bajo el patrocinio de su majestad Alfonso XIII. Ha oído hablar de un senador español, de nombre Ángel Pulido, interesado en sellar compromisos de amistad con la comunidad sefardí. Podría ser «el introductor en palacio» de su obra. Ambicioso. Además, alberga fundadas esperanzas de que el primer cónsul español en Salónica, a punto de llegar, le facilite las cosas. El poeta, que dice pertenecer a la estirpe de los Abrabanel granadinos, ha localizado junto a la muralla los rostros inmóviles de Isaac Carasso y de Abraham Benarroya, y se precipita en su busca, escaleras arriba, sin resuello, la barba en ristre como una lanza. «¿Se han enterado de que la llegada del cónsul español es inminente?», les pregunta con ansiedad infantil.

Mas a Isaac Carasso le interesa averiguar antes su parentesco con el Abrabanel napolitano.

—No hay más que un tronco Abrabanel. No hay más que una estirpe sefardí que financió a los Reyes Católicos la conquista de Granada.

—¿De veras?

—Absolutamente, amigo mío —responde Abrabanel, acompañándose de un gesto teatral.

—Les puedo revelar hasta el nombre.

—¿El nombre?

—¡Del cónsul!

—¡Oh, no! ¡Me refería a su pariente de Nápoles!

—No he coincidido con él en los tortuosos caminos del éxodo. Será un placer conocerlo. —Habla con el énfasis de un mayordomo anunciando la llegada de un noble patricio a la mansión de su señor—: El cónsul se llama Antonio Suqué. Diplomático de carrera. Catalán. Apolítico y con tres hijos. Emparentado con militares africanistas.

El Egeo se ha oscurecido, engullido por la luz del cometa. El gentío inicia en silencio el camino a sus hogares, aún medio hipnotizado por el prodigio que acaba de abandonar la pista del circo planetario. Salónica se ha quedado a oscuras de repente. Desde lo alto del torreón del palacio Kapanci, el mar, aceitoso, ha perdido la noción del oleaje. Pero en el horizonte se alza un ejército de nubes plomizas cuyos vientres el cometa ha teñido, en su huida al norte, de rojo. De rojo sangre.

Libro II

LAS GUERRAS

Cinema Olimpia

Entre claroscuros, sigue viendo la luz del bulevar Charcot reverdecida por los álamos, y en la penumbra, bajo el dosel, la esfinge de su madre. Proyecta su visión sobre ella con la misma fijación excluyente con que Salónica lo ha estado observando a él en las últimas horas. Ella está a punto de dar a luz. A él le conmueve escuchar esa expresión. «Dar a luz». Como la llamarada del cometa Halley que lo deslumbró en la terraza de su casa. «¿Dónde está papá?», preguntó a su madre entonces. Recuerda que, al día siguiente, probablemente para compensarlo de haberlo dejado solo, su padre lo llevó al cinema Olimpia. Es la primera vez que acudía a un cinematógrafo. Vio la película *Oliver Twist*. «La historia de un pobre huérfano que está solo». Sí, recuerda a su madre, hinchada de luz. «¿Duele esa luz, mamá?». Es un extraño privilegio, piensa ahora, hablar un idioma que define así la llegada de un nuevo ser a este mundo. Durante algún tiempo, cree que a él le pasa lo que a Oliver, aunque no es un huérfano. Estaba obsesionado con el cruel Fagin. Imaginando las grotescas muecas del malvado, fijaba la mirada en el techo de la habitación cuando su padre le contaba historias por la noche: «¿Crees que Fagin era judío, papá?». Y luego, ante el asombro de Isaac: «Cuando muera mamá, yo también seré huérfano, ¿verdad?».

1

La luz que Esther Muzafia lleva dentro se llamará Flor. Nace poco después del amanecer. Octubre. Hace viento. Los gritos provenientes del dormitorio despiertan a Daniel. Se asusta y busca con la mirada a la *cumadra*, que no se encuentra en su cuarto. La cocina está vacía. Los gritos le horrorizan. En lo alto de la escalera aparece Rena con una diminuta criatura, casi una paloma sin plumas, ensangrentada, a la que ha agarrado por los pies y cimbrea en el aire. Sobrecogido por la aparición, el pequeño Danón, recién cumplidos los seis años de edad, sigue los pasos apresurados de la *cumadra* hasta la cocina. Desorbita los ojos cuando Rena pone bajo el grifo de latón verdeante del fregadero el cuerpo insignificante y desnudo, que rompe a llorar nada más sentir sobre su aceitosa cabeza negra y ensortijada el golpe gélido del agua. Él cree que ha ocurrido una tragedia y se precipita escaleras arriba buscando la ayuda de su madre, la explicación de su padre, cuya aquiescente sonrisa, cuando le sale al paso, no logra entender. Su esposa yace exhausta en el lecho, envuelta en sábanas ensangrentadas. Suda copiosamente. A la vista, dos jofainas con agua roja, varias tijeras, unas pinzas, un cubo con restos de vísceras. Toallas en el suelo esponjadas de sangre. El pequeño se abraza a su madre, pero Esther Muzafia, sin fuerzas, los labios amoratados, no puede hablarle. La visión del vientre deshinchado de su madre, imaginar el lecho de luz que lo habitaba, «cómo se ha vaciado, el dolor que te hizo», obsesionarán a Daniel Carasso el resto de su vida. Salvo el amor a su madre, todos los demás sentimientos serán relativizados desde entonces.

Flor es un ser minúsculo, a Danón le parece una oruga. Tan delicado que nunca se atreverá a tenerlo en brazos. Una vela que el viento apaga y enciende en la oscuridad a la que le asusta soplar para apagarla. Así es porque, se encuentre donde se encuentre, siempre la acompañará un *menorá* de plata, el candelabro de siete brazos con velas encendidas. Todos la protegen cuando duerme en la cuna de pino, recién pintada de azul celeste, o se engancha con fuerza inimaginable a los pechos de su madre para mamar. Él la observa a toda hora, receloso, concentrado. Ella ocupa una cuna que le ha pertenecido hasta hace poco tiempo, la que un carpintero de nombre Jacob hizo para él. El carpintero, al que ve a veces por la calle y le saluda como a una persona mayor y le da la mano, le dice: «Pero cuánto has crecido, criatura», y él no sabe lo que contestar. En esa cuna transcurrieron los primeros años de su vida. Desde ella veía, al despertar, los ojos de su madre, los ojos del mundo. Siempre pendientes de él. Los mismos que lo observaron, clementes, cuando no pudo hablarle minutos después de nacer su hermana Flor. Los mismos que

ahora lo observan como los de una momia desde la penumbra, o él se imagina que lo observan, enterrados en el anillo de sus órbitas vacías.

Días después del nacimiento se celebra la fiesta de las hadas. Nada que ver con la liturgia de la circuncisión y los fastos conmemorativos del nacimiento de Danón. Serán las *hadas de la fiesta* las que pongan nombre a Flor en presencia del rabino jefe de la comunidad sefardí, Jacob Meir, que acude a casa de los Carasso en carruaje, envuelto en una elegante toga azul con sobrepelliz de encajes blancos desde los hombros hasta la cintura. Su padre lo aguarda en la calle. Inclina su cabeza ante él. El rabino es la expresión de la dignidad espiritual. La presencia de aquel hombre impresiona tanto al pequeño Danón que a partir de ese día los rabinos le infundirán un respeto casi sobrenatural, parecido al que sintió en los brazos de su madre cuando vio la estela del cometa en el cielo.

Para algunos sabios sefardíes, las hadas concilian en una niña el milagro de nacer con el de la maternidad; su condición de *embrushada,* con la suerte de su destino. La familia y los invitados están en el amplio salón de casa. Se han apartado algunos muebles —la mesa central, varios sofás— para ganar espacio. El rabino Meir oficia la ceremonia de *fadar la isha* y dispone los ingredientes básicos para la fiesta: se arrojan a una cacerola monedas de oro y de plata, algunas joyas, almendras confitadas y siete velas. Un primo de la recién nacida, Mario Botton Carasso, será el encargado de encender las candelas con la ayuda de su padre, Mauricio. El pequeño Mario, cogido de la mano de Daniel, se ocupa de entregar las otras velas a algunos de los invitados. La primera de ellas se la dan a José Covo, hijo de Moisés, primo de Danón. José es un jovenzuelo de rostro avispado y mirada intensa. En un aparte, otro niño, Henri Levi, se esconde en las faldas de su madre. Levi es primo lejano de la recién nacida. Huraño, rechaza las velas. Treinta años después, se convertirá en el marido de la pequeña.

Cada uno de los portadores de velas expresa en voz alta un deseo de felicidad, de salud, de dicha en el amor, para Flor, en brazos de su madre, que se tapa la cabeza con una *kofya* de seda de flores bordada con perlas falsas. Mario y Daniel visten trajes de hombre, cortados y cosidos por sus madres, con camisas blancas y corbatas de lazo.

Al final, es el rabino Meir quien extiende sus manos sobre la cabeza de la niña, cierra los ojos, le transmite sus deseos y la bendice. La niña duerme. Todos los asistentes se recogen en un silencio respetuoso. En ningún momento Mario y Daniel dejan de entrecruzar sus manos en la primera fila del corro que se forma alrededor de la pequeña y sus padres. El fantasma del destino, presente a toda hora, anuncia que se mantendrán así de unidos, aun en los momentos más difíciles de sus vidas, y acertará de pleno en su augurio. Al contrario, se equivocará en la ofrenda de buenos deseos, larga vida y prosperidad, para la pequeña Flor, enfundada en una falda blanca bordada primorosamente por el taller de costureras de los Gategno, la misma con la que Esther Muzafia cubrió a su hijo Daniel el día de la *semirá.* Claro está, que faltan veintinueve años para que los nazis invadan Polonia y estalle la Segunda Guerra Mundial. Cuánto dolor hasta entonces.

Antes de eso, la familia Carasso, jubilosa con la llegada de Flor, tendrá que sobrevivir a cinco guerras más. A seis, pues hay otra a la vista con la que nadie contaba. Faltan pocos meses para que Italia declare la guerra a Turquía.

Sorprende a primera vista que la mayoría de los invitados a la cita con las hadas madrinas de Flor sean parientes entre sí. Por las venas de casi todos o corre sangre de los Carasso o de los Muzafia, o de los Botton, o de los Covo, o de los Nehama. Más adelante conocerán a los Levi.

Uno de sus hijos, Jacques, que adquirirá el pasaporte griego para ponerse a salvo tras las guerras balcánicas, también emparentará con la familia.

Los Muzafia son de origen misterioso. Para algunos, el apellido se pierde en el Alto Aragón y, para otros, en Rumanía. Pero ya se sabe: «Todas las hormigas diseminadas por los rincones más inverosímiles y recónditos del mundo proceden del mismo hormiguero». Todos lo dan por sentado. Sus familias han mantenido el hábito de unir en matrimonio a primos hermanos. Son Carasso, en su mayoría, y es lo que importa. Hace tiempo que a Isaac Carasso le incomoda, por razones que no logra desenmascarar, abordar el «origen de su origen». Ha perdido toda esperanza de encontrar el primer eslabón de la cadena. El origen de «la gran familia». Desde tiempo inmemorial les impregna la cultura de mezclar su sangre para perpetuarla: creen que la endogamia favorece la unión y la solidaridad de los grupos. Así fortalecen el núcleo de su identidad. Afortunadamente, no se han registrado problemas de consanguinidad. Habrá que reconocer, y el tiempo está en su sitio para demostrarlo, que los Carasso se han multiplicado en ramas que mantienen la pureza virginal de la primera gota de sangre derramada por la estirpe Dios sabe en qué lugar de la bíblica Sefarad. Aunque no es menos cierto que sus cepas no fueron ubérrimas: un esqueje, dos a lo sumo. Sin embargo, el crecimiento del árbol, la frondosidad que le prestan los nuevos apellidos, ensancharán las perspectivas de búsqueda. Los Botton, por ejemplo, creen que tienen raíces en Córdoba, o en Toledo. Y los Levi, en lugares de Andalucía sin determinar…

Ante el testigo de las invisibles hadas madrinas del destino de Flor, Isaac Carasso, Moisés Covo, Mauricio Botton y Henri Levi se miran confiados en el porvenir de sus hijos y convienen que la unidad del clan y el solidario control de sus recursos económicos están asegurados. Probablemente ya saben cómo emparejar a sus hijos. Moisés Covo pasa por ser un hombre de números, silencioso y perspicaz en los negocios. Y ya dicen que su hijo, José, apunta las cualidades de su padre. Mauricio Botton, casado con Raquel Carasso —hermana mayor de Isaac —, es la imagen personificada de la benignidad, que transmitirá a su hijo Mario. Lo ideal, barruntan —confiados en que así sea—, es que una nieta, aún por nacer, de Moisés Covo, casado con Mathilde Carasso, se una en matrimonio con Daniel, y que Mario lo haga con una hija Isaac y Esther. Los ojos de los padres se plantan en la mirada circunspecta de José, que parece adivinar que están hablando de él. Antes tendrá que casarse. Desde luego, es ya un jovencito y tendría que esperar mucho tiempo para contraer matrimonio con alguno de los pequeños. ¿Y Flor? Nadie se atreve a ir tan lejos, menos aún a precisar tanto, pero podría ser. «Aunque también puede ser un buen partido Jacques Levi». Eso lo piensan, no lo dicen.

Pasiones

Daniel Carasso Muzafia, embargado por la nostalgia de días tan lejanos y por el recuerdo de aquellos emparejamientos a los que él y sus primos eran tan ajenos, se pregunta en su lecho: ¿y el amor?

Le delata su escaso interés por el tema.

Ciertamente, no puede ser de otra manera dado su maltrecho estado físico. Pero una vaga desazón interior le induce a retroceder en el tiempo. Cree que ha vuelto a recuperar la imagen —sombra resucitada, ojos vacíos, piel encerada— de su madre. Y al fondo del todo, su abuela Estrella, en el centro del parque universal. El amor. Ahora, cuando susurra la palabra, sonríe. Escéptico. ¿Qué sentido tiene hablar de amor a los ciento cuatro años de edad? No le gusta enfrentarse a sentimientos que desde hace tiempo cree superados. ¿De verdad los ha superado? No ha sido un hombre apasionado. Únicamente, tal vez, por el arte. Gracias a Nina, que lo supo orientar hacia latitudes para él desconocidas, hacia la expresión de la belleza. Ninguna mujer, ni la suya, su querida Nina, «¡Oh, Nina!», fue capaz de arrebatarle el juicio, tampoco el dominio de sus sentidos, ni un solo instante. «Lo siento, mi pequeña». ¡Su equilibrio, el control de uno mismo! Hasta cuando se quedaba atónito ante una mujer hermosa y le tenían que tocar el hombro: «Daniel, que la estás comprometiendo…». El sexo es una obsesión enfermiza e inútil. Siempre le pareció así. ¡Naturalmente que disfrutó del sexo! «Su querida Nina», tan menuda, tan risueña siempre, tan dispuesta a reinar «en los momentos dispuestos por la naturaleza». ¿La amó de veras? Se sintió plenamente colmada por ella. Él ama de forma distinta. No sabría definir cómo ni por qué.

En cierta ocasión, un agresivo periodista de *Libération* le espetó, durante una entrevista, temblándole la voz:

—¿Es usted misógino, *monsieur* Carasso?

Probablemente aquel hombre esperaba una reacción airada de su entrevistado, pero este ni se inmutó. No, no se molestó.

—¿Usted lo cree? —preguntó con ironía.

—Es lo que se dice, ya se sabe, perdone, no pretendía inmiscuirme en su intimidad, mucho menos molestarlo.

—¡Está usted perdonado, *monsieur*! —Y a continuación añadió—: ¡Oh! Sé que se han llegado a verter opiniones seudocientíficas sobre mi controvertida —enfatizó esta palabra—, digamos, ambigüedad, usted me entiende.

¿Ambigüedad en el amor? El amor no existe. «Es un deseo evanescente». Daniel Carasso cree más en el respeto que en el amor. En la multifuncionalidad de los sexos. De ahí, la ambigüedad. La fuerza volcánica de un deseo carnal no es comparable a la perfección: la perfección pasa por el respeto a lo insignificante. El ánfora de la dinastía Ming…

La pasión enfebrecida propia de amantes que deliran por poseerse apenas ha ocupado el lugar de un asiento en el inmenso patio de butacas de su vida. Por alguno de sus amigos en la escuela de Abraham Benarroya —seguramente fue su primo Mario Botton, un par de años mayor que él, quien se lo comentó—, conoció la historia de la joven Aline con grado, decían, de capitán, encerrada en la torre más alta de la Casa Blanca, la de los Fernández, desde la que se alcanza a ver, en días claros, los dedos de las manos azules del Egeo. Daniel Carasso nunca entendió aquella historia de delirios juveniles frustrados por la condición de ella, judía, y de él, cristiano, y por la sucia política entorpeciendo los encuentros de los amantes. ¿Cómo cabe interpretar, a la luz de la razón, que un piloto italiano sobrevuele la Casa Blanca de los Fernández, en cuya torre se recluye su amada, y deje caer, desde la cabina del aeroplano Blériot que tripula, una carta de amor? ¡Todo es una superchería! Pero Mario, el buenazo, insistía: la carta de amor cayó sobre la torre y se posó, como una pluma, en la mano de la joven enamorada. ¡Qué invención más interesada en resaltar la inutilidad de un sueño! Nunca —él lo averiguó después— se supo a ciencia cierta que la carta llegara a su destino. El suceso, sin embargo, despertará el entusiasmo de las tiernas jovencitas de Salónica, pendientes, cada día, de la pericia del piloto Piazza planeando con su aparato la torre donde, afligida, está prisionera la doncella. A pesar de todo, Daniel Carasso no se interesará por los detalles de la conmovedora historia de amor, sino por los motivos de la súbita aparición en los cielos del Egeo de un metálico artefacto gris, desconocido y atronador, probablemente peligroso si era empleado con fines bélicos.

Abraham Benarroya le dará la razón más adelante y le explicará que los italianos disponen de un arma secreta que los turcos no poseen, un arma que vuela y que integra ametralladoras en sus alas de acero que pueden disparar desde el aire contra los enemigos, es decir, «Daniel, contra nosotros».

2

El parlanchín Abrabanel ha escrito un largo artículo en *El Liberal*, editado en ladino con caracteres de *rashí*, en el que revela algunas claves de la corriente *filosefardita* que se respira en la corte española en la segunda mitad de 1910. Probablemente son muchos los lectores que se muestran escépticos, no tanto por lo que dice el autor teatral sino por cómo lo dice. O más bien por el desparpajo con el que aborda la descripción de los hechos en estancias tan alejadas e inaccesibles como las del palacio de Oriente de Madrid.

En los ambientes más ilustrados de Salónica —también en los círculos políticos y en algunas cancillerías diplomáticas, expectantes por las noticias que llegan desde el otro lado del Mediterráneo—, se ha constatado hace tiempo el cambio de orientación de la política española hacia «los españoles sin patria» residentes en los Balcanes, pero una cosa es reconocer que las cosas de palacio en Madrid marchan, aunque tan despacio como siempre, y otra muy distinta sobrevalorar cuanto se dice, si de verdad se ha dicho. No resulta extraño que un asiduo lector crítico de *El Liberal* haya empleado su turno de réplica en el diario para calificar como «extravagante y propio de un relato de ciencia ficción» el artículo de Abrabanel.

León Beniamí, que así es como se llama el lector que ha hecho la protesta, pasa por ser un escritor aficionado de pluma afilada y pendenciero al que le gusta el cuerpo a cuerpo. No es la primera vez que ha puesto en entredicho crónicas de Abrabanel.

Lleno de dudas, Isaac Carasso se rasca la sien ante las dos ediciones de *El Liberal* que reproducen el artículo y la réplica. La verdad es que la primera reacción de Carasso es la de darle la razón a quien pretende poner los puntos sobre las íes, pero admite a continuación que, conociendo a Abrabanel como él cree conocerlo, le cuesta admitir que al autor teatral le haya superado su desbordante ingenio ante asuntos tan serios como el de la intervención directa del rey Alfonso XIII en la puesta en marcha de la denominada Unión Hispano Hebrea, recién constituida en Madrid con el beneplácito de políticos e intelectuales de primera fila. Entre ellos, Antonio Maura, Vicente Blasco Ibáñez, Emilia Pardo Bazán, Miguel de Unamuno y José Echegaray, reciente Premio Nobel de Literatura. A todos los nombra Abrabanel en su artículo.

Isaac Carasso sospecha que Abrabanel ha pretendido poco menos que imitar a Benito Pérez Galdós fundiendo la realidad con su capacidad de fabulación, con fidelidad a la historia, se supone, pero metiendo baza en lo que solo a él le interesa. Se desprende a primera vista —y sigue rascándose la frente— que don Benito es uno de los más ardorosos defensores del programa regeneracionista que ha puesto en marcha el nuevo gobierno de Canalejas. En ese programa se incluye «la cuestión sefardí». Quizá Abrabanel sabe más de lo que aparenta, recela Isaac Carasso.

Como si de un relato novelesco se tratara, Abrabanel no oculta detalle sobre la recepción de su majestad al senador Ángel Pulido. No precisa cuándo se produjo, pero, a cambio, describe el momento en que «se abren las puertas del regio despacho» y el senador se cuadra elegantemente ante el rey de las Españas y le entrega un sobre lacado con el minucioso informe que él mismo ha elaborado sobre la situación de los judíos sefardíes en el norte de África y en los países balcánicos, cuyas comunidades ha venido visitando desde hace años. La vida de Ángel Pulido ha cambiado desde entonces. Él mismo lo ha reconocido en alguna ocasión. Se ha entregado en cuerpo y alma a propagar la idea de que había que recuperar los valores que encarnaban miles de compatriotas españoles a los que el destino deparó la mayor desgracia que cabía en un hombre: haber sido expulsado de su patria. Para el senador, no existe en su país ninguna otra causa tan noble por la que luchar, y así se lo manifiesta al monarca.

El rey —dice Abrabanel, o lo imagina— se rinde ante el conmovido relato del senador, a quien llega a abrazar cuando un turbador sentimiento envuelve a Ángel Pulido al recordar el momento en que cruzó la puerta del cementerio sefardí de Budapest. Alfonso XIII le hace preguntas de todo tipo. El senador, con sombrero alto, traje de levita y guantes de piel de tafilete recogidos en su mano izquierda, intenta responder de la mejor manera que sabe. Y le habla de las entrevistas que mantuvo con algunas familias enraizadas en Salónica, a la que describe como «Córdoba y Toledo trasplantadas al mar Egeo», con más de treinta sinagogas en las que decenas de miles de compatriotas celebran el sabbat y luego, a la salida, charlan en ladino de sus cosas, de sus familias, mientras sus hijos juegan en las calles a la cuerda, o a los dados, o a la pita o gallina ciega, y también, «y ruego a su majestad que perdone mi atrevimiento», a los cuescos, que consiste en ver, oír y oler qué pedo es el más ruidoso. Todo, «señor», como sucede en las plazas de muchas ciudades españolas. Su majestad se carcajea, claro.

Y así es como Pulido cita ante el monarca los nombres de abolengo sefardí de los Gategno, los Fernández, los Molho, los Modiano, los Carasso, los Saporta, los Botton… *Y* «tantos otros, señor». Entre ellos, se explaya Pulido, hay mecenas, grandes empresarios, rabinos, banqueros, periodistas, filósofos y comerciantes que exportan productos a todos los confines de la tierra. El senador le cuenta seguidamente los ritos ancestrales que mantienen las comunidades o *kales* existentes, diferentes pero unidos por el sentimiento que comparten, entre los que destacan el aragonés y el catalán. Al de Aragón le llaman *Gato*, y al catalán *Figo*. Costumbres y rezos antiquísimos que se pierden en la noche de los tiempos de *Espanya*, como a veces denominan a la nación «en la que usted reina». La sorpresa de Alfonso XIII, que acaba de cumplir veinticuatro años, se desorbita en sus ojos oscuros cuando escucha que muchas de esas familias suelen celebrar su onomástica desplegando en los balcones de las casas la bandera de España, y el mismo izado lo repiten para conmemorar el aniversario del descubrimiento de América, que, «por razones inexcusables del cruel y paradójico destino», coincide con el año en el que «sus antepasados» los Reyes Católicos promulgaron el decreto de expulsión de España de la comunidad judía.

El perplejo rey de España enmudece al final del relato.

—No logro entender, Pulido, no logro entender —balbucea.

Y se pregunta a sí mismo en voz alta cómo puede comprenderse que decenas de miles de personas, sojuzgadas por su país y dispersas por el mundo, conserven su idioma tras más de cuatro siglos de exilio y, encima, festejen las celebraciones del país que los humilló.

—¿Cómo es posible, Pulido? —insiste enarcando las cejas.

Y el cronista de *El Liberal*, revela esta conmovida reacción del senador:

—Majestad, solo cabe una explicación. Probablemente en la larga historia del país en el que usted reina no se haya dado un ejemplo tan preclaro de amor a España como el de estos españoles sin patria.

En su escrito de réplica, León Beniamí arremete mordaz: «Como el señor Abrabanel, escritor o lo que sea, introduce en su artículo citas textuales, seamos indulgentes: probablemente haya sido el torpe amanuense de turno, en calidad de notario del monarca descendiente de los crueles Reyes Católicos, el que le haya filtrado la información».

A Isaac Carasso no le sorprende que a Pulido se le pueda cuestionar por cuanto dice y piensa. Hay en sus palabras un exceso de sentimentalismo. Además, Abrabanel es un insensato por meterse en berenjenales tan comprometidos, que pocos son capaces de entender, y que se preste a que alguien como Beniamí, resentido y afrancesado, se aproveche de su imprudencia atacándole a él y lo que dice. El fondo de lo que Abrabanel cuenta en su artículo es cierto, sin embargo. Hace tiempo que Isaac Carasso está al corriente de que el futuro de los sefardíes se aborda con patriótico entusiasmo en la corte madrileña. Tal vez con más voluntad que acierto. Aunque le molesta que las iniciativas de Alfonso XIII y los gobiernos que precedieron al actual de José Canalejas vayan a ser utilizadas por el autor teatral como corolario de su obra sobre *El descubrimiento de América*, como le confesó en su día el propio autor, quien, encima, aprovecha la mínima oportunidad para difundir su idea a los cuatro vientos.

Isaac Carasso también ha conocido a Ángel Pulido. Y es como lo pinta Abrabanel en su artículo. Atildado en extremo, de pelo blanco y untuoso, con entradas disimuladas en la cabeza y aristocrático bigote del mismo color, más encanecido aún si cabe, con las puntas recortadas hacia arriba. Su porte caballeroso y con un ligero tinte romántico en sus ojos que suele subrayar con trajes negros, impecables de corte, y corbatas ampulosas, le hace recordar, aun siendo de otra época, la estampa de Lord Byron. Lo que se dice todo un *caballero español.*

Lo conoce a los pocos meses de casarse, en su casa de la calle Ancha, en una velada bajo la pérgola, aún con hojas de parra, del jardín. Un dulce atardecer del otoño en 1904. A cierta distancia, el *cavas* albanés es testigo de una conversación de la que no entiende ni palabra. «Es inexplicable el súbito sentimiento de sorpresa cuando paseas por el paseo marítimo de Salónica, después de un agotador viaje por tren, y escuchas a alguien hablar en español, y preguntas y te dicen que ellos son españoles», comenta Pulido nada más sentarse a la mesa.

El senador, recién llegado de Sofía, después de haber pasado varios días en Budapest y Belgrado (antes estuvo en Viena), deseaba conocer a personas representativas de la comunidad sefardí de Salónica. Isaac Carasso, exportador de productos agrícolas —aceite y frutos secos—, es uno de los elegidos. Probablemente en la decisión de visitarlo tiene parte de culpa su amigo Chrisaphis, que por entonces ya ejercía de *cónsul honorario* de España. Es el banquero griego quien ha remitido una lista de notables sefardíes a la embajada de Constantinopla.

Esterina prepara una cena especial: *supa de guevo i limón* con arroz y *yaprakes* de carne. Emplea recetas legadas por su abuela, que él mismo desconoce y que a su huésped le encantan, especialmente por el empleo de hojas de parra para envolver la carne picada. De postre,

rebanadas de parida: «¡Pero si son torrijas!», exclama el senador, entusiasmado. Antes del café, Esther sirve vasitos de yogur, con agua y sal, muy frío, y es entonces cuando el anfitrión aprovecha la ocasión para hablarle de las propiedades medicinales de la leche agria que se vende en las calles de Salónica y que tanto interés ha despertado en él desde que supo las investigaciones llevadas a cabo por sabios que trabajan en el Instituto Pasteur de París. Pulido desconoce tales experimentos, aunque ha oído hablar de un científico ruso, «un tal Metchnikoff».

—¿Sabe una cosa, amigo Carasso? —pregunta.

—Usted dirá —contesta Isaac.

—Que le hablaré de ello al rey tan pronto tenga oportunidad de entrevistarme de nuevo con él.

—Que tenga usted suerte —dice Carasso.

—Mi suerte es haberlo encontrado a usted —responde Pulido, sorbiendo un trago de aquel delicioso y exótico mejunje.

Imposible imaginar que, treinta años después, Alfonso XIII y su familia degusten en el desayuno el cremoso alimento lácteo elaborado por un sefardí instalado en el barrio del Raval de Barcelona, y que esa costumbre perdure en la casa real española.

De regreso a España, y tras su emocionante periplo, el senador vitalicio está entusiasmado con lo que ha visto y escuchado. Pronto se pronuncia abiertamente en el Parlamento español para que se arbitren leyes que favorezcan la reinserción de los sefardíes en el territorio patrio, como súbditos de su majestad y «ciudadanos españoles de primer rango, que es lo que han demostrado ser». España atraviesa una etapa de pesimismo generalizado. El desastre bélico que ha supuesto la pérdida de las últimas colonias en Cuba, Puerto Rico y Filipinas ha hundido al país en una postración absoluta. Las potencias europeas han eludido a España en los congresos de Berlín convocados para repartirse África a sus anchas. Se alzan voces que pretenden reconstruir el maltrecho sentimiento nacional.

En medio de ese marasmo de descrédito, la ofensiva emocional de Ángel Pulido resuena con orgullo en los escaños del Senado: «La cultura española sigue viva en el mundo, la memoria de su historia está intacta; lo demuestra que decenas de miles de judíos sefardíes, desperdigados por el mundo, siguen hablando nuestro idioma y manteniendo las tradiciones de sus antepasados, el amor a su tierra. España debe acudir en ayuda de sus compatriotas, y ellos, artistas, empresarios, banqueros, comerciantes, gente de bien, en ayuda nuestra».

El rey ha prometido a Pulido que hablará con el presidente del Gobierno. Pronto se iniciarán los trámites para constituir la sociedad hispano-hebrea. El proceso se retrasa unos meses por los sucesos de la Semana Trágica en Barcelona. Pero prosigue cuando José Canalejas se pone al frente del Consejo de Ministros. Alfonso XIII manifiesta a los políticos, respaldados por intelectuales de diversas tendencias, su intención de eliminar la prohibición de construir sinagogas en el país. Además, hay que crear una red de centros culturales y escuelas para atender las necesidades escolares de los niños sefardíes. Se reivindica la herencia sefardí y se conceden ayudas para cátedras de español en algunas universidades europeas de países con presencia sefardí. Hasta un representante tan ultraortodoxo de la cultura española como Marcelino Menéndez Pelayo aplaude las iniciativas. El monarca, tan entusiasmado como Ángel Pulido,

planea construir la Casa Universal de los Sefardíes. Un proyecto de envergadura, sin duda, que se verá culminado diez años después. Sus apoyos a la causa suscitarán el aplauso y reconocimiento de muchos políticos e intelectuales. Alfonso XIII será nombrado presidente honorario de la comunidad hispano-judaica, en la que se integrarán relevantes profesores españoles y judíos.

Pero sin duda que la acción más enérgica del monarca se encamina a urgir a las embajadas españolas en el área de los Balcanes a que activen trámites y acuerdos administrativos que permitan la protección de los judíos súbditos españoles a los que no se les había tenido hasta entonces en cuenta. Para ello, los diplomáticos deberán requerir la colaboración de las autoridades locales. Llega a hacerse un censo aproximado de los sefardíes dispersos por el norte de África y países balcánicos: alrededor de doscientos cincuenta mil, de ellos ochenta mil localizados en la ciudad de Salónica. Y veinte mil más en el resto de Macedonia. Sin embargo, todo sigue funcionando lentamente en palacio, y el estatuto de protección a los sefardíes se retrasará hasta 1916, en plena Gran Guerra.

Es por todo lo anterior, acuciado por el tiempo y los vientos bélicos que soplan, por lo que el gobierno español anuncia que pronto será nombrado un cónsul en Salónica. La primera información oficial le llega por vía diplomática al secretario de la embajada de España en Constantinopla, en pleno estupor del gobierno turco por la declaración de guerra de Italia. Acaba de empezar 1911.

La guerra entre Turquía e Italia, que ambiciona las islas del Dodecaneso y las provincias de Tripolitania y Cirenaica, estallará meses después. Los especialistas en la materia dirán que se trata de la primera guerra moderna del mundo, puesto que el uso de armas desconocidas hasta entonces, y el aeroplano lo es, obligará a cambiar la estrategia militar al uso. Y los miembros de la inteligencia internacional, que han hecho de los Balcanes su casino particular en el que conspiran bebiendo a pequeños sorbos tazas de café turco y fumando cigarros de hebras frescas recién salidos de la tabacalera de Salónica, visitantes alevosos en las cancillerías diplomáticas, diagnosticarán que los diez mil muertos que se llevará por delante esa guerra, nunca imaginada, ofrendaron sus vidas en el campo de pruebas de otras a punto de estallar. En efecto, en los frentes abiertos por las novísimas baterías italianas en el desierto libio contra los obsoletos cañones turcos y en las escaramuzas marítimas entre destructores recién salidos de los diques de Venecia y cañoneros turcos, no solo se iba a ventilar el duelo entre un gigante con hambre de imperio y otro moribundo. También la inminente apertura de nuevas zanjas en los viejos cementerios de Europa.

El diván de Freud

«Y mientras tanto, el piloto italiano enviando misivas desde al aire a su amada encerrada en la torre», piensa el ceñudo Daniel Carasso, que parece haber recuperado la plena lucidez al tiempo que fija en sus ojos la expresión del periodista de *Libération* alucinado por la historia de los amantes. ¡Sí, le contó la historia! Hace años. ¿Treinta? ¡Más de setenta años, *monsieur*! Un cafetín de Montmartre. «Es una historia bellísima», le dijo. ¿Cómo es posible que aquel periodista cuestionara su sexualidad, cual vulgar sexador de pollos, y al tiempo se emocionara con la historia del loco piloto italiano? Lo invitó a comer. «*Steak tartare*. Una sopa de cebolla para mí». ¡Lo recuerda! Ahora que recupera vivamente el momento, tal vez aquel joven y audaz reportero —supuso entonces; desde luego, se atrevió a hacerle una pregunta comprometida— no entendió del todo la conexión que Daniel Carasso pretendía establecer entre aquella infantil historia de amor y su «indecisa sexualidad». El sexo, amigo mío, es solo una insignificancia a la que los poetas y soñadores han cebado como a las ocas a las que los granjeros hinchan el hígado. Se le ocurre ahora. No, alguien lo dirá más tarde. ¿O ya se había dicho? Desde una supuesta docta ignorancia, hay quienes, ciertamente, «y mal que me pese», creen reconocer en su vida una disposición de misoginia latente —no era el joven reportero el único que lo pensaba— que daría la razón al insigne Sigmund Freud. «¿Sabe usted, *monsieur*?». Freud siempre espera al final del pasillo. «También en el pasillo más largo de su casa, créame». ¡Era judío! Generalmente, los judíos suelen esperar al final de los pasillos para rendir cuentas de los céntimos o del subconsciente. Ahora lo puede decir en voz alta, sin despechar a nadie: ¿quién está libre de sentarse en el diván de Freud para ser sometido a un psicoanálisis? «¿Sabía, *monsieur*, que era judío?».

Lo que no le contó a aquel joven es que siempre mantuvo la duda sobre si la loca aventura del piloto sobrevolando con su aeroplano la Casa Blanca de Salónica traslucía la honda y conmovedora delicadeza de un sentimiento inefable.

¡Esa es otra historia!

«Ya lo creo, otra historia». En su centenaria vida no se registran vigilias causadas por la energía ensoñadora del amor. «¡No!». Con lágrimas en los ojos, añora haber tenido la oportunidad de experimentar ese sentimiento conmovedor. Pero nunca la tuvo, ni la buscó.

—María, ¿cree usted que estuve alguna vez enamorado?

Tiene una confianza plena en esa mujer. Como la tuvo en su hermano, a quien no se le pasaba un tarro de yogur en el recuento final…

—¿Pero qué me dice, señor? Si estuvo enamoradísimo de la señora Nina…

—¿De veras que lo cree?

—Por supuesto…

—Entonces, ¿eso era amor?

—No le entiendo, señor. ¿Se encuentra bien?

—Estaba pensando. Perdone.

Su mente siempre estuvo liada en otros menesteres. Lo reconoce ahora. ¿Puede llorar un anciano a los ciento cuatro años? Cree que está llorando. Es tal la debilidad de su cuerpo que le duele llevarse la mano a las cuencas de los ojos para comprobar el vertido de sus lágrimas. Ha llorado tan pocas veces… ¡Jamás!

Lo hará en el primer sabbat después de la muerte de su madre.

3

El decreto de movilización no afecta a los sefardíes, aunque más de uno muestra abiertamente su disposición a enrolarse en el ejército turco. ¡La declaración de guerra de Italia es una agresión intolerable!, es el sentir de la mayoría. Los más jóvenes han acudido a los centros de reclutamiento, es probable que impresionados por las fotografías que reproducen en las portadas algunos periódicos; forman parte de la propaganda subliminal: media docena de altivos guardias imperiales vistiendo flamantes uniformes. Sus gestos desafiantes, los brazos arqueándose sobre los anchos cinturones de piel con resplandeciente botonadura, sus turbantes regios y acharolados en los bordes, de geometría tan perfecta como la de una rosa. Insolentemente convencidos de ser invencibles. Son los únicos músculos, los últimos destellos de gloria que aún puede exhibir el moribundo imperio.

Una indiferente Europa asiste complacida al novedoso espectáculo de los aviones italianos Blériot, de patente francesa, descargando sus bombas sobre Tobruk, y de los modernos cruceros de la Marina Regia bombardeando a los viejos cañoneros turcos fondeados en el puerto de Beirut. Pero el gobierno de los Jóvenes Turcos, aún debilitado por la decepción que empieza a cundir en el pueblo por las reformas que nunca llegan, está decidido a resistir a cualquier precio. En septiembre salen de Constantinopla y de Salónica los primeros destacamentos de tropas con destino a Trípoli. Cientos de jóvenes judíos sefardíes ya se habrán enrolado para entonces en las filas otomanas. En su inmensa mayoría, son gente modesta, agricultores y trabajadores en talleres artesanales que embuchan el tabaco egipcio o refinan la harina en la gran fábrica que acaba de montar en Salónica la familia Allatini. Pronto Darío Allatini será acusado de traición por las autoridades turcas, que en plena guerra dictarán medidas de represalia contra el imperio económico del magnate y empresario judío italiano.

El pago del impuesto *bedel* exime a Isaac Carasso de hacer un previo adiestramiento militar y de ir a la guerra. Cuando pasa por delante de las filas de jóvenes dispuestos a alistarse, una extraña vergüenza le agita el cuerpo y le obliga a acelerar el paso. En silencio, se dice a sí mismo que es un hombre de paz, que su gratitud a Turquía es eterna, pero, sobre todo, es un hombre que se debe a su familia, y su sueño no es combatir ahora contra los italianos en defensa de unas tierras desertizadas, sino preparar concienzudamente su plan para regresar a la tierra de sus antepasados. De igual manera piensan sus amigos más próximos, los Botton, los Covo y los Saporta, que también pagaron las cincuenta liras turcas de oro del impuesto que los convierte en ciudadanos privilegiados.

Los únicos aliados de los turcos en el campo de batalla son las tribus libias, que declaran la guerra santa a los invasores italianos. Sus emboscadas nocturnas a los campamentos de los elegantes *bersaglieri*, instalados en confortables tiendas de campaña, terminan en baños de sangre. Pero poco más pueden hacer ante un ejército moderno y bien pertrechado; solo luchar al amparo del terreno que mejor conocen: las dunas del desierto.

Finalmente, la flota del general Ameglio se abre paso entre los fortines que protegen los estrechos de los Dardanelos. Una luminosa mañana de la primavera de 1912, el elegante militar, a quien un marinero del crucero *Genoa* ha sacado lustre a sus botas la noche anterior, pone pie a tierra en la playa de Kalitea, de Rodas, después de que decenas de barcazas de desembarco de la escuadra hayan tendido sus plataformas sobre la arena, y hasta nueve mil quinientos soldados, según los periódicos romanos, se expanden sobre el épico islote como hormigas asustadas por la presencia de un escarabajo pateador. Desde un montículo, provisto de unos pequeños, casi de diseño, prismáticos, y forzando una elegante pose —inclina la rodilla izquierda hacia delante y carga el cuerpo sobre ese lado— ante una cámara fotográfica, el general Ameglio parece disfrutar con el rápido despliegue, sin resistencia enemiga, de sus tropas.

En el cuartel general de los Jóvenes Turcos cunde la alarma. Podrían redoblar sus esfuerzos para hacer frente al ataque italiano. La propuesta es debatida. Un acaudalado empresario ruso de origen judío, Aleksandr Parvus, les ha ofrecido adquirir sofisticadas armas fabricadas en Alemania. La mayoría de los militares son germanófilos. Se cuenta para ello con un mediador excepcional: Emanuel Karasu, socio de Parvus. Algunos generales se observan, sorprendidos, al escuchar el nombre. Sin embargo, pronto vuelven a centrarse en el tema que les ha obligado a reunirse. Todos coinciden en advertir que un recrudecimiento de los combates sería un suicidio para el país. En Albania crecen los desórdenes públicos. Demasiados frentes a los que atender. Miembros de la inteligencia militar han detectado movimientos de tropas en la frontera con Montenegro. Austria mueve su gran peón en los Balcanes. Los generales temen que la hostilidad de Montenegro contagie a serbios, búlgaros y griegos, y que estos aprovechen la guerra con Italia para atacar a su eterno enemigo por la espalda del Egeo. «¿Qué es de nuestro ilustre diputado Emanuel Karasu?», pregunta uno de los militares de la Sublime Puerta. «Sigue intrigando». Quien contesta, con rostro ceñudo, es Mustafá Kemal, a quien pronto se le conocerá como Kemal Ataturk. «Salónica debe ser protegida», dice a continuación este nuevo héroe por cuya cabeza ya planea la revolución que hará de Turquía una nación nueva. Tendrán que pasar diez años más para que se cumplan sus sueños.

Antes, se firmará la paz con Italia, que es el epílogo de otra guerra aún más humillante, a la que sucederá otra, y luego vendrá otra aún más devastadora. Salónica es la joya más preciada por todos los enemigos de Turquía. Y como si asistieran a una visión del Apocalipsis que presienten, en las treinta sinagogas de la ciudad los sefardíes elevan al cielo sus plegarias. En una de ellas, la del *kal* aragonés, Isaac Carasso no ha dejado en ningún momento de agarrar la mano de su hijo Daniel, que hace unos días empezó a aprender la Torá. Se han cerrado los cines.

El toque de queda sume a la ciudad en su silencio solo interrumpido por disparos aislados y carreras de caballos al trote.

Caravaggio

Una sola vez, «recuerda una vez». Su voz resuena dentro, imperativa. No, jamás supo de ese sentimiento único, ni se interesó por la fuerza que lo mueve. Sin necesidad de mostrarse extravagante pilotando avionetas belicosas y desviadas de su rumbo. Quizá alguna remota vez, busca ahora en su memoria, superada la ingenua barrera de la adolescencia, en sus años marselleses, por la noche, en la soledad del cuarto de la pensión de *monsieur* Branchard —*madame* Aline, su mujer —, en una de las callejas del puerto alteradas por carnosas prostitutas, percibió esa carencia, desnudo. La carencia del arrebatador deseo de poseer a una mujer. Era muy joven, entonces. Curiosos aquellos fantasmales deseos: llegó a obsesionarse con la imagen de Holofernes, pero despierta a tiempo de que la cimitarra de Judith le cortara la cabeza de un tajo. Con los ojos bien abiertos, pensó: qué habría ocurrido si el musculoso general asirio —lo recuerda ahora, yaciendo en el lienzo de Caravaggio; siempre le impresionó; a Nina le entusiasmaba— hubiera agarrado a tiempo la mano asesina de la hermosa mujer y la hubiera atraído hacia su boca, *la suya*, y luego hacia el único de sus miembros, *el suyo*, que permanecía vehementemente despierto. Pensamientos descarriados. ¿Y la codicia carnal en los ojos de Salomé mostrando la cabeza del Bautista? También la mente oscura de Caravaggio. Vio ese cuadro en el palacio de Oriente de Madrid. En la antesala del cuarto del príncipe… Iban su padre y él a visitar a la infanta doña Isabel de Borbón… Por lo visto, todas sus excentricidades voluptuosas tenían que ver con el infierno de Caravaggio.

Un momento así, el de esas miradas, el de esos gestos, puede cambiar el orden de los salmos bíblicos, la historia de la humanidad, la vida de un hombre. ¡Lo reconoce! Mas, en sus ciento cuatro años, él solo había experimentado un permanente y tedioso control de su equilibrio emocional, manteniendo a raya su ambigüedad. Ni pilotó avionetas para sobrevolar corazones de doncellas, ni tuvo amantes desgarradas por el deseo, ni escribió misivas ardorosas, ni supo entender el canto de los urogallos en celo. Había amortizado todas las cuotas de su vida y ahora se percataba de que tenía una deuda pendiente que nunca, *jamais*, podría saldar.

4

Liberado de enrolarse en el ejército, Isaac Carasso, que acaba de cumplir treinta y seis años, ha sido informado sobre la inminente llegada del cónsul español. Una buena mañana dirige sus pasos a las oficinas del Banco de Atenas dispuesto a que su amigo Chrisaphis le cuente las últimas novedades. En realidad, lo que más le interesa saber es si se mantiene el régimen de capitulaciones suscrito el pasado siglo por España con la Sublime Puerta. El nombre del banquero suena en los mentideros diplomáticos de la ciudad como ayudante del nuevo cónsul. Se pretende que este cuente con un equipo de colaboradores de confianza. Desde luego, el influyente Chrisaphis ha demostrado en los últimos años ser merecedor de esa confianza. También suena el nombre de Abrabanel para ocupar el puesto de canciller, cargo también honorífico y sin sueldo. Es una cuestión de prestigio, y tanto Chrisaphis como el autor teatral saben que del honor que les dispensa la diplomacia española solo cabe esperar el privilegio de pertenecer a una casta muy especial. Abrabanel es, además, alguien que conoce a fondo los asuntos españoles y posee una habilidad especial, aunque a veces sea comprometedora, para introducirse en círculos políticos y relacionarse con rabinos, imanes y monjes derviches. Pese a las convulsiones a las que está sometida la ciudad, los cónsules no solo constituyen en Salónica una oligarquía inviolable. También son los aristócratas de la ciudad. El lujo de sus palacetes nade tiene que ver con el sufrimiento de miles de familias atemorizadas. Los cónsules gozan de impunidad, son inviolables. Son como dioses.

El nuevo consulado de España no es una excepción a ese estatus de excepcionalidad. El país que acaba de salir de un desastre humillante está dispuesto a renacer de las cenizas de las vejaciones a las que ha sido sometido. Es el banquero griego quien se encarga de buscarle al diplomático español una casa digna de su rango, y a España un palacete que no desmerezca de las otras legaciones. Si es posible, comparable con las sedes de las principales potencias. Chrisaphis adelanta a su amigo que ya ha hecho algunas gestiones en ese sentido valiéndose de su cargo en el Banco de Atenas. Resulta que la sucursal de la que es director es también la encargada de administrar las fincas de la Banca Modiano, muy afectada por la guerra contra Italia y la fuga de sus directivos italianos. Para poder mantener los deteriorados niveles de negocio, se decidió rebajar los precios de los alquileres de sus fincas. La más preciada de ellas es un elegante chalé junto al mar. Ideal para convertirse en sede diplomática de España. La única diferencia del inmueble en cuestión con el de los consulados de Rusia y Austria es que no posee embarcadero para acceder directamente a la bahía de Salónica. Por el contrario, ofrece otras comodidades superiores a las de los otros consulados.

—¿Pero sabe usted algo de las capitulaciones? —pregunta Isaac Carasso, a quien solo le preocupa enterarse de si el gobierno de los Jóvenes Turcos suprimirá los privilegios que gozan los ciudadanos protegidos por otros países. Es un rumor insistente.

—¿No se da usted cuenta, amigo Carasso? ¡Solo le faltaba a Turquía tener ahora que enfrentarse a potencias europeas!

—Entonces, ¿usted cree que las cosas no cambiarán?

Uno de esos días, Isaac Carasso se adelanta a los acontecimientos. Los buques de guerra italianos dominan las rutas del Mediterráneo. La llegada del cónsul español, que se prevé por vía marítima, se demora más de la cuenta. Preso de una excitación devoradora, decide proponer al banquero su inscripción y la de los miembros de su familia, incluida la pequeña Flor, en la libreta originaria de registros de protegidos encontrada en la embajada de España en Constantinopla. Al principio, Chrisaphis lo ve descabellado. Cambia de opinión cuando Carasso le dice estar dispuesto a todo, incluso a desplazarse a la capital turca para rogar al embajador su alta en ese libro de registros. Naturalmente, en el «todo» al que se refiere implica hacer frente a los gastos que origine la gestión que solicita. Isaac Carasso parece haber perdido los papeles. Pero habla en serio. Lo demuestra cuando el banquero escucha, atónito, que es capaz de ofrecer la mitad de sus bienes para asegurarse la condición de «protegido español». De manera que el bueno de Anastasios Chrisaphis, que a fin de cuentas prepara la recepción del nuevo cónsul y desea que todo esté en orden para cuando el diplomático llegue, acepta la propuesta de su amigo, a quien recrimina su actitud de ofrecer dinero a cambio.

—Lo lamento —le dice Isaac Carasso, avergonzado—. Me aseguraste un día que el hecho de que uno de mis antepasados encabezara esa lista de protegidos facilitaría las cosas —explica Isaac Carasso, aún turbado—. Es el momento de demostrarlo, amigo mío.

—Así debe ser.

Ya le ha pedido disculpas, pero Chrisaphis se sorprende por lo que ve y lo que oye; el gesto adusto de su amigo. La aspereza de su voz. Fuerza un equilibrio corporal que no llega a completar; le tiemblan ligeramente los dedos de las manos.

—Estoy dispuesto a cualquier cosa con tal de obtener para mí y para mi familia el visado de protegidos por el reino de España.

La guerra contra Italia y las amenazas de otras contiendas cambian el talante de Isaac Carasso. Su visión de las cosas se ha vuelto pesimista. Salónica es un anacronismo en el escenario europeo de *La Belle Époque*. Qué porvenir le espera a sus proyectos. Ha montado en el desván de su casa un pequeño laboratorio donde hace pruebas y experimentos. Le obsesiona el mantenimiento de las cepas del *jaurt* en las mejores condiciones, y hace tiempo que se ha iniciado en procesos, muy rudimentarios, de liofilización. Está al tanto de los avances sobre congelación rápida. Estudia a fondo los métodos de esterilización iniciados por Lois Pasteur, su mentor inseparable. No tiene prisa en el desarrollo de su trabajo, pero es minucioso hasta la exacerbación en la doméstica producción de sus concentrados. Está convencido de que, más pronto que tarde, dispondrá de un sistema propio para la producción industrial del yogur tal como lo obtienen en sus granjas los pastores búlgaros.

Pero la maldita guerra trastoca sus planes.

Ha leído noticias alarmantes sobre la movilización de tropas en algunos países balcánicos. Por si no fuera suficiente con el atronador redoble de los tambores de guerra, sus amigos de origen italiano —Allatini, Modiano— han caído en desgracia de las autoridades turcas. Había pensado en que ellos le ayudaran a financiar la producción en cadena del yogur. No sabe qué hacer. La opción de regresar a España y de iniciar una nueva vida en la tierra de sus ancestros alumbra su interior como un eclipse de luna saliendo del cono de penumbra de la Tierra.

Unos días después, Chrisaphis llega a un acuerdo con el jefe de negociado de la embajada española en Constantinopla para que le haga llegar a su oficina del Banco de Atenas en Salónica, por valija diplomática, cuantos documentos se hayan encontrado en la legación diplomática que tengan que ver con protegidos o con otros tipos de registros, incluidos los de empresarios judíos que hubieran establecido relaciones comerciales con España en los últimos veinte años. Y esgrime un argumento incontestable: es su deseo facilitar al máximo la misión principal del nuevo cónsul, lo que equivale a allanar las dificultades de repatriación de los sefardíes españoles residentes en Salónica.

Isaac Carasso tiene razón. El huésped al que impacientemente aguardan Chrisaphis y él aún tardará en llegar a Salónica varias semanas. Uno de esos días en que hablan sobre la vigencia de las capitulaciones entre Turquía y España, el recién nombrado cónsul de España sube las escalas de un mercante de poco más de setenta metros de eslora fondeado en el puerto báltico de Riga, ciudad en la que Antonio Suqué ha defendido los intereses —comerciales, fundamentalmente— de su país ante la Madre Rusia durante más de un año. El mercante lleva las bodegas atestadas de troncos de madera. Su destino, Dunquerque, norte de Francia. A un diplomático como Antonio Suqué, de noble y elitista apariencia, le habría gustado viajar en un moderno paquebote, pero no le cabe más que ajustarse a lo que hay. Las arcas de la administración española no están para muchos dispendios. Pronto se percata de que es el único pasajero a bordo, de que los tripulantes, aunque hoscos en el trato, lo miran con respeto, y de que el capitán —sospecha que obedeciendo órdenes de instancias superiores— le ha reservado el mejor camarote del barco, probablemente el que utiliza el mismísimo armador de la naviera. Es un detalle que tendrá que agradecer al ministerio. En cubierta, bajo la toldilla del mercante, Antonio Suqué pasa las horas muertas de la travesía mirando al mar y leyendo libros. Mientras el barco se desliza por las tranquilas aguas del Báltico, piensa en su nuevo destino. De Salónica lo único que sabe es que forma parte del Imperio turco desde hace más de cuatro siglos, que en ella viven miles de judíos, la mayoría sefardíes, y que es el epicentro de los nuevos terremotos detectados por el sismógrafo de la política europea.

Antonio Suqué es un concienzudo analista de la situación internacional. Hace tiempo que escribe sus memorias. En ellas, además de relatar las peripecias propias de su cargo en diferentes consulados —Orán, Londres, San Francisco, Riga—, ahonda en las raíces de una crisis solapada bajo la piel de una Europa aparentemente feliz y altanera, irreflexiva y confiada. No descarta publicar un libro que recoja sus experiencias e inquietudes. Ha hecho llegar algunos capítulos a varios amigos, entre ellos el duque de Maura. Ahora acude a esa ciudad, Salónica, con el corazón encogido en un puño, sin realmente tener una conciencia clara de lo que ha de hacer. Se le ha encomendado una misión a la que no sabe cómo calificar, si como evangelizadora o si de alta

responsabilidad política. Tal vez tenga mucho de lo uno y de lo otro. ¿Por qué ahora? Se ha hecho esa pregunta varias veces: todos los gobiernos europeos saben mucho más de lo que a primera vista dan a entender. Mueven sus peones en el tablero de ajedrez de la vieja Europa al que imaginan como un gran campo de batalla. «Si estalla una guerra, será de cuarenta y ocho horas». Es lo que dicen en las cancillerías los más optimistas, que son la mayoría. Él cree que más bien será todo lo contrario. España está al margen de esas intrigas.

Son algunos de los pensamientos que guían su mano cuando escribe. Lo hace de continuo, bajo la toldilla del barco, en su camarote por la noche, o cuando se siente inspirado en el comedor del mercante ante el rancho diario que le sirve en mano un cocinero bielorruso de aspecto zafio y con brazos peludos como los de un oso.

Por qué él, precisamente él. Por qué Salónica, en cuyo puerto no ha recalado un mercante español en los últimos dos años. Se había informado de buena fuente. Suqué cavila respuestas, sopesa argumentos. Algo ha oído hablar sobre los viajes del senador vitalicio Ángel Pulido a los Balcanes y de los planes del gobierno, primero del de Antonio Maura —antes de la Semana Trágica—, luego del presidido por José Canalejas, sobre la población sefardí de Salónica. Nuevos vientos. Extraños vientos de la política española. Desconfía de la eficacia de la administración a la que sirve desde hace diez años. No termina de liberarse del férreo marcaje al que le somete la implacable y trasnochada burocracia del país. Lo de Larra: «Vuelva usted mañana». En cualquier caso, también cree que el sistema de capitulaciones suscrito con Turquía puede facilitar las cosas: los sefarditas que lo deseen podrán acogerse sin problemas administrativos a la protección española. Un compañero suyo, francés, le ha comentado: «¡Todo es mucho más fácil en un país con capitulaciones!». Probablemente tenga razón.

¿Y por qué tantas prisas a última hora? Solo cabe una respuesta: si los conflictos bélicos persistiesen, y si sus consecuencias modificaran los estatus políticos, las reglas vigentes sobre protección de súbditos españoles podrían cambiar de la noche a la mañana. Eso en el supuesto de que los denominados *protegidos* tuvieran la consideración de *súbditos*, y si estos fuesen equiparables en derechos civiles a los que tienen los ciudadanos españoles. Dicho de otra manera: ¿tiene derecho a pasaporte un *protegido*, un *súbdito*? La administración española no había resuelto las dudas. Naturalmente que existía una voluntariedad manifiesta por equiparar los intereses de quienes deseaban acogerse a la condición de protegidos con los nacionales patrios en su conjunto, pero un aspecto tan destacable desde la perspectiva romántica del poder —y de la generosidad de quienes impulsan esa política, con Pulido a la cabeza— no la contemplaba la legislación internacional en materia de visados.

Así que, mientras la proa del mercante se abría paso como un cuchillo en el Báltico, el nuevo cónsul de Salónica se mortificaba pensando que su gestión al frente de la nueva legación diplomática estaba abocada a tener que habilitar los sótanos del consulado para acoger a cientos de sefardíes suplicándole asilo, y sin saber realmente qué hacer. «Tendré yo que resolver sobre la marcha los problemas que a buen seguro se presenten».

Y a todo esto, se pregunta en un golpe de escepticismo: ¿habrán encontrado un local adecuado? No había reparado en un hecho tan fundamental. Él no había intervenido, desde luego, en esa búsqueda, ni sabía que hubiera sido encomendada a alguien. Piensa al instante en su familia, a la que debía recoger en Vic: «¿Y una casa digna para mi mujer y mis tres hijos? Una casa, además, suficientemente espaciosa para instalar los muebles que nos tendremos que llevar

y para que mis hijos crezcan en un ambiente saludable». Le han dicho algunos colegas que se prepare para defenderse de los ataques de los mosquitos y de las fétidas chinches. A solas, en cubierta y bajo un cielo de constelaciones con formas de jibión, meneaba la cabeza, riéndose de su sombra perdida en el desfiladero del Gran Bel: «¡Y menos mal que mi padrino es el marqués de Tenerife y duque de Rubí!».

Una galerna encrespa el océano nada más dejar atrás la punta de Skagen, en la península de Jutlandia. Aguarda el mar del Norte, negro. El mercante se bate contra las olas, impulsadas por un poniente desatado, como una cáscara en una corriente de aguas bravas. Antonio Suqué vomita, descompuesto. Los golpes de mar lo someten al castigo de un boxeador invencible, y cae abatido sobre cubierta, zarandeado de estribor a babor sobre las cuadernas. Un par de marineros lo llevan en volandas hasta su camarote, donde pasará el resto del viaje. Lo despiertan unas horas antes de llegar a Dunquerque. No sabe el tiempo que ha estado durmiendo con el estómago vacío y la mente borracha, dándole tumbos. Renace cuando pone pie a tierra. Busca un buen restaurante. Engulle con apetito una langosta, regada con vino blanco del país. Duerme en una pensión: cama alta, con edredón de plumas de pato, le han dicho en la recepción. La propietaria, una mujer amable de padres españoles, le prepara la bañera, con jabón de fresas y sales. Al día siguiente, coge el tren hasta París. Aguarda en la estación del Norte un par de horas a que parta el expreso hasta la frontera española. Duerme de un tirón en la litera de un compartimiento individual. Cambia de tren en Port Bou. España lo recibe con un sol diamantino. Abre la ventanilla para dejarse envolver en la brisa mediterránea que le llega húmeda e impregnada de resina de pinos. Y, por fin, llega a Barcelona. En Vic lo reciben su mujer y sus tres hijos. Solo disfrutará de ellos algo más de setenta y dos horas. Tiempo apenas suficiente para preparar el viaje, cablegrafiar al ministerio, visitar al gobernador militar de Cataluña y embalar muebles en contenedores que le parecen enormes. Toda la familia, más la asistenta de los niños, embarcan en un pequeño paquebote que los llevará hasta Marsella, donde les espera otro de mayor tonelaje de la Compagnie Maritime en el que cruzarán el Mediterráneo hasta Atenas. Los muebles se facturan para ser transportados, sin escalas, hasta Salónica en otro barco carguero de la misma compañía.

La apacible travesía —nada que ver con la del mar del Norte— es presagio de una venturosa estancia en Atenas durante cinco días. Son los únicos de descanso de Antonio Suqué desde hace tres semanas. ¡Cinco días instalados en la mansión de su colega el cónsul en Atenas!

Fábregas es un hombre de elegancia postiza y rubicundos mostachos, pero amable hasta la exasperación aristocrática, que se vuelca en atenciones para con él y su familia. La esposa de Mariano Fábregas cubre las camas de sus pequeños con colchas que reproducen la bandera española. Es lo primero que ven sus hijos cuando despiertan: suspira cuando lo dice, evocadora: «¡Echamos tanto de menos a nuestra patria!». Antonio Suqué no hace comentario alguno cuando doña Dolores de Fábregas le muestra las colchas rojo y gualda, pero se le atraviesa en la mente la sospecha de que los altos dignatarios diplomáticos de su país poseen un sentido del patriotismo bastante alejado de la realidad. Todo es consecuencia, piensa, del sentimiento nacional —regeneracionista— antidepresivo que impulsan algunos intelectuales y poetas encabezados por Azorín y Ramiro de Maeztu. «La que me espera en Salónica», murmura para sí el cónsul echando una última mirada a las colchas, que han encantado a su mujer, pariente del general Weyler —lo que no tardará en cuchichear en el oído de la anfitriona, pero lo suficientemente alto

para que Fábregas se entere—, y mirando de soslayo a su amable colega. «¡No me diga que es usted familiar de nuestro marqués de Tenerife y duque de Rubí, grande de España, glorioso héroe en Cuba!», exclama Fábregas, alborozado, tendiendo sus manos a la esposa de su colega. Antonio Suqué se mira la punta de los zapatos y vuelve a concentrarse en sus prosaicos pensamientos: «Si supieran que me han destinado a Salónica gracias a don Valeriano Weyler y Nicolau…».

5

Será un vetusto vapor griego el que les lleve a Salónica. Antonio Suqué no tardará en advertir a bordo que se encamina a un mundo diferente, carnosamente atractivo, exótico. La cubierta del barco es un escenario flotante de cómo él se imagina el Próximo Oriente. Hombres tocados con fez. Algunos turbantes. Babuchas. Mujeres con largas faldas y coloristas pañuelos de seda cubriéndose la cabeza. Rostros de tez morena. Ojos resplandecientes en gama de colores del negro al azul. Y junto a ellos, una extravagante muestra del *derniere cri* de la moda francesa en los sombreros con plumas que lucen algunas mujeres que pasean con aires de melancólicas princesas rusas por cubierta, y en los ajustados pantalones de los hombres que permiten visionar el volumen de sus genitales, que cargan, casi siempre, a la derecha de la entrepierna.

Un grupo de judíos, tocados con la kipá, hablan silenciosamente, discretos como hormigas. Saludan algo atemorizados, ¿por qué?, a todos los pasajeros con los que se cruzan: basta una levísima inclinación de cabeza y cierran los ojos beatíficamente. Uno de ellos se acerca a Antonio Suqué y, tras la oportuna reverencia, llevándose la mano derecha a su kipá de lana, le dice:

—Perdone mi atrevimiento, señor. Pero les he oído hablar; a los niños, preciosas creaturas. Es inevitable. ¿Son ustedes españoles?

Su español suena un tanto extraño, pero inteligible —habla muy despacio, como si hubiera recibido instrucciones para hacerlo— y con un gracioso seseo que recuerda a los rezos de las viejas en una iglesia.

—Sí, somos españoles —contesta el desprevenido cónsul.

—Nosotros somos judeoespañoles —replica el judío, acompañándose de un gesto humilde.

—¿Sefardíes? —pregunta Suqué.

—Así nos llaman, señor, en recuerdo de nuestra tierra, Sefarad, que es también la vuestra, por lo que veo.

Se trasluce en su tono de voz un cierto desgarro anímico, casi una emoción. El cónsul, que se ha separado unos metros del lugar que ocupan en cubierta su mujer y sus hijos, sucumbe al placer de hablar abiertamente con aquel hombrecillo amable que lo observa con la avidez de quien aguarda, expectante, una respuesta que se hace de esperar, y le agrada escuchar aquel lenguaje culto en el que se entremezclan palabras que le recuerdan a Góngora, a Quevedo, a Lope de Vega y a Cervantes.

—Soy el cónsul español en Salónica —suelta de sopetón—. Y estoy decidido a ayudarles en lo que pueda, señor…

—Covo —responde el judío, inclinando la cabeza.

Seguidamente, el sefardí, que viste, como todos los de su grupo, de negro, camisa blanca y zapatos negros de horma exageradamente ancha en las punteras, mueve la cabeza varias veces de arriba abajo, dando la impresión de haber acertado una adivinanza que se había hecho a sí mismo nada más ver a aquel elegante caballero con corbata de cuello duro. No dice lo que piensa en ese instante. Es un hombre prudente y no desea levantar suspicacia alguna en aquel señor de modales de alcurnia que lleva un impecable traje de color gris, chaqueta cruzada, chaleco del mismo color y botones negros, y se toca la cabeza con un sombrero que a él le parece de copa, de *copa corta* más bien, si se puede llamar así a una prenda que desconoce y que no se ve en las calles de Salónica salvo en las recepciones de los patricios diplomáticos. Y la voluminosa pajarita que ciñe a su cuello, de puntas artesanalmente pespunteadas, tan diferente a todas las que él ha visto. Covo se impresiona: nunca había imaginado que en la corte de Alfonso XIII se vistiera tan elegantemente.

El judío que le habló se llama Moisés Covo, está casado con Raquel Carasso, y dice ser un hombre de negocios: en realidad, soy un hombre de números, viene a decir, esquivando la mirada. La precisión obliga al cónsul a cerrar el círculo de sus sospechas.

¿Un banquero? A Covo se le identifica en ese momento por su huidiza mirada reposándola sobre el mar y bañada en una sonrisa escueta, apenas enganchada en la comisura de sus labios.

—No del todo; soy lo que ustedes calificarían como un hombre de finanzas —precisa.

La exclamación admirativa que sigue de Antonio Suqué apenas tiene efecto en el semblante del sefardí, que no está dispuesto a dar más explicaciones, aunque se siente halagado por la curiosidad del cónsul. Pero Covo se escabulle. Le explica que estuvo varios días en París, de negocios, tratando con banqueros. Asuntos baladíes. Sin embargo, Antonio Suqué se anima a formularle una nueva pregunta, lo que hace con un tacto muy especial; tanto, que parece hacerle una confidencia.

—¿No será usted corredor de bolsa?

Moisés Covo sigue sin contestar. Abrumado por la cortesía del diplomático, levanta los hombros, pero no para mostrar su indiferencia, ni para desconcertar al cónsul; solo para dejar entornada una puerta que nadie debe cruzar en ese momento. El cónsul lo entiende. Le ha propinado un cachete en el hombro que suena a algo así como: «De acuerdo, ya nos veremos, amigo».

Poco antes de llegar a Salónica, Antonio Suqué y Moisés Covo tienen una nueva oportunidad de hablar. Después de tomar café en el comedor del barco, a solas en cubierta y a la vista de las ásperas costas macedonias. Por fin, Covo se decide a confesar que hace semanas que los periódicos locales vienen informando con asiduidad sobre la llegada de un cónsul español a Salónica —«El primero, tengo entendido», «¡Oh, sí, me ha tocado a mí»—, y que las noticias a este respecto habían exaltado los ánimos de muchos sefardíes. «¿Exaltado?», pregunta Suqué. «¡Por supuesto!», exclama Covo. Todo tiene su explicación, matiza el judío: algunos columnistas vienen comentando desde hace tiempo en sus periódicos la significación que para todos los que forman la numerosa familia sefardí ha tenido la creación de la Unión Hispano Hebrea. Y, naturalmente, el celo de un grupo de políticos españoles, encabezados por su majestad el rey, por intervenir en asuntos que conciernen a la seguridad de la comunidad judeoespañola. Y concluye: «Es evidente, señor, que así se corresponde al amor que los de mi raza y credo sienten por la tierra que parecía habernos dado la espalda para siempre».

Le viene a decir que en Salónica se está al corriente de lo que se ha estado cociendo los últimos años en el palacio de Oriente. De ahí que la llegada del cónsul haya despertado tanto alborozo como curiosidad.

—Y fíjese lo que le digo, señor cónsul: esa curiosidad también se refleja en las legaciones diplomáticas de otros países. Me atrevería a confesar, modestamente, que hasta se han sorprendido. ¡Y en qué manera! Tenga por seguro que no esperaban que España se enrolase en uno de los clubs diplomáticos más viejos y selectos de Europa. —Esto último lo dice el corredor de bolsa atreviéndose a dar un salto del comedimiento a la sorna—. Aunque no es oro todo lo que reluce, ¿no se dice así?

El cónsul se queda pensativo.

—Ha dicho usted exaltado; ¿mi nombramiento les ha exaltado, señor Covo?

El sefardí se siente obligado a justificarse.

—Corren tiempos muy difíciles en Salónica, señor, y su presencia es, para muchos, como la de un *salvador*.

Tras asentir, mascullando la última palabra que ha escuchado, el impresionado Antonio Suqué afirma, tajante:

—Mi papel, se lo aseguro, no es el de un *salvador*.

—No quería herir susceptibilidades, señor mío.

El cónsul se disculpa gestualmente como queriendo decir: «No es eso, no, perdone usted».

La tibia brisa del atardecer se oscurece por las nubes de humo que sueltan las tres chimeneas del paquebote francés. Las máquinas aminoran su velocidad conforme se van cerrando las tenazas del golfo Termaico, como las de un buey de mar en pleno cortejo nupcial. Al fondo, Salónica aparece como una línea plana y luminosa que tiembla ante las batidas cada vez más penetrantes del Egeo.

—Hermoso mar, hermosa ciudad —comenta Covo con los ojos fijos en la muralla blanca que se acerca lentamente, en los tejados de los palacetes, los minaretes de las mezquitas. El cónsul asiente, dominado en ese momento por extraños presentimientos—. Lloraré el día en que tenga que abandonarla —continúa Covo, sin dejar de mirar al horizonte—. Sospecho que ese día está próximo.

Es toda una confesión, se dice en sus adentros el cónsul. Aquel hombre le ha querido transmitir, más que una decisión a tomar, un sentimiento. Y lo ha hecho por alguna razón que se le escapa.

—¿Tan grave es la situación? —pregunta Antonio Suqué, súbitamente sobrecogido, pero en alerta.

Gira la cabeza y observa el rostro del sefardí: sus ojos azules, su barbilla recortada, la kipá cubriéndole la calva, sus manos sujetando con fuerza la barandilla del buque. Le calcula unos cincuenta años, aunque aparenta más edad. Por la bocamanga le cuelga un reloj de pulsera. Un pañuelo de un blanco purísimo, estrujado en uno de los bolsillos de la chaqueta, semeja que lleva dentro una paloma. Sí, el hombre que tiene ante sí tiene algo de prestidigitador. «Transforma el oro en dinero», se dice en sus adentros el cónsul.

—Lo entenderá muy pronto —dice Covo, abrumado por los presentimientos más pesimistas.

Nada más poner pie en tierra firme, Moisés Covo abraza a su hijo José, a quien llama Pepo, que lo aguarda junto a la escala. José es un buen mozo espigado que viste a la europea. Hace muy poco tiempo le ha dado una nieta, Nina, que le ha devuelto la alegría de vivir.

Moisés ruega a su hijo que se haga cargo del equipaje. Ambos suben a una calesa estacionada junto al espigón del puerto. Ya en marcha, al ruidoso trote de la yegua sobre los adoquines, Moisés ruega a su hijo que detenga el carruaje en casa del *tío* Isaac. Ha de decirle algo importante. «Sí, claro», debe comentarle el encuentro con el cónsul. José muestra una expresión interesada, pero no pregunta. «Serán solo unos minutos». Está anocheciendo. Son noticias prometedoras, susurra para sí Moisés cuando baja del estribo. La llegada de aquel hombre puede ser providencial. Se despide de su hijo en la puerta de la casa.

Frente a la puerta, observa la pequeña pieza de metal con el texto grabado del *Shemá*: «Escucha, Israel; el Señor es nuestro Dios; el Señor es Uno». Le abre Isaac Carasso. Detrás, la sombra del *cavas* en el contraluz del jardín donde Daniel juega junto a la cuna en la que duerme Flor. Covo deduce que el *cavas* vigila a los niños. «Pasa, pasa». Isaac trabaja con papeles, documentos de partidas de aceite de oliva rumbo a Austria, de frutos secos con destino a Suiza. Los negocios se resienten; las vías marítimas están severamente controladas por los italianos. Hablan del cónsul. A Moisés le ha causado buena impresión.

—Es nuestro hombre, quien realmente nos puede ayudar —le dice, convincente.

En una de las esquinas de la mesa a la que se sientan en el sótano se apilan documentos discretamente ordenados sobre una carpeta. Da la impresión de que han sido manoseados hace poco tiempo. Isaac le explica que son papeles que le ha pedido su amigo Chrisaphis.

—Ha prometido ayudarme.

Covo echa un vistazo a los papeles, muy por encima.

—No me fío de ese griego —dice, pero la verdad es que no sabe por qué lo dice.

—No estaría de más que vosotros también tuvierais preparados vuestros papeles —dice Carasso. Se refiere a los Botton y a los Levi—. Los vais a necesitar para formalizar los registros como protegidos.

Entra Esterina portando una bandeja de plata. Moisés asiente ante su primo.

—Es lo primero que exigirá el cónsul.

Humean las tazas. Los dos hombres beben. Apuran el café. Cuando Moisés Covo abandona la casa y dirige sus pasos a la suya, a tres manzanas, bajando hacia la rompiente del puerto, siente a cada paso cómo en su interior crece la certeza de que *él y sus primos* tienen que estar más unidos que nunca. Recuerda que su nuera, Noemí, acaba de dar a luz una niña. En la fiesta de las hadas le han puesto el nombre de Marina. Él ha empezado a llamarla Nina y ya hace planes sobre ella. Su hijo Pepo está de acuerdo Sí, cree que un día no muy lejano se convertirá en la mujer de Danón. Isaac Carasso está conforme. «Tendremos que hablar de ello más adelante y redactar el contrato».

El carguero con los muebles de la familia Suqué se desvía de su ruta por razones nunca explicadas y, rebasado el estrecho del Bósforo, su capitán ordena fondear el barco en el puerto de Rumelifeneri, en la entrada del mar Negro. Al cabo de un par de días, y viendo que nadie reclamaba los contenedores, el capitán pone proa al sur y fondea su barco en el puerto de Salónica. Las críticas del cónsul de España ante la naviera francesa, por el retraso, se ahogan en un expediente de varios folios que a saber si llegaron alguna vez a su destino. Pero lo peor está por venir: una vez localizados el carguero y los muebles, cuando los marineros se afanaban por descargar en uno de los diques de Salónica los contenedores precintados, algunos de los embalajes caen al mar. Hubo que improvisar una operación de rescate, con buzos incluidos, en la que también intervienen varios carpinteros sefardíes buscados por el siempre solícito Chrisaphis, que se afanan en arreglar los desperfectos. Al final, se salvan algunas piezas, pero no se recupera la más valiosa: una cómoda de madera de baobab fabricada en La Habana por artesanos cubanos, regalo al matrimonio Suqué por el entonces capital general de la isla, Valeriano Weyler.

Antonio Suqué no tiene más remedio que buscar un lugar en el que alojar a su familia mientras quienes aspiran a ser sus más directos colaboradores, entre ellos el banquero Chrisaphis y el trapisondista Abrabanel, intentan resolver un problema doméstico que ha truncado su entrada triunfal en Salónica. Malos augurios. Chrisaphis se ve obligado por las circunstancias a suspender los actos de recepción al nuevo diplomático que había organizado y paga de su bolsillo al personal de limpieza que ha dejado como una patena la casa en la que se albergará la familia del diplomático. La prudencia aconseja guardar silencio para que el hecho no trascienda a los periódicos —labor que fue encomendada a Abrabanel—, menos aún a las sedes diplomáticas acreditadas en la ciudad. Imposible evitar que los consulados de Francia, Inglaterra y Austria difundan aristocráticas y mordaces burlas sobre el accidente: «Tal vez los buzos encuentren también los barcos hundidos en Cuba y Filipinas».

El enrabietado cónsul solicita por vía diplomática y con sello de urgencia al ministerio una partida extraordinaria de fondos para comprar muebles nuevos que sustituyan a los que han desaparecido en el fondo del mar, o para reparar otros que habían sido rescatados. Pasa por alto el «incalculable valor», se lamenta en un escrito, de algunas de las joyas artesanales perdidas para siempre. La segunda petición engrosa considerablemente el volumen de gastos: el permiso de sus superiores para alojarse provisionalmente con su familia en el hotel Splendid Palace, que no es, pese al nombre, la estancia que se merece un diplomático español en misión especial, pero sí el mejor de Salónica, aunque pasa por ser un punto de reunión de políticos conspiradores.

Al día siguiente del hundimiento de los muebles, Mariano Fábregas cablegrafía al Banco de Atenas para dar su consentimiento a las dos reclamaciones de su colega, sin esperar el visto bueno del Ministerio de Asuntos Exteriores. El mismo Chrisaphis se encarga de entregar en mano al desolado cónsul el despacho que acaba de recibir en la oficina del banco que dirige.

—No todo se ha perdido —dice el griego.

—Más se perdió en Cuba, desde luego —contesta el cónsul.

6

Ahí está Radko Milosevic. Con qué habilidad se mueve entre los grupos de invitados que beben. Sobre todo cuando se aproxima a las mujeres que protegen sus murmuraciones en corros infranqueables. Él es la excepción. En el momento en que Radko se les acerca, el corro se abre, y a él se le deja pasar al centro. Radko, cónsul de Serbia, pasa por ser «el hombre más hermoso de Europa». No suena mal en español. En inglés resulta más enfático, sin embargo: *The most beautifull man in the old continent*. Pero a las mujeres les gusta más la expresión en italiano: *L'uomo più bello del mondo*. De manera que siempre, cuando lo ven aproximarse con su copa de brandy en la mano, torciéndose la pajarita negra y bebiendo a sorbitos mientras domina la escena desde sus ojos azul nieve, alguna se arranca: «¡Oh, mirad quién se acerca, *il più bello ragazzo*». Y entonces, él se pavonea, convencido de que es cierto cuanto se dice. Porque es lo que aseguran todos, menos la esposa del cónsul de España; la primera vez que lo vio, murmuró al oído de su esposo: «Pero si parece uno de esos monos de Madagascar». «Un lémur, querida».

Radko acaba de cumplir los cincuenta años, pero para las invitadas a los cócteles de los consulados, es, simplemente, un *bello ragazzo* que las libera de su insoportable rutina diaria a merced de los protocolos de sus maridos en una ciudad insufrible a causa de los mosquitos y las chinches. No salen a las calles, que son, dicen, basureros. Seguramente lo parecen. Y tal vez lo sean: basureros en los que la población hambrienta busca algún hueso para roer. Calles en las que se hacinan cientos de residentes en la parte alta de la ciudad, junto a las murallas, que empiezan a sufrir los estragos de la guerra contra Italia y de las rebeliones fronterizas.

De manera que las legaciones diplomáticas en Salónica son como fortalezas flotantes en medio de un lago cenagoso. Viven de espaldas a la angustia que embadurna las calles de la ciudad, sacudida también por el tifus y el cólera. No hace falta escuchar el estruendo de los cañones en África o en las islas del Dodecaneso; pronto sonarán otros más cercanos. En cualquier caso, los consulados, empantanados en mansiones lujosas y asépticos palacetes a orillas del Egeo, están diplomáticamente blindados contra las guerras. Por eso se refugian en ellos los aristócratas diplomáticos de las potencias europeas. Y por eso, cualquier oportunidad es buena para celebrar fiestas y recepciones. Contratan bandas de música que interpretan los himnos nacionales de los cónsules que acuden. El protocolo es estricto. Aunque, de vez en cuando, surge el fallo estrepitoso. En la primera recepción a la que asiste, a los pocos días de su llegada, el nuevo cónsul español, una fiesta que organiza su colega ruso, la banda de música interpreta el *Himno de Riego*. Antonio Suqué protesta en el despacho de la legación. Es el propio cónsul ruso quien baja a la calle, destituye a su jefe de protocolo y ordena que se busque urgentemente la partitura de la *Marcha Real.*

Antes de organizar la suya, la que había previsto el ya oficialmente confirmado vicecónsul de la legación, Anastasios Chrisaphis, antes incluso del hundimiento de los muebles, Antonio Suqué tiene la oportunidad de acudir a varias recepciones que le ofrecen algunos colegas en su honor. Así funcionan las relaciones diplomáticas en la ciudad polvorín de los Balcanes. A las invitaciones a tomar el té que cursa el cónsul británico se debe acudir con levita y con señora —traje largo y sombrero de plumas, cuanto más aparatoso, más civilizado y refinado el gusto—, acompañados por un *cavas*, guardaespaldas de uso exclusivo en los consulados. Desde luego, no se puede ir por la calle sin protección, menos aún un diplomático, pero los *cavas* son un icono de prestigio en las legaciones. Por regla general son albaneses. Nadie conoce realmente el motivo. «Será porque las mejores familias judías tienen *cavas* albaneses». Isaac Carasso, por ejemplo.

Fue el *cavas* de Isaac Carasso quien se encargó de buscar a un compatriota para ocupar el puesto de *cavas* en la legación española. En realidad, Chrisaphis le pidió a Carasso que mediara en esa búsqueda. Y el sefardí recogió la petición con cierta complacencia. Otro motivo que refuerza la estrategia de *sus primos* de hacerse amigo del cónsul.

El consulado español solo posee un *cavas*. El austriaco, tres. El ruso, cinco. A veces, los cónsules, con algún brandy de más, bromean sobre la relación existente entre la polla de cada cónsul y los *cavas* contratados por su legación. Cuantos más *cavas* al servicio del consulado, se presupone una polla más larga en el cónsul, aseguran. ¡O en el vicecónsul!, exclaman tintineando los vasos con whisky y soda. Naturalmente, estas bromas se hacen en *petit comité* y casi siempre en torno al cónsul francés, que es quien suele poner la nota más picante en el aristocrático protocolo. El cónsul francés ha dicho en alguna ocasión que el espíritu libertino que todo hombre luce a oscuras en su subconsciente se despierta cuando comparte experiencias tan jocosas y exóticas. De ahí su atrevimiento. *«Messieurs, excuse moi»*, suele decir cuando se pasa de la raya. Quienes escuchan terminan otorgándole un gesto de perdonavidas, con los ojos vidriosos. Están borrachos. La primera vez que el cónsul español acudió a una de estas fiestas, lo pasó muy mal. No daba crédito a cuanto veía, mucho menos a lo que escuchaba. Y es que el ambiente no puede ser más impresentable: las esposas de los cónsules, la del austriaco especialmente, observan a los *cavas*, altos y de mentones rectilíneos, con aires libertinos. Sin sobrepasarse. Seguramente porque conocen los chistes de sus maridos e imaginan hasta qué punto pueden ser ciertos. Está permitida alguna exclamación admirativa, siempre y cuando parezca una cortesía. Quien despierta más curiosidad entre las damas e interés entre los hombres es el *cavas* caucasiano del cónsul de Rusia, que suele lucir unas aparatosas cartucheras sobre el pecho. Se ha hecho famoso por el caftán ruso que viste habitualmente, con mangas tan ajustadas que están a punto de explotar. El diplomático ruso rivaliza en prestancia y desaires con el de Austria, no solo en las recepciones. Ambos se disputan el favor del de Montenegro, que envía a las reuniones un vicecónsul honorario. El pequeño país de Montenegro es el impertinente tábano que bordonea belicoso las cumbres de los Balcanes. Ya veremos más tarde que es el que desata las hostilidades en la primera de las guerras balcánicas. Su rey, Nicolás, pasa por ser el esclavo servil de Austria, de lo que se vanagloria el cónsul imperial, naturalmente nunca en presencia del lacayo montenegrino, a quien suele propinarle, en presencia de su colega ruso, unos golpecitos en la espalda.

Las rencillas entre los cónsules de Austria y Rusia no son las únicas. La que más hilaridad provoca, en especial entre las damas, es la que mantienen los de Francia y Rumanía, que no se

saludan —¡se desprecian cuando uno pasa junto al otro!—, porque el díscolo representante de la République Française se mofa del engominado tupé que luce su colega rumano. No es el caso del *signore* Macchioro, cónsul de Italia, a quien Antonio Suqué considera un *vero gentiluomo*, por suavizar una expresión que, en español, sería algo así como «los tiene bien puestos». *Il signore*, a pesar de estar su país en guerra con Turquía, no solo permanece al frente de la legación diplomática de su país, sino que jamás declina una invitación de sus colegas. Se presenta con uniforme militar de la gloriosa Regia Marina y no le pesa el rubor cuando se pasea entre los estupefactos invitados: «¿No lo habían expulsado los turcos?», se preguntan. «¡Es él quien no quiere marcharse!». En realidad, lo que sucede es que Macchioro sabe que los suyos están ganando la guerra, y espera a que, cuando concluya, sus colegas, que no han hecho nada para evitarla, lo aclamen como a un héroe. Y atención: Macchioro ha protestado ante el gobierno turco por el trato discriminatorio que han recibido varias familias judías de origen italiano: los Allatini y los Modiano, sin ir más lejos. ¿Son los Carasso de origen italiano?, pregunta a su colega español. Suqué no sabe, levanta los hombros, lo siento, ceremoniosamente, «*Prego, io sono un outsider in questa città, Macchioro*».

No es de extrañar que Antonio Suqué sea visto en las primeras recepciones a las que asiste como *un hombre normal*, tanto que se le confunde a veces, por su indumentaria, con un inglés. «¡Cualquiera diría que es español!». Y es que, entre la aristocracia diplomática que reina en Salónica, a los españoles aún se les ve como chaparros bandoleros de pelo aceitoso y largas patillas, tal como aparecen en las ilustraciones de los primeros libros de viajes a Andalucía editados en Francia. Lo cual se contradice con la distinguida estampa del cónsul, que suele aparecer, la mayoría de las veces solo, lamentándose ante el anfitrión de turno porque su mujer ha tenido que quedarse en casa al cuidado de los niños. «¿Han recuperado los muebles?», pregunta con ironía siempre que se tercia el cónsul francés. La última vez que lo hizo fue el cónsul inglés quien salió en defensa de su prudente y agobiado colega español: «A propósito de muebles, *monsieur*, el otro día adquirí a precio de ganga una consola que me aseguraron había pertenecido a María Antonieta; estaba arrumbada en una cochambrosa tienda».

Es durante una de esas recepciones cuando un dragomán, intérprete, del cónsul ruso, Zinoviev, difunde la noticia de que los rebeldes albaneses han degollado a medio centenar de oficiales turcos que estaban al frente de tropas desplegadas en las ciudades fronterizas. El dragomán se ha dirigido en francés: *«Il a été un bain de sang»*. Las mujeres abandonan las tazas de té sobre la mesa, con sus rostros desencajados. Algunas cruzan las manos sobre sus pechos y prorrumpen en gritos desazonadores. La esposa del cónsul francés, la candorosa Françoise, se desmaya. Hace varios meses que los albaneses vienen mostrando su malestar contra el gobierno de los Jóvenes Turcos con manifestaciones y trifulcas en las calles, acrecentadas en los últimos días.

El descontento contra los apasionados y utópicos revolucionarios se ha generalizado. En algunas cancillerías europeas, con Inglaterra blandiendo el banderín de enganche del oportunismo, se especula sobre un «nuevo mapa político en los Balcanes». ¡Hasta se llega a trazar la frontera de un estado albano-macedonio! Las intrigas tienen su centro de operaciones en el despacho del cónsul británico en Skopje, a poco más de cien kilómetros al norte. Su colega en Salónica muestra abiertamente su incredulidad cuando se le pregunta. ¿Es cierto cuanto se dice? No solo desconoce cuánto se cuece sobre ese nuevo estado títere-fantasma. También sobre la

venta de quince mil fusiles máuser a los rebeldes kosovares, los más activos de la sangrienta revuelta. «¡Han sido los montenegrinos quienes vendieron las armas!», asegura el cónsul austríaco. El barrigudo Zinoviev se carcajea, babeando espuma de cerveza. Cuchichea algo al oído de su dragomán y es este quien habla: *«Si vous saviez qui a vendu des armes à feu.…»*. Todos suben los hombros. *«Oh, my God, I have no choice but to inform all that concerns to Foreing Office!»,* irrumpe el cónsul británico, resoplando sobre la cazoleta de su pipa.

El cónsul español, que siempre se sitúa en tercera fila, apenas puede disimular los estragos que causa en su rostro el esnobismo de sus colegas. En los últimos días, Antonio Suqué ha reflexionado serenamente acerca de cuanto acontece en el Imperio turco que se desmorona como un castillo de arena en medio de un tornado. La guerra con Italia ha envalentonado a los insurgentes kosovares, albaneses y montenegrinos. Cada minuto que pasa, la famélica presa resulta más fácil para los depredadores. Un suceso perturbador se suma a los acontecimientos: algunos oficiales turcos, hartos de pelear en todos los frentes, se pasan al bando de los rebeldes albano-kosovares. Argumentan que no son capaces de reprimir brutalmente, como se les exige desde Salónica y Constantinopla, a sus hermanos musulmanes. Pronto se suman los disidentes cretenses, que quieren integrarse en Grecia. Un famoso abogado de la isla, Elephterios Venizelos, encabeza la aspiración nacionalista de todos los helenos. Ha decidido consumar sus planes cuando caigan los últimos mástiles con las banderas turcas en las islas del Dodecaneso. Grecia dará el golpe de gracia al moribundo. Venizelos será muy pronto un héroe en su país, y cuando llegue a primer ministro, se convertirá en el inmisericorde azote de los judíos.

Respecto a sus colegas, Antonio Suqué tiene las ideas cada vez más claras: son todos unos advenedizos que siguen a ciegas la rastrera política diseñada por sus gobiernos desde hace tiempo: que sean los estados balcánicos, atropellándose entre sí, los que destruyan para siempre al corrupto Imperio otomano. Las potencias aguardan su oportunidad para intervenir. Pero, y se pregunta Antonio Suqué: «¿Quiénes son aquí los corruptos?». Él tiene una noble misión que cumplir, tan distinta a la de *ello*s… Así que, en más de una ocasión, se ha levantado del sillón con ánimo resuelto; recoge su sombrero que le trae uno de los *cavas*, saluda a la concurrencia con una caballeresca inclinación de cabeza, descubriendo su coronilla, a punto de aclararse como una tonsura de cura viejo, y también a las señoras que lo observan encandiladas: «Distinguidas señoras, distinguidos señores. *Mesdames et messieurs*».

El único cónsul que simpatiza con el altruista proyecto del consulado español es el americano, *mister* Bryant. ¡Precisamente el representante de la nación que deshonró a España en Cuba y Filipinas degradándola a un rango de comparsa en la esfera internacional! Bryant le manifiesta su entusiasmo con «la idea de su majestad, ¡brillante!, tengo entendido que es muy joven». Mucho más locuaz es su segundo de a bordo, el vicecónsul Binda. Un buen día, y antes de que todo esté dispuesto para la primera recepción oficial en el consulado español, Binda invita a Antonio Suqué a acudir al consulado norteamericano con la sana intención de mostrarle cómo están montadas unas dependencias que pasan por ser suntuosas y que «nosotros, amigo mío, creemos que responden a un concepto de funcionalidad, nada más». La visita es agradable, y Antonio

Suqué, a quien acompaña el banquero Chrisaphis, toma buena nota de cuanto ve. Todo le parece desorbitadamente apetecible. Se siente abochornado. Su consulado nunca podrá compararse con el de la nación que hundió la flota española en Cavite. Jamás había visto en una legación diplomática —y eso que cuenta con una larga carrera como funcionario de asuntos exteriores— tantas máquinas de escribir, marca Remington, con rodillos de anchos especiales, que se deslizan con pasmosa suavidad; y tantas plumas estilográficas de dorados capuchones sobre las mesas, y tantos archivadores, a cuál más extraño, y tantas papeleras, y tantas sillas para funcionarios a las que llaman *ergonómicas*, por su diseño que se acopla al cuerpo, y, sobre todo, tantas secretarias vistiendo ceñidas faldas, con aperturas laterales y blusas escotadas, todas de color blanco, con volantes en las pecheras, y zapatos de tacón medio en forma de plataforma. Todas ellas se levantaban a su paso para estrecharle la mano y luego volvían a sentarse cruzándose de piernas como modelos de escaparate. A Suqué y Chrisaphis solo les cabe simular el bochorno que les produce semejante despliegue de medios.

—Nosotros somos una legación pequeña, señor Binda, no podemos aspirar a tanto…

—¡Oh, no se lo tome usted a mal, señor cónsul! —replica el sorprendente Binda—. Solo pretendemos manifestarle nuestra disposición de ayuda y de buena vecindad, sinceramente.

En prueba de que es como dice, le entrega un documento que su legación ha clasificado como «de enorme contundencia política».

—Se trata de un acuerdo adoptado, en reunión secreta, por la dirección de los Jóvenes Turcos.

—¿No comete usted una deslealtad con su gobierno? —pregunta Suqué.

—¡En absoluto, señor; a mi gobierno no le interesa su contenido lo más mínimo!

—¿Entonces? —pregunta, extrañado, el cónsul español.

—Quien está interesado en el documento es *The New York Times*, y le puedo asegurar que a su editor ya se le ha cablegrafiado el contenido del acuerdo.

Suqué reacciona confusamente:

—Perdóneme, pero no logro entender lo que pretende decirme, señor Binda.

La respuesta del vicecónsul habría sido irónica si no hubiera estado precedida por una sonrisa ciertamente bondadosa:

—Lo que quiero decirle es que no importa que usted conozca algo que ya ha sido difundido entre la opinión pública americana, pero sin duda que su ministro de Asuntos Exteriores desconoce; no creo que lo haya leído en *The New York Times*. —Luego se ríe con sorna y golpea el hombro de su amigo—. Si usted se lo hace llegar, seguro que queda en muy buen lugar ante sus jefes.

El contenido en cuestión tiene su miga y define con cruel transparencia el grado de tensión que empieza a respirarse en Turquía, especialmente en Salónica, donde sigue estando el cuartel general de los Jóvenes Turcos.

> Debemos acrecentar nuestras fuerzas al límite, con decisión y paciencia, sabiendo que pronto llegará el día en que podremos ser fuertes, lo suficientemente fuertes como para asestar un golpe a griegos, montenegrinos, serbios y búlgaros de tal calibre y contundencia que nunca lo hubieran podido imaginar.

Binda asegura que, salvo el cónsul británico, y tiene sus reservas de que el papel haya llegado a manos del «gilipollas ese», ninguna de las legaciones diplomáticas en Salónica conoce el «tremendo» compromiso de los Jóvenes Turcos de «morir matando». Seguro que habrían dado lo que no tienen por saberlo. «Se nos viene encima una muy gorda». Antonio Suqué vuelve a leer el despacho.

—Insisto, *mister* Binda, ¿por qué a mí? —pregunta con expresión ingenua.

El vicecónsul lo coge del brazo.

—¡Ah, vamos! ¡Pero qué buena persona es usted! Tómeselo como un cumplido. Tal vez así logre entender. ¿Ha oído usted hablar de esa pandilla de agitadores? Seguro que le traen sin cuidado. Hace bien. Pero son peligrosos, créame. Nadie sabe a lo que juegan. —Antes de salir a la calle, se detienen en el vestíbulo del vetusto pero sólido palacete de la legación norteamericana —. Nuestros servicios de inteligencia nos alertaron de que su descrédito es absoluto y su defenestración, inminente.

—Algo he escuchado, la gente está desencantada —acierta a decir el confuso Suqué.

—¡Harta, diría yo! —exclama el vicecónsul norteamericano. Binda baja el tono de voz y se aproxima al rostro de Suqué como si fuera a besarlo—: Preparan, como represalia, una masacre. Si no aquí, lejos. En Armenia, por ejemplo.

—¿Por qué Armenia?

—¡Ah! ¿Ha oído hablar de un tal Karasu?

—No.

—Tengo entendido que es judío. De origen español.

—Sefardí, supongo.

—Desconocía esa… ¿etnia? En cualquier caso, le conviene saberlo. Es uno de los que usted pretende proteger. Tenga cuidado, querido amigo.

Cuando salen a la calle, un corpulento *cavas* no pierde detalle de sus movimientos. Saca un cigarrillo y lo enciende. Mira a derecha e izquierda. Lleva un sombrero de ala ancha. Parece un vaquero.

—El tal Karasu es diputado, ¿no? —pregunta Binda.

—Creo que sí —responde, por decir algo, el cónsul español.

Binda baja la cabezota y le susurra algo al oído. A Suqué le resulta excesivo el gesto de su colega, casi infantil.

—Ha desaparecido —dice Binda, en tono confidencial, apurando su sobreactuación—. Nuestra inteligencia asegura que anda metido en líos con un agitador ruso comunista. Negocios lucrativos, me entiende.

7

Días después, se abren las puertas del consulado de España en Salónica. Chrisaphis ha sabido actuar con habilidad y astucia para llegar a un acuerdo con los directivos de la Banca Modiano, propietaria del inmueble. Es un chalé de paredes blancas y ventanas con marquesinas rematado por una pequeña torre a modo de palomar y con tejado a dos aguas desde la que se domina una hermosa panorámica: la bahía en forma de media luna, los espigones del puerto, las estelas de los barcos, el planeo de las gaviotas. El cónsul también se ha instalado definitivamente en su casa, a la que han tenido que entrar albañiles para hacer reformas en el baño y la cocina. Se han suprimido humedales y taponado grietas e imperceptibles intersticios por los que se colaban chinches y mosquitos. El cauce del Vardar queda lejos, pero para los insectos todas las distancias son superables en una ciudad en la que se huele a podrido, especialmente por las noches, en las que aparecen cadáveres de hombres en los arroyuelos del delta.

El cónsul se ha venido quejando en silencio de ello desde el principio. Dicen que las plagas arrecian porque el Vardar baja medio seco. No ha llovido en primavera, y con frecuencia se ve gente en la calle mirando al cielo en espera de la lluvia, que es la única forma de arrasar al invisible y pertinaz enemigo. Nadie, sin embargo, se atreve a hablar abiertamente de la otra plaga, la del odio latente, los ajustes de cuentas entre enemigos políticos, la violencia entre etnias.

La embajada en Atenas hace frente, finalmente, a la compra de muebles en el nuevo hogar de los Suqué. También ha atendido el insistente ruego del cónsul de que la nueva misión diplomática dispusiera de instalaciones adecuadas. «Dignas del país», destaca en su informe, en el que hace referencia a la visita que hizo días atrás al consulado de Estados Unidos. El ministerio no ha puesto pega alguna a los gastos, pero le advierte de que la elección de los muebles y la decoración en el chalé no deben desmerecer de la «elegante sobriedad» que caracteriza a las representaciones diplomáticas españolas. No obstante, Chrisaphis consigue, a través de un comerciante turco cliente de su banco —y con problemas en las amortizaciones de un voluminoso préstamo concedido hace tiempo—, un buen precio por un lote de alfombras persas. Con el tiempo, se convertirán en la joya de la corona del consulado. La de mayor superficie es redonda y se ajusta muy bien a las dimensiones del vestíbulo de la legación, muy luminoso a causa de un lucernario gótico que ocupa parte del tejado. Del techo cuelga una gran lámpara de estilo visigodo, con enormes brazos desde los que se alzan bombillas especiales en forma de peces cuyos ojos simulan ser piedras preciosas de colores diamantinos. Un mercante en ruta

desde Barcelona —el primero que recala en Salónica en varios años— trae varias mesas y consolas del más puro estilo castellano, junto a cuatro armaduras y espadas de Toledo que se emplazan junto a la entrada y a la escalera de mármol que da acceso al despacho de Antonio Suqué, en la primera planta. El resultado final ha superado las previsiones del propio cónsul.

Para negociar ventajosamente con la Banca Modiano, Chrisaphis ha contado con la mediación de un sefardí que goza de prestigio en el mundo de las finanzas en Macedonia y Tracia: Moisés Covo, «primo de un hombre de negocios, Isaac Carasso». Sobre Carasso, Antonio Suqué ha sabido por el propio banquero que, hace años, entabló amistad con el senador vitalicio Ángel Pulido; de su apellido se tiene constancia en los archivos de protegidos iniciados a mediados del pasado siglo por el conde de Rascón, más tarde embajador español en Constantinopla en 1881. Isaac Carasso es también sobrino del diputado Karasu, lo que no le agrada tanto, y pasa por ser un «hombre de ciencia» —«En algunos ambientes se le tiene como médico», llega a comentarle el banquero— que se relaciona con investigadores de la talla de Ilya Metchnikoff y Stamen Grigorov. Chrisaphis ha sido fiel al compromiso de dejar en buen lugar a su amigo… No es de extrañar que Antonio Suqué ordene al vicecónsul incluir a aquellos hombres en el protocolo del consulado. Chrisaphis no tardará en adelantar a Isaac Carasso los deseos del diplomático: «Estás en la lista de invitados». Carasso le preguntará si puede extender sus invitaciones a Mauricio y Jacques Levi.

Por cierto, que el cónsul ha mostrado un especial interés para que a la inauguración oficial asistan los principales directores de periódicos de Salónica. A sugerencia de Isaac Carasso, pondrá en primer lugar de esa lista a David Florentín, director de *El Avenir*, editado en judeoespañol. Florentín pasa por ser un genuino representante de la corriente periodística afín al sionismo internacional. Lo que se dice un periodista comprometido.

El cónsul está satisfecho, colmado por la generosa disponibilidad de quienes se han volcado en dejarlo todo a punto, e informa de estos apoyos a sus superiores del ministerio. Tan es así que no duda en confirmar, oficialmente, días después, a Chrisaphis para desempeñar el puesto de vicecónsul, y, siguiendo la recomendación de su amigo Moisés Covo, nombra canciller de la legación a Abrabanel, por su reputación como intelectual y divulgador de la campaña que auspician desde Madrid el rey y un cada vez más numeroso grupo de notables del país.

El presupuesto que le asignan no da para mucho, la verdad. Solo para reforzar los servicios de seguridad con la contratación temporal de un *cavas* más y dos dragomanes. Los medios son ridículos y apenas llegan para atender la protección del consulado —«Aspectos imprescindibles en los tiempos que corren»— y los servicios de intérpretes, que son frecuentes por la riqueza interétnica de la ciudad y el uso indistinto de varias lenguas, entre las que predominan el turco, naturalmente; el francés, que domina a la perfección; el judeoespañol, que le cuesta asimilar; y el griego, que desconoce. La comparación de esos medios con los de otras legaciones resulta odiosa, pero «es lo que hay», le dicen cuando se queja; la consigna a seguir es de máxima austeridad. La repiten hasta la saciedad. En cualquier caso, arguyen desde Madrid, los objetivos políticos del consulado son bien distintos de lo que guían los intereses de las otras misiones diplomática. Suqué ya lo sabe. La circunstancia de que Salónica esté en el centro del avispero de los Balcanes solo sirve para subrayar que España ha decidido hacer frente a las amenazas bélicas

en la medida en que afecten a decenas de miles de compatriotas olvidados. De ahí su obligación principal, desligada de la vertiente político-diplomática: «La de un misionero que pregona la paz». En este caso, «estar en la trinchera de Salónica para proteger a quienes deben ser considerados españoles a todos los efectos».

Abrabanel conoce a todo el mundo. Es él quien se encarga de organizar la primera recepción oficial en el consulado de España. Durante varios días, los periódicos locales no cesan de publicar sueltos informativos sobre el acontecimiento. El propio autor teatral se encarga de difundir algún editorial resaltando que se trata de «un hito en la historia diplomática de un país dispuesto a hacer justicia con su noble y fecunda historia enderezando sus renglones más torcidos». Al cónsul le agrada la forma de Abrabanel de exaltarse cuando expresa sus convicciones más profundas, aunque no se correspondan con la realidad, tampoco con las suyas. Le resulta algo histriónico, pero útil. A cambio de sus buenos servicios como mediador, tendrá que comprometerse a leer una nueva obra del autor y a traducirla al español moderno, puesto que está escrita en ladino.

—Apenas he tenido tiempo para hacerme con los giros y expresiones que, aunque sutiles, diferencian el dialecto judeoespañol del castellano que hablamos en nuestros días —le ha dicho el cónsul.

Es cierto. Y ello gracias a la ayuda que le presta un dragomán de origen sefardí, nacido en Adrianópolis y educado en Grecia.

—Esperaré, don Antonio —le ha dicho Abrabanel.

El cónsul empezó a leer la obra un par de días antes de la recepción inaugural, y la verdad es que le resulta insoportable. Tanto, que no se atreverá a calificarla, lo cual le incomoda sobremanera porque tendrá que hacer una valoración de la pieza tarde o temprano.

No solo se ha exaltado Abrabanel ante la inauguración del primer consulado de España en Salónica. Cientos de familias sefardíes, muchas de ellas de condición humilde, han apuntalado desde algún lugar de sus casas mástiles con banderas españolas. Las hay de todos los tamaños. Banderas elaboradas con telas nobles, frecuentemente con cosido a mano de las franjas amarilla y roja, a veces empleando tela de toalla, y otras pintando los colores sobre un pequeño rectángulo de lona, que se destiñe por la noche a causa de la humedad y que vuelve a repintarse al día siguiente. Como no podía faltar quien aprovecha la ocasión para hacer negocio, Melquíades Sohum, sastre de profesión, las vende a media piastra, al ancho de un corte de traje y metro de largo. Son las más habituales de ver en las casas de las polvorientas calles de Salónica, que el día antes de la recepción parece disponerse a festejar la llegada del mismísimo rey David. Como no podía ser de otra manera, el ubicuo Abrabanel es quien se atreve a hacer esa referencia bíblica en el diario *El Avenir*: «Como es notorio entre los judíos, la alcurnia de los descendientes de Abrabanel se remonta a la del mismísimo rey David, de lo cual me siento muy orgulloso. En estos días de clamoroso despertar del amor a nuestra patria Sefarad, bienvenido sea el emisario de aquel nuestro gran e inmortal rey vestido con la levita y el sombrero de nuestro caballeroso cónsul de España».

Se ha restringido el acceso a la recepción oficial. Acudirán mandos militares y de la prefectura local. Rabinos de los dieciséis *kales* sefardíes de la ciudad. El icónico Jacob Meir,

gran rabino de Salónica. Algunos amigos y conocidos del cónsul, del vicecónsul y del canciller. Familias honorables. Banqueros. Representantes de instituciones: del Círculo Cultural, de la biblioteca, del hospital. El diputado Karasu ha excusado su asistencia. Cuando se lo comunican, Suqué respira hondo, aliviado. El consulado ha publicado el día antes una exigua nota informativa en tres periódicos locales haciendo saber que la intención del jefe de la misión española es atender en los próximos días a *todos* los sefardíes que hayan preservado su amor a Sefarad y puedan demostrar fehacientemente su origen español, o estar inscritos como protegidos en los archivos de las legaciones diplomáticas de Constantinopla o Atenas. La seguridad de los invitados al acto oficial se encomienda a los *cavas* y a una patrulla de soldados turcos al mando de un sargento que se pone a disposición del cónsul media hora antes de comenzar el acto. Isaac Carasso le hace saber al cónsul, a través de Chrisaphis, su intención de prestarle su *cavas*, «por si fuera necesario», siguiendo el ejemplo de Moisés Covo. Otros consulados amigos han hecho lo mismo. No será necesario aceptar tantos «favores inmerecidos» que Antonio Suqué, por escrito entregado en mano, les agradece.

Todas las misiones diplomáticas acuden al más alto nivel. Tan solo ha justificado su ausencia el cónsul de Italia. Inevitablemente, ha tenido que abandonar el país tras ser amenazado de muerte por un grupo de violentos. Encopetados, con expresiones en sus rostros que oscilan desde la arrogancia hasta la sumisión, acompañados de sus esposas, que lucen trajes largos con pedrería y joyas, todas ellas envueltas por el aura de la fortuna, han hecho su aparición en brillantes calesas tiradas por caballos enjaezados. Nada más bajar los dignatarios, una banda de música, con sus componentes luciendo uniforme azul y sombreros a los que se les ha añadido en el frontal, sobre las viseras, una breve insignia con los colores rojo y amarillo, interpreta el himno nacional correspondiente. Cuando las calesas coinciden, la última en llegar aguarda, a cierta distancia y con los pasajeros dentro, a que concluya el himno en honor de los que la preceden. La cola llega a ser de cinco calesas. Hasta quince himnos son interpretados. El último es el español. Algún músico desafina. La poca costumbre de tocar una pieza desconocida. El himno suena en la zona ajardinada previa al vestíbulo de la legación, con todos los cónsules alineados a los flancos de Antonio Suqué, que viste una hermosa levita de color gris claro, muy veraniega, y un sombrero hongo a tono. Los otros invitados se sitúan detrás de los cónsules, o subidos en los primeros peldaños de la escalera por la que se accede al vestíbulo. Mientras suenan las notas del himno, uno de los *cavas* iza la bandera del país anfitrión, que se desliza lentamente sobre las cuerdas del mástil clavado en el césped, muy cerca de la puerta de madera que cierra el cercado del chalé. Cuando termina de interpretarse la *Marcha Real*, todos acceden al interior, y es entonces cuando forman un círculo alrededor de la hermosa alfombra persa, estrenada para la ocasión. El cónsul Suqué les dirige la palabra. Lee un folio en el que ha escrito a mano un texto cablegrafiado esa misma mañana desde la legación española en Atenas. Es un corto mensaje de su majestad el rey de España.

> *Hoy es un día venturoso para quienes creemos en la paz de la reconciliación. La paz que anida en los corazones de nuestros compatriotas sefardíes, a quienes nunca hemos olvidado, ni olvidaremos, y a quienes siempre protegeremos allá donde se encontrasen. Bienvenidos a este nuevo día en el que el sol adquiere el*

resplandor de las solemnidades más sencillas y más auténticas. Hago votos para que esa paz que todos anhelamos impregne la atmósfera de esta histórica ciudad, Salónica, de la nación turca y de todas las naciones balcánicas.

Firmado, Alfonso XIII.

Los aplausos son fervorosos. Algunos, protocolarios. Igualmente cálidos, en cualquier caso. Encendidos, otros. El cónsul francés se arranca con un «¡Bravo!» que resuena en la calle, atestada de gente, en silencio, aguardando no se sabe a qué. Los más emocionados son el gran rabino de Salónica, Jacob Meir, que se apresura a abrazar al nuevo cónsul, y Moisés Covo y su primo Isaac Carasso, que han escuchado el mensaje del rey como si asistieran a un acto litúrgico en su sinagoga con el cónsul encaramado en lo alto del *teba*. Por detrás de ellos aparece la cabeza de José Covo. Llama la atención que sean ellos los primeros invitados en dirigirse hasta donde se encuentra Antonio Suqué. Les siguen Mauricio Botton y Henri Levi. También hay miembros de las familias Modiano, Allatini, Fernández… Todos visten de riguroso esmoquin, tocados con sombreros altos de copa que elevan ceremoniosamente ante el cónsul. Es Isaac Carasso quien se dirige con voz conmovida al anfitrión:

—Gracias, señor, por habernos traído la esperanza.

8

Contemplemos a los dos caminando en la oscuridad de la noche húmeda, encogida. Isaac Carasso y Moisés Covo avanzan cabizbajos, concentrados en los últimos minutos que acaban de vivir. Al poco de abandonar el consulado se les unen Botton y Levi, que han estado departiendo con el gran rabino. José Covo regresa a casa, impaciente por ver a su pequeña Nina… Qué diferencia entre el bullicioso agasajo en el consulado y la realidad de la Salónica aterrada. Sin embargo, se sienten felices. Son seres afortunados. Se creen incluidos en la lista de hombres predestinados a salvarse de la barbarie. Observemos sus encopetados trajes, sus relucientes zapatos negros estrenados esa misma tarde. Escuchemos cómo suenan los refuerzos metálicos de las suelas en el adoquinado. Todo está vacío. Todo está lleno de sombras. A una distancia de cinco metros, les sigue el *cavas* de Moisés Covo. Un hombre alto, en mangas de camisa. Semioculta en el cinto, se asoma la culata nacarada de una pistola. A nadie le resulta extraño escuchar un disparo, o un grito. O el trote de un caballo tirando de una calesa que en ocasiones se lanza al galope. Hace calor y desde el río se alarga una mano negra de mosquitos que se parte en cientos de partículas volátiles y molestas.

Isaac Carasso introduce la llave en la cerradura de la puerta de su casa. Moisés vuelve a leer el salmo de bienvenida en la puerta. Esterina se yergue en medio de la cancela. Parece haber estado esperando un buen rato. Cuando los ve aparecer, respira hondo. Los besa. Se tranquiliza. Mauricio y Moisés tuercen el gesto. Hace tiempo que el grupo ha decidido abandonar Salónica. La llegada del nuevo cónsul les facilita las cosas. Necesitan salvoconductos. Visados familiares. En las veladas que han iniciado hace días se ha puesto de manifiesto que nadie está dispuesto a claudicar. Cuando terminen, la tertulia proseguirá en sus cerebros en forma de inquietante monólogo cuyos ecos se escucharán otra vez en sueños. Los cuatro comparten un dolor: la necesidad de huir les causa una gran zozobra interior. Huir de Salónica. Hacia dónde. Están cercados. Grecia, Bulgaria, Serbia y Montenegro han sellado en secreto su alianza militar. Los periódicos descubren sus planes bélicos. Viajar con sus familias al exilio o permanecer en Salónica. Abandonar la ciudad con cuanto les pertenece. Les aterra pensar en el momento de partir. La velada se prolonga hasta el amanecer. Nadie pierde la calma. Les une su condición genética: pertenecen a un «ejército de desterrados». Comparten vínculos de sangre, de religión y de raza. Su natural resignación les condena a encarar con estoicismo la fatalidad. La suya es una disposición innata a sufrir sin más condición que la de seguir viviendo. El precipicio les aguarda, pero siempre se detendrán antes de arrojarse al vacío. Nunca estuvieron más

inquebrantablemente unidos que ahora. Cuanto afronten en los próximos meses será con el beneplácito de todos y para el bien de todos. No dejarán grietas abiertas a las dudas. Antes de sentarse a la mesa, cierran los ojos y se buscan las manos. Y así permanecen sentados los primeros minutos, con las manos entrelazadas. Isaac Carasso, Moisés Covo, Mauricio Botton y Jacques Levi, padre de Henri, recitan en silencio algunos versos de la Torá. Sus cabezas se estremecen por una extraña y leve convulsión.

Algunos aspectos son prioritarios. Como no podía ser de otra manera, el que más les preocupa es el del dinero. Un exilio, largo e incierto como el que prevén, sin dinero, es una huida desesperada. Deben velar por el bienestar de sus familias. Disfrutan de posiciones acomodadas. Poseen negocios boyantes, casas, cuentas corrientes saneadas. Su extremada discreción no les exime de su condición de hombres influyentes, más bien la fortalece. Mauricio Botton, que ejerce de *secretario* en las reuniones, hace una primera lista de propiedades y bienes. Entre ellos no hay secretos. Tendrán que vender sus casas, buscar para ello a personas en las que puedan confiar, sellar alianzas con la comunidad sefardí que han decidido abandonar y con otras judías de los países en los que pretenden recalar. Qué países. Qué sociedades. Direcciones. «Veamos otras cosas antes, si os parece».

Los temas financieros suscitan pocas controversias. Todos se manifiestan conformes en encomendar estos asuntos a Moisés Covo, o a su hijo José, que también sabe manejarse con habilidad entre los esquivos bastidores de la banca. Moisés está acreditado como agente de bolsa en París. Pepo, su hijo, es un alumno aventajado: «Me ha superado; es listo y perspicaz; tiene un sentido especial para los números y el dinero». Además, mantiene contactos periódicos con directivos de los más importantes bancos suizos, gracias a los cuales, y a puntuales filtraciones, sigue atentamente el proceso de unificación de los Bancos Toggenburg y Winterthur, en los que ha invertido considerables sumas de dinero y valores en bolsa. Cuando ambas entidades se fusionaron para crear la Unión de Bancos Suizos (USB), las acciones de Covo se revalorizaron de manera espectacular. Sus éxitos bursátiles resonaron, entonces, en los parqués de Londres, aunque siempre anestesiados *intencionadamente*. Nada más alejado de un judío que la de parecer un hombre rico. Su prestigio se ha extendido como una mancha de aceite por la banca de Salónica, dominada en su mayoría por familias judías: Banca Modiano, Banca Allatini, Banca Herzl.

También Isaac Carasso puede aportar apoyos a la *logística financiera* que se planifica. Será él quien ponga a Moisés Covo y a su hijo Pepo en contacto con los hermanos Moritz —de apellidos Karpeles y Hirsch—, en Viena, muy apreciados por su padre cuando este dirigía la agencia de transportes Schenker. Sus redes se enganchan con las de Rothschild. Desgraciadamente, su padre atraviesa un delicado estado de salud.

Solo les separa una diferencia de criterios. Saltará más adelante, cuando aborden la elección del país, o países, donde instalarse. Son los acontecimientos próximos que se suceden a diario en Turquía, junto a las funestas predicciones que agentes bursátiles locales transmiten a Covo, vía París, Fráncfort o Viena, los que van a determinar esa elección.

Suiza, arguye inicialmente Moisés, es el único país europeo que garantiza la inviolabilidad de sus fronteras. Al preservar su neutralidad, también garantiza la de sus bancos, que es tanto como decir la estabilidad financiera del mundo. Astutos, los suizos. Rodeada de poderosos enemigos en potencia cuyas fricciones entre sí pueden hacer saltar chispas en cualquier momento

y prender la gigantesca hoguera que muchos vaticinan, Suiza ha creado un ejército moderno constituido por más de doscientos mil hombres dispuestos a salvaguardar la neutralidad del país. De sus fronteras y de sus bancos. Curiosamente, sus poderosos vecinos son los primeros en aplaudir tales alardes militares. Suiza es la caja fuerte de Europa. «También la nuestra».

—Estamos de acuerdo.

Es en una de esas reuniones nocturnas, que alternan en sus casas, cuando Isaac Carasso descubre su intención de instalarse en España. En Barcelona, precisa. ¿Motivos sentimentales? No está seguro. Trata de explicarse.

—Apuntar en estos momentos a razones de esa índole no tiene ningún sentido, ¿verdad?

La pregunta queda suspendida en el aire. Covo muestra su extrañeza. No así Mauricio, que desde siempre ha mantenido una ciega lealtad a Carasso. Él comparte sus deseos de ir a Barcelona. También tiene buenos contactos con Marsella.

Hace tiempo que Isaac alberga la voluntad de regresar a la tierra de sus antepasados, acierta finalmente a decir. Todos coinciden en el deseo, pero «no podemos tomar una decisión tan importante movidos por resortes sentimentales», arguye otra vez Covo. Jacques Levi asiente.

—Insisto en que no se trata de una cuestión sentimental —dice Carasso.

—Es difícil entenderte, Isaac.

—Es como haber descubierto un tesoro el día en que has decidido exiliarte. El nombre de una nación que es tu tierra. Alguien abre el cofre donde guarda las llaves de un diario que empezó de niño y se decide a leerlo pensando que pueden ser las llaves que abren las puertas de una nueva vida. Y al final, brilla el nombre de Sefarad.

Desde luego, Moisés Covo es el más afrancesado de los tres. Él prefiere ir a Suiza y luego dar el salto a París. Su hijo Pepo es de la misma opinión. Mucho más desde que sus negocios financieros se abren paso con éxito en la capital de Francia. Barcelona podría ser el final de una segunda etapa. Su hijo, José, le ha metido en la cabeza que un buen bróker solo se hace grande cuando opera en Nueva York. Se ríen. España, arguye Covo en contra de lo que piensa Isaac, es un país de segundo orden. No se ha recuperado del desastre de Cuba y Filipinas. Vive de espaldas al siglo XX. Un país de melancólicos, aislado y sin recursos.

—Ya no mueve ficha en el tablero donde los países fuertes se juegan el futuro de Europa —enfatiza con cierto desdén.

—Razón de más para no descartar el regreso a nuestra tierra —dice Isaac Carasso.

—¡Eso es! —exclama Mauricio Botton—. Nadie reparará en la presencia de un grupo de judíos en un país que no cuenta para nada.

—Y que se interesa por nuestra suerte y nos ha tendido generosamente la mano —subraya Isaac, ahora convencido de lo que dice.

Nada más decir esto, extrae la documentación que le ha hecho llegar Chrisaphis. Un salvoconducto familiar que deberá firmar el nuevo cónsul.

—Pronto seré, a todos los efectos, un súbdito español, y hasta es posible que me extiendan un pasaporte familiar.

—¿Y si se declara una guerra total en Europa? —pregunta Covo sin detenerse a mirar los documentos que su primo Isaac acaba de dejar sobre la mesa.

El bróker presume otra vez de estar al tanto de confidencias filtradas por círculos financieros suizos en los que se mueve «como pez en el agua».

—¿Una guerra total? —pregunta el inocente Mauricio Botton acompañándose de un gesto que pretende ser dramático. Y responde sin dilación—: No creo que España esté en condiciones de afrontarla.

—Soy de la misma opinión —refrenda Carasso. Luego mira a Covo y le recuerda—: Tú mismo acabas de esgrimir las razones que la obligarían a una forzada neutralidad; un país aislado y sin recursos jamás entra en guerra. ¿De quién es aliado España?

Moisés Covo asiente, a su pesar. Apenas se le oye cuando afirma:

—De nadie.

Permanece un rato callado, rumiando algo que no se atreve a decir. Es un hombre delgado y ojeroso: no goza de buena salud desde hace meses. Viste con desaliño, como si quisiera esforzarse en demostrar una apariencia alejada de su condición de hombre rico. Las palabras que va a pronunciar suenan intencionadamente dispuestas para causar el asombro que le produjeron a él:

—Algunos políticos y periodistas creen que Salónica tendría que ser una ciudad internacionalizada. —Inspira hondo, y luego suelta, parsimoniosamente, el aire. Cuando sus pulmones se han vaciado del todo, se decide de nuevo a hablar—: Nosotros, los judíos, ostentaríamos el dominio sobre la ciudad, pero bajo control de las grandes potencias europeas. Un asunto complejo, pero interesante.

Nadie se atreve a preguntar para saber algo más, mucho menos a confrontar sus opiniones sobre tan asombrosa hipótesis, tan insólita y descabellada ocurrencia. «¿Será verdad?». No es el momento de averiguarlo. La propia confusión les conduce al lugar donde estaban: la necesidad de obtener visados españoles. También Covo y Botton están protegidos por la jurisdicción del consulado español, aunque desconocen el registro en el que se hallan inscritos. En realidad, no han hecho averiguaciones. Pero sus padres lo estuvieron, así les consta, y deducen que ellos también lo están. Isaac Carasso les lleva una cierta ventaja en ese terreno.

—Seguro que el nuevo cónsul puede resolver vuestro problema —dice Isaac Carasso.

—Confiemos en él —señala Mauricio Botton.

—Yo también tengo mis dudas —replica Isaac Carasso.

Pronto abordarán esas dudas. Aunque nadie es capaz de quitarse de la cabeza el pensamiento sobre esa internacionalización de la que hablaba, con tanto misterio, Covo. ¿Estará el cónsul al tanto de tan asombrosos planes? Lo que hacen ahora es observar con interés los papeles sobre la mesa. «Les echaréis un vistazo después». Llegan a un principio de acuerdo que acometerán si la situación en Salónica llegara a ser, como presumen, insostenible, «con riesgo para la seguridad de nuestras familias y de nosotros mismos». Mauricio escribe como un colegial aplicado, lentamente. Se acepta la elección de Suiza como primer destino, sustentada en motivos financieros. Desde los bancos griegos o italianos que operan en Salónica pueden hacerse transferencias de fondos a bancos suizos. Mauricio sigue escribiendo sin levantar la vista.

—Y es más fácil transferir dinero a España desde Suiza, o desde Francia, que desde Salónica —asegura José Covo, observando con cierta ironía a Isaac Carasso, que admite el sutil reproche.

—A salvo en Suiza, podría estudiarse la posibilidad de *regresar* a Barcelona —dice.

«¿Regresar? Regresar, sí».

En segundo lugar —y vuelve a escribir Botton—, las comunicaciones para viajar a Suiza son fluidas desde Viena, «comunicaciones», escribe Mauricio, y es sabido que el desplazamiento a Trieste por ferrocarril y los enlaces desde esta ciudad fronteriza con Centroeuropa no ofrecen dificultad alguna. Tampoco lo sería por Belgrado, pero en Serbia el riesgo es mayor. Se descarta el viaje por mar. Es peligroso —siguen los combates contra Italia, que se ha adueñado de medio Mediterráneo— y muy largo.

—No olvidemos que llevamos a niños pequeños.

«¡Los niños!».

Ninguno de los tres ha reparado hasta ahora en la existencia de los pequeños. «¡Pero si todo lo hacemos por ellos!». Parecen avergonzarse cuando bajan la cabeza al mismo tiempo y vuelven a buscarse las manos sobre la mesa. Los ojos fijos en las tapas de la Torá.

Nina, hija de José Covo, acaba de cumplir un año. El jovenzuelo Mauro Botton es un par de años mayor que Danón. «Mi pequeña Flor», acaba de cumplir dieciocho meses.

—¡Y el que está en camino! —interviene Mauricio.

—¡Oh, sí! —exclama Isaac llevándose las manos a la cara.

—¿Para cuándo? —pregunta José Covo.

—No sé, no sé. —Sacude la cabeza Isaac Carasso—. Cuestión de semanas, supongo.

Ante la sorpresa de su padre, José Covo eleva el tono de voz, que se hace enérgica, casi autoritaria:

—Hay que sacarlos de este infierno.

Lo mejor que pueden hacer es visitar al cónsul de España para esclarecer la situación de cada cual. Y es lo que harán. Los tres amigos encadenan de nuevo sus miradas a los papeles que acaba de dejar Isaac Carasso sobre la mesa. Es Mauricio Botton quien cae en la cuenta de cuánto significan cuando dice en voz alta: «¡Los visados!». Necesitan visados para poder viajar sin problemas por Europa. Su condición de protegidos españoles los convierte en ciudadanos privilegiados, pero solo en el país donde ahora residen. Tales privilegios son cuestionados por las naciones que no han suscrito los tratados internacionales, simplificados bajo el deshonroso nombre de *capitulaciones*, con el Imperio otomano.

En la humillada Turquía ha empezado a propagarse el anhelo de deslegitimar esos convenios. Por una cuestión de dignidad nacional. Aun tambaleándose en el poder, hasta el propio gobierno de los Jóvenes Turcos tiene intención de abolirlos, pero su decisión obedecería a otro tipo de razones: el espíritu ultranacionalista de la formación se radicaliza por días. Algunos de sus dirigentes han desaparecido, entre ellos Emanuel Karasu, de quien se dice que se ha retirado a un recóndito lugar en el Kurdistán preparando una ofensiva contra «los enemigos de la gran Turquía». Otros, por el contrario, lo sitúan en las cancillerías más importantes de Centroeuropa, viajando de Viena a Budapest, de Budapest a Berlín, de Berlín a Viena, donde, dicen, los políticos empiezan a secretar en sus glándulas de intereses una nueva tela de araña en la que se han enredado tres palabras que sacuden los sótanos de las organizaciones sionistas de Europa: «Internacionalización de Salónica».

Les aguardan días de gran incertidumbre. El vacío legal sobre la condición de protegidos es como un inmenso agujero en el que se ahogan las conjeturas de las autoridades diplomáticas y los angustiados ecos de las preguntas que se formulan los afectados. Porque ser protegido no

otorga la condición plena de ser español. Ese es el gran dilema. En el peor de los casos, hasta podría suceder que la explosiva situación prebélica obligue a derogar los derechos extraterritoriales vigentes. De ahí las dudas que antes expresaba Isaac Carasso, que no está plenamente convencido de que el estatus que le legaron sus antepasados y los cambalaches legales que tramitó el bueno de Chrisaphis hayan sido suficientes para acceder a la ciudadanía española.

Pero hete aquí que algunos cónsules, entre ellos Antonio Suqué, se agarran a la existencia de ese vacío legal para dirimir por su cuenta y riesgo las situaciones que le exponen los protegidos. Lo que a primera vista aparece como un problema insoluble se convierte en tabla de salvación. A tres mil kilómetros de la villa y corte de Madrid y de la impenitente retórica de políticos e intelectuales españoles, los cónsules se atreven, por su cuenta y riesgo, a interpretar leyes que consideran extrapolables «al problema sefardí», y a tener en cuenta pronunciamientos de parlamentarios ilustres como Sagasta, Castelar, Ángel Pulido o el mismísimo conde de San Bernardo, ministro de Estado. Sin ir más lejos, Práxedes Mateo Sagasta había sido interpelado en 1886 en las Cortes por parlamentarios interesados en conocer su opinión sobre si la reciente creación del Consejo Nacional de Inmigración implicaba la derogación del decreto de expulsión de los judíos, firmado por los Reyes Católicos en 1492. Su opinión, extraída de hemerotecas y actas parlamentarias, se eleva a categoría de norma general aplicable en todos los casos: «Los israelitas pueden venir a España como cualquier ciudadano», respondió con su habitual flema el presidente del Consejo de Ministros. Fue todo un aldabonazo. Desde entonces, el volcánico Emilio Castelar ruge en sede parlamentaria a favor de quienes su discípulo Ángel Pulido ha empezado a llamar «españoles sin patria». Ese afán de ser solidarios y justos con los apátridas judíos llega al extremo de aplicar, por analogía, el artículo diecinueve del Código Civil sobre concesión de la nacionalidad española a hijos de extranjeros nacidos en España, que no era el caso de los sefardíes, por supuesto, pero sí cabía contemplarlo para amparar «situaciones insostenibles de personas que se distinguen por su amor a la patria y el uso de unas señas de identidad, lengua y cultura, que los definen como ciudadanos españoles». De eso se trataba, en definitiva: de atender «situaciones insostenibles».

Cuando Antonio Suqué se informa del número de sefardíes registrados como protegidos, unas semanas después del acto inaugural del consulado de Salónica, su gesto ante el canciller Abrabanel trasluce una mezcla de decepción y desasosiego. No llegan a un centenar. Pregunta cuántos sefardíes hay censados en Salónica. «Setenta mil», responde Abrabanel, que se cuadra ante el cónsul como el militar que da el parte de guerra a su superior. A los que hay que añadir veinte mil en Adrianópolis, añade el autor teatral sin perder su rígida compostura, y otros diez mil repartidos por ciudades y aldeas de Macedonia y Tracia.

Unas semanas después de la fiesta inaugural en el consulado de España, Antonio Suqué decide acometer la principal misión que se le ha encomendado. Escribe al ministro plenipotenciario en Constantinopla, Prat de Nantouillet, para informarle de la situación desesperada de cientos de sefardíes que desean confirmar su inscripción en el registro de protegidos o darse de alta como súbditos españoles. Prat de Nantouillet es un hombre encopetado y de buenas maneras que

ignora cuanto se está cociendo en las altas instancias gubernamentales del país acerca de la población sefardí en Macedonia.

El cónsul en Salónica es de la opinión de que, además de ignorar cuanto sucede, el ministro desea permanecer en la ignorancia sobre un tema que le «marea demasiado» y le impide atender otras obligaciones. Así que Antonio Suqué, sin padrinos a los que encomendarse, se arriesga a tomar una decisión que le compromete ante sus superiores, pero no le importa: abrir la matrícula de inscripción en el registro de protegidos a los sefardíes que acrediten ser descendientes de familias españolas obligadas a abandonar el suelo patrio en 1492 o en años posteriores. Al mismo tiempo, abre sus oficinas para cuantas consultas, relativas a la seguridad y la protección de los judíos sefardíes ya inscritos en el registro, sean necesarias. Varios periódicos locales, entre ellos *El Avenir*, publican breves bandos, a una columna, de unos cinco centímetros de alto, recuadrados: «Se hace saber a los ciudadanos que acrediten ser descendientes…». Tras la emisión de los comunicados, los resultados de la convocatoria resultan decepcionantes: poco más de cinco ciudadanos por día.

Al cabo de la primera semana, sin embargo, la cifra se duplica. En la segunda, se quintuplica. Y cuando salta a la primera página de los periódicos la noticia de que el ejército griego ha cruzado por el oeste la marca del Imperio turco, el comienzo del camino hacia la Sublime Puerta, las colas se hacen kilométricas. Es tal el gentío ante el consulado español que las autoridades locales se ven en la obligación de enviar al lugar a varios policías cretenses, de los que todavía son fieles al imperio que se desmorona. Los policías, precintados con cartucheras, controlan la seguridad en los aledaños de la legación diplomática, que parece un enjambre de abejas. El cónsul Suqué apenas puede contener la avalancha de peticiones. El *cavas* del consulado se echa con frecuencia la mano al cinto en busca de la pistola. Es el único gesto disuasorio que se le ocurre para imponer orden dentro del local. «Una sola cola, de uno en uno», repite, erguido sobre la hermosa alfombra persa que nadie se atreve a pisar, vigilantes las relucientes armaduras imperiales que guardan el acceso a la escalera. El cónsul ni come ni duerme en su casa. Por la noche, exhausto, se derrumba sobre el sofá de su despacho. Con fiebre, cuyo origen desconoce, le ruega al canciller Abrabanel que medie entre sus compatriotas y posponga las visitas hasta nueva orden. Son muchos los sefardíes que regresan a sus casas, desolados. Pero son más los que permanecen en las aceras de las calles y pasan la noche a la intemperie, a la espera de que se abran de nuevo las puertas.

El otoño despliega los primeros vientos del norte, los primeros gritos de desesperación que sofocan el silencio. Abrabanel y Chrisaphis reparten entre los concentrados algunas mantas que han adquirido, a cuenta del consulado, en una tienda de gitanos búlgaros. Algunas mujeres se aparecen en la oscuridad de la noche con cacerolas de caldo de pollo humeante, con ollas de café, con prendas de abrigo que reparten entre familiares y amigos.

Las colas se alargan desmesuradamente el 8 de octubre de 1912, el día en que Montenegro declara la guerra a Turquía. Horas después lo hacen los países de la Liga Balcánica: Bulgaria, Serbia y Grecia. Sus tenazas de fuego pinzan tres de los cuatro costados cardinales de Macedonia. Todos los ejércitos desean asomarse cuanto antes al Egeo desde el balcón de la aterrorizada Salónica.

En la escuela de la Alianza, mucho más en la de Abraham Benarroya, se aprovecha la apertura de la nueva misión diplomática para repasar la historia y rememorar el trágico decreto de los Reyes Católicos en 1492.

Acostumbrados a tantas tragedias, los maestros solo trasladan a sus alumnos cuánto significa que en la raíz del odio se han injertado las del amor y la reconciliación, que, entrelazadas, son mucho más profundas, «porque la del odio alcanza, tarde o temprano, el sedimento calizo que impide su crecimiento, mientras que las del amor y la reconciliación crecen en todas direcciones y sin impedimento alguno porque las riega el Dios fraterno y venturoso». Gracias a esas explicaciones, los alumnos acceden al conocimiento de hechos históricos inimaginables que, en la voz del maestro, suenan a gestas homéricas: por ejemplo, que las primeras migraciones de los de su raza a la entonces Iberia fue durante los primeros años de la dominación romana, que procedían de Palestina, y que afrontaron la travesía del Mediterráneo en barcos de pesca y a veces bordeando en caravanas la costa africana hasta el estrecho de Gibraltar. De todo ello se desprendía que la querencia por Sefarad se remontaba a casi dos mil años, y que ellos, los sefardíes, nunca dejaron de intervenir en las distintas efemérides que dieron paso a la identidad política y cultural de *Espanya* tal como hoy se la conoce. Unos días antes de la recepción oficial, Abraham Benarroya escribe en la pizarra de su escuela: «Nunca nos avergoncemos de pensar que nosotros fuimos los primeros en hacer el barro y amasar la tierra que moldeó la patria de la que fuimos expulsados». Y los alumnos reproducen lo escrito en sus libretas. De vez en cuando levantan sus cabezas y se quedan embobados, como si la pizarra fuera la puerta de un pozo insondable.

Herederos

Daniel Carasso recuerda el momento en que lo escribe, lo que aquello significa, el mensaje que su maestro pretendía hacerles llegar: ellos, los niños de la escuela, son descendientes de aquellos artistas que moldearon por primera vez la gran estatua de su fértil tierra. Y ahora entiende a su padre, que nunca quiso renunciar a «aquella herencia de los artistas que hicieron el barro, amasaron la tierra y construyeron la estatua de Sefarad». Era por designio de Dios, tal como lo describe el libro de Abdías. Y musita, rezando, anocheciendo, enrejado en la oscuridad de su dormitorio, a solas, atravesándolo el rayo de luz de una farola del bulevar Charcot: «Nosotros, los desterrados, pues pertenecíamos a un ejército de desterrados, ocupamos Sefarad…». Y repite lo que tantas veces escuchó decir a su padre: «Somos un ejército de desterrados…».

9

Emanuel Karasu viaja en el mismo tren al que han subido en la estación de Salónica los plenipotenciarios turcos que van a negociar en Lausana el tratado de paz con Italia. El viaje es tedioso, agotador. Belgrado, Viena, Zúrich, Lausana. Karasu, que no forma parte de la expedición oficial, viaja en un vagón distinto al de los dos delegados del gobierno turco. Ha sido invitado como asesor y ya ha intervenido en los prolegómenos: intercambio de notas diplomáticas, visitas a intermediarios en embajadas. Ya se sabe que él siempre prefiere actuar en la sombra. Se trata de abordar los términos de una rendición en toda regla. Pese a ello, o precisamente por ello, el diputado sigue siendo un hombre imprescindible.

Tras la llegada a Lausana, los dos comisionados del sultán, Rumboyoglom Fahredin y Mehmet Naby Bey, y el resto de los integrantes del séquito se instalan en el hotel Excelsior, muy cerca del castillo de Ouchy, a orillas del apacible lago Lemán. Emanuel Karasu lo hace en un hotelito más modesto, alejado del castillo en el que está previsto que se firme el tratado de paz. El Maguncia, que así se llama el recoleto establecimiento, con refuerzos de madera en los cantos de las paredes, posee un embarcadero en forma de ele de unos cien metros de largo. Karasu conoce muy bien a su propietario, Giuseppe Volpi, que lo adquirió hace tiempo a la familia Spampanato, arruinada. Muy pocos saben que el propietario del Maguncia es uno de los tres políticos designados por el gobierno italiano para negociar con los turcos las condiciones de su inapelable victoria. La diferencia con ellos es que, además de ser uno de los más influyentes políticos italianos de la época e inmensamente rico, es masón. Giuseppe Volpi es miembro de la Logia del Gran Oriente de Italia.

Emanuel Karasu, recién llegado de la estación, pasea a lo largo de uno de los bulevares a orillas del lago Lemán. Es el 17 de octubre de 1912. El viento otoñal, con ráfagas heladas, le ha obligado a dejar el fez en la habitación del hotel. A pesar del frío, cubierto con un sobretodo de color beige, se adentra hasta el final del embarcadero y se sienta sobre los últimos tablones sobre una finísima capa de moho. No le importa la incomodidad de la humedad, ni de las rachas del viento. Desea estar solo. Escucha el chapoteo de algunas pequeñas embarcaciones amarradas. Tiene que darle vueltas a la propuesta que ha de hacerle a su *hermano* Volpi. Se ha citado con él al día siguiente, por la tarde, después de la firma del tratado, o del armisticio, o del acuerdo de paz. O, más bien, del «humillante paripé de la derrota». Es lo que piensa el diputado turco, que se siente hastiado. Por momentos cree que ha intervenido demasiado tarde en los acuerdos; o tal vez haya sido mejor dejarlo así, como le había insinuado Giuseppe.

Al día siguiente, a Volpi lo acompañan en la firma dos altos dignatarios del gobierno italiano: Pietro Bertolini y Guido Fusinnato. El aspecto de los cinco negociadores, a la sazón

hombres de paz, es tan sorprendentemente parejo —todos orondos, las barrigas infladas, menos la de Volpi, con frondosos bigotes, petrificados— que no podría distinguirse quiénes son los vencedores y los vencidos. En cualquier caso, cabe imaginar que a los tres italianos les corre por la sangre la prepotencia del engreído gallo de pelea que se ha pasado la noche copulando con todas las gallinas del corral. Y a los dos turcos, un frustrante abatimiento por dejarse desplumar. Emanuel Carasso no acudirá al acto de la firma del tratado, ni hará acto de presencia en la salita de espera improvisada en los bajos del castillo, ni departirá con los impacientes periodista, en su mayoría italianos. Más tarde será informado por Naby Bey de que las negociaciones discurrieron con plena normalidad. El más claro exponente de la serena claudicación, en palabras de Bey, son los rostros de los cinco signatarios reunidos amistosamente alrededor de una mesa ovalada de caoba, en un despacho contiguo a la biblioteca del castillo de Ouchy.

Emanuel Carasso alza la cabeza y la gira a la derecha. «Allí».

El castillo, con sus torres neogóticas, se erige junto al lago. Es la ilustración en piedra de una historia medieval de príncipes desalmados y princesas violadas. Al final del acto protocolario, los cinco signatarios posan muy serios para los fotógrafos. La fotografía aparecerá días después en los principales periódicos europeos, no así en los turcos. Desde luego, en ninguno de los que se editan en Salónica. El propio Emanuel Carasso ha dado instrucciones a sus correligionarios del CUP para que impidan la «vergonzosa inserción». Y si algún director de periódico se niega a hacerlo, que «lo linchen».

El más satisfecho de los cinco es Volpi. Nadie puede alardear como él de tener poderes plenipotenciarios reales. Naturalmente, es él quien lleva el peso de la negociación. Aun reconociendo que tuvo en cuenta algunos benevolentes consejos que le dio su *hermano* Karasu, Volpi ha mangoneado todo lo que ha querido. Italia ha contraído una nueva deuda con él. Además, ha logrado situar a uno de sus hombres de confianza, el banquero Bernardino Nogara, como representante de Italia en el Consejo de la deuda otomana, desorbitada tras la guerra. Volpi y Nogara tienen agarrado al Imperio otomano por los testículos.

En realidad, la derrota apenas permite a Turquía disponer de exiguos márgenes de maniobra para una negociación honrosa. Si acaso, incluir entre las diez cláusulas del tratado alguna redactada en términos imprecisos para evitar la humillación total. Por ejemplo, Italia se compromete a garantizar el respeto a las prácticas religiosas musulmanas en *sus* nuevos territorios (probablemente por una graciosa concesión de Giuseppe Volpi, a instancias de Karasu).

La nueva potencia vencedora, que emerge envalentonada en el foro de las naciones más influyentes de Europa, pasará de puntillas (también por graciosa concesión de Volpi) en los aspectos que atañen a su dominio sobre las islas del Dodecaneso, no así para subrayar el que va a ejercer sobre los territorios del norte de África por los que tan bravamente se han batido sus *bersaglieri* (hasta ahí podía llegar la influencia de Karasu). A partir de ese tratado, Italia rebautizará a Cirenaica y Tripolitania con el nombre que poseían durante el Imperio romano: Libia. Es el primer paso para que la *Regia Italia* reavive las glorias imperiales de antaño. Falta menos de una década para que el fascismo de Mussolini amplíe sus dominios en África. Pero no es Italia la única nación con sueños imperiales. Bulgaria quiere ser la Gran Bulgaria. Serbia, la Gran Serbia. Alemania, la Gran Alemania. Grecia, la Gran Grecia. Italia les ha tomado la delantera. Ha sido el primer país en exhibir el acerado músculo del rearme armamentístico que le

otorgará al rango de *«grande potenza mediterranea»* al que aspira. Todas las naciones europeas seguirán su ejemplo. ¿Qué será de la Gran Turquía soñada por Emanuel Karasu?

Durante algunos minutos, el diputado Karasu deja que su imaginación navegue por la superficie del lago, que a esa hora adquiere por momentos el color de un valle de tonos bermejos con algún matiz amarillo saltando de las crestas de las débiles olas. Aún no se ha puesto del todo el sol. Sabe toda la verdad. Es probable que sepa demasiado. Giuseppe Volpi empieza a amasar su fortuna importando tabaco de Montenegro, elaborado por las cigarreras de Salónica. Instalado en Salónica hace unos años, se ha hecho con el monopolio del tabaco. Decide entonces que la capital sefardí sea sede de la G. Volpi, A. Corinaldi and Company, con intereses en la explotación de la cuenca carbonífera de Heraclea Póntica, la más importante de Turquía. De esta manera, al monopolio del tabaco se suma el de la principal fuente de energía que abastece al país transalpino. Un duro golpe para Inglaterra, que se ve obligada a reducir drásticamente sus exportaciones de carbón a Italia. Los tentáculos de Volpi en el moribundo Imperio otomano empiezan a alargarse como los de un pulpo antediluviano. Su red de influencias le otorga un poder omnímodo sobre los fogones de los Balcanes metiendo presión a las calderas. Él enciende el fuego y, a la vez, arroja el aceite. El sarcasmo empieza a definir los rasgos de la caricatura política europea: cuánto peor, mejor.

Karasu se enteró durante el viaje a Lausana de que Montenegro había declarado la guerra a Turquía. Había bajado del tren para estirar las piernas en uno de los andenes de la estación de Viena. Un joven vestido con un mono sucio y gorra puesta al revés voceaba el primer estallido de la guerra en los Balcanes. El chaval parecía contento. Es lo que Austria deseaba, ¿no? Montenegro es un insignificante país al que utilizan sus vecinos para calibrar la capacidad de reacción de los turcos, que todavía mantienen sus más importantes contingentes de tropas en el norte de África y en las islas del Dodecaneso. Otra ironía cruel del destino: justo cuando los cinco plenipotenciarios suscriben el final de las hostilidades entre Turquía e Italia, se abren las barricadas con Montenegro. ¡La producción de tabaco debe incrementarse para costear la guerra! Giuseppe Volpi se enriquece más deprisa. No queda ahí la cosa. Faltan cuatro días para que el ejército serbio ataque las primeras fortificaciones otomanas en Tracia y Macedonia. Volpi había comprado, años atrás, el Banco de Serbia. De modo que se convierte en uno de los capitostes que financian las ansias imperialistas de esta nación, juramentada con la historia para vengarse del oprobioso turco. De todo lo cual se desprende fácilmente que Giuseppe Volpi es, de facto, uno de los hombres más influyentes de Europa, comparable al dios Marte: entre sus poderes figura el de provocar guerras.

¿Y él, Emanuel Karasu? También al abogado y diputado turco le cuadra la caricatura del sarcasmo imperante en Europa. También Karasu encandila y chupa la sangre a los nacionalistas que, como él, pretenden vestirse de héroes con los despojos de los demás. Los tambores de guerra que se escuchan por doquier le han aconsejado duplicar las importaciones de cereales procedentes de Ucrania. En tiempos de guerra, el abastecimiento de alimentos es un capítulo estratégico. Digámoslo sin ambages: se está enriqueciendo escandalosamente. No es de extrañar que, en plena catarsis de su codicia, se atreva a interrogarse a sí mismo: ¿y los beneficios que me

reporta el ser socio encubierto de Aleksandr Parvus, proveedor de armas del ejército turco? Desde luego, Karasu también manda sobre la paz y sobre la guerra.

Emanuel Karasu conoció a Giuseppe Volpi hace quince años, durante uno de sus primeros viajes por Italia, cuando era un joven fascinado por las ideas de Giuseppe Mazzini: solo los jóvenes utópicos pueden cambiar el alma de la decadente y vieja Europa. Lo recuerda muy bien: unos años más joven que él, Giuseppe despierta a su alrededor pasiones irreprimibles; las mujeres lo adoran, los hombres lo imitan.

Fue en ese mismo embarcadero, sentado como lo está ahora, con las piernas inmovilizadas sobre las aguas del Lemán, cuando empezó a forjar su sueño de que también Turquía estaba predestinada a recobrar su orgullo como gran nación a través de uno de esos movimientos de jóvenes airados diseñados por el utópico Mazzini. Era una tarde también otoñal, también fría y ventosa. Sus amigos lo habían dejado con su soliloquio redentor del panturquismo en el extremo del embarcadero, de espaldas al hotelito que entonces regentaba la familia Spampanato antes de caer en la ruina.

Volpi y él aspiraban ardientemente a fusionar las viejas corrientes carbonarias y las de Mazzini en el movimiento social y político *più forte*. El movimiento de la Giovine Italia. Luego llegaría el de los Jóvenes Turcos. Revolucionarios, alejados, eso sí, de las agitaciones violentas que se preparaban en Rusia contra el imperio de los zares.

Una de esas noches, Karasu conoció a una joven de Padua, Antonella, con la que se encerró en la habitación del hotelito y no dejaron de hacer el amor durante cuarenta y ocho horas. Antonella era una joven invencible en la cama, confesaría al día siguiente, temblándole las piernas, a Volpi. «¡Qué mierda de turco eres tú!». Giuseppe acababa de rebasar los veinte años. Él había cumplido los treinta y cinco. Tras aquel encuentro, Giuseppe Volpi invitó a *il sefardita* a pasar unos días en su casa de Venecia. Volpi acababa de atravesar por una crisis personal que le había hecho abandonar sus estudios en Módena, con el subsiguiente enfado de su padre, un prestigioso y acaudalado ingeniero veneciano. La obsesión de Volpi era hacerse rico, inmensamente rico, en el Imperio turco. ¿Por qué Turquía? Solo desde un cadáver en descomposición pueden extraerse las vísceras que alimentan a las aves que reinan sobre la tierra.

En plena agitación balcánica, Volpi estaba convencido de que las oportunidades de hacer negocios se presentarían con el estruendo de las erupciones que hervían bajo tierra y que su fino instinto de depredador adivinaba con la precisión de un sismógrafo. No le fue nada mal en Salónica, como ha quedado dicho. Ingresó en varias sectas secretas de Macedonia y colaboró con su amigo Emanuel en crear la logia Macedonia Risorta, Macedonia Resucitada. No tardarían en llegar los golpes de fortuna del tabaco de Montenegro y la oportunidad de construir los cimientos financieros que exigía una nación, Serbia, dispuesta a vengarse de las afrentas infringidas por los turcos desde la vejatoria derrota en Kosovo, cientos de años atrás…

Los dos amigos solían recluirse en Venecia, en un viejo palacete junto al Gran Canal y alejados de la familia Volpi. Casi siempre acudían a sus citas a mediados de agosto, cuando el calor y la humedad hacían de Venecia una ciudad ahogada en el sudor y la humedad de su belleza. Aprovechaban la templanza de las noches para salir y sentarse en alguna de las terrazas de la plaza de San Marcos.

Una de aquellas noches, a punto de iniciarse el nuevo siglo, Emanuel descubrió, sentados a una mesa contigua a la de ellos, a su hermano Daniel y al hijo de este, Isaac. Dudó unos instantes

en levantarse de la mesa y escabullirse con su amigo porque no le gustaba la idea de que su hermano conociera los motivos de su estancia en Venecia, pero no pudo evitar que su sobrino, por quien había tenido desde siempre una extraña y espontánea debilidad, fuera quien lo reconociera a él.

Karasu les presentó a Giuseppe Volpi. Su hermano Daniel hablaba muy bien el italiano, lo mismo que su hijo, probablemente por la semejanza de este idioma con el judeoespañol, al que ellos llamaban ladino, o por las buenas relaciones que mantenían en Salónica con algunas familias emparentadas con otras italianas. Emanuel Karasu había defendido en repetidas ocasiones ante ellos su origen italiano, tesis que compartía solo a medias con su hermano mayor: «Antes de llegar a Italia, tus antepasados y los míos habían pasado por Aragón, o por Castilla», solía argumentar Daniel. «O a la inversa; fueron judíos italianos los que llegaron a Aragón, y estos aragoneses se instalaron en Italia», porfiaba Emanuel. «En cualquier caso, eran sefardíes los judíos que procedían de España». Y ahí quedaba en suspenso la discusión.

Carazo

Hacía tiempo que había dejado de obsesionarse por su origen, todo lo contrario que su padre, que aprovechaba cualquier ocasión para reafirmarse en la teoría que su amigo Abrabanel de Nápoles le había metido en la cabeza. ¿Qué le importaba a él que el apellido Carasso fuera el resultado del soborno de un noble napolitano, de Livorno o de Venecia; del temor a una delación ante el tribunal de la Inquisición; o de la benevolencia de un mecenas de Bolonia? Menos mal —piensa ahora Daniel Carasso en plena duermevela mientras espera a la muerte— que su padre murió antes de saber que en el hotel Ritz, de Barcelona, al poco de ser inaugurado, trabajaba como relaciones públicas un tal Carazo. Pasaba por ser el hombre más elegante de la ciudad, el más apuesto y distinguido recepcionista… Burgueses y aristócratas acudían al Ritz para admirar las maneras de aquel caballero encopetado que les salía al encuentro con la pose de un bailarín ruso saludando desde el escenario al final de su actuación. «Y digo menos mal…», se dice para sus adentros, porque aquel Carazo, apellido ilustre español, resultó ser un judío sefardí nacido en Salónica. A su regreso de Estados Unidos, Daniel quiso averiguar algo sobre tan insidiosa coincidencia, pero el tal Carazo había muerto… ¿Y si el origen que tan afanosamente buscaba su padre estaba en el apellido burgalés del recepcionista del Ritz nacido en Salónica?

10

Daniel y su hijo Isaac estaban de paso en Venecia. Habían llegado en tren desde Trieste y se disponían a seguir viaje hasta Génova, donde cogerían un paquebote rumbo a Marsella para enlazar, finalmente, por tren, con la capital de Francia. Un viaje largo y costoso, pero Daniel Carasso, apuntalado en su buena posición económica, podía permitirse el lujo de acompañar a su hijo a París «en viaje de estudios». Hacía varios años, nada más abandonar la adolescencia, que Isaac Carasso deseaba visitar el Instituto Pasteur y entrevistarse con alguno de los investigadores que trabajaban en el centro. En su mente anidaba el pensamiento de aprovechar la mínima oportunidad que se le presentara para enrolarse en alguno de los equipos de investigación que trabajaban en la ya famosa calle de Ulm, el foco científico más prestigioso y deslumbrante del mundo. Al *sobrino Isaac* le encantaba la medicina. Soñaba con llegar a ser un investigador de los denominados *pasteurianos.* Daniel, sin embargo, no estaba por la labor de despegarse de su hijo —más bien de que su hijo se despegara de él—, a quien deseaba incorporarlo a su despacho en la empresa de transportes de la que era delegado para Oriente. Pero, hombre sensible y buen padre, recelaba de transmitir abiertamente a su hijo su oposición a aquellos planes que él consideraba infructuosos y propios de la juventud, de ahí que transigiera en dar cumplimiento al sueño de su hijo de visitar el Pasteur en la confianza de que él mismo razonara la imposibilidad de sus planes. Además, Daniel jugaba con la ventaja de que su hijo Isaac se casaría muy pronto, lo que le obligaría a abandonar sus utópicas aspiraciones de convertirse en un hombre de ciencia. «Aunque quién sabe», solía decir cuando se refería a esta cuestión, restando importancia a lo que pensaba en el fondo de su corazón, lo cual venía a dejar las cosas en el aire, al menos en opinión de Isaac, convencido de que su padre tenía razón. Por el contrario, las convicciones de Isaac por cumplir esos sueños, tan aparentemente alejados de la realidad, era el aspecto que más interés despertaba en su tío Emanuel, que en más de una ocasión había intentado acercarse a él con la intención de ganarlo para su causa política, incluso ofreciéndole ayuda para costear sus estudios en París. Sabedor de las segundas intenciones de su tío, Isaac siempre se había mantenido alerta las pocas veces que trató con él de estos asuntos.

Precisamente aquella misma noche, ante altas copas de café helado con nata, Daniel Carasso confiesa a su hermano menor el compromiso de esponsales de su hijo Isaac con Esther Muzafia, pariente lejana de la familia. Pendiente de sus palabras, Isaac asiente con el rostro inocente y la tez turbada. La fecha de la boda está por decidir, pero los novios pretenden que sea para la primavera del próximo año. Con el desparpajo del que suelen hacer gala los italianos en este tipo

de ocasiones, Giuseppe Volpi propone celebrar tan feliz compromiso y les invita a cenar a un lujoso restaurante en la isla del Lido. Daniel Carasso declina la invitación. Dice que se siente mayor, que no está para fiestas, pero anima a su hijo a aceptar la propuesta del amigo de su tío. Finalmente, Isaac se sentará en un sillón tipo Luis XV, acolchado y con brazos, entre los dos masones, alrededor de una mesa con mantel y servilletas bordadas, cubertería de plata y copas de cristal de Murano. Durante toda la cena se siente cohibido, su mente apelmazada. Escucha con el interés de un colegial aplicado. Su tío y su amigo Volpi hablan sobre cuestiones para él inabordables, perturbadoras. Hablan con pasión de paz y de guerra. Para los dos una y otra son piezas de una complicada herramienta de intrigas que parecen dominar con la facilidad con que se usa un abrecartas. Se confiesan abiertamente masones, y cuando lo hacen, mirando al absorto joven, dicen que las logias masónicas tienen como único fin extender la fraternidad por todos los rincones del planeta. Isaac Carasso se cubre la cabeza con una kipá de lana. Atiende, en apariencia receptivo, las explicaciones de los dos hombres. Les pregunta, ingenuamente: «¿Se puede ser masón y judío al mismo tiempo?». Es Giuseppe Volpi quien le responde: «¡Moisés era masón!».

Su tío sonríe. Es el paso previo a un monólogo que Emanuel y Giuseppe comparten a fin de exponer sus ideas sobre los orígenes comunes de la cábala y de algunos de los símbolos y ritos ancestrales que emplean judíos y masones, *del ojo del Dios*, de la perfección espiritual y social, del objetivo común de implantar un nuevo concepto, más justo y solidario, y más fraterno, del mundo. Isaac Carasso enmudece. El temor le obliga a extremar su cautela. No pregunta. Pero su tío le golpea los hombros, animoso: «Los grandes hombres de ciencia son masones». Isaac asiente vagamente. No se lo cree. ¿Lois Pasteur, Metchnikoff, masones? Imposible. ¿Y ese joven búlgaro, Grigorov, que trabaja encerrado entre montañas, al que apenas conoce? No, no cree que lo sean.

Isaac Carasso Nehama regresa de madrugada a la pensión. Hace tiempo que su padre le aguarda recostado sobre el cabezal de la cama, con los ojos muy redondos, muy abiertos, como si hubiera averiguado, sobresaltado por pálpitos, cuanto su hijo acaba de escuchar en boca de aquellos temerarios hombres. Siempre ha tenido a su hermano Emanuel por un hombre extremadamente valioso, pero un bala perdida, «un hombre incapaz de digerir sus sueños de grandeza», como le ha confesado a su hijo más de una vez.

Isaac no pronuncia palabra alguna.

Su padre enciende la luz de la habitación y lo observa: cómo se desnuda, cómo extrae de la maleta el camisón, cómo se lo embute por la cabeza; cómo se deja caer sobre la cama y acomoda su cabeza en la almohada con los brazos cruzados por detrás, mirando fijamente al techo.

Daniel Carasso apaga la luz.

Al cabo de unos minutos, Isaac le habla. Recuerda cuanto ha escuchado en el lujoso restaurante de la isla del Lido e improvisa un discurso monocorde y sin concesiones al más leve silencio.

Daniel Carasso lo escucha sin interrumpirlo. Cuando cree que su hijo ha terminado, deja pasar un par de minutos. Luego habla, con la gravedad de un rabino:

—Jamás dejes que esos pensamientos te arrebaten la cordura, Isaac. Si lo haces, estás perdido. Es probable que, cuando los escuches, se despierte tu locuacidad y te sientas seguro de ti mismo. Si fuera así, si los escucharas y no atendieras a tu propia voz, pronto te verás afectado, sin ser consciente de ello, por una extraña enfermedad que no se manifiesta como las demás. Te ocurrirá, ya digo, si te dejas ganar por sus mensajes, aparentemente inocuos. Yo te digo que son perversos, pues su intención es la de sembrar dudas. Llegarás a creer que el judaísmo, tal como preconizan, es una especie de máscara de la masonería, un instrumento del que se sirven los masones para dominar el mundo, y hasta es posible que pienses que tú eres uno de los elegidos para expandir ese credo embaucador. No te enfrentes al riesgo de un debate que te sembrará de dudas. Entrar en ese juego diabólico que pretende confundir a masones y judíos es como haber sido infectado por un bacilo desconocido. El de la peste blanca. Esa peste existe, hijo mío. Ni siquiera el más sabio de los sabios a los que admiras ha sido capaz de descubrir el germen que la provoca. Sus estragos son imperceptibles, pero profundamente inquietantes. Se manifiestan cuando observas a los demás y crees que tu simple presencia les provoca una irreprimible y benefactora inquietud, o cuando piensas que son los demás quienes descubren en ti esa inquietante extrañeza que tanto parece perturbarles.

Isaac ha escuchado atento, sin pestañear en la oscuridad. En algún canal cercano brota, a lo lejos, una voz de alerta, un sonido como de trompeta, quizá una campanilla.

—Padre, les he oído decir que ha llegado la hora de implantar un estado masónico.

Se dio la vuelta y miró por la ventana a la oscuridad del exterior. Imaginó que el agua apresada se escabullía entre los barrotes de las paredes en busca de una salida y regresaba resoplando entre remolinos como serpientes de cascabel.

Emanuel Karasu regresa al Maguncia cuando se encienden las luces del hotel, que proyectan la silueta del hombre sobre el agua aquietada. Se ha calmado el viento. Su sombra es una lápida negra en el fondo del lago. Hace un frío gélido. Giuseppe Volpi lo espera en el vestíbulo del hotel. Se abrazan. «Lo siento —le dice el masón veneciano—. Hice cuanto ha estado en mi mano». El gesto de su amigo sefardí es inequívoco. Sacude la cabeza. Lo cree. Claro que lo cree. Resuenan las palmaditas que le da en el abrigo helado. Amadeo Spampanato, un hombre extremadamente alto y desgarbado, de mirada sombría y gestos cansados que revelan su cohabitación con una enfermedad mortal, les conduce a una sala que preside una mesa redonda, de patas curvas y labradas, cubierta con un mantel y dos servilletas sobre las que relucen dos juegos de cubiertos de plata. En el centro de la mesa, una botella de vino toscano Antonio Soderi.

La mesa es pequeña, perdida en el recinto, que parece la nave de una catedral. Están arrinconados entre altas paredes recargadas de cuadros con pinturas de paisajes alpinos. Sobre los dos comensales pende una gran lámpara de lágrimas. Veinte, quizá treinta bombillas encendidas. Una joven con mandil blanco les aguarda en el extremo de la mesa. Es Antonella. Los años han transformado la ansiedad de su juventud en una masa informe y gelatinosa. Devastada por la obesidad, la mujer sonríe, entre avergonzada y melancólica, a Emanuel Karasu, que no se atreve a mirarla. Será ella quien, titubeante, les sirva la cena bajo la abúlica mirada de Spampanato, que resistirá, agónicamente, de pie hasta que los dos hombres que desean dominar las tinieblas de Europa crean que ya no tienen más cosas que decirse. Cuando hablan, da la

impresión de que están encantados de cuanto escuchan; más aún, de que admiran el cinismo en la expresión del otro. Es así como se entienden mejor. En realidad, no hay nada que comprender. Nada, por tanto, que ponga en riesgo las alertas de la beligerancia. Les anima el mismo impulso vital de abrasar sus manos en el ardiente poder.

Se trata de reconocer algunos hechos irrefutables, de analizar las consecuencias que de ellos pueden derivarse y de aplicar terapias que supongan para ambos el menor riesgo posible. Sus ambiciones no son distintas a las de los imperios emergentes: ampliar sus dominios, devorar a los débiles. Pero hay un aspecto que les preocupa sobremanera, en especial a Karasu. De consumarse los trágicos vaticinios, Turquía podría quedar reducida a la superficie de Tracia. Un fortín de barro entre dos continentes vigilado por franceses, británicos y rusos. ¡Vaya trío de indeseables! Si esto fuera así, todos perderían. Consecuentemente, la evidencia es de que los sueños de la Gran Turquía son una aspiración ilusoria, imposible. De aquí a unos años, tal vez en pocos meses, los mapas de las naciones que rodean al otrora poderoso imperio serán distintos, y las fronteras se ceñirán sobre Salónica y Constantinopla como el torniquete del garrote vil sobre la nuca de un ajusticiado.

El gran maestro de Macedonia Risorta escribe con renglones torcidos una sarta de teorías conspirativas y de enigmáticas conexiones que él sabe orientar hábilmente hasta hacerlas eclosionar en la mente de Giuseppe Volpi. El nuevo objeto de deseo se llama Salónica, lo que no es de extrañar, desde luego. En los últimos meses, dice, se ha pasado de las hipótesis elaboradas por algunos intelectuales de pacotilla remunerados por políticos incompetentes a las propuestas concretas urdidas desde organizaciones judías y logias masónicas. Antes de tomar decisiones al respecto, sin embargo, las principales cancillerías europeas han estado aguardando a que turcos e italianos firmaran el Tratado de Ouchy en Lausana.

Volpi escucha, impaciente, nervioso, golpeando el mantel con el mango de un tenedor.

—¡Qué ingenuos son los políticos cuando están acorralados! —clama Karasu mientras observa compasivo a Spampanato. Creen que estos asuntos deben abordarse en tiempos de paz. Ouchy ha sido un espejismo. Volpi menea la cabeza—. ¡Hay otra guerra en ciernes! —vuelve a vociferar el diputado turco.

—¡Y otra, después! —ratifica el italiano.

—Y todos sabemos que se prepara una muy gorda —musita Karasu—. Lo que quieren decir es que «en los campos de la paz no brotan los lirios de las ideas redentoras». De entre todas las propuestas que se esgrimen —prosigue Karasu—, destaca una especialmente audaz, brillante: la creación del estado masónico de Macedonia. En realidad, sería un estado judío. ¿Ves alguna diferencia?

Spampanato resiste, inmortal como una estatua.

—¿No resulta descabellado? —pregunta Volpi—. ¿La Macedonia turca convertida en un estado independiente con capital en Salónica?

No es solo el sueño de Emanuel Karasu. Otros, como él, la verían como una oportunidad para ganar una buena pieza en el río revuelto de la política europea. Desde luego, Turquía salvaría los muebles de su imperio, algo es algo.

—¡Y le daría en las narices a los griegos, cuidado con los griegos! —advierte Volpi.

—Austria —sigue razonando Karasu— sería la primera en apoyar la idea. En el fondo, cree que podría meter sus narices como lo ha hecho en Bosnia Herzegovina. Salónica le permitiría una salida al Egeo. ¿Y los judíos? Se ha tanteado a personalidades relevantes de las principales organizaciones judías en Berlín, Budapest, Londres, Viena… Puestos a situarse en primera línea de las intrigas, ¿por qué no alinearse con las que manejan las cancillerías de Austria, con el beneplácito de Alemania, y Bulgaria, aun con los recelos de Grecia y Serbia? No, no es descabellado crear una zona internacional en Salónica que paralice las pretensiones depredadoras de griegos, búlgaros y serbios. Los turcos estarían obligados a transigir. Dejarse querer por los conspiradores puede resultar gratificante.

—¿De dónde ha salido semejante pensamiento? —pregunta Giuseppe Volpi, intrigado. Lo que piensa: la idea no puede haber partido más que de Emanuel Karasu, aunque a primera vista parezca inconcebible—. ¿De veras que has sido tú?

Ciertamente, resulta contradictorio que las neuronas revolucionarias del abogado sefardí se hayan confabulado para concebir una solución tan ecléctica y permisiva.

—¡Brillante! —exclama el financiero que se presta a ayudar a los belicistas estados balcánicos—. Hay un argumento incuestionable, *adelante.* La tierra, para quienes la trabajan. ¡Eso es lo que dicen los revolucionarios bolcheviques! —se carcajea Volpi—. Porque, en definitiva, todo se reduce a un simple juego de exclusiones. Ni griegos, ni búlgaros, ni turcos. Salónica, y con ella Macedonia, para los judíos.

¿Acaso la mayoría de la población no es judía? ¿No tienen derecho los más de cien mil sefardíes instalados en la región desde hace cuatrocientos años «a romper el cascarón que los asfixia, digo», tener su propia tierra, libres, por fin, de injerencias? Si durante el tiempo en que fueron sojuzgados, llevaron a cabo la ingente obra que todos reconocen, ¿qué no serán capaces de hacer sin explotadores? «Plausible, amigo mío». ¿No están mayoritariamente las finanzas de Salónica en sus manos? ¿No son propietarios de los principales bancos de la zona? ¿No dominan las principales instituciones culturales de la ciudad? ¿Acaso no son ellos los que controlan el comercio y el tráfico portuario, y las principales vías de comunicación? ¿No son judíos sefardíes los que han dirigido y ejecutado los proyectos urbanísticos que han diseñado el futuro de la ciudad, los que han construido la mayoría de las escuelas, los propietarios de las principales imprentas, de los periódicos más influyentes, de la biblioteca que ejerce de faro a la cultura sefardí en el mundo? ¡Hasta un país denostado como España, al margen de estas intrigas, pretende rehabilitarse a costa de recuperar el afecto de los más humillados de sus compatriotas!

Los argumentos parecen darle la razón a Emanuel Karasu, que los defiende con vehemencia.

Ni turcos, ni griegos, ni búlgaros…

—¡Judíos! —exclama, dando un golpe seco en la mesa que retumba en la sala.

No se inmuta Spampanato.

—Amadeo, puede retirarse a descansar —dice Giuseppe Volpi, sin girar la cabeza, pendiente del rostro eufórico de su amigo.

—¿Desean los señores que llame a las señoritas que alegrarán su merecido descanso? —pregunta el criado con voz extrañamente aflautada.

Los dos amigos se miran, se preguntan, miden sus recursos. Están cansados. Saturados de vino. Borrachos como cubas.

—¡Un estado masón dominado desde la sombra por financieros judíos! —vocifera el futuro conde de Misurata como si ensayara el aria de una ópera.

—¡O un estado judío dominado por masones! —le sigue el juego Emanuel Karasu.

—¿Qué deciden los señores? —insiste Spampanato, inclinando levemente la cabeza hacia delante, a punto de quebrarse.

Volpi observa a su criado:

—No se preocupe, Amadeo, ya le llamaré si las necesitamos.

Al día siguiente, después de desayunar, los dos conspiradores zarpan rumbo a Venecia. Lo hacen a bordo de un Rolls-Royce Silver Ghost hecho a mano y terminado de ensamblar en 1912 que acaba de estrenar Giuseppe Volpi. La *bella macchina* alcanza las veintidós millas por hora y está equipado con velocímetro. Los cromados interiores son de plata y marfil. Los exteriores de los gigantescos faros, dorados. Las puertas están revestidas en su interior de seda. El financiero presume de haber pagado por él mil ciento cincuenta libras esterlinas. Les acompaña un chófer, de nombre Piero; viste un uniforme que muy bien podría confundirse con el invernal de uno de los soldados búlgaros que esperan la orden de su zar Fernando para partir al frente. La semejanza bélica llega al extremo de que Piero ha metido en el maletero un fusil Mauser, gesto que ha merecido el oportuno beneplácito del propietario del vehículo. Ante todo, la seguridad. Es Piero quien conduce los primeros kilómetros, pero enseguida será Giuseppe Volpi quien se ponga al volante del bólido, que avanza velozmente por las sinuosas carreteras suizas con la capota plegada, como una mujer de rubia cabellera al viento con el pelo recogido por una ancha cinta de color burdeos. Por fortuna, el tiempo será bonancible hasta Como, donde pernoctarán en un hotel a las orillas del lago, que de noche, cuando llegan, parece un cielo estrellado en la tierra.

La llegada, al día siguiente, al palacio del financiero en Chioggia, al sur de la Ciudad Serenísima, reviste caracteres propios de la corte imperial de Viena: les aguardan en el jardín un mayordomo, un ama de llaves, siete criados y cinco cocineros, más dos mastines napolitanos babeantes que apenas puede sujetar el jardinero, también trajeado y con corbata. Las luces del jardín, encendidas como en un estreno de La Scala. Al fondo de la escalinata de mármol veteado desde la que se accede al interior, les espera con pose principesca la deslumbrante Nerina Pisani Volpi, esposa del financiero. Luce un largo vestido de raso ceñido a la cintura de color azul intenso con corpiño y una larga cola desde la cintura, escote barco y mangas de farol con volantes, estampado de flores amarillas en el costado izquierdo, y se toca con un sombrero de largas plumas negras. Nerina se ha encargado personalmente de preparar el agasajo al invitado de su marido, por quien siente desde hace tiempo una debilidad primitiva, casi salvaje, en consonancia, ha confesado en alguna ocasión, con su «irresistible atractivo étnico».

Durante la cena, Volpi y Karasu no hablarán de sus cosas. Por su parte, Nerina Pisani Volpi les pondrá al corriente de los comadreos en la corte de Víctor Manuel, de la ascensión a los cielos políticos del país de un joven llamado Benito Mussolini, de *verbo volcánico*, y de los rumores difundidos por los principales periódicos del país que señalan a su marido como

gobernador de Tripolitania. Por cierto, que ella no está dispuesta a instalarse en un país tan extraño, en pleno desierto, a cualquier precio.

—¿Su mujer lo estaría, Emanuel? —pregunta.

—Permanezco soltero, señora.

—¡Oh!

Los días siguientes, Volpi y Karasu no se separan. Han sabido aislarse de la influencia de Nerina y aprovechan el tiempo para hablar de sus cosas sin perder aliento. Karasu ha podido cablegrafiar a la oficina de su empresa en Salónica y ha recibido por el mismo conducto algunos mensajes de Bernardino Nogara, su contacto en el corazón arrítmico del Imperio turco. El programa para internacionalizar Salónica es un secreto a voces en algunas cancillerías europeas, y, tal como él mismo había adelantado, el gobierno austriaco parece a primera vista el más receptivo. Pero, en general, las posiciones del resto de los países están enfrentadas, aunque con algunos matices. Las hay reticentes —y subsanables, por tanto, en la medida en que puedan superarse los efectos de la inicial sorpresa que ha causado la iniciativa—, y las que ponen «serios obstáculos». También hay países que no quieren hablar del asunto. Es el caso de Grecia, opuesta frontalmente al plan. Bulgaria no le hace ascos. Serbia está en contra, alineada con Rusia, lo que no agrada a Giuseppe Volpi. ¿Qué sucedería si los más de dos millones de judíos rusos deciden instalarse en esa *zona protegida*? ¿Podrían hacerlo? Las cautelas de los países más poderosos, a cuyo arbitraje se somete cuanto sucede en el conflictivo campo de operaciones, resultan comprensibles. Inglaterra, como siempre, aguarda. El Foreign Office mantiene un escrupuloso silencio. Francia también está a «ver lo que pasa», y a Italia le importa un bledo cuanto pueda ocurrir porque ya posee lo que quería, Libia, y en absoluto reaccionaría en contra de que le amargaran la vida a los griegos, cuyo ejército de tierra, muy bien equipado, y Marina, a la que se han incorporado modernos cruceros, empieza a ser una amenaza para su pretendida hegemonía en el Mediterráneo.

Añádanse a este cúmulo de incertidumbres otros dos razonamientos. El primero de ellos sería pesimista: lo esgrimen quienes creen que un inminente ataque, como se espera, de los países de la Liga Balcánica a Turquía daría al traste, en teoría, con *«the attempt to internationalize Salonika»*. Son los que tienen los pies en la tierra. El segundo apuntaría al optimismo: hay quien confía en que precisamente ese mismo clima de hostilidades propiciaría negociar, aunque a la desesperada, una propuesta tan audaz e inteligente. ¿Y Turquía? La arruinada Turquía se ha quedado sin cartas con las que apostar.

No es esta, sin embargo, una «cuestión decepcionante» para Emanuel Karasu. Que los judíos de su mismo origen sefardí intervengan en la toma de decisiones de un nuevo orden político en la zona les permitiría, apoyados por organizaciones sionistas internacionales y con la ayuda y el consejo de las principales logias masónicas, disponer de una gran plataforma de influencias en Europa. Tal vez esta «nueva Salónica» —arguye el iluminado Karasu—, por fin con corazón y cerebro propios, libre de amenazas, y con el poder que le otorga la inteligencia y la sabiduría de quienes la consagraron como la ciudad más floreciente en el vasto Imperio otomano, pueda convertirse en el árbitro de la paz.

—¿La paz? —pregunta irónico el italiano.

—Hay que respetar la paz, ¿no?

Mientras Volpi y Karasu conversan sobre todo esto, un hombre se encarga de visitar las sedes de las comunidades judías en Berlín, Rusia y Sofía, y también del Ministerio de Asuntos Exteriores del Imperio austrohúngaro en Viena: Zeev Jabotinsky, Lobo.

Parvus, por su parte, se prepara para que las armas alemanas no les falten a los contendientes.

Conspiradores

Si Daniel Carasso Muzafia pudiera alargar su mano desde el lecho para coger una pluma, o pudiera articular palabras para construir un discurso, o dictar pacientemente a alguien próximo lo que le viene en ese momento a la memoria, o hablar ante un magnetófono como quien se dirige a un auditorio abarrotado de jóvenes impacientes, y poder, en cualquier caso, liberarse (¿qué importa, tan tarde?) de pensamientos que siempre le aturdieron, mucho más al recordarlos ahora entre sueños, diría esto, o lo escribiría, o proclamaría en voz alta:

«Mi abuelo tenía razón. Existe el bacilo de la peste blanca. Es el bacilo de los conspiradores, de los sectarios, de la clandestinidad. Ni el paso de los años, ni las inteligencias más preclaras, ni la opinión de los hombres más benevolentes, ni el veredicto de los jueces más imparciales nos han desembarazado a los judíos de tantas vaguedades incriminatorias, de tantos hábitos equívocos en los que nos hemos acostumbrado a vivir como seres extraños, infundadamente sospechosos, furtivos de la realidad, huidizos como cucarachas asustadas. Así nos han visto desde siempre y así nos siguen viendo. ¿Quiénes son culpables de tan dislocada perspectiva? Ni el dinero, ni la magnanimidad, ni la justicia han hecho posible que quienes nos observan desde fuera lo hagan pensando que somos seres humanos dotados de algo tan imprescindible para ser considerados normales como la mortalidad. ¿Somos realmente normales? ¿Ellos, los que nos observan, o nosotros, los observados? Nacemos, amamos, cohabitamos y morimos como los demás. Mas aparentamos ser diferentes. Somos portadores de un misterio incontrolable que nos hace infelices. He de confesar que nunca me dejé envolver por contradicciones perversas. Ni me dejé acosar, ni acosé a nadie. Nada más alejado de mi conciencia que la de ser un hombre malvado. No he promovido actividades ilícitas. Nunca actué en contra de religión alguna. Siempre fui respetuoso con todas, como lo fueron mi padre y mi abuelo. Jamás caí en la tentación de jugar a perderme en laberintos de intereses opacos. Pero mucho me temo que, a pesar de todo, a pesar de mis esfuerzos, de mi conciencia transparente, de mis súplicas, jamás, ni aún después de muerto, podré librarme de parecer un conspirador».

Luego sigue hablando a su silencio: «Conspiradores. Parvus y Lobo, Volpi y Karasu. La historia no sería nada sin ellos, sin antes de nacer y después de muertos».

Parece que el pensar así lo ha dejado sin habla. En realidad, apenas tiene fuerzas para hablar. Pero gira su cabeza sobre la almohada y en esa posición le entra un poco de aire por la ventana entreabierta. Es noche profunda. Una débil bombilla ilumina la cornisa del escritorio. Se le escapa un hilo de voz:

—¿Ha llegado Marina?

Nadie contesta. Lo han dejado solo. Por poco tiempo. Cuando regrese la enfermera, que ha ido a la cocina, probablemente a preparar un té, él se habrá vuelto a dormir. Pero, a punto de entrar en el sueño, recuerda, desvaídamente, que solo en contadas ocasiones le habló su padre de un aristócrata italiano, a quien nunca vio acudir a las tertulias que se organizaban en el sótano de su casa. Ya de mayor, cuando él estudiaba en el Instituto Pasteur de París —sueño al que su padre nunca pudo acceder—, leyó en los periódicos que al socio en aspiraciones de grandeza de su tío abuelo lo llamaban conde de Misurata, título que le concedió, muchos años después, el rey Víctor Manuel III, y supo también por sus hermanas, residentes entonces en Barcelona, que se había casado con una mujer que pasaba por ser una de las más hermosas de su época, admirada al tiempo que envidiada en todas las cortes de Europa, que aparecía fotografiada en las revistas y de la que se rumoreaba con cierta maledicencia —cosas de mujeres deslenguadas, probablemente — que había sido la amante de Emanuel Karasu.

11

Días después, en la Salónica sitiada, la noche reproduce el daguerrotipo siniestro de hombres solitarios que se dirigen al centro de reuniones de la logia masónica Macedonia Resucitada. Caminan deprisa tocados con feces turcos y embozados en túnicas, sus cabezas agachadas, de uno en uno, distanciados. Las puertas del local están cerradas como las de un castillo sitiado por la peste. En la ciudad reina la oscuridad y los mendigos se hacinan en las esquinas.

Los convocados a la asamblea conocen la consigna: dar tres golpes secos en el portón con el puño y responder a la voz de dentro: «Trieste». Cuando la chirriante puerta se abre del todo, los recién llegados cruzan al interior y se precipitan por un pasillo oscuro, al final del cual se abren de par en par unas puertas de cristales venecianos que dan acceso a una sala apenas iluminada. En ella aguardan varias decenas de personas en silencio. La mayoría de ellos son miembros del Comité Unión y Progreso, Jóvenes Turcos. El silencio de los asamblearios se dilata en forma de murmullo cuando aparece por una puerta lateral el fundador de la logia, Emanuel Karasu, pero enseguida se recoge en sí mismo cuando el recién llegado, que acaba de regresar el día anterior de Venecia, accede a una tarima y hace una vaga indicación con la mano. Es el jefe de la manada. Hace tiempo que los masones de Salónica especulan con que su gran maestro tiene conexiones con el Rito Escocés, la más influyente organización masónica del mundo. Es lo que también se dice en los consulados del Reino Unido, Alemania y Estados Unidos. Aunque a simple vista no lo parece, los ánimos están excitados. Faltan muy pocos días para que los Jóvenes Turcos sean apartados del gobierno del país. Su descrédito ha crecido en los últimos meses, y los militares más enardecidos ante la crítica situación del imperio culpan del caos reinante a la formación revolucionaria y nacionalista. A Karasu lo acompaña Mehmet Talat, miembro del gobierno turco y masón. Talat Pasha es hijo de militar y adorna su autoritario porte con un impecable traje gris y camisa blanca de cuello ópera. Sentados de espaldas a un cuadro que reproduce la escuadra y el compás, las efigies de los dos maestros masones parecen estatuas egipcias. Confundido entre la gente, Bernardino Nogara estira su cuello. A Nogara lo ha definido el embajador americano en Constantinopla como «el hombre misterioso que se desliza entre las sombras». El hombre que nunca está y siempre aparece. Será él quien informe a Volpi de cuanto se trate en la asamblea de la Risorta. La creación de una zona internacional en Macedonia con capital en Salónica como paso previo a un estado judío. Ante todo, hay que preservar la identidad de Macedonia del juego que se llevan entre manos griegos, búlgaros, montenegrinos, serbios. Salónica no será griega, ni búlgara, ni montenegrina, ni serbia. Salónica será judía. Los masones de Risorta deben estar advertidos de cuanto se planifica en las cancillerías. El apoyo de la logia,

y de todas las logias hermanas de Europa, es un asunto de vital importancia para el éxito de la iniciativa. Karasu habla. Sus hermanos asienten.

Tres semanas antes de que el ejército griego inicie su avance sobre el valle del Vardar, Esterina da a luz a su tercer hijo. La niña apenas rebasa los dos kilos de peso, es pequeña como la cría recién parida de un gato y nace dormida, como muerta. El hambre se mueve entre sus labios como un rezo compulsivo. Isaac Carasso dice que hay que llevarla a una incubadora del hospital, pero Rena se niega en redondo. «A estas horas», se lamenta la comadrona. Así que prepara una caja de cartón acolchada con retales de mantas y algodón e iluminada por dos pequeños candelabros de siete velas que desprenden un calor aterciopelado parecido al del buche de los palomos, y en ese nido se hace a la vida la pequeña después de mamar en la rebosante ubre de su madre, que se ha hinchado tanto —de luz, sigue creyendo Daniel, Danón— durante el embarazo que apenas se puede mover en la cama.

Lo habían decidido antes de nacer. Como ha sido niña, la llamarán Juana, que era el nombre de una bisabuela de la madre, también Muzafia, a quien Esterina no llegó a conocer y de la que se cuenta que fue una mujer tenaz que crio a nueve hijos, a quienes inculcó las tradiciones sefardíes, y enviudó tres veces, y un día se presentó en la corte del rey de Bulgaria e hizo ante varios nobles el juramento de que mataría a sus hijos si fueran llamados a morir como soldados. La noche, de un silencio tan denso y maloliente que parece cobijar todos los malos augurios, ha irrumpido con su carga avasalladora en la casa de la calle Ancha donde duermen la pequeña Flor y Danón, a quien Rena ha engañado, una vez más, cuando pretendía averiguar si su madre daría a luz esa noche. Su padre ha comprobado que el niño dormía profundamente y que su habitación estaba cerrada en el momento del parto.

La llegada al mundo de Juana, a diferencia de la de Flor, ha sido rápida y sin apenas dolor. Los gemidos de Esterina apenas se sintieron en la casa, ahogados en el recinto cerrado del dormitorio. Al día siguiente, a Danón lo despierta su padre; lo ayuda a asearse, a vestirse y le anuda una corbata de color negro, y lo lleva, finalmente, de la mano al dormitorio donde duerme su madre, a la que abraza durante un rato y sin decir palabra. Al lado, sobre una mesa, Danón descubre con asombro el diminuto cuerpo rosado de su nueva hermana. Su padre la llama Juana y él se extraña al escuchar el nombre. La observa envuelta en voluminosos pañales, de los que salen unas piernas que parecen las patas de una rana, y yaciendo con los brazos en cruz en la caja de interior algodonado que había dispuesto Rena la noche anterior. No se atreve a tocarla por temor a quemarse. De las velas se elevan bucles de humo que se deshacen verticalmente y perfuman la habitación de un misterio en el que Danón transita largo rato sin moverse ni decir palabra, indeciso, confuso, mirando a su padre, que le sonríe, y a su madre, que sigue dormida, sin atreverse a preguntar por qué el corazón de Juana, que se le transparenta en el centro de la jaula del tórax, late tan fuerte. Lo puede ver si se acerca un poco. Es de un color azulado, y se extraña de que en las paredes de un cuerpo tan pequeño pueda percutir tanta energía.

Las velas permanecerán encendidas varios días. Y no habrá fiesta de las hadas, como Danón deseaba que hubiera, pues, cuando Juana pareció recuperarse de su fragilidad, Isaac Carasso anunció que varias naciones habían declarado la guerra a Turquía y que sus ejércitos avanzaban en dirección a Salónica. Ese nuevo día contrató a un nuevo *cavas*, de nombre Michel, que se

encargó de reforzar con tablones los cierres de las ventanas. Provistos de escopetas de caza de dos cañones, los dos *cavas* recorren a toda hora el jardín de la casa escudriñando rincones y copas de árboles, y por la noche, con las luces apagadas, se turnan, uno afuera y otro en el salón. Cuando a uno de ellos le llega el turno del salón, aprovecha para recostarse en el sofá y dar una cabezada, con la escopeta plantada a sus pies. Sobre un soporte de hierro, Rena deja todas las noches una olla con café que humea hasta que las brasas de la chimenea se extinguen al amanecer. Las madrugadas empiezan a ser muy largas, interminables. Con frecuencia se escuchan, afuera, ecos de tiroteos aislados, de botas de soldados desfilando estruendosamente sobre los adoquines, de voces roncas y autoritarias que se pierden en el delta del río. Y no faltan quienes arrojan piedras sobre puertas y ventanas, que se estrellan contra las protecciones de madera. Una de esas noches, alguien hace redoblar la aldaba de la puerta principal. Los dos *cavas* se apresuran a tomar posiciones defensivas. Cargan sus rifles. Aguardan a que Isaac Carasso, en batín, aparezca en el rellano de la escalera. Sin decir palabra, se acerca al portón, observa a través de la mirilla y ordena a los *cavas*:

—Abrid la puerta.

Nada más ver a su tío avanzar hacia él por el pasillo que abre el contraluz de la puerta, cree que está enfermo. Emanuel Carasso no ha perdido su estampa altiva e imponente, pero ha desaparecido de su rostro la expresión del vigor juvenil de antaño, quizá porque sus patillas son más anchas y reducen la visión de sus facciones, o porque la barba, mucho más canosa, ya no disimula la papada que le cuelga pesadamente y desborda el perfil de su rostro. Isaac Carasso observa casi con severidad los ojos de su tío nada más sentarse frente a frente en la mesa de la cocina. Su mirada, más que la de un enfermo, es la de un hombre cansado de portar el peso de una montaña.

Empieza a hablar, sin prolegómenos —ni siquiera se ha interesado por la familia—, sobre extrañas historias que ponen en guardia a Isaac Carasso. ¿Delirantes?, se pregunta en sus adentros. Tal vez su primera impresión, la de que está enfermo, es la buena, pero no es una enfermedad del cuerpo la que le aqueja sino del alma. Es lo que piensa tras advertir el desorden en el que surgen sus palabras, arrebatadas a pensamientos inconexos, extraviados. «¿Estás bien?, creo que necesitas descansar», le interrumpe en tono sincero. El diputado se disculpa. Efectivamente, está cansado. Y, lo que es peor, actúa bajo una enorme presión del tiempo y de los acontecimientos. Tras decir esto, guarda silencio; como si, de repente, no se atreviera a hablar. Da un rodeo. Supone que su sobrino está al corriente de cuanto ocurre en las fronteras de Macedonia. Isaac Carasso asiente con la cabeza. Más aún: le dice que está muy preocupado y que baraja con varios amigos la opción de marcharse del país.

—Entiendo, se acercan tiempos muy difíciles —dice el diputado con gravedad.

—La contrariedad se llama Juana —contesta Isaac.

—¿Juana? —pregunta el diputado.

—Mi nueva hija, acaba de salir de la incubadora, y no precisamente de la de su madre, que dio a luz hace un par de semanas.

Emanuel se percata entonces de que se ha precipitado. Parece realmente abatido cuando se acerca a su sobrino y le dice:

—Discúlpame; me horroriza perder las formas; probablemente tienes razón, estoy muy cansado.

Su sobrino no le da más importancia.

—¿La madre y la pequeña están bien? —pregunta el diputado, avergonzado.

—¡Oh, sí! —responde Isaac Carasso.

—¿De veras que piensas marcharte, y ahora?

—Desde luego, pero no sería ahora; el nacimiento de Juana me obliga a posponer la fecha de partida. Tendrá que pasar algún tiempo.

La respuesta de Isaac Carasso, sin entrar en honduras y buscando economizar palabras, denota que no desea hablar de ello con su sobrino. Lo que le preocupa es su presencia, los motivos de la urgencia que le han forzado a irrumpir en su casa de madrugada, y agotado. Gira la cabeza hacia los dos *cavas*, que los observan desde la puerta, y cuando estos, a su reclamo, se acercan, les dice que traigan la olla de café que Rena ha preparado. Él mismo se levanta de la silla, abre la puerta de un armario, saca un tazón y lo llena a rebosar del líquido aún caliente que queda en el recipiente. Pero no es esa reacción la que el diputado espera de él. Más bien parece disgustarle; el gesto que hace a los *cavas* cuando dejan la olla sobre la mesa es inequívocamente desdeñoso. Dice, olvidando de nuevo las buenas formas de las que presume:

—No he venido a tomar café a tu casa, sobrino.

—Después de cuatro años, qué menos puedo ofrecerte.

—El favor de escucharme.

—No es un favor atender a un miembro de la familia.

—Disculpa otra vez.

—Tomarás un café. El que prepara Rena es realmente bueno.

Siempre hubo por parte de Isaac un gran respeto, aunque no exento de recelo, hacia su tío. Por eso no le da importancia a que Emanuel haya ordenado a los dos *cavas* que se ausenten y cierren la puerta: lo ha hecho como quien sacude el aire para desorientar el vuelo de una mosca. Pero los celosos guardas solo se retirarán cuando Isaac Carasso les dice con la mirada que sí, que salgan de la cocina, «Abrid bien los ojos». Lejos de ofenderse, el diputado reconoce su nueva displicencia —«Es inevitable, lo siento», viene a decir subiendo los hombros— y decide centrarse en lo que ha venido a comunicarle a su sobrino. Antes, sorbe del tazón un trago largo de café. Parece que le sienta bien. Carraspea. Inspira profundo. Su sobrino lo observa. Cuando empieza de nuevo a hablar, Isaac Carasso cree que aquel hombre grandullón y de párpados inflados le habla como si persiguiera con la lengua fuera a alguien y al tiempo mirase atrás convencido de que es a él a quien persiguen.

—Te preguntaba antes si estás al corriente de los graves sucesos a los que se enfrenta nuestra torturada patria…

Isaac Carasso no contesta esta vez. Solo asiente con la cabeza, confundido. Y es entonces cuando el diputado se decide a ir al grano. Existe, explica, un plan promovido por algunas cancillerías europeas para internacionalizar Salónica y su zona de influencia. La guerra está perdida. No existe la posibilidad de vencer a un ejército de medio millón de hombres. El grueso del ejército turco sigue en Tripolitania, inmovilizado. Imposible que pueda acudir en «nuestra ayuda».

—No lo sabía —dice Isaac Carasso por decir algo. Está perplejo. En realidad, él no sabe nada. Todo le coge de sorpresa—. ¿Qué es eso de internacionalizar Salónica? —pregunta.

—Una zona franca —balbucea el diputado. Así es como él cree que puede hacerse entender mejor—. Protegida, desde luego, por algunas naciones, Austria, Francia, Inglaterra…

—¡Oh! —exclama Isaac Carasso, que sigue sin salir de su asombro.

Su tío vuelve a inspirar. Parece recobrar el hilo conductor de su discurso cuando afirma:

—Lo entenderás mejor si te explico que la humillación de la derrota no solamente nos va a hundir en la miseria, sino que obligará a la partición de Macedonia entre griegos y búlgaros.

—Algo de eso había oído decir a mi amigo Moisés y al avispado de su hijo José Covo —afirma Isaac Carasso. Y a continuación, tras un lapso de tiempo, continúa—: No sabía que fuera tan grave.

—Lo es, sobrino, lo es —admite el diputado turco—. Los griegos quieren recuperar lo que les perteneció hace cinco siglos, y los búlgaros están obsesionados con rehacer su viejo imperio.

—Probablemente todo sea como dices —asiente Isaac Carasso, que parece reflexionar—. Todo esto me lo temía desde hace mucho tiempo. Y no por las ambiciones de griegos y búlgaros. El mundo ha entrado en una espiral de violencia. Es evidente que Salónica está en el centro de ese huracán sobre nuestras cabezas.

El diputado, que ha escuchado con cierto recogimiento las palabras de su sobrino, cree que ha llegado el momento de precisar el objeto de su visita a horas tan intempestivas y de justificar su incalificable comportamiento inicial.

—Hay que salvar Salónica, Isaac. De eso se trata. —Inclina su cuerpo sobre la mesa, cruza las manos, como si se dispusiera a rezar, por delante de la boca, y mira con una fijeza gélida a los ojos de Isaac Carasso—. Solo los judíos podemos salvarla. Ese plan de internacionalización del que se habla, promovido por potencias ajenas al conflicto, prevé que la zona protegida esté gobernada por judíos, por nosotros, puesto que nosotros somos mayoría, y somos nosotros los que regimos las finanzas, el comercio y la cultura de Salónica.

Isaac se levanta y da una vuelta en silencio alrededor de la mesa; su tío no lo mira. Al cabo, vuelve a sentarse frente al diputado, que aguarda impaciente.

—¿Qué pretendes de mí, Emanuel Carasso?

El diputado respira, complacido. Es la pregunta que esperaba.

—Es mi deseo, sobrino, que me ayudes. El éxito de un plan tan ambicioso depende de nosotros.

—¿Nosotros? —inquiere, vacilante, Isaac.

—Todos nosotros. He llegado hasta tu casa para rogarte que confíes en mí. Y para suplicarte que medies ante tus influyentes amigos, los Covo, los Allatini, los Modiano, los Fernández, los Botton, los Saporta… Ellos ostentan el poder real de Salónica. Yo solo soy un humilde servidor de los deseos de un grupo de parlamentarios turcos que han delegado su confianza en mí para iniciar contactos diplomáticos al más alto nivel y negociar con los gobiernos que, sabemos, respaldan la iniciativa, y con los dirigentes de los movimientos sionistas en el mundo, todos ellos dispuestos a hacer valer los derechos sefardíes sobre una tierra que nos pertenece y que otros pretenden arrebatarnos por la fuerza de las armas. Ejerzamos ese derecho, Isaac, empleando la fuerza de la razón.

—¿Qué dice a todo esto tu amigo Jabotinsky? —pregunta Isaac Carasso.

—Está en ello.

—¿Y no hay nadie más detrás?

—No…

12

El maestro Benarroya ha escrito en *Solidaridad Obradera* un artículo en el que denuncia, con despiadadas ironía y agresividad, la irracionalidad de las guerras balcánicas. Son, ha dicho, como los «diabólicos entretenimientos» que inventan los alumnos de los cursos inferiores de una escuela sin dejar de ser observados en todo momento por sus profesores, más atentos a los destrozos que pueden ocasionar en el patio de la escuela que al propio riesgo físico que corren sus pupilos. Media docena de países se destruyen a sí mismos mientras las grandes potencias europeas disfrutan de la ingenua iracundia que exhiben los contendientes, no sea que sus excesos puedan causar daños en el «patio interior del viejo continente, pese a tener sus días contados, como no puede ser de otra manera cuando el brillante oropel de las cortes se aherroja con la miseria de los pueblos». El artículo de Benarroya ha inducido al debate abierto en la Casa de Cultura de Salónica, en donde su bibliotecario ha arremetido —pese a estar de acuerdo en los puntos sustanciales— contra el autor por su desafortunado símil del juego de los niños violentos empleado como base de su argumento.

Los ánimos están excitados en todas partes, hasta en quienes acuden a diario a la biblioteca pública para leer a Maimónides, aunque por estas fechas son muy pocos quienes lo hacen. La reacción contra el artículo del escritor y maestro socialista ha dado pie a una discusión en el vestíbulo del centro cultural. A Isaac Carasso le ha cogido por sorpresa la polémica y no puede evitar intervenir en ella. En primer lugar, porque está de acuerdo en todo lo que ha dicho su amigo Benarroya, y porque, independientemente de la crueldad de la guerra y de los padecimientos que está acarreando a los salonicenses, es de la opinión de que hay que «tener las ideas muy claras para saber qué es lo que está ocurriendo a nuestro alrededor y por qué está ocurriendo». La mayoría de los sefardíes no entienden los motivos de la múltiple y atroz conflagración, menos aún que países miserables estén empleando los escasos recursos que disponen «para incendiar la casa del vecino sabiendo que el fuego prenderá enseguida en la suya»; mucho menos todavía que los países ricos de Europa se escandalicen por la tragedia de millones de infortunados sin mover un dedo para evitarlo. Benarroya ha sido muy claro con el símil del «diabólico juego» en el patio de una escuela. ¿Acaso no es diabólico resucitar glorias infaustas vertiendo la sangre de los inocentes, de los más ignorantes y desesperados?, se pregunta con vehemencia ante quienes asisten al debate. Y aprovecha el hervor que ha causado el artículo entre los escasos contertulios de la biblioteca para ir más allá del valiente pronunciamiento del autor en *Solidaridad Obradera*. Dice, en medio de un gran silencio ordenado por el bibliotecario, que esta es una guerra sin sentido que solo puede entenderse por el complejo de inferioridad de unos países pequeños que aspiran a ser grandes. «Inútilmente». Por la ruindad de unos reyes

advenedizos que desean convertirse de la noche a la mañana en ilustres herederos de las dinastías más gloriosas de Europa. Por la incompetencia de unos políticos ansiosos por dominar las mentes de los sufrientes ciudadanos a base de soflamas patrióticas y nacionalistas. ¿Qué error hemos cometido nosotros, los sefardíes, para involucrarnos en una guerra tan inmoral y perversa? ¿Y qué vamos a hacer, como pueblo perseguido, para huir de los nuevos enemigos? Al llegar a este punto de su encendida defensa, Isaac Carasso se acerca a la mesa del director de la biblioteca y abre el ejemplar de *Solidaridad Obradera*. No tarda en encontrar la página donde aparece el artículo de Benarroya. Lee, con vivacidad:

—«Si caemos en manos de los griegos, nos obligarán a ser como ellos, mezquinos e intransigentes; olvidémonos de la libertad de la que hemos gozado para practicar nuestros ritos y ceremonias. Si, por el contrario, caemos en poder de los búlgaros, preparémonos a vivir como súbditos de un monarca despótico. Y si son los serbios quienes nos gobiernan, sabed que nunca nos perdonarán por haber vivido durante cuatro siglos bajo la tutela de un imperio al que desean borrar de la faz de la tierra».

Quienes han escuchado no encuentran motivo de la sorprendente transformación en el tono moderado que siempre emplea Isaac Carasso en las tertulias con los socios del centro. Después de dejar el periódico sobre la mesa, se vuelve hacia quienes lo observan y dice:

—Nuestro destino no se diferencia del de los otros seres humanos: vivir en paz y ser libres.

Tras despedirse de sus contertulios, Isaac Carasso regresa a casa. Es media mañana y las calles están vacías. La ciudad parece haber sido sometida al sopor de un silencio carcelario que nadie se atreve a quebrantar, como si también durante el día todos los habitantes estuvieran obligados a respetar el estado de sitio impuesto al anochecer. Está preocupado por la marcha de sus negocios. El comercio se ha derrumbado. A las mercancías del exterior se les exige un certificado especial. Las procedentes de los países en guerra son grabadas con un impuesto que duplica su valor. Todo se ha encarecido desorbitadamente, y el poco dinero que hay lo guardan las asustadas familias para hacer frente a las situaciones extremas que se avecinan.

Mientras camina, Carasso recuerda el artículo de su amigo Benarroya y cree encontrar en él una nueva razón que refuerza la idea de internacionalizar Salónica. Varias veces habló sobre ello con Moisés Covo y Mauricio Botton. «No lo ven claro; tal vez tengan razón, es descabellado». Le consta, sin embargo, que sus amigos abordaron el asunto con otros sefardíes. Sabe que los Molho y los Saporta han sido puestos al corriente. Su tío Emanuel se ha entrevistado con varios directores de periódicos. El de *El Avenir* es uno de ellos. David Florentín… En la biblioteca se hablaba hace días de que varios escritores preparaban un manifiesto. Él es escéptico; lo ha sido desde el principio. Pero ¿y si fuera posible hacer de Salónica una región a salvo de las intrigas de los demás, libre y judía? En el fondo de su corazón, abriga la misma opinión que Covo. «Es una utopía». Una hermosa utopía. «¿Y si no lo fuera?».

La realidad es otra bien distinta. El llamamiento a filas afecta a todas las etnias del país. Han dejado de estar exentos los ciudadanos que pagan el impuesto del *bedel*, pese a que en las últimas semanas haya duplicado su coste. Como las deserciones son numerosas, el ejército otomano ha empezado a ejercer un estricto control en la calle sobre los ciudadanos en edad de incorporarse a filas. Cualquier transeúnte con apariencia de tener menos de cuarenta años, es interceptado por

miembros de la policía militar, o por comisarios especiales sin uniforme. Hace unos días que a Isaac Carasso, de vuelta a casa tras dejar a Danón en la escuela, le ha dado el alto uno de estos comisarios: le sorprenden los modales del sujeto que le pone la mano en el pecho, extendiendo enérgicamente el brazo, y lo interroga con ojos inquisitoriales. Lo primero que le pregunta es la edad que tiene. El sefardí responde que treinta y nueve años. El comisario lo mira de arriba abajo, por delante y por detrás, probablemente por si hay a la vista algún problema físico que justifique «que puedas andurrear por la calle mientras miles de tus hermanos defienden a la patria en el frente». Cuando termina su inspección, el comisario lo agarra del brazo y lo conduce a una cola en la que aguardan decenas de hombres, jóvenes como él, con los rostros desencajados, sin saber qué decirse entre ellos.

Así que Isaac Carasso guarda cola esa mañana ante una improvisada oficina de reclutamiento, en plena calle: una mesa plegable a la que se sientan dos soldados uniformados y con fez. Un tercer soldado con mosquetón al hombro se pasea a lo largo de la fila con una más que evidente intención de evitar altercados y de que alguno de los hombres que aguardan se dé a la fuga. De vez en cuando, el soldado con el fusil conversa con los de la mesa, o comparte con ellos un cigarrillo que él mismo lía en papel con cierta habilidad. Cuando le llega el turno, Isaac Carasso muestra con cierto nerviosismo a los soldados de la mesa la documentación que lo acredita como «súbdito del reino de España» y «protegido» por el consulado español. Le ponen mala cara. El soldado con el fusil se acerca, mira los documentos y se aleja como diciendo «yo no entiendo de esas cosas». Lo más probable es que no sepa leer. Los soldados de la mesa solo admiten sus argumentos cuando Carasso, que se siente acorralado y al borde del pánico, reclama en tono de indignación la presencia del cónsul de España, a quien dice conocer personalmente. Incluso les da el nombre del diplomático y la dirección del consulado, y les advierte, además, que el error en el que quieren incurrir puede acarrear un conflicto diplomático con un país amigo.

—¿Está en guerra España con nosotros? —pregunta uno de los soldados a su compañero de al lado, que ha escuchado atentamente la conversación con mirada perpleja.

Frunce los labios. No sabe. Parece estar impresionado por la reacción del judío.

—Está bien, puedes marcharte.

Isaac Carasso, que está a punto de cumplir, efectivamente, treinta y nueve años, recoge precipitadamente los *papeles* sellados que ha dejado sobre la mesa, y se da cuenta de que no están completos: falta ultimarlos con la documentación de la pequeña Juana. Pero no es el momento ni el lugar para hacerlo. Y se larga sin decir palabra. Tiene que ir al consulado para registrar a su hija Juana, se dice mientras camina, aún asustado. Y debe preparar la salida. Hablar con sus amigos y emprender el mejor camino para estar todos a salvo. Hacerlo cuanto antes. «Es mi deber. Escapar de este estado de sitio».

A todas horas salen soldados para los distintos frentes. En las fronteras con Europa ha prendido el fuego de la guerra. La estación de ferrocarril de Salónica es un hervidero de jóvenes abrazados a sus llorosas madres. La mayoría de ellos visten de manera informal. Van casi descalzos. Como si un pelotón de fusilamiento los hubiera arrancado de sus casas para llevarlos ante el paredón. Aquí, el paredón es un tren de vagones atestados de gente que se agarra a los estribos o se asoma por las ventanillas suplicando algo que no saben expresar. Les han dicho que ya les darán

uniformes cuando lleguen a sus destinos. Muchos de ellos escuchan por primera vez los nombres de Adrianópolis, Çatalca, Kumanovo… No saben dónde están, pero sí que es allí donde se van a concentrar las tropas turcas. Porque es precisamente *allí*, en esos lugares, donde los búlgaros, sobre todo los búlgaros, van a atacar. ¿Solo los búlgaros? Temen, sobre todo, a los búlgaros. Han oído escalofriantes relatos sobre su forma de luchar con la bayoneta calada. Y también, que les apoyan los rusos. Los oficiales que ejercen de controladores les consuelan. «Pronto se incorporarán nuestros valientes soldados que defienden la patria en Asia y África». Lo dicen de tal manera que nadie les cree. El imperio está en bancarrota.

13

Alrededor de las siete de la mañana del 5 de octubre de 1912, varias divisiones del ejército griego, al mando del príncipe Constantino, superan, por Tesalia, la marca del decadente Imperio otomano. En las aguas cristalinas del lago Scutari hace días que se remojan los soldados de Montenegro que iniciaron los ataques por el norte. Cuarenta y ocho horas después, los cañones del zar de Bulgaria, Fernando de Sajonia-Coburgo-Gotha, remontan las colinas menos pronunciadas de los Ródope, y el príncipe heredero de Serbia, Aleksandar Karadjordjevic, se encomienda a la Bienaventurada Virgen María del monasterio de Studenica para recuperar hasta el último pedazo de la patria arrebatada en Kosovo por los turcos hace quinientos trece años. Las cosas ocurren deprisa, muy deprisa. Demasiado deprisa para la gente como Isaac Carasso, que ha oído hablar de planes de evacuación de Salónica y está sumido en un mar de confusiones. «Abandonar es fácil, llegar es no saber adónde».

A partir de esa fecha, cada miércoles Isaac Carasso recoge en su casa a Mauricio Botton, que vive en la misma calle Ancha, unas manzanas más al norte, y se dirigen a paso ligero a la villa que posee Moisés Covo y su hijo Pepo en las afueras de la ciudad. Una mansión de caduco estilo modernista. No está demasiado lejos, y la visita la suelen hacer por la mañana, cuando ambos han dejado a sus hijos en la escuela. Se hacen acompañar por los *cavas*, provistos de pistolas encajadas en sus cinturones. Así van más seguros. Los fieles guardaespaldas albaneses son piezas imprescindibles en los tiempos que corren, y no solo para la protección personal y de la familia; también para disuadir a los alborotadores que a todas horas protestan por la actuación del gobierno, realmente nefasta a tenor de cuanto ocurre. Algunos de esos grupos revoltosos claman por la vuelta al poder de los Jóvenes Turcos. Sí, se asegura que aquellos rebeldes, marionetas en manos de unos pocos, regresarán pronto.

La reunión que los tres amigos —a veces se añade algún otro— mantienen los miércoles obedece a razones que tienen que ver con la guerra. Inicialmente, se propuso para planificar con tiempo la salida de Salónica, aún por decidir, y estudiar la amplísima casuística de preparativos del viaje. Mauricio Botton ha elaborado planos, previsto conexiones de líneas de ferrocarril, pensiones de confianza —en su mayoría, propiedad de judíos—, presupuestos, controles aduaneros, riesgos que se corren. Por su parte, Isaac Carasso ha referido a sus parientes el encuentro que tuvo días atrás con los reclutadores del ejército. «Me han salvado los papeles del consulado; de no ser por ellos ahora me habrían metido en un vagón de tren rumbo al frente de Adrianópolis», les ha reconocido con sincero pesar. Covo y Botton se estremecen ante esas

palabras. No logran entender por qué aún no han recibido sus documentos. «¡La maldita burocracia es igual de lenta en todas partes!», se lamentan. Desde luego, ya han sido registrados como *súbditos protegidos* en el consulado de España, pero no disponen de los salvoconductos que les permiten desplazarse y cruzar fronteras. Covo asegura que el cónsul Suqué apenas da abasto con tantos sefardíes que desean someterse a la protección internacional de España. Tanto es así que la Prefectura de Salónica ha reforzado la protección del consulado español. Una patrulla de policías vigila las inmediaciones del lugar de día y de noche. «¡Tengo entendido que el consulado ha contratado a un nuevo *cavas*!», exclama Covo.

En cualquier caso, el principal motivo de esos encuentros es tomar el pulso a la contienda que tiene en vilo a media Europa. Conocer el rumbo de los acontecimientos implica disponer de una información vital para decidir marchar en el momento más conveniente. Por el contrario, precipitarse puede acarrear problemas a la hora de vender sus propiedades, atender obligaciones o buscar a personas de confianza que atiendan a sus negocios cuando ellos estén ausentes.

Los periódicos locales, que han reducido considerablemente su número de páginas, no difunden noticias sobre la guerra. La censura que aplican las autoridades es absoluta. De vez en cuando aparece en las ediciones diarias algún comunicado oficial del Estado Mayor del ejército en Constantinopla resaltando el valor de los soldados turcos en el frente y la feroz resistencia que oponen a un enemigo que se ha venido preparando los últimos meses para atacar y es superior en número de soldados y armas. También en contadas ocasiones se insertan en notas aisladas telegramas de felicitación del sultán a las tropas desplegadas en primera línea, o una sucinta información sobre las visitas protocolarias que rinden a la Sublime Puerta altos dignatarios diplomáticos de países no beligerantes interesados en iniciar cuanto antes procesos encaminados a la firma de un armisticio. De esas audiencias se deduce que el Imperio austrohúngaro y Alemania son los países más amigos de Turquía, al menos los más condescendientes y comprensivos con la delicada situación del país, y que Inglaterra, a pesar de los oficios diplomáticos del Foreign Office, no quiere entrar en el fondo de la cuestión: el codicioso interés de la Liga de los Países Balcánicos por expoliar al Imperio otomano y echarlo a patadas de Europa.

José Covo hace unas semanas que se ha suscrito a los periódicos *Il Giornale di Venezia* y *La Vanguardia*, de Barcelona. Muy de tarde en tarde, recibe algún ejemplar de la revista *Blanco y Negro*, editada en Madrid por la familia Luca de Tena. Los periódicos suelen recibirse, habitualmente, con un retraso de entre tres y cuatro días, propasado ahora a causa de la guerra. *Il Giornale de Venezia* le llega con hasta siete días de retraso, dependiendo de si funciona la línea de ferrocarril desde Trieste, y *La Vanguardia* lo hace con diez días en el mejor de los casos. La lectura del *Blanco y Negro*, especialmente, despierta en los tres amigos un interés superior al del resto de los noticiarios, seguro que por el espectacular despliegue fotográfico —insólito para ellos, acostumbrados a la prensa local de Salónica— que recoge en sus páginas. Gracias a esa revista, han podido conocer los rostros de príncipes, reyes y militares ilustres que intervienen en la guerra. El príncipe Danilo, de Montenegro; el príncipe heredero de Serbia, Aleksandar. El

carismático zar Fernando de Bulgaria, que luce siempre espectaculares entorchados. El rey Jorge de Grecia y su hijo, el príncipe Constantino. Venizelos, primer ministro de Grecia, «qué tipo más ambicioso». El héroe de Montenegro, el general Vukotich, cuya caballeresca imagen a caballo pasando revista a sus tropas en Berana reproduce la revista madrileña gracias «a la generosa colaboración» del *Winnipeg Free Press*, periódico de Manitoba, que no ha tenido reparo en ceder su exclusiva a otros medios. Y también han visto gráficos de algunas de las batallas que se libran, con la disposición de las tropas y las flechas que indican su estrategia de avance. Pero, sobre todo, la lectura de los medios les ha hecho saber que Turquía está perdiendo la guerra, que sus ejércitos han sido sorprendidos en los distintos frentes y forzados, tras cruentas batallas, a retirarse sufriendo un número de pérdidas humanas que impresiona. El avance de los enemigos por el oeste resulta devastador. Del curso de la guerra se desprende que los ejércitos búlgaros soportan el mayor peso de la misma. Por el este, la esperanza turca se llama Adrianópolis, donde se resiste heroicamente, y Çatalca, desde la que se pretende impedir que los búlgaros tomen Constantinopla. Es lo que pronostican algunos editorialistas y escritores que empiezan a tener cierta fama pese a su juventud, como Giovanni Papini, en Italia, o el español Benito Pérez Galdós. Por desgracia, todas las predicciones apuntan a que Salónica caerá en cualquier día, aunque existe la duda, expresada por corresponsales y despachos de agencias, sobre quiénes serán los primeros en entrar: si los griegos o los búlgaros. Isaac Carasso y sus amigos prefieren, como la mayoría de los sefardíes, que sean los búlgaros. Desconfían de los griegos. Creen que si son los griegos quienes conquistan finalmente Salónica, les arrebatarán todos los privilegios que han gozado durante los últimos siglos… Con los búlgaros sería distinto, por la numerosa colonia judía que hay en el país, y por el apoyo de la aún más poderosa colonia judía en Rusia.

Los encuentros de los parientes se prolongan la mayoría de las veces hasta el anochecer, y cuando las noticias que llegan resultan preocupantes quedan en verse al día siguiente, por si los nuevos periódicos que José Covo recoge cada mañana en la estafeta de correos llegan con noticias frescas que despejen las incógnitas del día anterior. Hay quien ha visto, recuerdan obsesivamente, a Constantino galopando a lomos de un caballo blanco sobre las colinas que protegen el río Vardar. «Eso quiere decir que serán los griegos quienes entren primero». Es lo que se desprende de lo que José Covo lee:

> Avanzan desde el oeste los evzones, infantes griegos, con el mismo espíritu de los viejos guerreros de las epopeyas homéricas. Llevan al hombro fusiles Mannlicher-Schönauer. Cargan contra las tropas turcas al grito de *¡aera!*, ¡al aire!, ensartando sus bayonetas en imaginarios cuerpos. Son arremetidas feroces, sincronizadas por órdenes que se hacen oír desde la retaguardia como el eco percutido de una consigna acerada: destruid al enemigo, reconquistad la sagrada Tracia de Bizancio. Lucen uniformes nuevos. Por su novedad en la indumentaria militar de la época, llaman la atención sus pantalones blancos y sus abrigos caquis. Las compañías de infantería ligera llegan en pocos días a treinta kilómetros de Salónica. Antes, Kumsades ha sido devastada. A los evzones se le suman cientos de soldados cretenses, aclamados en el frente como si ya hubieran ganado la guerra.

Menos organizados, pero probablemente más feroces —es la idea extendida entre los reclutas sefardíes y turcos en el frente— son los soldados búlgaros, que han sido arengados antes

de partir por el zar Fernando I. El zar procura todos los días hacerse ver por las gentes de Sofía. Viste siempre uniforme de gala del ejército. Parecido al de los zares rusos, a quienes pretende imitar —aunque haya nacido en Viena—. Exuberantes casacas llenas de chatarrería. Fernando es un joven apuesto y de bizarro bigote, emparentado con la reina Victoria de Inglaterra, belicista furibundo, a quien, a primera hora de la mañana, se le muestran los mapas del terreno en el que avanzan sus ejércitos. Casi siempre lo hace en compañía de su primer ministro, Ivan Geshov, a quien domina como a un títere. Bulgaria ataca desde el noreste en dirección al sur. Su objetivo militar es doble: quieren conquistar Constantinopla para incorporarla a la Gran Bulgaria, pero también la perla del Egeo, Salónica, que les permitiría una salida directa al mar. Saben que con Salónica tendrán problemas con sus aliados griegos, que apetecen lo mismo.

> Pero si los búlgaros conquistan Constantinopla, además de la proyección mundial de su gesta, podrán imponer sus razones en la mesa de los negociadores que se repartirán el gran botín del Imperio otomano.

—¿Creéis que las propiedades de los sefardíes, acumuladas durante tantos años de privaciones, también serán objeto de reparto en esa mesa? —pregunta José Covo.

—De eso se trata, de que no lo sean —contesta Mauricio Botton.

Isaac Carasso está inmerso en la lectura de una crónica firmada por Luigi Peggioni para *Il Giornale di Venezia*.

—Mirad lo que se escribe aquí —dice. Y lee en voz alta, con cierta entonación, deteniéndose unos segundos cuando la traducción le resulta más complicada:

> Amanece el 8 de octubre en las llanuras próximas a Kirklareli. Al mando del tercer ejército búlgaro, Radko Dimitriev, teniente general a las órdenes del zar de Bulgaria, revisa con los oficiales de su Estado Mayor el plan de ataque contra las posiciones turcas. Está a punto de convertirse en un héroe nacional. Las turbas, fanatizadas en el comienzo de la guerra, creen que Radko es invencible. A él le gusta que lo comparen con Napoleón. La verdad es que el parecido entre ambos es sorprendente, según las descripciones de algunos biógrafos del genio militar francés: bajo, casi un enano, anchas espaldas, gestos ampulosos, tics irremplazables —tamborilear con sus dedos sobre las mesas cuando habla a alguien—, verbo rápido que obliga a quien escucha a pensar que también lo es su inteligencia. No, el teniente general Dimitriev no es un hombre inteligente, pero es un militar culto que venera a los rusos, al ejército ruso. Más todavía: se siente respaldado por la Madre Rusia. Política y militarmente. Los cañones Shrapnel de alta velocidad, adquiridos por su zar, son los más letales que se conocen. Los turcos no saben lo que les espera.

Comentan entre sí que Dimitriev se ha inventado una palabra que soflama de fervor patriótico los corazones de sus soldados. La pronuncia como lo haría un iluminado. También la suele usar el zar Fernando: *Napred!*, ¡adelante!, *forward!* A Isaac Carasso no le resulta extraña, por haberla escuchado en alguno de sus viajes a Bulgaria por razones que nada tienen que ver con la guerra. Pero, en boca de Radko, o de sus oficiales que lo imitan, es mucho más que una simple palabra de ánimo. Es, en expresión de un cronista búlgaro de la época, «un impulso del espíritu patriótico, la seña de identidad del valor de nuestros soldados». El propio comandante en jefe de las fuerzas desplegadas ante Kirklareli se encarga, el día anterior a la ofensiva, de ilustrar a sus oficiales y suboficiales sobre el empleo adecuado, y en el momento oportuno, de la expresión.

> Poseídos por esa consigna, cien mil soldados búlgaros arrasan en pocas horas las primeras defensas otomanas. Luchan por la noche. Por primera vez se emplean potentes baterías de luces para iluminar a los soldados en su avance, las bayonetas caladas, *napred!*

Se turnan en la lectura. Ahora es Mauricio Botton quien lee:

> Se ataca por todos los sitios, como las aguas desbordadas de un río inundan los bajos de una casa. El general Vukotich, comandante en jefe de los ejércitos de Montenegro, logra, con escaramuzas que lo acreditan como gran estratega, envolver a las tropas turcas que le han plantado cara en Tchakova y Paganza. Luego se une a las brigadas de Kiladim y Dormitore y ataca encarnizadamente Kaikovo Bordo. La columna de Vukotich avanza hacia Ipek. El ejército montenegrino del sur, comandado por el general Martinovich, ocupa los riscos altos al oeste de Tarabosch.

Pero es José Covo, que se suma más tarde a una de las citas, quien llama la atención de sus contertulios a propósito de esta hazaña de Martinovich. Lee, en las páginas desplegadas de *La Vanguardia*:

> El general sitúa a sus cañones de obuses de quince centímetros a una distancia letal para los defensores turcos. La artillería montenegrina dispara contra las trincheras al norte de Scutari. El príncipe Danilo, de Montenegro, supera la resistencia y avanza con sus infantes a caballo en majestuoso trote hacia la región de Vokao.

Les impresionan las acometidas de los serbios para recuperar la «sagrada Kosovo», y la toma de Pristina por el arrogante general Janvich. «Reconquista de Üsküb, a la que los serbios rebautizan como Skopje», titula *Il Giornale di Venezia*. Es la batalla de Kumanovo la que les otorga a los serbios el poder sobre Kosovo y la toma de Üsküb. Los turcos ofrecen una aguerrida resistencia, contrarrestada inicialmente por el empuje de los soldados del mayor Vojin Popovic, del comandante Vuc y del séptimo regimiento de infantería, «que se bate con indescriptible bravura en una carga que rememora a las de la caballería británica en la guerra de Crimea».

Se sigue leyendo. Es ahora una crónica especial de Reuter que reproduce *Il Giornale*:

> Tras violentas escaramuzas, el jefe del Estado Mayor serbio, general Radomir Putnik, y su ayudante, el coronel Zivojin Misic, consideran que el lugar estratégico para librar la decisiva batalla es el altiplano Ovcje Polje, a ocho kilómetros de Pristina. Inspecciona la zona con un catalejo de alcance. Es el Campo de los Mirlos, la tierra sagrada de los serbios. Y es así como el grueso del ejército, al mando del príncipe heredero, Aleksandar Karadjordjevic, impide la concentración de tropas otomanas en el estratégico altiplano. La batalla es de tal virulencia que los cónsules de Francia, Inglaterra, Rusia y Austria-Hungría hacen llamamientos al orden en la ciudad, temiéndose crueles represalias. Sin embargo, el general Janvich se comporta con nobleza: al poco de entrar en la ciudad, ha puesto centinelas alrededor de la tumba del sultán Murad I, para evitar que sea profanada por sus soldados, fanatizados por recuperar la ciudad santa que les fue arrebatada en ese mismo campo de batalla en 1389. ¡Kosovo vuelve a ser serbia!, y a partir de ese día, 22 de octubre de 1912, el sepulcro de Murad I deja de ser un lugar de peregrinación para los musulmanes.

El sepulcro es una mezquita abovedada no más grande que una choza. Después de entrar en Üsküb, los serbios logran llegar a Durrës, en la costa albanesa. Y es entonces cuando empiezan a

cundir las alarmas en las cancillerías europeas. Porque Rusia se conmueve con la victoria serbia en el Campo de los Mirlos, y Alemania recela de sentimientos tan viscerales y de las verdaderas intenciones de su eterna enemiga. Faltan dos años para que esas desconfianzas abran paso al más grande de los conflictos…

Tampoco a Italia y Austria —que ha puesto en alerta a su ejército— les agrada que los serbios dispongan ahora de una salida al Adriático, cuyo dominio les facilita la expansión por el Mediterráneo que pretenden ejercer en exclusiva. «Estaría bueno que Italia cediese en su estrategia mediterránea después de su victoria contra Turquía», comenta Isaac Carasso. Se supone que también esa es la opinión del Imperio austrohúngaro, que acaba de extender su dominio a Bosnia Herzegovina. Es evidente que se trata de la primera advertencia seria de las potencias neutrales a los excesos de los osados guerreros que «juegan en el patio interior del colegio», que diría el maestro Abraham Benarroya.

Tienen ante sus ojos fotografías —de *Blanco y N*egro— de Üsküb. Parece una ciudad perdida y encontrada en medio de la nada. Una ciudad extraída de un charco embarrado de sol en la que decenas de afilados minaretes se alzan sobre un plano de casas con los tejados desplomados en los que crecen hierbas coloreadas por el gris azulado de la pólvora. Y ven a gentes hacinadas sobre paredes de naves semiderruidas por los cañonazos. Hay personas que miran a la cámara del fotógrafo aterrorizadas, envueltas en túnicas empolvadas con las que se cubren las cabezas. Probablemente hace frío. Y hay mezquitas, y cementerios y rostros desdentados que se asoman en primeros planos a los ojos del mundo como quien lo hace al fondo del abismo. Por el contrario, no hay fotografías del Campo de los Mirlos. Dicen que se halla a muy pocos metros de la bóveda que oculta la tumba del sultán Murat.

14

Isaac Carasso suele ir casi todos los días a las instalaciones de su empresa, Export Oil, en el puerto de Salónica. Es una nave industrial pequeña, un almacén de arquitectura simple —así lo dibujaría un niño la primera vez que su padre le diera un lápiz y le dijera: pinta una casa—, con tejados a dos aguas y ventanas protegidas por musculosas rejas. En su interior, completamente diáfano y con dos pequeños tragaluces en el techo, se apilan, ordenadamente, las mercancías. La cantidad de luz que baja del tejado cabe en el destello de un alfanje. Suficiente para verse las caras. Un par de hombres con monos grises vienen y van a lo largo y ancho de la nave acarreando cajas en plataformas con ruedas de las que tiran con una soga atada al estribo. Acceden por una puerta metálica corrediza abierta de par en par por la que entra una mezcla de olor a sal y a algas podridas. Al otro lado del riel, en el rectángulo opacamente blanco del exterior, camina de derecha a izquierda, y vuelta a empezar, Michel, el *cavas*, como un galgo cansado tras una larga carrera.

En un lateral de la nave, sobre un altillo sustentado por gruesas columnas de madera ennegrecida —quizá ha sido barnizada recientemente— se levanta una oficina acristalada comunicada con los bajos por una escalera de caracol. Parece la torre de control de un pequeño aeropuerto. Su decoración es austera: dos mesas con sus correspondientes sillas, otras dos para confidentes, un gran mueble archivador y un perchero. En la pared del fondo, la del tabique de la nave, cuelga el marco rectangular de un mapa del Mediterráneo al que se le han pinchado alfileres rojos y negros en puntos de la costa, la mayoría de ellos en ciudades, cuyos nombres no aparecen, de Marruecos, España, Italia y Túnez.

Uno de esos días de finales de octubre, y al poco de sentarse a su mesa de trabajo, brillante como una patena, Isaac Carasso escucha lamentarse al único oficinista de la empresa, Abraham Benveniste. Entre ellos se interpone un búcaro de porcelana con un ramo de gladiolos; hay gotas de agua en sus hojas, pequeños retazos de rocío invernal. Los últimos balances de la compañía son muy negativos, asegura con expresión grave el contable. La exportación de aceite se ha reducido a la mitad, y la de frutos secos está bajo mínimos. Solo mantienen sus niveles habituales las importaciones de limones procedentes del este de Andalucía y del norte de Marruecos y la de salazones de atún que llegan desde la costa levantina de España.

Benveniste es un hombre pequeño, de aspecto saludable, moreno y de mandíbulas fuertes, que gasta gomina para rizarse el cabello y la barba, muy larga y bien conformada, como un ovillo de maleza. Resta importancia a lo que dicen los demás, pero subraya que limones y salazones, bien combinados, son los remedios más eficaces contra el cólera. La palabra cólera retumba como una maldición en el cerebro de Isaac Carasso. ¿Qué puede hacer él para erradicar

esa epidemia que causa estragos en la población de Salónica? Él sabe que las terapias que ha desarrollado con el bacilo búlgaro disminuyen la gravedad de las diarreas y colitis y reparan la mucosa dañada del intestino, pero duda que puedan hacer frente a una enfermedad abiertamente desatada por la perversión de la pobreza y de la guerra. En un estado avanzado de descomposición de la flora intestinal, ¿qué puede hacer la leche de oveja fermentada: la cepa que él ha logrado aislar? Se tapa la cara con las manos para aislarse de la mirada de Benveniste, que lo observa.

—¿Se encuentra bien?

—¿Qué podemos hacer, Abraham? —Se levanta, moviendo compulsivamente la cabeza—. El doctor Mizrahí me ha enviado un emisario a casa esta mañana; no sé lo que hacer.

Benveniste frunce los labios, como si supiera de qué va el interés del director del hospital.

—No, no sé lo que voy a hacer —repite Carasso, abatido. Se levanta y mira por la ventana.

Sí, el doctor Mizrahí le hizo llamar… Un *cavas* del hospital se presenta en casa del sefardí con un aviso verbal. Es una fría mañana de finales de octubre.

—Me ruega el director del hospital que tenga usted a bien presentarse cuando pueda en su despacho, donde lo aguarda.

La boca del hombre traza, al decir esto, un pliegue tan inconfundiblemente agrio que obliga a Carasso a preguntar:

—¿Es urgente?

—Me temo que sí, señor —contesta el guardaespaldas.

—¿Conoce el motivo? —insiste el sefardí.

—El cólera, señor.

Isaac Carasso se hace acompañar por su fiel Caramfil. Suben a un tranvía que les dejará en las puertas del centro hospitalario. Viajan solos. Desde hace varios meses, la gente no sube a los tranvías por temor a los sabotajes: varios han sido incendiados y a otros se les ha arrancado el trole. Es mediodía. Las calles están llenas de mendigos que se hacinan en las esquinas, probablemente para defenderse de quienes les atacan o les insultan. El cólera y la disentería han sumido a la ciudad en una atmósfera pestilente y de rechazo. Por el hedor nauseabundo que destila y porque desde hace varios días se ha extendido el rumor de que los judíos pobres son los que han propagado la enfermedad. Pronto el rumor se convierte en psicosis. Las protestas contra los apestados, reales o sospechosos, han llegado hasta el extremo de exigir al alcalde medidas drásticas para cortar la propagación de la enfermedad, entre ellas la deportación de los enfermos fuera de la ciudad. En los tres últimos meses, según cifras aireadas por los periódicos locales, han muerto a causa del cólera doscientas cincuenta personas. A veces se improvisan caravanas de carros con enfermos que salen de la ciudad sin que nadie sepa su destino, conducidos por un enfermo a quien se le han dado cinco libras turcas. Se organizan pequeñas patrullas de hombres que cubren la cara con máscaras especiales y retiran los excrementos líquidos de las calles, especialmente en los barrios más pobres, pero el trabajo se les acumula por días, por horas, y no dan abasto. Desgraciadamente, el cólera y la disentería han precedido a los ejércitos que se prestan a tomar en cualquier momento la ciudad, y sin esfuerzo ni resistencia. Salónica está asediada por fuera y por dentro, piensa Isaac Carasso mientras observa desde su asiento las calles

vacías. Viaja solo. Enfrente, Caramfil no le quita ojo. En muchas casas ondean banderas españolas. Las hay de todos los tamaños. En el consulado lo recomiendan. La bandera los distingue del resto. Cuando lleguen griegos y búlgaros sabrán que esas casas pertenecen a ciudadanos protegidos por un país no beligerante. Esterina le ha dicho a su marido que algunas mujeres le piden banderas, y no logra entender por qué a ella.

—Tenéis una muy grande, ¿dónde encontraste los paños rojo y amarillo?

Ya no se encuentran telas de esos colores en Salónica. En las tiendas, en los pequeños comercios que antes las vendían, se han agotado las banderas españolas. Esterina le ha preguntado en alguna ocasión:

—¿Conoces algún sitio donde se vendan?

No recuerda lo que le respondió. Está ausente, cada día más misteriosamente perdido a merced de sus neuronas que parecen activarse solo cuando se les dictan desde alguna lejana instancia mensajes sobre el bacilo búlgaro, sobre cómo perdura el amor del hombre con la vida. Desde que estalló la guerra apenas sale de casa. Solo para llevar a su hijo Danón a la escuela, y los miércoles para asistir a la velada en casa de Covo, donde siguen hablando de combates encarnizados, leyendo crónicas envenenadas por los intereses editoriales, debatiendo aquel proyecto… ¿de una Salónica independiente?

—Ese sería el paso siguiente, ¿no, Isaac? —pregunta Mauricio Botton, que es el más ingenuo de los tres.

La gran rada de Salónica se ha transformado a esa hora de la mañana en un gineceo del mar que seduce a numerosos barcos: grises, plateados, inmóviles, orientadas sus proas a poniente. Parecen haber calculado la distancia con la entrada de la dársena del puerto, y entre ellos, como si se temieran y buscaran un escondite. Absurdo, se dice Carasso.

—¿Y por qué hay tantos barcos, y tan separados entre sí? —pregunta recobrando su estado de alerta y sin dejar de mirar a la rada.

—Son buques de guerra, Isaac —responde Benveniste.

—¿De guerra: búlgaros, griegos? —inquiere Carasso.

—No, alemanes, franceses, ingleses y creo que hay algún italiano.

Con el catalejo que emplea habitualmente para identificar a los mercantes que llegan a puerto, los ojos de Isaac Carasso apuntan a través de la mirilla a los pabellones de los buques, y por un momento parece exaltarse como un niño cuando identifica algunos nombres en popa.

—Los que están más cerca son alemanes: el *Goeben* y el *Breslau*; parecen cruceros. Hay uno francés: *Le Bruix*. A los otros no los veo bien. Distingo a lo lejos la cruz de la Union Jack.

Sin saber por qué, le entrega el catalejo a Benveniste, que lo recoge sorprendido y parece dispuesto a usarlo, pero duda y no lo hace.

—¿Qué hacen aquí esos barcos? —pregunta Carasso.

Benveniste se alza de hombros.

—El práctico del puerto nos avisó esta mañana para que no nos cogiera de sorpresa. Han ido llegando durante toda la noche. Esperan acontecimientos, supongo. Dicen que los griegos están a punto de entrar en Salónica.

—No me fiaría yo mucho de que no fuesen griegos sino búlgaros —aventura, Isaac, pensativo.

Está obsesionado con que Salónica pueda ser gobernada por los griegos. Y la verdad es que no encuentra explicación. Tal vez por la propuesta de internacionalización de Salónica, de la que nunca más se supo, que los búlgaros vieron desde el principio con simpatía. Sí, probablemente sea por eso. Dicen que el rey Jorge es un buen hombre, reconoce, pero se ahorra el comentario en voz alta.

Desde la pared acristalada de la oficina puede verse a James Gilles cruzando la gran puerta metálica de la nave: transporta sobre su hombro izquierdo un extraño e irregular artilugio que abandona al pie de la escalera de caracol. Gilles hace señas con la mano, pues sabe que se le observa desde la plataforma. Sus gestos pueden interpretarse así: aguarda abajo porque no puede subir con semejante mamotreto. Cuando Isaac Carasso le insiste para que suba, venga hombre, venga, dando palmadas en el aire, Gilles niega de modo rotundo con la cabeza. Da la impresión esta vez de que no quiere abandonar el trasto, que ha quedado milagrosamente enhiesto, sostenido por un largo trípode de madera.

—¡Una cámara para filmar películas! —exclama Benveniste, que mira a continuación a Isaac Carasso, ya dispuesto a bajar. Lo hace después de recoger del perchero su gabardina de color verdoso, y su bufanda, que se medio enrolla al cuello.

Visto desde arriba, James Gilles tiene el aspecto de un diplodocus al que le ha crecido en su ridícula cabeza una exuberante cabellera, en este caso rojiza. Esto es, solo se le ve el pelo de la cabeza y el perímetro de su enorme cintura, de un diámetro desproporcionado. James Gilles es inglés, de Chester. Hace un par de años se instaló en Salónica como importador de bebidas alcohólicas y alquiló un almacén contiguo al de Isaac Carasso, con el que mantiene una cordial relación, aunque se hablan poco. La verdad es que resulta sorprendente que en una ciudad como Salónica pueda prosperar un negocio como el de Gilles, pero lo cierto es que el inglés ha sabido enfocarlo con la astucia de un lince. Importa whisky escocés de diez años, bourbon de Kentucky, vinos blancos del Rin y del Mosela y tintos de marca de Burdeos. Bebidas excepcionalmente caras. Exquisiteces a las que solo pueden acceder privilegiados. Su perspicacia comercial llega al extremo de ofrecer nombres con resonancias judías, como el carísimo Château Mouton Rothschild, de Pauillac, con una aceptación sorprendente entre los grandes empresarios —todos ellos sefardíes— de la ciudad. Isaac Carasso no tiene por costumbre beber, pero sí se atreve, de vez en cuando, a echarse un trago de un Johnnie Walker 1911. Bastaría concluir que el principal cliente de Gilles es Abdul Hamid, el sultán derrocado y recluido en Villa Allegrini.

James Gilles hace saber a Carasso que pretende estrenar su cámara de filmar, que muestra, junto a él, como si de una estatua del Partenón se tratara.

—¡Una de las veinte cámaras Chronochrome patentadas por León Gaumont en 1911! —exclama en el mismo tono persuasivo que emplea para vender una caja de bourbon de veinte libras turcas.

Si no se atrevió a filmar antes ha sido por la maldita guerra. ¡Y porque nadie quiere entrar a su servicio como *cavas*! De lo que se desprende que ha ido en busca de Isaac Carasso para que le

preste el guardaespaldas. A Carasso le complace la idea de ver cómo funciona aquella cámara con tres focos, de manera que no le da tiempo a su vecino de ser más explícito, y le dice:

—Le presto a usted mi *cavas*, señor Gilles, pero si me permite que les acompañe.

—¡Será un honor, amigo Carasso! —contesta el inglés. Ronda los cuarenta, de aflautado rostro, ojos escondidos en el fondo de sus cuencos, piel del color del whisky, como su cabellera que le crece ancha como un tejo.

Gilles, periodista frustrado —lo ha reconocido con cierta compasión de sí mismo nada más ponerse en marcha— y enamorado del cinematógrafo desde que asistió en Coventry a la primera sesión de cine en el Paladium cinema, explica a Carasso que desea filmar los estragos de la guerra en Salónica y que había pensado dirigirse a la estación de ferrocarril.

—Me han dicho que la situación es desesperada —dice.

Es mediodía y el sol, de un brillo fatuo, solo se deja sentir sobre la cal de las paredes. Las calles han sido abandonadas. Huelen a carbonilla, a sangre, a orines. Están a punto de llegar cuando el inglés apoya la cámara en el suelo con la fatiga que le ocasionan sus cien kilos de peso concentrados en la cintura.

—Permítame, mi buen amigo —comenta—, que le confiese cuál es mi verdadero problema, al margen de que no he sido capaz de conseguir del cónsul de mi país la protección que exige este tipo de actividades en tiempos tan comprometidos.

—Le escucho, James.

—Nadie es capaz de entender —arguye Gilles— que una imagen vale más que mil palabras, y que las imágenes de una guerra tan cruel como la que devasta en estos días al viejo y enfermo Imperio turco superan en emociones a las crónicas de los corresponsales más audaces y perspicaces del mundo. Cuanto puedan escribir los periodistas con más talento nunca logrará el efecto de la grandiosa y atormentada realidad que transmiten estos tres ojos ciclópeos a los nuestros.

Parece que está dictando una crónica, o imagina que está ante una máquina de escribir y rumia en silencio lo que ahora le sale a borbotones mientras camina fatigosamente, como si cuanto dice saliera de una botella de oxígeno, con su cámara al hombro, junto a Isaac Carasso, que le escucha con la vista clavada en el suelo cada vez más empinado, mirando de reojo al guardaespaldas que les sigue detrás, a unos veinte metros, y no sabe si decirle que ayude al grasiento mercader inglés, metido a corresponsal de guerra, a llevar el pesado armatoste. Al fin, se decide a hacerlo. Resulta todo tan obvio que no hace falta darle una explicación a Michel: cuando no habla, el inglés respira fatigosamente y observa a Isaac Carasso con ojos suplicantes. Se detienen unos minutos en una calleja estrecha que enlaza el paseo marítimo con la parte alta de la ciudad, muy cerca de uno de los arcos de la vieja muralla. Abajo, el puerto queda lejos. Mucho más, la ensenada abierta, salpicada de mojones grises: el viento que rola del este sigue orientando la posición de los barcos de guerra.

—Gracias, amigo Carasso —dice Gilles, que saca del bolsillo un pañuelo arrugado y sucio para limpiarse el sudor que baña copiosamente su frente.

El *cavas*, que no ha dicho palabra alguna y obedece como un cordero, carga la cámara sobre su espalda como si evacuara a un anciano impedido. James Gilles, que sigue al parecer obsesionado con su fantasmagórica crónica, aprovecha el pequeño parón para hablar. Lo hace con una lucidez que impresiona a Isaac Carasso:

—La tragedia debe ser observada en cueros, como a una puta gangrenada por la sífilis. Quizá por ese motivo, Europa, incapaz de imaginar la dimensión de la sangría, prefiere permanecer sentada en las terrazas de sus bulevares o en las barras de sus *pubs*. Fijémonos en esos rostros tan complacidamente ausentes: prefieren divagar sobre la ley de la gravedad que condena a las hojas del otoño a caer para pudrirse sobre el césped de los frondosos parques, antes que atender a las llamadas de angustia. *Out of sight, out of mind*. Ni en Londres, ni en París, ni en Viena, ni en Moscú pueden verse los efectos de los inventos bélicos que han estrenado los ejércitos de estas naciones enfurecidas y dominadas por un fanatismo propio del tiempo de las Cruzadas. Yo digo que si percibieran en imágenes el fin de la raza humana, nunca más despreciarían al bárbaro turco, ni al orgulloso griego, ni al fanfarrón búlgaro, ni al prepotente serbio. Tal vez si accedieran al escenario de Salónica y hablaran con sus personajes muertos, los bárbaros en los que piensan dejarían de serlo al instante.

Hace una pausa larga para dejarse hinchar por el oxígeno de nuevos pensamientos, y luego siguen hablando sin dejar de mirar al guardaespaldas que porta la cámara:

—Habría que preguntarse, mi querido amigo, quiénes son los verdaderos bárbaros. Los que arremeten con sus bayonetas caladas a los temblorosos pobres diablos que ofrecen con ardor sus pechos en las trincheras, o quienes dan buena cuenta de un trozo de la deliciosa *Sachertorte* sentados cómodamente en el café Mozart de Viena, en la recoleta Albertinaplatz, mientras endulzan su morbo leyendo crónicas de esos corresponsales de guerra de pacotilla que dicen lo que los demás, políticos y militares interesados, han dictado a sus plumas, maldita sea. Quiénes son los culpables, Carasso: los que odian o los que no quieren ver las consecuencias del odio.

Isaac Carasso guarda un silencio casi sepulcral. La verdad es que cuanto ha dicho el vendedor de licores le parece irrebatible, y con esa vehemencia, además, que convierte las palabras en bolas de fuego. No, no sabría qué decirle. Aunque algo le hace sospechar sobre la sinceridad de su discurso. Quizá el propio ardor impregnado en sus palabras y transmitido por la energía oculta de la mejor cosecha The Macallan. ¿Estaba borracho? El whisky le había otorgado la lucidez de un profeta, pero también la osadía de un truhán.

Salónica enmudece en una atmósfera corrompida por el humo que llega del delta del Vardar en forma de nubes deshilachadas. ¿Lo suelta la chimenea de un tren? No vuelan las palomas sobre los tejados de la mezquita de la Rotonda; sus paredes están pintarrajeadas con frases inacabadas en caracteres griegos; reclaman lo que les pertenece. Insultan al turco. La brisa del golfo silba cuando roza el minarete, despiadadamente afilado. Solo el ir y venir de los tranvías, vacíos, que pasan muy espaciados, como huyendo de sí mismos, y el de algún que otro carruaje tirado por caballos al trote, soliviantados por los látigos de los cocheros, deja entrever que los habitantes de la ciudad han echado el cerrojo en sus casas, quizá en refugios improvisados, ilocalizables. De la estación de tren llega un extraño y denso sopor que se mezcla con el del estiércol de las mulas y de los caballos percherones, ¿de alguna vaca? Conforme se aproxima al lugar, crece en Isaac Carasso la sensación de que la ciudad se hace visible allí: la estación es el inmenso sótano del que emergen los malos presagios enmascarados en la metralla que encarnece la fachada del edificio, en los escombros astillados y la basura que se amontona en las esquinas, en el burro sin bozal que orina en medio de la calle, en el par de ovejas que balan al cruzar bajo el tendido de los tranvías. Los latidos de Carasso se aceleran: no tenía que haber aceptado la proposición del mercader inglés. Michel se les ha adelantado unos metros. Debería disculparse

con Gilles y despedirse, huir. ¿Qué hace él en la estación? Un ligero escalofrío le nace en el pecho y le sacude la cabeza. Es un presentimiento atroz. Aguarda a que le alcance el jadeante inglés. Llama a Michel y le ordena que se detenga. Gilles le apremia, «Vamos». A lo lejos, se escucha el pitido de una locomotora; su avance taladrante retumba en los adoquines.

—¿Sabía usted de la llegada de algún tren? —pregunta Carasso, alerta ante el estruendo en sordina que se acerca.

—En guerra no hay horarios de trenes, amigo mío —contesta, irónico, el inglés.

James Gilles monta la cámara a unos metros de la entrada a la estación. Como si fuera de cristal, no permite que nadie la toque. Fija los topes del trípode y ajusta las tuercas y la carcasa central, que tiene la forma de una pajarera con tres pequeñas ventanas de cristal. Ni siquiera repara en la perplejidad que se asoma al rostro de Isaac Carasso cuando este descubre que el revolucionario invento de León Gaumont dispone de tres objetivos, con igual número de filtros de color: rojo, verde y azul. Gilles le explica, sin dejar de mirar a su adorable criatura, que los tres filtros, una vez sincronizados adecuadamente, permitirán una filmación simultánea y coordinada.

—¿En color? —pregunta Carasso.

—¡Naturalmente! —responde Gilles, que ha empezado a manipular las lentes: despacio, sigilosamente, como un ladrón tratando de hallar la combinación de una caja fuerte.

Están a punto de cruzar los accesos al gran vestíbulo cuando se detiene ante ellos una calesa tirada por un caballo negro que apenas le queda fuelle para soportar el peso de sus huesos, que sobresalen del escuálido cuerpo como las estacas que sostienen un tenderete en medio del desierto. El cochero se apresta a sacar de debajo del asiento un cubo con agua que enseguida le da a beber al exhausto animal. Los dos viajeros tardan unos segundos en bajar, y uno de ellos, el más alto, bien trajeado, con camisa blanca de cuello duro y sombrero de ala ancha, ladeada a la derecha, da instrucciones al cochero, que sigue a lo suyo, atento a su caballo. Le dice que aguarde a que él regrese. Después de dejar el cubo en el suelo, el cochero, enfundado en un impermeable negro, ha asentido, ceremonioso, mientras se limpia las manos con un pañuelo que ha sacado de uno de los bolsillos del sayo. El elegante caballero le dice algo fácil de imaginar: «¿De acuerdo?». Y seguidamente, con cierta severidad, añade: «No me falle usted», apuntándole con el índice.

Ante lo cual, el cochero ha vuelto a bajar la cabeza, «De acuerdo, esté usted tranquilo», le viene a decir, mirando de reojo a su caballo.

Por sus primeros movimientos, que parecen hacer sombra a su acompañante, diríase que el segundo de los hombres, fornido, alto, moreno y bien peinado, es un *cavas*. El caballero avanza unos pasos hacia el grupo de Isaac Carasso y se detiene no sin forzar su curiosidad ante la cámara, lo cual es solo una excusa para girar al instante la cabeza tratando de identificar a Isaac Carasso, a quien le tiende la mano, circunspecto pero muy cortés.

—¿Nos conocemos, verdad? —pregunta, probablemente sabiendo de antemano la respuesta; no ha dejado en todo momento de observar al sefardí.

—En el consulado de España, señor Suqué —dice Carasso, sin disimular su complacencia por tan casual y sorprendente encuentro.

Es suficiente un nuevo gesto del cónsul, tirando con cierta brusquedad la cabeza hacia atrás, para disipar las escasas dudas que tuvo nada más verle desde la calesa.

—¡Naturalmente! ¡El día de la fiesta inaugural! Usted es uno de los amigos del señor Covo! ¡Le recuerdo muy bien! ¡Uno de nuestros primeros protegidos!

—Tal vez mi tatarabuelo, señor cónsul —apostilla con igual cortesía Isaac Carasso.

El cónsul estrecha la mano a James Gilles, cuyo rostro enrojece ante la presencia del elegante diplomático, y este propina varias palmadas en la espalda del sefardí, reconfortado por un lejano toque de trompeta.

Gazimestan

Daniel Carasso Muzafia no se ha movido del sitio en la cama. Ni se ha despertado. Quizá lo que le ocurre es que no ha dormido en toda la noche. Y qué más da, si dormir o creer que duermes. Si estar despierto o creer que cierras los ojos. Si estar vivo o estar muerto. Está en el centro de las conciencias del mundo, en ese lugar inasible del espacio donde los muertos se dan la mano con los vivos y se miran a los ojos como amables desconocidos. Sabe muy pocas cosas sobre aquella Primera Guerra Balcánica. Y sobre la segunda, aún menos. Fue tan rápida… ¡Y tan absurda! La Primera Guerra Mundial le cogería dos años después en Suiza. En ningún caso sufrió a causa de los fragores bélicos, pero aún no había cumplido ocho años cuando sus oídos empezaron a escuchar lejanos cañonazos, y alaridos por la noche, y relatos estremecedores para un niño que tan pronto empezaba a horrorizarse de las pocas cosas que sabía de la vida. Setenta y siete años después de la última batalla de Kosovo, empezó a entender algo sobre lo que se había ventilado en aquel Campo de los Mirlos, que Slobodan Milosevic —de esto sí tuvo noticias puntuales— llamó Gazimestán, campo de los héroes. Malditos sean los héroes de uno y otro bando. Los héroes siempre juegan a matar.

La emisión nocturna de un JT France 2 le abrió, como en un melón, todo lo que hasta entonces había ignorado: finales de junio de 1989; un reportaje sobre la concentración de nacionalistas serbios en Gazimestán en el seiscientos aniversario de la derrota ante el ejército de Murat I; Milosevic habla de espaldas al monumento conmemorativo de la victoria que restituyó a Serbia aquella tierra regada en sangre. Con voz recia, proclama ante un millón de serbios:

> Aquel que sea serbio y serbia de nacimiento, y de sangre y antepasados serbios, y no venga a la batalla de Kosovo, nunca tendrá los descendientes que desee, ¡ni hijos ni hijas! Nada crecerá donde toquen sus manos, ¡ni vino oscuro, ni trigo blanco! ¡Y será maldito por los siglos de los siglos!

Daniel Carasso Muzafia se remueve en la almohada. Su cerebro rebobina y se presta a reanudar nuevamente la historia de la humanidad. Lo que ve en la tele le produce escalofríos, pero le suena: Milosevic rememora en la televisión francesa, inoculado por el virus del fanatismo, investido de arrogante genética, la derrota de los suyos ante el sultán Murat, y al tiempo que observa las imágenes del furibundo político dirigiéndose a la enfervorizada muchedumbre recuerda lo que su padre le dice por la noche, en la visita que gira a su habitación, acerca de la victoria del príncipe heredero de Serbia, Aleksandar Karadjordjeviv, en un lugar al que los periódicos que acaba de leer en casa de su primo Mario denominan el Campo de los Mirlos. «¡Qué nombre más bonito! ¿Cómo son los mirlos?». Le llega el eco de la voz de su buen

padre: «Cantan muy bien y tienen el pico amarillo». Durante mucho tiempo, la tragedia de la Primera Guerra Balcánica se redujo a recordar la existencia de aquel canto de los mirlos en un campo reconquistado por feroces guerreros mandado por un príncipe de nombre impronunciable. Y ahora, ese campo recobraba el aura de la vida en la pequeña pantalla ante sus ojos y retumbaba en sus oídos la arenga del político serbio, tan contradictoria, tan líricamente militar.

La historia regresa como un huracán que gira alrededor de una isla ya devastada: unos meses después del incendiario discurso de Milosevic, Kosovo es bombardeada por decenas de escuadrones de aviones de la OTAN, y Serbia, de nuevo, es humillada en el mismo lugar donde había recuperado su gloria en la guerra a la que Danón, lo recuerda vivamente, asiste desde su pupitre de la escuela como quien observa una sesión de marionetas en el escenario del Olimpia de Salónica.

15

En el frente del este, tras la toma de Kirklareli, se desata el furor combativo de los búlgaros. El zar Fernando declara que es el momento de que las potencias europeas hagan de mediadoras, tal como desean, «pero si la Sublime Puerta no acepta negociar, Bulgaria seguirá adelante, *napred!*, y acabará con sus propios medios la guerra». Lo ha dicho casi con insolencia. Sus militares están envalentonados. Una semana después de Kirklareli, el general Radko Dimitriev cerca al grueso del ejército otomano, replegado en Lule Burgas, y lo obliga a una retirada humillante: bajo el implacable fuego de cientos de obuses disparados a una velocidad hasta entonces desconocida que se deshojan al caer en miles de trozos de metralla, los soldados turcos que sobreviven no saben adónde ir y cruzan en desbandada, descalzos, muertos de miedo y de hambre, ríos y llanuras desertizadas. Las fotos de *Blanco y Negro* describen la desolación de los rostros de quienes huyen, aparentemente despacio, parecen exhaustos, los harapos de los uniformes, la columnas de hombres arrastrando sus cuerpos contracorriente de un río con los soldados búlgaros disparando desde la orilla, una masa negra apelmazada de carne discurriendo sobre la estrecha calzada que soporta la estructura románica de un puente agujereado por los cañonazos. Da la impresión de que el puente, de no ser por sus poderosas cimbras, se habría derrumbado por el peso del ejército en retirada.

> El derrotado Abdullah Pasha logra comunicarse con su Estado Mayor a través del único medio del que dispone, el telégrafo de una línea local de ferrocarril: no ha podido hacer frente a fuerzas muy superiores en artillería. A las pocas horas de iniciarse el combate, las baterías turcas se quedan sin munición mientras los suministros al ejército búlgaro no cesan de llegar por su retaguardia durante los cuatro días que dura la encarnizada batalla. Los soldados turcos que defienden Lula Burgas no se han llevado a la boca ni un pedazo de pan en los días de combate. Finalmente, la victoria abre a los búlgaros las puertas del Mármara. Ya sueñan con la conquista de Constantinopla. Pero, antes, tendrán que superar la resistencia turca que se ha organizado en la fortaleza de Adrianópolis, a mitad de camino, a la que pronto cerca un cinturón de mil cañones búlgaros.

Dos mil sefardíes procedentes de Salónica han llegado por vía férrea hasta Adrianópolis. También parten hacia la fortaleza el ministro de la Guerra turco, que acaba de ser nombrado por el sultán generalísimo de los ejércitos otomanos. Además de los contingentes sefardíes, la ciudad ha empezado a recibir refuerzos de las tropas desplegadas en Libia y en Irak, todos ellos recibidos en la estación con vítores. El sultán ha telegrafiado a sus generales: «Volveréis victoriosos». Escépticos, los periódicos que los tres parientes leen y los despachos de algunas

agencias internacionales difunden ese mensaje de ánimo. Se pronostica una resistencia feroz, pues las murallas de la ciudad son altas, medievales, hercúleas.

Danón escucha fascinado en la escuela de Abraham Benarroya las hazañas del héroe turco Sukrí Pachá, que defiende heroicamente el asedio a Adrianópolis. Los escolares dibujan con cuernos los cuerpos imaginarios, pero rechonchos y bigotudos, de los generales búlgaros Vazov e Ivanov. Adrianópolis está en el camino a Constantinopla. El general Sukrí Pachá ha dispuesto a su hambrienta guarnición a lo largo de la muralla formando muros humanos de resistencia. Por la noche se llega a escuchar el chasquido metálico de las bayonetas que desenvainan los búlgaros. Los valientes sefardíes de Salónica rezan: «*Vo morir, / mi Dio, / a la tierra vo ir a pudrir*». El enemigo no puede superar los altos muros de la fortaleza que defienden ancianos, mujeres y niños. Hasta sesenta mil. Son ellos quienes velan por sus soldados muertos y no permiten que los búlgaros entren en la ciudad. Y cuando la guerra concluye y se firma en Londres el armisticio, Adrianópolis aún seguirá resistiendo y Sukrí Pachá dirá a los emisarios del zar Fernando: «Solo me rendiré cuando me lo ordene mi gobierno».

La intención del ejército búlgaro es encerrar en un círculo artillero a Adrianópolis. Centran inicialmente su ataque contra la posición de Marach, a ocho kilómetros de la fortaleza, y sobre una colina de ciento treinta metros de altura para sentirse dominadores. Atacan con ocho batallones las fortificaciones. Pagarán un alto precio: los turcos destruyen un puente sobre el río Arda. Una unidad de la artillería búlgara es aniquilada, pero se repone en menos de cuarenta y ocho horas. El comandante de la plaza publica un bando: los viejos y enfermos que no tengan recursos para vivir durante al menos dos meses deben ser arrojados de la plaza. También quienes se muestren débiles o indulgentes frente al enemigo, y las personas que divulguen noticias alarmantes que pongan en riesgo la defensa de la fortaleza serán fusiladas.

Y así es como Adrianópolis se convierte en la plaza fuerte de la resistencia turca, pero de nada sirve. Solo para mostrar al mundo la dignidad de un imperio que se resiste a sucumbir. Los generales búlgaros estrechan el cerco a la ciudad, convencidos de que, tarde o temprano, caerá. Si el tiempo no lo consigue serán los negociadores de la paz quienes lo decidan después de la inevitable claudicación turca. De modo que Radko Dimitriev admite el contratiempo, ordena mantener el asedio y sigue con sus planes: «Adrianópolis no impedirá el avance de nuestro victorioso ejército a Constantinopla». Es el sueño imperial del zar Fernando I de Bulgaria, que aparece en el balcón de palacio en Sofía para arengar a sus tropas y ordenarles perseverar en el triunfo final que les aguarda. Cuando se anuncia la marcha sobre la capital otomana, las calles de Sofía se llenan de gentes eufóricas que vitorean los nombres del zar y del comandante en jefe de los ejércitos. Se da por segura la victoria final. Los periódicos rusos destacan en titulares el apoyo del gobierno del zar Nicolás II a la causa búlgara. En menos de tres semanas, han conquistado dos terceras partes de Macedonia, y un importante contingente de sus tropas disputa a los griegos la entrada triunfal en Salónica. Envalentonados, los búlgaros demuestran unas intenciones que nada tienen que ver con las manifestadas por los aliados de la Liga Balcánica antes de iniciarse la contienda. Liberar Macedonia de la opresión otomana supone, para ellos, anexionar Macedonia al reino de Bulgaria. Las potencias advierten al gobierno del zar Fernando: detengan su avance hacia Constantinopla. Pero el zar interpreta como un ultimátum intolerable

esa advertencia y considera una debilidad el hecho de que su gobierno se preste a escuchar el consejo de los poderosos. Fernando I monta en cólera: *Napred!*, ¡adelante!, ordena, y su comandante en jefe Dimitriev obedece. Más de ciento cincuenta mil hombres marchan sobre la histórica capital de Bizancio. Dos cruceros alemanes y otros dos ingleses, controlan desde el mar el movimiento del ejército búlgaro que acaba de llegar a las puertas de Çatalca, a veinticinco kilómetros de Constantinopla. No será, sin embargo, la presencia amenazante de los buques, ni el enojo de las cancillerías, lo que frene el avance búlgaro, sino las lluvias torrenciales y los muros de fango endurecido que inmovilizan a los soldados en sus trincheras anegadas de cadáveres y de animales muertos con sus barrigas monstruosamente hinchadas. Ni las yuntas de bueyes son capaces de arrastrar los cañones en la inmensa ciénaga del campo de batalla. Los búlgaros han desguarnecido el flanco oriental, por el que discurre la línea ferroviaria, y pagan caro su error: colapsados por el bloqueo de suministros, ni pueden atacar ni defenderse; solo sufrir las consecuencias de su ciega audacia. Además, los turcos han aprovechado el tiempo: concentran en Çatalca al grueso de su ejército —ciento setenta mil hombres—, dispuesto a defender hasta la aniquilación a la capital del imperio. La leyenda que aureola a Dimitriev se eclipsa en Çatalca. Sus arengas se ahogan en el barro:

> Si no piensas, *napred*; si tienes miedo, *napred*; si dudas, *napred*; si tus huesos flaquean, *napred*; si tu voluntad se debilita, grita *napred*. ¡Escuchad, soldados, *napred* significa libertad!

Es inútil. Veinte mil soldados búlgaros enferman de cólera y disentería. Defecan sobre el barrizal. No hay médicos suficientes para atenderlos. Los enfermos más graves son abandonados o transportados en carros tirados por mulas y bueyes. En medio del apocalipsis, se abren fosas para enterrar a los muertos. Es insoportable el olor que desprende el barro, que en pocos días adquiere el color de la bilis. En el sálvese quien pueda, muchos soldados creen que la retirada les honra como hombres que solo han sido vencidos por la naturaleza desatada en su contra. Otros obedecen las órdenes del pánico. Uno de estos hombres que se retuercen de dolor en el fango se llama Vanyo Ivanov. Ha perdido la noción del tiempo. Un día despierta y ve amanecer. Mira a su alrededor: apoya su espalda sobre el tronco de un frondoso árbol de ramas vencidas por el peso del agua. Apenas puede divisar el paisaje. Se arrastra unos metros y separa con las manos la cortina de ramas que lo han protegido. Está en lo alto de una colina desde la que se divisa el campo arrasado: decenas de reguerones cruzan en todas direcciones el desierto de fango. Cree que los mojones grises que ve son cuerpos de soldados muertos. Mas nada se mueve a su alrededor. Solo el espeso líquido mucoso y pestilente que le baja por la entrepierna del pantalón, se desliza dentro del camal como una serpiente helada y se derrama por el suelo sin poder contener su flujo. Aún se cubre la cabeza con la gorra del ejército búlgaro. Aún conserva la cinta roja sobre la visera. Su guerrera parda, desgarrada. Se levanta. Arranca. Se siente con fuerzas para andar. No sabe qué dirección tomar. Se orienta por el sol cuyos rayos de luz se estiran sobre la inmensa soledad. Dirige sus pasos hacia el oeste. Titubea. Hacia el oeste. Es Vanyo, el pastor búlgaro gigantón y de aspecto agitanado que vive en la región de Tran y que ayudó a Isaac Carasso a buscar el origen de aquel elixir que fermentaba la leche de sus ovejas y alargaba la vida.

Adrianópolis

Daniel Carasso se pregunta si se desliza hacia el sueño, como quisiera, o definitivamente hacia la muerte, que tal vez acuda a mitad del sueño y le impida despertar. Por eso no quiere dormir. Aunque, y vuelve a pensar, tal vez él cree que está despierto y, sin embargo, duerme. Esto le tranquiliza. Acurrucado en los recuerdos que le llegan de cuando niño, quizá sea la última oportunidad que tiene de rogar al Dios justiciero, al más vengativo de todos, al único que es capaz de no perdonar las vilezas de la raza humana, que castigue sin misericordia a los falsos patriotas, a los nacionalistas que engendran en su corazón odio y rencor hacia sus semejantes. Esa clase de odio que abandonó Salónica a su cruel destino y asoló Macedonia y unió a naciones que luego se enfrentaron entre sí y sembró en la tierra las semillas de la Gran Guerra y de todas las que provocaron, después, los genocidios de judíos, de bosnios, de albaneses…

La memoria del moribundo vuelve a soltar amarras y se desliza por un mar de olas imperfectas que al romper construyen paisajes de alambradas y rosas: el cerco a Adrianópolis, adonde han llegado dos mil sefardíes, y las voces de su madre y de Rena hilvanando historias que cuchichean las llorosas hilanderas entre suspiros por sus novios. Trabajan a la sombra de los pórticos de las plazas. Ellas mismas se pasan de boca en boca noticias alarmantes que escucha su madre, que transmite, mientras cocina, a Rena, y esta abre la ventana y respira hondo. Está a punto de gritar a la calle. Ni la sombra de un alma. Piensa en los seres humanos, hombres y mujeres, que sus manos ayudaron a venir al mundo. Lo viene haciendo desde hace más de treinta años. Ahora mueren en las trincheras de Adrianópolis:

A la tumba yo me va a yir
no sé si yo revenir.
La trompeta va sonar
a la guerra yo me va a yir
galopando en caballo.
Hoy una bala en el lado
amañana a la tumba yelada seré echado.

Esterina aguarda al final del verso, y dice: «*Poberetico* de mí», y lo mira a él, que no ha dejado de observarla.

16

Hace unas horas que Antonio Suqué recibió en el consulado un cable de Prat de Nantouillet, embajador de España en Constantinopla, urgiéndole a elaborar un informe sobre «la situación real en Salónica», como si Salónica se ubicara en una constelación alejada del sistema solar.

Una preocupación casi histérica reina desde hace setenta y seis horas en todas las cancillerías del imperio que se desmorona como un castillo de arena laminado por las olas. Las últimas noticias de los frentes son tranquilizadoras y no solamente para el gobierno turco: Adrianópolis resiste —si bien la plaza se da por perdida— y los elitistas destacamentos de anatolios han frenado en Çatalca al ejército búlgaro, que se ahoga en el fango de sus propias trincheras. Aunque nadie apuesta por dar un vuelco a la contienda, Constantinopla está a salvo. Las potencias europeas presionan a los países de la Liga Balcánica para que estabilicen los frentes y las cosas se queden como están, «ni más ni menos que como están», ha dicho a un grupo de colegas *mister* Lamb, decano del cuerpo consular.

A estas alturas de la guerra, la única incógnita se llama Salónica, pero se da por seguro que la ciudad está a punto de caer en manos de los evzones. Ochenta mil soldados griegos, bien pertrechados, al mando del autoritario príncipe Constantino, arrollan a veinte mil turcos en Yenidje y están a punto de superar el último foco de resistencia antes de llegar a la capital de Macedonia. Los treinta y dos cañones del poderoso crucero *Georgios Averof*, recién incorporado a la Marina de guerra helena, se bastan para mantener a raya a toda la escuadra turca, a la que impiden franquear los estrechos y dirigirse al Egeo en apoyo de la ciudad sitiada.

Mister Lamb disipa las incógnitas: los buques de guerra que fondearon la pasada madrugada en la rada del golfo Termaico obedecen a consignas de las grandes potencias: se pretende evitar la tragedia en una ciudad codiciada por todos. Alemania, Austria y los demás observadores disponen sus piezas en el tablero y se reparten amistosamente los papeles de «árbitros de la paz», otra expresión del cónsul decano. Además, cobra fuerza la amenaza de un pogromo contra los cien mil judíos sefardíes que habitan en la zona. Se encienden nuevas alarmas.

En Viena se habla ya sin tapujos de poner en marcha el «plan para internacionalizar Salónica», sobre el que ha sido puesto al día la Zionist Organisation con sede en Berlín. En medios diplomáticos se comparte el clamor de «salvar Salónica». Ya se sabe, repite a sus colegas Lamb: «Ni griega, ni búlgara, ni turca; judía». Desconfían, no obstante, de que uno de los mediadores sea Emanuel Karasu, a quien llaman el «diputado invisible» y de quien se cuentan historias maledicentes casi todas relacionadas con su condición de masón y gran maestre de la logia Macedonia Risorta, pero reconocen su prestigio intelectual —algunos desconocen su fervor por Mazzini, por Nietzsche, por Marx— y su estrecha vinculación con influyentes familias

sefardíes. También ha trascendido en los mismos círculos que el líder Zeev Jabotinsky, conocido en los ambientes políticos como Lobo, muy activo en los últimos dos años como periodista en Salónica y defensor a ultranza de un «proyecto de patria judía», se ha entrevistado con altos cargos del Zionist Action Committee, entre ellos Adolf Friedemann, que acaba de publicar su reivindicativo *Reisebilder aus Palästina*. *Mister* Lamb ha puesto en boca de uno de ellos esta expresión compartida por ambos: «Sería una muy interesante experiencia piloto que permitiría sopesar reacciones en pro y en contra del proyecto para avanzar sobre seguro hacia metas más ambiciosas». El cónsul ruso ha dicho: «Rusia no está por la labor». Y Lamb le ha respondido con su habitual ironía: «No olvide que Lobo es ruso, querido Vladimir».

Lobo

Es un fogonazo deslumbrante dentro de un pastillero. Una nueva aparición en la madrugada de Neuilly-sur-Seine. Hasta los gorriones despiertan en los nidos que cuelgan de los álamos negros. Daniel Carasso Muzafia abre los ojos, y cuando lo hace todo su cuerpo se remueve —en realidad, abrir los ojos es para él como levantarse y andar—, y recuerda los barrotes de la barandilla a través de los cuales él se asomaba al misterio de cuanto ocurría en el sótano de su casa, en Salónica, con aquellos visitantes vestidos de negro cuya presencia parecía cohibir, más bien intimidar, «eso es», tanto a su padre: ¡Jabotinsky! ¡Era Jabotinsky, Lobo! Sus diminutas gafas redondas en su cabeza redonda, en su boca redonda, en su silencio profundo cuando inclinaba la cabeza, «señor Carasso», ante su padre en el momento de la despedida, en presencia de su tío abuelo, siempre tan serio, y de aquel otro gigante con barba negra y pelo asombrosamente revuelto, ¡Parvus! Y una vocecita exclama dentro del acuoso escenario de sus ojos que cierra de nuevo: «¡Ah, si los encopetados cónsules de Salónica hubieran sabido entonces que aquellos hombres habían conspirado en mi casa antes de que ellos ejercieran de estúpidos chisgarabís!».

17

En las últimas horas, *mister* Lamb ha llevado a cabo una actividad sin precedentes en su carrera, la más dilatada y enjundiosa del cuerpo consular en Salónica. Es el único cónsul que habla turco —extraño en un inglés—, lo que impresiona a sus colegas. *Mister* Lamb cita a todos los representantes del cuerpo consular a una reunión urgente en la legación austriaca, que dispone de una amplia biblioteca, con sofás y sillones acolchados tipo Chester, en la que los diplomáticos pueden sentirse más cómodos y dispuestos a tratar un asunto de «sumo interés para todos y concerniente a la seguridad del cuerpo consular», según reza la escueta misiva que un *cavas*-cartero de la cancillería británica ha entregado en mano en todas las sedes diplomáticas acreditadas en la ciudad. «Realmente», el asunto es serio, le confirma a Antonio Suqué su colega francés, *monsieur* Jouselin. «Por lo visto, se trata de estar al tanto del zambombazo que va a dar un crucero alemán fondeado en la rada portuaria», ha cableado. Suqué no entiende la naturaleza del mensaje. «¿Un zambombazo?», se extraña al leer la nota. Bromea. Desde el chalé que ocupa el consulado español, divisa a lo lejos las siluetas de los buques: cachalotes durmiendo. Una *boutade* del francés, se dice el cónsul español.

Todos acuden sin rechistar a la cita de Lamb. En los últimos días, los cónsules en Salónica han dejado de pertenecer a la aristocracia política dominante. La pérdida de conciencia de esa casta se ha asumido con resignación. En realidad, los ha convertido en mequetrefes con pololos. Pese a ello, acuden en calesa, con cochero contratado para la ocasión; traje negro y sombrero, látigo en la cartuchera del pescante.

Monsieur Jouselin estaba en lo cierto. Entrada la madrugada, se producirá en el puerto un acontecimiento de «sonora notoriedad», confiesa a los reunidos *mister* Lamb: el crucero alemán *Breslau* disparará uno de sus cañones de 240 milímetros para advertir a las autoridades locales de haber iniciado el traslado a Constantinopla del sultán depuesto Abdul Hamid, recluido en Villa Allatini, y de su numeroso séquito. Se prevé que Hamid suba a bordo del buque a la una de la madrugada. Nada más escucharse el cañonazo, las autoridades locales, con su alcalde, Adil Bey, a la cabeza, colaborarán en el despliegue por las calles de la ciudad de una compañía de marinería del *Breslau* al mando del teniente de navío Friedrich Waldheim, que dirigirá sus pasos a Villa Allatini para dar escolta desde allí hasta el crucero a Abdul Hamid. A partir de ese momento, quien fuera sultán del Imperio otomano quedará bajo protección de la marina alemana. Su traslado a Constantinopla se llevará a cabo de forma inmediata. Dos cruceros ingleses escoltarán al *Breslau*. Silencio. Dura tres, cuatro segundos.

—¿Cómo es posible que yo no haya sido informado de un suceso tan grave cuando mi país está a punto de recuperar lo que fue suyo? —pregunta el cónsul de Grecia, cuyo nombre,

Papadiamantopulos, nadie se atreve a pronunciar.

—*Monsieur*, no hacía falta —le contesta *mister* Lamb—. Nosotros tampoco hemos sido informados. Se trata de un acuerdo tomado en las últimas horas, por razones de fuerza mayor, por los gobiernos de las potencias no beligerantes.

Papadiamantopulos encrespa su tono, se levanta del sillón, agita su cabeza mofletuda.

—¿Razones de fuerza mayor?

—¡Evitar una guerra civil, *monsieur*! ¿Le parece suficiente?

—¡Le recuerdo que Grecia es la cuna de la civilización!

—Así es, *monsieur*, pero nosotros no estamos plenamente convencidos de que pueda actuarse con tanta ejemplaridad en esta ocasión.

Ante la inquietante situación, Prat de Nantouillet le ha comunicado al cónsul Suqué que el gobierno de su majestad Alfonso XIII ha decidido enviar al Egeo a uno de los más poderosos buques de la armada española: el crucero acorazado *Princesa de Asturias*. Su misión, la de facilitar la evacuación del mayor número posible de sefardíes protegidos que hayan adquirido el compromiso de convertirse en ciudadanos españoles de pleno derecho. El crucero está previsto que zarpe desde el puerto de Cartagena, rumbo a Salónica, cuando así lo disponga el gobierno que preside el conde de Romanones.

Esa es la razón por la que Antonio Suqué se ha alegrado tanto al encontrarse con Isaac Carasso en la estación de tren, aunque haya sido en uno de los momentos más angustiosos de su larga carrera diplomática: el recrudecimiento de la guerra está poniendo en serios aprietos a la misión para la que ha sido designado. Probablemente, Carasso sería uno de los elegidos para embarcar en el crucero-acorazado de la Armada española. No se lo comunica, sin embargo. Ha calculado por encima que el buque podría repatriar a un millar de personas, pero no puede adelantar acontecimientos. En el libro de registro de protegidos hay más de cuatro mil inscritos. Un quebradero de cabeza: tendrá que arbitrar un método de selección ecuánime atendiendo con prioridad a los registrados más antiguos. Pero seguro que habrá casos que requerirán una atención especial. Se siente orgulloso del gesto humanitario de Alfonso XIII. Alaba la generosa disposición de Romanones. Pero desconfía del imprevisible marqués y ministro plenipotenciario en Constantinopla. Un noble chapado a la antigua, con ínfulas de alta alcurnia y a quien conoció en Madrid hace años, poco antes de incorporarse a su destino en Riga. Su cable, empero, no admite ningún género de dudas: «El *Princesa de Asturias* se dirigirá a Salónica para ponerle a buen recaudo a usted, a su familia, al personal del consulado que lo solicite y a los protegidos que hayan iniciado los trámites para adquirir la nacionalidad española». Pero ¿y si el buque fondea antes en Constantinopla? Por el contenido de los despachos diplomáticos recibidos, daba la impresión de que Prat de Nantouillet desconocía el colapso general del ejército búlgaro en Çatalca, lo cual le hacía sospechar: primero, que el marqués seguía en el privilegiado limbo del que nunca se ausentaba y que lo inhabilitaba para estar al corriente de los últimos partes de guerra; y segundo, que su manifiesta ignorancia le indujese a tomar la decisión de aprovechar el muy probable atraque previo del crucero en Constantinopla para embarcar en él con todo el personal, y sus familias, de la legación diplomática española, olvidando que la capital turca no corría peligro alguno y que, por el contrario, cien mil sefardíes en su mayoría de origen español

sobrevivían bajo la amenaza de un pogromo desatado por griegos, serbios, montenegrinos y búlgaros. ¡El marqués era lo suficientemente necio como para ordenar al capitán del *Princesa de Asturias* que regresara a Cartagena sin recalar en Salónica!

Las órdenes cursadas desde Constantinopla le han desquiciado. Reconoce que su contestación al embajador ha sido airada, quizá desproporcionada, pero no se arrepiente: «¿Acaso no tiene esa embajada medios más apropiados que los de este humilde servidor del Estado para instar al gobierno turco a cursar una información veraz y exacta sobre Salónica y los riesgos que corren los ciudadanos acogidos a nuestra protección?». No hubo respuesta…

Lo cierto era que ahora se encontraba a punto de entrar en la estación de tren de Salónica, acompañando a aquel amigo de Moisés Covo, del que sabía que era un modesto y prudente hombre de ciencia que se relacionaba desde hace años con sabios del Instituto Pasteur de París. ¿Qué hacía el representante de un país soberano, de un monarca consternado ante el incierto destino de cientos de nostálgicos compatriotas, en aquel siniestro y solitario lugar acompañando a un sefardí experto en yogures y a un hombre de presencia infame y grotesca que apestaba a whisky y provisto de una estrafalaria cámara de filmación? Una vez más, se había dejado guiar por el consejo de Abrabanel: «Si quiere, señor cónsul, saber la verdad de cuando ocurre, vaya a la estación». Su canciller estaba bien informado, era consciente de ello, y le aterró el significado de sus palabras: «Lo peor de esta guerra está por venir: miles de refugiados procedentes de toda Macedonia, especialmente turcos y sefardíes, llegan en trenes a Salónica, huyen, despavoridos, de sus pueblos y aldeas, y la estación es la cárcel abierta donde expiran sus últimas esperanzas. Vaya a ofrecerles alguna, señor cónsul».

En su avance desde un punto en negro, la locomotora engancha con su chimenea los cúmulo-nimbos que reventaron hace días sus bodegas en Çatalca y Yenidje y desbordaron el cauce del Stram. Tan cerca y tan lejos, había pensado el día anterior el capitán Yukov desde la orilla norte del río que se desborda. No, los búlgaros no serán los primeros en llegar a Salónica. ¡Maldita sea!

El convoy se destornilla cuando el cielo gris-negro se desploma como un cobertizo de pizarra sobre los vagones que empiezan a torcerse, renqueantes, en la última curva que enfila la recta de la estación. Parece una casa de campo envuelta en una tormenta de verano. La cortina de lluvia lo sumerge en un océano del que sale la máquina soltando vapores: ballenas resoplando a la vez en la misma ensenada oscura. Luego desaparece en su propia bruma y reaparece en medio del trueno, envuelta en una nueva tromba de agua. Un frenazo enciende rieles y ruedas. Saltan chispas que prenden en las ráfagas de viento.

Dos vías. A ambos lados, los andenes con cientos de moribundos en el suelo. Los vivos defecan con sus culos al aire. Cuerpos sarpullidos. En los puros huesos. Tiritan de frío. Parece que la locomotora los va a barrer, como una trilladora reduce a grano las espigas de trigo.

Isaac Carasso enmudece.

El cónsul se lleva la mano derecha a la boca, la izquierda la deja, muerta, sobre el hombro del sefardí. James Gilles rueda, encerrado en su cortinilla. También vomita: bilis mezclada en whisky. Sigue trillando imágenes. Mudo, solo pendiente de que los tres ojos de la cámara capten los planos fijos de los andenes atestados de gente postrada en el suelo, de lado, boca abajo, apretando los ojos, retorciéndose, anegándose en sus líquidos, hasta que dice, fríamente, casi con la cortesía del *speaker* de los Comunes, mirando a Isaac Carasso:

—Son los refugiados.

Regresan de sus pueblos incendiados. No caben en el tren. Hinchan las paredes de los vagones. Las ventanas revientan poco antes de detenerse la espectral locomotora. Cristales rotos, hombres que saltan desde el interior, gritando, ensangrentados. Se apretujan en los estribos, llenos de siluetas, harapos y gorras. Brazos que se agarran a las cinturas, a los cuellos, a las venas. La locomotora vuelve a frenar. Bruscamente. Del techo de los vagones se desploman cuerpos. Golpean con sus manos en el suelo húmedo. La lluvia arrecia. La sangre, el agua, la bilis, los excrementos líquidos lo anegan todo.

—Esta es la verdad de la guerra —dice el cónsul, tan elegante, avergonzado.

Gilles sigue rodando con sus manos: atenaza la manivela que mueve obsesivamente.

Isaac Carasso se lleva la mano al bolsillo para sacar un pañuelo. Se suena.

El cañonazo del *Breslau* retumba esa noche en toda Salónica. Isaac Carasso visita a Danón en su habitación en el momento en que tiembla el vidrio de las ventanas, como un terremoto sordo en el aire. Hay traviesas que se sueltan de los clavos.

En camisón, Esterina corre por el pasillo en busca de su marido, sentado en el borde de la cama con su hijo abrazado al cuello.

—Ahora voy contigo, no ha sido nada; un barco de guerra en el puerto que soltó una andanada, no habrá más.

—Una andanada, ¿por qué?

—Cosas de la guerra, mujer, pero te digo que no habrá más, duerme tranquila.

—¿Cómo voy a dormir tranquila en este infierno?

—¿Están bien las niñas?

—Duermen como dos querubines.

Danón pregunta a su padre por qué hay barcos de guerra en el puerto, por qué disparan cañonazos. Isaac Carasso le cuenta lo que sabe gracias al cónsul de España, que lo ha traído en calesa hasta su casa:

—A estas horas se llevan al sultán Hamid a Constantinopla; regresará aquel a quien dedicaste los versos cuando eras un chiquitín.

—¿Lo van a matar?

—No, lo que quieren quienes se lo llevan es que no lo mate nadie.

—Son buenos, entonces.

—Escucha —musita Isaac Carasso, llevándose el índice a los labios.

En el silencio de afuera, que se cuela por los intersticios de las puertas y atraviesa los cristales como un fantasma, se reproducen ecos de pisadas de botas con remates metálicos en las suelas, herraduras de caballos al trote, voces roncas, látigos atizando el aire con silbidos de serpientes.

—Se lo llevan —dice Isaac Carasso.

—Soldados —entiende Danón, que se deja caer lentamente sobre la almohada.

Su padre recuesta la cabeza junto a la suya y aguarda a que el niño cierre los ojos. De nuevo le perturba el pensamiento de que nada puede hacer para que las cosas vuelvan a la normalidad. Amar a su familia solo es un refugio. La vida se extingue afuera y él está condenado a mostrarse

impasible. Es un hombre gris, efectivamente, tal vez débil, muy débil, insignificante, que no puede luchar ni con las armas ni con las ideas. Ha tomado una decisión. Abandonarán Salónica. Ha hablado con el cónsul Suqué, que se ha comprometido a entregarle en unos días salvoconductos para toda la familia. Cuanto antes lo haga, antes huirán de la guerra.

Isaac regresa al dormitorio. Los ojos de Esterina descubren sus movimientos minuciosamente controlados en la oscuridad: cómo se desnuda con la lentitud de un amante precavido. Cómo cuelga la ropa en el perchero; deja los zapatos a los pies de la cama, uno junto a otro, arroja los calcetines al arcón de la ropa sucia; se perfuma con unas gotas de trementina. Ella lo presiente muy cerca. Abre la colcha. Se tumba mirando al techo. Se le acerca. Roza su camisón. Está desnudo. Tiembla. De frío. De miedo. Le susurra al oído: «Te quiero, Esterina». No logra entender por qué le dice esto en una noche tan triste. Su cuerpo se abandona a las manos del hombre, al que siente plegado por entero sobre su vientre, húmeda, receptiva.

18

Una de esas noches del lluvioso y frío otoño, entrada la madrugada, los dos *cavas* interrumpen el sueño de Isaac Carasso: un hombre con andrajosa vestimenta y decrépito rostro merodea la casa. Ellos se han tomado la libertad de seguirlo, pues, al poco de salir a la calle, y a fin de interrogarle y conocer sus intenciones, el hombre les dio la espalda y quiso escabullirse en la oscuridad de la noche. Su desfallecido cuerpo no le obedece. Camina a impulsos, encorvado, como un hombre deforme, mirando hacia atrás con los ojos entornados y respirando fatigosamente. Nada más darle alcance, el desconocido se desplomó sobre el suelo y no permitió siquiera que Caramfil lo ayudara a levantarse. Por el contrario, concentró las pocas fuerzas que le quedaban en un manotazo de rechazo al amparo que se le ofrecía, impidiendo de esta manera que se le tocara, probablemente porque el miedo le hacía recelar de todo lo que se movía alrededor. Los desgarros en la ropa, el barro cubriendo su casaca, sus pantalones húmedos y apestosos, dan a entender que se trata de un soldado. Un soldado búlgaro, por el refuerzo rojo que pende de la bocamanga. Al cabo, respirando con la dificultad de un náufrago moribundo, el hombre se decidió a hablar y dijo, entre convulsiones de su cuerpo y ruidosas ventosidades, que quería ver a Isaac Carasso.

—Es mi amigo —murmura sin fuerzas, a punto de expirar.

A partir de ese momento, entra en la antesala del coma, con los ojos en blanco, arrojando espumarajos por la boca y mirando fijamente al *cavas* albanés. Antes de quedar inconsciente logra pronunciar cuatro palabras más:

—Decidle que soy Vanyo.

Los *cavas* recogen su cuerpo y lo dejan, tumbado, en el portal de la casa y, en espera de saber qué debían hacer, si entrarlo o llevarlo al hospital, acuden a presencia de Isaac Carasso para recibir instrucciones.

—Usted nos dirá.

Caramfil se frota las manos con un pañuelo. Michel no tarda en imitarlo.

Isaac Carasso ha seguido el relato de sus guardas con ojos extraviados de tanto mirar al rellano de la escalera, al salón, recela de si alguien ha sido testigo de lo que dicen sus guardaespaldas. Cierra la puerta del dormitorio. Va descalzo, en camisón, y cubre su cabeza con un gorro de lana que se estira hasta las orejas. No permite que Caramfil continúe, ni le hace más preguntas tras comprobar que la puerta de la casa está cerrada.

—¿Dónde está? —pregunta.

—Afuera.

Se precipita por las escaleras, cruza el salón y aguarda a que Michel, su otra sombra, le abra la puerta. Vanyo Ivanov sigue tumbado en el rellano del portal. Isaac Carasso lo observa de cerca; una selvática barba le cubre el rostro; su cuerpo desprende un hedor nauseabundo. Le sube el párpado para mirar el iris. Le da una palmada en la mejilla. Otra, más fuerte. Hay un amago de reacción en el búlgaro, el suficiente para entreabrir los ojos y desfallecer de nuevo.

—Llevadlo adentro, enseguida, y tumbadle en el diván del salón, junto a la chimenea.

Desde ese día, Vanyo es el centro de la vida de Isaac Carasso, que recobra con la llegada del pastor búlgaro la ilusión por los viejos sueños de combatir a la muerte con las armas de la madre naturaleza. Le preocupa el penoso estado de salud de su amigo. No sabe qué hacer. Si llamar a un médico o si él iniciar las primeras curas. Su condición de soldado búlgaro complica las cosas. Mucho más si ha desertado, como apuntan todas las evidencias. Sabe que un cuerpo del ejército búlgaro está cerca de Salónica. Las lluvias han detenido, momentáneamente, su avance. Y que el grueso de las unidades del zar Fernando acaba de colapsar en el frente de Çatalca. Sus moribundos soldados se retiran en medio de una penosa desbandada. En cualquier caso, búlgaros o griegos, aliados a su pesar, están a punto de entrar en Salónica, y si descubrieran a Vanyo podrían acusarle a él de encubrir a un traidor…

—¿De dónde vienes? —pregunta Carasso.

—Del fango de Çatalca —responde Vanyo entre arcadas de vómitos.

Tal vez el doctor Mizrahí pueda ayudarle. Mira el reloj de pared en el salón. Son las tres de la madrugada. No puede importunarlo a esa hora. Decide afrontar en solitario la cura de su amigo. Más adelante, ya se verá. Los guardaespaldas le ayudan a limpiar el desván, que tiene una ventana que da a la terraza, y a desempolvar un viejo catre. Entre los tres, sacan el colchón a la terraza, lo golpean con palos, una nube de ácaros enturbia la oscuridad, que los engulle, le dan varias vueltas, lo dejan sobre el suelo para que se ventile. Isaac despierta a Esther. No sabe dónde guarda sábanas y mantas.

Vanyo no se moverá del lugar en los próximos dos meses. Isaac Carasso se encargará de lavar dos veces al día la jofaina con agua y un orinal alto en el que el enfermo suele aliviarse de los constantes fluidos intestinales que le provoca la disentería. Instala una mosquitera alrededor de la cama donde yace su amigo. Aplica normas rigurosas higiénicas en toda la casa. Solo él cuidará al enfermo. A Esther y Rena les prohíbe subir al desván. Él se encargará de su limpieza, de su aireación diaria, de cambiar a diario las sábanas. Las envolverá en una bolsa y las lavará en una pila en la terraza que no se usa desde hace tiempo. Será el confidente de las angustias, temores y delirios nocturnos de Vanyo. Su fantasmal llegada la identifica con la de un profeta que le muestra el camino del que la guerra el miedo y la desesperanza en los hombres lo han apartado. Siente la fascinación del solitario ante el moribundo que suplica seguir viviendo. Para combatir la deshidratación del enfermo, le suministra sal, bicarbonato y limón en agua hervida. Prepara té de malvavisco y raíz de genciana. Le aplica lavativas de adormidera y le hace cada tres días lavados intestinales con hojas de gordo lobo y arroz cocidas en agua. Y para eliminar la sangre y mucosidad de las heces prepara un brebaje de leche fermentada hervida y ajos que él mismo hace ingerir al enfermo antes de que amanezca, incorporándolo de la cama, a cucharadas.

—No sabré nunca agradecer, amigo, la bondad regalada por Dios en ti —dice Vanyo en su lenguaje de mezclas.

—Un carnicero me entrega mañana la piel de una oveja recién sacrificada.

La donación que hizo días atrás al doctor Mizrahí de sus existencias de cultivos lo ha dejado sin fermentos para inocular en la leche y obtener *jaurt*. El carnicero Rubén, a quien le compra desde hace tiempo productos *kosher*, le lleva a su casa de la calle Ancha la piel de oveja. El mismo Rubén acarrea con el despojo del animal hasta la terraza, y entre ambos logran ahuecar la piel hasta formar un embudo que fijan con clavos junto a la pared de madera de una pequeña caseta. Isaac huele el tejido en descomposición. Sus paredes impregnadas de fluidos estomacales. Con la ayuda de Rubén, vierte al interior del improvisado recipiente dos litros de leche. Se asegura con un termómetro que está a una temperatura de cuarenta y cinco grados. Serán los microorganismos del tejido los que se encarguen de poner en marcha el proceso fermentativo. Al día siguiente dispondrá de cultivos suficientes para mantener activo el bacilo búlgaro durante varios meses. Lentamente, Vanyo recuperará su salud.

Afuera, tumultos. Tiros al aire. Son los demonios sueltos de la guerra. El terror adquiere su nivel más delirante cuando el ejército griego entra en Salónica. La guarnición turca que defiende la ciudad se rinde sin resistencia el 27 de octubre de 1912. Es un día gris de nubes amasadas, lluvioso, el peor posible en el escenario de júbilo que habría deseado el príncipe Constantino para hacer su entrada triunfal en la ciudad. Uniformes de soldados empapados de agua. Solo los griegos ortodoxos saludan a sus evzones.

—¡Cristo ha resucitado! —gritan.

Como la entrada es en vísperas de san Demetrio, patrono de Grecia, los mandos militares transmiten a los soldados que la victoria sobre los turcos se debe a la mediación del santo.

—¡Viva san Demetrio! —vociferan los uniformados muertos de frío.

Amedrentada por historias que amenazan la libertad y privilegios que han disfrutado los judíos en el Imperio otomano, la comunidad judía recibe en un malherido silencio a los soldados que desfilan marcialmente bajo la lluvia precedidos por la elegante figura del príncipe sobre un caballo blanco. Salónica volverá a ser griega después de casi quinientos años bajo dominio turco.

Se han roto los sueños de quienes aspiraban a hacer de Salónica un enclave autónomo y a salvo de las belicosas inquinas de sus vecinos con aires de grandeza. Un humillado Emanuel Karasu logra llegar hasta la casa de su tío para informarle del fracaso de su aventura, a la que se habían sumado en los últimos meses políticos y dirigentes judíos de media Europa. La guerra, con sus hechos consumados dictados por los países victoriosos y aceptados por los derrotados, no ha permitido prosperar el proyecto de la «Salónica libre»: un pequeño país de cuatrocientos sesenta kilómetros cuadrados y una población que, según cálculos elaborados por el gobierno austriaco, principal valedor de la iniciativa, superaría los doscientos sesenta mil habitantes, judíos sefardíes en su mayoría. Esa era la idea, el resumen del sueño.

Alguien toca a la puerta en el momento en que Karasu, abandonado a la percepción angustiosa de la hostil realidad, explica cuanto ha sucedido a su sobrino. Ha llegado de incógnito a Salónica. Quiere estar junto a los suyos. Los Jóvenes Turcos han sido apartados del poder. Desconoce su futuro político. Isaac Carasso lo mira; es un hombre pálido con la esfera de su vientre ligeramente hinchada, como si se hubiera acomodado dentro una extraña bestia.

—¿Abandonas la política? —pregunta Isaac Carasso.

—¡Nunca! Abandonar la política sería como abandonar a su suerte a mi patria —contesta.

Isaac Carasso, sentado a la mesa, frunce el ceño.

—Internacionalizar Salónica habría supuesto una pérdida irreparable para Turquía —afirma —. Sigo sin entender tu interés por ese proyecto.

—Salónica siempre habría sido aliada de Turquía. Salónica habría contenido las pretensiones expansionistas de Grecia y Bulgaria en Macedonia. Salónica habría impedido el desastre que ha supuesto esta guerra para mi país. Y anuncio, sobrino: si las negociaciones de paz que se van a abrir en Londres son humillantes para Turquía, los Jóvenes Turcos volveremos a dar otro golpe.

El *cavas* Caramfil abre la puerta a un hombre a quien Isaac Carasso conoce y admira desde hace tiempo: el periodista David Florentín, director del diario *El Avenir*, editado en judeoespañol. Es una visita inesperada. Florentín es un hombre joven en quien también se percibe un dolor reptante por su cuello, por sus mejillas, oculto en la mirada. Pese a la derrota, Florentín sigue luchando por la idea de una «Salónica judía».

—Siento interrumpir —dice.

—En absoluto —contesta Carasso, sorprendido—. ¿Le apetece un café turco?

—La logia está cerrada —prosigue, dirigiéndose al diputado—. Alguien que te conoce me ha dicho que podría encontrarte aquí. Deseaba decirte algo.

—Te escucho.

Florentín extrae del interior de una carpeta con gomas unas hojas escritas a máquina que arroja sobre la mesa. Emanuel Karasu se apresura a leerlas. El escrito está en francés. Traduce arrebatadamente, en voz alta, tras dirigir una primera mirada a su sobrino.

> *En la hora en que las democracias europeas se preparan para proceder a una nueva distribución del mapa de los Balcanes, es urgente dar a conocer a las grandes sociedades judías el peligro que corre la importante comunidad judía de Salónica…*

Sigue leyendo en silencio. Deteniéndose al final de cada uno de los párrafos para tomar aire. Parece emocionarse conforme avanza. A veces hace gestos extraños. Entorna los ojos para escrutar la letra. Quiere desentrañar qué hay más allá de las palabras. Mira al periodista, inmóvil. También Florentín parece querer adivinar los pensamientos del diputado a quien se le ha dado la responsabilidad de defender el proyecto ante las potencias europeas. «La decadencia económica de Salónica si llegara a ser griega…».

Lo que es un susurro abre paso a un discurso enardecido:

> *¿Qué sucedería si Grecia llegara a hacer prevalecer sus pretensiones? Salónica sería como un corazón que deja de latir, como una cabeza arrancada de su cuerpo despedazado… Desde su angustia, los judíos de Salónica os dicen: hermanos, en el nombre de Israel, tened piedad y actuar con prontitud… Es el ruego respetuoso que os tramito, señor presidente…*

Es un memorándum dirigido a la Organización Mundial Sionista con sede en Berlín. Lo firma el mismo David Florentín. El último intento a la desesperada para que las naciones europeas tomen cartas en el asunto. Florentín sabe que no está solo, a pesar de la victoria de Grecia. Austria les apoya. También algunos periódicos ingleses están a favor. Pero los

acontecimientos se suceden vertiginosamente a partir del momento en que las tropas griegas han tomado la ciudad…

Isaac Carasso acaba de ser testigo de uno de los muchos alardes heroicos sin sentido citados por la historia. Dos hombres luchan inútilmente por algo que acalla al instante el crepitar de las botas de los soldados griegos en la calle. David Florentín logrará obtener el visto bueno de Karasu y de otros dirigentes políticos y notables de la comunidad judía, entre ellos Isaac Carasso, para insistir en su memorándum a Adolf Friedemann, que trasladará el sincero y apasionado escrito del periodista sefardí al ministro de Asuntos Exteriores del Imperio austrohúngaro, y este, a su vez, le responderá poco menos que con un simple acuse de recibo. Ahí se pudrirán definitivamente los sueños.

Una lástima. Porque, en contra de la opinión de Emanuel Karasu, sí hubo tiempo para retomar la cuestión. Hasta el propio Lobo Jabotinsky estaba esperanzado. Siempre creyó que Salónica podía ser la ciudad modelo en la que inspirarse el futuro estado de Israel.

Nadie imaginaba que al día siguiente del triunfal desfile del ejército griego por las calles de Salónica lo harían las tropas búlgaras. La diferencia de unas horas provocará una tensión de tal magnitud entre ambas naciones que será el embrión de una inminente guerra. El absurdo, entre aliados, de quién llega primero para devorar al moribundo que yace en tierra. Los búlgaros están seguros de tomar la delantera a los griegos. De hecho, llegan antes a las afueras de la ciudad y acampan en uno de los meandros del Struma, pero la torrencial lluvia les detiene. No se atreven ante la crecida del río. Aguardan a que amaine el temporal. Los griegos son más listos. Y más audaces. El príncipe Constantino los arenga. La conquista es para ellos un juego de niños. El enfado de los búlgaros llega al extremo de editar un periodicucho que se distribuye en mano de los salonicenses argumentado el ridículo discurso de que ellos llegaron antes. Los griegos editarán el suyo para demostrar lo contrario. El fantasma invisible de la historia, el detective gris parapetado en la sombra, dilucidará la cuestión salomónicamente: han sido los griegos, pero estos permitirán que sus aliados búlgaros desfilen unas horas después a los acordes del mismo himno de la victoria. Empieza a partir de ese momento una guerra de perros contra gatos. Cuando los soldados griegos y búlgaros patrullen por la misma calle, evitarán encontrarse, frente a frente, en la misma acera. Cuando coincidan en un tranvía, no se saludarán. Los griegos cederán el asiento a los ancianos y niños. Los búlgaros, más toscos, se mofarán de sus buenos modales. Salónica es humillada por unos y otros. Son días de terror para la población. A toda hora siguen llegando trenes con refugiados procedentes de Adrianópolis, que seguirá resistiendo hasta unos días antes de firmarse el acuerdo de paz en el palacio de Saint James de Londres, el que más tiempo ha costado firmar en el último siglo. Los aliados vencedores no se ponen de acuerdo. El compromiso al que se llega es tan pírrico que muy pronto los búlgaros, descontentos con las nuevas fronteras trazadas en Londres, declaran la guerra a Serbia y Grecia. Turquía aprovechará la ocasión para ponerse del lado de los griegos, sus enemigos de siempre, para intentar sacar tajada…

Todo eso ocurre en poco más de un año… Y mientras tanto, los sefardíes de Salónica, temerosos de los planes anunciados por los nuevos dominadores, solicitan ser recibidos en audiencia por el rey Jorge. Están preocupados por las medidas que anuncia su primer ministro,

Venizelos. Y por las retorcidas intenciones del político al que la victoria lo ha convertido en héroe ante su pueblo. El rey Jorge es la cara opuesta de su hijo Constantino. ¿Serán realmente padre e hijo? Constantino es déspota, autoritario, presumido. Su padre, bondadoso, dialogante, afable. Dispuesto a congraciarse con los sefardíes de la ciudad reconquistada, decide instalarse en Salónica, en un palacete propiedad de la familia Modiano. Allí recibe a la delegación judía que preside el rabino Jacob Meir. Isaac Carasso les acompaña hasta el palacete, pero se quedará afuera, en las escalinatas de la residencia, porque se trata de una audiencia restringida. El cónsul Antonio Suqué ha ido con ellos hasta la misma entrada. El rabino le agradece lo que considera algo más que un simple acto de cortesía.

La audiencia dura poco más de media hora. El rabino le traslada al rey la preocupación de la comunidad desde que el ejército y la armada griega tomaron la ciudad. Los judíos sufren, majestad. Son menospreciados. Acusados de robar. Se ha causado daño a muchas personas *pasiguosas.* El rey Jorge le pregunta si puede dar algún detalle de los daños causados. No se han destruido sinagogas, pero sí Biblias y otros libros sagrados. ¿Se han violado mujeres? El rabino está seguro de que hubo casos de *forsamiento*, pero no se atreve a dar detalles porque «no pueden *vinir* a *quexarse* ante mí porque se trata de honor».

Hace unos días que el crucero-acorazado *Princesa de Asturias* fondeó en el puerto de Constantinopla, informa el cónsul a su amigo Carasso mientras aguardan a que salgan los invitados a la recepción. Isaac Carasso no muestra ningún interés por un hecho que parece haber disgustado mucho al cónsul. No tiene importancia. Para él sí la tiene.

—¡Tenía que haberlo hecho en Salónica! —exclama Suqué.

—Motivos políticos, supongo —responde Carasso.

—Resulta incomprensible que un buque de guerra de más de diez mil toneladas regrese al puerto de Cartagena con veinte refugiados a bordo, en su mayoría funcionarios de la cancillería, cuando en Salónica habría podido recoger a más de quinientos… Lo que me temía. Maldito sea…

—De actuaciones tan disparatadas, señor cónsul, nos hemos lamentado los sefardíes desde hace más de cuatrocientos años. Las cosas son como son y seguirán siendo así. Paciencia.

—He presentado una queja formal al Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Es un gesto que le honra, cónsul, pero no le servirá de nada.

—Por cierto, ¿recibió los salvoconductos?

—Ayer mismo. Le estaré eternamente agradecido.

—¿Ha decidido cuándo se marcha?

—Procuraré que sea antes de que nos echen.

—Verdaderamente, la situación es insostenible.

Jacob Meir les saluda. Parece estar satisfecho del resultado de la entrevista con el rey Jorge. Lo elogia ante un grupo de periodistas que lo aguardan, abiertas sus libretas, plumas en ristre. Al día siguiente, el diario *El Avenir.* publicará una crónica del encuentro. Sus últimas líneas:

> El gran rabino de Salónica se despidió del rey de Grecia con las siguientes palabras: «Lo que yo solicito de vuestro justo trono es de ordenar a los *jurnales* y a los *pretes* de predicar la paz entre todos los elementos y

es entonces que mis palabras de acercamiento serán bien sentidas».

Las cosas cambian a partir de entonces. El gobierno griego toma medidas para favorecer la integración de los judíos. Les permitirán trabajar los domingos para cumplir con el precepto del Sabbat. Pero la paz tardará años en instalarse de nuevo en Salónica. Siguen llegando de todas partes harapientas y famélicas familias, sefardíes y turcas. Los militares las albergan en las mezquitas que han dejado de serlo. Apenas hay asistencia en hospitales. Los enfermos mueren en los pasillos. Los médicos no poseen instrumental para hacer operaciones. Ni siquiera tijeras. Los miles de desheredados solo se alimentan de pan. Las madres lactantes lloran desconsoladas con sus hijos muertos en brazos. Llega a Salónica un convoy de pan húmedo y enmohecido. Los soldados turcos —árabes, drusos, persas, libaneses— confinados en parques al aire libre no reciben alimento alguno. Entre los sefardíes se hace una colecta para comprar pan para ellos. Los griegos no les dejan acceder a los reclusos. Y son los judíos los que consiguen que las mujeres de los cónsules les lleven el pan.

Todo irá a peor cuando el rey Jorge sea asesinado el 18 de marzo de 1913. Alexandros Schinas, anarquista griego, le dispara en la espalda a poco más de dos metros de distancia, muy cerca de la Torre Blanca. El rey paseaba por el paseo marítimo. La bala le entra por debajo del omóplato, le atraviesa el corazón y los pulmones y sale por el estómago. Los primeros auxilios los recibe de dos judíos sefardíes anónimos cuyos nombres nunca serán desvelados por las autoridades griegas. Cuando el monarca llega al hospital, está muerto.

Unos días después, Vanyo Ivanov abandona la casa de la calle Ancha con traje negro y camisa blanca con corbata. Se los ha regalado su amigo Isaac Carasso, que el día anterior le ha comprado unos zapatos del número cuarenta y tres. Él calza dos números menos. Vanyo lleva algo de dinero, el suficiente como para llegar a su pueblo en el noroeste de Bulgaria, que ha perdido la segunda guerra de los Balcanes. También guarda en el bolsillo un salvoconducto del cónsul español. Un favor especial de Suqué a su amigo Isaac Carasso. El cónsul español sigue muy cabreado por el infame asunto del *Princesa de Asturias*. No, todavía no ha recibido respuesta a su carta de protesta ante el palacio de Santa Cruz.

A punto de abandonar Salónica, Isaac Carasso piensa que los tiempos pasados han impregnado de angustia el presente. Él, tan preocupado por la vida, como sus adorados sabios del Pasteur que bendijeron con sus descubrimientos la llegada del nuevo siglo, huye de la muerte que le persigue. Apoyado en la baranda de la terraza, sigue con los ojos la ruta que ha escogido su amigo Vanyo, sus pasos hacia Tran. Ante la magnificencia del Egeo, abrazado por tierras yermas, cree que merece la pena plantar cara a la barbarie. Sus sueños son tan insumergibles como el color púrpura del mar que se desvanece en las aguas.

Huir

Daniel Carasso Muzafia no vio a su padre asomado al futuro desde la azotea de la calle Ancha. Ahora lo imagina. La idea de huir se encarna en ellos como un pensamiento arruinado por el cansancio, el hastío y el miedo. Huir de qué es una sensación paralizante. Huir adónde es todavía peor. Es un dilema. Él ya sabe hacia dónde huye, obligado por la vida de la que se despide lentamente, como los barcos que, de niño, veía surcar el Termaico y se alejaban.

Aún sigue vivo. Acaba de abrir los ojos en su casa de Charcot. Tiene la sensación de que rema hacia una orilla, bajo un cielo lechoso, impulsado por pequeñas olas. Le aguarda una mujer que se balancea en el aire, la clase de mujer que solo puede existir cuando el mundo despierta. Es Estrella, su abuela, que aparece para quedarse con ellos para siempre. Su marido ha muerto. Estrella será desde ese día el árbol con nieve en la copa bruñido por la luz que los alumbra a todos.

Libro III

LA HUIDA

1

Nieva en Lausana. Isaac Carasso se siente perdido en la muchedumbre de sus dudas. Nada más detenerse el tren en la estación y poner el pie en el estribo para bajar al andén, su primera certeza es la de no saber por qué ha hecho un viaje tan largo e insufrible. Sobre todo por los niños. Están agotados. Los copos de nieve se posan con suavidad sobre su incipiente calva. Se derriten. Chorrean por su frente, por sus mejillas, a modo de lágrimas. Se deja llevar por la sensación de cansancio que advierte en los suyos, a quienes observa lastimeramente a través de la ventanilla, como si ello le eximiera de vencer cuanto antes sus propias vacilaciones. El rostro de su madre, Estrella, es el más sereno. Desde la muerte de su esposo en Salónica, Estrella solo escucha los latidos de la vida desde su interior silente. No ha pronunciado palabra en todo el viaje, y ahora que el tren se detiene está pendiente de una señal de su hijo, bajo la nieve.

En los ojos de Esterina se asoma una mezcla de angustia y de indiferencia. Él piensa cuando la mira: los ojos de una gacela que teme que un león devore a sus hijos. Pobre Esther. «*Pobrecicos* mis hijos». A él también se le encoge el alma cuando su mujer los llama por sus nombres para despertarlos. Los zarandea delicadamente. Les acaricia la frente, como si les tomara la temperatura, les pasa su mano sobre el pelo, los besa. El cuerpecito de Juana sigue tumbado a lo largo del asiento, con la cabeza apoyada en uno de los brazos y las piernas levantadas sobre el otro desde que el convoy se detuvo en Zúrich para hacer el cambio de agujas. Esther deja el despertar de la pequeña para el final. Yo la cogeré en brazos, le dice su marido. Mejor tomas a Flor, que pesa más. Danón sigue repantigado sobre su asiento del compartimento, con la cabeza ligeramente ladeada, en pena, la boca semiabierta. Como quiera que Esther no se decide —en realidad no se atreve— a despertarlos de golpe, Isaac opta por salir. Se asoma al andén y agita uno de sus brazos para llamar la atención de uno de los mozos de carga, que se acerca en carrerilla hasta el estribo. Isaac le dice que suba. Llega de los Alpes —Isaac piensa que debe ser de los Alpes— un viento gélido y húmedo —también puede ser que provenga del norte del lago Lemán—. Las vías del tren sobresalen como sanguijuelas en la charca de nieve embarrada. Despierta, Danón. Pero a los niños les cuesta abrir los ojos, y Esther no se atreve a hacer más. *Pobrecicos*, se lamenta mirando a su marido. Llevan casi doce horas de viaje. Durmieron algo al poco de abandonar la estación de Viena al atardecer del día anterior. Se despertaron para comer. Bocadillos con queso. Y luego, sí; luego volvieron a quedarse dormidos, salvo cuando el tren tuvo que maniobrar estruendosamente en Zúrich. El mozo de carga trastea en el altillo del compartimiento. Cuenta hasta cuatro voluminosas maletas. Isaac le comenta que hay varios baúles más en el espacio del vagón reservado a equipajes. Tendrá usted que pedir ayuda a algún compañero. El mozo asiente. Le sorprende que el hombre a quien supone que es

austriaco hable tan bien el francés. Mira por la ventanilla. Se dirige hacia el fondo del vagón. El habitáculo está cerrado con llave. El revisor la tiene. Es el hombre uniformado que aparece en ese instante manejando un manojo de llaves como si fuera un sonajero. Abre el trastero y enciende la luz. El mozo cuenta: cuatro baúles de los que usan los nobles del Imperio austrohúngaro, con asas de metal en los cantos, reforzados con correas y cuerdas. Sí, tiene usted razón, *monsieur*, avisaré a varios compañeros. Isaac Carasso no puede reprimir un largo bostezo que disimula finalmente: «Ya le decía yo, ya. Evidentemente, yo no puedo con todo, *monsieur*. Por supuesto, pida, pida ayuda». El mozo entra de nuevo en el compartimiento en el momento en que Danón abre los ojos y yergue su cuerpo, un tanto sobresaltado por la presencia del hombre, pequeño, robusto, que se toca la cabeza con una boina gris. El mozo sube el cristal de la ventanilla. Le cuesta desencajarlo. Hace una mueca grotesca con el rostro, Danón piensa que está acostumbrado a subir ventanillas. Es el aire gélido lo que despierta definitivamente a Flor y Juana, que se desperezan emitiendo un sonido gutural que hace gracia a su madre. Venga, niñas, venga. Y otra vez: «*Pobrecicas* mías». Sus rostros se paralizan al escuchar el hiriente silbido del mozo de carga llamando a alguien de fuera. Habla en un francés vulgar, casi irreconocible para Isaac Carasso, que lo escruta desde el pasillo del vagón. Los músculos de las caras de Juana y Flor se contraen por el frío. Están a punto de romper a llorar. Atenta, su madre envuelve sus cabezas en largas bufandas de lana; luego, les cubre la cabeza con gorros. Danón opta por salir al pasillo y aguarda, apoyado su cuerpo sobre la pared del vagón, instrucciones de su padre, que lo mira compasivamente. No, no está para recibir instrucciones. Su garganta seca. Pasea la lengua por sus labios. Mira a su padre: qué hago. En ese momento recoge la bufanda que le tiende su madre. ¿Te ayudo? Sí. Lo ha dicho con un gesto. No le salen las palabras. Esther lo acaricia con sus manos, venga, ánimo, que ya hemos llegado. «Mi *pequeñico*». Y se deja poner una bufanda de color rojo; dos vueltas al cuello, los flecos hasta la cintura. Isaac mueve la cabeza. Reconoce la bufanda de Esther. Se conmueve. Está a punto de preguntarle a Danón: ¿dónde dejaste tu bufanda?, pero no lo hace. Se le cruza un pensamiento: quizá se ha precipitado; quizá tenía que haberlo pensado mejor; quizá no debiera haber hecho un viaje tan largo. El movimiento azaroso del mozo, que se abre paso en el pasillo, disipa su reflexión. ¿Y tú?, pregunta a su mujer, que hace un gesto displicente mientras vuelve a acariciar las mejillas de su somnoliento hijo. No importa, Isaac, le ha venido a decir. Pero a Isaac sí le importa, y mucho. La abuela Estrella sigue callada, observando. A ella la nieve le cae por dentro.

Hace tiempo que Esterina anda con la salud malparada por una tos rebelde que no le remite. El doctor Mizrahí la auscultó en el hospital de Salónica unos días antes de partir de viaje y puso cara de circunstancias. Dudó en su diagnóstico, pero fue suficiente lo que le dijo, aún dubitativo, probablemente para no alarmarlo: un principio de bronquitis, tendría que hacerle algunas pruebas. Meneó la cabeza. Ella no quiso que se las hiciera. Desde ese día, se comportó como una mujer sana y vital. Entonces, Isaac se deshace de su bufanda y se la enrolla a su mujer, que lo mira con la ternura que él ha estado esperando desde que salieron de Salónica hace diez días. Necesitaba esa sonrisa para no sentirse culpable de la angustia contenida que parecía habérsele enquistado en su rostro, salvo cuando se dirigía a sus hijos. Afortunadamente, los niños no son conscientes de nada. Tal vez Danón. ¿O sí lo son? Lo son en la medida en que a ella sí le importa

su pena. Isaac se sube las solapas de su abrigo negro de astracán y se asoma por la ventanilla que ha dejado abierta el mozo. Ve a este hablar con dos compañeros. Uno de ellos agarra con la mano la guía de un carro de transporte de equipajes. Por los gestos que intercambian se deduce que necesitarán dos o tres carros más. Parece que están de acuerdo. El más alto de los tres, que fuma la colilla de un puro, le dice algo inaudible. ¿Está enfadado o es su natural estado de ánimo?, se pregunta Isaac. Lo cierto es que se esfuerza en persuadir a su compañero de algo importante, de un mensaje que transmite en el momento en que desvía su rostro hacia la ventanilla por la que asoma la cabeza calva de Carasso, y, entonces, deja de hablar. El primer mozo ha asentido varias veces con la cabeza, agachada, casi humillada. Da la impresión de que el más alto es el jefe del grupo, el que ordena y manda, piensa Isaac, que no se ha perdido detalle de lo que trama el grupo. No, no le gusta lo que ve. No le gusta el mozo del puro. El tercero no ha mediado en la conversación, como si no le fuera en absoluto cuanto se discute. Es evidente, razona Isaac Carasso, que el mozo del puro ha tratado de convencer al resto de algo imaginable: el precio del servicio. El del puro ha manifestado sus exigencias, desde luego. En el rostro del que no habla no se advierten vacilaciones. En el del primer mozo, solo sumisión. Veré lo que puedo hacer, le viene a decir al que manda. Es el mozo bajo y regordete quien sube finalmente al vagón y va al encuentro de Isaac Carasso, que cierra la ventanilla y sale al pasillo. Le ha dicho a Danón que aguarde sentado en el compartimento, junto a su madre y hermanas, mientras él llega a un acuerdo con el mozo. Con aire resuelto, el mozo se encara a Carasso: «¿Es usted judío? —Parece avergonzarse del tono que ha empleado—. Perdone». Se lleva la mano a la visera de la gorra. «No importa», responde Carasso. Su sonrisa irónica. «Por supuesto que les pagaré lo que sea justo. —El hombre mueve la cabeza, complacido—. Lo que sea justo, repite. —Y seguidamente le da una explicación de la que se arrepiente al instante—: Somos judíos sefardíes, de Salónica». A lo que el mozo responde con una subida de hombros, y está a punto de decir: para mí todos sois iguales. Serán treinta francos. Alzará la mano en busca del asa de una de las maletas cuando Isaac le dice: «De acuerdo, *monsieur*». Impresionado por el tratamiento, el mozo vuelve a subir la ventanilla y hace una señal a sus dos compañeros que esperan respuesta en el andén. Esterina observa a su marido, lo que decide, «Qué hacemos, Isacino», suplicante, las dos niñas apoyando las cabezas en su costado, Danón, tieso como un palo, tragando saliva, embozado en la bufanda de su madre, mirando al exterior. Los copos de nieve se deshacen en el barro. Con su hija Juana en brazos, su padre avanza lentamente en el andén.

La *gare* de Lausana está en obras por la construcción del túnel del Simplón. Empieza a conformarse el edificio modernista. Aunque le cuesta reconocerlo en medio del andén lóbrego de la estación, Isaac Carasso sí sabe por qué eligió Lausana. Habría preferido viajar a Barcelona, pero el trayecto, por mar, era largo e incómodo, con transbordos en Brindisi, Génova y Marsella. En todo el Mediterráneo seguía respirándose la tensión bélica que aún rezumaban las guerras balcánicas, especialmente por la hegemonía que se disputaban Austria e Italia y por las sempiternas aspiraciones de la belicosa Serbia de ensanchar sus fronteras hasta el mar. Por tren, sin embargo, sabía que, a partir de Viena, las dificultades se allanarían. Había planificado el viaje meticulosamente. Debía evitar a toda costa atravesar Bulgaria y Serbia, de ahí su decisión de cruzar Bosnia Herzegovina, bajo administración de Austria, y enlazar desde Sarajevo con la

capital del Imperio austrohúngaro. Al llegar a Viena, había apalabrado con un judío de nombre Jacob, compañero, ya retirado, de su padre en la compañía de transportes Schenker, que una empresa auxiliar de la multinacional se hiciera cargo del voluminoso equipaje guardándolo en un almacén de la estación. Su idea era permanecer en Viena tres o cuatro días, en un hotelito regentado por una familia de judíos askenazíes recomendado por Moisés Covo, de manera que él y su familia, especialmente los niños, dispondrían de tiempo para descansar. Les había prometido a los niños llevarlos al parque de atracciones del Práter. Les había contado la historia de una noria gigante desde la que se podía tocar el cielo. Ya se sabe: Isacino y sus historias sobre la inmortalidad. Todo salió tal como había sido planeado.

En el fondo de su corazón abriga la idea de que un clima limpio y libre de contaminantes será beneficioso para la salud de Esther. Lausana es una ciudad pequeña que no exige grandes desplazamientos, apacible, abierta a un hermoso lago y próxima al pulmón de los Alpes. Pero, sobre todo, la razón determinante de su elección es recluirse en el único oasis de paz de la atribulada Europa. Sus amigos y familiares le han proporcionado direcciones de conocidos en los que confiar. Abraham Benarroya le había dado la de un maestro de Plovdiv, en Bulgaria, al que podría visitar si cambiaba los planes de viaje. Su tío Emanuel les recomendó la visita a una mujer de noble alcurnia con la que había mantenido relaciones en Trieste y que ahora residía en Ginebra y también le había facilitado la dirección del hotel en el que se había hospedado cerca del castillo de Ouchy, junto al lago Lemán, cuando él intervino como experto en relaciones internacionales en los acuerdos de paz que pusieron fin al conflicto entre Italia y Turquía. Naturalmente, le ofreció a su sobrino la ayuda de su amigo Giuseppe Volpi, que había fortalecido sus conexiones con banqueros suizos tras incorporarse al clan de los mandamases financieros desde su banco recién fundado en Belgrado. Mientras aguarda, bajo la enorme techumbre de la estación, la aparición de Esther con Danón y Flor, Isaac Carasso cree que no será necesario recurrir a esas ayudas, aceptadas por razones de cortesía para con quienes se las ofrecieron, mas silenciosamente desestimadas en su fuero interno: «Quiera el Señor que nunca deba pedir a mi sobrino la mediación de su amigo Volpi, ni de ninguno de sus *otros* amigos», reflexiona. Le basta con los contactos que ha establecido desde Salónica con las comunidades judías de Viena y de Lausana. En esta ciudad existe una influyente comunidad askenazí desde mediados del pasado siglo, congregada en torno a una sinagoga de reciente construcción y sobre la que le ha puesto al corriente, antes de partir, el gran rabino Meir, de quien guarda una carta dirigida a su buen amigo Benjamín Strausser, rabino de Lausana. Pese a todo, su más preciado tesoro es el salvoconducto familiar, que guarda en el bolsillo interior de su chaqueta —de vez en cuando se lleva la mano al bolsillo para comprobar que no se ha movido de su sitio—, firmado por el cónsul de España en Salónica, junto a un documento anexo, a exhibir en caso necesario, en el que el propio cónsul da fe con su firma y el sello lacrado del consulado de haber iniciado los trámites ante el gobierno español para obtener la nacionalidad española para la familia Carasso al completo. Será lo primero que haga cuando regrese a España, se ha dicho en silencio más de una vez. Pese a la esperanza de rehacer su vida en el país de sus ancestros, le sigue atormentando el haber abandonado Salónica para siempre. ¿Regresará algún día? Los malos presagios juegan en su contra. Él sabe que se avecinan nuevos conflictos, que la *paz armada* de la que goza Europa se cuarteará en cualquier momento. Algunos analistas aseguran que la guerra que se presiente durará solo unos días, unas semanas a lo sumo. Pero otros indicios, más pesimistas, para algunos

más realistas, apuntan a que el estallido de las hostilidades será el principio de una barbarie sin final. Él no está dispuesto a correr ese riesgo y poner otra vez en juego la seguridad de su familia.

Lamenta que sus primos no le acompañen, tal como habían planeado desde hace tiempo. La decisión de Moisés Covo de permanecer en Salónica está justificada por su mala salud, y su hijo, José, Pepo, había empezado a hacerse cargo de los negocios financieros de su padre. Por igual trance pasa la familia Botton. Isaac Carasso está convencido de que todos coincidirán en Barcelona en un breve plazo de tiempo. La situación por la que atraviesan los judíos en Salónica resulta cada día que pasa más dramática, después de la conquista de la ciudad por los griegos. Pese a los buenos oficios del gran rabino Meir ante las nuevas autoridades, los hechos confirman un futuro descorazonador. El príncipe Constantino se ha dejado influenciar por la opinión de su primer ministro Venizelos, opuesto a que los judíos mantuviesen los privilegios que disfrutaban en la Salónica turca y dispuesto a promulgar leyes para expropiarlos de sus propiedades en condiciones humillantes. La salida de capitales del país pronostica un derrumbe de la economía en Macedonia. Es Anastasios Chrisaphis el primero en alertar a Isaac Carasso sobre las adversidades que se avecinan. Chrisaphis, a quien nunca agradecerá lo suficiente cuanto ha hecho por él y su familia, se ha comprometido a vender sus propiedades: su casa, su almacén en el puerto, la oficina desde la que gobernaba su empresa exportadora. También es él quien le aconseja lo que debe hacer y luego le facilita los contactos con bancos suizos; quien le abre una cuenta en el Banco Pictet; quien le transfiere una importante suma de dinero. El Pictet goza de gran prestigio en la gestión de patrimonios y de activos independientes. Chrisaphis ha podido saber que sus propietarios planean abrir una sucursal en Barcelona. Al margen de la preocupación por el largo viaje y las nuevas incertidumbres, puede asegurarse que Isaac Carasso dispone de medios económicos suficientes para atender las necesidades de su familia durante un periodo de tiempo que él calcula entre cuatro y seis años. Confía en que la venta de sus propiedades en Salónica alargue esas expectativas. No puede cruzarse de brazos, sin embargo, y ya se ha informado de las opciones de negocio que le brinda su estancia en Lausana. En su cerebro solo hay lugar para desarrollar una actividad relacionada con la fabricación de productos lácteos innovadores. Desea aprovechar la tradición suiza, y la de la mayoría de los países centroeuropeos, en el consumo de ese tipo de alimentos. Ahora o nunca, se ha dicho repetidas veces durante el viaje. Los protocolos que ha venido desarrollando los últimos años en Salónica para fabricar el *jaurt* están escritos en cuadernos enterrados en alguno de los baúles que transportan en sus carros los mozos de carga de la estación, a quienes no pierde de vista cuando cruzan la puerta principal, arrastrando ruidosamente los carros con el equipaje, y se detienen en espera de instrucciones.

Isaac Carasso lleva en el bolsillo de la chaqueta un papel en el que ha escrito un par de direcciones de pequeños industriales que le podrían ayudar. Sabe que no está solo en sus propósitos de abrirse paso en la fabricación del *jaurt.* Probablemente alguien se le ha adelantado, aunque no está seguro de si el producto que fabrican sus competidores sea de las mismas características que el suyo. En cualquier caso, le preocupa. Al parecer, se trata de refugiados albaneses que han llegado a Lausana huyendo, como él, de las guerras. Tendrá que averiguarlo.

También lleva la dirección de un primo de Vanyo, de nombre Pietrus, establecido en Ginebra, a unos kilómetros al sur de Lausana, desde hace varios meses. Vanyo ha estado a punto

de acompañarlo en el viaje, pero a última hora desistió: unas horas antes de partir de viaje de regreso a su país, una pareja de gitanos búlgaros, vendedores callejeros, como él, de *jaurt*, le dieron la noticia de que a su mujer, Ivelina, la había dejado preñada un oficial de reclutamiento del ejército búlgaro. El militar se había presentado en casa de los pastores sin avisar y acompañado de un destacamento de soldados intentando averiguar el paradero de su marido, acusado de desertar del ejército. Tras su inútil búsqueda por los parajes más recónditos de la comarca, violó a la mujer e hizo correr la voz por el caserío. Vanyo, ya recuperado milagrosamente de sus heridas y enfermedad, decidió regresar a su tierra con intenciones de *arreglar cuentas*, en expresión que dejó preocupado a Isaac Carasso. Cuando se despidió del hombre que le había descubierto el misterio, le atenazó un mal presagio. No hagas locuras, le dijo. Quizá verte algún día en Suiza, contestó el pastor.

Las otras despedidas también fueron dolorosas. Especialmente la de Rena, que decidió permanecer en Turquía a pesar de los ruegos de Esther y de las miradas silenciosas y suplicantes de Danón. Rena tenía familiares —su hermano José, casado y con tres hijos— en el barrio judío de Baltar en Constantinopla, con quienes se reuniría al día siguiente de que la familia Carasso abandonara Salónica. Unas semanas después, encontrará trabajo como enfermera en el hospital sefardí La Luz de la Vida, del mismo Baltar. Los *cavas* se despidieron de la familia en la misma estación. Caramfil abrazó a Isaac Carasso; Michel inclinó ante él la cabeza, y luego hizo lo mismo ante el compungido rostro de Esther, que se llevó un pañuelo a los ojos en el momento de subir al vagón. Danón los vio alejarse, desteñidas sus siluetas en medio de una ráfaga de viento, cogido de la mano de su padre, que se la apretaba hasta hacerle daño.

Son necesarios tres carruajes para transportar el voluminoso equipaje hasta la casa en la que Isaac y su familia vivirán los próximos meses, en la calle Floreal. Como hace mucho frío, el cochero del vehículo en el que han tomado asiento los cinco les ha entregado un par de mantas para que se tapen las piernas.

La nieve cubre el adoquinado de las calles, con surcos abiertos por donde se deslizan peligrosamente las casi zancudas ruedas de un Ford modelo TT, el primero que ve en su vida Isaac Carasso. Algo sabe el sefardí sobre el empresario americano que, hace unos meses, ha establecido un salario de cincuenta dólares diarios para cada uno de los trabajadores de su empresa. ¿Se atrevería él a conducir uno de esos endebles automóviles en condiciones tan adversas?, se pregunta mientras sigue con la vista los trazos sinuosos que dejan las ruedas sobre la nieve sucia. Mira atrás: distanciados, les siguen los carruajes, tirados por caballos, con el equipaje. Flor y Juana se han acurrucado junto a Esther, abrazadas a su cintura. Enfrente, Isaac y Danón las observan con expresión de velada dulzura, la que les permite el cansancio que llamea en sus ojos. Danón apenas ha despegado los labios desde que el tren dejó Zúrich. Se ha ausentado de cuanto ocurre a su alrededor, como si no dejara en ningún momento de preguntarse qué hace él en ese tren que lo conduce a una ciudad desconocida, alejado de sus amigos y de su escuela, por qué su madre no ha protestado en ningún momento de aquella especie de locura empeñada por su padre a saber con qué motivos. También a él le preocupa la salud de su madre, a la que suele mirar de vez en cuando con intención de averiguar qué siente en el fondo de su alma, cómo el aire se abre paso hasta oxigenar sus delicados pulmones. Esther, por su parte,

siempre será consciente de lo que piensa su hijo y restará importancia a los pensamientos de este con benevolentes sonrisas y alguna que otra caricia. La complicidad entre madre e hijo no pasará inadvertida para Isaac, a quien le agrada que así sea, aunque, a veces, en su fuero interno, le disgustará que Danón sea incapaz de reconocer que también a él le embarga la misma preocupación. Isaac se ha esforzado en hacerle comprender las razones de su elección. En caso de guerra, le explica, Suiza será fiel a sus tradicionales principios de neutralidad. Le ha explicado asimismo que esa neutralidad les garantiza la paz de la que no han disfrutado en los últimos años, tan necesaria para él y sus hermanas, para que puedan proseguir sus estudios en colegios y, al cabo de unos años, en universidades. La tranquilidad de Lausana será beneficiosa para su madre, sometida en los últimos meses a una tensión que no ha sido capaz de superar.

Él, por su parte, tiene la intención de poner en marcha nuevos negocios, sobre los que le pondrá al corriente a su debido tiempo. «Cuento contigo para ello», le dice. A Danón no parece gustarle la idea, pero le satisface que su padre se haya sincerado con él y cuente con su ayuda. Por fin, despega sus labios: «¿En qué puedo ayudarte, padre, si tengo solo nueve años?». Isaac le contesta: «Ya me estás ayudando, hijo. Y además Lausana está muy cerca de Francia, y Francia, muy cerca de España». Es en el trayecto hasta la casa de la calle Floreal cuando Isaac descubre a Danón sus intenciones de viajar a España con vistas a tantear las posibilidades para asentarse definitivamente en Barcelona. «Lausana está en el camino que conduce a Sefarad, que será el final de nuestro viaje», afirma. Esther los mira complacida. Tal vez es la primera vez desde que abandonaron Salónica que siente en su cuerpo aterido la sensación de que empieza a replegarse, aún lentamente, el dolor de la amargura.

La casa de la calle Floreal está en el centro de Lausana. Es una casa adosada con tejados a dos aguas y fachada gris, azulada en los cantos, con pequeñas dobles ventanas de madera recién repintadas. A primera vista, parece nueva. Posee un pequeño jardín a sus espaldas con un tilo de Murten de ramas gigantescas. Seguro que en primavera extienden su sombra a toda la parcela, incluso a la de los vecinos. Dispone de habitaciones suficientes para todos, incluida la de la abuela, que elige la más pequeña. A ella le basta que tenga ventana. La casa ha sido alquilada con muebles que disgustan a Esther. Isaac le ha prometido cambiarlos poco a poco. Sabe que no será la casa definitiva durante los años que residan en Suiza. No, no es la casa que hubiera deseado, ya se lo había comentado a Chrisaphis cuando este le expuso sus características —¿podrá algún día agradecer a Anastasios Chrisaphis todo lo que ha hecho por él?, vuelve a preguntarse—, pero se trataba de la mejor oferta que había recibido su amigo el banquero y no había tiempo para más. Le atrajo desde el principio la gran chimenea de obra en el centro del comedor y la caldera de carbón con red de tuberías y radiadores que llegan a todos los rincones de la vivienda. No dispone de espacio para instalar su laboratorio de producción, cierto, lo cual es una contrariedad, pero todavía es pronto para pensar en ello. Todo llegará.

Desde luego, lo primero que hace cuando empieza, con la ayuda de Esther y de Danón, es deshacer el equipaje y buscar los polvos, las cepas, sus concentrados, que conserva en bolsas precintadas y que utilizará para fermentar la leche. No se ha atrevido a transportar productos líquidos. En plena revisión del mobiliario que hay en la casa, advierte la existencia de una nevera en la cocina que le llama poderosamente la atención. Es un curioso mueble de madera con dos

puertas: en la parte superior, a modo de tapadera, y en uno de los laterales. Con dos habitáculos compartimentados y un cajoncito en la parte inferior para contener los desagües. En el primero de ellos hay un recipiente en forma de pileta que él piensa que puede servir para almacenar el hielo. Tendrá que buscar cuanto antes una fábrica de barras de hielo.

El descubrimiento de la nevera lo colma de una pueril felicidad, de la que pretende contagiar en vano a Esther cuando trata de explicarle el funcionamiento de lo que parece a primera vista una simple mesita de noche, y su utilidad para conservar los alimentos y «mis productos». Siempre pensado en lo suyo, le recrimina Esther con la mirada. Esos inventos no habían llegado a Salónica. Isaac piensa que un recipiente tan práctico permitirá prolongar la vida de los frascos de ácido láctico en estado puro que ha traído consigo. Seguro que la empresa que fabrica esas neveras las puede hacer más grandes y más pequeñas. Hace tiempo que en la parcela ensoñadora de su cerebro pulula el proyecto de fabricar su yogur en cantidades industriales, aunque limitadas. El feliz hallazgo de la neverita en la casa de la calle Floreal le servirá de base experimental para desarrollar su propio diseño de nevera adecuada al fin que se propone: un producto medicinal como el suyo exige un sistema específico de conservación que, a la vez, permita la adecuada distribución de los envases. La idea la pondrá definitivamente en marcha cuando, años después, en Barcelona, se decida a la fabricación en serie de su yogur.

Lausana es una ciudad mucho más pequeña que Salónica. Apenas cuenta con setenta mil habitantes. Las diferencias son abismales, y ya no solamente porque los Carasso se verán privados en los próximos años del vital aliciente del mar, de la visión del mar, sino también porque van a ser sometidos a unos hábitos de vida que les resultarán inicialmente rígidos y de una observancia inalterable en la medida en que forman parte de la genética de la ciudad, de sus normas de convivencia, de su estricta disciplina urbana. Aunque residen en la parte baja, tendrán que soportar inviernos muy crudos. Apenas se ve gente por las calles. Oscurece muy pronto. El silencio resulta casi perturbador. De todos modos, es una ciudad moderna y próspera, abierta a los cambios provocados por los nuevos tiempos, aunque cerrada en tradiciones desde que se convirtió en sede episcopal. Aunque venida a menos, sigue siendo importante su industria maderera, pero, sobre todo, destaca su actividad comercial, de bancos y seguros y los talleres industriales de precisión. Pronto Isaac Carasso se convencerá de que, en Suiza, todo funciona como un reloj. La existencia del Tribunal Penal Federal otorga a la ciudad un sello de intachable austeridad.

Al cabo de unos días, Carasso advertirá que Lausana se asemeja en cierta medida a París. Es lo que piensa cuando pasea por el bulevar de Grancy o descubre mansiones señoriales inspiradas en el *art nouveau*. No hay barrios de marginados, ni familias hacinadas en chozas de uralita, como en Salónica, ni tampoco murallas que recuerden conquistas y muertes, ni pasean por sus calles soldados con mosquetones al hombro. Las casas se alinean parejas en calles limpias; se han abierto nuevas vías hasta el lago Lemán; en los días soleados, los parques verdes y boscosos se pueblan de ancianos petrificados de rostros saludables que cierran sus ojos. Cogida de la mano de Flor, la pequeña Juana dará sus primeros pasos en el parque público de Mon Repos, y al día siguiente del sabbat, Isaac Carasso conducirá a su hijo Danón al parque de L'Hermitage y subirán hasta la colina desde la que se divisa la estampa de nieve azulada de los Alpes y las

aguas mansas del lago Lemán en las que, al atardecer, se proyectan las agujas de la catedral gótica.

De la ribera del lago se levantan palacios de torres cónicas y murallas almenadas, casas de madera de pino, mansiones blancas, sombreadas vagamente por los bosques de atrás y al tiempo alumbradas por el fuego de las cumbres, mientras las barcazas embisten las aguas lisas al ritmo del voltear de las alas de las gaviotas.

De modo que, poco a poco, la familia Carasso se acomodará a una nueva vida marcada por un reloj de absoluta precisión, por una vida de grata severidad.

Una mañana límpida de enero, la familia Carasso al completo, más Hanna, que acaba de entrar a su servicio para echar una mano a Esther en las labores de la casa, acude a la sinagoga de Lausana, alzada sobre una colina boscosa, para conocer al rabino Strausser, cuya estatura impresiona a Danón y a las pequeñas. Su corpulencia, sin embargo, no guarda relación alguna con sus ademanes lentos y la expresión cansada de su mirada, que hasta parece, en algunos momentos, que se duerme, mucho más cuando, al escuchar lo que dicen los demás, mueve la cabeza hacia abajo y la retiene varios segundos tocándose el pecho con su barbilla, oculta en una espesa barba gris.

Strausser parece haber reservado todo su entusiasmo para resaltar la ejemplarizante labor en Salónica y en toda Turquía de su colega Meir. «Su buen hacer ha traspasado fronteras; es un hombre sabio; que el Señor le dé muchos años de vida», dice. La visita es protocolaria. Isaac Carasso desea agradecer a Strausser la acogida que le ha dispensado la comunidad askenazí cuando han acudido a los oficios religiosos, y también su mediación personal para que Hanna haya entrado al servicio de la familia. «La de Lausana es una comunidad judía joven, apenas nuestra andadura abarca medio siglo, y estoy seguro de que la llegada de una familia de la Jerusalén sefardí nos va a enriquecer a todos», dice el rabino. «Respecto a Hanna, solo os pido que la tratéis con el respeto que ella merece y al que estoy seguro que ella se hará acreedora por su buen hacer y generosidad». Hanna es viuda, búlgara; su marido murió en una de las guerras balcánicas. Congenia enseguida con Esther y con Estrella, a la que nunca pregunta. Tiene la impresión de que la anciana solo ve.

Unos días después, Strausser acude al hogar de los Carasso para acompañarlos en la celebración del sabbat. Será él quien bendiga el pan: al hacerlo, dirigirá su cabeza hacia el oriente, en prueba de respeto a las tradiciones de los judíos del *mizraj*, que así es como se conoce a los sefardíes en Centroeuropa. Isaac Carasso agradecerá el gesto del rabino. Esther, conmovida, acariciará con su mano la kipá de Danón, que no logrará entender tanto misterio.

Es también el rabino de Lausana quien propicia la entrada de Daniel Carasso Muzafia en la escuela pública de la ciudad. El dominio del francés facilita la integración de Danón en un colegio donde todo está sometido a un orden pulcramente simétrico. Entre sus compañeros llamará la atención que el recién llegado hable judeoespañol —*mizraj*, para el culto profesor laico, *monsieur* Conté—, turco, algo de búlgaro y de griego.

El primer día de clase, Conté hace una breve introducción sobre Salónica y su colonización cultural por miles de judíos sefardíes expulsados de España por los Reyes Católicos en 1492, y, ya refiriéndose a Daniel Carasso, dice que su familia ha hecho un largo viaje para poner a salvo sus vidas tras las crueles guerras balcánicas, «sobre las que os hablaré en otro momento».

La verdad es que a Danón apenas le costará hacerse a los nuevos hábitos, pues él también es meticuloso, organizado y responsable. Incluso su timidez le ayudará a encajar su actitud reflexiva en la forma de proceder de sus compañeros en grupo, y a desactivar frenos emocionales a la hora del recreo y de intervenir en batallas de bolas de nieve, lo que suelen hacer durante la media hora que sigue a la salida del colegio.

A Danón le divertirán esos juegos por lo que se contradicen con las normas generales de convivencia, pero, sobre todo, porque incluso hasta esas actividades liberadoras —catárticas, pensará muchos años después— responden a regulaciones preconcebidas por los propios alumnos, que son quienes ponen límites a las *cargas explosivas* de sus bolas de nieve y a sus gritos en la calle. Alguien, no importa quién, siempre habrá alguien, levantará el brazo, aun en pleno fragor de la batalla, para anunciar que se ha terminado el tiempo. Y, entonces, todos los jadeantes luchadores colgarán a los hombros sus carteras y enfilarán por separado el camino a sus casas. Es durante esos juegos cuando alguno de sus compañeros le revelará con entusiasmo el poderío militar de Suiza, lo que despertará en él dudas acerca del significado de la neutralidad de la que tanto le ha hablado su padre. «Suiza tiene un gran ejército», le dirá uno de esos días a su padre. «Cierto, hijo; por eso la respetan».

A Danón le gusta esa manera de proceder, aunque le hace gracia cuando la compara con las escapadas que hacía con su primo Mario Botton hasta lo más alto de las montañas de Salónica sin avisar a sus padres. Es el único judío en su clase, pero a los demás no les importa. A veces, le da la impresión de que es todo lo contrario, por la expresión afectuosa de sus ojos. Contrasta estos hechos con cuanto sucedía en la escuela de la Alianza de Salónica, cuando aparecía de buenas a primeras un colegial turco u ortodoxo, y todos reaccionaban con cautela, como si el nuevo fuera diferente del resto. En la escuela pública de Lausana, a poco más de doscientos metros de la calle Bourg, ni la religión, ni la raza, ni los países de origen de los alumnos constituían motivos de desconfianza. Al contrario, sí lo eran para un trato más cordial de lo habitual. Danón reforzará esos años los valores de la tolerancia y del respeto, que mantendrá hasta el final de sus días, y empezará a entender el significado de la individualidad, desde la cual el hombre puede ejercer un dominio absoluto sobre su cuerpo y su mente y, consecuentemente, de la independencia, pues solo siendo independiente puede vivir a sus anchas el genio oculto que habita en cada uno de los seres humanos. En consecuencia, otros valores serán solo relativamente importantes, según circunstancias y momentos. La solidaridad solo debe ser ejercida cuando sea imprescindible y se den las condiciones que lo permitan, pues los excesos de generosidad llevan a mecenas y filántropos a la ruina, de igual manera que la valentía, o la audacia, solo son exigibles ante la inevitable presencia de la muerte.

Traición

Acerca de su independencia le habló claro a su padre algunos años después, en Barcelona, recién llegado de Marsella. Él se disponía a librar en solitario la gran batalla por su futuro. En solitario. Sin ayuda de nadie. ¿Se equivocó? Su padre estuvo a todas horas detrás de él, escrutándolo, imaginando sus vuelos. El que los éxitos lo acompañaran no demuestra que obrara correctamente. ¿Fueron de verdad suyos esos éxitos? Siempre estuvo obsesionado por que había traicionado los principios de su padre.

«Traición», susurra entre sueños bajo el dosel de su dormitorio en Charcot. Traición a los sueños de su padre. Busca incesantemente la estatua que no existe bajo la almohada, como si arañara en el fondo de una mina. Aun siendo mucho más frágil que él, fue su padre el verdadero gigante, el dios de la sangre fluyente. Se martiriza: él se dejó influenciar por una corte de aduladores incapaces de entender el significado de la inmortalidad. Fue débil. Pronto descubrió el sesgo cobarde del dinero. Por el contrario, su padre se mantuvo firme hasta el último aliento que respiró en Billère, junto a Pau (¿por qué se retiró a Pau?): su *jaurt* era una fuente de vida, de inmunidad. Lo decía convencido, ufanándose de seguir al dictado las conclusiones del sabio Metchnikoff.

Él le respondía con una sonrisa irónica.

Respetuosamente, eso sí.

¡La inmunidad! Era mucho más seguro atender las recomendaciones mercantilistas de sus genios saltando gozosamente entre cofres de oro: añada frutas y mermeladas para endulzar la vida tan agria… ¿Por qué lo hizo? Probablemente porque tenían razón. Para hacer dinero había que azucarar el producto. Y así consumó la traición. Sí, su padre era un hombre tan venerable como el Orfeo de sus historias. Murió creyendo en la tierra de Tran.

2

Pasarán varias semanas antes de que Isaac Carasso se decida a dar el paso de visitar la Cámara de Comercio e Industria de Lausana, en el edificio del ayuntamiento, cerca de la plaza de San Francisco, para darse de alta como empresario. Lo hará una mañana ventosa de finales de enero de 1914, días después de que Chrisaphis le haya informado por carta de haber vendido a buen precio su nave-almacén y su oficina en el puerto de Salónica, de haberle anunciado una transferencia al Banco Pictet por el importe total de la operación y de comentarle que un banquero griego, recién nombrado para ocupar un puesto administrativo en la nueva prefectura de Salónica, estaba interesado en la compra de su casa de la calle Ancha. Buenas noticias. «Estamos negociando el precio; ya sabe usted lo delicadas que son estas cosas», le ha dicho su amigo Anastasios. «No ceda usted ni una lira», le contesta Carasso sin caer en la cuenta de que en la Salónica griega la moneda de uso corriente es el dracma. «¿Le han cambiado ya el nombre a la calle?», pregunta Carasso en una nueva misiva. «Aunque todavía no es oficial, se asegura que la llamarán avenida Venizelos». ¡El principal enemigo de los judíos!, se indigna Isaac nada más conocer la respuesta. A punto está de romper la carta.

Está al tanto de cuanto sucede en el mundo y en Lausana, especialmente de los asuntos que conciernen a sus amigos abandonados, con los que se cartea a menudo. La salud de Moisés Covo no mejora. Su hijo José maneja con buen pulso los negocios familiares. Se ha convertido en un influyente bróker, asegura Moisés. «Su intención es la de instalarse en París, pero desea, antes, hacerlo en Barcelona». Por lo demás, nada en Europa presagia la catástrofe que se avecina, y los periódicos que llegan a sus manos parecen haber enterrado para siempre los ecos de la guerra italo-turca y de las dos balcánicas. De manera que sigue reinando la golfería insensata de *La Belle Époque*, aun en pleno invierno, como si nada grave hubiera ocurrido, como si nada grave fuera a ocurrir. Así lo había proclamado el insensato *Evening Standard* de Londres en su primera edición de 1914: «Nunca hemos encarado un año tan feliz». Y el escritor Joseph Conrad, a quien se le pregunta en una entrevista: «¿Cree usted que habrá guerra?». «¡Nunca, nunca!», responde, tajante. Carasso no es de esa opinión, quizá porque tiene muy cerca los acontecimientos que le obligaron al destierro.

Y bien que siente no estar de acuerdo con su admirado Conrad, de quien acaba de leer *El agente secreto*.

La portada del diario *Hojas de Aviso*, de Lausana, el más antiguo de la ciudad, son de una asepsia total, tranquilizadora por tanto, el día en que acude a la ventanilla de la Cámara de

Comercio e Industria. El hombre que lo atiende, *monsieur* Millet, joven atildado que alisa su cabellera con brillantina, es la imagen de la servidumbre más generosa cuando le tiende la mano y le ofrece entrar en su despacho. ¿Tendrá pinta de judío rico y quiere sacarle dinero?, pensará Carasso maliciosamente, desconfiado. Hay que llevar cuidado con las intenciones ocultas de los suizos, pues la regularidad con la que funcionan las cosas en el exterior nada tiene que ver con las mentes enrevesadas de quienes las gobiernan. No acierta a saber por qué, de un tiempo acá, se le ha enquistado ese pensamiento, y la verdad es que no tiene motivo para ello, pero por algo es, quizá porque su casero le ha subido el precio del alquiler a los dos meses de llegar, lo cual es inaudito; por una subida de los impuestos que gravan los bienes inmuebles, arguye; o porque el director del Banco Pictet, Oscar Lander, que pasa por ser su amigo, le ha cobrado una cantidad excesiva por la transferencia que le ha hecho Anastasios Chrisaphis desde Salónica. «Un judío en Lausana es pieza apetecible en la medida en que su condición lo expone a la explotación», se dice en sus adentros, convencido. Empieza a mostrarse desconfiado. Hablará con el rabino para que le explique algunos asuntos que no logra entender. Cuando el señor Millet ha leído en el impreso que el sefardí acaba de rellenar la descripción de la ocupación que desea ejercer, se le han abierto los ojos.

—¿Tan extraño le parece? —pregunta con un gesto Isaac Carasso.

Millet lee en voz alta, sin pestañear:

—Fabricar leche para niños y tratar enfermedades. —Y reacciona—: ¡Encomiable, *monsieur*! ¿Podría ser algo más explícito acerca de esa clase de leche, *monsieur* Carasso; se trata de una medicina? —pregunta el funcionario.

—No querrá usted que le descubra el secreto, *monsieur* Millet —responde Carasso, que añade a continuación—: Digamos que se trata de un producto terapéutico, *monsieur* Millet.

La respuesta resulta intrigante. Bien pensado, Carasso podría haber escrito un enunciado diferente, más ambiguo, menos llamativo, pero la descripción se ajusta a lo que realmente pretende fabricar. Un producto lácteo, su *jaurt*, ajustado a unas condiciones de elaboración propia que mitiga los efectos de las diarreas y de otras enfermedades. Habría podido precisar que también es paliativo de la disentería, pero cree que esta enfermedad está erradicada en Suiza. En cualquier caso, el tratamiento de la disentería podría incluirse en el epígrafe de *otras enfermedades.* Le preocupan, sobre todo, las afecciones estomacales que padecen los niños, quizá porque todavía recuerda los efectos que causó en Salónica la epidemia encubierta de diarrea. El término «leche» es lo suficientemente amplio como para resultar ambiguo, que es lo que, en el fondo, él pretende, en el sentido de que pocos puedan imaginar que se trata de un producto equiparable a los yogures que ya se consumen en algunos países de Centroeuropa y cuya publicidad ha empezado a ver en revistas y periódicos. Lo que él se dispone a fabricar es diferente. No, no se atreve a decir que es *superior*.

A propósito de esa publicidad, a todas luces engañosa, le preocupa la insidiosa utilización que se ha hecho de un comentario vertido por Ilya Metchnikoff con la mejor de sus intenciones respaldando la bondad del producto —un yogur búlgaro, a la sazón—, fabricado por un amigo de París de ascendencia armenia: «Lo he comido, lo he analizado, y me parece que contiene fermentos lácteos útiles para nuestro cuerpo», dijo el nobel, y así lo dejó escrito en una carta. En

mala hora lo hizo. A raíz de ese comentario, decenas de fabricantes de yogures utilizaron las palabras del sabio como reclamo publicitario para la venta de sus yogures. ¿Había estallado la primera guerra comercial del yogur? La indecencia de quienes instrumentalizan las palabras del científico ruso se pone de manifiesto en los vituperios contra el fabricante armenio que se ha valido de las opiniones del sabio y en los reproches al inocente despropósito de Metchnikoff. Todos sacan tajada en provecho propio: quienes respaldan la bondad de sus productos empleando las palabras del Premio Nobel y quienes censuran la osadía y falta de escrúpulos del fabricante y al tiempo menoscaban las cualidades de la *leche agria* que vende. La controversia indigna a Isaac Carasso, que escribe una carta al científico ucraniano:

Admirado señor Metchnikoff:

Al enterarme de la mezquina campaña urdida en su contra por quienes pretenden utilizar su buen nombre y reputación para su lucro personal, me dirijo a usted para mostrarle mi inalterable confianza en su dignidad como científico y en la bondad de su corazón.

Suyo afectísimo,

Isaac Carasso Nehama

La autorización de la Cámara le llega a Carasso unas semanas después. Supera sin inconvenientes varios controles sanitarios, entre ellos uno de la Asociación de Médicos de Lausana. Isaac Carasso evita en todo momento que los periódicos locales se hagan eco de los comentarios elogiosos de algunos de los galenos que han analizado el producto, que coinciden en reconocer que el *Lactobacillus bulgaricus* que lo fermenta posee cualidades terapéuticas «no suficientemente reconocidas en nuestros días, pese a haber sido investigadas extensamente hace años en el Instituto Pasteur de París». La verificación adquiere ciertos tintes patrióticos. Porque, aunque se reconoce por todos que fue el profesor Metchnikoff y sus trabajos en el Instituto Pasteur quienes dieron notoriedad al hallazgo del bacilo, los médicos de Lausana enfatizan el hecho de que el Eureka de su descubridor, Stamen Grigorov, lo pronunció en un laboratorio de Ginebra, a pocos kilómetros de Lausana, cuando trabajaba como ayudante del profesor suizo Mossol. Carasso ha jugado con alguna ventaja frente a los avezados y exigentes inspectores suizos. Unos días antes de la prueba a la que es sometido, había recibido en su domicilio de Floreal el dictamen favorable de un laboratorio de Graz, Austria, al que había enviado para ser analizadas varias muestras de sus fermentos lácticos. Es inevitable adelantar acontecimientos: repetirá esa experiencia cuando se instale en Barcelona y se decida, en 1919, a producir industrialmente el yogur en el barrio del Raval. Uno de los directores científicos de esos laboratorios es sobrino de David Moritz, socio de la empresa Schenker y amigo de su padre cuando este era delegado de la multinacional austriaca para Macedonia y Bulgaria. Con los médicos de Lausana de su lado y el dictamen asimismo favorable del laboratorio de Graz, Carasso se cree con fuerzas para iniciar la aventura que ha estado proyectando toda su vida. Lo hará desapasionadamente, atrincherado en la prudencia.

No quiere precipitarse. Es él mismo quien acota su actividad en el tiempo, quien le atribuye desde el principio un carácter provisional. Sabe que su destino final es Barcelona. Por ello es bueno experimentar, apuntalar conocimientos, corregir errores, saber si puede sacar adelante su proyecto utilizando sus escasos medios, y hasta dónde puede llegar, si precisa de personas que lo

ayuden, si está en condiciones de costear la infraestructura mínima que necesita para producir, si hay empresas en Lausana, o en Ginebra, que pueden proporcionarle lo que necesita. En las próximas semanas se pondrá manos a la obra. Primero, acondicionará la habitación del altillo en la casa para montar en él un pequeño laboratorio; ha diseñado un mueble aparador que un carpintero, de nombre Antón, de origen español, le fabricará en pocos días. Todo muy rudimentario. Piensa que, si las cosas le salen bien, tendrá que buscar una casa más grande —así haría feliz a Esterina, que a diario le muestra su disgusto por la de Floreal— que le permita disponer de espacio suficiente para sus actividades. También Antón construirá un par de neveras similares a las que ya tenía la casa, una de ellas más grande. Encargará a un ferretero la fabricación de recipientes de aluminio en los que verter las mezclas de leche y de fermentos, «ollas gigantescas», así las describirá ante su mujer. Se convertirá en un hombre minucioso. No dejará nada a la improvisación. Hasta dibujará las palas de madera, con ganchos a modo de guantes para dos dedos muy gruesos, que él mismo empleará para remover los líquidos hasta adquirir el grado de viscosidad adecuada; y buscará en laboratorios el tipo de probetas para las mediciones a efectuar según sus métodos y frecuencias de producción; y los termómetros que vigilen la temperatura medioambiental. «¡Ah! ¡Y qué más!», exclamará cada día antes de acostarse intentando reordenar su mente para saber lo que debe hacer al día siguiente. Encargará en una fábrica de vidrio de Ginebra los envases de cristal en los que distribuirá el producto final al que dará de alta en la oficina de marcas del cantón de Vaud. Lo tiene decidido: llamará a su yogur Maya Santé. De nuevo su incorregible querencia por las divinidades y los héroes invencibles. Las resonancias mitológicas de Maïa lo deslumbran. Madre de Hermes Trismegisto, el Gran Alquimista. Maïa, principio que explica la creación en la filosofía hindú. Todo enigmático: la creación, el crecimiento, la vejez, la seducción, el misterio ocultista. «¡La esencia de la vida en un frasco!». Pero no se atreverá a inventar historias sobre su nueva diosa para contárselas a Danón por la noche. Danón ha crecido. Es ya un jovencito que ha adquirido cierto prestigio en la escuela.

Maya Santé. Isaac Carasso deberá tener cierta precaución con el nombre. Se asemeja mucho al de un yogur introducido en el mercado desde hace poco más de un año, en la misma Lausana. Una familia de albaneses, apellidada Spassef, fabrica un producto, muy parecido al suyo, que se comercializa con éxito bajo el nombre de Mayakose. El jefe del clan se llama Traicos, aunque también responde al nombre de Caramfil, igual que su *cavas*. Qué casualidad, se dice Carasso en sus adentros mientras escucha la información que le facilita Petrus, el pariente de Vanyo, a quien localizó hace algún tiempo en Ginebra. Petrus es amable, corpulento, de aspecto embrutecido por una cicatriz que le cruza la frente de arriba abajo. Emplea cuando habla un tono apacible, de confesionario, incluso cuando narra su peripecia brutal: no atendió la orden de incorporarse a filas en el ejército búlgaro y tuvo que vérselas en su huida desesperada con sanguinarios cazadores de recompensa serbios y montenegrinos partidarios de la absorción por Serbia. Acompañado de su amante, Bilyana, de ascendencia albanesa, cruzó cordilleras y ríos hasta llegar a Trieste, desde donde llegó por tren hasta Como, Italia, y cruzó los Alpes hasta alcanzar Ginebra. Algo parecido, le contó a Isaac Carasso, le sucedió a la familia de Traicos Spassef, buena gente, amantes de su tierra, albaneses curtidos en la dureza de las montañas y con parientes en Macedonia occidental. Como Petrus, escaparon milagrosamente de las atrocidades serbias a las que fueron sometidos cientos de compatriotas al finalizar la Primera Guerra

Balcánica: Serbia apetecía la región kosovar de Albania como parte del botín de su lucha contra el Imperio otomano, pero Austria e Italia lo impidieron. El nacimiento, en 1912, de un país pobre, débil y títere en manos de las potencias, propició la sangrienta represión serbia. Cercados por soldados montenegrinos y serbios, Spassef y los suyos lograron llegar hasta Italia bordeando la costa oriental del Adriático. Se dirigían a París, pero, cansados por el largo viaje y maltratados por las penurias, decidieron quedarse en la pacífica Lausana, «que seguramente les pareció el paraíso, ¿no te parece?». «Seguro que sí», responde Isaac, dubitativo, con la idea en la cabeza de que alguien se le ha adelantado…

Los encuentros con Petrus se suceden con regularidad, en Lausana y en Ginebra. A veces escogen comunas a mitad de camino para verse: Nyon, Tannay. Utilizan en sus desplazamientos las pequeñas embarcaciones de cabotaje costero que prestan servicio en el lago Leman. Petrus es un hombre en el que confiar, sincero y honesto, soñador, como él, así que, al poco tiempo de conocerlo, Carasso decide incorporarlo a su proyecto. Tienen que planificar —es lo primero que hacen— un sistema de comercialización que distinga su yogur del de sus competidores, máxime cuando la publicidad del que fabrica Spassef destaca su carácter ancestral y su rigurosa composición extraída de «fermentos lácticos de origen búlgaro». «¿Búlgaro, dices?». Carasso no puede disimular un punto de escozor, casi de angustia, cuando hace la pregunta a su socio Petrus Antimov. Búlgaro, en efecto, responde el primo de Vanyo. Algunos estudiantes búlgaros residentes en Lausana, también refugiados políticos, han colaborado activamente en la elaboración de la fórmula magistral de Traicos Spassef. No, Isaac Carasso no está solo en su aventura. Ciertamente, y muy a su pesar, alguien se le ha adelantado.

Está a punto de acudir al domicilio de Traicos para informarse directamente y plantear a su competidor la posibilidad de fusionar sus empresas. No lo hace. Por el momento. Piensa que puede hacer el ridículo. Hace un año que Spassef vende su yogur en Suiza. ¿Qué puede ofrecerle Isaac Carasso a cambio? Tal vez más adelante…

Difícilmente un consumidor se atrevería a precisar la diferencia entre Mayakosse y Maya Santé, de modo que Isaac Carasso se cree en la obligación de demostrar que uno y otro, aun teniendo el mismo origen, son diferentes, y probablemente lo sean en su composición, aunque no pueda demostrarse. No se atreve a hacerlo. ¿Y si resulta que se trata del mismo producto? No, no puede ser. En cualquier caso, no le conviene entablar una batalla comercial. Una noche de insomnio encuentra la clave de la disparidad: utilizar la descripción del producto que se dispone a fabricar y que hizo a *monsieur* Millet en la cámara de comercio para definir *el* «componente activo de un yogur terapéutico», que nada tiene que ver —al menos sus competidores guardan silencio al respecto, o no se habían atrevido a decirlo— con los ya acreditados en el mercado suizo. Así pues, bajo el nombre, impreso en un pequeño envoltorio, de Maya Santé aparecerá, a modo de mensaje quintaesenciado, la explicación que determinará el concepto de un producto único, diferente, el suyo: «Yogur para niños. Tratamiento de enfermedades estomacales».

Es lo que siempre quiso hacer desde que el asombrado Metchnikoff constató que los búlgaros de la recóndita Tran vivían más años que la mayoría de los ancianos de otras regiones y países; desde que descubrió en la plaza de Beschinar a Vanyo e Ivelina vendiendo leche agria que curaba enfermedades; desde que él facilitó su fórmula al doctor Mizrahí para que paliase los

efectos del cólera en los niños de Salónica; desde que curó a Vanyo cuando, a punto de morir de hambre y de frío, paralizado por la disentería, se le apareció fantasmalmente una noche en su casa de la calle Ancha. «Yogur para niños». Quedaba bien. A eso debía dedicarse el resto de su vida.

Su elección le obliga a extremar precauciones ante las autoridades sanitarias. A orientar su estrategia de ventas hacia un público muy concreto. A granjearse la confianza de médicos, farmacéuticos y madres. Se entrevista con representantes de la Société Vadoise de medicina y de la industria químico-farmacéutica de Basilea. Un grupo de jóvenes farmacéuticos de Lausana, que sueñan con crear un centro al que denominan Instituto de Vitaminas, acogerá entusiásticamente la idea de vender en sus farmacias el yogur fabricado por Isaac Carasso, después de someter a prueba muestras envasadas en tarros de cristal y de verificar las excelencias expuestas por el empresario. Nunca pierde Carasso su prudente compostura. Escucha más que habla. Responde sin reservas a las preguntas que se le formulan. Cuenta con humildad sus experiencias de campo, sus relaciones profesionales en el hospital Clara Hirsch de Salónica, su amistad con el director Mizrahí; las entrevistas que ha mantenido con investigadores del Instituto Pasteur —los doctores Fouard, Cohendy, alumnos del insigne bacteriólogo— y con el mismísimo Ilya Metchnikoff, a quien tuvo el honor de conocer. «¿Lo conoció de veras?», pregunta alguien, admirativamente. A los farmacéuticos les agrada la sencillez de su trato, sus manifestaciones sin alardes, su comedida inquietud, la vitalidad de la que hace gala a la hora de defender principios y opiniones, su dominio del francés, su amplísima cultura… Emboba a los jóvenes profesionales suizos cuando manifiesta su admiración por Maimónides y su tratado sobre *Explicación de las alteraciones*. Todo lo cual emplea para adornar sus argumentos sobre las propiedades medicinales del *jaurt* y las acciones revitalizantes del *Lactobacillus bulgaricus* y el *Bacillus acidophilus*… Los farmacéuticos que se prestan a colaborar solo le pondrán una condición: disponer en sus establecimientos de una mínima instalación adecuada para preservar el Maya Santé durante al menos setenta y dos horas, el tiempo que mantiene sus efectos curativos, según cálculos del propio Carasso.

La condición que le imponen los farmacéuticos obliga a Isaac Carasso a aumentar sus inversiones en el proyecto y redoblar esfuerzos físicos para poner a punto el aparato logístico de la empresa. Para ello contará con el apoyo de Petrus, a quien ha seguido visitando en Ginebra. En uno de esos encuentros, Petrus le revela que Bilyana está embarazada. Los dos se entregan con denuedo al montaje de la infraestructura empresarial que exige la distribución de un producto con fecha de caducidad limitada a tres, cuatro días a lo sumo, y en condiciones especiales. En un radio de acción de treinta kilómetros contabilizan medio centenar de farmacias, dos hospitales y varias clínicas privadas. Tendrán que negociar directamente con sus titulares o responsables las condiciones de entrega del Maya Santé, puesto que las distribuidoras de fármacos no se atreven a hacerlo por lo inusual que resulta para ellas hacerse responsables de un producto tan efímero y extremadamente frágil para transportar. Carasso ha diseñado pequeñas cajas de cartón reforzado donde encaja los envases de cristal, pero solo puede emplearlas en farmacias a escasa distancia, a las que él y Petrus puedan acceder fácilmente. La red de tranvías favorece la distribución. Es a Petrus a quien se le ocurre la idea de disponer en alquiler de varios vehículos Ford T. Carasso debe aprender a conducir y a familiarizarse con su revolucionaria mecánica de combustión. Le obligan a hacerlo.

Petrus se hará con una camioneta *pickup* en la que podrá transportar hasta ocho grandes cajas de cartón. Para Danón constituirá una experiencia inolvidable la primera vez que su padre lo lleve a pasear a bordo de uno de esos modernos artefactos, con la capota plegada, cuya fabricación en serie resulta aparentemente más sencilla que la de producir leche fermentada y envasarla en pequeñas botellitas de cristal; es lo que le dice su padre. Otra de sus historias. De esa primera vez, planeando sobre el empedrado de las calles, sobrevolando sobre el traqueteante espacio, con las manos de su padre aferradas al volante, agitándose convulsamente, como las manos de los enfermos de Parkinson, surgirá la fascinación de Daniel Carasso Muzafia por los coches; la pasión, nunca disimulada, por conducir un buen coche, ni más ni menos; su obsesión, cuando descubra Nueva York, casi treinta años después, por adquirir, antes que nada, un Cadillac.

La multiplicación de esfuerzos, que en ocasiones hace pensar a farmacéuticos y médicos que Carasso y su socio Petrus poseen el don de la ubicuidad, se ve compensada, semanas después, con la incorporación de pequeñas neveras de madera, siguiendo el modelo de la que Carasso vio por primera vez en su casa de Floreal, que el empresario deja instaladas en los establecimientos de sus clientes más importantes y fieles. No es un gesto desprendido. Lo hace porque está convencido de la calidad del producto que vende y porque sabe que, más bien pronto que tarde, el propio farmacéutico, persuadido de su utilidad, será quien adquiera la neverita para preservar durante más tiempo los envases que le compra al empresario sefardí y así poder vender más unidades de Maya Santé.

Es en los primeros días de la primavera de 1914 cuando Esther encuentra, arrinconada en uno de los baúles aún no desembalados del todo, la estatua de madera de Orfeo que Vanyo, el gitano búlgaro, había regalado a su esposo. Se la entregará a su hijo una noche, en su habitación, a la que ha acudido para desearle *buenos suenyos*. El hallazgo sumirá a Danón en una agitación emocional de la que no podrá librarse durante días. Observa, recortada en la oscuridad, la silueta de Esther. Ha adelgazado mucho en los últimos meses. No cree en lo que dice su padre: que el clima de Lausana le sentará bien. «Tu madre necesita una atmósfera pura y limpia». No, no está convencido. Por un instante cree ver sus ojos cansados, la comisura de sus labios alargados por la fatiga, por lo que a él se le antoja es el castigo inmerecido de una ancianidad prematura. Esther se debilita por momentos, pero arrastra como puede la inexorable inercia de una enfermedad que le ha hinchado los pulmones y la ahoga. Ella permanece unos minutos, en silencio, sentada en el borde de la cama, y, sin mirar a Danón, rompe a llorar amargamente. Él esconde la estatuilla de Orfeo bajo la almohada y se abraza a su madre.

—¿Estás muy *malica*, verdad? —pregunta Danón.

—Me cuesta respirar, pero se me pasa pronto.

—Por qué lloras, entonces; ¿te duele?

Ella lo acaricia. No le puede contar lo que le han dicho los médicos a su padre. Lo que su padre le ha dicho a ella, dulcificando la gravedad de la enfermedad. Lo que ella imagina que los médicos piensan. Ella lo sabe: una pequeña nube, como de gas tóxico, se ha instalado en sus pulmones.

—No me duele; es como un pajarico que canta encerrado en su jaula y quiere volar, pero no puede. —Y mientras habla, se lleva la mano al pecho. Es en el lado izquierdo donde le duele cuando respira hondo. Deja de llorar cuando se suena—. Un día se escapará, y todo habrá terminado, ya verás.

Chillida

Lo vuelve a despertar el movimiento mecánico de los dedos arañando la sábana bajo la almohada. Y cuando recobra de nuevo la sensación de que está vivo, quiere averiguar el porqué de su inútil y estúpida búsqueda. Aquella noche, en Lausana, volvió a entregarle a su madre la estatuilla de Orfeo. «Así no la perderé». Esther se inclinó sobre su frente y le dio un beso. Daniel Carasso Muzafia reproduce en el centro de su frente el calor de los labios, el roce de las mejillas, aún húmedas. Permanece despierto durante varias horas. Escucha el pausado ronquido de Jacqueline en el sillón. Han apagado las luces. Desde el bulevar Charcot se cuela un resplandor. Aceite hirviendo. El silencio transforma en luz hasta el chirrido de los neumáticos sobre el asfalto: sube, atraviesa la ventana y enciende un candil, como el de los mineros cuando bajan al tajo. Y así es como asiste a la búsqueda de aquella estatuilla que ha estado buscando debajo de la almohada. Está en el fondo de la tierra. En un hoyo que él cavó bajo la escultura de Chillida en su finca Mas Olivet, en el Ampurdán gerundense. Una mañana de primavera. Eduardo, su amigo, recién regresado de San Sebastián, su querida Donostia, para dirigir el asentamiento de su último trabajo de hierro forjado, frente al porche de la gran casona, mirando al oriente, como rezan los cánones del Mizrá. El sol estaba en lo más alto. ¡Su padre se habría sentido orgulloso! El sombrero de Eduardo. Espera. Y él que entra en la casona y llama a la asistenta, Pili, para que le abra un baúl del sótano. Negro. Con cuerdas. Cantoneras plateadas en los extremos. Al poco, él reaparece con la estatuilla, que esgrime gozosamente en la mano. Su amigo Eduardo: «Déjame ver». Daniel lo observa, atento, a ver qué se le ocurre al genio al que tanto admira: «¡Esto es una joya tracia, Daniel!». ¿Es que Eduardo conoce el arte tracio?, se pregunta en sus adentros. Es un genio, ¿no? «¡Puro orfismo!», exclama Chillida, que parece oler la madera que observa. Y Nina, apoyada su delgada figura en una de las columnas del porche, aplaude con fervor, apretando los ojos. «Ella, tan bajita, menuda». Su ninfa. Sí, fue ese día, cuando la pequeña talla de madera de Orfeo quedó sepultada para siempre bajo la escultura a la que Eduardo Chillida había puesto nombre: *Los brazos de la nostalgia*. Fue Danón quien la arrojó a lo más hondo de la tierra antes de que aquellos brazos de hierro la aplastaran y sepultaran para siempre.

Con gesto grave y solemne, el artista vasco declama frente a su obra unos versos de Jorge Guillén, en quien se ha inspirado:

Soy, más, estoy. Respiro.
Lo profundo es el aire.
La realidad me inventa.
Soy su leyenda. ¡Salve!

Nina aplaude, entusiasmada. Daniel piensa por última vez en su Orfeo enterrado para siempre, ahora bajo los versos que recita su amigo.

3

Los negocios prosperan lentamente, a trancas y barrancas. El trabajo es duro, exigente, metódico. No hay resistencias hostiles y ello facilita las cosas. Los competidores no han dado señales de vida. Isaac Carasso está en lo suyo, junto a Petrus. Viajes de trayectos cortos a farmacias, hospitales, clínicas. Los dos Ford T no pueden alejarse más de treinta kilómetros. Es cuestión de organizarse mejor. Un día, tantas salidas. Desde primera hora de la mañana, al amanecer, hasta que anochece. A Carasso no le gusta conducir de noche. Trazan rutas sobre un mapa, todas en la orilla occidental del lago Leman, donde se localizan los puntos de entregas de mercancía. No se atreven a cruzar a la otra margen. El trayecto es corto, pero las localidades están más dispersas. A veces usan los paquebotes costeros, pero siempre en la margen de poniente del lago. Para las distancias cortas, los tranvías. Un pequeño anuncio en el *Conteur Vaudais* —un recuadro de cinco milímetros de altura por una columna, durante dos días— difunde la noticia de la venta directa del nuevo producto. Desde entonces, también los particulares pueden pasar por la calle Floreal a retirar los yogures elaborados por «una pareja de judíos sefardíes» —a Petrus lo tienen como tal, pero no le importa aclarar la verdad: «Tal vez lo sea», le dice un día a Isaac Carasso— que «venden en frascos de cristal parecidos a los de las boticas». «Un remedio que ataja las diarreas de los niños y remedia los problemas estomacales de los mayores», es lo que contestan los dependientes a las preguntas que les formulan los particulares, madres jóvenes, especialmente, y ancianos con mal color de cara. Cuando Isaac no está en casa, atiende Hanna, que se ha hecho imprescindible en la familia. Esther debe cuidarse. Bastante trabajo tiene con atender a las niñas, especialmente a Juana, tan delicada de salud como cuando nació.

Meses después, la mente inquieta de Isaac alumbra un nuevo eslogan publicitario que se difunde de boca en boca rápidamente, por lo atractivo que resulta en una sociedad que dispensa al consumo de productos lácteos una atención básica para su dieta alimenticia y el control de la salud: *«Yogourt véritable souverain pour l'estomac, les intestins et les poumons»*. Se ajusta a su guion mental. Así es como refuerza su obsesión por definir las cualidades medicinales del yogur. Qué lejos está de imaginar que sobre esa descripción se asentarán los éxitos futuros. Barcelona. París. No, no llegará a endulzarse con el de Nueva York.

Pese a los sueños, tiene los pies más amarrados que nunca a la tierra. Logra, incluso, dibujar en escorzo la cara mofletuda y risueña de un niño. Para que aparezca en los adhesivos de los envases junto al nombre de Maya Santé. Pero duda de si utilizarlo en Lausana o si aguardar a hacerlo para cuando se instale en Barcelona, que es lo que desea hacer, es su destino, inexorablemente. «¿Qué te parece, Petrus?». Demasiado infantil. El búlgaro lo mira y sonríe,

escéptico. ¡Ah!, eso es justo lo que pretende el sefardí. Llegar directamente al corazón de las madres preocupadas por la salud de sus pequeños. Aguardará.

Aunque Barcelona no está tan lejos. Le parece una locura iniciar un nuevo viaje. Quizá tendría que haberlo hecho ya, habida cuenta de la desfavorable evolución de la enfermedad de Esther, pero cree, precisamente por esa circunstancia, que debe aplazarlo. Unos meses. Un año, tal vez. Hasta que ella recobre las fuerzas. En realidad, unos días antes de expirar la primavera se desplaza por tren a Barcelona para conocer la ciudad y explorar las posibilidades que le ofrece. Le sobrecoge el espíritu abierto de la capital catalana, el moderno trazado de sus anchas avenidas y el intenso tráfico de buques en su gran puerto. Esa primera visita le satisface hasta el punto de que empieza a hacer planes que le conducen a averiguar que en Barcelona existe una comunidad judía sefardí que se ha visto nutrida en los últimos años, como consecuencia de las guerras balcánicas, por judíos procedentes del Medio Oriente, principalmente de Turquía, Grecia y Bulgaria. La próxima vez que se desplace a Barcelona se entrevistará con el rabino de la ciudad. Aún lo hará una vez más. Desconoce que la comunidad judía de Barcelona está en embrión y carece de rabino.

Antes, se sucederán otros acontecimientos que van a alterar el orden de las cosas, también de las ideas y de los sentimientos: el 10 de junio de 1914, Bilyana da a luz a un niño al que Petrus decide poner el nombre de Isaac, «en honor a su mentor y amigo». Lo bautizarán diecisiete días después en la catedral gótica de Nuestra Señora de Lausana y su padrino será, cómo no, la «persona que le ha prestado su nombre», en expresión de Petrus. A la ceremonia asiste toda la familia Carasso. Es uno de los días más inolvidables de Isaac, de los más felices de los últimos años: es la primera vez en su vida que asiste a un oficio religioso católico, y también por primera vez conduce el Ford T alquilado por la empresa —está a punto de ponerlo a su nombre; lo condiciona a si el propietario de la empresa que los alquile, *monsieur* Mouer, rebaje el precio; pero desistirá de hacerlo cuando sepa que su admirado empresario Henry Ford es un confeso antisemita— con su mujer y sus tres hijos a bordo. Los dejará a escasos metros del pórtico de la catedral. Ha dado instrucciones a Danón para que no se separe de su madre ni un instante, mientras él aparca el vehículo en la plaza San Francisco. Ya de regreso, junto a las escalinatas, se le acerca un hombre con la cabeza rapada como un melón y los ojos negros bañados en lágrimas. A Isaac le da un vuelco el corazón cuando se funde en un abrazo con Vanyo Ivanov.

Será después de la ceremonia cuando el viejo amigo le cuenta una triste historia: nada más regresar a su país, y tras hacer frente a los tristes sucesos en los que se vio envuelta su esposa Ivelina, fue hecho prisionero, juzgado por desertor y encarcelado. Afortunadamente, la ejecución de la pena —fusilamiento— se retrasó más de la cuenta por razones que nunca logró averiguar. «La oculta misericordia que protege a los humildes», dijo. Lo cierto es que la derrota de su país en 1913 frente a sus antiguos aliados en la Primera Guerra Balcánica cambió el sesgo de los acontecimientos. Un abogado amigo de Abraham Benarroya consiguió que su causa fuera revisada por el mismo tribunal que lo había condenado a muerte. Un par de soldados pertenecientes al batallón en el que Vanyo había luchado contra los turcos en el frente de Çatalca, testificaron a su favor: «Me dieron por muerto, cavaron mi fosa para enterrarme; creyeron que mi cuerpo era el de uno de los muertos que se pudrían en medio del barrizal». Esta

vez los jueces creyeron la versión de Vanyo: anduvo, errante, varios días, creyéndose a punto de morir, sin encontrar rastro alguno del ejército al que pertenecía, hasta dar con la casa de un amigo a quien había conocido en Salónica… El abogado, León Melgar, sefardí, del *kal* de *Kastiya*, aportó la prueba de su palabra: «Yo conozco a ese hombre —dijo—, y sé que es cierto cuanto dice mi defendido. Ese hombre del que habla se llama Isaac Carasso y es un miembro muy respetado en la comunidad Talmud Torá de Salónica. Acogió a Vanyo Ivanov en su casa y le salvó la vida».

Vanyo habla con los ojos bañados en lágrimas. Se sienta en las escalinatas de la catedral, Isaac Carasso junto a él. Los invitados aguardan en el rellano. Observan a los dos hombres y hablan entre sí. Danón toma del brazo a su madre y la conduce al interior del coche. «Descansa, madre. ¿Qué le pasa a padre?», pregunta mirando a la pareja, el brazo de Isaac sobre la espalda de Vanyo. «Ese hombre debe haber sufrido mucho, hijo», contesta Esther, que esa mañana se encuentra radiante; ha estrenado un traje de chaqueta con falda negra plisada y un sombrero muy discreto, achatado, con redecilla que solo le cubre la frente. También, una prenda interior que se vende desde hace pocas semanas en lencerías selectas a la que llaman *brassier*. Dicen que lo ha inventado una americana y que está destinada a sustituir al corsé, lo que, en su caso, equivale a decir que podrá respirar mejor. En realidad, respira, inspira, mejor que nunca esa mañana hermosa del recién estrenado verano. Hace tiempo que no se siente tan cómoda, tan feliz, pero no se atreve a revelar a su hijo las razones de su bienestar.

Al día siguiente del bautizo de Isaac Antonov, un joven larguirucho y flaco, un adolescente que acaba de cumplir dieciséis años, Gavrilo Princip, aprieta dos veces el gatillo de su pistola en una calle de Sarajevo, junto al río Milijacka, y hiere de muerte al archiduque Francisco Fernando, heredero del Imperio austrohúngaro, y a su mujer, Sofía Chotek. El primer disparo atraviesa la garganta del archiduque después de cortarle la yugular. El segundo, revienta el estómago de su esposa. Ambos son trasladados al hospital de la capital de Bosnia, bajo administración de Austria, y mueren a los pocos minutos de ingresar.

Cuando Isaac Carasso descubre las portadas de los periódicos locales, lo primero que le viene a la cabeza es la aparición del cometa Halley, las fatales premoniciones de los poetas de Salónica. Se entera de cuanto ha ocurrido en Ginebra, cuando se disponía a recoger en su coche a Petrus y Vanyo. Los corros que la gente forma en la calle, los aspavientos de algunos hombres, las exclamaciones contenidas de las mujeres llevándose las manos a la boca, le obligan a entrar en una librería de la calle Voltaire, y allí, sobre el mostrador donde se exhibe la prensa, rodeado de desconcertados curiosos, lee la portada del *Bonische Post* de Sarajevo, el rotativo de mayor circulación de Bosnia: *«Die Attentate»*. Los caracteres tipográficos son escandalosos. Nunca los había visto tan desmesurados; ocupan casi la mitad de la portada. El periódico local, *La Tribune de Ginebra*, también destaca en primera plana el asesinato de los fututos monarcas austriacos. Empieza a leer con ansiedad. Los partes informativos, las crónicas de corresponsales y agencias se limitan a reflejar los hechos, sin entrar en demasiados detalles. La información, tan escueta, como escrita a golpes de telégrafo, provoca en Isaac Carasso la impresión de que quienes redactaron las informaciones deseaban evitar a toda costa transmitir a los lectores su propia consternación. Sin embargo, atando cabos de lo que dicen por separado los distintos rotativos,

incluido el *Neues Wiener Journal*, logra hacerse una idea que se supone bastante aproximada de cuanto ha pasado en la capital bosnia el día anterior. No hace falta disimular demasiado: los rostros de quienes se agolpan en la librería emiten el mensaje inequívoco de que Europa se asoma al precipicio de una gran conflagración.

Ciertamente, nadie se explica lo sucedido, entre otras razones porque, tal como señala alguno de los periódicos a la vista, al menos el magnicidio podría haberse evitado. Las crónicas relatan que el archiduque y su esposa llegaron poco antes de las diez de la mañana de ese 28 de junio a la estación de Sarajevo y que fueron recibidos por el gobernador Potiorek en medio del entusiasmo de la multitud que se agrupa en los accesos a la estación y en las calles del recorrido hasta el ayuntamiento, donde tendría lugar la recepción oficial. Se tendieron alfombras rojas sobre los andenes, se colgaron banderas en farolas y balcones. Poco después, la comitiva de seis coches se puso en marcha. Se habían dispuesto grandes medidas de seguridad. Una célula de seguridad especial había sido constituida ex profeso para ese día. Poco después de bajar por la calle Franz Josef en dirección al río, el conductor, Leopold Lojka, del coche en el que se desplazan Francisco Fernando y Sofía se apercibe de la sospechosa irrupción en la calle de un joven que lanza al aire una granada. Antes de que esta explosione, pues rebota en uno de los automóviles que preceden al del heredero, Leopold hace una arriesgada maniobra y logra situar al vehículo que conduce, el más lujoso modelo de la marca Gräf Stiff, descapotable, fuera del alcance de las llamas que provoca la explosión. Veinte heridos son trasladados al hospital. A toda velocidad, los cinco coches indemnes se dirigen al ayuntamiento. Durante la recepción, el archiduque, visiblemente enojado y muy nervioso, increpa al alcalde de la ciudad. Incluso lo interrumpe una vez durante su discurso. Solo su esposa, Sofía, parece capaz de calmarle. Al terminar la recepción, los servicios de seguridad sugieren dar por concluida la visita. Y así se decide. Pero el heredero y su esposa desean, antes de ausentarse, girar una visita a los heridos que se están atendiendo en el hospital. En un despacho aislado, varios jefes de seguridad, entre ellos el responsable de los servicios especiales para ese día, organizan una ruta con una fuerte presencia policial. La comitiva se pone en marcha, pero al jefe de los servicios de seguridad especial se le olvida informar de todos los detalles de la ruta trazada al chófer del archiduque. Llega un momento en que Leopold Lojka se percata de que conduce el regio vehículo por una calle desierta y sin vigilancia. Aún impactado por el atentado que logró evitar, y temeroso de que pueda repetirse, da marcha atrás precipitadamente en la calle Locke, en dirección al puente Latino, sobre el río Miljacka, con tan mala fortuna que, justo en ese instante, el joven Gavrilo Princip abre impetuosamente la puerta del café en el que ha pasado la última hora martirizándose por la fatalidad del frustrado atentado, devanándose los sesos sobre cómo escabullirse de los controles militares, y se encuentra, de súbito, a cuatro metros escasos, frente al automóvil en el que viajan Francisco Fernando y Sofía, distraídos sus rostros por la audaz maniobra de Leopold Lojka, de modo que, sin pensarlo dos veces, saca de la chaqueta su pistola, FN modelo 1910 de nueve milímetros, y su mano temblorosa aprieta dos veces el gatillo…

El 24 de julio, el periódico *Neues Wiener Journal* anuncia la enérgica decisión del gobierno austriaco: *«Das Ultimatum an Serbien»*. Austria acusa a su vecina de perpetrar el magnicidio y de amparar las acciones terroristas de la organización Mano Negra y de la Joven Bosnia, a la que

pertenece Gavrilo Princip. Cuatro días después, el ejército austrohúngaro inicia la invasión de Serbia. Rusia no lo permite. Un pulgar invisible y perverso empujará la pieza de dominó que arrastrará, atropelladamente, al resto de las fichas en el tablero.

Dos semanas después, el Consejo Federal suizo decreta la movilización de reservistas de entre veinte y cuarenta años. Cien mil soldados se despliegan en unos días a lo largo de las fronteras con Francia y Alemania. Gobierno y ciudadanos desconfían de que los países vecinos respeten su neutralidad. También Bélgica y Luxemburgo eran neutrales y sus territorios han sido invadidos por los alemanes. Batallones de jóvenes soldados suizos recorrerán de madrugada las silenciosas calles de Lausana en dirección a la frontera del cantón de Vaud con Francia. Asomado a la ventana de su habitación, Danón los verá desfilar marcialmente antes de que el despertador anuncie la hora de levantarse para ir al colegio.

No, finalmente los cien mil soldados suizos desplegados a lo largo de la frontera no dispararán ni un solo tiro. Pese a los rumores de invasión, las fronteras suizas son respetadas por los países beligerantes. Pero Isaac Carasso se siente atrapado. Le hierve en la sangre el mismo padecimiento que cuando se sentía cercado en Salónica por el odio de los vencedores y la miseria física y moral en la que se ahogaba la comunidad judía. Vuelve a preguntarse: ¿Por qué a nosotros, los judíos? ¿Por qué a mi familia? Acaba de cumplir los cuarenta. Cree que su vida ha sido tan intensa en los últimos años que compendia en sí misma el ciclo de la historia de la humanidad. Que todos los hombres sufren en la medida en que él sufre. Pero ¿sienten los otros hombres la frustración de que no hay paz para él ni siquiera cuando reina la paz para algunos, que en el camino hacia el exilio infinito, del que están exentos tantos, no hay un lugar en el que descansar, ni un momento para creer en la esperanza? Lo agobia el pesimismo. Los tiempos pasados han impregnado de angustia el presente. Él, tan preocupado por la vida, se encara a diario al horror de la guerra que lo persigue. ¿Por qué esa maldición no cesa de golpearle? Recuerda la angustia de los refugiados en la estación de Salónica. Y la de aquel especie de cadáver, escapado del cementerio de Çatalca, al que atendió y curó en el desván de su casa. Su amigo Vanyo, hijo de Orfeo, creadores de inmunidad… Mientras hace estas reflexiones, atenaza con furia el volante de su Ford, y su amigo Vanyo, junto a él, lo observa como un cura ante un pecador arrepentido.

—En qué piensas —pregunta el búlgaro.

—En la muerte —responde Isaac Carasso—. En la guerra. En ti. En nosotros. ¿Tú sabes por qué huimos? ¿No habría sido mejor permanecer en un sitio esperándola? Cuanto antes. Estamos predestinados, ¿no? Por qué esta maldición de huir para esperar, de esperar para huir…

—No te entiendo, amigo Isaac —responde Vanyo Ivanov, mirándolo con fijeza—. Tú estás entre los más favorecidos. Tienes una familia. Un negocio próspero. Dinero en el banco. ¿Quejarte tú? Eres afortunado. Piensa en la felicidad que yo he perdido para siempre. En mi país, el odio que sienten hacia él sus enemigos, todos sus vecinos, se ha enquistado en sus propias gentes. Es como si mis ovejas, a las que he entregado la vida, se revolvieran contra mí, me derribaran, me pisotearan y comieran mis vísceras. Piensa en mi mujer, que está medio loca, tras su desgracia, y no hay hospitales que la atiendan, y se ha refugiado en la casa de su hermana Yulia, en Sofía. Me despedí de ella antes de partir. No me reconoció. Y piensa en mí, que huyo

de su pena y de su locura para no volverme loco, porque nada puedo hacer para salvarla, ni para salvarme, y he llegado hasta aquí en busca del único amigo que tengo en el mundo. ¿Qué será de mí si el horror se encarna en ti y no te deja vivir?

Hay un largo silencio. Se dirigen a la comuna de Renens, cerca de Lausana. Carasso detiene su vehículo en un arcén de la carretera, con el motor al ralentí. Inclina su cabeza sobre el volante. Cierra los ojos. Vanyo cree que está llorando.

—Suiza es un país seguro —intenta tranquilizarlo.

—A veces, por la noche, creo que escucho los obuses que se disparan en el frente —responde Isaac—. Y cuando Esther, junto a mí en la cama, me dice que se ahoga, pienso que hasta aquí llegan las nubes de gas mostaza… Lo siento, amigo mío.

—Un día me preguntaste por *el secreto* —dice Vanyo.

Isaac Carasso se incorpora. Introduce la primera marcha. El Ford arranca lentamente.

—El secreto del bacilo que anida en los fluidos de las ovejas y transforma la leche…

—Te dije que el secreto está en la naturaleza.

—Cierto.

—No te descubrí toda la verdad. El verdadero secreto está en las hierbas que comen mis ovejas. En los pastos únicos de mi país. Dios ha dotado a Bulgaria de una prodigiosa naturaleza. El ciclo de la vida que ilumina sus campos y montañas está regido por las leyes de Orfeo, de la interminable sangre que corre por sus venas y riega nuestras tierras.

—De pequeño, le contaba a mi hijo esa leyenda.

—No es una leyenda. Es la verdad de la vida.

Los obuses de la guerra no cruzan la frontera. Algunos ciudadanos suizos escalan las cumbres alpinas próximas a Francia y azuzan el oído para escuchar la diabólica sinfonía que se ejecuta al otro lado. Los periódicos suizos alertan: «El ejército francés conquista Mulhouse». Cuatro días después, vuelven a alertar: «El ejército alemán reconquista Mulhouse». ¡Pero si esa ciudad está a unos cuarenta kilómetros de la frontera suiza! Con razón resonaban la noche anterior los zambombazos de los inmensos cañones Krupp…

—¿Oyes algo, Esterina? —pregunta Isaac, de madrugada.

—Sí, algo retumba en mi corazón —contesta Esther.

—Están muy lejos.

—Cuándo acabará esta pesadilla.

—Estamos a salvo, mujer.

Ella suspira y se da la vuelta.

Mientras tanto, los negocios de Isaac Carasso siguen prosperando. Por fin, encuentra una casa que agrada a Esther. Está en la calle Bourg, en el mismo corazón de Lausana, muy cerca de la plaza San Francisco. Se han instalado con todas las comodidades. Desde Bourg se acaban de tender calles perpendiculares para acceder fácilmente al lago Lemán. El centro de Lausana, al menos en su zona baja, ha dejado de estar aislado del pulmón del lago y de los bosques que se alzan junto a las orillas. Esther sigue respirando con fatiga. El abrir ventanas para respirar hondo,

incluso en el crudo invierno, se hace en ella una obsesión febril. Durante el buen tiempo, casi todas las mañanas Esther y Hanna cruzan por el puente Bessieres hasta el lago y se acercan, caminando lentamente, al castillo medieval de Ouchy, cuyas afiladas torres medievales fascinan a las pequeñas, especialmente a Flor, que, a diferencia de Danón, sí cree en las historias fantásticas que su padre contaba a su hermano de pequeño y que ahora le cuenta a ella, con la pequeña Juana durmiendo en la cama de al lado. Esther descansa en un banco, con un pañuelo blanco en la mano que, a veces, cuando tose y se lo lleva a la boca, se mancha de sangre. Hanna observa su cara asustada, y cómo se esmera, disimuladamente, atenta a los movimientos de las niñas en el césped del parque, en doblar el pañuelo hasta reducirlo a su mínima expresión; se azoga al no poder evitar que el color rojo siga empañando los dobladillos de la prenda. No le ha dicho nada a su marido.

Isaac Carasso decide un día entrevistarse con su competidor Spassef, con el que enseguida hace buenas migas. Todavía es pronto para pensar en una fusión de las empresas. Ninguno de los dos quiere ceder el privilegio de sentirse único amo y señor de la suya, pero saben que algún día no tendrán más remedio que hacerlo. Por separado, los dos son pequeños, insignificantes en un mercado que se ensancha a pesar de la guerra. Juntos pueden ser grandes. Empiezan por reconocer que Mayakosse y Maya Santé tienen muchas cosas en común, empezando por el nombre, lo que puede confundir a los consumidores. Traicos Spassef es algo más joven que Isaac Carasso, pero en su rostro se reflejan las huellas de los angustiosos trances por los que ha pasado en los últimos años. Intiman. Se cuentan sus peripecias. Parecen dos truhanes mirándose a los ojos intentando descubrir sus ocultos pensamientos. No es de extrañar verlos sentados en una terraza ante enormes jarras de cerveza. Traicos tiene una familia numerosa. Admira al pueblo judío. Le ha llegado a decir a Isaac: «El día que me asocie con un judío, mis envases llevarán inscrita la estrella de David junto al resto de las banderas». Carasso se ríe. «¿Lo harías por mí?». «¿Y por qué no?». En las etiquetas de los envases de Mayakosse se reproducen las banderas de Albania, Turquía, Grecia y Bulgaria. A Carasso le hace gracia. «Al menos tu yogur ha hecho posible la paz entre naciones enemigas».

Si no se ha unido ya a Spassef es porque sigue obsesionado con Barcelona. El último viaje que ha hecho a la capital de Cataluña lo ha dejado aún más impresionado. No es solo por Barcelona. Es evidente que la ciudad se ha convertido en la capital económica del país, pero es la sorprendente pujanza económica de España lo que más le llama la atención. Ese renacido vigor se refleja esplendorosamente en Barcelona, lo cual significa para Isaac Carasso que el país al que desea regresar le ofrece expectativas hasta ahora inimaginables, todo lo cual quizá permita cambiar de opinión a sus amigos Covo y Botton, llega a pensar, y no le falta razón. José Covo y Mario Botton le han hecho saber por carta que estudian algunas opciones de negocios para instalarse en Barcelona.

En el transcurso de ese viaje, Isaac Carasso es informado de las gestiones que algunos judíos recién llegados a Barcelona están llevando a cabo para constituir una comunidad. Logra entrevistarse con los hermanos Metzger, Edmundo y José, de origen suizo, askenazíes, que tienen un próspero negocio de compraventa de maquinaria. Todos los días, le dicen, llegan judíos procedentes de la mayoría de los países en guerra, askenazíes centroeuropeos, y sefardíes de

Turquía, de Grecia, Rumanía, Bulgaria, Hungría… Muchos de ellos llegan en condiciones lamentables. Sin dinero, con lo puesto. Han cruzado los Pirineos andando. Viven de la caridad de los hermanos.

—Cuando les abrimos las puertas de nuestra casa, parecen cadáveres vivientes —dice Edmundo, el mayor de los hermanos.

—¿Por qué Barcelona? —pregunta Isaac.

—Se ha corrido la voz. Es una ciudad abierta. Los españoles siguen teniendo muchos prejuicios sobre los de nuestra raza, pero son solidarios y nos ayudan en lo que pueden. Además, el idioma, en el caso de los sefardíes, les ayuda a integrarse con más facilidad. Y después, está la nostalgia…

—¿La nostalgia?

—Resulta increíble, ¿verdad? Sefarad sigue alimentando en nosotros el mito de la tierra soñada…

El motivo de la *espectacular transformación* que ha experimentado España reside en su neutralidad, que la ha convertido de la noche a la mañana en uno de los principales abastecedores de los insaciables países en guerra. Le resulta inconcebible que España equipe con motores Hispano Suiza fabricados en Barcelona a más de la mitad de los aviones del ejército del aire francés. «¡Es cierto!», le cuenta por carta a Mauricio Botton, enaltecido. Parece que se ha hecho monárquico, él, un judío sefardita proscrito por los Reyes Católicos: «Ha sido el rey Alfonso XIII quien ha impulsado la creación de la empresa en la que se fabrican esos motores que han dejado boquiabiertos a los altos mandos del ejército francés», sigue escribiendo. Y una pistola española, la modelo Campo Giro, fabricada en Oviedo, es el arma reglamentaria de cientos de miles de soldados galos que combaten en las trincheras de la batalla del Marne, y lo mismo ocurre con los fusiles Mauser. Ingentes cantidades de carbón, de productos químicos, de cereales, millones de botas, de uniformes militares, cruzarán cada día en trenes los Pirineos o llenarán a reventar las bodegas de cargueros españoles que surcarán el Mediterráneo o el Atlántico en dirección a puertos aliados. Muchos de ellos serán hundidos por submarinos alemanes. Algún político aliadófilo criticará la pasividad del gobierno ante «actos tan vandálicos» y se preguntará airadamente en la prensa cuándo España agotará su paciencia y entrará en guerra. Menos mal que no agota su paciencia. El invisible fantasma de la historia avisa: a los años de vacas gordas alimentadas por la insaciable voracidad de los bárbaros, sucederán años de vacas flacas desnutridas por el dislocamiento económico que causará la carestía de los alimentos básicos y el consecuente estallido político y social… Pero Isaac Carasso no puede ubicar a ese personaje que lo contempla desde hace tiempo y marca los compases de sus tormentos y venturas. A él solo se le permite observar —ahora con cierta complacencia, incluso con sorna, como demuestra cuando escribe a sus amigos— cuanto ocurre delante de sus narices: la grotesca evolución de la barbarie, que España alimenta desde la retaguardia de su neutralidad, le favorece. El único nubarrón que ennegrece su condición de hombre de negocios es el convencimiento de que el consumo de productos lácteos apenas tiene incidencia en los hábitos alimenticios de los españoles. ¿Y si convence a su amigo Spassef para abrir en España una franquicia de sus dos empresas unidas?

No llegará a tiempo de poder hacerlo. El agravamiento de la enfermedad de Esther, que es ingresada en el hospital de Lausana durante una semana, le obliga a cambiar sus planes. Reconoce que se ha equivocado. Lausana no es el lugar para que Esther se recupere. Un clima más cálido, más húmedo, más mediterráneo, seguro que le será más propicio. Todos los días lleva a sus hijos al hospital. Él mismo le da de comer. Un plato de sopa con fideos. Un trozo de pechuga de pollo que Isaac trocea mientras Danón lo observa abstraído desde el fondo de la habitación, como si deseara encontrar una explicación a cada movimiento de las manos de su padre llevando la cuchara hasta la boca semiabierta de su mujer. Juana, abrazada al cuello de Hanna, que mueve su cuerpo como el de una mecedora, hacia delante, hacia atrás, musitando una nana. Flor, sentada en una silla, balancea los pies en el aire. Solo se escucha en la habitación el bisbiseo de Hanna y el tintineo de la cuchara sobre el plato. Esther mejorará a los pocos días, pero el doctor Tomawski, miembro de la comunidad judía, ha sido esta vez categórico en su diagnóstico: la neumonía se ha generalizado y la enferma corre el riesgo de una infección por septicemia. Ese mismo día, tras regresar Esther a su casa de Bourg, Isaac Carasso toma la decisión de abandonar para siempre Lausana para instalarse definitivamente en Barcelona con su familia. Son los primeros días del otoño de 1916. Los parques junto al Lemán se cubren de hojas amarillas como lingotes de oro. En la otra orilla del lago, el cielo se ennegrece sobre las sombras de los árboles, y nubes de grajos sobrevuelan las cúpulas medievales del castillo de Ouchy.

Isaac no se atreve a comunicar su decisión a Petrus y Vanyo. Pero no tiene más remedio que hacerlo. Les deja la empresa. «Todo es vuestro, es lo menos que puedo hacer por vosotros», les dice, solemnemente. Petrus se ofrece a negociar la partición de la sociedad en igualdad de condiciones, pero el sefardí se niega en redondo. Entonces, Petrus le ruega que admita que la empresa Maya Santé lleve para siempre el sobrenombre de «Herederos de Isaac Carasso». El judío lo abraza. Está lejos, muy lejos de imaginar que Petrus logrará llegar a un acuerdo de colaboración con Traicos Spassef, y que la estrella de David que se estampará en los envases de yogur lo será en memoria de Isaac Carasso, «el inquieto judío errante».

El 1 de diciembre de 1916 la familia Carasso al completo, con Hanna, que se ha comprometido a hacerse cargo del cuidado de los niños durante el viaje y los meses siguientes en Barcelona, se dirige en varios coches a la *gare* de Lausana. «Papá, ¿será tan largo este viaje como el otro?», le preguntará Flor antes de subir al vagón. «Será mucho más corto, pequeña, y al final nos espera el mar». Es un atardecer rosado. Hasta la calle Bourg llegan las iridiscencias que repelen las cristaleras de la catedral de Nuestra Señora de Lausana. Cuando Isaac Carasso asome, por última vez, la cabeza por la ventanilla, llegará a tiempo de ver que tres personas se precipitan por el andén para ver partir el tren con destino a Lyon. Una de ellas, una mujer, que se adelanta unos metros a los dos hombres, lleva un niño en brazos.

El regreso

Un plato de porcelana fina de Sèvres. Sopa con fideos. La cuchara de plata en la mano de María, el ama de llaves. Ella y Jacqueline han incorporado sobre el cabezal de la cama el famélico cuerpo de Daniel Carasso Muzafia. Sus manos lo manejan como a un muñeco de trapo. No se queja.

—A ver, dame otro almohadón —ordena María a la enfermera.

«Así está mejor», dice con un gesto Jacqueline cuando ajusta las plumas del almohadón por detrás de la espalda del enfermo, que se deja hacer. De nuevo, la mano de María López ase la cuchara, remueve el fondo del caldo, se la lleva a la boca de Daniel Carasso, que la abre desmesuradamente, como si quisiera devorar a alguien, o como un niño que aprende a comer…

—Muy bien, *monsieur* —dice Jacqueline, risueña.

Daniel se acuerda en ese instante de la habitación del hospital de Lausana en la que su padre daba de comer a su madre, muy débil, que apenas abría la boca, no podía hacerlo, pero él sí lo hace pues desea experimentar: saber si ello le supone alguna fatiga; y la verdad es que sí, que apenas le quedan fuerzas en las mandíbulas, le duelen. Aunque engulle con cierta facilidad el untuoso líquido en el que se bañan los fideos que se deshacen en su boca.

El viaje a Barcelona será más corto, sí. Tenía razón su padre. Y más rápido el traslado de los baúles a la estación. En una pequeña furgoneta de mudanzas, precedida por dos taxis, como en un entierro. Cada uno agarrando su maleta con enseres personales. Su madre, la suya y la de Flor, pequeñita. Su padre, la de Juana. En realidad, recuerda el anciano, algunas de esas maletas mantenían en su interior prendas desde el viaje anterior… La suya, sin ir más lejos. Alguna corbata negra. Un pantalón. Un par de calcetines…

Pocos minutos después de que el tren arranque, su padre piensa en voz alta. Imagina estar escuchando el eco de los zambombazos del frente. Le horroriza aquella guerra, y no repara en que a los niños les horroriza mucho más. Menos mal que sus hermanas duermen. Ahora mismo, dijo su padre, un millón de franceses se enfrentan al futuro más incierto del hombre, el que antecede a la muerte. Se ajusta en su coronilla la kipá y empieza a rezar en silencio. Esther y él cierran los ojos a la vez. Danón había escuchado las explicaciones de su maestro sobre aquella terrible batalla que libraban franceses y alemanes en Verdún, en una ciudad plagada de pequeñas fortalezas que no estaba tan lejos de Lausana, tal vez a cien, doscientos kilómetros de distancia, calculó su maestro. Bravamente, los franceses, al mando del mariscal Petain, resisten a los *boches.* Su maestro renegaba de los alemanes. Entre sus compañeros habían *boches* y franceses, pero no se peleaban. La primera vez que despierta durante el viaje se asoma a la ventanilla, tal

como su padre, hundido en sus perplejidades, con la kipá tapándole la calva; da la impresión de no haberse movido en toda la noche. Mirando al infinito que no acierta a ver. Ahora es de día. Un luminoso día con pequeñas nubes azuladas. El convoy sigue el curso del Ródano, que desciende, avasalladoramente, hacia el sur. Nunca ha visto un río tan enorme. Se le antoja imposible cruzar a nado de una orilla a la otra. Su padre, sin dejar de mirar el paisaje, le dice, como si iniciara una de sus historias: «El agua es la vida; el Ródano es la vida de Francia». Tal vez piensa en la vida de su mujer, que está dejando de fluir. «Era yo quien lo pensaba», se dice mientras vuelve a abrir la boca ante la animosa mirada de María. Sí, el rostro de su madre parecía deshacerse por la luz reflectante del Ródano como una figura de cera ante el calor de una lámpara de aceite. La vida en el Ródano fluyente. La muerte, en la mirada empapada de ternura de su madre. «¿Mamá, estás bien?». El traqueteo del tren en su cabeza.

4

Esterina expira al instante de abrir los ojos, alumbrados por una candorosa mañana de primavera, junto a su esposo. Isaac ha estado pendiente de ella toda la noche, observándola como a un atardecer. En su casa, recién estrenada, del barrio barcelonés del Raval. Han dejado de sonar las últimas linotipias de *La Vanguardia*, en la calle Tallers, las que cierran la edición especial del periódico con las noticias más recientes del frente de Verdún y una entrevista a Hindenburg, el héroe alemán en busca de la gloria tras su victoria contra los rusos en Tannenberg… Él le cierra los ojos y se derrumba sobre la cama, colapsado por la pena.

Ha sido una agonía corta, dulce y melancólica. Nadie la ha llorado. Ni siquiera Hanna, a quien Isaac Carasso encomendó el día anterior el cuidado de las niñas. Cuanto más alejadas de su madre estén, mejor, le dijo. Solamente al final, cuando le cerró los ojos con las yemas de su índice, se atrevió a llamarlas. Antes de que se enfriara su piel y de que sus labios, que él había ya besado, saboreando el último y recóndito aliento de sus pulmones exhaustos, se dejaran untar por el pintalabios de hielo de la muerte: «La mamá se ha dormido, dadle un beso de despedida».

Hanna aupó a la pequeña Juana, y Flor, cogida de la mano de Isaac, se inclinó sobre el cuerpo de su madre y selló en sus labios un beso largo, meditado, tal vez apurando en ese instante todos los pensamientos que nunca le diría.

La consternación paraliza a Danón. Ha estado en vela toda la noche, sin decir palabra, junto a su padre, sentado en una silla junto a la pared. De vez en cuando se acerca al lecho para mirar a su madre cuando aún tiene los ojos clavados en la penumbra. Solo despiertan su interés el levísimo aleteo de la nariz y el movimiento apenas perceptible del pecho que se hincha y deshincha entre intervalos tan largos que le da tiempo a pensar: muere, resucita, muere, resucita… Y cuando, de regreso a su sitio, se inmoviliza de nuevo en la silla, recta la espalda, el tictac de ese péndulo se instala en su mente y le impide pensar en otra cosa. Ella moría y resucitaba. Resucita y muere. Hasta que, poco después del amanecer, sí, al poco de quedar en silencio aquellas máquinas tan extrañas de *La Vanguardia*, su cerebro se contrae abruptamente, en un estertor seco y brutal, y supo que su madre se había vaciado de luz. La luz que había sido de él antes que de nadie.

Isaac Carasso siempre tuvo la certeza de haber hecho por su mujer cuanto estaba de su mano. A veces, la angustia por su pérdida lo incita a exigencias que solo perseguían instalar en él un sentimiento de culpabilidad. Durante algún tiempo tiene que bregar contra esas sombras que lo acorralan a todas horas, mas, en su fuero interno, jamás se doblega ni al chantaje moral ni a la

autocompasión. Todo lo ha hecho por ella, inducido por el respeto a ella, por el amor a ella. Había compartido con Esther todos los miedos. Las maletas de sus miedos. Había abandonado por ella Salónica, la angustia que la oprimía en Salónica. Se había detenido en Lausana para que ella encontrara en el descanso en una ciudad limpia y saludable el aire regenerador que necesitaban sus pulmones. Sus viajes previos a Barcelona, sus encuentros con los hermanos Metzger, respondían al requerimiento de buscar para ella el lugar apropiado, en una ciudad abierta al mar y a la luz. La casa que había alquilado en el Carrer dels Àngels era cómoda y luminosa. Una casa grande, en el barrio del Raval, en el corazón mismo de Barcelona, construida a finales del siglo XIX, discreta y segura, y, lo más importante, lo que le indujo a elegirla: a dos pasos de la Real Academia de Medicina, donde se ubicaba la Universidad de Barcelona, adonde acudían los mejores médicos de Cataluña, y muy cerca del hospital de la Santa Creu. Lo estaban desalojando por aquellos días. Se construía uno más moderno. Pero había hablado con el director, el doctor Puigmaló, y este le había garantizado la asistencia médica que Esther necesitara.

En el claustro de la universidad se había entrevistado con su admirado doctor Ferrán, a quien sus colegas denominaban el Pasteur Español. A Carasso le complacía que lo llamaran así. Por esos días, Jaime Ferrán había iniciado sus investigaciones sobre una vacuna antialfa contra la tuberculosis. Fue él quien, después de visitar a Esterina, unas semanas antes de su muerte, diagnosticó la severidad de su estado clínico. La infección de septicemia la consumía.

Sí, hizo todo lo que tenía que hacer. Hacía un par de meses que dos mujeres, Marusha y Rebeca, de Zaragoza, habían entrado a servir en la casa. Había suplicado a Hanna que no regresara a Lausana. Esther la necesitaba. Y los niños: «Quédese, Hanna». Su situación económica era buena. Los negocios en Lausana le habían reportado algunos beneficios. Y la venta de la casa en la calle Ancha, cuyo importe le había podido transferir su amigo Chrisaphis.

A pesar de ello, a Isaac Carasso le siguió durante mucho tiempo taladrando la tortura de que no había hecho lo suficiente. Ferrán le había hablado de una clínica en Nueva York: «Es irreversible, amigo mío, y créame que lo siento. Nada se puede hacer». Habló con los hermanos Metzger, y con Alberto Alazraqui, otro judío, de origen polaco, que se autoproclamaba orgullosamente «vasco». Sus rostros conmovidos, sus besos en la mejilla, sus cabezas inclinadas al despedirse.

No derramó ni una sola lágrima por su mujer, ni siquiera cuando ayudó a la desconsolada Hanna a lavar su cuerpo frío. La desnudaron, con la ayuda de Marusha y Rebeca. Le pasaron por su blanca piel varias esponjas bañadas en agua con jabón, cuidando de no derramar ni una sola gota sobre la cama. Como quiera que los sollozos de las tres mujeres entorpecían la labor, fue él quien la acometió en silencio hasta el final. Siguiendo la tradición judía, envolvieron luego su cadáver con un sudario blanco. A él le habría gustado que el rabino de la comunidad se hubiera personado en casa para dirigir la ceremonia y leer la Torá. Cumplir con la ley del Señor para despedir a los muertos. Es costumbre judía enterrar a los muertos cuanto antes, para que el regreso a la tierra, de donde proceden, no se demore más de veinticuatro horas.

Pero no había rabino en Barcelona. No podía someterse a la *keriá*, al rasgado de sus vestiduras. Él lo recordaba de cuando su padre enterró a su abuelo al tiempo que pronunciaba aquellas palabras grabadas indeleblemente en su memoria: «Bendito seas tú, Señor, Nuestro Dios, Rey del Mundo, Juez Verdadero». Tampoco Isaac Carasso tenía amigos que lo

acompañaran durante la vigilia de Esterina, en la oscuridad de la habitación iluminada por un velón sobre la mesilla de noche. Un candelabro de siete brazos en la consola. Los siete focos repetidos en el espejo como un bosque en llamas. Ni familiares que pudieran compartir su dolor.

Hacía cuatro meses que habían llegado a Barcelona. Previendo el fatal desenlace, había acudido la noche anterior a casa de Edmundo Metzger. En la calle del Carmen, le dijo el suizo, había una funeraria, especializada en enterramientos judíos, que construía ataúdes de madera de pino viejo, acolchados en su interior y con agujeros en el tablero de la base, para que el cuerpo, al reposar en el interior de la caja, estuviera en contacto permanente «con la tierra de la que procedía» nada más ser depositado en la tumba. Al menos podía cumplir con ese precepto. También le dijo Metzger que intentaría que alguien ejerciera como encargado de culto durante el sepelio, ante la tumba.

Hanna no cede en sus lamentos: le había preparado a Esther un vestido negro rematado con discretas puntillas en el cuello, recién planchado por Marusha. ¿Y por qué no, señor? Isaac, impasible, se niega. También el sudario blanco resalta la palidez cerúlea de su rostro, la hermosa simetría de las facciones rebosantes de paz. La visten parsimoniosamente, entre suspiros de las mujeres. Ninguno de sus hijos está presente en ese momento. Isaac no lo permite. Tampoco a Danón, pese a su muestra de entereza, impropia de un niño de once años. Se siente orgulloso de su primogénito, pero no puede manifestarlo abiertamente. Se consuela viéndolo a él en apariencia tan entero, tan dentro de sí mismo. No es normal, llega a pensar, su comportamiento. Sigue sentado en una silla, ahora fuera de la habitación, en el largo pasillo. Desea evitarle, a él sobre todo, presenciar el momento en que las manos de los hombres de la funeraria, vestidos con monos grises, que obedecen como autómatas, con las cabezas agachadas, como silentes avergonzados, las órdenes de un hombre con pajarita y traje negro impoluto, encierren para siempre el cuerpo de su madre entre aquellas paredes de madera rústica acolchada con la talla de la estrella de David impresa en el cabezal.

El dolor reprime a Isaac Carasso. Su voluntad es inquebrantable: no mostrará una mínima señal de la tristeza que lo embarga. También es a causa de su eterna alianza con el miedo, tan distinto ahora al que le habían transmitido sus padres, los de su raza, y él a sus hijos, y sus hijos a él, en los momentos en que había que tomar decisiones para enfrentarse a lo desconocido. Es una clase de miedo que amuralla de aceite su dolor, y por esos muros resbalan los recuerdos afectivos, las llamadas del convidador a sus amigos para que acudan a su boda, el baño de Esterina, tan distinto al de ahora, a manos de doncellas de Salónica, las noches de amor apasionadas, la infinita paciencia de aquella mujer que había soportado, siempre imperturbable, sus ausencias y los sueños que habían hecho de él un esposo errante a sus ojos, incapaz de transmitirle, ahora lo piensa, la ternura que ella se merecía. Esa clase de miedo convierte ahora sus sentimientos en una exhibición vulgar de su soledad.

Entierran a Esterina en el cementerio de Sant Andreu, el único en Barcelona que había asignado por entonces una pequeña parcela a camposanto hebreo. Es un recinto cercado por un endeble muro que, a diferencia del destinado a nichos, ofrece la posibilidad de enterrar a los muertos bajo

tierra. La sepultan a un metro de profundidad. Tapan el agujero con una sencilla lápida de pizarra en la que uno de los sepultureros escribe, con la punta de un carboncillo, el nombre de «Esther Muzafia». Isaac Carasso se acerca al hombre, intercambia con él un par de frases y, con el mismo lapicero, que más bien parece una brocha de trazo grueso, escribe debajo: «Esterina». Luego, el hombre le cede la pala. Isaac la carga de tierra, que arroja a la tumba. Hasta tres veces. Y se la entrega a continuación a su hijo Danón, junto a él, para que haga lo mismo. Tan ausentes están del mundo, tan oprimidos por la angustia a la que permiten ahogarlos, que en ningún momento se aperciben de que no están solos. Junto a Isaac, un hombre, Enrique Talarevitz, lee la Torá. Ejerce de *gabai*, maestro del culto, tal como le había anunciado Edmundo Metzger. «Bendito eres tú, Señor…». Sí, la misma oración que rezaba su padre… Muy pronto, Talarevitz será rabino de Barcelona.

Isaac Carasso tardará varios años en buscar una respuesta convincente a las extrañas circunstancias que han propagado la muerte de su mujer por todos los rincones sefardíes y askenazíes de la ciudad, cuando su familia apenas lleva cuatro meses residiendo en Barcelona. Sin duda que es, especulará, por el extraño don que tienen los judíos de nunca sentirse solos en los momentos más adversos. Y por el arcano que los hace solidarios y diferentes a los demás y los acompaña en el miedo que todos comparten. Empezará a indagar en ese nuevo misterio al cabo de colocar sobre la lápida de Esterina la primera piedra que perpetúa su memoria. Nada más se endereza su cuerpo, se forma tras él una serpenteante, habida cuenta de lo angosto del recinto, cola de hombres y mujeres dispuestos a hacer lo mismo. ¿De dónde ha salido tanta gente?, se pregunta mirando alrededor. El cementerio está lleno de oficiantes anónimos. Cien personas, tal vez más. ¿Cuántos sefardíes llegaron a Barcelona en los últimos meses? Los hombres, tocados con kipás. Las mujeres, vestidas de negro. ¿Y esa multitud?, insiste con la mirada a Talarevitz. Todos ellos desfilan ante él inclinando sus cabezas y acarician con sus manos la cabeza humillada de Danón. ¿De dónde habían cogido las piedras?, vuelve a preguntar al *gabai*. ¿Eran todos judíos? ¿Sefardíes? Dos de esos hombres lo agarran del brazo, él sin separarse de su hijo, y lo conducen hasta un coche negro con los motores en marcha. El conductor, con uniforme y gorra de plato, conducirá el vehículo hasta el número 1 del Carrer dels Àngels. Se sentarán junto a él en un salón con una mesa en el centro. A una señal de Hanna, Rebeca y Marusha tienden sobre la mesa un mantel blanco, con servilletas y cubiertos, y sobre él depositan unos platos rebosantes de pastas, de magdalenas, de pastelitos de hojaldre. Los dos hombres, a los que se sumarán otros tantos cada día, para turnarse cuando anochezca, no se separarán de Isaac Carasso en los siete días que siguen. Empieza la *shivá*, la primera semana del duelo por la muerte de Esther Muzafia. Uno de esos hombres es José Covo, que ha llegado a Barcelona desde Génova. Hace poco que abandonó Salónica. Su padre, Moisés, murió el pasado año. Covo, Pepo, como también lo llaman los sefardíes que lo acompañan en la vela de cada noche, le informa que Mauricio Botton se ha instalado en Marsella, con su hijo Mario. Por esos tumultuosos días, que corren esquivando los obuses de la guerra, han llegado a Barcelona cerca de mil sefardíes, «¿Mil dice usted, Talarevitz?», en su mayoría procedentes de Salónica. Otros son búlgaros, como es el caso de José Bassat, y otros de origen desconocido: Ventura, Salmona, Béjar… Turquía acaba de entrar en guerra, aliada de Alemania. También Grecia se ha visto arrastrada a favor de la Triple

Alianza… Y Bulgaria, y Rumanía. Todos huyen de la barbarie aniquiladora. Los Levi, pese a estar obligados a nacionalizarse griegos, se han instalado en París.

En su obcecación por explicar lo inexplicable, Isaac Carasso llegará a pensar que todos han regresado a Sefarad para despedir a Esterina.

Durante una de las vigilias de la *shivá* desaparece la promesa imposible de volver a verla. Ella cruza un mar silencioso, sin olas. Conforme avanza, sin mirar atrás, ya nunca mirará atrás, se apacigua en Isaac la vibración del dolor, cada vez más imperceptible. Se diluye dentro de él como una gota de agua que lo empapa. Y piensa: también con un simple beso se acalla el furor de los amantes. Los últimos sonidos del vuelo de ella a ras del mar lo recogen en una sensación de paz infinita. Isaac tiene la percepción de que ella accede en ese momento a otra forma de vida, distinta, no sabe cómo llamarla, ni de qué materia está hecha, otra forma. Otra vida. Otra galaxia de la vida en la que no sopla el viento, ni se escuchan ruidos. Ella ha muerto. Pero su música permanece en él. La escucha. Está vivo. Sin los miedos que compartían. Está vivo y libre. De otra manera, la vida, otra vida, resuena en sus oídos como el silbido lejano de un pastor convocando a sus ovejas.

La pérdida

Aquel niño, que es él, reconcentrado y ausente, tampoco se explica, ni quiere explicarse, cuanto acaba de suceder. La pérdida de su madre es la gran tragedia de su vida. El distanciamiento del hecho no es consecuencia de su esfuerzo mental, tampoco del miedo que le produce la ausencia, ni del pánico por la muerte a la que, por primera vez en su vida, ha visto tan cerca, y precisamente para arrebatarle su ser más querido. Aquel niño, él mismo, se mantendrá sonámbulo durante días, meses, seguramente años. Piensa que la *shivá*, el luto por su madre, es la primera oportunidad que ha tenido su padre para alternar con los nuevos amigos de Barcelona. Los encuentros se prolongan durante toda la madrugada. Se retira a descansar en su habitación —más espaciosa que las que tuvo en Lausana—, y procura cerrar los ojos y dormirse cuanto antes. Cree que, si logra aislarse del todo, llegará un momento en que a los días pasados se los llevará el viento, o se perderán en las enrevesadas nervaduras de su cerebro, de modo que ya nunca los pueda recordar. Apenas se mueve de casa. Observa desde la ventana a los niños que juegan junto al hospital de la Creu. A veces, sale a la calle. Llega hasta la del Carmen y camina hacia Las Ramblas. Hay buhoneros que venden de todo. Pájaros de inverosímiles colores. Monos. Flores. En el trayecto, se detiene frente a los escaparates de un comercio enorme que lleva por nombre El Indio. Le gusta la escultura de piedra que reproduce la figura de un indio, con plumas, sentado. Le resulta pintoresco el personaje. Otro día, por la calle Vandoncella, llegará hasta el Paralelo. Luego regresa a su casa, en el Carrer dels Àngels, integrada en un edificio, grande como un palacio, que ocupa toda la manzana. Y, si tiene tiempo, pasará por delante de los talleres de *La Vanguardia* y se detendrá para ver otra vez, a través de las ventanas, el milagro de aquellas máquinas a las que llaman linotipias —se lo dijo su padre— que transforman el texto escrito en un papel en líneas de plomo con letras grabadas. Se siente fascinado. Por las calles. Por la ciudad. Su bullicio. La luz. Cuando llegue a casa, Hanna le urgirá a sentarse a la mesa para comer. Lo hará con su hermana Flor. Juana engulle con apetito una papilla de espinacas que Rebeca le da a cucharadas. Rebeca se dedica a ella en cuerpo y alma; la baña, la acuesta y le canta una nana antes de dormir. Ciertamente, Flor es la más ausente de todos, la más feliz. Aquel niño, que es él, llega a tener cierta envidia de su hermana. «Pobre Flor, hermanita», se lamenta —más adelante sabremos por qué—. Hasta que unos días después, en vísperas del sabbat, al que los catalanes llaman Xabat —expresión que hace gracia a su padre—, se hace inevitable el desgarro en su alma. Nada más encienda Isaac Carasso las velas al atardecer del viernes, Danón no podrá evitar que se inicie en su interior el proceso hacia la realidad que ha procurado espantar con todos los medios a su alcance en los últimos días. Esa noche, la del

viernes, no puede dormir. Tal como le ocurre al otro él, a Daniel Carasso Muzafia, en su lecho de muerte. Creyendo que son pesadillas sus desvelos, Hanna acudirá al dormitorio y le preguntará: «Qué te ocurre, Danón». Calla. Solloza. «Qué me ocurre a mí», se pregunta el enfermo de Charcot. Será la primera vez que Hanna lo vea llorar; el niño, casi un adolescente, abraza compulsivamente la almohada. También llora el anciano moribundo, pero sus lágrimas no se deslizan por las mejillas, se ahuecan en su interior, caen al vacío. Tampoco le quedan fuerzas para engancharse a la almohada. Quién le cubrirá, con sus manos, la cabeza al día siguiente. «¿Quién, Hanna?», pregunta, desconsolado. Nadie podrá hacerlo. Jamás llegará ese momento. «Jamás», susurra Daniel. Jamás sentirá sobre su kipá de lana el magnetismo de la ternura. Las manos de su madre invocando la presencia del Señor en su hijo.

—¿María?

—Sí, señor Carasso. Estoy aquí.

—María…

—¿Se encuentra bien, señor?

—Por favor.

—Sí…

—Coloque sus manos sobre mi cabeza…

5

Al poco de llegar, algunos sefardíes creen que se han equivocado de lugar, o se arrepienten de haberlo encontrado. Hasta el propio Isaac Carasso lo piensa. Barcelona es la tierra que soñaban, «la tierra en la que desean quedarse para siempre», ciertamente, pero la violencia desatada en las calles dista de la paz tan ansiada que esperaban disfrutar. A la vista del paisaje urbano, ¿quién se reafirma en la creencia de que España es un país neutral? Es otra clase de guerra, pero guerra al fin y al cabo. La Barcelona de 1917 parece un ensayo clínico de la revolución que se anuncia y puede estallar en cualquier momento en la Rusia de los zares. Isaac Carasso no se atreve a salir a la calle en agosto de 1917. Hace pocas semanas que ha muerto Esterina. Hay huelga general en España. Una huelga salvaje, incendiaria, con millones de obreros vociferando consignas violentas. Los cenetistas han abierto barricadas en distintos puntos estratégicos de Barcelona. Varias de ellas en el barrio del Raval. Una, junto al hospital de la Santa Creu. Desde el balcón de su casa, Danón observa a quienes apuntan a los guardias a caballo, guardias civiles, con fusiles que parecen de juguete, con lanzas y espadas, con cuchillos largos y palabras con pólvora. A toda hora hay cargas policiales por las calles contra cientos, miles de trabajadores que portan banderas rojas y negras. Anarquistas. Cuando llega la noche, las calles aparecen solitarias. De madrugada suena algún disparo que enmudece en el silencio. ¿Y esta es la España neutral, la España que se enriquece a costa de los millones de soldados que mueren en los frentes europeos? Los beneficios de los grandes empresarios son un insulto para miles de trabajadores con los salarios arbitrariamente congelados por sus patronos que les impiden acceder a productos de primera necesidad cuyos precios se han desorbitado de manera inexplicable. La riqueza que genera en el país el espectacular crecimiento de su producción y de las exportaciones no repercute para nada, más bien todo lo contrario, en las clases obreras. Barcelona parece rivalizar con Petrogrado en protestas sociales. Los gobiernos de Madrid entran en una espiral de crisis. Poco falta para que Eduardo Dato sea asesinado en plena calle de Alcalá, en Madrid, a manos de dos sindicalistas montados en una moto con sidecar. A veces llega a pensar: «Esto es lo que quería Parvus, ¿no?». Sí, son tiempos de «agitación permanente». Ante este panorama de revueltas, no es de extrañar que Isaac Carasso desista de su idea inicial de comprar una buena casa en la capital de Cataluña. Tiene dinero para poder hacerlo, pero, con la cabeza fría, no conviene. Por eso ha decidido alquilar la vivienda en el Carrer dels Àngels. No hay riesgo: una casa alquilada puede ser abandonada en cualquier momento. De nuevo el fantasma del miedo. Con las maletas dispuestas para emprender la huida. Más adelante, ya se verá. Es lo que han hecho sus amigos recién llegados. Por ejemplo, José Bassat, el búlgaro, y Barchilón, y Bensusán… Con todos ellos ha iniciado una sincera amistad. No es el caso de los Metzger, que

llevan en Barcelona más de una década y regentan un boyante negocio. También se ve con ellos, por separado, esporádicamente. En el café Victoria. Siempre les dice que les está muy agradecido. Son buena gente. Aunque, a veces, da la impresión de que se consideran superiores a los demás. Quizá porque sus negocios prosperan. Proyectan crear una imprenta. O una editorial. Dan vueltas a la idea. Y cuando hablan con Carasso descubren sus planes. No, no, no contad conmigo. Carasso tiene otros proyectos… Él es mucho más precavido.

Lo ha dispuesto todo para que a sus hijos no les falte de nada. Hanna y las dos sirvientas aragonesas se bastan para atender en condiciones la casa y el cuidado de los niños. La muerte de Esterina parece haberlo dotado de una energía casi artificial. Siempre ha sido un hombre inquieto y resolutivo, pero es en esos días cuando se muestra más activo que nunca. Su natural dinamismo, su sentido emprendedor, lo emplea para superar la tristeza que le aflige por la muerte de Esterina. La soledad que ha hecho de él un hombre vulnerable lo impulsa a encontrar complicidades en los demás. Lo primero que hace es emplear esa energía en buscar una escuela adecuada para su hijo. Lo tiene bastante difícil. La inexistencia de una comunidad judía hace imposible contar con una escuela judía en condiciones. Además, España es un problema pedagógico. Y Cataluña, también. El gobierno de Madrid se esfuerza en proyectar los aires regeneradores de la formidable Institución Libre de Enseñanza sobre la educación del país en general. Los intelectuales más reconocidos —Ortega y Gasset, Azaña, Fernando de los Ríos— acaban de firmar el Manifiesto para la Liga de la Educación. Los deseos de unos y otros cristalizan en la creación del denominado Instituto Escuela, que representa una verdadera revolución educativa. A Isaac Carasso no le asustan las novedades. Una escuela libre, sin fronteras ideológicas y métodos que incorporan algunos experimentados con éxito en Inglaterra. Sin libros, sin deberes en casa. El alumno se convierte en el centro de gravitación de un sistema orientado hacia el cultivo de la mente, sin influencias políticas ni religiosas y solo a merced del ingenio creativo y de la investigación. Pero la llegada del nuevo sistema a Barcelona se retrasará más de la cuenta, le informan en Madrid, adonde se desplaza por tren y se entrevista con un senador pariente de Ángel Pulido.

Su hijo Daniel no puede esperar, sin embargo, ni él lo permitiría. Lo mismo ocurre con el Liceo Francés, en cuyos planes no figura abrir por el momento uno de sus centros en Barcelona. El Liceo Francés es lo más parecido a las escuelas de la Alianza en Salónica. Estas contrariedades le atormentan. Finalmente, la opción de la escuela del Bosc, en el barcelonés parque de Montjuïc, llega a entusiasmarle. Es el primer centro escolar financiado por el ayuntamiento, y no le importa que su puesta en marcha, cuatro años atrás, se inspire en los principios de la Escuela Moderna del librepensador Ferrer Guardia. Algunos de sus amigos sefardíes le disuaden. Arguyen que el Bosc se rige por un sistema educativo de claras tendencias republicanas, de izquierdas, así que pide consejo a su amigo José Metzger:

—Dudo que admitan a tu hijo —le dice el askenazí suizo.Y le advierte—: No querrás que Danón se someta a un sistema educativo que defiende las reivindicaciones obreristas y llega al extremo de restringir el acceso de los alumnos pertenecientes a las clases medias.

—Desde luego.

—Amigo mío, estás en la ciudad más progresista de Europa —le dice Metzger.

—Nunca lo habría imaginado —dice Carasso.

—Barcelona no tiene nada que ver con España, y yo te diría que con Europa. ¡Ni con Rusia! ¡Vives en la cuna del anarquismo puro! ¡Que tiemblen los bolcheviques del demonio! ¿Sabías que Ferrer Guardia fue ejecutado por sedición?

—No estoy al tanto de esa historia.

—Me lo temía.

—¿Qué relación tiene el hombre del que me hablas con la escuela pública del Bosc?

—Los republicanos del ayuntamiento nos quieren hacer creer que su escuela no tiene nada que ver con los pensamientos de ese anarquista. ¡Pero a mí no me engañan! Te digo que en ese bosque de Montjuïc vaga la sombra del instigador de la Semana Trágica. Fue terrible…

Están sentados a la mesa del café Victoria. Es una tarde de otoño que parece de comienzos de primavera. El cuerpo de oso de José Metzger se arrellana en el sillón. Es algo tosco, primitivo. A Isaac Carasso, tan elegante siempre, le causa vergüenza ajena el comportamiento de su amigo. Muy cerca suenan las fichas de dominó que unos jugadores estrellan sobre la superficie de mármol de una mesa. El suizo respira hondo y cierra los ojos. Piensa un rato antes de decir:

—Conozco a una familia de polacos que son maestros, buenos maestros, por lo que he oído. Un matrimonio. Jóvenes y bien preparados. Luchadores. —Hace un gesto con su enorme puño cerrado—. Si ellos quisieran dar clases a tu hijo…

Dos días después, Isaac Carasso visita a Noemí Cohen, de origen sefardí, nacida en Adrianópolis. No le echa más de treinta años. Delgada. No sabe por qué, pero, viéndola a ella, se imagina a la Dama de las Camelias. Le cuenta su vida ante una taza de café turco. La cabeza de Carasso se mueve, complacida, al primer sorbo de la taza. En pocos minutos, Noemí Cohen narra su historia. Ejercía de maestra en una escuela de la comunidad Talmud Torá de Adrianópolis. Huyó de su ciudad natal nada más caer en manos de los búlgaros, unas semanas antes de que la recuperasen los turcos. Fue una equivocación, lo sé, lo sé, dice, parece haberse arrepentido. Pero no tuvo más remedio. No podía aguantar más la presencia de aquellos soldados salvajes patrullando a toda hora por las calles. A las pocas semanas, y después de un largo viaje de varios meses, llegó al puerto de Nápoles, y luego recaló en el de Marsella. Allí conoció al que hoy es su marido, Emmanuel Janovitz, askenazí, de Cracovia. Había estallado la Gran Guerra y Emmanuel se atrevió en solitario a cruzar media Europa hasta llegar a Marsella. Al llegar a ese extremo de la narración, Noemí Cohen prorrumpe en sollozos. Carasso se paraliza, no sabe cómo actuar en una situación tan comprometida. No será necesaria su ayuda, pues la mujer detiene su llanto con la misma facilidad con la que lo ha iniciado y, secándose los mocos con el pañuelo que saca de un bolsillo del delantal, dice, sonriendo extrañamente: «Fue como un flechazo. Nos enamoramos. Hicimos el amor el mismo día que nos conocimos y nos casamos al día siguiente en una sinagoga. —Ante la cara de perplejidad de Isaac, ella prosigue—: El rabino se oponía a nuestro enlace, por la locura de un compromiso tan precipitado, pero no tuvo, al final, más remedio que transigir». Se ríe, probablemente porque le hace gracia la cara que ha puesto Isaac Carasso.

Los Janovitz tienen intenciones de montar un centro educativo del Talmud Torá en Barcelona. Si no lo habían hecho ya es porque todavía la comunidad judía carecía en la ciudad de una sede. «Sabemos que es una cuestión de tiempo, ¿no lo cree usted?». Carasso asiente, de veras que está

convencido. Ya son varios miles los judíos residentes en la ciudad, y ya se comenta entre ellos que pronto se constituirá la comunidad. Seguro que son los hermanos Metzgen quienes han iniciado gestiones en busca de locales adecuados. Eso dice Noemí Cohen. «No lo sabía…».

—A mí no me importa empezar con su hijo nuestro proyecto de experiencia educativa —dice Noemí Cohen—. Tendré que esperar a conocer la decisión de mi marido, pero no creo que oponga resistencia.

Lo último lo ha dicho en un tono de irónica superioridad.

—Creo que es una excelente idea —responde Isaac Carasso, aliviado, sonriente.

—Naturalmente, tendría que ser en casa.

Lo que más le apetece es aprovechar la experiencia acumulada en Lausana fabricando el Maya Santé para iniciar una actividad similar en Barcelona. Con otro nombre, por supuesto. Con un producto más perfeccionado si cabe. Lo puede conseguir. Debe ser prudente y precavido. Nada de riesgos. El país no está para que él se apresure a dar saltos en el vacío. Así que empieza a sondear opiniones, a establecer contactos, a quedar con conocidos en el café Victoria, o en el café Nuevo, recuperando, de paso, la añorada tradición de Salónica. Aquellas tertulias… Sí, echa de menos las tertulias en la biblioteca de Salónica, o en la librería de Molho, los encendidos debates sobre Maimónides.

Los locales que ha descubierto son bulliciosos, llenos de vida. Islotes donde se habla de política, sobre todo, y de arte, de exposiciones, de literatura. No de Maimónides. Pero no importa. Se habla del cubismo, de Picasso, de Joan Miró, de la Generación del 98, la de los desencantados, que encabeza un joven escritor alicantino, Azorín, y otro vasco, Pío Baroja, y Ramiro de Maeztu. ¿Quién es Unamuno?, se preguntan los tertulianos. Diríase que la convulsa ciudad concentra en ellos toda su capacidad oculta de gozar de la vida, de resarcirse de viejos oprobios, de apostar por un próspero futuro. Cuando se tercia, Isaac entabla una partida de dominó. Alguien le enseña a jugar a la brisca con la baraja española. Una tarde, en el Victoria, coincide con José Covo, Pepo. Le recuerda que hace unos meses, antes de abandonar Salónica, se casó con una prima suya, lejana. «Lleva tu mismo apellido», le confiesa. «¡Oh!», exclama Isaac. Su nombre, Marina. Isaac hace un esfuerzo memorístico, pero no acierta a ver en su árbol familiar, siempre tan difuso, una referencia tan luminosa: «Marina». Repite varias veces el nombre, como si se le hubiera escondido en alguna parte de su cerebro. Pepo lo observa lleno de perplejidad: ¿Cómo es posible que no se acuerde de que está casado y tiene una hija comprometida con su hijo?, piensa en sus adentros.

A Pepo le gusta el brandy. Una copita, acompañando al café y al vaso de agua con sifón que le sirve allí mismo el camarero. Aunque José Covo persigue establecerse como agente de bolsa —a él le gusta más el término bróker—, siguiendo la tradición de su padre, «en París, desde luego, o en Nueva York», está empeñado en hacer dinero cuanto antes. Le sobra el dinero, pero no puede permanecer parado «viendo cómo el dinero fluye de mano en mano por ahí». Desea aprovechar las oportunidades que le brinda la guerra en Europa. Desde luego, descarta meterse en la fabricación de armas, pero no solo de armas se alimenta la guerra. Los contendientes tienen que comer, y España les garantiza unas materias primas alimentarias de primer orden. Por algo se le empieza a llamar «el granero de Europa». Además, la guerra está en su tramo final, «a favor de

quién, ¿lo sabes tú?», y qué les importa a ellos que son neutrales. Se ríen. En realidad, Isaac no sabe qué contestar. Él nunca ha ocultado su debilidad por el Imperio austrohúngaro. Aunque, claro, también está París. El Instituto Pasteur. Apuesta por la Triple Alianza. Pepo está de acuerdo: tras la entrada de los americanos en la guerra, y a pesar de la retirada de Rusia, la victoria de Inglaterra, Francia y el resto de sus aliados está asegurada. «Y lo siento de nuevo por Turquía, que ha vuelto a apostar de manera equivocada». Isaac asiente con la cabeza: «Y por Bulgaria, que a buen seguro se llevará la peor parte». Sobre la mesa en la que humean los cafés, junto a la copa de brandy, un ejemplar de *La Vanguardia* revela que el ejército francés ha desplegado en el bosque de Retz, frente del Marne, a centenares de nuevos tanques Renault que van a inclinar a su favor el curso de la guerra. Es el 18 de mayo de 1918. Apoyándose en los poderosos nuevos blindados, el general Folch inicia la decisiva contraofensiva aliada. Isaac Carasso vuelve a pensar en Parvus, abastecedor de armas a Turquía, y en su tío Karasu. ¿Qué será de ellos?, se pregunta. El invisible y paciente fantasma de la historia sabe que Aleksandr Izráil Lázarevich Gelfand, Parvus, ha seguido enriqueciéndose a costa de engañar a los revolucionarios rusos mientras mantiene sus viejas e interesadas vinculaciones con los socialdemócratas alemanes. Por eso respalda a ciegas la causa germánica en la Gran Guerra. Y por eso mantiene su papel de valedor del káiser ante el Imperio otomano. Ahora está en su salsa con los rusos, ya en el poder, aunque Lenin ha ordenado, tajante: «A ese judío no lo quiero ni ver». Por su parte, Emanuel Karasu atraviesa por un lento, pero irreversible, proceso de defenestración a manos del nuevo líder turco, Mustafá Kemal, héroe de Gallípoli. Empieza a estar hastiado. Ha comprendido la inutilidad de su aventura. Es un incomprendido. En el fondo de su alma piensa: «Yo he dado de comer a los revolucionarios que ahora me rechazan».

—¿Y si recuperas tu viejo y lucrativo oficio de exportador de aceite? —pregunta José Covo.

—¿Y eso? —pregunta Carasso, extrañado.

—Llevo un proyecto entre manos, que ya te contaré.

A Isaac le divierten especialmente sus incursiones en el Cómico, un local emblemático y picante, entre las calles Tapioles y Poeta Cabanyes. Cuando hace mal tiempo toma café a cubierto, en un salón con estilo propio. Modernista catalán. Cuando refresca, se pone a resguardo en un local contiguo, Alameda, con un pequeño patio de butacas y un coqueto escenario con telón estampado de flores; allí asistirá a representaciones teatrales y de zarzuela española. La fachada del Cómico le recuerda a un viejo palacete otomano, con sus cúpulas y techos abovedados. Entabla cierta amistad con Guillem Juncá, su propietario, un hombre de mediana edad, con pinta de gánster arrepentido, que parece estar atravesando la fase crítica entre ser una sempiterna joven promesa y alcanzar la consagración como empresario, de ahí su obsesión con la idea de hacer del Paralelo el «Broadway español».

—¿Conoce usted Broadway, amigo Carasso?

—Tengo entendido que se trata de un hermoso lugar de ocio y esparcimiento.

—La gente tiene derecho a pasárselo bien en medio de tanta miseria, ¿no cree usted?

—Mi padre, cuando yo era muy joven, me llevó un día al Moulin Rouge —contesta Carasso con la mirada perdida.

Ha pasado de los cuarenta. Pero Isaac Carasso sigue siendo un hombre de buen ver para las mujeres. Su porte rectilíneo y elegante, la exquisitez de su trato no pasan inadvertidos para nadie. Llama la atención la raya de sus pantalones, siempre recién planchados. El propio Juncá cree que es un hombre con dinero, y lo mismo deducen los camareros del local, aunque reciban de él pocas propinas. También las madamas que acuden al Cómico a ver si echan el lazo a espíritus solitarios «con parné a la vista». Este sería el caso de Carasso, ciertamente, si no tuviera cercano el amargo recuerdo de la muerte de Esterina. Como su amigo Guillem, aunque a escalas bien distintas, también él atraviesa una fase de incertidumbres existenciales: la que va desde la inercia a dejarse llevar por la infinita tristeza que aún se aletarga en su cuerpo hasta la pulsión empática por la alegría de vivir. La vida es una afirmación inagotable y él está obligado a embestir contra los muros que le salen al paso.

Cierto día, Juncá le presenta a una corista, Merceditas, que trabaja en una de las revistas que actúan en su local. Una revista alegre y desenfadada con música del maestro Guerrero. Merceditas enseña en el escenario unas piernas largas envueltas en medias de seda y unos pechos exuberantes que llaman la atención de Isaac. «Si te gusta, puedo arreglarte una cita», le dice Guillem. Pero su amigo no está por la labor de correr una aventura con una corista. «Me gusta mucho, Guillem, pero estoy seguro de que más pronto que tarde me arrepentiría». A partir de entonces procurará distanciar las visitas al Cómico para evitar tentaciones y, a cambio, se dejará caer con más frecuencia por el café Victoria, al que parece estar abonada su peña de amigos, todos mayores que él y todos judíos, circunstancia esta que no se daba en la Alameda del Cómico, ni en su teatrillo de *varietés.*

Es en el Victoria donde vuelve a coincidir con José Covo. El camarero sirve los cafés, dos vasos de agua, la botella de sifón, el brandy. Pepo es dicharachero y cordial, todo lo contrario que su padre, Moisés, «que el Señor lo bendiga». A veces resulta impetuoso, avasallador. A Isaac le agrada. Su vitalidad le hace parecer mayor de lo que es. Le echa menos de treinta años. «Un judío liberal», como se diría en Salónica. Luce una elegante chaqueta de tela fina modelo Príncipe de Gales, con pajarita gris. Está empeñado en convertirse en exportador de aceite de oliva español. ¿Sabías que este país es el primer productor mundial de aceite de oliva? «Lo sabía desde hace tiempo». Carasso asiente con la cabeza. Para el ejército es fundamental cocinar con aceite de oliva, dice Pepo, y además, qué comen los soldados en el frente sino latas de sardinas en aceite de oliva… La mantequilla es un lujo. Carasso lo escucha. Tiene razón, desde luego. Pepo tiene un amigo en el puerto de Tarragona que les puede facilitar los trámites de exportación a Francia e Inglaterra. ¿Sabías que el puerto de Tarragona es más importante que el de Barcelona en tránsito de mercancías?

A cien kilómetros, al sur, José Covo se ha comprado un Hispano Suiza, modelo T-32, cuatro cilindros, de segunda mano. Supera los cien kilómetros por hora de velocidad máxima. Lo aparca en la misma acera del café Victoria. Anaqueles dorados, carrocería negra, capota marrón. Además del amigo en Tarragona, José Covo ha iniciado contactos con pequeñas cooperativas de trabajadores en Juncosa y Mollerusa, en la misma provincia. Ha leído los nombres en una libretita que saca del bolsillo interior de la chaqueta en el que tiene apuntados algunos nombres más. En la provincia de Jaén y en algunos pueblecitos de Alicante, en el interior de la provincia.

¿Pinoso?, se pregunta al tiempo que echa una mirada a su libreta. Y Salinas, dice a continuación. Me han dicho que en Pinoso nos ofrecen aceite de oliva a precio de ganga. Un poco lejos, admite Covo, pero, probablemente, compense iniciar negocios con ellos porque el aceite andaluz es mucho más barato, y el mejor. «Sí, estoy de acuerdo, el mejor del mundo». Poco a poco, Isaac Carasso siente cómo se enreda en las explicaciones y argumentos que le da su amigo *y primo* Pepo, pero a él no le disgusta, más bien todo lo contrario, se deja envolver plenamente por sus palabras. Incluso llega a pensar: ¿y si yo le dijera que a punto estuve en Salónica de importar aceite de oliva andaluz para luego exportarlo al Imperio austrohúngaro?

Los próximos meses de 1918, que corre deprisa, como la Gran Guerra que se asoma al precipicio donde yacen casi diez millones de soldados muertos, los dedicarán a sentar las bases del negocio. Viajan por los pueblos de Tarragona que Pepo tiene apuntados en su libreta, hablan con los propietarios de las tierras, visitan las almazaras, supervisan trojes, muelas de piedra y sistemas de trituración, y, entregados febrilmente a su nueva aventura, un día de mediados de agosto el Hispano Suiza de José Covo se adentra por caminos inhóspitos y silvestres de la sierra de Segura y se detiene en la orilla del mar de olivos de Jaén.

«El esqueje de uno de estos olivos creció en mi casa de la calle Ancha», dice Isaac Carasso, con los ojos humedecidos por la nostalgia, ante el epifánico ejército de sesenta millones de árboles.

Regresan días después a Barcelona y vuelven a reunirse en el café Victoria. Han hecho cuentas. No es mucho dinero el que han de invertir. Coinciden en sus cálculos. Covo se aventura a proponer: podríamos adquirir una de las fincas en la sierra de Segura. Dos mil hectáreas. Carasso se niega en redondo. Es un riesgo innecesario. Tardarían varios años en amortizar la inversión. Además, él tiene otros proyectos en la cabeza.

—Tus yogures, imagino —dice Covo.

—Aciertas.

—¿Cómo resultó tu experiencia en Suiza?

—Muy positiva.

—Tal vez, cuando te decidas, puedas contar conmigo como socio.

—Sería magnífico.

Ahora es el turno del aceite. Deciden destinar inicialmente a oficina una habitación de la casa que José Covo tiene alquilada junto al mercado de La Boquería. Para empezar, no está mal. Carasso está conforme. En cualquier caso, siempre se está a tiempo de disponer de un despacho, en el mejor de los casos de un pequeño almacén, lo más cerca posible del puerto de Tarragona. Por supuesto, si todo marcha como es de desear. «¡Naturalmente, Isacino!». Hace mucho tiempo que nadie lo llamaba así. De nuevo, ante ellos, el camarero, Julián, nacido en Manresa, «para serviles, señores». «Gracias, hombre». «Lo de siempre, Julián». Los dos cafetitos, los vasos de agua, la botella de sifón, la copa de brandy. Y *La Vanguardia*, que Julián pliega sobre la mesa, en un extremo. El avance de los tanques Renault, movidos por orugas y con casco acorazado, del general Folch es incontenible. Las tropas del káiser se repliegan. La derrota de Alemania es

cuestión de semanas. Dos o tres meses a lo sumo. En las páginas del interior, Isaac Carasso descubre, a pie de página, el breve titular de una noticia que lo obliga a incorporarse en el asiento para leer mejor, estremecido: «Devastador incendio en Tesalónica». Qué sucede, pregunta José Covo.

El rostro lívido de su primo no reacciona. Pepo observa, asustado: la mano alzada de Isaac cayendo lentamente sobre el brazo del sillón, los ojos que se cierran, su cabeza buscando el respaldo para evitar desfallecer, la mueca de dolor, el leve temblor de sus labios, está a punto de llorar, Isacito: «El Señor ha borrado para siempre las huellas de nuestro pasado».

6

Hace exactamente cuatro días que un incendio apocalíptico ha arrasado dos terceras partes de la vieja ciudad de Salónica. El barrio judío ha quedado devastado en su totalidad. Una carta de Anastasios Chrisaphis revelará, días después, a Isaac Carasso la magnitud de la tragedia; la que fue su casa en la calle Ancha también ha sido devorada por las llamas. «Afortunadamente, se vendió a tiempo», añade el banquero griego en su misiva. Y concluye:

> *Todo es distinto en Tesalónica, querido amigo. Solo veo ruinas alrededor. Me he permitido pasar por lo que queda de la calle Ancha, aún humeante, y me acerqué a ver su antigua residencia. Crucé por entre las paredes calcinadas hasta llegar a lo que fuera su hermoso jardín, en el que tantas veces conversamos amistosamente, y comprobé con asombro que el centenario olivo que plantó uno de sus antepasados aún seguía en pie; el fuego solo había devorado unas cuantas ramas. Pero su tronco seguía intacto, orgullosamente vivo.*

Antes de que expire el año, Isaac Carasso y José Covo inician el negocio como exportadores de aceite de oliva. Han llegado a acuerdos con agricultores, pequeños propietarios, de Tarragona y Alicante; también con un terrateniente de la provincia de Jaén, Ambrosio Romero, amo y señor de un cortijo con millones de olivos, a pocos kilómetros de Bailén, en el que los dos sefardíes son agasajados como nobles cortesanos las pocas veces que se dejan caer por Andalucía. El lujoso Hispano Suiza no resuelve las incomodidades de un viaje tan largo, de más de treinta horas, por carreteras infames y tortuosas, que les obliga a pernoctar en Valencia y Murcia.

Bautizan a la empresa con el nombre de Aceites de España, Sociedad Anónima, y la registran ante el notario Francesc Durán, recomendado por Edmundo Metzger. Se reparten el accionariado a partes iguales. José Covo se encarga de los trámites administrativos, contables y aduaneros. Isaac, que figura como gerente en la escritura, asume el control de los pedidos y de la logística en general, dentro y fuera de España. Los dos comparten responsabilidades en el vital capítulo de las relaciones con clientes. Eligen el puerto de Tarragona como base operativa y punto de origen del transporte de mercancías, y el de Marsella como puerto de destino y centro de distribución de sus productos.

A las pocas semanas de iniciar las actividades, Aceites de España se ha convertido en la primera empresa exportadora de aceite de oliva a Francia. Su éxito es tal que los dos socios deciden exportar nuevos productos: legumbres —judías, lentejas, cacahuetes—, arroz y azúcar. Se hace imprescindible abrir un almacén muy cerca del puerto tarraconense. Tres personas, de origen sefardí, seleccionadas entre los inmigrantes que cada día llegan a Barcelona, se incorporan

a la empresa como administrativos. Covo y Carasso tienen donde elegir. Las derrotas de los países balcánicos y de Turquía han desencadenado en las últimas semanas una gran avalancha de refugiados judíos de origen sefardí. Las autoridades españolas se han visto obligadas a intervenir ante los gobiernos de esos países en favor de quienes considera que son protegidos españoles. Especialmente crítica es la situación de un centenar de refugiados turcos en el sur de Francia, perseguidos por su condición de ciudadanos de un país enemigo, a los que España reclama como sus súbditos. Son estos los que se presentan en las oficinas de empresas judías en Barcelona y en otras ciudades españolas pidiendo trabajo. La mayoría de ellos son pobres. Algunos, como ya viene siendo habitual en los últimos dos años, han cruzado los Pirineos a pie, están desnutridos y enfermos. Isaac Carasso y José Covo hacen por ellos lo que pueden. Les compran ropa, comida, les dan dinero para viajar, les proporcionan direcciones de judíos que han abierto negocios de perfumería y droguería, como sombrereros o vendedores ambulantes.

Ciertamente, la guerra está a punto de terminar, anuncian una y otra vez los rotativos, pero todavía no se ha firmado el armisticio. Para postre, la mecha incendiaria de la revolución parece haber prendido en Barcelona y Madrid. Los anarquistas celebran conferencias y congresos. Los judíos españoles tienen metido el miedo en el cuerpo. Se dice que los anarquistas, que están en todas partes, solo pretenden un cambio del sistema y que nada tienen contra los sefardíes, pero, aun así, los recién llegados se preguntan: ¿quién nos asegura que no nos juzgarán como parte del sistema? Los ya instalados lo tienen mucho más claro, sobre todo a raíz del mitin en Barcelona que conmemora el primer aniversario de la Revolución bolchevique. Isaac Carasso se ha acercado, a instancias de Covo, hasta el Teatro del Bosque, donde tiene lugar la celebración, para ver cuanto ocurre, hablar con la gente y, si es posible, asistir al acto… No puede acreditarse ante los organizadores, que solo permiten la entrada al recinto a líderes y simpatizantes de izquierda radical. «El ambiente es de auténtico fervor revolucionario; quieren instaurar el bolchevismo en España», informa Carasso a Pepo cuando aún resuena en sus oídos el canto de *La Internacional*. Los congregados abrieron puertas y ventanas del teatro para que se propagaran las notas del himno de los parias de la tierra. De regreso, Carasso recuerda a los Jóvenes Turcos, cuando llevó de la mano a su hijo ante el balcón del Cercle de Salónica, en la plaza de la Libertad, y los congregados cantaban *La Marsellesa* en ladino. «Aquello era muy diferente, nada que ver con esto…».

Hay que aprovechar los últimos coletazos de la guerra. José Covo ha previsto «un cambio radical en las expectativas de negocio» a los pocos meses de que el conflicto toque a su fin. Los aliados han roto las líneas defensivas alemanas y se adentran en Bélgica. Los otrora héroes Hindenburg y Ludendorff, ya defenestrados, abogan por poner punto y final a la barbarie en la que ellos han sido dos de sus principales matarifes. En el caso de Ludendorff, su desesperación se disfraza con la indumentaria del pánico. Miles de soldados alemanes están aquejados por un virus tan violento como los obuses franceses. Avanzan retorciéndose de dolor y de fiebre. Muchos de ellos apenas pueden sujetar el fusil. Poca resistencia se puede oponer a las bien nutridas y animosas fuerzas aliadas. Y además, es incesante el desembarco de tropas americanas en los puertos franceses del norte…

En uno de ellos, Brest, desembarca también por esos días el virus más letal en la historia de la humanidad. Pronto será conocido como el de la gripe española, que causará más de cincuenta millones de muertes en el sufriente planeta.

Hay que celebrar el fin de la guerra. Covo ha viajado con su mujer a Marsella, donde vive parte de su familia y la de Mauricio Botton. El mismo día en que se firma el armisticio en Compiègne, en un solitario vagón de los ferrocarriles franceses, Isaac Carasso decide darse una vuelta, como en los viejos tiempos, por el café del Cómico. En el fondo, le hierve el deseo de saber de Merceditas. Solo verla bailar, cómo mueve las piernas, de lejos. Eso. ¿Y si su amigo Guillem Juncá le insiste en prepararle un encuentro con la corista? Tal vez ella se le acerque en un momento y le sonría desde arriba del escenario. Y si ella se inclina, le verá sus hermosos senos. No pasará de ahí… Llega a pensar: seguro que, si se le llevara a la cama, Merceditas le enseñaría secretos del amor que él desconoce. El recuerdo de Esterina lo reconcilia consigo mismo. Siempre le fue fiel. Probablemente se avergüenza de esos pensamientos, como un adolescente. ¡Ha cumplido cuarenta y cuatro años!

Junto a la puerta, un jovenzuelo con gorra y pantalones bombachos vocea, con un montón de periódicos bajo el brazo, las últimas novedades de la Gran Guerra. Transmite con energía las victorias de los aliados. El káiser Guillermo hace días que se ha refugiado en Holanda. Carasso le compra al mozuelo un ejemplar de *La Vanguardia*. En la portada aparece una fotografía del general Folch, héroe francés, sosteniendo con su mano derecha el portafolios con los documentos de rendición de los imperios centrales, mientras se apoya, con la izquierda, en un bastón aparentemente endeble. Da la impresión de que el peso de los documentos puede hacerle perder el equilibrio. Bajito, de apariencia sobria, algo barrigudo, embutido en un abrigo abrochado hasta el último botón, aparece acompañado por varios militares, entre ellos, supone Carasso, algunos alemanes. Serán los uniformados de negro… Detrás de todos ellos, el vagón, que simula ser el aséptico decorado de la trágica representación, con un fondo boscoso casi negro. Es curioso, piensa el sefardí a la vista de la foto, que en ninguno de los rostros aparezca gesto alguno que sirva para identificar a los vencedores y a los vencidos, dónde están el orgullo y la humillación. Si acaso, se evidencia una cierta serenidad en Folch, que parece haber dado un paso al frente y situarse en primera línea, como si con ello pretendiera significar su condición de principal figurante en el funeral del holocausto. También por la prensa se entera de que Giuseppe Volpi, el amigo de su tío Emanuel, ha representado a Italia en la firma del Tratado de versalles. «Las vueltas que da la vida», se dice.

El joven vocero sigue soltando titulares del periódico al aire. Uno de ellos le obliga a Carasso a levantar la cabeza, como si lo leyera junto al anuncio de las zarzuelas en las paredes del Cómico:

—¡Estragos de la gripe española en Barcelona!

Se sienta a una mesa. Un camarero le sirve un café bien cargado mientras hojea las páginas del diario. Al cabo, da con el titular voceado por el mozuelo y lee de corrido el texto de la información. Empiezan a ser frecuentes los casos de gripe española en Barcelona. ¿Gripe española? Su corazón se acelera inesperadamente. El gobernador civil reclama la ayuda del ejército. ¿Hasta ese extremo? A escasos metros de donde se encuentra, un corro de tertulianos

comenta la noticia. Lo hacen con discreción. Hay en sus rostros una gravedad inhabitual. Entre ellos, distingue el de su amigo Barchilón, judío sefardí nacido en Bucarest y metido a sastre en un local de la calle Montalegre, «su vecino», a espaldas del Carrer dels Àngels. Deduce que los otros dos que lo acompañan son también judíos. Para un judío como él no es difícil adivinar la presencia de los de su raza. «Hasta hace unos días apenas se informaba sobre la dichosa gripe, y ahora lo hacen todos los días», dice Barchilón. Sus compañeros de tertulia asienten al mismo tiempo con las cabezas. Parecen impresionados por la presencia de Isaac Carasso, a quien conocen. Han oído hablar de él. Quien más y quien menos ya sabe que se ha convertido en un próspero empresario.

—¿Tan grave es, amigos?

—Hay cientos de casos; la enfermedad es tan silenciosa y letal como la peste —comenta Barchilón. Sin alterarse. Parece que habla con un cliente a quien le va a tomar medidas para el traje.

—¿Por qué la llaman «gripe española»? —pregunta Carasso con evidente interés.

Los contertulios suben los hombres. Mueven las cabezas. El único que parece saber algo es el sastre rumano:

—Ha sido por los soldados americanos. Es lo que dicen.

—¿Soldados americanos?

Pinza los labios con sus dedos índice y pulgar, el lapicero colgado de la oreja. Como si se prestara a anotar en una libreta las medidas que acaba de tomar.

Isaac Carasso no aguarda a ver a su amigo Juncá. Ni a Merceditas, a pesar de lo que le apetece ver su actuación sobre las tablas. Abandona el local. Apresuradamente. De repente, solo piensa en sus hijos. ¿Estarán bien? Hace días que no habla con Hanna. ¿Y Danón; seguirá yendo a clase de los Cohen-Janovitz? Los negocios son la causa de no haber prestado más tiempo a sus hijos en las últimas dos semanas. ¿Se lo perdonará Danón? Su hijo es lo que más le preocupa del mundo. Sube al tranvía. Se acomoda. Mira al exterior, ensimismado. Qué extraño que no le haya dicho nada José Covo sobre la enfermedad. Tal vez no se hayan dado casos en Tarragona, que es donde pasan la mayor parte del tiempo…

Antes de regresar a su casa, Carasso se pasa por el hospital de la Santa Creu y habla con una enfermera que conoce de cuando Esterina estuvo enferma: «Nosotros tenemos pocos ingresos, probablemente porque el hospital se está desmantelando, pero en otros centros no dan abasto». Isaac Carasso se echa las manos a la cabeza. «¿Se siente mal, señor?». Las dos niñas están en sus camas, dormidas, las besa, las acaricia. Danón tiene encendido el flexo en la mesa donde estudia, con la cabeza entre las manos. Apenas reacciona cuando su padre entra en la habitación y lo abraza por detrás.

—¿Estás bien, hijo? —pregunta. Danón no responde. Parece enfadado.

Esa noche, Isaac dormirá con su hijo. No hablarán antes de quedarse dormidos, los dos en la misma postura, mirando al techo. Y, por la mañana, cuando ambos despiertan, el padre dirá al hijo:

—No vayas a clase; te quedarás en casa hasta que yo te lo diga.

—¿Y eso? —replica Danón, molesto

No le da explicaciones.

—Es por la gripe española; ¿has oído hablar de ella? —se limita a comentar.

El adolescente frunce los labios.
—Dicen que ataca también a los perros.
Isaac se horroriza.
—¿Cómo sabes tú esas cosas?
—Los he visto, muertos, en la calle.

Es su ilustre amigo el doctor Ferrán, que dirige el Instituto Municipal de Higiene de Barcelona, quien le pone al corriente sobre «la gripe española». Es injusto llamarla así, pero de nuevo España afronta el lastre de la maldita leyenda negra. «Qué se le va a hacer. Cosa de los sajones». Vaya que sí. Dos soldados americanos desembarcan en el puerto de Brest, en el estrecho de Calais. Son miles, pero hay que fijarse en dos. Hace un par de meses. Forman parte de los contingentes de tropas norteamericanas que se suman a las aliadas en el frente de Bélgica. Se llaman W. L. y H. M., nada más. Así. Su plena identidad es un secreto del alto mando aliado. Alguien ha filtrado sus iniciales. Probablemente sean muchos más los atacados por el extraño virus, pero los americanos se curan en salud diciendo que es un caso aislado de un par de marines. «Vaya usted a saber». Lo cierto es que los dos soldados, como otros más que se supone estaban enfermos en el momento de poner pie a tierra desde la barcaza que los traslada al muelle de Brest, han hecho su instrucción en el cuartel militar de Fort Riley, condado de Haskell, Kansas. En el mismísimo corazón de Estados Unidos. Es en ese cuartel donde se incuba el virus, que sufre una mutación letal por culpa de una colosal tormenta de citosinas. Esa tormenta, «me entiende», causa estragos en el sistema inmunológico del cuerpo humano, hasta el extremo de que crea un efecto contrario al deseado. Con otras palabras: las defensas se retroalimentan, enloquecen y permiten la aniquiladora carga viral. Los dos soldados, que el mando aliado pretende, interesadamente, camuflar con siglas, se van de putas esa misma noche. En Brest. La propagación del virus es cuestión de semanas, de días, de horas. Su progresión es geométrica. Los americanos contagian no solo a las putas, sino también a sus propios enemigos. La desesperación de Ludendorff está más que justificada. Más de cincuenta mil soldados alemanes no pueden sostener su fusil. Lo mismo que les ocurre a los franceses. Y a los ingleses. Los ejércitos de uno y otro bando se enfrentan ahora a una guerra más brutal que la que libran con las armas. Pero la guerra de las armas, la que están a punto de ganar definitivamente los aliados, tiene los días contados. Y, claro, el mando militar impide a toda costa que trascienda el origen del mal. Hasta cierto punto, resulta comprensible: desean evitar a toda costa el pánico. La consecuencia de todo ello es que la censura instalada en los ejércitos se amplía al campo político, y los gobiernos imponen la misma mordaza a los periódicos.

Mientras tanto, el virus mantiene su demoledor avance. En el sur de Francia, contagia a cientos de obreros españoles y portugueses que trabajan en labores agrícolas. Mano de obra barata y fresca, muy útil en tiempos de guerra. Las buenas noticias, sin embargo, que llegan del frente bélico permiten a muchas de esas familias adelantar el regreso a sus países. Los enfermos empiezan a multiplicarse. Muchos de ellos, otros con el virus en proceso de incubación, cruzan los Pirineos. Dejan a su paso la semilla del mal que portan. Barcelona se convierte en puerto franco del mortal enemigo. El gobierno de la neutral España no impone a la prensa la censura que los países beligerantes han impuesto a la suya. Y así es como se da la corrosiva circunstancia

de que España es el único país que difunde noticias sobre la mayor pandemia que han visto los siglos. Por la cuenta que les trae, vencedores y vencidos no tardan en aprovecharse; buscan un chivo expiatorio de sus errores y descuidos sanitarios, y bautizan a tan maligno virus con el apellido del país que propagó su existencia.

Isaac Carasso decide enclaustrarse en su casa junto a sus hijos. Será él quien acompañe a Hanna a comprar a La Boquería. Quien supervise la comida, las labores de limpieza en la casa, las medidas higiénicas que deben seguir sus tres empleadas. Quien compruebe que las ventanas se cierran bien. No se separa de sus hijos ni a sol ni a sombra. Aún acudirá, sin embargo, un par de días, al café Victoria, y otra al café Nuevo, para pulsar los ambientes. Al atardecer, se pasará a ver a su amigo Guillem por el Cómico. «Merceditas está en un hospital, con esa gripe de la que hablan como si fuera la peste», le confiesa, con ojos alarmados. Su clientela se ha reducido a la mitad, y a ese paso le confiesa: «En pocos días no acudirá nadie; de seguir así no tendré más remedio que cerrar». Dice que hay médicos en Barcelona que han desaparecido sin dejar rastro, ¿desaparecido?, «Sí, se los ha tragado la tierra, con lo necesarios que son», huyendo de la ciudad por temor al contagio, y que el gobernador civil, González Rothwos, ha decretado su búsqueda y captura. Es la Guardia Civil la que rastrea sus pistas.

Corren los primeros días de diciembre de 1918.

La pandemia se expande por la ciudad: un descomunal redoble de címbalos en medio de un bosque de árboles muertos. Isaac Carasso seguirá durmiendo durante semanas con su hijo Daniel, y en medio de alguna que otra vigilia atormentada por la soledad empezará a crecer en su interior el sentimiento de que solo protegiendo a su primogénito protegerá a sus hijas y se protegerá a sí mismo.

La gripe

—María, ¿te he contado alguna vez lo de la gripe española?

—No, señor.

—Fue terrible.

—No se inquiete, señor.

—Otra guerra…

—Ha tenido una pesadilla el señor.

—La barbarie infinita, María.

Su voz trémula.

María se incorpora. Le toca la frente.

Su padre duerme junto a él. Medio vestido. ¡Se le arrugan las rayas de los pantalones! Dispuesto a salir a la calle. Quizá porque piensa que uno de sus hijos enferma y él tiene que llevarlo, cuanto antes, al hospital o a que lo vea su amigo el doctor Ferrán. Don Jaime.

Su padre duerme.

Y él se levanta. Sin hacer ruido. Descalzo.

Mira a través de la ventana. Los soldados se despliegan en la calle para proteger ambulancias y camiones en los que depositan ataúdes de pino blanco que transportan otros soldados a pie, en silencio. No, no marcan el paso. El acomodo de tantos ataúdes, uno encima del otro, en los camiones, provoca un traqueteo parecido al de un terremoto de baja intensidad.

Han dejado de sonar las campanas de Barcelona.

Los párrocos han prohibido que se den las horas por temor a que se confundan con las campanadas de los muertos.

Llega a la confluencia de la calle del Carmen un carromato de bomberos. Un coche cuba. No hacen ruido. Encienden sus linternas. Proyectan ángulos de luces amarillas desde sus cascos, como mineros en el túnel del carbón. Buscan animales muertos. Gatos. Perros. También a ellos les ataca la gripe.

Se acuesta. Tiene miedo. Se desvela.

Piensa: «Qué tierra prometida es esta que se lleva a mi madre para siempre, que abre barricadas de obreros furiosos en la calle, que sus policías a caballo arremeten contra quienes levantan los puños cerrados, que no tiene colegios para niños judíos, ni sinagogas, contaminada por una gripe que nos obliga a todos a encerrarnos, sin abrir, puertas ni ventanas… Padre, ¿era esta la paz que tú me prometiste?».

—María, la barbarie infinita.

—Descanse el señor.

A punto de dormir, vuelve a sobresaltarse por el largo y lastimero ladrido de un perro. ¿Habrá muerto?

Atento, como si esperase el eco. Junto al convento de los Ángeles. Quizá en el patio del hospital de la Maternidad. Sigue escuchando la música del dolor que le viene de muy lejos y se mezcla con su sangre que circula, lentamente, sin fuerzas, por sus venas. Pero sigue viendo la luz de Charcot, que se filtra por la ventana. Y por un momento cree que uno de aquellos bomberos de luminoso casco lo enfoca a él, muerto de miedo.

7

El Teatro del Bosque reactiva sus erupciones sociales en los primeros días de 1919. La feroz huelga de La Canadiense obliga al gobierno del liberal Romanones a suspender las garantías constitucionales. Naturalmente, detrás hay un general que amenaza con apretar el gatillo. Impotente, Alfonso XIII cede ante el chantaje. «¿No se ha firmado el armisticio?». España hace la guerra por su cuenta. La tiene pendiente desde hace siglos. Una guerra continua, inacabada, estéril. Las autoridades sanitarias tranquilizan a la población: la gripe española ha sido controlada. Los brotes son cada vez más débiles. No mueren los perros en las calles. Solo los ancianos. Isaac Carasso abre las ventanas de su casa en el Carrer dels Àngels como si fuera Noé asomándose por el ojo de buey en el *camarote* de su barco el último día del Diluvio Universal. Bueno, y qué pasará a partir de ahora, se pregunta el sefardí. En realidad, es Danón quien le hace la pregunta a él. Danón, que ha dejado de ser un niño. Su padre tiene grandes proyectos para él. El más importante, sin duda, es el de utilizar su nombre como marca en el mercado del nuevo yogur que se dispone a fabricar. No se lo quiere decir hasta no estar seguro. Antes tiene que hacer números, por si es viable o no montar el negocio, aunque sabe que siempre podrá contar con la ayuda de José Covo, con quien sigue apostando por la exportación de aceite a Francia. Y a otros países europeos que han recuperado la paz. La Cámara de Comercio sitúa a Aceites de España S. A. en el primer puesto del escalafón nacional de exportadores de aceite. Los dos primos han hecho dinero. Pero sucede que mientras Isaac Carasso tiene una familia a la que atender, con tres empleadas de hogar, y debe afrontar gastos de educación para sus hijos, José Covo solo tiene una hija, Marina, que acaba de cumplir ocho años. Además, Carasso desea dotar a su hijo de todos los conocimientos a los que él no ha podido tener acceso. También ha planeado enviar a sus hijas a estudiar a un colegio internacional en Suiza. «Si de una vez llega la paz», se dice.

Porque, ahora, le toca el turno a la suspensión de las garantías constitucionales conculcadas, lo que supone la pérdida de las libertades democráticas y otra clase de guerra, siniestra en este caso, se ha trasladado a la calle: la de las sospechas. Una frase equívoca, un gesto a destiempo, la más mínima complacencia que signifique, o pueda significar, cierta actitud comprensiva hacia los movimientos insurreccionales, puede acarrear la intervención de un miembro del Somatén, banda compuesta por pistoleros revanchistas, institución delatora, reencarnación inquisitorial, que vela por el orden social tal como lo entiende uno de los más reaccionarios militares del siglo: Joaquín León Milán del Bosch, capitán general de Cataluña, héroe en el naufragio militar de Filipinas y catalán de pura cepa. Los pistoleros, sicarios al servicio de patronos adinerados, enriquecidos durante la guerra, disparan por las calles con total impunidad contra los cenetistas.

El gobernador militar de Barcelona, Martínez Anido, lacayo del capitán general, consiente todos los desmanes. A cambio, los militares recibirán los honores de la burguesía catalana. Como las detenciones ganan cada día en intensidad, el ejército envía al puerto de Barcelona dos buques de guerra, el *Pelayo* y el *Giralda*, donde serán encarcelados los revolucionarios, identificados o bajo sospecha. Por la noche y al amanecer, el puerto de Barcelona se convierte en un plató operístico con coros de voces dionisíacas cantando *La Internacional*.

—¿Qué quiere decir Somatén, padre? —pregunta Daniel.

—Estemos atentos, hijo —responde Isaac Carasso.

—¿Atentos a qué, padre?

—A la paz, a la justicia y al orden.

Daniel se acuerda de cuando escuchó por primera vez *La Marsellesa* en la plaza de la Libertad de Salónica:

—¿Eso no es lo mismo que la Revolución francesa?

La verdad es que Carasso, cuando sale a la calle, está más alerta por el señorito con pinta chulesca y corbatín que puede esconder un pistolón en la cintura. Su primo Pepo le ha dicho: «Los del Somatén no tienen nada contra nosotros, pero vete tú a saber». A lo que responde Isaac Carasso: «Eso mismo digo yo. Hay judíos de izquierdas, ¿lo sabías?». José Covo no entiende, ni quiere entender, de política. A él solo le interesa el dinero, y sabe que el dinero está en casa de los ricos, o en las cajas fuertes de los empresarios que se autodenominan creadores de riqueza, grandes fortunas, que en Cataluña hay muchas, cada día más, y en los bancos. La visión de Isaac Carasso abarca en ese sentido una perspectiva menos prosaica y más humanista: «Abraham Benarroya se escandalizaría ante instituciones como el Somatén», llega a pensar. «Y hasta el mismo Jabotinsky, Lobo», de quien ha oído decir que, hace un par de años, se dejó caer por Madrid intentando convencer al líder sionista Max Nordau, refugiado político en España a causa de la guerra, de formar la Legión Judía. Se lo contó su amigo Bensussan en el café Victoria.

—¿Quién es Nordau? —pregunta Carasso.

—Un dirigente sionista. Uña y carne de Theodor Herzl.

—¿Qué hace en España?

—Tuvo que abandonar su país, Austria, por razones de seguridad. Es un hombre importante. Amigo de Romanones y de Nicolás Salmerón.

La perplejidad de Carasso es enorme: no sabe nada del país en el que quiere echar raíces, de su país, tan viejo para él y tan desconocido.

Desde que supo que Merceditas había muerto a causa de la gripe española, Isaac Carasso no pisa el Cómico. Hay nuevas caras en el Victoria: Haim Arias, uno de los refugiados turcos salvados in extremis gracias a la intervención mediadora del gobierno de España; y su amigo Sobol, y Yahiel… Y algunos más que empieza a conocer. En esos corros se comenta que el mismísimo rey Alfonso XIII escribió una carta de su puño y letra al káiser Guillermo recordándole que muchos de los judíos perseguidos por los turcos, aliados de Alemania, durante la guerra, eran súbditos españoles. «Cuidado con lo que hacen tus soldados, Guillermo». Eduardo Dato,

presidente del Gobierno, respaldó la petición de su monarca con una solicitud a todos los gobiernos enfrentados entre sí para que pusieran fin al pillaje contra los judíos en Palestina. Decenas de países orquestaron esa campaña… «España se mueve, ¿o no?».

—Desde luego, así es —afirma Uziel, otro de los salvados in extremis.

—Quién lo iba a decir, un descendiente directo de los Reyes Católicos —dice Sobol.

—Las cosas han cambiado mucho —tercia Haim.

La guerra ha estado a punto de aniquilarlos a todos ellos. Pero la guerra los ha salvado. Y la guerra los ha reunido en España.

Los judíos askenazíes han creado su pequeño gueto en San Gervasi y la Bonanova. No se trata de dividir, sino de sumar capacidades de organización. Y así es como refuerzan la unidad con los sefardíes, más numerosos y con la ventaja del idioma, lo que les facilita los contactos con las autoridades. Falta poco para que unos y otros acuerden crear la asociación Agudath Ahim (Unión de Hermanos), en la que se integrarán muchos judíos sefardíes procedentes de los estados balcánicos, los más desprotegidos hasta entonces. Casi todos viven por Pueblo Seco y las Rondas de San Pablo y San Antonio. Algunos de ellos se presentarán en casa de los Carasso. Requieren su ayuda. Han oído hablar de él. ¿No tendría usted trabajo? Conozco a amigos, a un sastre en la calle del Carmen, a un joyero en Vandoncella…

La comunidad judía crece, más deprisa de lo que cabe imaginar. Lo mismo sucede en Madrid, donde se han asentado poderosas familias que intervienen en la financiación de importantes infraestructuras: la línea del ferrocarril Madrid-Irún, por ejemplo. Madrid y Barcelona tienden puentes de colaboración. Ese entendimiento va a facilitar en un futuro próximo la expansión del proyecto que se cuece en el cerebro de Isaac Carasso. Veamos: si a mediados de mayo se constituye en Barcelona la primera comunidad israelita, un año después serán los sefardíes de Madrid quienes hagan lo mismo. De todos modos, es en Madrid donde se ha inaugurado, dos años antes, una sinagoga, en la calle del Príncipe. Un influyente sefardí francés con nacionalidad española, Ignacio Bauer, cede los locales y corre con todos los gastos de acondicionamiento del local. No es extraño escuchar entre los contertulios del Victoria esta conversación:

—¿Es el tal Bauer amigo de Max Nordau?

—Por supuesto, muy amigos.

—¿Y del rey?

—¡Naturalmente!

—¿Y por qué nosotros, en Barcelona, no tenemos esas amistades?

—Todo se andará.

Los dos núcleos, Barcelona y Madrid, están cada vez más cohesionados. La comunidad judía en su conjunto adquiere una pujanza no imaginada ni por el mismísimo Ángel Pulido, el senador vitalicio que ahora ocupa una vicepresidencia del Senado. Pulido ha cumplido los setenta, pero se muestra más vitalista que nunca: empieza a ver cumplido su gran sueño de rescatar del olvido a los *españoles sin patria*. Será él quien aglutine a unos y a otros, propicie encuentros, organice conferencias y hasta presione para que, por primera vez en la historia

académica de España, se cree en la Universidad de Madrid una cátedra de Estudios Hebreos, a la que se incorpora un intelectual respetable y generoso: Abraham Shalom Yahuda. De todo ello se habla en las tertulias barcelonesas del Victoria, café Nuevo y Cómico. Se ha perdido el temor a manifestarse públicamente como judíos. Pese a las dificultades que no cesan, empieza a percibirse la calidez de la tierra. Ciertamente, el gobierno español aún no ha derogado el decreto de expulsión de 1492, pero no falta el agudo periodista que escribe en *El Sol:*

> ¿Acaso la creación de una cátedra de hebreo no implica la tácita derogación del decreto? ¿En qué mente cabe que las amenazas de tan infame decreto persisten cuando en la universidad se permite enseñar la cultura de ese gran pueblo que lleva nuestra misma sangre?

Es Uziel quien lee en voz alta esa reseña, firmada por Eustaquio Checa. Nada más terminar, exclama, con ojos desorbitados:

—¡Es lo mismo que ha dicho Max Nordau, con otras palabras!

Todos lo miran. Nadie lo entiende. Tampoco Carasso.

> El rey de España no puede meter en la cárcel, por ser judío, a quien ha invitado a desempeñar la noble tarea de impartir la cultura hebrea… Definitivamente, el infausto decreto ha sido abolido…

Uziel es un sefardí turco ilustrado y de buen ver que sigue muy de cerca los acontecimientos y que está al tanto de la repercusión que ha tenido la Declaración Balfour defendiendo la idea de un estado judío en Palestina. La presencia del profesor Yahuda y de Max Nordau espolea a los sefardíes a establecer el Keren Hayesod —Fondo para el Establecimiento en Palestina— en España. Las aportaciones son mínimas, sin embargo. Qué decepción se llevan quienes tomaron la iniciativa. Solo los grandes mecenas de la causa —los Bauer, Farache, Rozanes, Metzger…— secundarán la iniciativa con espléndidos donativos. Pero el resto… Ya se cuentan por miles. Hay que reconocerlo: los judíos españoles son, en su mayoría, pobres, y bastante hacen con mantener el fondo de solidaridad para asistir a quienes más lo necesitan. Ese sí que funciona. Las mujeres se encargan de ello. Van de puerta en puerta visitando los hogares de los más pobres. Les entregan unas pocas pesetas, a veces una hogaza de pan que ellas han comprado en la panadería de la calle Tallers, y otras les llevan una tarta de queso para los niños…

Yahuda, Nordau, Bauer, Nissim Rozanes, el joyero. Dicen que el rey los recibe en audiencia en el palacio de Oriente. Isaac Carasso recuerda los nombres que citan sus amigos mientras aguarda a que llegue el tranvía. Le suenan a personajes de novelas famosas que él no ha leído, a héroes anónimos a los que hay que imitar. Su ignorancia lo avergüenza. Desconoce la existencia de personalidades tan ilustres. Tampoco ha oído hablar de esa declaración, «¿cómo dicen que se llama?», firmada por un ministro inglés, que tanto le suena a la del periodista David Florentín. Aquellos papeles pasaron por sus manos: *«Au Comité de L'Organisation Sioniste-Berlin»*. Se hace con un asiento en el tranvía.

Su vida ha empezado a cambiar y no se ha dado cuenta. Todo ha sido demasiado rápido. Se pregunta: «¿Qué es lo que tiene sentido en mi vida?». ¿A estas alturas? Va camino de los cuarenta y seis años. Sinceramente, no está seguro de su edad. No es un hombre viejo, pero empieza a sentir nostalgia, y hasta cierto pesar, de los años atrás en Salónica, cuando él

acaparaba el interés en los encuentros con sus amigos en la librería Molho o en la biblioteca. Cuando nada de lo que ocurría en el mundo escapaba a su voraz curiosidad. Cuando a él lo visitaban los mediadores que se proponían crear la Región Autónoma de Salónica. ¿Por qué lo buscaban a él? *David Florentín's Memorandum.* ¿Y si él les contara a sus contertulios del Victoria que hubo un tiempo en el que una Salónica judía estuvo a punto de ser una nación independiente? «¡Ni griega, ni turca! ¡Judía!». Como ahora se pretende con Palestina. Con esa declaración… «Balfour. ¡Eso es!». Los ingleses, como siempre, a la suya, queriendo salvar al mundo para salvarse ellos. Volverán los felices días en las montañas de Tran, con Vanyo mostrándole el secreto de aquel bacilo búlgaro que alargaba la vida en un mundo que a toda prisa se preparaba para la guerra. Claro que volverán. Ese es el mundo que ama. Ese es el mundo que lo ama a él.

En el tranvía, camino de su casa, sigue reflexionando. Pronto empezará una nueva década. Necesita reconciliarse consigo mismo. Tiene que librarse del martirio de su soledad. Le horroriza asumir la función de simple superviviente. Bien pensado, es lo único que ha hecho en la década que termina. Sobrevivir. Qué es lo que tiene sentido en su vida, se pregunta. Cumplir con sus obligaciones de buen esposo y padre, de honorable miembro de la comunidad judía, no constituye su aportación esencial al mundo. ¿Alguna vez ha pensado realmente en esa aportación esencial? La que ni él mismo sabe que lleva dentro, su herencia más genuina. Poco a poco, se persuade de que debe iniciar, cuanto antes, un nuevo recorrido. No le importa remar en solitario, repite su insomne espíritu mientras desfilan ante sus ojos paredes arruinadas por el tizne de las consignas revolucionarias. Volverá a interesarse por los avances de los investigadores del Pasteur, del doctor Ferrán… Volverá a estar en el mundo que ama. Acudirá cuando pueda al puerto de Barcelona: observará las maniobras de atraque del paquebote que hace el trayecto entre el Pireo y Barcelona; se hará el encontradizo con algún pasajero desorientado y le preguntará por Salónica, que ahora llaman Tesalónica, por los nuevos planes urbanísticos en la ciudad desolada por el fuego. Desea saber si Ladadika se mantiene en pie. ¿Y la calle Ancha? Ahora se llama, se lo confirman algunos de los viajeros cogidos al vuelo, avenida Venizelos. «¡Oh, Señor!». Se suscribirá a la *Revue Médicale*. Volverá a abrirse al mundo, y sí, se sacudirá el dolor por la muerte de «Esterina, querida» a la que a veces, que el Señor lo perdone, se imagina en sus brazos, entregada al delirio de su amor, y, cuando respira hondo ante el horizonte de sus nuevas esperanzas, prometerá dar lo mejor de sí mismo. No le molestará que en el Raval lo tengan por un judío probo y misterioso, viudo, ¿resentido? ¿Acaso lo parece? Quizá piensen también que es un hombre orgulloso y distante. Que sus amigos íntimos son ricachones anónimos que aparecen y desaparecen como serenos en la noche. No le van las revoluciones. Lo siente por su amigo Benarroya. Los cambios son dolorosos; y más allá del dolor no existe retorno para enmendar los cambios.

Está dispuesto a correr la aventura más arriesgada de su vida. La última, tal vez. Cuenta con la ayuda de José Covo. ¿Y si le comentan el asunto a los Botton? Mauricio Botton distribuye desde Marsella a todo el territorio francés el aceite que le llega de Tarragona. Un buen día deciden viajar a Marsella para entrevistarse con él. Se embarcan en el paquebote *Adriane*. Les sorprende una marejada en el golfo de León y se marean. Vomitan en cubierta. Mario, el primogénito de Mauricio, es un hombrecito cuerdo y serio. Acaba de cumplir dieciséis años. De mirada melancólica, como la de Danón. Qué contento se pondrá Danón cuando le cuente que ha

estado con su primo Mario. Los Botton han decidido residir, por el momento, en Marsella. A Mauricio le atrae más instalarse definitivamente en París que en Barcelona. «Aunque, quién sabe; las maletas están siempre preparadas». No saben que una nueva guerra torcerá su destino y les obligará a cambiar de planes. Ese mismo destino, en su cara sonriente, unirá a las tres familias para siempre. El fantasma de la historia sigue jugando al escondite.

—¿Y dónde fabricarás el yogur? —pregunta Mauricio Botton.

—En mi casa —responde Isaac.

—¿Qué tareas encomendarás a Pepo?

—Seguirá con las exportaciones. No podemos descuidar el buen rumbo de Aceites de España.

—¡Por la cuenta que nos trae a todos!

El fantasma de la historia sonríe: ese encuentro en Marsella va a ser decisivo para el futuro de Daniel. Su padre, tan obcecado como está por la educación del hijo, sabrá —le ha informado Mauricio— que en Marsella se ubica una prestigiosa escuela de comercio, así que empezará a rondarle por la cabeza la idea de matricular en ella a su hijo. Desde luego, no lo habría pensado de no tener familia en la ciudad portuaria. Probablemente, haya sido el propio Mauricio quien ha estado zumbándole la propuesta: «Danón es un buen estudiante, seguro que es bueno para él». Lo dice con cierta amargura y mirando de reojo la reacción de Mario, que los observa a los tres sentado a una silla con una mirada desconcertantemente inocente. No hace falta pedir explicaciones. Con la mano tendida a su primo, Mauricio compensa su disgusto y decepción por el prematuro abandono de los estudios de Mario, que no ha resistido en esa escuela de la que hablan ni un solo curso.

Isaac seguirá masticando la idea durante el viaje de regreso a Barcelona. En cubierta. Esta vez bajo un cielo intensamente azul y con un grupo de felices delfines cabeceando sobre el agua, de un brillo aceitoso que repele los rayos del sol. José Covo, junto a él, le adivinará el pensamiento, pero no se atreverá a interrumpirlos. Él también tiene los suyos: su hija, Nina, sería una buena esposa del joven ante el que está a punto de abrirse el radiante futuro que ellos no han tenido.

—He de confesarte un secreto —dice Isaac, sus ojos entrecerrados, imantados por el juego de los delfines.

—Yo también tendría que confesarte otro —contesta José Covo, dejándose embozar por una sonrisa a punto de ser irónica.

—Acabo de tomar la decisión de bautizar a mi nueva empresa con el nombre de mi hijo.

—¿Daniel?

—Danón.

—¿Así como suena?

—¡Por supuesto!

—Sonaría demasiado a francés.

—Qué importa. La empresa es española.

Se recrea antes de pronunciar de nuevo el nombre:

—Danón, ¿te gusta?

—Me gusta.

—¿Y el tuyo?

—El qué.
—Tu secreto.
—Habría que buscarle una esposa a Daniel, ¿no crees?

El toldo

El asombro hace inabarcable la realidad que despierta cuando abre los ojos. Es curioso que su propia incapacidad para orientarse en el dormitorio —solo cree saber dónde se encuentra la estatuilla de la dinastía Tang— y reconocer en qué lugar del cabezal de la cama deposita su cabeza, incluso si está de lado o de frente, hasta ese extremo llega su desorientación, le ofrece, por el contrario, un nuevo sobresalto consciente, con su perspectiva de colores, de estaciones, de tiempos, de figuras en escorzo: él había visto a Nina, la que veinte años después se convertiría en su esposa, cuando las familias Covo y Carasso coincidían en alguna fiesta del Yon Kipur en Salónica. Vagamente, desde luego. No está seguro. Porque tal vez ese otro recuerdo también sea en Barcelona. ¿De qué puede estar plenamente seguro? De esta imagen, sí: la ve recostada en una cestita de mimbre, envuelta en telas de toalla, como una crisálida negruzca cuando asoma la cabeza por el capullo. En Salónica, él tendría seis, siete años tal vez. Así de morena, tan delicada, menuda y nerviosa, con sus manos-alas revoloteando nerviosamente en el espacio junto a sus padres, tan jóvenes, y su abuelo, la barba blanca y sedosa del patriarca Moisés, que la observa de lejos pues no puede inclinarse sobre ella para no rozar su cuerpecito con sus largas y punzantes escarpias. Ya en Barcelona —esto sí es seguro—, cuando coincidían, eso es, en algún parque o en la plaza del Diamante. Su imagen es más tangible: en el calvero de la ladera de un monte con árboles gigantes, o en una playa junto al puerto, su cuerpecito instalado en un bañador con rayas negras que le viene grande y en el que parece flotar, desde el cuello a los pies, escuálida como una anguila, con sus padres, los de ella y los suyos, bajo un toldo, completamente vestidos, sus rostros sufrientes y soflamados a la sombra del sofocante calor. José Covo, en el mar, lejos, estirando el cuello, la cabeza sobre las olas; viste un bañador de tirantes negros. Horrible su estética: sale del mar frotándose los brazos, con el bulto colgante de sus genitales bajo el bañador. Su mujer lo aguarda en la orilla con la toalla desplegada, le frota la espalda, él tirita grotescamente. Su padre, sentado en una silla de lona, arremangados los pantalones hasta la rodilla, en mangas de camisa, abanicándose con alguno de los periódicos que suele leer: *La Vanguardia* o *La Tribuna de Génova*, al que se ha suscrito. Y ella, Nina, que abandona momentáneamente el juego compartido con sus primas, Juana y Flor, y se acerca a la sombra del toldo para fijar su mirada en él, escrutándole como una candorosa estatua que surge de las arenas del desierto, intentando averiguar los pensamientos del impreciso destino, quizá repitiendo en su

interior algo que sus padres ya le habían esculpido en la mente antes incluso de nacer: «Algún día seré la esposa de Danón». Estaban predestinados. Pero él no lo sabe, ni se lo imagina. Solo se pregunta: «Por qué esa niña me mira tan descaradamente». Aparta su mirada, incómodo. Ella sonríe. Ahora está segura. Será su esposa. Y, como si hubiera conocido en ese instante el secreto de la dicha, vuelve a jugar con sus primas: horada con sus manos la arena, y, cuando toca con sus manos los deditos de Juana, en el otro extremo del agujero, en vez de sonreír a la pequeña, o a Flor, que asiste divertida al infantil espectáculo, levantará la cabeza para mirarlo a él, sentado en posición de buda. Es curioso: él es ya un adolescente con el pubis cubierto de vello; su pene descapullado le empieza a dar algún sobresalto por la noche; a veces se despierta con el vientre manchado por un líquido viscoso y cálido. No pregunta a su padre. Le da vergüenza. Tal vez si viviera su madre… Otra vez su madre. Seguramente no habría sido necesario pedirle una explicación porque ella se la habría dado el mismo día en que lavaba su pijama. Crece entre mensajes que no entiende, perdido en sus propias exploraciones corporales, vallado en la clandestinidad de su ignorancia. Nina, sin embargo, seguirá creciendo como si todos los secretos de la vida le hubieran sido revelados aquel día en la playa, bajo el toldo.

8

Le sigue dando vueltas al nombre. ¿Por qué no Danón, como siempre llamó a su hijo?, aunque suene demasiado francés. De manera que, a primeros de noviembre de 1919, Isaac Carasso hace cola en la sucursal del Registro de Marcas en Barcelona, junto a la plaza de Cataluña, y rellena el impreso de solicitud. Tal como tenía planeado, escribe el nombre de DANÓN en el casillero correspondiente a la marca y la registra a su nombre y con domicilio en Carrer dels Àngels número 1. Cuando le llega el turno, un hombre con gafas de concha, bigote rumboso y manguitos, calvo como una bola de billar, lee el impreso con rutinario interés y estrella con estruendo la palma de su mano sobre el mostrador. Tintinean los cristales de la ventanilla ovalada, tan a ras del tablero que Isaac Carasso debe inclinarse para poder hablar al funcionario, como si se comunicara con él por debajo de una puerta, una rendida al final de la cual ve su gesto torcido, lo que evidencia una inesperada contrariedad.

—¿Ocurre algo, señor? —pregunta Carasso.

—¡Pero hombre de Dios!

—¿Algún error, señor? —pregunta, mirando de abajo arriba.

—¡Me propone usted un nombre familiar!

—¿Es un inconveniente?

—¡Es una cuestión de sentido común, caballero! ¡No está reglamentado poner el nombre de un familiar a una marca! ¿Se imagina usted que los productos, bienes y equipos que invaden nuestros mercados en estos años de explosión económica respondan a denominaciones con nombres familiares? ¿Marcas mundialmente famosas con los nombres de Pepito, Juanito, Gervasín? ¿Con nuestra insigne Hispano Suiza llamándose Alfonsín en honor de nuestro rey, a quien Dios guarde muchos años? —Al hombre le hace gracia su ocurrencia. Tanto es así que inicia un gesto teatral antes de arrastrar el impreso por el boquete de la cristalera para devolvérselo a Carasso, hasta tocar las narices de este pegadas al tablero—. ¡Debe cambiar el nombre, caballero!

—Con mucho gusto, señor —responde fríamente Isaac.

Recoge el impreso y, sin moverse de la ventanilla ni desplegarlo, saca su pluma del bolsillo interior de la chaqueta e introduce un pequeño cambio en el casillero reservado al nombre de la marca. Simplemente, añade una E.

—¡Deje paso al siguiente! —le increpa el funcionario.

—He terminado, señor. Ha sido muy fácil. *Et voilà*…

El hombre de las gafas de concha se sorprende y vuelve a leer el impreso.

—*C’est très bien, monsieur* —contesta, orgulloso de exhibir sus conocimientos de francés —. *Êtes-vous français?*

—*Non, monsieur, je suis espagnol.*

—Mucho mejor así, caballero: ¡Danone!

Hace semanas que Isaac Carasso empezó el montaje de su planta de producción de yogur en la habitación más amplia del piso que ocupa con su familia en la tercera planta del Carrer dels Àngels, bajo un techo cóncavo, abovedado, con ventanas a un patio central poco ruidoso. Él suele llamar a ese lugar *su laboratorio.* Aprovecha el escaso tiempo libre que le dejan sus obligaciones en la empresa de exportación de aceite de oliva virgen. En realidad, ha confiado sus obligaciones gerenciales en Aceites de España S. A. a José Covo. Con el paso del tiempo, no tendrá más remedio que abandonarlas en su totalidad. Covo lo entiende. Mucho más: se presta a ayudarle en todo lo que sea menester. Pronto reconocerá ante sus amigos, y le confesará más adelante a su propio hijo, que nunca habría acometido su gran proyecto sin la ayuda de Pepo. Pero si José Covo es el hombre que le respalda financiera y económicamente, será el doctor Jaime Ferrán i Clua quien pone al servicio del inquieto emprendedor su consejo profesional, su constante aliento moral y su prestigio como investigador y hombre de ciencia, decisivo cuando tenga que vérselas con el elitista Colegio de Médicos de la capital catalana.

Con el doctor Ferrán se ha visto varias veces desde la muerte de Esterina. Hablan largo y tendido en su casa de Tortosa, a orillas del caudaloso Ebro, donde posee un pequeño laboratorio al que denomina, pomposa y puerilmente, Instituto Ferrán. No es vanagloria, ni despecho, sino un simple ejercicio de indiferencia ante quienes lo critican por lo que es. Ferrán i Clua, admirado por Pasteur, Pierre Roux y Paul Ehrlich, está harto de las incomprensiones de algunos de sus colegas españoles, del oportunismo de científicos sin talento y, sobre todo, del imperialismo científico, «que nos obliga a todos, amigo Carasso, a comulgar con ruedas de molino». En el centro de su laboratorio, destaca la presencia de un microscopio de petrógrafo, que emplea desde hace tiempo en sus investigaciones en microbiología. Hace unos meses que ha descubierto la vacuna contra la tuberculosis. Está en la cumbre de su prestigio, pero se ha recluido en su instituto personal para dedicarse con entusiasmo a una nueva pasión: la inmunización preventiva por bacterias.

Carasso y Ferrán se habían conocido en el anfiteatro académico de la Facultad de Medicina, en el mismo corazón del Raval. Ferrán pronunciaba una de sus lecciones magistrales sobre inmunología del tifus abdominal. Atraído por su renombre, Carasso no se pierde la cita con quien pronto se convertirá en su respetado mentor. Al final de la disertación de Ferrán, se establece un turno de preguntas, y uno de los que intervienen es un señor desconocido vestido de negro y con pajarita que ha llamado la atención de los médicos desde que ha hecho su aparición en el magnífico anfiteatro ovalado. Uno de los galenos, Joan Serradell, a quien el desconocido tendrá ocasión de saludar más tarde, será quien descubra su identidad a uno de sus colegas: «Es un judío sefardí; dicen que tiene una fórmula mágica contra la diarrea». Lo ha dicho en tono sarcástico. «¿De qué universidad proviene?», le preguntan. «¡Oh, no! Es un advenedizo, un aficionado, pero tiene dinero». Las maledicencias se ahogarán enseguida en la estupefacción de quienes acuden a la reunión científica tan pronto Isaac Carasso se levante de su asiento para preguntar a Jaime

Ferrán si conoce las aportaciones de Stamen Grigorov e Ilya Metchnikoff al sistema inmunológico en los intestinos, y si las había tenido en cuenta para calibrar sus influencias en el tifus abdominal. Sorprendido, Ferrán i Clua emplaza al desconocido a una conversación cuando termine el acto. En la sala ovalada se concentra un rumor admirativo, casi ostentoso. Isaac y Ferrán hablarán esa misma noche y quedarán en verse otros días. Carasso aprovechará ese primer encuentro para hablar al sabio español del estado de salud de Esther. Unos días después, Jaime Ferrán visitará a la agonizante esposa.

Se intercambian experiencias. Carasso lo escucha con recogimiento casi monacal, sobre todo cuando el médico le descubre que trabajó en persona junto a Louis Pasteur, que uno de sus mejores amigos es Pierre Roux, que admira fervorosamente al solitario y enigmático Alexander Yersin, y que, efectivamente, ha tenido en cuenta los conocimientos sobre inmunología de quien llama, cariñosamente, su «tío Ilya», el más rutilante y loco de los sabios. El sefardí se emociona. Poco puede aportar a aquel hombre cuya sabiduría y experiencia reducen sus conocimientos a un testimonio poco más que pintoresco, pero no elude recordar el glorioso momento de su visita al Instituto Pasteur en compañía de su padre, en el albor del siglo, y el viaje posterior en el que tuvo la fortuna de intercambiar opiniones con el Nobel Metchnikoff en el patio interior del instituto. Le produce cierta vergüenza descubrir ante quien ha salvado con su vacuna a miles de enfermos de cólera en Valencia sus errantes desplazamientos a la región de Tran, a la que Ferrán no logra localizar en ningún mapa conocido, lo que no le incomoda en absoluto, y la herencia que le transmitió su amigo el pastor Vanyo, y el ofrecimiento de ayuda que le hizo al doctor Mizrahí para erradicar una epidemia de cólera en Salónica, y la milagrosa curación de su amigo el pastor búlgaro enfermo de disentería…

—¿Cómo dice usted que se llama ese yogur? —pregunta Ferrán, turbado por el relato.

—Es mi voluntad ponerle el nombre de mi buen hijo Daniel, Danón, que espero, con la ayuda del Señor, pueda continuar la obra que ahora deseo emprender.

—¡Daniel!

—Danone, don Jaime.

El encuentro con Jaime Ferrán es providencial. Quien hasta hace poco ha dirigido el Instituto Municipal de Higiene de Barcelona expresa a Carasso su deseo de contribuir a hacer realidad un «sueño empresarial beneficioso para el género humano». A Isaac le abruma esa expresión de Ferrán, pues le parece grandilocuente, pero en el fondo le satisface. Como le abruma contemplar su físico imponente: un hombre grueso pero bien proporcionado, cabeza de tribuno romano, barba blanca —azulada—, primorosamente recortada, y una calva brillante como si hubiera sido repintada con melaza. El bacteriólogo ha empezado a preparar en el laboratorio del Ebro sus propios cultivos que usa en vacunas y es experto en técnicas de fermentación aplicables a algunas enfermedades. Nunca ha trabajado con cultivos del *Bacillus bulgaricus*, ciertamente, pero no descarta tenerlos en cuenta en sus planes de fundar una especie de instituto de medicina preventiva. «Ese es mi sueño, amigo Carasso: introducir a fuego lento en los obtusos cerebros de nuestras autoridades la necesidad de destinar una buena parte de los presupuestos que derrochan tan insensatamente a preservar la higiene de la ciudadanía en su más amplio espectro, como base preventiva de su salud integral». Poco tiempo le hace falta a Ferrán para creer que el *jaurt* de su

amigo sería un buen comienzo para prevenir enfermedades que tienen que ver con la destrucción de la flora intestinal.

Ha sido el destino el que ha trazado sus coordenadas de encuentro. Soñadores, inquietos, heterodoxos, rebeldes. Coinciden hasta en sus estilos ampulosos, que hacen que uno se regodee en las palabras del otro. Se escuchan como si entre ellos mediara la rejilla de un confesionario. Es evidente que sus puntos de vista convergen en una rama de la biología: la inmunología.

—¿Sabía usted, amigo Carasso, que fue un historiador, Tucídides, el primero en dar en el clavo?

—¿De veras? Lo desconocía, doctor Ferrán.

—Solo quienes se han recuperado de una enfermedad pueden cuidar a los enfermos sin riesgo de contraerla de nuevo. ¡Tucídides, amigo mío! ¡Hace más de dos mil años! Algo tan elemental como las pruebas con los pollos inoculados que hizo Pasteur, o como el bacilo búlgaro del que me habla que anida en el fluido de las ovejas y despierta las defensas dormidas en los intestinos enfermos…

Ferrán, que anda por los sesenta, se siente protector de su amigo el sefardí, superviviente de guerras y odiseas cuyos relatos, en su casa de Tortosa, mientras observan la corriente arremolinada del Ebro, anhelando su desbordamiento en el delta, escucha con sincero deleite, casi como un niño, lo que es, a pesar de su edad. Un niño prodigio y pionero en inventos aparentemente estrafalarios que darán mucho que hablar en los próximos años: solo unos meses antes de que lo haga Bell con su teléfono, experimenta con artefactos que permite hablar a seres humanos distanciados por kilómetros, ¡desde Tortosa a Tarragona!; con tejidos fluorescentes, con procedimientos para el revelado instantáneo de fotografías mediante emulsiones de bromuro de plata y gelatina…

—¿Y dónde producirá usted sus cultivos, amigo Carasso? —pregunta el doctor Ferrán.

—Si lo hice otras veces en casa, en Salónica y Lausana, supongo que podría hacerlo ahora en la del Raval. Pero soy consciente de que esta es una ocasión muy especial y comprometida, lo que me induce a pensar que merecería la pena obtener la cepa originaria del bacilo búlgaro por procedimientos estrictamente científicos en el Instituto Pasteur de París.

—Tiene usted mucha razón en lo que dice, amigo mío. Y me agrada sobremanera que no haya caído en la tentación de brindarme la posibilidad de elaborar esos cultivos en mi laboratorio. No, no tome usted a mal lo que le digo. Seguro que el conseguirlos en el Pasteur le garantizará una buena acogida por parte de las autoridades sanitarias, siempre recelosas e imprevisibles en lo que atañe a experimentos que tienen que ver con la salud pública. Como tiene que ser, por otra parte. Pero este país es tan generoso como mezquino, y no puede uno fiarse… Mucho menos de los funcionarios con ínfulas de sabios que se parapetan tras los mostradores.

Será Ferrán quien le proporcione los contactos en el Instituto Pasteur de París. A finales de noviembre de 1919, Isaac Carasso se desplaza a la capital de Francia y se entrevista con el mismísimo doctor Roux, director del instituto. Atiende al sefardí en su despacho de la calle Ulm. Roux es un anciano de aspecto ascético y mirada escrutadora. Está tuberculoso, tose con alguna frecuencia, siempre discretamente: pasa su pañuelo blanco por los labios como limpiándose las gotas rezumantes de un buen vino. A Roux le seduce el francés culto y refinado de Isaac

Carasso, que le recuerda a un joven actor que empieza por esos días a hacerse famoso en París: Fernand Ledoux. Ha asistido hace poco a una de sus representaciones teatrales y tiene la misma dicción que «este singular personaje judío, poseedor de la inimitable gallardía de los caballeros españoles».

—¿Cómo está mi viejo y admirado doctor Ferrán?

—Inventándose cosas, *monsieur*, desde su terraza junto al Ebro.

—Magnífico, magnífico. ¡Lo que daría por abrazarlo y estar unos minutos junto a él! ¡Ah, el día que en España se le haga justicia!

—Me ha rogado que le transmita esos mismos deseos, doctor Roux, y que me interese por su salud. Sepa usted que lo aprecia de veras.

—«¡Oh, rabia, oh desesperación, oh vejez enemiga!». Corneille. *Le Cid*. ¿Conoce usted la obra de Corneille?

—No, *monsieur*.

—Dígale a mi querido amigo que sigo enfermo, pero más decidido que nunca a vencer a mi tozudo enemigo. Ni este instituto ha sido capaz de fijar mi fecha de ejecución.

—Lo haré, *monsieur*.

—¡Conque usted conoció a aquel delirante e inimitable ucraniano!

—¿Se refiere usted al profesor Ilya Metchnikoff?

—¿A quién si no?

—Tuve la suerte de conocerlo, sí…

—¡Oh, el viejo Metchnikoff y sus estrellas de mar!

Unos días después, Isaac Carasso abandona París. Porta cuidadosamente un envase metálico que ha sido diseñado en el mismo instituto para mantener la temperatura estable del grumoso, casi coagulado, líquido que alberga en su interior: Cepas del *Lactobacillus bulgaricus*. Conglomerados de bacterias y levaduras. Colonias de millones de microorganismos en forma de bastoncillos. Criaturas vivas en estado de gracia. Cultivos iniciáticos, conjuradores del milagro que obrará la fermentación de la leche. Y cuando sube al tren que lo devolverá a Barcelona, sonreirá ensoñadoramente al recordar las historias de los antiguos tracios, la de aquel dios Orfeo que regaba la tierra con su sangre, con el vivificante elixir que ahora abraza contra su pecho.

El laboratorio

Aquel día, por la mañana de intensa luz que llega desde el patio de vecinos, todo lo contrario de ahora en Charcot, sumido en lóbrega oscuridad, empieza a creer en las historias que le contaba su padre sentado al borde de la cama, antes de que él recitara los aduladores versos ante el sultán Hamid. Empezó a creer en ellas cuando vio a su padre al día siguiente en su *laboratorio*. Le hacía gracia que lo llamara así. Al final de un largo pasillo. Una habitación apartada del resto y suficientemente espaciosa como para colocar varias cubas de hasta sesenta litros de capacidad, lo que a él, entonces, ya adolescente, le parecía una barbaridad. Y, junto a las cubas, de cobre estañado, ollas, y las neveras de distinto tamaño, diseñadas en Lausana, que ahora le fabrica un empresario del Ensanche al que llaman Fortuny, como al pintor, quizá es pariente. Su padre no se separa de aquel pequeño recipiente de reluciente metal: «Ven, posa tus manos sobre él», le dice. Danón. Probablemente es la última vez que lo llama así. Daniel lo obedece sin pestañear, y siente al tacto de sus dedos una extraña calidez, como si en lugar de tocar un metal rozara con las yemas el buche de un pichón. Luego, su padre se pone una bata blanca y empieza a moverse por la habitación como un rabino antes de entrar en la sinagoga que no encuentra los libros sagrados. Toca todo lo que hay a su alcance, sobre los mostradores o repisas de los armarios que había encargado le fabricasen, las herramientas de madera a emplear para remover los líquidos, las lecheras rebosantes, los cajones de hielo en las neveras, los termómetros dispuestos para tomar la temperatura de cada una de las cubas, los filtros especiales donde debía verter los cultivos, las mantas de lana cuyo calor permitirá prolongar el proceso de fermentación. Ahora que lo piensa: lo único realmente sofisticado es el prodigio natural del que eran capaces aquellos cultivos poco menos que precintados en la caja fuerte del envase que su padre había traído de París, las poderosas semillas transformadoras. Todo lo demás, el desarrollo de la ceremonia, los movimientos del actor único en escena, sus nervios contenidos, sus ojos extraviados posándose constantemente en los distintos objetos del decorado, como si cada uno fuese un apuntador al que pedir socorro, constituían los elementos prosaicos de los que se hacía valer la propia naturaleza para demostrar a los escépticos, como había sido él durante tantos años, que los sueños se hacen realidad cuando se cree en la fantasía de quien los ha imaginado.

Fue a partir de ese momento cuando empezó a creer: se calienta la leche hasta conseguir una alta pasteurización. La leche se vierte a las ollas. «¿Me ayudas, hijo?». Fascinado, el joven Daniel acude presto a la llamada de su padre. «¿Y qué hago?», interpela. Está nervioso. Vierte la leche en las ollas utilizando pequeños cazos. La operación se repite en tres ollas. Las calientan a fuego lento de gas. El lechero le ha garantizado que la leche ha sido ordeñada esa misma

mañana. Vanyo tenía muy en cuenta esa circunstancia. No puede evitar acordarse del viejo sistema, que él ya usó en alguna ocasión, para medir la temperatura: mete su codo en el líquido. La sensación debe ser intermedia, entre el frío y el calor. Más bien lo segundo. Algo más que templado, sin quemar. También Daniel se atreve a arremangarse la camisa y a meter el codo desnudo. Sonríe. Qué tal. Isaac no se fía mucho. Así que introduce un termómetro, de los especiales que le ha regalado el doctor Ferrán, y aguarda a que marque cuarenta y cinco grados centígrados. No, la leche no debe hervir. Cuidado con el fuego, Daniel. ¡Daniel!, se sorprende el jovencito. Contiene las lágrimas el anciano que muere en Charcot. Con una pipeta, traslada a las ollas una pequeña porción de los cultivos elaborados en el Instituto Pasteur. Remueven las cepas con palas. Lentamente. Se inicia la inoculación. Cuanto más tiempo, mejor incubación de las cepas. Cubren las ollas con papel de periódico y con mantas de lana encima. Es como mejor se mantiene la temperatura estable del proceso, meticuloso, en el que el hombre, Isaac, su padre, el nigromante, parece en todo momento tomar el pulso de la leche que está siendo fermentada, como la amante que se abandona al gozo del amor hasta quedar extenuada. Cada hora, reloj en mano, se retira una manta, reduce la temperatura, prolonga la penetración del bacilo búlgaro en el gran vientre de leche. Y luego, al final, medirá la temperatura ambiente, cálida, impermeable en una habitación sin corrientes de aire, seca, con poca luz, como ahora, en el bulevar…

9

Los comienzos son tan excitantes como aquellas travesías en carromato de feria hasta Tran a través de boscosas montañas y desfiladeros, pero ahora está en Barcelona, en una de las ciudades más populosas e industriales de Europa, en un país, España, que lo ha recuperado, él desea que para siempre. Isaac Carasso está pletórico cuando expira 1919. Se encara a la década prodigiosa de los años veinte. Los felices años veinte. Se siente renovado por dentro y por fuera. Su rostro y su nombre empiezan a ser reconocidos en el barrio. No oculta su condición de judío sefardí. Es un hombre libre. Menudea por Las Ramblas, por los muelles del puerto, por los bares más concurridos, por los bailes del hotel Oriente, por la Maison Dorée, para dejarse ver y al mismo tiempo observar a la gente, hacerse el encontradizo con médicos, con farmacéuticos, con funcionarios que conoce, con pequeños propietarios de negocios, judíos o no. Su entusiasmo y vitalidad despiertan adhesiones por donde pasa. Tan educado, tan serio. Inspira confianza. Mantiene sus formas impecables. Las rayas recién planchadas de los pantalones. Ha puesto de moda la corbata anudada con pasador dorado a la camisa de cuello duro cerrado, aunque sigue utilizando su pajarita al cuello. José Covo se rinde a la evidencia de que Isacino está haciendo realidad sus sueños, que ya no lo son tanto, como puede comprobar por sí mismo. Ha hecho una buena inversión y ya no le sermonea desde el púlpito de hombre pragmático al que le importa, sobre todo, hacer dinero. En pocos meses, Isaac Carasso logrará producir cuatrocientos tarritos de «yogur Danone» al día. No es mucho, piensa. Hay que duplicar la producción cuanto antes. Tan sumergido está en el océano que domina que no acude al acto de constitución de la comunidad israelita en Barcelona. Está al tanto de todo cuanto se ha hecho, de la firma de los estatutos ante el gobernador civil González Rothwos, el 31 de diciembre, de las primeras gestiones orientadas a buscar un local. Ya se tiene visto algún chaletito. La comunidad cuenta con su respaldo, pero, por el momento, se mantiene al margen de esa puesta a punto que culminará con la apertura de la sinagoga sefardí. Es su deseo que nada ni nadie perturben sus planes, mucho menos en estos primeros meses de travesía. De modo que le dice a José Covo que sea él quien intervenga en las gestiones directivas de la comunidad, y cuando su primo le informa que se ha establecido una derrama inicial de cinco mil pesetas para formar parte de la junta directiva, le dice que no puede hacer frente a ese gasto, que lo asuma él, que ya arreglarán cuentas, y que se entregue con el mayor entusiasmo a las labores de poner en marcha la comunidad judía. Carasso conoce a la mayoría de los socios fundadores: Barchilón, Matalón, Haim, Sobol, Yahiel y, naturalmente, los hermanos Metzger. Edmundo será elegido presidente. Le extrañó no ver en esa relación a algunos de los amigos que estuvieron junto a él en los días amargos de la muerte de Esterina: Talarevitz y Alazraki, entre ellos. Pero, como le ha sucedido a

él, a sus amigos les ha parecido excesiva la derrama estipulada para acceder a los puestos directivos. A Carasso le extraña sobremanera que el punto de partida de la comunidad pueda ser aprovechado por tan pocos. La mayoría de los judíos que siguen llegando a Barcelona son pobres y necesitan ayuda. Por esas fechas, se expande la noticia de la llegada de grupos numerosos de judíos ucranianos que acaban de sufrir persecución en los pogromos organizados en la Unión Soviética.

Corren tiempos difíciles. Solo unos pocos disfrutan de los felices años veinte. Los enfrentamientos sociales no han amainado en una ciudad que ha superado los setecientos mil habitantes. Los pistoleros y los anarquistas contra los patronos envalentonados por el apoyo de los militares mandan en las calles, desbordadas por una guerra sucia que a las autoridades se les escapa de las manos. Las revueltas y la represión policial incendian de ira los barrios por la noche. Es el ambiente al que se asoman los tarros del yogur Danone fabricados en el Carrer dels Àngels. Unos tarros cuyo diseño ha sido concebido por alguien que desea conjugar el espíritu del contenido con el preciosismo de la forma. Isaac Carasso ha sido nuevamente fiel a sus principios de crear un producto casi medicinal, orientado, por tanto, a prevenir y preservar la salud del ser humano, como lo hiciera en Lausana. No hay nada nuevo, por tanto. Si acaso, una vuelta de tuerca para reforzar la puesta en escena del producto. Esa idea, tan personal y única, le obliga a cuidar al máximo el detalle: lo que él vende no es un simple yogur. Es un yogur natural y fabricado con arreglo a métodos artesanales heredados de los antiguos tracios. No quiere embaucar, sino convencer. Los españoles apenas consumen productos lácteos. Introducir el suyo en ese mercado entraña una dificultad adicional, inexistente en Suiza. Su estrategia, para convencer, pasa por exhibir la excelencia del producto, por demostrar que cuanto dice se ajusta a una realidad científica. Con la ayuda de su amigo Pagès, propietario de una pequeña fábrica en Mongat dedicada la fabricación de piezas de porcelana, logrará, finalmente, diseñar ese envoltorio tan personal y único como el producto que contiene: un pequeño envase de porcelana en forma de estuche. A veces, cuando lo observa, cree que es un joyero. Un pequeño recinto de forma cilíndrica. Con una base de color marrón. De cintura para arriba, blanco, sobre el que se estampa el nombre de Danone con un grafismo inédito. La tapadera es tan delicada como el propio estuche, con asa, para que pueda destaparse y cerrarse con más facilidad. La filigrana se consuma con un delicado lazo, que parece, de lejos, elaborado con puntillas, y que envuelve el envase para garantizar su calidad. Cuando se rompa, o lo corten las tijeras, el joyero podrá revelar el secreto que anida en su interior. Es una especie de cinturón de castidad. El himen que certifica la virginidad del producto. A un europeo no se le puede ocurrir algo semejante. Solo a un sefardí fiel a los valores y tradiciones de los de su estirpe.

La puesta en escena del producto, el pacto de fidelidad que ha firmado Carasso con su idea original, ha revolucionado el cerebro del perseverante empresario. Veamos: él desea casar Oriente y Occidente, la autenticidad primitiva de los Balcanes y del Imperio otomano con la Europa entregada a la modernidad y al mismo tiempo seducida por el pintoresquismo de lo salvaje. Él mismo dibuja el reclamo por la noche, sobre la mesa del comedor de su casa, bajo la atenta mirada de Daniel: un fondo de minaretes, guirnaldas, flores, telas preciosas; una joven turca, hermosa y sugerente, con atuendos orientales —velos, sedas, joyas—, descalza, muestra el

delicado envase de porcelana, y abajo, la leyenda: «Danone, poderoso alimento, reconstituyente del estómago e intestinos». También se encargará de pegar esos pasquines en las vitrinas y escaparates de tiendas y farmacias. Aplica sobre el papel unas gotas de pegamento que extrae de un tubo y fija el pequeño cartel en el cristal. Siempre se despedirá del propietario del establecimiento, o del encargado, con las mismas palabras: «Si le queda señal en el cristal cuando despegue el papel, hágamelo saber para que venga a quitar las huellas». Habla con todos. Despliega su portentosa capacidad de seducción para convencer a unos y otros de que le permitan pegar el cartel de la joven y atractiva turca vestida de odalisca. Menos mal que tiene las espaldas cubiertas. Detrás de él, manejando los bastidores del proceso productivo, está su sobrino Mario Botton Carasso, aquel niño, varios años mayor que su hijo Daniel, que enseñaba a este a escalar las murallas de Salónica. Mario es ya un hombrecito con la mente muy bien asentada que, probablemente, se sienta obligado a hacer méritos para casarse con Juana… Todavía le quedan años por delante. Como a Daniel y a Nina, la hija de José Covo. Mario, que se ha instalado en la casa de Àngels, es el cerebro organizador, calculador de tiempos y de gramos, que necesita el negocio. «Gracias a ti», le dirá en alguna ocasión su tío Isaac, que se deja caer, exhausto, sobre un sillón después de visitar tiendas, consultas de médicos y farmacias del Ensanche… «El mérito es todo tuyo», le contestará el sobrino, que tiene pinta de sabio retraído: mente despejada, pelo abundante y bien peinado, ojos azules, casi grises, en los que se adivina la vara de una voluntad inquebrantable. La verdad es que el trabajo de Isaac Carasso como relaciones públicas es extenuante. Además de la protección, ampliamente reconocida, del doctor Ferrán, ante el sanedrín oficial de farmacéuticos y médicos colegiados, cuenta con el aval inestimable que le brinda un amigo de don Jaime, Ricardo Moragas, profesor de Bacteriología en la Academia de Ciencias Médicas de Cataluña. De nuevo, la irresistible atracción de los bacteriólogos, de los que buscan en ese mundo de poblaciones infinitas las claves de la inmunología. Gracias a Moragas y a Ferrán, Isaac Carasso conseguirá el respaldo oficial de las autoridades sanitarias y de los médicos y farmacéuticos colegiados. Será el propio Carasso quien, con sus explicaciones a pecho descubierto, ahuyente las últimas reticencias. Y llegará un día, no muy lejano, en que la plana mayor del Colegio Oficial de Médicos de Barcelona haga una visita al «taller del inventor sefardí». Isaac Carasso se ha encargado, el día anterior, de contratar los servicios de un fotógrafo de *La Vanguardia*, que vive en el Carrer d'Elisabets, vecino al fin y al cabo, para que con su cámara, una esteroscópica Jumelle con *flash* incorporado, perpetúe el histórico momento: Isaac Carasso, vestido de negro, en pose de húsar, con su estilosa corbata con pasador anudada al picudo cuello duro de la camisa blanca, cruza las manos sobre su cintura y ladea ligeramente hacia la izquierda su erguido rostro, probablemente en busca del mejor perfil, justo en el centro de una cohorte de médicos que parecen haber sido instruidos para que esquiven la presencia del fotógrafo y enfoquen con sus ojos al primer hombre que ha industrializado el *jaurt* en España, también en el mundo, con sus barbudos semblantes dignamente expuestos a un objetivo incapaz de descubrir, al fondo, junto a una de las cubas de sesenta litros, las facciones sonrientes del joven Mario Botton Carasso, aupándose con su traje de faena, una bata blanca. El fotógrafo parece haberse inspirado en *La lección de anatomía,* de Rembrandt, y así se lo sugerirá Isaac Carasso cuando le entregue el original y varias copias días después: «Pero usted está vivo, don Isaac», le dirá Jaume, orgulloso.

Mario

A pesar de que la diferencia es solo de cuatro años, Danón miraba a su primo Mario Botton Carasso como si lo hiciera a lo alto de una montaña. Siempre fue así, desde que jugaban en las murallas de Salónica o se bañaban en el muelle del puerto, cerca de la zona embalsada donde tomaban su baño las mujeres menstruantes. Ellos se preguntaban por qué todas juntas, vestidas con túnicas de todos los colores, con toallas en forma de turbantes cubriendo sus cabezas, cuchicheando entre ellas mientras los hombres, desde las primeras rampas de Ladadika, las observaban inmóviles como lagartos al sol y con una pizca de malicia en sus ojos. Ellos aguardaban a sus madres, Esther y Raquel, anclados en algún saliente de las rocas, y las veían aparecer al cabo de un tiempo encerradas en sayos blancos que parecían recién estrenados, de tan limpios, y *kofyas* sefardíes rematadas por aljófares de color esmeralda. Los envolvían en las toallas que habían empleado en el *mitvá* y luego los secaban y los vestían. Se habían juramentado de niños para vivir juntos el resto de sus vidas. Lo ve sentado ahora, en su casa de la Diagonal barcelonesa, el día en que cumple cien años, agasajado por sus jóvenes empleadas de hogar, todas aragonesas, Esperanza, Pilar, qué bellezas, radiantes, preparando a don Mario la tarta de arándanos con cien velas, y él sin moverse de su asiento, recto como una estaca, diciendo a todo que sí, preguntando, de vez en cuando, ¿no ha venido mi primo?, han llamado por teléfono y llegarán de un momento a otro, y así era, pues, cuando Pilar daba el recado, Daniel y Nina, cogidos de la mano, hacían su entrada en el salón con su primo en el centro del altar, con el aura de bondad que lo acompañó toda su vida. Una inmensa soledad sobre sus hombros de anciano. Desde que murió Juana, hace años, Mario ha dejado de sonreír. Lo besan, qué tal, como estás, y Daniel le pasa la mano por la cabeza. Nina se inclina sobre él antes de abrir una caja rectangular envuelta en papel de regalo, mientras Mario Botton Carasso observa los ágiles movimientos de los delgadísimos dedos de «la mujer de la eterna sonrisa», como él suele llamarla. Y qué me has regalado, se le escucha, quedamente, apenas puede hablar. Es un jersey de lana con botonadura, de color gris, que Nina despliega para simular que se lo prueba y le queda bien, y él, Mario, levanta los ojos en busca de los de su primo, que también lo observa, divertido, «A nuestros años, Mario, pues lo mismo digo yo»: si Mario había cumplido cien, Daniel estaba a punto de cumplir noventa y seis. Noventa y seis… ¿O eran noventa y siete? «Me sentía bien», murmura en su habitación de Charcot. Sí, todavía no había hecho el viaje a China, ni le habían rendido el homenaje por sus años al frente de la empresa, ni había muerto Nina… Desde el extremo del gran salón de la inmensa casa en Diagonal, de tres apartamentos unidos mediante un ingenioso

sistema de escaleras y ascensores interiores, Daniel no separa sus ojos de aquel hombre, inmóvil en su silla, sin el que no puede entender su vida…

—¿Dónde está Mauricio?

—¿Quién es Mauricio? —pregunta Jacqueline, recién incorporada.

—Mi sobrino.

—¡Oh, lo siento, señor!

—El pequeño Mauricio.

—No ha venido, señor.

—Su hija ha sido la que ha llamado.

—Sí…

—Vendrá de un momento a otro.

—Avíseme…

—Descuide.

Cierra los ojos, rendido a la evidencia de la catástrofe.

10

Aplica en todo lo que hace la minuciosidad del cartógrafo. En el membrete de las cartas ha estampado la silueta de un microscopio. Para que nadie se llame a engaño: su producto está inspirado en métodos científicos. Carasso hace imprimir un centenar de cartas, que personaliza escribiendo, de su puño y letra, junto al membrete, la dirección del farmacéutico o médico. A los directores de hospitales y clínicas les dispensa un trato especial. Se cita con ellos y les explica directamente las propiedades medicinales de su producto. En ocasiones, les cuenta sus experiencias personales en Tran y en el hospital Clara Hirsch de Salónica. La perplejidad se asoma en los rostros de algunos de esos interlocutores, que no logran entender del todo las explicaciones de un hombre vestido elegantemente, que se explica con elocuencia y que no duda en citar, cuando le conviene, la experiencia que le une a los ilustres doctores Moragas y Ferrán. Llegado el caso, imparte breves lecciones magistrales al cuadro médico de un hospital. Aunque, luego, el uso comercial revele atavismos trasnochados, pero no importa. La escasez de medios agranda el valor de los resultados y aporta pintoresquismo a la leyenda. Los delicados envases de porcelana, metidos en cajas, recorren las calles del Raval en carretillas tiradas por el propio Isaac, o por su sobrino Mario, o por algún sefardí contratado de los que acaban de llegar a Barcelona, no importa que no hablen un español fluido, como es el caso de los refugiados ucranianos. Así es como el producto empieza a distribuirse por farmacias, clínicas y consultas particulares de médicos, que pronto empezarán a recetar el yogur para combatir diarreas y regenerar la flora intestinal. Entre esos médicos hay uno al que tiene en gran estima: Gabriel Perahia, recién instalado procedente de Bucarest, al que su amigo Jaume Ferrán ha introducido en el selecto grupo de especialistas cardiacos.

Se encarga a una imprenta, propiedad de Aarón Beraha, sefardí de Adrianópolis, la impresión de dos mil pasquines que se entregan en mano de los transeúntes en horas concurridas, las más bulliciosas de los domingos, en la calle del Carmen, en Las Ramblas, en el Paralelo. Jóvenes con trajes de domingo y bien aseados se encargan de repartirlos en puntos estratégicos: en la puerta del hospital de la Creu, o en el convento dels Àngels, a la gente que acude a misa, o a la salida, en la puerta de los almacenes El Indio, que registra gran afluencia de compradores los sábados por la tarde, o los domingos por la tarde, a la hora de tomar café, en el Cómico o en el Victoria. Naturalmente, su amigo Guillem ha dado permiso para situar en las puertas acristaladas de su local Alameda, en el Cómico, uno de los carteles con la lozana turca ofreciendo el estuche del yogur sobre un fondo de colores apastelados. La verdad es que no desdice en absoluto de los que

difunden la intervención de coristas renombradas del Music Hall. Los folletos de mano, por el contrario, propagan un reclamo simple y categórico:

YOGUR DANONE
RICO RECONSTITUYENTE
(DE VENTA EN FARMACIAS)

En pocos meses, la producción se sitúa en quinientos envases diarios. La rudimentaria distribución del producto en carretillas, de casa en casa, experimenta un avance significativo el día en que Isaac Carasso llega a un acuerdo con José Préscoli, un simpático y dicharachero empleado de correos a quien ha conocido en el Cómico, amigo por más señas de Guillem. Un hombre bien parecido y sumamente cortés con el que hace buenas migas. Hace tiempo que al inquieto sefardí le ronda por la cabeza la idea de emplear los tranvías de Barcelona para transportar su *jaurt.* Los tranvías, de color verde y amarillo, son mucho más modernos que los de Salónica. Tienen cuatro ventanillas en cada lado y dos plataformas ovaladas a las que se accede abriendo unas incómodas portezuelas de ballesta. Carasso ha diseñado unas cajas de cartón con compartimentos estancos y capacidad para veinticuatro envases. Aunque precisan de cierta atención por parte de quien las maneja para no volcar su contenido, son fáciles de transportar y pesan poco: unos cuatro kilos. Carasso ha inspeccionado el terreno. Se sube a los tranvías y hace los trayectos que más interesan en función de las farmacias, sobre todo, o clínicas privadas localizadas en su mapa de puntos de venta. Constata que los carteros van en tranvía sin pagar billete; viajan junto al conductor, de pie; el conductor les hace un hueco junto al puesto de mando del *cadenero* para dejar sus carteras rebosantes de correspondencia; en algunos casos, portan pequeños paquetes, cuyo peso, calcula por encima, no suele sobrepasar los cinco kilos. ¿Y si los carteros transportaran sus paquetes de yogur?, se pregunta. Tiene en cuenta que el servicio le reportará un gasto, pero está dispuesto a valorarlo y a compararlo con el que le supondría el uso de vehículos propios o alquilados, como ya hiciera en Lausana.

—Déjeme que estudie su propuesta —le dice Préscoli, dispuesto a echar una mano.

—Por supuesto, compensaría el servicio, siempre que sea un precio razonable —contesta Carasso.

—Todo va a depender de lo que digan los carteros.

—Entiendo que así debe ser.

Quedan a tomar café en el Victoria dos días después. Préscoli da su consentimiento, pero pone una condición: que los carteros hagan ese trabajo fuera de sus horas habituales de servicio. A Isaac Carasso le parece lógico. Tendrá que reunirse con media docena de empleados para llegar a un acuerdo económico. Apenas discuten. Son ellos los que se fijan los turnos de trabajo teniendo en cuenta la jornada laboral de cada cual. A Carasso le interesa que el servicio se haga en horas que coincidan con la apertura de establecimientos. Entre las ocho y las nueve. No importa que sea un poco más tarde. Su mente no deja de bullir: hay que entregar la mercancía en la farmacia antes de la hora habitual del desayuno, para que las amas de casa incorporen el yogur a la dieta de las mañanas. A los farmacéuticos les parece una idea excelente y no tardarán, por la cuenta que les trae, en promover el uso del nuevo producto entre sus clientes. Carasso se muestra flexible para acomodar sus exigencias a las horas libres de *sus* carteros, que en pocos días, tan

pronto se ha corrido la voz, se han duplicado. Empieza con una docena de voluntarios. No tardará mucho tiempo en que sean más. El servicio funciona. Desde el primer día, Isaac Carasso se convierte en una especie de inspector tranviario atento al transporte de sus envases de yogur. Su presencia impresiona a los carteros, que se toman el trabajo con seriedad y rigor. Igual que algunos conductores de tranvías; en un bolsillo de sus uniformes, el empresario deja caer de vez en cuando un sobre con dinero. Así recompensa su colaboración: detienen el tranvía, o ralentizan su marcha, en lugares que no corresponden con las paradas pero próximos a una farmacia o a una clínica, avisando con tiempo al cartero para que abra las portezuelas de ballesta y baje, o se tire a la carrera, con su paquete de yogures elaborados la noche anterior.

El ritmo frenético del trabajo lo transforma. Isaac Carasso es un hombre distinto. La plena renovación interior le llega un día en que se dirige a la sinagoga de Barcelona en compañía de sus hijos. Es la primera vez que acude. Se siente colmado, feliz. Lleva anotada la dirección: «Esquina Provenza-Balmes», en pleno corazón del Ensanche. La sinagoga es pequeña, decepcionante por su tamaño, pero luminosa y acogedora. Ocupa una planta del chalé en el que también se ubica la sede de la comunidad israelita. Ha oído decir que la planta baja y el entresuelo serán desocupados pronto por sus inquilinos, y que, cuando ese hecho se produzca, el comité director de la comunidad tiene la intención de alquilarlos. El día anterior a la visita, Isaac Carasso ha vestido a sus tres hijos de blanco —como reza la tradición sefardí— para celebrar en casa el Yon Kipur. Él se ha colgado a los hombros el manto cuadrangular del *talit.* Suben en Las Ramblas al tranvía que les dejará muy cerca de la confluencia Provenza-Balmes. Es una cálida mañana invernal. El conductor del tranvía lo reconoce. Los cuatro acuden al canto del Neilah. Estrecha la mano del conductor antes de bajar. Agarra las manos de sus hijas, que han estrenado vestidos largos, a modo de túnicas, y zapatos acharolados; Hanna les ha anudado lazos blancos de seda en la cabeza. Daniel, con pajarita también blanca, tan serio como en él viene siendo habitual desde que murió su madre. La noche anterior, después de la oración del Kol Nidre le ha confesado a su padre que ha dejado de sufrir. Isaac sabe, sin embargo, que la huella de ese dolor es imborrable. Es un día santo. El día del arrepentimiento. ¿De qué se arrepiente Isaac? Observa a sus hijos: se arrepiente de no poder amarlos más. Se arrepiente de no ser capaz de ocupar, en el corazón de su hijo Daniel, el lugar abandonado por su esposa. Lo pensó el día anterior, durante el rezo del Kol Nidre antes de la puesta de sol. Y así lo cree en el momento de entrar en la sinagoga y de sentarse junto a la *tebá,* frente al arca en forma de armario en el que se guardan los *sefarim*. La sinagoga de Barcelona se ha hecho con varios de estos libros de la ley procedentes de otros países. El *hejal* que acaba de construirse es precioso. ¿De qué madera está hecho?, se pregunta Isaac Carasso: en su rostro y en el de sus hijos resplandece la llama del candelabro de ocho brazos que ilumina el espacio interior del sagrado recinto como un gran pez de escamas doradas en una profunda sima.

La pajarita

Él recuerda aquella pajarita blanca que le anudó su padre antes de salir de casa. Enfilan la calle del Carmen. Hasta Las Ramblas.

—Parecía una pajarita de papel.

—¿Cómo dice, don Daniel?

—De papel.

—¿A qué se refiere, señor…?

—Como el lazo de mis hermanas. Pobre Flor.

—¿Flor?

—Mi hermana. Yo creía que ningún dolor podía ser tan agudo como el de la pérdida de mi madre. Me equivoqué…

—No se atormente, señor.

—Me equivoqué. Existía un dolor aún más punzante. Lo supe muchos años después.

Tiene la boca seca. La lengua, pastosa. Telarañas de saliva en la garganta.

11

A Isaac Carasso le sorprende que una mañana de primeros de mayo de 1920 aparezca en su casa José Covo: «¿Te apetece ir a Madrid?», le dice. Cuando habla, Pepo es de los que solo pronuncian las palabras indispensables. Y ante la expresión confusa de su primo, que no reacciona a la pregunta, se toma su tiempo para explicarle. La comunidad judía de Madrid, recién constituida, ha girado invitación a la de la Barcelona para acudir al acto inaugural de la Casa Universal de los Sefardíes. Ha sido cursada por el mismísimo Ignacio Bauer, el más influyente sefardí de la capital de España, a quien se debe la iniciativa de constituir la institución. Ha puesto al frente de la misma a un hombre de su entera confianza, José Farache. Bauer es un pez gordo de las altas finanzas en Madrid. Sus conexiones con las alturas son tan numerosas como las líneas de los tendidos eléctricos. Es el representante de la Casa Rothschild en España. Está en todas partes, «como puedes darte cuenta». Es amigo personal de Alfonso XIII, miembro de la Academia de la Historia y presidente del Colegio de Doctores de Madrid. ¿Médico?, es lo primero que pregunta Carasso. Cobo solo sabe lo que le han dicho a él sus colegas del comité director de la comunidad barcelonesa. Le añade. Dicen que sus planes, los de Ignacio Bauer, son muy ambiciosos. Entre ellos, integrar la Casa Universal de los Sefardíes en una federación mundial de asociaciones con sede en Bruselas. Antes de ello, se propone crear la Federación Sionista Hispánica, con sede en Madrid y delegaciones en las principales capitales iberoamericanas. «¿Conoces a Yahuda?». Isaac Carasso tartamudea: «He oído hablar de él. Creo que en el Cómico. Tal vez lo fuera en el Victoria». El catedrático profesor de hebreo, Abraham Shalom Yahuda ya estuvo en Londres representando a «nuestra federación» en la conferencia internacional sionista. Carasso sigue sin entender lo del viaje. Lo que piensa ahora: nuestra producción se ha situado en los setecientos envases diarios de yogur.

La cosa funciona.

Los médicos que recetan Danone, «reconstituyente del estómago», están entusiasmados. El yogur les sienta bien a sus pacientes. No puede abandonar su puesto de trabajo. ¿Y Mario? Con él, la producción no se resiente, ciertamente, pero ¿y los contactos con los farmacéuticos, los controles de los carteros, la supervisión en general? Tiene razón. Se la da José Covo, pero es también José Covo quien hace una pausa larga antes de hablar:

—Veo en ese viaje una gran oportunidad para ti, Isacino. —Están sentados en el salón de la calle del Carrer dels Àngels. Daniel y las niñas están en sus habitaciones. Hanna les sirve un café. Pepo se despereza en el sillón. Sorbe un trago. Hanna los está viendo desde el fondo del pasillo. Hace tiempo que no ha visto a su señor tan indeciso, tan nervioso, pendiente de las palabras de su primo—. Vas a encontrarte con gente muy importante que puede ayudarte si

deseas dar, como supongo que quieres hacer, el salto adelante en tu empresa; y en España, ese salto es a Madrid.

La verdad es que Isaac Carasso hace tiempo que ha pensado en ello, quizá desde que escuchó hablar sobre Yahuda y Max Nordau a sus amigos tertulianos.

—¿Y tú? —pregunta.

José Covo está en otras historias. Siempre ha tenido las ideas muy claras. Ahora más que nunca. La guerra ha terminado y París se le antoja el faro financiero de Europa. Y después, Nueva York. Lo suyo son las altas finanzas. Especular con el dinero: «El dinero es cobarde, por eso tiene que estar en las manos de los valientes». Es lo que piensa. Aceites de España S. A. funciona sola. Bueno, la verdad es que el volumen de ventas ha disminuido considerablemente en el último año, consecuencia del final de la Guerra Mundial. Aunque resulte grotesco decirlo, hay que reconocer que la paz ha destruido a muchas empresas. Ha sido un cruel espejismo.

—Cuando queramos cerrar Aceites, Isacino, cuando convenga hacerlo, lo hacemos y en paz. No se le debe dinero a nadie. Los proveedores lo entenderán. Nos ha dado mucho dinero, ¿no te parece? —pregunta José.

—No tanto, no tanto —dice Carasso, moviendo la cabeza y mirando al suelo.

—Ha cumplido su misión, diríamos.

—Eso sí —asiente Isaac sin dejar de mirar al suelo.

Hace escasas horas que Covo ha estado hablando con Edmundo Metzger. Será él quien encabece la delegación barcelonesa que se desplace a Madrid. Es seguro que lo acompañe Enrique Talarevitz. Presidente y secretario son imprescindibles. Y es probable que se les añada Haim Arias, y puede que Sobol y Harari, socios fundadores. Metzger le ha sugerido a Covo que los acompañe, pero él ha pospuesto su decisión hasta hablar con Isaac. «¿Y si mi lugar lo ocupa Isaac Carasso?». «Claro, claro que sí».

—¡Están encantados, Isacino! —exclama José.

La comunidad de Madrid se encargará de enviar por correo los billetes de tren, en coche cama. Ha reservado hasta seis habitaciones para los delegados de Barcelona y tres para los de Sevilla. ¡En el Palace! Todo correrá a cuenta de Ignacio Bauer y de otro banquero al que llaman Salcedo. De Bayona, sur de Francia. También Ignacio Bauer nació en Francia, pero su nacionalidad es española. Covo se levanta. Parece dispuesto a salir, a pasear. Lo hace unos metros hacia la oscuridad del largo pasillo. Luego vuelve sobre sus pasos. Se sienta, sobre el bordillo del sillón, mirando con intensidad a su tío, que sigue con la vista empeñada en descubrir ácaros en la alfombra.

—Vas a conocer a gente importante —insiste.

Bauer ha movilizado a intelectuales y políticos del país para que apoyen la puesta en marcha de la Casa Universal de los Sefardíes.

—Ciertamente, suena muy bien —rezonga Carasso.

La Corona, naturalmente, respalda a ciegas la idea, brillante, definitiva: por fin, empieza tomar cuerpo la comunidad de sefardíes españoles exiliados. Y lo hace con el respaldo de líderes indiscutibles: Antonio Maura, Romanones, Alcalá Zamora, el ingeniero La Cierva, Melquíades Álvarez… Sin olvidar los escritores que publican en la Compañía Iberoamericana de Publicaciones, propiedad del todopoderoso Bauer. «¿También?».

—¿Te suenan los nombres de Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Quintero, Machado?

Isaac levanta la cabeza.

—De algunos.

—Hay muchos más. Todos están junto al hombre que ha hecho de la defensa de nuestra causa la razón de su vida —sentencia José Covo.

—¿De quién hablas? —se interesa Isaac Carasso, que parece haber recobrado de repente la consciencia.

—De Pulido.

—¿Del senador Ángel Pulido?

—Él es el verdadero impulsor de nuestra Casa Universal.

Al llegar a la estación de Zaragoza, el largo convoy se detiene. La impresionante locomotora Hartmann, recién estrenada en Barcelona, es sustituida por otra menos moderna, que llega silbando con estrépito desde los talleres de Campo Sepulcro, como si hubiera resucitado de un cementerio de chatarra. El enganche de la nueva y reluciente máquina está precedido por una parafernalia no menos escandalosa. Zaragoza sueña en su plácida madrugada mientras en su estación decenas de hombres resabiados, blasfemando al aire, ponen a prueba la paciencia de cientos de viajeros que se asoman por las ventanillas de los vagones y se preguntan unos a otros qué demonios está ocurriendo. Un hombrecillo uniformado con una gorra roja se precipita a paso atlético de norte a sur del andén con los brazos en alto; intenta calmar al pasaje: «Una avería sin importancia; el convoy zarpará en pocos minutos». Desde las ventanillas, algunas mujeres zarandean sus gallinas; el andén se cubre de plumas; los hombres vociferan. Sus protestas se confunden con quienes trabajan en los andenes. Caras tiznadas. Torsos desnudos, sudorosos. Será una hora más tarde cuando el tren se mueva a paso de tortuga. A Isaac Carasso lo despierta la definitiva tarascada del arranque, que a punto está de tirarlo de la cama que ocupa en uno de los compartimientos del Wagon Lits. En pijama, con el tren ya en marcha, baja la ventanilla y se asoma al exterior: a su derecha, en dirección a la cabecera del convoy, descubre el rostro despeinado de Edmundo Metzger, que hace un gesto desabrido, probablemente porque la carbonilla le crispa la cara. Aunque es primavera, el viento del Moncayo es todavía gélido. Se ve que en la cumbre ha nevado mucho el último invierno.

El paso del convoy se aligera. Frente a él, estacionado en una de las vías, aguarda su salida otro convoy con cientos de soldados a bordo. Pronto zarparán para Valencia y se embarcarán en buques con destino al matadero de la guerra de Marruecos. Por un momento cree que los soldados solo lo miran a él avanzando en dirección contraria, alejándose del odio que mana de sus ojos. Sobreviene un gran silencio, roto discontinuamente por el traqueteo de las ruedas sobre las traviesas.

Desde ese momento, Isaac Carasso no puede conciliar el sueño. Apenas sabe nada de esa guerra que España libra en el norte de África. Las revueltas que ha provocado en Barcelona. Sus manos arrastran la ventanilla hasta abajo. El viaje a Madrid se le hace eterno. Con lo placentero que era su sueño hasta Zaragoza. La locomotora, mucho más ruidosa que la anterior, se abre paso impetuosamente en la desierta estepa castellana. El paisaje es un llano inmenso, amarillo cuando amanece, pardo en las umbrías de los riscos. No hay vida. «Castilla», susurra en sus adentros mientras piensa que hubo un tiempo en que esa tierra dominaba medio mundo.

La estación del Norte los recibe con sol. Dentro, bajo la gran caja de resonancia que limita arriba con la techumbre abovedada de la estación, el bullicio es ensordecedor. Arrancan y llegan al mismo tiempo varios trenes, con las ventanas bajadas, brazos al aire, gritos, gallinas, plumas que se esparcen, hombrecillos uniformados que hacen sonar sus silbidos a la vez, todo envuelto en las nubes de vapor que rechiflan las locomotoras. Entre el humo, rostros de guardias civiles ausentes de cuanto sucede alrededor, fumando cigarrillos de liar, mozos de carga haciéndose la competencia, disputándose con descaro un bulto, una caja, una jaula con conejos, cargando sobre sus espaldas enormes maletas encordadas. «Como los porteadores en los diques de Salónica». Por el contrario, afuera todo es distinto. Se ha impuesto un extraño orden envuelto en silencio, como si la agitación en los andenes se hubiera disuelto a través de un filtro pacificador. A Isaac Carasso la fachada le parece la más hermosa de cuantas estaciones ha visto en su vida. Sus grandes portones ovalados. Paredes ocres recién pintadas. El gran reloj del frontispicio marca el paso del tiempo como un rosetón gótico deja pasar la luz al interior de una catedral. Los contrastes obligan a una reflexión: qué clase de país es este que mezcla la mística y la vulgaridad… El edificio ha sido construido por la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España, de la que es socio un miembro de la comunidad sefardí de Madrid. En las aceras, aparcan los taxis en batería. Parecen viejas diligencias. Esqueléticas. Pulcras. Capacidad, hasta siete viajeros. Lo dice un letrero. Los conductores aguardan dentro. Pero Metzger y sus compañeros de viaje no tendrán oportunidad de subirse a uno de ellos. Les aguarda, en la misma puerta, un Hispano Suiza negro con guardabarros dorado. Les saluda el ceremonioso chófer con gorra y uniforme gris marengo, chaqueta con solapas de terciopelo negro. «Señor Metzger y acompañantes». Al final, solo viajaron cuatro. Carasso está impresionado. Se alegra de haber hecho el viaje. Todos caben en el interior del lujoso vehículo. Al volante, el elegante chófer exhibe el orgullo de conducirlo: «Mi nombre es Paulino, señores». Y a continuación: «Estoy a su disposición, por si desean preguntar lo que les plazca; el señor Bauer, don Ignacio, les da la bienvenida en nombre de la comunidad sefardí». Edmundo Metzger mira a derecha e izquierda, responde en nombre de todos: «Gracias, Paulino».

La metálica cigüeña dorada, con las alas desplegadas, sobre el capó del Hispano, avanza majestuosa, soldada al capó, por una ancha avenida con edificios a medio hacer y árboles recién plantados. Madrid es una ciudad que se está haciendo. Da la impresión de que todo acaba de empezar y de que nada se acabará. Los albañiles se afanan en su trabajo, un ritual desconcertante a tenor de sus idas y venidas manejando máquinas y objetos cuyos funcionamientos parecen desconocer. En la calle, el caos parece reinar sobre todas las cosas. Un desorden sin opacidades, abierto a todo tipo de interpretaciones, como el ir y venir de las hormigas en los alrededores de un hormiguero. Cada cual sabe lo que tiene que hacer, pero, desde el interior del Hispano Suiza, los recién llegados piensan todo lo contrario, que, en cualquier momento, el traspié de una mujer, o el frenazo brusco de una bicicleta, o del obrero que transporta una carretilla llena de cemento que se atasca en el riel del tranvía, puede causar una catástrofe. De modo que, milagrosamente, los automóviles se cruzan en plena vía urbana con los carros tirados por mulas. Los caballos de las ligeras tartanas se encabritan inesperadamente cuando suena una bocina sin que ninguno de los viajeros a bordo caiga al vacío. Los tranvías se detienen para dejar paso a un coche fúnebre tirado por caballos enjaezados con altos plumeros negros en forma de unicornio, sin perturbar el silencio de quienes forman la comitiva. Todo es pura efervescencia. Carasso cree adivinar en su

interior un sentimiento que no acierta a distinguir. Está en el corazón de su tierra, pero no puede evitar sentirse un extraño. Le cautiva pasar por delante de la fuente de la diosa Cibeles, a la que conoce por fotografías. Le asombra el edificio del Palacio de Comunicaciones. Y más adelante, la fuente de Neptuno manando chorros de agua. Es Paulino quien hace de guía. Su voz se enjuaga de pomposidad momentos antes de aparcar en el Palace. Un portero con traje de levita y sombrero de copa alta a juego abre la portezuela del vehículo. Un mozo con uniforme azul se presta a retirar el equipaje de los viajeros. Poca cosa. Solamente son dos días. En el caso de Isaac, una pequeña maleta pequeña de piel de vaca con cantos metálicos, recién adquirida en la tienda de El Indio. ¿Y si tuviera que prolongar su estancia en Madrid más tiempo? Paulino diserta, profesoralmente: el Palace es el hotel mayor de Europa. Tiene cuatrocientas habitaciones. Durante la Gran Guerra se le llamó «El último refugio de la civilización». Arguye: «Muchos nobles europeos, banqueros y aristócratas de países en guerra se refugiaron aquí de las bombas». «¡Oh!, una singular trinchera», ironiza Metzger. Y eso que los huéspedes no han visto aún el interior del edificio. Las escaleras barrocas. Los salones con tapices. La intimidación del lujo. Los camareros con chaquetillas cortas, pajaritas blancas y sombreros azules sujetos a las barbillas con cintos de plástico. Y las habitaciones, que incorporan el prodigio del último de los inventos: el teléfono y el intercomunicador con recepción.

Isaac Carasso acaba de llegar a un Madrid que se ha convertido de la noche a la mañana en la capital mundial del sefardismo. Naturalmente, la calle desconoce este hecho. Solo *La Revista de la Raza*, de la que es propietario Ignacio Bauer y se imprime en los bajos del edificio que ocupa la comunidad judía de Madrid, se ha hecho eco del acontecimiento en un artículo que firma su director, Manuel Ortega. Carasso encuentra un ejemplar de la revista sobre el escritorio de la habitación 204, contigua a la de Meztger. Entre otros, lee por encima un artículo sobre la inauguración de la sinagoga de Madrid, a la que asisten los embajadores del Reino Unido y Francia. Max Nordau ha conducido hasta su tabernáculo el rollo de la Torá.

Coincidiendo con la celebración del último Yom Kippur, la familia Bauer regaló a la sinagoga una gran copa de oro con piedras preciosas. Isaac Carasso siente una extraña mezcla de euforia y estupor, pero se deja llevar por la lectura. Está cansado. Se tumba en la cama. Entreabre la puerta que da a la plaza y escucha el manar del agua en la fuente de Neptuno. Las últimas páginas de la revista recogen un reportaje sobre las aportaciones de familias sefardíes a la construcción de los ferrocarriles españoles. Es entonces cuando descubre que empresas participadas por los hermanos Pereire intervinieron años atrás en la financiación de la estación del Norte. Y su anfitrión, Bauer, uno de sus antepasados, en la de la línea de ferrocarril entre Zaragoza y Madrid. El descubrimiento lo deslumbra. Bueno, desde que ha pisado tierra en Madrid no ha dejado de asombrarse. ¿Y si él hablara con el director para que se insertara en *La Revista de la Raza* un artículo sobre la industrialización del yogur búlgaro en Barcelona? Le parece mezquino. Se interpretaría como un afán de protagonismo por su parte. Siempre tan prudente y discreto. Su mundo no pertenece al que tiene ante sus ojos. ¿Desde cuándo residen en España familias sefardíes tan poderosas? De dónde vinieron. Supone que del norte de África, del protectorado español adonde se dirigían los soldados enjaulados en el tren de Zaragoza. No es el caso del abuelo de don Ignacio, que llega a España huyendo de Hungría. Definitivamente, ese

mundo no está a su alcance. El cansancio lo rinde al sueño. Con *La Revista* de l*a Raza* abierta sobre su pecho. Su calva es algo más pronunciada. Ronca. Le han salido unas canas en el bigote. En las patillas. No ha tenido tiempo de quitarse su chaqueta negra entallada, la misma con la que acudirá a la recepción de la tarde en la calle del Príncipe…

Muy cerca de allí, la ensoñación adquiere carta de naturaleza real. El atardecer exhibe pomposamente en los balcones del recorrido por el paseo del Prado hasta la recién abierta Gran Vía macetas con geranios, alguna bandera española ondeando al viento y jilgueros en el cielo que se arremolinan en las copas de los árboles. La Puerta del Sol es el gran patio de vecinos de Madrid. Lo que Isaac ha visto al llegar desde el interior del Hispano Suiza se desorbita: ahora está en el corazón del hormiguero. Las delegaciones de sefardíes convergen en la calle del Príncipe número 5. A última hora se han sumado varios judíos de Melilla y de Tetuán y un matrimonio de Gibraltar, él cubriéndose la cabeza con un bombín como los que utilizan los funcionarios de la City londinense. La sede de la comunidad está en la segunda planta, pero no importa perderse en otro piso, que es lo que les ocurre a muchos de los recién llegados, con tanto ir y venir de gente por escaleras y pasillos. Todo el edificio es propiedad de Ignacio Bauer Landauer. También en uno de los pisos está la redacción de *La Revista de la Raza*, cuyos redactores observan el paso de los despistados sefardíes con la extrañeza que les despertaría un desfile de silenciosos monjes camino del ángelus. Algunos askenazíes se distinguen por el corte de sus trajes, que dejan mucho que desear, sobre todo por el negro desteñido, y también por sus sombreros de ala ancha y planos por arriba. No es el caso de los sefardíes, que visten en su mayoría a la europea. A pesar de las dificultades, no tardan en llegar al sitio donde los espera el anfitrión Bauer, de quien se dice que pronto será diputado en Cortes por el Partido Liberal. Está flanqueado por su hermano Alfredo, el presidente de la comunidad, Farache, el catedrático Yahuda y, en una esquina, Ángel Pulido, que es el primero que extiende la mano para saludar a Isaac Carasso: traga saliva; no sabe qué hacer, qué decir. Está envarado y conmovido a la vez. El doctor Pulido acaba de acceder a una vicepresidencia del Senado. Está a punto de aparecer su libro *La reconciliación hispano-hebrea*. Al verlo, Carasso se convence de que el paso de los años ha dejado más huellas en él que en el senador, al menos más achaques invisibles. El senador mantiene la textura bronceada de su piel y el pelo abundante y canoso; si acaso su barba, recortada, y su bigote terminado en puntas hacia arriba, parecido al del derrotado káiser alemán, lo hacen diferente a cuando se sentó a la mesa de su casa en Salónica. Es Pulido quien toma la iniciativa: tras el apretón de manos a los recién llegados, vuelve sobre sus pasos y abraza efusivamente a Carasso, que se siente abrumado por el agasajo.

—¿Se conocían? —pregunta Edmundo Metzger.

—¡Por supuesto! —responde Pulido—. ¡Cómo no voy a recordar las torrijas más ricas que he probado en mi vida!

—¡Fue para mí un honor recibirlo en mi casa!

—¡No, por Dios! ¡El honor fue mío por compartir mesa y mantel con usted y su familia! —Cambia de tono y le estrecha la mano e inclina levemente la cabeza—. Por cierto, que supe lo del fallecimiento de su encantadora esposa. Permítame que le transmita mi más sincero pésame, amigo mío.

—Gracias, señor.

—Las tristes noticias, sin embargo, que nos han llegado se compensan con otras muy felices —dice a continuación—. Precisamente el doctor Bauer y yo hablábamos hace unos minutos sobre usted.

Han hablado varias veces sobre él. Jaime Ferrán les ha puesto al corriente de su audacia como emprendedor: el primer empresario que ha industrializado en Europa la fabricación de «una pócima a la que llaman yogur» y con propiedades medicinales que avalan insignes colegas catalanes. Ferrán ha ido más lejos. Los médicos catalanes preparan un homenaje en su honor. Isaac desconoce ese extremo. Y niega que haya sido el primero. Alguien se le adelantó en Suiza. Lamenta decirlo así porque suena a disculpa, o a falsa modestia. Pero es verdad: había un albanés… Y cuenta la historia de Traicos Spassef. Entre Barcelona y Madrid media una gran distancia, pero no hay secretos, sobre todo cuando Ferrán está dispuesto a echar una mano a su amigo: «Barcelona te conquista a ti; tú tienes que conquistar Madrid», le ha dicho. Tal vez tenga razón. Es lo que le ha venido a decir en varias ocasiones José Covo.

Bauer y Landaner escucha, sonriente, el diálogo desde el centro del grupo. Se han sumado otros miembros de la comunidad judía de Madrid: León Güitta y Alberto Esquenazi. Secretario y tesorero. Hombres de educación exquisita, como el joyero Nissin Rozanes; la nobleza de Madrid rivaliza por llevar sus joyas. No se trata de una conversación banal. El presidente toma cartas en el asunto. Y cuando Bauer se pone serio, razones tendrá. Sí, Bauer curiosea a tenor de lo que ya le ha dicho su colega Ferrán. El banquero también es médico y se interesa: ¿hay, como se ha dicho, argumentos que respaldan la teoría de que se ese yogur posee la virtud de prolongar la vida? Enmudecen quienes forman el corro alrededor de Isaac Carasso, blanco ahora de todas las miradas. La pregunta del presidente tiene miga. Carasso recuerda la interesada manipulación que se hizo en su día de una primera valoración de su admirado profesor Metchnikoff suscribiendo esa teoría. Bueno, ciertamente… Titubea. Es la creencia del profesor ucraniano, dice. Tergiversada, desde luego, porque no hay base científica que demuestre que el *jaurt* búlgaro es la gran panacea de la salud. Tamaña osadía es un peligro en manos de los especuladores sin escrúpulos. «Lo que sí aportó Metchnikoff es el dato empírico de que los ancianos más longevos del mundo viven en una región búlgara en la que el yogur es la base de la alimentación». Se suceden las exclamaciones admirativas. Bauer se acerca a Carasso y lo agarra del brazo. Unos segundos. Hace un aparte con él. Le dice: «Tenemos que hablar, señor Carasso; haga por verme antes de regresar a Barcelona».

Acceden a un gran salón en el que aguardan los invitados. Entre ochenta y cien personas. No todos son judíos. Los amigos de Ángel Pulido estrechan su mano y aplauden la llegada de los que siguen los pasos del presidente. Entre ellos se destacan algunos notables de los que le habló José Covo antes de partir de Barcelona. Carasso no los conoce, pero siempre hay alguien a su lado que se presta a presentarles: don Niceto Alcalá Zamora, don Alejandro Lerroux, el señor Goicoechea, el conde de Romanones… Y un escritor de rostro sereno y gesto plácido, blando: don Antonio Machado, poeta. Y Rafael Cansinos, novelista de origen argentino, sefardí de corazón, que desea emular a los futuristas rusos con un *zoco de ideas* que ha abierto en el café Colonial al que acude Jorge Luis Borges… No, Isaac Carasso, no conoce a nadie.

Está avergonzado.

Los camareros sirven copas de vino en bandejas de plata que llevan en alto con destreza. Por una de las puertas laterales aparecen varios miembros de la comunidad portando ejemplares de los flamantes estatutos de la Casa Universal de los Sefardíes. Los invitados abren el librito cuando les llega a las manos. Se detienen en la página del índice: «Censo de comunidades sefardíes en el mundo; las diferentes diásporas; regulación de los problemas legales y políticos; la prensa hebrea; difusión de la lengua y literatura españolas; relaciones comerciales…». Luego pasan página y llegan al prólogo firmado por José Farache en el que se encomia la labor del senador Pulido. «Nunca más españoles sin patria…». Isaac Carasso siente un reconfortante alivio al leer las últimas líneas del prólogo. Definitivamente, acaba de descubrir un mundo nuevo para él. Un mundo inimaginable. En medio del furor desatado, del odio y del ruido, parece haber encontrado el lugar que ansiaba hallar desde el día en que preguntó a su padre por el origen de los de su raza humillada. Se abren las puertas de la sinagoga. Es angosta, oscura. Sus bancos de madera son de respaldo alto. Delante del *hejal* se sitúa el catedrático Yahuda, a quien Bauer concede el honor de dirigir la palabra a los congregados. Se cubre la cabeza con una kipá blanca. Habla con los brazos extendidos y la voz entrecortada, mirando a Jerusalén.

Al día siguiente, unas horas antes de que el tren de regreso a Barcelona parta desde la estación del Norte, Isaac Carasso camina, orientándose con un mapa que le han regalado en la recepción del hotel, en dirección a la calle San Bernardo. La noche anterior ha quedado en verse con Ignacio Bauer y Landaner. El trecho es largo, pero pronto da con el trayecto más corto: llega a la Gran Vía, coge a la derecha la calle Corredera, encuentra en perpendicular la calle del Pez y gira a la izquierda hasta dar con el palacio. No puede haber otro como él, se dice, con antepechos de forja en los balcones y esquinas de cantería. A primera vista, y por el ocre y estucado de la fachada, le recuerda a los palacios venecianos que le mostró su padre en el iniciático viaje a París… Ya ni se acuerda. Cuando encontraron a su tío en compañía de aquel banquero italiano… Le sorprende que Bauer lo aguarde en la entrada del edificio, junto a un hombre que supone es el portero, o tal vez el mayordomo, por su indumentaria. Mucho más cuando descubre, en la penumbra amarillenta del jardín, fumando un cigarrillo con boquilla, la inconfundible figura de Ángel Pulido.

Los dos médicos se han confabulado, pero pronto descubren sus cartas. Bauer está interesado en un hipotético plan expansivo de Danone, «entiéndame». Lo ha hablado con su amigo Ferrán y con sus hermanos, banqueros como él. Pero Bauer antepone a cualquier otro interés el del médico impresionado, «sinceramente», por los informes que ha recibido de sus colegas de Barcelona. «Es muy de agradecer, don Ignacio».

Hace tiempo que Isaac Carasso planea expandir su empresa por toda España, y por Francia, por Suiza… Se lo hace ver. El problema, en España, es la escasa presencia del yogur en la dieta alimenticia. En ese sentido, es un país muy atrasado… Y que lo diga, estoy con usted. «Esas circunstancias me obligan a ser muy prudente, don Ignacio». Por otra parte, no está en condiciones de correr el riesgo que exige una acción de tanta envergadura. Acaba de empezar. «Lo entiendo, Carasso, lo entiendo». El asunto queda emplazado. Téngame al corriente. Lo haré, descuide. Lo agradece. Observa a Pulido. ¿Y él, qué hace aquí?, parece preguntarse. ¡Ah!, la presencia de Pulido forma parte de *otro asunto*. Nada que ver con lo expuesto hasta ahora. Pulido

es un viejo amigo del rey —«También yo lo soy», «Me consta, don Ignacio»—, que lo tiene en una alta estima y consideración. «Créame si le digo, Carasso, que ninguna de las iniciativas del monarca sobre los sefardíes se habrían llevado a cabo sin la mediación del doctor Pulido». «No quiero restarle méritos a su majestad, entiéndame». Han subido por las escaleras centrales hasta la crujía del palacete, con pequeños saloncitos a los lados, y se acomodan, finalmente, en el salón de música, con piano de cola, encerrados entre paredes con ribetes de estilo rococó y frescos pompeyanos. Una doncella con cofia y delantal les sirve un café, con crujientes galletas.

Es la hora del té, dice Bauer, irónico.

Resulta, sigue diciendo Bauer —luce un bigote negro que le cubre media cara—, que la infanta Isabel, tía del rey, tiene problemas estomacales serios. Gases. Flatulencias. Es una mujer «tragona, ya me entiende». Bauer, como médico y buen amigo de la familia, «del círculo de íntimos, me entiende», le ha dado algunos consejos. Suele verla a menudo cuando el rey lo llama para abordar asuntos financieros, de relaciones exteriores, de inversiones importantes. En el palacio de Oriente. O en el de La Granja, donde él tiene también una vieja casona. Isabel es una mujer encantadora, «exuberante pero encantadora». «No está en edad de merecer, desde luego». «Más o menos, como yo», dice Ángel Pulido con sorna. ¿Cuántos años le calcula a Pulido? Setenta… Los ha cumplido.

«Pulido y yo habíamos pensado en que quizá usted…».

A Carasso se le despierta de súbito una expresión de perplejidad. Se pregunta: ¿quién es esa infanta de la que hablan? Y convierte su pregunta en un gesto indefinible, desorientado. No sabe si hombres tan poderosos están hablando en serio ante un sefardí humilde y amedrentado que no logra encontrar la forma de manifestar su complacencia por miedo a equivocarse.

Acudirá a palacio meses después, a los pocos días de recibir en su casa dels Àngels una carta, en sobre lacrado, del senador Pulido en la que le informa sobre los pormenores de la visita. La hora concertada es las diez de la mañana. Se ruega puntualidad. En una posdata, Pulido lamenta no estar seguro de poder acompañarlo, como hubiera sido su deseo, pues debe asistir a una sesión del Senado. «En cualquier caso —le dice—, intentaré estar con usted en un día tan señalado. Buen viaje y que Dios lo acompañe». Uno de los párrafos de la carta le llama poderosamente la atención:

> *A la infanta de España, María Isabel Francisca de Asís Cristina de Borbón y Borbón, le habría gustado recibirle en el palacio de La Granja de San Ildefonso, donde suele residir habitualmente, pero sabe de las dificultades que entraña para usted el desplazamiento hasta el real sitio, y me ruega que le comunique su disposición a ofrecerle audiencia en el palacio de Oriente. Le adjunto una referencia del protocolo a seguir, el cual se ha simplificado al máximo, habida cuenta del carácter familiar de la visita.*

En el homenaje que le rinden los médicos de Barcelona ya se ha corrido la voz de que va a visitar a la tía del rey. Lo ha organizado desde la sombra Jaime Ferrán. Cuando los médicos preguntan, Isaac responde:

—Realmente, no me han explicado claramente el motivo.

Uno de los médicos guasea.

—La Chata ha sido una mujer de armas tomar, pero no creo que esté para muchos trotes, a su edad.

Será cierto.

—Creo que está interesada en conocer de primera mano las propiedades medicinales del yogur —dice Isaac Carasso.

Prepara el viaje como él suele hacer todas las cosas: con enfermiza meticulosidad. Debe llevar consigo muestras del yogur, así que ordena al fabricante de neveras que le haga un recipiente, con capacidad para media docena de tarros, capaz de mantener una temperatura estable de veinte grados. Desde hace tiempo ha concebido la idea de que lo acompañe su hijo Daniel, que está a punto de iniciar sus estudios en la escuela de comercio de Marsella. Es lo que debe hacer.

En los últimos meses tiene la convicción de que todo lo que hace es por el bien de su hijo. Para que Daniel se sienta orgulloso de su padre. Para que Daniel admita que en él están depositadas todas las esperanzas de continuidad de la empresa. Para que él adquiera confianza en sí mismo y en su legado de velar por la seguridad de sus hermanas.

Por eso lo manda a Marsella. Y por eso lo enviará después a París, al Instituto Pasteur, donde él empezó a soñar. En uno de sus ya habituales insomnios por la noche se dice en voz alta: será mi hijo quien me acompañe en el compromiso más emocionante de mi vida.

Ocurre unos días antes de partir de viaje, en el otoño de 1923. Su sobrino Mario alcanza a la carrera uno de los tranvías en los que suele desplazarse para controlar el trabajo de los carteros. ¿Ha pasado algo en casa?, pregunta Isaac con los ojos hinchados por el desasosiego. Mario respira fatigosamente. Al cabo, apoya la espalda sobre la pared acristalada de la cabina y dice, como si transmitiera un parte de guerra victorioso: «Ayer alcanzamos la producción de mil tarros de yogur».

12

Probablemente Isaac Carasso no es plenamente consciente de cuánto ha acontecido desde el momento en que bajó del tren en la estación del Norte de Madrid y subió con su hijo Daniel, taciturno pero feliz, él lo sabe, a uno de los taxis aparcados en diagonal junto a la fachada del edificio y le dice al taxista «Nos lleva al palacio de Oriente» y el viejo Peugeot arranca…

No presta atención al rostro del taxista, un joven que viste a la usanza del madrileño castizo, con gorra ladeada y pañuelo al cuello, que lo observa con la misma expresión dubitativa de su cliente. «¿Al palacio?». Tampoco se percata Isaac del momento en que, después de hablar con uno de los guardias que custodia la entrada al palacio y de mostrarle uno de los papeles que le ha enviado su amigo el senador Pulido, firmado por la ayuda de cámara de la infanta doña Isabel, pasa por debajo de un arco de piedra rematado por el escudo de España y las estatuas de piedra de dos hombres posando con sus perfiles mirando a oriente y occidente. Nunca habría podido averiguar su identidad, de no ser porque Daniel, atento, él sí, deslumbrado ante el nuevo mundo que le sale al paso, se atreve a preguntar al guardia que los acompaña, desfilando marcialmente, con la mano puesta en la empuñadura de su sable, a lo largo del patio enlosado que precede a la inmensa puerta por la que se accede a palacio, y este, sin dejar de mirar al frente, contesta de carrerilla: «Son los reyes Recaredo II y Ervigio». A lo que Daniel replica: «Nunca oí hablar de ellos». El guardia lo mira de reojo. Tampoco él conoce la historia de reyes con nombres tan estrafalarios. Por delante de los dos, su padre es un sonámbulo que no se detiene ante nada. Solo parece recobrar su consciencia ante los leones de la escalera central, junto a los que les aguarda una señora de rostro sonriente y vestida elegantemente, con falda larga, que dice ser la marquesa de Nájera, doña María Dolores Balanzat y Bretagne, ayuda de cámara: ¡Ah!, exclama Isaac Carasso recordando la firma del papel que ha mostrado al soldado de guardia. Es en ese instante, efectivamente, cuando el sefardí despierta:

—Creo que nos espera la infanta doña Isabel de Borbón y Borbón.

—Me acompañan los señores —contesta la señora Balanzat haciéndoles una señal con la mano para que la sigan. Ella se recoge la falda con sus manos y les marca el paso.

Suben lentamente la escalera de granito. Isaac Carasso alza la vista. Qué belleza de bóveda. Varias lunetas destacan iconos de hazañas de la monarquía española. Se detiene un instante. Es la primera vez desde que bajó del tren que algo lo asombra. Enseguida escucha la voz de la señora Balanzat:

—La religión protegida por España. —Y explica—: El fresco alude al triunfo de la Iglesia sobre sus enemigos gracias a la ayuda de nuestros ejércitos.

Carasso no sabe qué responder.

—Gracias —dice.

Solo sabe de la infanta lo que le ha contado Ángel Pulido, y por algunas frases sueltas que escuchó en boca de Ignacio Bauer. El banquero sefardí siente por ella la misma admiración que le profesa su sobrino, el rey: «Su majestad la adora», le oyó decir. Carasso logra hacerse una idea sobre la personalidad de la mujer a la que se dispone a ver. Una cosa es el grado de popularidad entre la gente llana de Madrid y otra bien distinta su condición de infanta de España recluida en la soledad de los palacios de Oriente y de La Granja, o del piso que se está arreglando en el barrio de Argüelles para aislarse de manera definitiva del mundo. Aunque obesa, dicen que tiene una excelente salud. Bauer da fe de ello. Algún consejo médico le ha dado. Probablemente cuando coinciden en La Granja, donde Ignacio Bauer también posee un palacete junto a los versallescos jardines con fuentes que no dejan de manar agua. Le da la impresión de que cuanto decían Pulido y Bauer sobre las flatulencias y gases de la infanta no es relevante. «Debe haber otra razón», se dice, obsesivamente, sin atreverse a más profundidades. A estas alturas de la vida, Carasso ha aprendido, sobre todo, a saber escuchar y observar y, desde luego, ninguna de las explicaciones dadas por el senador y el banquero justifican que la mujer que fuera dos veces princesa de Asturias y heredera del trono de España se preste a recibirlo en audiencia esa misma mañana. El pensamiento sobre esa invisible razón que no acierta a detectar ya lo asaltó por primera vez en el tren de regreso a Barcelona, que hasta el propio Metzger llegó a preocuparse porque no abrió la boca en todo el viaje, y siguió martilleando su cerebro como en un eco incesante en las últimas semanas, mucho más conforme se acercaba la hora de la cita, mirando al techo de la litera que ocupaba Daniel en el compartimiento del Wagon Lits, o durante el tiempo en que se detuvo el tren en el cambio de agujas de Zaragoza, asomado a la noche, oliendo a carbonilla. Llega, incluso, a desvariar: ¿y si la infanta Isabel es una de esas mujeres engrandecidas por la leyenda de la angustia y la humillación que se ha visto obligada a soportar? Se lo pregunta mientras avanza por los pasillos alfombrados que se abren como pasadizos luminosos en la inmensidad del más excelso de los palacios europeos. «La mujer que vive con un puñal clavado en el corazón». ¿Dónde ha leído u oído ese pensamiento? ¿Se lo transmitió en alguna ocasión a alguien? Probablemente lo relacionó con Esterina. Tal vez también él clavó un puñal en el corazón de su esposa y fue responsable de su angustia. Es lo que piensa su hijo Daniel. ¿Quién lo hizo en el de la infanta que nunca ocupó el trono que le correspondía? Que nunca pudo ser madre. Que jamás conoció amores delirantes. Que fue despechada por el archiduque Luis Salvador, el único amor de su vida. Que se entregó a la piadosa compostura de velar por la salud de su esposo epiléptico. Que desconoció esa enfermedad ocultada por quienes comprometieron su unión, impuesta por razones de estado, con el conde de Gigenti. Que, horrorizada, acogió en sus brazos y entre lágrimas el cadáver de su marido, su cabeza agujereada por la bala del arma que él mismo se disparó…

Iba a encontrarse con esa mujer. La tía del rey. La amiga del sefardí más poderoso de España. Y mientras acudía a su encuentro, le hervía en la sangre el deseo de adivinar el otro secreto que la infanta ocultaba en su corazón herido.

Les aguarda en la antecámara del cuarto del infante don Luis, en el salón al que llaman de las Vajillas, bajo un fresco que cubre el techo: «La gloria y el poder español en las cuatro partes del

mundo», iluminado por un sol que parece emerger del fondo de la tierra. De nuevo la señora Balanzat habla antes de que Carasso, ensimismado en la visión de los cuatro arcángeles dominadores, pregunte. El título del fresco le parece magnífico y su contemplación le hace barruntar: ¿tenía que ver el recorrido por las dependencias de palacio, los momentos tan intencionadamente —se lo parece— escogidos para tomar aire y de paso observar obras de arte, con la historia de su estirpe judía sojuzgada? ¿Acaso desean la gloria y el poder del que fuera el país más poderoso de la tierra honrar a sus apátridas deshonrados? ¿Era él uno de esos sefardíes ultrajados a los que aquella mujer, infanta de España, deseaba honrar, ahora, por expreso deseo de su dolor y de su angustia?

Quizá todo empieza a tener sentido, se dice el sefardí, que no sabe muy bien si avergonzarse por esos pensamientos o alegrarse de creer haber descubierto al invisible duende que lo ha estado avasallando en los últimos días. Es la propia historia la que desbroza la paja del trigo y prepara los cultivos…

Daniel cree que sueña despierto: «Está en presencia de su madre». La lánguida dignidad de la infanta se transforma en segundos en una mujer gruesa, de cara redonda, nariz achatada, con pliegues en el cuello, en el que luce un collar de perlas. Lo sobrecoge su expresión maternal. Sus pechos, tan abultados, recogidos, probablemente, piensa, en una de esas prendas francesas que su madre estrenó en Lausana y cuyo nombre no recuerda. Sí, se le parece tanto a su madre… Ella se alegra de verlo. Quizá porque solo esperaba ver al padre. Pregunta con la mirada a la marquesa de Nájera: «¿Y este joven?». Le agrada la sorpresa. Daniel planta su angelical timidez a dos metros de ella, sin saber qué hacer, ni qué decir. Su padre, por detrás, le propina un ligero empujoncito para que se acerque un poco más y estire su mano, pero es ella la que se aproxima, sonriente, y ladea la cabeza en un gesto inequívocamente afectuoso.

—Qué joven más guapo, y qué delgado… —Daniel se deja acariciar las mejillas mientras su padre intenta hacer un saludo cortesano inclinando la cabeza, sin dejar de observarla oblicuamente—. Han hecho ustedes un largo camino para ver a esta anciana que apenas puede moverse.

Isaac, que se ha asegurado del tratamiento que debe dar a la dama, no duda un instante.

—¿Le ocurre algo a su alteza?

—Desde que me caí del caballo, mi achacoso cuerpo se resiente por todas partes. Ni puedo subir al carruaje que me lleva a los toros. —Y se lleva las manos a la cadera, doliéndose.

Lo que se ha roto en la escena es el protocolo.

La infanta se siente cómoda ante los dos sefardíes, padre e hijo. Le hacen gracia sus atuendos, tan parecidos uno al otro, tan austeros: trajes negros, camisas blancas almidonadas. La única diferencia es la corbata negra del padre y la pajarita anudada al cuello del hijo, también oscura. Demasiado fúnebres, le parece. No, no parecen judíos. Ella siempre ha distinguido a los sefardíes de los askenazíes. En Viena, en Budapest, ciudades a las que suele viajar con frecuencia, no le pasan inadvertidas las diferencias. Los sefardíes son señores. Elegantes. Distinguidos. Son los askenazíes los que parecen judíos, con esos sombreros achatados, y esas pintas de vagabundos, con barbas desaliñadas, y los ojos huidizos…

—Ya veo que les ha impresionado el fresco de *El poder y la gloria*. No es para tanto, créanme. Este país no es ni la sombra de lo que fue.

Lo ha dicho sin preocuparle que los demás adviertan en sus palabras un cierto desdén.

—Nos gusta contemplar obras de arte, alteza —dice Isaac—. Tengo una pequeña colección de obras de arte que, en su día, legaré a mi hijo. Me consta que a él también le gusta.

Es la primera vez que Isabel de Borbón habla con dos sefardíes de la misma familia, padre e hijo, además.

—¿Y si yo les dijera que ustedes, que han sobrevivido a cinco siglos de destierro e indiferencia, son los verdaderos portadores de esa gloria? —pregunta, recordando el lienzo. Isaac se siente confundido. Daniel no entiende lo que ha querido decir la anciana: ha entrado hace años en los setenta, pero se mueve con soltura, sin perder de vista, eso sí, a la señora Balanzat—. Si les gusta el arte, me agradecerán que les muestre una de mis obras favoritas.

Sale del cuarto, casi arrastrando los pies, y se dirige a la estancia contigua, la cámara del infante don Luis. Su figura redonda y pomposa se refleja en un tocador chinesco, hasta detenerse en el umbral del Gabinete de los Pájaros, buscando con los ojos el sillón de respaldo alto y recto en el que suele sentarse ante *Salomé con la cabeza del Bautista*.

—Pinta las tinieblas de los hombres —asegura de Caravaggio, mirando al cuadro, como rezando ante la imagen de un Cristo crucificado—. ¿Lo conoce, señor Carasso? —pregunta a continuación y respira hondo. Isaac Carasso asiente con la cabeza—. Créanme si les digo que paso muchas horas ante este cuadro, y que cuanto más me adentro en él más tenebroso me parece; a todos los humanos nos envuelve por dentro la misma penumbra. Así, mientras me recluyo aquí, no escucho el alboroto de los políticos cuando enloquecen a mi sobrino con sus historias.

Es a Daniel a quien se le aparece, en ese instante, el espíritu de las tinieblas: la luz de su madre reencarnada en el pecho de Salomé. El pecho en el que él se amamantó. La indefinible mirada de la mujer entre el terror y el deseo. El testigo alerta de la conciencia recogiéndose en las sombras. Le conmueve el descubrimiento de tanta verdad desconocida. Ha cumplido quince años y en la visión de ese cuadro acaba de encontrar el objeto perdido de su infancia, el invierno de su sangre, la razón de su infinita nostalgia.

Los ojos de Daniel Carasso penetran en todas las direcciones del cuadro de Caravaggio cuando la infanta Isabel empieza a hablar. La señora Balanzat le ofrece una silla, como a su padre, que se ha sentado junto a la tía del rey, pero él dice que prefiere estar de pie, mirando a aquella mujer que porta la cabeza del Bautista y lo observa a él, desde sus ojos llenos de asombro, como la madre muerta, como la amante que nunca tendrá.

Gabinete de los pájaros

Esa Salomé del Gabinete de los Pájaros parecía haber estado aguardándolo toda la vida, por la forma en que lo miraba, por la forma en que miraba al mundo. ¿O era él quien la había buscado sin saberlo? Tal vez lo que sucedió fue que él había empezado a escuchar una música que nacía de su cuerpo, y tan hechizante melodía se mezcló con los sonidos procedentes del cuerpo de ella que fluían desde sus ojos a modo de una cascada de agua que te empapaba cálidamente por fuera y por dentro. No había, entonces, más explicación que la de unos sentidos que al tiempo que se afilaban se empeñaban en ser discretos, y ahora que, por fin, podían desbocarse, se limitan a manifestarse desde el cerebro con la consistencia con que lo hacen las neuronas de la sustancia negra. ¡Qué desgracia, cuándo has logrado entender el misterio de la sensualidad! Lo cierto es que, llegados los tiempos de su gloria empresarial, Daniel Carasso Muzafia quiso adquirir el cuadro. Le habló de él a Nina. Del sublime instante de su descubrimiento en el palacio de Oriente de Madrid. Ignoraba que decenas de artistas quisieron interpretar con sus pinceles el himno de adoración de Salomé tal como lo había intentado hacer en su lienzo el genio de Caravaggio. Como ignoraba que el propio Caravaggio se había dejado seducir hasta tres veces, hasta en tres cuadros, por el deseo de poseer aquella enigmática mirada, y que su obsesión le hizo imaginársela en cientos de pruebas, escorzos, dibujos, consciente de que, de conseguirlo, habría encontrado el origen del deseo que da paso a la vida. Así se lo explicó a Nina, turbado por la sinceridad que lo agobiaba. Ella lo observaba, incorporada sobre la cama, mirándolo fijamente. Él, con la mirada perdida en el momento en que se detuvo ante el cuadro en el Gabinete de los Pájaros… Cree que fue en su apartamento de Nueva York, tres, cuatro años después de casarse. Ella lo abrazó, desnuda. Tal vez aquella noche concibieron a Marina.

—¿Y Marina?

—Quiere que la llame? —pregunta María.

—Vino a verle, pero estaba durmiendo. No quiso despertarlo.

—¡Oh!

—Descanse.

Un marchante londinense, de nombre Oscar Mac Lean, rastreó las huellas de su más inconfesable deseo por medio mundo. Un cuadro de Salomé con la cabeza del Bautista lo poseía un coleccionista de Londres. Otro lo conservaba un museo de Boston. El del palacio de Oriente pertenecía al Patrimonio Nacional Español. No estaban en venta.

13

Fue en Ginebra donde la tía del rey degustó por primera vez el *jaurt* elaborado por Isaac Carasso. El digestivo al que llamaban Maya Santé. Corría el verano de 1914 y hacía pocos días que Austria había declarado la guerra a Serbia… Ella estaba en Viena. Había asistido a un concierto de Brahms, «el hombre más atractivo que había conocido en su vida», en el Konzerthaus. Al día siguiente del asesinato del archiduque de Austria en Sarajevo, ordenó a su servidumbre emprender viaje de regreso a España. Revive la precipitación del viaje, la angustia de sus amigos, el tumulto en las calles, las proclamas incendiarias contra los eslavos serbios, contra Rusia, contra el mundo… «Tuvimos que salir por piernas». Sonríe. Saca un pañuelo de un pequeño bolso envuelto en pedrería. Se lo lleva a la nariz. Parece que está acatarrada. Disculpe. Toma aire antes de hablar. Lo hace de corrido. A Isaac le cuesta seguirla. Lo que le ocurre es que no entiende cuanto sucede en aquella estancia de estilo rococó, con su hijo hipnotizado por la Salomé de Caravaggio y él escuchando a la princesa de Asturias…

Resulta que doña Isabel de Borbón y Borbón es una apasionada de la música. ¡Y de los caballos! «¿A que no lo sabía, señor Carasso?». No se pierde un concierto. ¡Ni un espectáculo de exhibición de doma en la escuela de equitación de Viena! La gente de la calle, dice, tiene de ella una imagen frívola. Popular, sería más exacto. Habla acompañándose de su físico vital, de sus manos, de sus dedos, que los abre a la altura de los ojos como si deseara hacer con ellos extraños conjuros, quizá cuanto le ocurre es que sus pensamientos van más deprisa que sus palabras. Le gustan los toros: no hay valor, ni coraje como los de Vicente Pastor, grande entre los grandes, cuando se encierra con seis miuras en la plaza de Las Ventas. Y los bailes populares. Suele ir a las verbenas. Baila el chotis. A veces se hace acompañar por un guapo mozo, con el que baila algún *agarrao*. A Isaac le hace gracia. La gente de la calle la ve pasear por la Gran Vía, en carruaje descubierto tirado por dos caballos blancos, y le grita: «¡Viva la Chata!». A ella le agrada. A su sobrino, el rey, también. Naturalmente, hace tiempo que se ha recluido en palacio. Su último servicio a la monarquía española fue cuando presidió en Argentina, en nombre del rey, los actos conmemorativos del centenario de la independencia de ese país tan querido. Disfrutó muchísimo, «y los argentinos son encantadores». Nunca olvidará los plausos que le dispensaron cuando entró en el Teatro Colón de Buenos Aires. «Hermoso…».

Bien.

—Como le decía, mi verdadera pasión es la música. Y los caballos. La clásica. La de Beethoven, la de Johann Strauss, la del inconmensurable Wagner. Siempre que puedo acudo a conciertos en Berlín o en Viena. ¡Qué delicia acudir al Musikverein de Viena! Habitualmente

recibo invitaciones del Konzerthaus de Viena. Y procuro no perderme los espectáculos de doma en la Spanische Hofreitschule. Qué belleza de caballos…

Y vuelve a recordar, observando al impaciente Isaac:

La última vez que acudió a una de esas citas musicales fue en 1914. Unos meses antes de estallar la Guerra Mundial, «terrible». Su estancia coincidió con el día en que asesinaron en Sarajevo al archiduque de Austria, al que ella conocía muy bien.

Parece perdida. Vuelve sobre sus pasos: tuvieron que abandonar el país deprisa y corriendo, «ya puede imaginarse». Cree que las últimas horas del ultimátum a Serbia la cogieron cruzando la frontera suiza. Por los pelos. Habitualmente, aprovechaba el viaje de regreso a España para pasar unos días en Lucerna, que le encanta.

—Sin embargo, le confieso, señor Carasso, que no he vuelto a pisar esa ciudad desde la muerte de mi esposo, el conde de Gigenti. Fue horrible. ¿Conoce usted la historia?

Isaac Carasso cree conveniente asentir, aunque lo único que sabe es que el marido de doña Isabel, el conde italiano del que habla, murió trágicamente. Se suicidó. Se pegó un tiro. No, desconocía esos detalles. Así que los malos recuerdos de Lucerna la obligaron a detenerse en Ginebra, donde permaneció una semana, «más o menos», y mueve graciosamente la mano a modo de un molinillo.

Se hospeda en el hotel Excelsior, en la ribera oriental del lago Leman. Enfrente, las torres medievales del castillo de Ouchy. Al ser una mujer gruesa es evidente que no puede seguir los dictados de la moda femenina. Le disgusta la verticalidad impuesta por los modistos. Lleva una falda larga con sobrefalda, de tejidos sedosos, y un discreto turbante de color lila le cubre media cabeza. Los polvos rosa de su maquillaje revelan su inclinación por usar los productos de Helena Rubinstein.

Los desayunos son deliciosos en la terraza de la suite, bajo el toldo color crema. Es pleno verano. Recuerda la infanta que, además de café con leche, mermelada, mantequilla, pastelitos recién sacados del horno y cruasanes también calientes, en la bandeja que el camarero sube por las mañanas a su habitación destaca un tarro de porcelana precintado por un lazo. Degusta su contenido: una leche cremosa, algo ácida. La primera reacción de su paladar es de desagrado. Pero enseguida la untuosa cucharada se deshace en su boca como una baya de frambuesas recién cogidas del bosque. Aquella «deliciosa novedad gastronómica» responde al nombre de Maya Santé. Lo lee en la etiqueta. Yogur reconstituyente. Por la descripción, en letra menuda, que lee, sabe que se trata de un producto elaborado artesanalmente según métodos que ya solían emplear los antiguos tracios en Bulgaria… Pregunta al camarero, que encoge los hombros. No sabe gran cosa. «Lo siento, señora». Cree que se fabrican en Lausana. Lo ha oído decir. En la recepción del hotel, llaman al jefe de cocina, que se presenta a los pocos minutos en el vestíbulo donde aguarda la infanta de España, trajeada, con sombrero. *Monsieur* Lancet, que así es como lo presenta el jefe de recepción, no sabe cómo comportarse ante la elegante dama. Se desprende del sombrero de cocina, inclina ante ella la cabeza, y dice, tartamudeando. «Tengo entendido, señora…». «Solo es una simple curiosidad, caballero», dice ella, como disculpándose. Y entonces, Lancet suelta cuanto sabe: lo fabrica un señor de Lausana que, dicen, es judío, sefardí, uno de los muchos refugiados procedentes de los Balcanes, él cree que tanto él como sus colaboradores son oriundos de Salónica, «me refiero a cuando era turca, señora…».

No para ahí la cosa. Meses después, ya en España, Isabel de Borbón aprovecha la primera ocasión de departir con su buen amigo el senador Pulido, de quien sabe que abandera desde hace años la causa sefardí, para comentarle su ocasional y doble descubrimiento en Ginebra: el del propio yogur de propiedades medicinales, «delicioso, aunque algo ácido», y la vaga y misteriosa identidad de su creador, «a quien no llegué a conocer pues no tuve ocasión de desplazarme a Lausana», se lamenta. Ella conoce de primera mano el interés de la corte por esa causa que «tanto honra a su sobrino y a todos los que la defienden». En más de una ocasión lo ha comentado con Alfonso y Victoria Eugenia. Le satisfizo en su día la decisión del gobierno, a instancias del monarca —a ella le consta que fue así— de enviar a los territorios balcánicos al crucero acorazado que lleva su nombre, el *Princesa de Asturias*, cuya solemne botadura ella había presidido en El Ferrol quince años atrás.

—¿Lo recuerda usted, don Ángel?

—¿La botadura? —asiente Pulido.

—¡No, el día en que zarpó el crucero desde Cartagena rumbo a los Balcanes!

—¡Por supuesto, señora! Detrás de la humanitaria misión del buque había una razón de estado. El vicepresidente del Senado lamenta que sirviera más bien para poco… ¿No sabía su alteza que ese barco solo repatrió a una veintena de personas, y que yo sepa ninguna de ellas era sefardí?

—¿De veras? —se asombra ella.

—Creo saber de quién estáis hablando, señora —dice el senador tras un largo silencio. Y cuenta a continuación que en la colonia sefardí de Madrid se ha venido comentando que un judío asentado en Barcelona desde hace varios años, procedente de Salónica, elabora esa leche cremosa, «y con gran éxito por cierto», tiene entendido. Además, también ha escuchado al prestigioso doctor Ferrán hablar elogiosamente del producto…

—¿Se trata de la misma persona que fabrica el yogur en Lausana? —curiosea la infanta.

—¡El mundo es un pañuelo, señora mía! —exclama el senador con una sonrisa evocadora.

—¿Lo conocéis, don Ángel?

El anciano senador mueve repetidas veces la cabeza de arriba abajo.

—Hace más de quince años. El día que acudí a visitarlo, en Salónica, fue emocionante ver ondear de un mástil, en el balcón de su casa, la bandera española.

No solo el traqueteo del tren le impide conciliar el sueño. También sus reflexiones sobre las consecuencias del encuentro en Madrid con la infanta de España. ¿Su pequeña empresa convertida en proveedora de la familia real española? Las respuestas se agolpan confusamente y no sabría acertar con la más adecuada. Todo es posible. Por tierras de Guadalajara, la máquina que arrastra el convoy aprovecha un trazado recto, que parece interminable, para tomar gran velocidad. El Wagon Lits parece por momentos que va a descomponerse. Isaac yace en la litera de abajo del compartimiento. Cree que su hijo, en la de arriba, tampoco ha conciliado el sueño. No escucha su respiración. Pronuncia «Daniel» en voz baja. «Sí, papá». Le pregunta si está contento, si se siente feliz, qué le ha parecido el palacio, la infanta, si le ha resultado simpática. Todo de golpe. No es que dude de sí mismo, pero de un tiempo a esta parte, conforme es testigo de que Daniel ha dejado de ser un niño, tiene el irreprimible deseo de transmitir a su hijo sus

propias sensaciones y de atender sus respuestas como si fueran las suyas propias. Ha llegado a pensar que su personalidad está experimentando una especie de desdoblamiento, que es en su hijo donde se mira y desde donde lo observa el mundo, y que incluso la existencia de Juana y de Flor adquiere la consistencia que él desea en la medida en que será Daniel quien vele por su seguridad y bienestar cuando a él le llegue la hora de la muerte. Daniel contesta con monosílabos. Su único discurso largo es el que dedica a explicar la impresión que le han causado los cuadros que ha visto. Sobre el de Salomé, sin embargo, se muestra reticente a revelar los sentimientos que le ha despertado. «La oscuridad del lienzo me ha causado cierto temor, pero los ojos de la mujer son luminosos». Por el contrario, manifiesta una punzante ironía, que sorprende a su padre, cuando asegura no entender que España sea la protectora universal de una religión que no es la suya, y que esa misma nación, cuyo poder se ha extendido durante siglos por todo el mundo, no les haya protegido a ellos, y que hayan sido ellos, precisamente, los que regresen a ella para abrazarla sin recibir nada a cambio. La infanta le ha resultado encantadora, y cree que su mano tendida es «un favor que hace justicia a tu lealtad para con esta tierra ingrata en la que mi madre descansa para siempre». Los ojos de Isaac se crispan momentáneamente: «Otra vez su madre», se dice en sus adentros.

El convoy se detiene más de una hora en la estación de Zaragoza. El débil amanecer descubre en el andén principal a un grupo de trabajadores que forman una barricada delante de la locomotora y profieren airadas consignas e impiden el avance del tren. Dos hombres, uno de ellos uniformado y tocado con una gorra roja, intentan inútilmente hacer entrar en razón al vociferante grupo. El otro hombre se aproxima al estribo del vagón, muy cerca de la ventanilla desde la que padre e hijo observan la revuelta, y trata de explicar a los pasajeros que se asoman por las ventanillas, mirando a izquierda y derecha, las razones del parón. Su nerviosa estampa resulta ridícula, pues se sobreentiende por qué el tren se ha detenido. Los gritos arrecian. Del fondo del andén, ahora débilmente iluminado por el lejano resplandor del sol, surgen más trabajadores que se suman a los que han decidido tumbarse sobre las vías. Mientras el hombre de la gorra roja se lleva un silbato a la boca y lo hace sonar hasta agotar el aire de sus pulmones, el otro sigue con su inútil monserga: «Son piquetes de la CNT. Protestan por la guerra en África. Se espera de un momento a otro a las fuerzas de orden público. Cierren las ventanillas. Tomen precauciones. Puede que se emplean armas de fuego». Camina hacia la locomotora, y luego vuelve sobre sus pasos hasta el furgón de cola, repitiendo la cantinela. Suenan con estrépito los primeros cierres de ventanillas que caen al peso, y las que permanecen abiertas lo hacen nada más aparecer por las puertas principales de acceso a la estación soldados provistos de largas porras y mosquetones. Un oficial apunta con su sable a la barricada humana, atravesada sobre la vía, que se ha hecho compacta, como si los cuerpos de los revolucionarios se hubieran convertido de repente en sacos terreros amontonados. Cuando suena el primer disparo, la locomotora arranca.

Barcelona es el principal polvorín de la protesta: España sigue enviando a sus soldados al matadero de Marruecos. Es así como los militares africanistas compensan sus deshonras en Cuba y Filipinas. Las protestas se hacen clamor. Tropas de refresco dispuestas a embarcar en el puerto de Málaga se amotinan. La furia indignada de las masas esgrime la bandera de la sangre de cientos de soldados degollados en Annual y el Gurugú.

A veces da la impresión de que España está ausente de la tragedia, a pesar del escalofrío que sienten los lectores de *La Vanguardia* cuando leen que en un solo día se han convocado en el país mil huelgas de trabajadores. ¡Hasta la inauguración oficial del Ritz ha sido saboteada! El detective invisible de la Historia observa el momento en que un hombre de mediana estatura y vestido de negro baja del tren en la estación de Barcelona y mira a derecha e izquierda del andén: qué extraño que no haya nadie esperándome, parece pensar. Ayuda a su mujer, que también mira en ambas direcciones cuando pone el pie en el estribo del vagón. Es uno de los ciudadanos más insignes del planeta, pero se lo tiene poco creído. En numerosas ocasiones ha dicho de sí mismo que es un hombre sencillo y humilde, entregado en cuerpo y alma a la ciencia. ¿Qué le importa que vayan a esperarlo a la estación? No es la primera vez que le ocurre. Quizá el tren ha adelantado su llegada… El hombre se llama Albert Einstein, pero la prensa española lo llama Alberto, como si hubiera nacido en España. Podría haber ocurrido, ¿por qué no? Son muchos los judíos sefardíes que lo piensan. De hecho, y aunque Alberto haya llegado a Barcelona invitado por el Institut d'Estudis Catalans, su presencia en el país se debe en parte gracias a la mediación de Etmundo Metzger y de Ignacio Bauer, presidentes de las comunidades sefardíes de Barcelona y Madrid. Don Alberto viajará días después a Madrid en el Rápido, que es como ahora se llama al tren correo nocturno que enlaza Barcelona con la capital del país. Lo llaman así porque hace unos meses ha incorporado las potentes locomotoras MZA, que superan los cien kilómetros por hora.

Como no le aguarda nadie y su mujer, Elsa, está cansada del largo viaje desde Francia, el sabio, a quien el año anterior le han concedido el Premio Nobel de Física, sale al exterior de la estación y solicita los servicios de un taxi. Albert y Elsa se instalan en el interior del vehículo, ella se acurruca en el hombro de él, y miran por la ventana: es una radiante mañana de invierno y la gente, en la calle, parece feliz, aunque camina muy deprisa, demasiado deprisa. El taxista les pregunta: «Dónde les llevo». Albert Einstein no habla español, pero ha oído muchas veces hablar de Las Ramblas, que no conoce, pues nunca estuvo antes en Barcelona, así que le contesta al taxista: «Las Ramblas». Unos minutos después, el taxista les deja a la altura del Liceo. Se bajan, recogen sus dos maletas y caminan en dirección al mar, que presienten muy cerca. Cien metros después, Elsa protesta. *«Albert, ich bin sehr müde»*. El sabio se detiene ante la fachada del hotel Paraíso, junto a la farmacia del licenciado Miravall, con un letrero luminoso de color verde. El hotel tiene pinta de pensión, pero no le importa; echa un vistazo al interior. Parece limpio y es luminoso.

Detrás de un pequeño mostrador hay un hombre de mediana edad en mangas de camisa con corbata. Le pregunta en francés si tiene habitación. El hombre no sabe francés pero entiende la pregunta: «*Oui, monsieur»*, contesta, e inmediatamente se precipita hacia la puerta para recoger las maletas que vigila la impaciente Elsa. Cuando el hombre en mangas de camisa lee la documentación que le tiende el sabio judío, se queda de una pieza. ¿Es usted Albert Einstein, en persona? Claro, asiente el Premio Nobel con la cabeza. Entonces, el hombre conduce a la pareja hasta el primer piso a través de unas escaleras con moqueta y les abre la puerta de la habitación 104. Es amplia, tiene una ancha cama de matrimonio y dos pequeños sillones felpudos junto a un balconcito que da a Las Ramblas. El recepcionista, que tiene trazas de ser el propietario de la pensión, o del hotel, baja las escaleras dispuesto a salir de dudas: no puede ser que tenga en su

casa al mismísimo Einstein. Así que, aun a riesgo de dejar desatendida la recepción, se acerca a la farmacia de Joan Miravall y le cuenta a este lo sucedido. Miravall tampoco habla alemán, ni francés, ni inglés, así que en lo primero que piensa es en buscar a un intérprete, y enseguida cae en la cuenta de que la única persona que sabe idiomas, y varios, además, por lo que le han dicho, es el propietario de la empresa que le sirve todas las mañanas los yogures reconstituyentes Danone. Vive muy cerca de aquí, en la esquina de la calle del Carmen con Angels, dice. No lo piensa más: se desprende de la bata blanca, le hace un gesto al mancebo para que se las apañe solo y sale en dirección al hospital de la Santa Creu…

Isaac Carasso aparece media hora más tarde en la recepción del hotel Paraíso en compañía del boticario. Les está aguardando el recepcionista. Los tres suben al primer piso. A instancias de ellos, es Isaac Carasso quien toca a la puerta de la 104 con los nudillos de la mano. Pregunta en alemán, aunque su idioma fuerte no es precisamente el de Goethe; él prefiere hablar en francés. Elsa les contesta: *«Zugang!»*. De pie, junto a la ventana, iluminada su figura por un límpido rayo de sol, Albert Einstein toca el violín…

Isaac Carasso hace de intérprete y resuelve el embrollo. Será el hotelero quien telefonee al Institut d'Estudis y al domicilio particular de Esteban Terradas, amigo personal del nobel y principal anfitrión de su estancia en Barcelona. No tardará en aparecer por Las Ramblas una comitiva de coches y taxis que se abren paso entre el gentío. Terradas, catedrático de física matemática —por esos días es el director de obras de los ferrocarriles de la Mancomunidad de Cataluña—, no sabe cómo disculparse. Albert Einstein comenta: «Hacía tiempo que no disfrutaba tanto con mi violín». Elsa y él se introducen en uno de los coches en dirección al hotel Ritz, donde se le había reservado una suite. Detrás, a escasa distancia le sigue un taxi en cuyo interior Isaac Carasso paladea una de las experiencias más entrañables de su vida.

Durante el primer día de estancia en Barcelona, Carasso será pieza indispensable en el protocolo del Institut d'Estudis. Dos días después será requerido como intérprete en una sesión científica abierta organizada en el Ritz. Desde Madrid, Ignacio Bauer le hace llegar la invitación para que acuda a la recepción que la comunidad sefardita de la calle del Príncipe ha organizado en honor del sabio judío. Será en el Ritz y está previsto que acuda el rey… Declina la invitación. Otros asuntos le obligan a permanecer en Barcelona. Ultima el viaje de su hijo Daniel a Marsella. Además, por esos días anda de mudanzas: ha alquilado un amplio local para su *laboratorio*, como le gusta llamarlo, en Carrer dels Àngels 19, a escasos cincuenta metros de donde reside. La producción de Danone ha superado los mil tarros diarios. El éxito es consecuencia de la excelente reputación del producto que elabora, más no se deja seducir por los cantos de sirena; todo lo contrario, le obliga a medir con prudencia los nuevos impulsos. Acomete la tarea de vender Danone fuera de los sectores médicos y farmacéuticos, en los que se ha consolidado. Calcula el riesgo que ello supone. Por aquellos días, el sector alimentario en España experimenta un notable auge gracias a la irrupción en las grandes ciudades de un tipo de comercios con seleccionadas ofertas de productos comestibles frescos, limitados, la mayoría de los casos, al pan, la leche, los huevos y las latas de conserva. Se les denomina *ultramarinos* porque los consumidores tienen la idea equivocada de que los productos que en ellos se venden son de importación. Para asaltar con éxito la nueva plataforma de su negocio, Carasso se vale de una

idea ampliamente experimentada en algunas farmacias y con notable aceptación: proporciona a los clientes que más *danones* le compran un tipo de heladeras que apenas han experimentado variación respecto al primer modelo diseñado en Lausana. En esta ocasión, y habida cuenta del creciente número de tenderos interesados, no duda en subcontratar los servicios de un empresario, que se encarga de fabricarlas, de instalarlas en los ultramarinos y de proveer las barras de hielo imprescindibles para la conservación de los tarros de yogur.

14

Los nuevos retos no disipan sus pensamientos sombríos cuando siente por la noche el escoplo de la soledad. El trabajo lo deja sin aliento, pero el miedo sigue atenazándolo por dentro. ¿Por qué declinó la invitación al homenaje que los suyos ofrecieron a Einstein en el Palace? Miedo a dejar solos a sus hijos en una ciudad que arde en revueltas sociales. Las protestas vienen de lejos, pero es en esos días cuando alcanzan su máxima virulencia.

La impresión que se recoge en la calle, en las tertulias, en los cenáculos de intelectuales, es que en Barcelona, Madrid y Zaragoza se ha iniciado una especie de ensayo revolucionario que pretende emular al que han consumado los bolcheviques en Rusia. Los culpables no solo son los militares que envían a soldados al matadero de Marruecos; también los patronos que no han invertido en sus empresas los beneficios que obtuvieron durante los años de vacas gordas en la Gran Guerra; y los anarcosindicalistas, que incitan a la rebelión para implantar en las empresas el modelo de autogestión y en la sociedad el comunismo libertario. Siguen abriendo barricadas en la calle. Son la expresión más genuinamente española de la lucha del proletariado. Su líder, Ángel Pestaña, llega a entrevistarse en el Ritz con Albert Einstein, a quien pretende sumar a la causa revolucionaria. «Yo también soy revolucionario —le contesta el sabio—, pero de la ciencia».

Acorralada por los acontecimientos, la burguesía catalana busca a un *salvador*: el capitán general de Cataluña. Nadie se opone, tampoco el rey, ni el presidente del gobierno, ni la prensa, ni la Lliga, a que Miguel Primo de Rivera proclame el estado de guerra e instaure una dictadura militar… La prensa divulga su *patriótico* bando, que lee Isaac Carasso al día siguiente del golpe, sumido en la perplejidad.

Corren los últimos días del verano de 1923. En su casa del Carrer dels Àngels, Isaac Carasso no se atreve a enviar a su hijo a estudiar a Marsella. Ha pospuesto en dos ocasiones el viaje de Daniel. Llega a pensar que la familia al completo tendría que abandonar el tumultuoso país. De nuevo se ahoga en el miedo. Consulta con su sobrino Mario Botton. Y con Edmundo Metzger. Ambos coinciden en que no hay motivo de preocupación. Pronto los militares controlarán la situación, «ya verás». No se equivocan. En horas se restablece la normalidad. Las noticias del golpe militar vuelan en alas de los periódicos. Isaac Carasso acude a la sede de *La Vanguardia* y habla con periodistas, que respaldan el golpe. Se sorprende que aborden el acontecimiento como una fiesta.

El rey sigue de vacaciones en San Sebastián. Está al corriente de cuanto ocurre, pero quiere asegurarse de que todos los altos mandos militares respaldan el pronunciamiento en Barcelona. Emprende viaje de regreso a Madrid cuando se lo confirman las Capitanías Generales. Primo de Rivera telegrafía desde Capitanía General de Barcelona a todas las Capitanías del país. Políticos de renombre aconsejan al rey que dé paso al directorio militar impuesto por Primo de Rivera. Isaac decide dar un paseo por las calles de Barcelona. Están despejadas. Grupos de soldados custodian los accesos a los centros de telégrafos y teléfonos. Una de esas sedes está muy cerca de su casa. La normalidad es absoluta. Pero podía ser que, en cualquier momento, estallen nuevas revueltas. Desconfía. El miedo otra vez. Primo de Rivera, según aparece en *La Vanguardia*, lo ha dicho alto y claro: «Nuestra revolución es pacífica, pero puede ser sangrienta en cualquier momento». Afortunadamente, tras el 11 de septiembre, las algaradas nacionalistas en Barcelona parecen haber sido sofocadas. Carasso no sabe si es para bien o para mal, pues piensa que en cualquier momento pueden recrudecerse, en cuyo caso no se imagina la violencia reaccionaria de los militares. Una cálida mañana de septiembre, se corre por el Raval la voz de que el general golpista se dispone a partir desde la estación de Sants rumbo a Madrid. Alfonso XIII lo ha citado en el palacio de Oriente. Las calles por donde ha de discurrir la comitiva oficial se llenan de gente enfervorizada que vitorea el paso de los vehículos. Cientos, miles de personas, excitadas como tordos en una nube. Carasso reconoce entre la muchedumbre a algunos médicos, farmacéuticos, comerciantes, clientes suyos, empresarios tocados con sombreros de paja, animosas señoras, niños que, en brazos de sus padres, agitan las manos.

Isaac Carasso no logra despejar sus perplejidades. «Qué difícil se me hace entender a este país que ahora es el mío», se dice. Vive ya siete años en el Carrer dels Àngels y cree que seguirá pensando lo mismo aun después de la eternidad.

Con la dictadura llega una paz aparente y trivial, tensada por el orden a golpe de decretos que imponen los militares y el miedo a los matones y sicarios. Nadie se mueve, los partidos políticos han sido prohibidos; las voces discrepantes, acalladas. El país entra en una etapa de prosperidad en la que engordan las viejas y castigadas empresas, nacen otras nuevas y se acometen obras públicas de gran envergadura. Mas la mecha, nunca apagada, del descontento social sigue rastreando bajo tierra los depósitos de combustible inflamable. Primo de Rivera logra la paz en Marruecos. La popularidad del régimen crece al ritmo de los felices años veinte. Ha llegado el momento de que el joven Daniel Carasso Muzafia empiece a volar en solitario. A su padre le gusta utilizar esa expresión, «empezar a volar», cuando habla con sus amigos y familiares. Lo hace para engañarse a sí mismo: cree que, diciéndolo así, su hijo no se irá del todo; que volverá pronto al nido. Lo ha planificado todo con su habitual meticulosidad. En la geografía de la aventura que ha diseñado destacan tres ciudades: Marsella, París y Graz. En las tres encuentra acomodo familiar para Daniel. Su seguridad es lo que más le preocupa. La independencia del joven, sin embargo, no será plena. En Marsella estará solo unos días, en una pensión del puerto regentada por un matrimonio judío; por las noches, escuchará los falsos gemidos placenteros de las putas en la fonda contigua y sentirá arder su adolescencia en los ojos de Salomé ofreciendo la cabeza del Bautista. Luego lo acogerá la familia Botton, que tiene un pie en Barcelona, el de Mario, y otro en París, en la calle Jean Maras. Por allí aparecen de vez en cuando los Covo. Y en

Graz se ocupará de él la familia Rosemberg, amigos de David Moritz, y serán frecuentes las visitas de los Ivanov, Petrus y Bilyana, con el pequeño Isaac, que es un mozalbete despierto y de ojos negros, agitanados, que a Daniel le recuerda al bíblico Vanyo. Serán casi tres años intensos en los que Daniel Carasso aprenderá a volar sin ayuda de nadie y a ver el mundo desde perspectivas alejadas, casi siempre sombrías, empequeñecido por experiencias que agrandan sus percepciones sensoriales, su visión de la vida, de la negocios. Aislará el amor al padre en un lugar del espacio reservado a los sentimientos inefables. Su alejamiento de España le permitirá relativizar el amor inalterable a la tierra. España solo es la expresión de la nostalgia. Francia, de sus sueños, de sus ambiciones. Entre ambas, la integridad de su conciencia y la fidelidad a su sangre permanecen inalterables. Se ha escapado de la cárcel del miedo, en la que se había encerrado nada más abandonar Salónica, pero ahora es el miedo el que lo acompaña libremente adondequiera que va, y se ha acostumbrado tanto a él que ya no se asusta cuando, al mirarse por las mañanas en el espejo, antes de afeitarse, lo adivina en el fondo melancólico de sus ojos. Al otro lado de esa orilla tenebrosa, siempre le aguarda el rostro de su madre. Llegará a pensar que ha nacido de nuevo.

La sorpresa de Isaac Carasso sobre el país que lo ha recuperado, él cree que para siempre, será aún mayor cuando el gobierno que preside Primo de Rivera promulgue un decreto sobre concesión de la nacionalidad española a sefardíes protegidos. En la esquina Provenza-Balmes se forman colas de judíos que quieren ser españoles. Es lo que aparentan, con sus carpetas azules de cierre elástico o sus pequeños maletines de cuero rebosantes de certificados de residencia, fotografías, recortes de periódicos, cartas de antepasados, notas registrales. Lo mismo ocurre en la calle del Príncipe, en Madrid. En la redacción de *La Revista de la Raza* se abre un despacho para consultas. En Córdoba, en Zaragoza, en Valencia, las colas se forman ante las comisarías de policía. Se cuentan por cientos —algunos periódicos aseguran que son varios miles— los sefardíes dispuestos a acreditar sus ancestrales vínculos con Sefarad. Isaac alberga sus dudas sobre el decreto, que nacen de su natural desconfianza. En eso no se diferencia del resto de los judíos. Hace tiempo que es consciente de que «está en el país que está, en el que todo es posible», desde que unos reyes temerosos expulsen a trescientos mil judíos hasta que un dictador patriota los reclame como ciudadanos españoles. Algunos askenazíes pretenden aprovecharse de la situación esgrimiendo el argumento de que todos «somos hijos de Israel deportados y dispersados por el mundo tras la destrucción de Jerusalén». Pero las condiciones exigidas por el decreto son muy claras: es obligatorio demostrar el origen familiar inequívocamente español, el conocimiento de la cultura española, de la lengua, su voluntad de residir en el *suelo patrio*, sus sentimientos afectivos hacia el país dispuesto a acogerlos como españoles de pleno derecho. Aunque sus papeles están en regla, Isaac Carasso cree conveniente asegurarse cuanto antes de que siguen estándolo y de que se ajustan a las nuevas normas. De manera que una noche empieza a revisar documentos y se hace el propósito de comentar su situación y la de sus hijos con las autoridades gubernativas, por si fuera necesario ponerse al día en aspectos que desconoce. Lo hace aprovechando uno de sus ya frecuentes viajes a Madrid y las cada vez más estrechas relaciones que mantiene con sus amigos madrileños. Hace tiempo que le da vueltas a la idea de abrir *un laboratorio* de Danone en la capital de España. Se lo ha hecho saber a José Covo y

Mario Botton. Encarga a una gestoría la búsqueda de un local apropiado. Modesto, pero céntrico. Hace tiempo que madura planes ambiciosos. Con la ayuda de Danón.

La revisión de su situación a la luz del decreto le depara la sorpresa de que su hijo deberá incorporarse en los próximos meses a las filas del ejército español para hacer el servicio militar obligatorio. Es el funcionario que lo atiende quien le advierte del hecho con gesto grave. «Los asuntos del ejército son siempre muy serios». «Por supuesto, señor», acierta a balbucear Isaac Carasso, que tardará varios días en sobreponerse al impacto. Le consuela pensar: menos mal que la guerra en Marruecos ha terminado. Se valdrá de sus amigos para que Daniel cumpla con esa obligación en Barcelona o en un destino que le resulte cómodo, reacciona a continuación. No se lo imagina haciendo la mili en Melilla o en Tetuán. Ya se verá. Pero, antes, tendrá que resolver el problema del escaso margen de tiempo disponible para su incorporación. Está dispuesto a entrevistarse con la mismísima infanta Isabel de Borbón. Finalmente, es el senador Pulido quien le echa una mano en forma de carta de recomendación ante el comandante jefe de la oficina de reclutamiento en Madrid. En ella se arguye que entre la fecha de entrada en vigor del propio decreto y la del veinte cumpleaños de Daniel Carasso Muzafia median muy pocos meses, circunstancia que imposibilita el cumplimiento de la norma, y que el futuro recluta, «educado desde niño en el amor a su patria recuperada», se halla estudiando en el extranjero. Isaac Carasso tendrá que presentar un certificado del Instituto Pasteur acreditando que su hijo sigue en dicho centro un curso de bacteriología, lo que impresiona al sargento del ejército que tramita la petición de prórroga. «¿Sabe hablar francés?», pregunta. «Sí señor, tan bien como Corneille», responde el nervioso padre ante el atónito suboficial. Isaac Carasso estará las próximas semanas pendientes del correo y respirará hondo el día en que se le comunica por conducto oficial certificado y con acuse de recibo que la prórroga ha sido concedida. Daniel deberá incorporarse a filas en el segundo reemplazo de 1925.

Aprovecha los desplazamientos en tren a Madrid para leer las cartas que, cada semana, siempre fechadas en domingo, le envía su hijo. Las ha leído tantas veces que se sabe de memoria algunos párrafos. En cualquier caso, no le importa releerlas antes de llegar a Madrid y de visitar a doña Isabel de Borbón en su domicilio del barrio de Argüelles. A la infanta le agrada escuchar los progresos que hace Daniel en la capital de Francia.

—He de insistirle a mi sobrino. A ver si de una vez me hace caso: España necesita un instituto de investigación como el Pasteur de París.

—No será por falta de eximios investigadores.

—Desde luego que los hay. Aunque en menor número que los políticos.

—Y tan probos como los franceses, o más.

—¿Se refiere usted al doctor Ferrán?

—Entre otros, alteza.

A doña Isabel le encanta escuchar en labios del judío un español tan culto, a la altura del que empleaban los clásicos, con Quevedo, «el más insigne de todos», a la cabeza.

—No habrá leído usted a Quevedo…

—Desde luego. Pero la cima de la sabiduría está en Maimónides.

Le tiembla en las manos el folio escrito por Daniel. En algunos tramos del trayecto, el traqueteo del Rápido de Madrid parece un sismógrafo alertando de un terremoto inminente. Noche cerrada. Por la ventanilla, la oscuridad esteparia de Castilla. El miedo.

Querido papá:

Espero que te encuentres bien, igual que mis hermanas, a las que echo de menos. ¿Cómo le va a Juana en Suiza? Le escribí hace días y me preocupa que no me haya contestado. Yo estoy estupendamente. Me tratan muy bien en casa de los parientes de Pepo, y siento la misma calidez en los laboratorios del Pasteur, donde tengo buenos amigos, entre ellos el profesor Dumas, como el escritor, del que he aprendido nuevas técnicas para cultivar fermentos lácticos y seleccionar cepas… Es una suerte tenerlo como maestro. Las cosas, desde aquí, se ven de forma muy diferente. Tu afecto, que comparto, por España no debe enturbiar la visión de una realidad incontestable: aquí, el avance de la ciencia abre perspectivas desconocidas en el campo de la bacteriología aplicada a empresas como la tuya de Danone… No debe extrañarnos a nadie, pues el consumo de lácteos en Francia está muy extendido, hasta el extremo de que se cuentan por decenas las empresas que se dedican a experimentar en materia de cremas y yogures. Aunque, he de confesarlo, ninguno, al menos de los que yo conozco, como el que tú elaboras en tu pequeño taller de Barcelona. Me preocupa, por otra parte, que la inestabilidad política y social en España sea un obstáculo para la buena marcha de la empresa. Ya sé que las cosas empiezan a ser diferentes con el nuevo régimen, pero en Francia las dictaduras están muy mal vistas y se halla muy generalizado el convencimiento de que esos problemas postergados reaparecerán tarde o temprano. Las empresas solo pueden triunfar en ambientes estables.

La emoción y el miedo a la vez. Quizá algún día se arrepienta de haberlo dejado marchar. Su hijo empieza a ver las cosas de forma diferente. Parece entusiasmado con el profesor Dumas. Le transmite sus emociones:

… no puedes imaginarte la sensación de caminar por estos pasillos y pensar que por ellos lo hicieron antes Pasteur, Metchnikoff, Grigorov, Roux, Yersin… Probablemente tú sentirías lo mismo cuando te trajo tu padre, pero ahora es diferente. Sé que estoy aquí para ser como ellos, humildemente como ellos…

Su hijo se siente tan soñador como él. Tal vez así logre entenderlo mejor. Sin embargo, la lectura de otros párrafos le descubren esas «perspectivas desconocidas en el campo de la ciencia» que Daniel está haciendo suyas, o pretende hacerlas. No sabe si alegrarse por ello o dejarse embargar por un nuevo pensamiento perturbador: Daniel ha empezado a trazar los límites de su independencia.

Hace días estuve visitando las instalaciones de Lacteol, del doctor Boucard. Me ha sorprendido el producto que elaboran: unas grageas de fermentos lácteos en las que se sintetizan las propiedades de un yogur. Creo que merecería la pena experimentar algo parecido con el producto que fabricas en Barcelona, aunque ello implicara introducir cambios y mejoras en el sistema de elaboración.

Las palas

¡Oh, sí, aquellos hombres desconocidos de rostros sudorosos que, a una señal de su primo Mario, introducían sus palas en la leche y, como remeros atados con grilletes al penal de las galeras del imperio, batían el líquido incansablemente y sin desfallecer un instante! ¡Cuántas veces se obsesionó Daniel Carasso Muzafia, estudiante en el Instituto Pasteur de París, con la visión de esa imagen en el último piso del Carrer dels Àngels, y le sobrevenía a continuación la de los sufrientes porteadores del puerto de Salónica acarreando montañas sobre sus espaldas!

—Nunca más… —susurra, sin apenas aliento, con los ojos cerrados.

—¿Sueña, don Daniel? —pregunta Jacqueline.

—No…

Nunca más. Tenía que haber un método menos primitivo para pasteurizar la leche. Reconoce que el ideado por su padre tenía su gracia. Era ingenioso. Muy ingenioso. Aquellas palas en forma de hélice, diseñadas por él, es lo que decía. Él lo encontró. Un método con palas eléctricas integradas en un novedoso dispositivo adaptado para él por su amigo Lequeux.

—Murió hace tiempo.

—¿Quién?

—El bueno de Lequeux…

—¿Cómo dice?

—Lequeux. Ideó un método de evaporación de la leche… Recuperaba el empañamiento producido por el calor… Pero entonces yo poseía ya una fábrica moderna… Pobre papá. Con aquellas palas, golpeando la leche, el sudor en las frentes… Nunca más.

15

Visita de nuevo a la infanta doña Isabel de Borbón, esta vez en su casa de Argüelles. Dos gatos siameses. Ella, sentada en un clásico *fauteuil* estilo Luis XIV con brazos acolchados de terciopelo. Recién peinada. Su pelo blanco, sedoso. Isaac Carasso la contempla: ha rebasado con creces los setenta, pero sigue teniendo una altivez noble, casi descarada. Él ha cumplido cincuenta y tantos. Cincuenta y cuatro, tal vez cincuenta y seis. Su edad sigue siendo un misterio que él no quiere desvelar. Por eso introduce el *tantos* cuando le preguntan los años. En realidad, desconoce su edad. Los ojos almendrados de uno de los siameses, su cabeza triangular inmovilizada, pendiente del mínimo de sus gestos, parecen haberla adivinado. Entre los dos, una mesita en la que una doncella con cofia ha dejado una bandeja de plata con dos tazas y una tetera de porcelana de Sèvres.

La infanta le dice que ha estado hablando con la reina Victoria Eugenia. «Estaría encantada de conocerlo», le ha dicho. No se sabe muy bien si el silencio de Isaac Carasso es consecuencia de su estrategia o de su prudencia innata, quizá de las dos. Ha sido llamado y está dispuesto a escuchar. Conforme ella habla, las conjeturas que se ha hecho durante el viaje en tren se manifiestan, se van desvelando como los negativos de una fotografía. Disimula la autocomplacencia. Siempre serio, atento, el gesto cordial, protocolario, sin excesos. Se tiene por hombre que agrada a las mujeres, aunque nunca aprovechó esa cualidad. Sabe que está en presencia de la tía de un rey mujeriego, al que la reina Victoria Eugenia, bellísima, siempre lo pensó, acusa de padecer satiriasis, adicto al sexo, todo lo contrario de lo que es él, aunque la vida nunca le dio la oportunidad de dejarse contagiar por esa enfermedad. Victoria Eugenia, le dice la infanta, ha tenido una idea «feliz y humanitaria»: que los reconstituyentes Danone puedan consumirse en los orfanatos, hospitales y centros de acogida para indigentes que ellas patrocinan. Él mueve ligeramente la comisura de sus labios. Es casi una sonrisa. Por supuesto, precisa doña Isabel removiéndose en el sillón hasta encajar su culo en el felpudo, se ha pensado en, dado el número de niños y enfermos atendidos en sus centros, reducir inicialmente los suministros para atender solo casos extremos de diarrea y desnutrición, «como ya sabemos que se hizo en algunos hospitales de Barcelona». Carasso asiente. Sabe a lo que se refiere, pero desconoce cómo la infanta ha tenido acceso a la información.

—Me habló de ello el doctor Pulido.

—¡Ah! —exclama Isaac, echando la cabeza atrás. Y luego añade—: Cierto, atendimos, y seguimos haciéndolo con sumo agrado, casos extremos de niños con disentería en algunos orfanatos de Barcelona, especialmente en el hospital de la Creu.

—La reina y yo le estaríamos muy agradecidas. —Como quiera que él asiente pero calla, dispuesto a que la infanta se explique un poco mejor, media un silencio largo que ella rompe acompañándose por un gesto elegante y sutilmente femenino, es decir, equívoco—. Por supuesto que se le abonaría el importe que correspondiera; en liquidaciones trimestrales, si no le importa, y, desde luego, confiamos en que su generosidad nos dispense un trato de favor.

—Estoy dispuesto a servir gratis mis yogures durante el primer trimestre. A partir del segundo, y si le parece bien a su alteza, acordaríamos de mutuo acuerdo un precio justo que tuviera en cuenta las necesidades de sus centros, el estado de sus economías y, claro está, los costes de producción de mi empresa. En cualquier caso, señora, estoy en disposición de adelantarle que puede usted contar con un descuento equivalente a la mitad del precio del yogur en el mercado.

—No esperaba menos de usted, señor Carasso. Estoy segura de que podremos llegar a ese acuerdo.

—Sería un honor poder colaborar en la labor humanitaria de la reina y de su alteza.

—Gracias de nuevo. —Es a ella a quien ahora mira el siamés desde sus ojos instalados en los vértices superiores del triángulo de la cabeza, como los órganos de un ser sobrenatural y ubicuo que averigua pensamientos—. Por cierto —dice, finalmente.

—Usted dirá.

—¿Ha pensado, don Isaac, en la posibilidad de servir sus exquisitos yogures artesanales a la casa real española?

—No, alteza. Pero lo haría con mucho gusto.

—Victoria Eugenia estaría encantada.

El gato siamés que la observa desde un cojín en el suelo da un salto felino y se apoltrona en el regazo de la infanta. Ella le acaricia la cabeza. El felino cierra los ojos. La infanta tiende una de sus manos hasta la mesa donde están las tazas y sacude una campanilla de plata. Al tintineo, que se alarga en el pasillo, lo acompaña la sonrisa bonachona de la anciana, que da la impresión de haber iniciado un juego de intrigas infantiles. Enseguida acude la doncella de la cofia, y basta un levísimo gesto en el rostro de doña Isabel para que desaparezca por el pasillo, no sin antes despedirse con una leve genuflexión. Al cabo, regresa con un paquete envuelto en papel satinado. La infanta da un golpecito en la cabeza del siamés y este salta sobre el cojín en el suelo.

—Me gusta desenvolver los regalos que hago. No lo puedo evitar. ¿Me lo permite?

—No faltaría más.

Isaac Carasso sigue con expectante interés el manoseo de la infanta sobre el paquete.

—Espero que le guste —comenta sin dejar de hacer.

—Es muy amable por su parte…

—Tómelo usted como una modesta pero sentida prueba de agradecimiento y de amistad.

Es un reloj de linterna, con cúpula hemisférica dorada, parecido al que dibujó Tiziano en su cuadro *El caballero del reloj*.

La infanta le dice que su chófer se lo llevará al hotel en el que se hospeda. No, por favor, no se moleste. No es molestia. Ella apunta en una libreta que tiene a mano el nombre y la dirección: «Hotel Cristina», en la calle Sevilla.

—Esto cae por Sol, ¿no? —pregunta doña Isabel con el ceño fruncido: pensaba que se hospedaba en el Palace…

Hace frío. Camina en dirección a la calle Fuencarral, donde tiene su oficina la inmobiliaria a la que ha encargado la búsqueda de un local para la sede de Danone en Madrid. Isaac Carasso se cubre con el viejo abrigo de astracán que estrenó en Suiza. Desde que llegó a España, hace ya ocho años, no se lo ha puesto. Lleva sombrero, bufanda y guantes. El cielo, plomizo, presagia que puede nevar. Es un frío seco, sano, que le agrada sentir en la cara, aunque le hiela las orejas y la nariz. Avanza tras la nubecilla de vaho que suelta su aliento. Es un juego: su sombra va por delante. Su sombra helada. Le recuerda al vaho en el proceso de fermentación de la leche. Siente sobre sus hombros el peso de la edad. Ahora sí la puede confesar: cincuenta y cuatro años. Pero no, no está plenamente seguro. Sonríe. ¿Se puede ser irónico para consigo mismo? Es probable que sea el único hombre en el mundo al que le divierte desconocer su edad. La nubecilla de vapor.

Es relativamente feliz: hace unos meses que ha liquidado Aceites de España S. A.; le ha proporcionado pingües beneficios, más de los que cabía esperar. Algunos lo considerarían un hombre rico. Es probable que lo sea, pero nadie tendrá acceso a esa información. En eso, de nuevo, se parece a los de su raza. Hermético casi siempre, modesto para sus amigos, discretísimo para el resto.

Covo ha sido el que mejor ha aprovechado los resultados de la liquidación. Se ha ido a París para empezar a meter las narices en la bolsa francesa. Además, el que Isaac Carasso se haya convertido de la noche a la mañana en proveedor de la casa real española puede cambiar su vida, al menos el rumbo de su empresa, encarrilarla definitivamente hacia el éxito. ¿No es esto lo que tanto deseaba? De ahí la necesidad, ahora más que nunca, de abrir un *nuevo laboratorio* en Madrid. Las cosas le parecen diferentes. Pronto se verá con la reina Victoria Eugenia. La propia infanta Isabel se ha encargado de concertar la cita. Para más adelante, cuando tenga resuelto el problema de la distribución del yogur en Madrid. Tiene que darse prisa en buscar el local que necesita. Sin embargo, su felicidad no es plena: no se quita de la cabeza a su hijo, que está a punto de recibir la notificación oficial para incorporarse a filas. Tiene entendido que habrá un sorteo previo que determinará su destino. Le puede caer África, piensa. Tiene que hacer algo. Se ha citado con el senador Pulido, a quien él, como tantos otros, llama don Ángel. ¿Cómo un católico ferviente como Pulido ha podido entregar su vida, y su carrera política, al servicio del sefardismo? Ha sabido que la salud de don Ángel se ha deteriorado en los últimos años. Tiene que rondar los setenta y cinco años. Piensa que tal vez él puede ayudarle en el supuesto de que Daniel sea destinado a África. Ya se verá. O don Ignacio Bauer. O el banquero Aarón Salzedo, de Bayona, nacionalizado español, que asiste a las tertulias con el rey cuando este se halla de vacaciones en San Sebastián, a quien cree que conoció la primera vez que estuvo en la calle del Príncipe. Salzedo, del País Vasco, le dijeron. Además de banquero, Salzedo es anticuario. «Pero, ¿y si le toca África?». Ya está en Fuencarral. Se le han helado los pies. «África». El señor Maldonado, gerente de la inmobiliaria, lo acompaña hasta el bajo de un edificio de la calle Luchana, muy cerca. Es un local modesto pero amplio. La primera impresión es buena. Cuando regrese a Barcelona, por la noche, desvelado, pensará que se adecúa a una idea que le ronda desde hace tiempo: disponer de un punto de venta al público en la trastienda del laboratorio. Hay

espacio suficiente para producir y vender. Ha firmado un precontrato de alquiler con la inmobiliaria.

Coge el metro en la estación de Bilbao y se baja en la de Sol. En un restaurante de la calle del Arenal se sienta a una mesa con cubierta de mármol y soporte de hierro forjado: un camarero con mandil blanco y pañuelo rojo anudado al cuello le sirve el menú completo del cocido madrileño. Es la primera vez que lo prueba. Recuerda que su madre, Estrella, solía decir que no había comida más sabrosa que la del cocido. Siempre se lamentó de no hacerlo en casa. No tenía ni chorizo ni morcilla de cebolla, ni apio… «Así es como sale gustoso».

Puede acercarse al hotel, que está cerca, pero le coge de paso desviarse unos metros y girar visita a la comunidad en la calle del Príncipe. La sinagoga está abierta. Se recoge en silencio frente al *hejal*, con los ojos cerrados. «África. Que el Señor escoja el mejor camino para Daniel». Está solo. En una salita contigua al despacho del rabino saluda a varios hombres que conversan con alguien que conoce: Salzedo, el anticuario vasco… Es bajito, calvo, más que él, de cara redonda, como un muñeco de trapo con largo bigote, pero sumamente cortés, de trato afectuoso. Aarón Salzedo le confirma que don Ángel Pulido apenas sale de su casa, que está desengañado de la política, de los políticos, que «solo cree en nosotros». Aarón le apunta en un papel la dirección de su casa en Bayona, por si alguna vez se tercia visitarle, él desea retirarse a morir en su tierra, qué suerte, por qué, saber dónde nació, la tierra es de todos, al final regresamos a ella, es la misma en todas partes. Los hombres que le hablan o saludan reverencialmente antes de ausentarse. Como si fuera un rabino. Chapurrean el francés. Isaac Carasso deduce que uno de ellos es búlgaro, o rumano, o montenegrino… Aarón le explica: «Acaban de llegar, huyen de un pogromo en Rumanía». Carasso cree que los pogromos son trágicas historias enterradas. Aarón niega con la cabeza, le coge del brazo. «No se fíe usted de estos años felices». Se ha entrado en la segunda mitad de los años veinte. Afuera, la anochecida se blanquea con copos de nieve que se derriten en el lánguido fulgor de las farolas. Sol se ha quedado vacío. Isaac Carasso toma la dirección de la calle de Sevilla.

En la recepción del hotel, al recoger la llave, el conserje le entrega un paquete. Un chófer uniformado lo trajo a primera hora de la tarde. Isaac lo recoge y sube a la habitación. El reloj, encerrado en su dorada cúpula, le parece una joya. Lo pone en hora. Quizá, piensa, marca el comienzo de una nueva etapa en la vida de su empresa. «África. Daniel». Descorre los visillos del balcón. La nieve empieza a cuajar en las aceras.

Tendrá ocasión de conocer a la reina, que resulta aún más bella al natural. Lo hará unos días antes de abrir su laboratorio en la calle de Luchana, en pleno barrio de Chamberí. La puesta en marcha de la nueva sede de Danone le obligará a permanecer en Madrid un par de semanas. Él seguirá llamándola *laboratorio*.

El local es de su agrado. Tal como quería. Con un pequeño mostrador de mármol blanco abierto al público. Y al otro lado de una estantería de obra donde se exhiben decenas de tarros de porcelana precintados con lazos, el laboratorio. Esa es la primera lección que aprenden las tres personas que ha contratado: no es una fábrica, ni una *crémerie française*, ni una tienda de

ultramarinos; es un laboratorio. «Como usted diga, señor Carasso». Sus viajes a Madrid se hacen frecuentes porque el inminente sorteo de la mili le lleva de cabeza. No puede resistir esperar a saber lo que le deparará a su hijo. El día antes del sorteo acude, nervioso, a entrevistarse con el banquero Salzedo: «Algo se podrá hacer, no se preocupe, Carasso». Y con don Ángel, que viene a decirle lo mismo. Pero don Ángel apenas puede moverse. Un dolor de ciática lo tiene postrado en una mecedora junto a una mesita camilla con brasero. Su hijo no ha dado señales de vida, y eso lo inquieta aún más, porque, recuerda las palabras del sargento que le gestionó la prórroga, las cosas del ejército son muy serias. Claro, como que mandan en España. Finalmente, el día del sorteo, un domingo, muy de mañana, acude al Cuartel de la Montaña en Madrid, atestado de jóvenes españoles pendientes de las bolitas que salen de un bombo, como en el sorteo de Navidad. No logra entender el juego de casar las letras que salen del bombo con las listas de quintos y la relación de cuarteles y destinos. Pero pregunta, y un recluta muy despierto y solidario le ayuda a descubrir el arcano. «¡A Daniel Carasso Muzafia le ha tocado artillería!», exclama el joven, que dice llamarse Martín. Carasso se tranquiliza. Abandona el recinto, inmerso en el griterío infernal de los nuevos soldados españoles, y llama por teléfono desde el hotel a don Ángel: «Veremos qué puede hacerse». Y se hace. Isaac no interviene en nada. Es un día después de que Daniel pase el reconocimiento médico y sea tallado en la Caja de Reclutas de Barcelona cuando recibe una atenta misiva de Aarón Salzedo:

> *Su destino definitivo es la escuela de artillería en Carabanchel, muy cerca de Madrid. Créame que es para estar satisfecho. Tenemos buenas relaciones con un comandante del campamento. Vamos a ver si lo colocamos en la oficina. Antes, desde luego, tendrá que jurar bandera. Y, de vez en cuando, deberá hacer alguna guardia. ¡Qué menos en un militar! Felicidades, pues, amigo mío.*
>
> *Aarón*
>
> *Posdata: Nunca mejor dicho aquello de que «lo tenemos a tiro». Saludos.*

La verdad es que sí. Daniel está a tiro. Los nuevos acontecimientos lo someten durante varios días a un deprimente estupor. Con lo feliz que era en su laboratorio del Pasteur. No le hace ninguna gracia incorporarse a la mili. Llega a pensar que su padre le ha hecho una encerrona con esa idea tan arraigada de ser español con todas las consecuencias. No le reprocha nada, sin embargo. Nunca lo hizo. Ni lo hará. Uno de esos días previos a su marcha, Daniel, a punto de cargar sobre sus espaldas el macuto que le han entregado en la Caja de Reclutas, camino de la estación, se lleva las manos a la frente: «¡Se me olvidaba decirte algo!». Isaac lo deja hablar: antes de regresar a España, inscribió la marca Danone en el registro de marcas de Francia, y tiene la intención de patentar el tarro del yogur, es decir, el envase de porcelana al completo, con el precinto blanco en la parte superior… Isaac lo ayuda a subir al tren, que los quintos catalanes parecen haber tomado al asalto. Se despiden a través de una de las ventanillas del vagón, con él abajo, agarrando la mano tendida de su hijo. Es entonces cuando le pregunta:

—¿Y eso?

—¿Te refieres al registro de la marca? Creo que conviene hacerlo. También Danone puede ser una marca francesa.

—Bien pensado, hijo.

—Hablaremos, papá. Tengo planes —dice Daniel al instante de arrancar el tren.

Durante meses, aprovechará cualquier viaje a Madrid para desplazarse en taxi hasta la escuela de artillería en Carabanchel. La mayoría de las veces no puede ver a su hijo. No lo dejan. Pregunta por el comandante amigo de Aarón: «De parte de un amigo del señor Salzedo», dice al cabo de guardia. Cuando tiene suerte y está el comandante, suele ver a Daniel unos minutos antes del rancho. Le da un abrazo y le lleva comida que sabe que le gusta: queso y pasteles de remolacha preparados por Hanna. Cuando el comandante está ausente, se da un largo paseo por los alrededores, pendiente de los coches oficiales que pasan el puesto de control en la entrada, con los soldados cuadrados; la mirada furtiva del cabo de guardia al interior del vehículo. Otras veces, rodea el perímetro del campamento por si Daniel se asoma por algún sitio: «Es absurdo, ridículo», se dice, pero no puede evitarlo. Es un lugar devastado por la soledad. Decenas de barracones rodean a un edificio en cuyo centro hay un mirador, como una torre de control de aviación, rematado por un pararrayos. Daniel le ha dicho en alguna ocasión que existe una galería subterránea de tiro, y que, al otro lado de los muros, se abre un hermoso jardín en el que crece un madroño con más de trescientos años. En alguna ocasión llega a preguntar al cabo de guardia: «¿Me puede informar, señor cabo, si el recluta Daniel Carasso Muzafia tiene previsto hacer guardia esta tarde o por la noche?». Si la respuesta es afirmativa, aguardará al relevo de la guardia para verlo. A una prudente distancia. Su presencia pasa inadvertida. Desea evitar que Daniel se sienta importunado, o cohibido, mucho menos comprometerlo ante el mando. Con los ojos húmedos, las manos en los bolsillos, su estampa, engullida en sombras, resulta patética. Observará a su hijo largo rato: el rostro impasible del recluta, su estática figura junto a la garita de acceso, agarrando con su mano izquierda el mosquetón con la culata en el suelo. «Tiene buen aspecto», se dice antes de desaparecer en la oscuridad de la noche y de adentrarse en el pueblo para dar, si tiene suerte, con un taxi que pueda llevarlo al hotel. Si no, tendrá que ir caminando hasta la estación y coger el primer tren a Madrid.

De regreso a Madrid, Isaac Carasso se siente más solo que nunca. Su laboratorio de Luchana ha empezado a funcionar. Es una novedad. Llega a un acuerdo con un tal Juan Marquet, perteneciente a una acreditada saga de empresarios catalanes instalados en la capital de España, para que dirija el negocio. Ignacio Bauer le pasa buenos informes. Es proveedor de la casa real española… Pero añora Barcelona. La calle del Carmen. Los paseos por Las Ramblas. Sus tertulias en el Cómico. Los carteles de las bailarinas imitadoras del can-can enseñando las piernas. La nostalgia de Merceditas.

Daniel tendrá suerte. Por razones atribuibles al descontento de los militares del cuerpo de artillería contra Primo de Rivera, se dará por concluido su servicio militar mucho antes de lo previsto. En realidad, lo que sucede es que el país se queda de la noche a la mañana sin artilleros. Cosas de España, se dirá más tarde Isaac Carasso. El conflicto con el gobierno salta cuando los del cuerpo rechazan la escala abierta de ascensos impuesta por la dictadura. Primo de Rivera reacciona con la máxima dureza y suspende, primero, a todos los oficiales del arma, e inmediatamente, como quiera que la rebelión se agudiza con riesgo de propagarse a otros cuerpos del ejército, disuelve el arma, y pasa por encima del propio Alfonso XIII, dispuesto a

mediar… Es el primer síntoma de la descomposición del régimen. Son los propios militares los que se disponen a derribarlo.

De modo que Daniel regresa a casa al comienzo del otoño de 1926. Por poco tiempo. Pronto hará las maletas para regresar al Pasteur. Cada día que pasa lo tiene más claro: España es un país que se amotina contra su propia historia, en permanente agitación de sus instituciones. Que se lo digan a él, que no entiende lo que ha ocurrido en el extraño y destartalado campamento de los artilleros, con el más hermoso de los madroños plantado sobre la galería subterránea de tiro…

16

El día que Daniel confiesa que desea instalarse definitivamente en Francia y crear su propia empresa es uno de los más tristes en la vida de Isaac Carasso.

La decisión ha empezado a fraguarla hace tiempo. Ya le contó algo a su padre por carta. Durante los dos últimos años ha estado abonando el terreno con razones de peso, eliminando sentimientos contradictorios, liberándose de oscuridades. Ha reflexionado largo tiempo, hacia fuera, lo que quiere hacer, y hacia dentro, las consecuencias de su decisión en el perturbado corazón de su padre. No hay un atisbo de rencor hacia él. Tampoco animadversión. El proceso de la negación al padre empieza el día en que él quiere elaborar un producto más allá de la especialidad farmacéutica que distingue al Danone. Un producto más moderno y sofisticado. Con la idea de romper moldes y de irrumpir con nuevas versiones en un mercado mucho más abierto que el español, intenta la aventura del Vigardyne, o yogur en píldoras. La idea parece revolucionaria, pero no lo es. Ya le dijo a su padre que un tal señor Boucard lo había intentado hacer con otros lácteos parecidos al Danone. *Vigardyne* significa Guardián de la Vida. Ambicioso. En vez de prolongar la vida, como pensaba Metchnikoff y pretendía hacer su padre, Daniel precisa una idea más ambigua y comercial. Guardián de la Vida. No está mal en un periodo de entreguerras. Los felices años veinte están a punto de expirar. Así que, con la ayuda de su padre, siempre junto a él, de su ayuda económica, avalado por él ante los bancos, monta una pequeña empresa en Chatou, un pueblecito en la orilla norte del Sena, cerca de París, famoso porque en él Renoir pintó *El almuerzo de los remeros*. Allí, dispuesto a innovar, cultiva fermentos de yogur para vegetarianos con la ayuda de una centrifugadora Alfa-Laval y se dota de máquinas que fabrican comprimidos en serie. El resultado final, aun siendo digno de un emprendedor dotado de ingenio e imaginación, no deja de ser decepcionante, casi chapucero. Él achaca el fracaso a la falta de financiación, pese a que su padre está dispuesto a todo lo que haga falta.

—Si crees que debe hacerse, lo haces; si no marcha como debiera, bueno, que te sirva de experiencia, pero nunca pienses que se trata de un fracaso.

Es un buen consejo, pero Daniel ha evolucionado con los años. Está lejos de ser un rebelde, pero quiere ser él mismo. Lo de las píldoras es original, revolucionario, llega a pensar, pero poco realista. ¿Cómo se venden las píldoras de yogur en el mercado? Lo de Guardián de la Vida no es suficiente. Philip Kotler aún no ha nacido, pero ha oído hablar de un tal Powers, de quien sabe que dijo en cierta ocasión: «Si la verdad no puede ser contada, arréglala para que se pueda». Su paso por la Escuela Superior de Comercio de Marsella le ha proporcionado conocimientos irrebatibles sobre la importancia de los estudios sociológicos para las estrategias de un negocio.

Necesita conocer los gustos de la sociedad en la que vive. Ciertamente, la francesa está mucho más avanzada que la española en ese sentido, pero, aun así, probablemente no sea capaz de entender, de digerir, en este caso, que una simple píldora contiene los ingredientes activos del yogur. Y si esto es así, es imprescindible crear en la sociedad la necesidad de consumir esa píldora, lo cual le obliga a una concienzuda y agresiva campaña de publicidad. No tiene dinero. Nada más lejos que arruinar a su padre.

El inevitable fiasco de Vigardyne lo recibe Isaac Carasso con una sonrisa de lado a lado de la cara, en su casa de Barcelona. No demostrará su alegría ante Daniel cuando este regrese a casa para comunicárselo. La contrariedad supone para el padre la oportunidad de recuperar la presencia del hijo junto a su lado, ayudándole en su empresa, viajando con él a Madrid. Es lo que desea con toda su alma. Lo que está esperando desde hace tiempo. Lo hacen de nuevo, en el verano de 1928. Visitan las instalaciones de la calle Luchana. Los recibe Isabel de Borbón en su domicilio de Argüelles, que se muestra encantada con los modales del elegante joven veinteañero; Daniel ha iniciado su costumbre —nunca la abandonará— de vestir traje de tres piezas con pañuelo blanco asomándose por el bolsillo superior de la chaqueta; le felicita por el servicio militar en artillería. No, no parece un judío. Tampoco español. Como quien toma el sol en la playa, Daniel tiene el aura de Montparnasse, donde se ubica el Instituto Pasteur y ha sido enterrado Baudelaire. Sí, ese aire. Entre un científico y un poeta. Daniel sonríe. Le dice a la infanta que él vive en el barrio de Marais, cerca de la place des Vosges. No le da más detalles. Su francés la encandila. Ella le asegura, ya lo creo, *«Bien sûre, mon chéri»*, que el yogur Danone se ha convertido en un alimento esencial, indispensable, en la dieta de la familia real. Su padre le confirma poco después, camino de Sol en el metro que han tomado en la glorieta de Bilbao, que su sistema de distribución con heladeras «nos está funcionando muy bien». Pero no solo los ha catapultado al éxito el ser proveedores de la casa real española. La marca se ha prestigiado por los premios cosechados en las exposiciones internacionales de París, Roma, Milán y Madrid… «Ha sido un éxito vertiginoso, ciertamente». Está orgulloso de esos galones. Daniel lo observa, sentado en el asiento del vagón, frente a él, y no se atreve a confesarle —no cree que un vagón del metro de Madrid sea el lugar apropiado para hacerlo— lo que le dirá días después. Algo barrunta Isaac. Desea que su hijo se convierta en el hombre fuerte del negocio que heredará cuando él muera. Ha luchado toda su vida para conseguir ese sueño. Un sueño, así es: «Algún día, mi hijo se coronará rey de ese sueño». Pero pronto sufrirá la gran decepción. Su hundimiento. La ruptura. Cuando regresen al Carrer dels Àngels.

Una noche en la que su padre lo visita a su habitación, como solía hacer cuando era niño, incorporado en la cama, cree que ha llegado el momento. En un prólogo corto, Daniel insiste en el valor de la independencia, de su libertad, en los nuevos parámetros de su formación académica, en su capacidad para innovar y acoplarse a los nuevos tiempos, en su triunfante juventud. Francia le ofrece horizontes de modernidad que no se dan en España, sometida a constantes vaivenes sociales y políticos, «también militares». Además, tiene la impresión de que el crecimiento del negocio «en nuestro país» se limita a las ciudades de Madrid y Barcelona. No se imagina instalar laboratorios de Danone en Zaragoza, ni en Valencia. Tal vez en Bilbao. Pero no sabe. «No sé, papá». Por todo ello desea instalarse en París. Tajante. Casi cruel. Fabricar en París el yogur que hace su padre. Hace años que registró la marca, y la patente del envase. «El mismo yogur, el mismo envase, papá, pero en París, yo solo».

A Isaac se le seca la garganta. Mira al suelo. Siente que sobre su mano, apoyada en el tablero de la cama, se desliza la de su hijo, cálida.

—Respeto tu elección, hijo.

—Ya sé que te habría gustado que me quedara para siempre en Barcelona.

—Era mi esperanza.

—Lo siento.

—Estás muy seguro de lo que tienes que hacer. Saber lo que se tiene que hacer y hacerlo es lo más importante en la vida.

Le estrecha la mano. Su hijo se ha hecho un hombre. Es la primera vez que lo piensa. ¿O lo pensó en alguna otra ocasión? Tal vez cuando hacía la guardia en la garita de Carabanchel. O en el entierro de su madre. «No derramó ni una lágrima». Con la cabeza agachada, se retira a su habitación. Camina lentamente por el pasillo.

Se acuesta vestido y sin quitarse los zapatos. Mira al techo, con las manos cruzadas por detrás de la cabeza. «Tendré que acostumbrarme a estar solo», se dice. Ese pensamiento lo invade todo, su cabeza, el aire que respira, la luz que llega de la calle, el chirrido del tranvía sobre el riel, a lo lejos. Toda la soledad del mundo reclama un lugar en su cabeza. En ese desierto caminará el resto de su vida.

Libro IV

LA MUERTE

1

Finalmente, el turno de la gloria le llega a Daniel Carasso. El hijo que ha vivido a la sombra del padre quiere trazar su propio destino. Comienza a hacerlo el 6 de febrero de 1929. Reúne quinientos mil francos y constituye la Societé Parisienne du Yoghourt Danone. Desde luego, no dispone del dinero necesario, ni de fondos para iniciar la aventura. Pero su padre, siempre su padre, la cálida sombra de su padre, aunque le pese, siempre estará detrás de él y acudirá solícita al requerimiento de su hijo. También acude a José Covo, que ya alterna con éxito en la bolsa de París. Y a un hermano de su madre, Haim Muzafia —que pronto hará contable en su empresa—, y a un amigo, Saúl Amar, que ha conocido en el barrio judío de París. Serán sus socios, pero él se reserva el puesto de administrador único. La sociedad es modesta. Después del fracaso del yogur en píldoras quiere pisar terreno firme y evitar las arenas movedizas. Es su padre quien le recuerda aquello de que hay que aprender de los errores del pasado. Es una pequeña tienda del siglo XVIII, en la calle André-Messager, en el norte de París. Tiene setenta y ocho metros cuadrados y dispone de un sótano que puede utilizarse como trastero y también para lavar los envases de yogures… El local le queda lejos y las comunicaciones desde la Rue Malher, donde reside ahora, son deficientes, pero el alquiler es barato y reúne buenas condiciones: un bajo, con fachada de diez metros de ancha en cuya parte superior instala un letrero bien visible: «Yoghourt Danone». Pronto se hará con una flotilla de automóviles, marca Peugeot, para distribuir el producto. La calle es ancha, sin dificultades para que los coches aparquen junto a la fachada. A todos ellos les ha colocado una visera, cruzando el parabrisas de parte a parte, en la que aparece el nombre del yogur. El montaje es razonablemente bueno…

Daniel vive —cambiará de domicilio más tarde— muy cerca de la Rue de Rosiers, en el corazón mismo del barrio al que los judíos denominan el Pletzl. Muy cerca de allí, en la Rue Pavée se levanta una sinagoga de estilo *art nouveau* que visita con frecuencia y en la que se reúne con algunos amigos, entre ellos Saúl Amar. En la sinagoga coincide a veces con José Covo y su hija Nina, que por entonces está a punto de cumplir veinte años. Es una joven indefinible, de pelo largo y negro, en la que destaca su sonrisa angelical y una delgadez extrema, casi enfermiza, que le confieren un aire etéreo, frágil, casi místico. Nina se muestra tímida cuando su padre se detiene a conversar con Daniel. Sabe que, más tarde o temprano, se convertirá en la esposa del joven empresario. Él la mira cuando ella baja los ojos: pese a su apariencia, transpira un refinamiento tierno y musical.

Askenazíes y sefardíes conviven en la mejor de las atmósferas, libres de presiones. A Daniel le gusta el Pletzl. Vive confortablemente en el tercer piso de un inmueble característico de la

poderosa arquitectura de las edificaciones francesas del siglo XIX, con un pórtico similar al que poseen algunos palacetes de la Place des Vosges. La Rue Malher forma parte de un enjambre de pequeñas calles, cortas y estrechas, adoquinadas, con tiendas laminadas, preciosos *window doors* y minúsculos restaurantes que sirven *koshers*. Como Daniel no se ha puesto un delantal en la vida, se le ve a menudo en uno de ellos, casi siempre acompañado por algún vecino, siempre judío. A él se le distingue fácilmente porque va impecablemente vestido con trajes de tres piezas, estilo Príncipe de Gales, y porque se está quedando calvo. En muy pocas años lucirá una calva lisa y reluciente como un espejo. Al poco tiempo de instalarse en Malher, Daniel Carasso se informa de que es una calle cargada de historia: en tiempos de la Revolución francesa hubo en ella una cárcel política donde se cometieron atrocidades, entre ellas la ejecución de varios miembros de la familia real, y de una amiga íntima de María Antonieta, cuya cabeza, prendida en lo alto de una pica, fue paseada por todo el Marais… El fantasma de la historia no puede adelantarle acontecimientos: al otro lado de esos muros carcelarios se hacinarán cientos de judíos hechos prisioneros por la policía francesa siguiendo órdenes del ejército alemán que ha ocupado París…

El nuevo empresario sigue a rajatabla las teorías y experiencias de su padre en Barcelona. Ya tendrá tiempo de imponer su propio estilo. Argumentos «pasteurianos» que puedan tocar la fibra sensible de los médicos, propuestas comerciales asumibles y una publicidad que llegue al avezado consumidor francés, cuya cultura alimentaria en productos lácteos es infinitamente superior al español, constituyen los principios elementales del éxito que se persigue.

El respaldo financiero lo tiene asegurado. Su padre le insiste: «Lo que tengas que hacer, hazlo». Poco a poco, sin embargo, se van trasluciendo las diferencias entre Barcelona y París. Veamos: Isaac *ha inventado* un yogur que se vende en farmacias, con un componente terapéutico que restringe su proyección en otros campos más abiertos al consumo generalizado. Daniel, por el contrario, ya experto en estrategias, desea implantar el producto en el mercado. El destino de Danone no son las farmacias, ni los hospitales, ni las clínicas de médicos especialistas, sino el mercado, el mercado de París, el gran mercado de Francia.

Los comienzos de la empresa son fulgurantes. Ha introducido una pequeña variante en la composición. Hasta cierto punto, se trata de una astuta *trampa*, saducea, nunca mejor dicho: sin negar la inmortalidad del bacilo búlgaro, confiere al *jaurt* una cualidad que lo adecúa al mercado. Le ha quitado al producto un punto de acidez y lo ha endulzado un poco. La diferencia con el modelo original es mínima, pasa inadvertida para una gran mayoría. Pero la minoría búlgara, entendida y sagaz a la hora de degustar un producto que forma parte de su patrimonio cultural, no duda en reaccionar, un tanto desorientada: «Es bueno, pero no es nuestro yogur». A Daniel Carasso no le importa. Al fin y al cabo, se trata de una minoría dispuesta a manifestarse displicente en un asunto tan sensible para ellos como es la pureza de su *jaurt.* Lo que Daniel Carasso tiene en cuenta es la opinión de la mayoría, abrumadoramente favorable. La colonia balcánica en París es una insignificancia en el gran mercado de Francia. Además, junto a esa especie de *trampa*, la estrategia de Daniel bebe en las raíces que echó en tierra su padre cuando abrió el primer negocio en Lausana y luego en Barcelona, y ahí no se equivoca, más bien todo lo contrario: el respaldo sin fisuras de los médicos de París. No es difícil granjearse sus simpatías,

sobre todo si se parte de la base del discurso bacteriológico que entronca con la cultura del Instituto Pasteur. El Pasteur es una especie de mantra para los galenos franceses. Daniel esgrime, además, algunas de las experiencias contrastadas llevadas a cabo por su padre en el tratamiento de los niños con disentería en Barcelona. Probablemente también les comenta la efectividad de ese mismo tratamiento casi veinte años antes en Salónica. En definitiva, la aureola de salud, pureza, profilaxis, que corona los envases de Danone le abre todas las puertas. No, no es un yogur normal. Es un producto curativo. En ese sentido no se separa un milímetro de la línea de actuación del padre. Lo que sucede es que él quiere darle una proyección universal y desea convertirlo en el rey de los lácteos. La lección del padre, que siempre tiene en cuenta, desborda su perspicacia: en este caso, el alumno supera al maestro. Idea una puesta en escena de gran impacto en la opinión pública: entrega vales gratuitos a visitadores médicos para canjear en queserías y *crémeries* por yogures de la marca Danone. Las actuaciones han sido ensayadas. «Vengo a llevarme los Danones del doctor tal», exponen sin tapujos estos visitadores en las tiendas a las que acuden; entregan sus vales y retiran los envases. Los clientes preguntan, se interesan. El tendero les da explicaciones. El impacto está garantizado. ¡Un yogur recomendado por médicos! Otro asunto que dará mucho que hablar es el de otorgar exclusivas a tenderos de una determinada calle. Cuando los de otras protestan, «por qué este recibe Danones y yo no», Daniel no da explicaciones. En realidad, no las quiere dar, ni le importa la trifulca entre comerciantes. Cuanto más resonancia tenga, mejor. Lo que él pretende es que en los mercados se hable de su yogur; empaparlos con su Danone, como el aceite que se derrama sobre una rebanada de pan. Para reforzar la solidez de la unión yogur-salud-ciencia médica, adhiere a los frascos una etiqueta con la siguiente inscripción: «Preparado según prescripción del profesor Metchnikoff, del Instituto Pasteur, y recomendado por el cuerpo médico». Cuando Isaac Carasso se entera, no le hace ninguna gracia eso de instrumentalizar el prestigio de los sabios, de su admirado Ilya, en beneficio propio. Pero jamás se lo echará en cara.

También se atreve a cambiar los envases. Es la misma idea que tuvo al principio su padre, pero él insiste en la necesidad de diferenciarlos más de los de la competencia. Cuanto más caros parezcan, mejor. El cliente cree que compra un producto de calidad, diferente a los otros, por tanto. A Daniel Carasso le obsesiona demostrar que su producto es diferente al que fabrican los demás. Cree firmemente en ello porque él es también diferente. Elegante, distinguido, pulcro. El fantasma de la historia se asombra de su estampa cuando camina a lo largo del Sena y se detiene ante el Quai des Celestines, profanado durante la Revolución francesa, y observa, frente a él, la isla de Saint Louis, tan serio, tan digno y confiado. De todos modos, nunca paseará de noche. Cree que alguien lo observa de lejos. No tiene nada de extraño: su padre le ha transmitido la conciencia del miedo.

A veces cree que él es el miedo.

Los nuevos envases son más caros. Atribuirá el exceso de coste a gastos generales de publicidad. ¿Acaso la gente no se fija más en ellos por ser como son? Lo ha planificado: la publicidad se convierte en la columna vertebral del negocio. Ha conocido a una de las estrellas del firmamento de Etienne Damour, la empresa publicitaria más renombrada de París. El hombre se llama Dupuy. Nunca conocerá su nombre completo. Dupuy se firma los artículos que escribe en

L'Exprés como R. L. Dupuy. Es su propia marca. Congenia enseguida con Daniel, a quien le atrae la personalidad creativa del publicista y su máxima de *je déplore l'indifférence*. Es Dupuy quien da con el *eureka*, quien concibe la frase que va a estimular a los consumidores franceses: «Danone es el postre de las digestiones felices». ¿Quién rechaza un postre que garantiza una digestión feliz? Esa frase será rotulada en el exterior de todos los coches y camionetas de reparto. Y luego le llega el turno a una palabra mágica: *plaisir*. El término placer le encanta a los franceses. El placer de degustar un producto arcaico bendecido por sus pasteurianos. El nuevo concepto otorga a la marca un nuevo sello de distinción, un atractivo especial reservado hasta entonces para otros usos, muy del gusto francés, por otra parte. Se deja seducir por la propia publicidad, por el mensaje subliminal del *plaisir*. Tan es así que Daniel Carasso, por aquello de que persisten las discrepancias sobre la acidez del producto, y alentado por el cambio de mentalidad que él mismo ha inducido en el consumidor, llega a plantearse la conveniencia de introducir una variante que atenta a la esencia misma del producto: mezclar su Danone con frutas. Cuando lo sepa, su padre, en privado, se echará las manos a la cabeza, pero nunca reprochará a su hijo la iniciativa.

Hasta la propia reglamentación francesa se opone a desnaturalizar la reputación del yogur introduciendo en su composición aromas de frutas variadas. Pero Daniel insiste: ¿por qué no proporcionar más alegría al paladar? Se arguye en su contra que el yogur resultante de las mezclas que propone no es un yogur. Al menos, ha dejado de serlo. Daniel Carasso rebate a quienes se oponen: la esencia del *jaurt* se mantiene; lo que él hace es introducir un simple componente gustativo. De manera que plantea su batalla contra los controladores franceses, a quienes pretende demostrar que las texturas de frutas no invalidan en absoluto las propiedades del yogur. Tiene amigos en la Oficina de Control alimentaria en París que se prestan a la prueba que les propone: que los propios técnicos de la oficina sean quienes determinen si el yogur resultante de las mezclas con aromas de frutas es diferente del originario. Las pruebas se llevan a cabo durante tres meses. El demoledor poder de persuasión de Daniel Carasso les convencerá finalmente, y la reglamentación oficial será modificada. Antes que a ningún otro, el triunfo dejará perplejo a su padre. Pero Isaac Carasso, de nuevo, se alegrará del éxito de su hijo, a quien suele visitar con cierta frecuencia.

Isaac se desplaza a París en tren desde Barcelona por el paso pirenaico de Canfranc, cuya novísima estación de ferrocarril facilita el acceso a Francia. La primera vez que el tren se detiene en Canfranc, se da un paseo por la estación, que le llama la atención por su espectacularidad. No le parece una estación de tren, sino un museo al aire libre. Un lienzo de buen gusto entre acantilados montañosos. Sigue siendo un diletante obsesionado por las novedades, el arte y la belleza. ¡Una joya ferroviaria encerrada en el corazón de los Pirineos españoles! «Cosas de España», se dice. Se ha acostumbrado a los contrastes increíbles. También estira las piernas cuando el tren se detiene en Pau, a unos cincuenta kilómetros de la frontera española. Pau, le dicen, es una ciudad balnearia, redescubierta por ingleses ávidos de encontrar en Europa horizontes cálidos y saludables. En los breves y solitarios paseos por los andenes de Canfranc y Pau, Isaac Carasso empieza a percibir los nuevos rumores del mundo, que nada tienen que ver con los perfumes a setas y ríos trucheros de los Pirineos.

2

En uno de esos viajes a París, el tren se detiene en Canfranc más tiempo del habitual. Mediados de marzo de 1930. Es un día soleado, con rachas de viento que llegan de las cumbres nevadas pirenaicas. El jefe de la estación y varios empleados ferroviarios corren la voz entre los pasajeros: de un momento a otro, se espera la llegada de un convoy extraordinario procedente de París, al que hay que dar paso. «De un momento a otro…», se extiende entre montañas el eco de las voces. Isaac Carasso baja del vagón y se mezcla entre los viajeros que aguardan desde el andén de la estación, impacientes, la llegada del tren. Uno de ellos, un anciano de porte atildado, barba cana y expresión grave, comenta en un corrillo:

—Es el convoy fúnebre que traslada a Madrid los restos mortales de don Miguel Primo de Rivera.

—¿Ha muerto Primo de Rivera? —pregunta uno de los que escuchan, realmente impactado por la noticia.

—Sí señor —contesta el anciano, como si tal cosa—. Hace setenta y dos horas —remacha, mirándose teatralmente el reloj de pulsera.

—¡No puede ser! ¡Nos habríamos enterado por la prensa!

—La prensa solo difunde lo que le interesa, caballero.

Conforme habla el de la barba cana, se acercan al grupo otros viajeros. Entre ellos, Isaac Carasso, al que también se le asoma en el rostro la estupefacción. «¿Cómo es posible que no me haya enterado?», se pregunta en sus adentros. En realidad, de un tiempo a esta parte no está al tanto de las convulsiones políticas que han vuelto a sacudir el país. Solo le interesa su hijo, la vida de su hijo en París, su aventura empresarial, su entrada triunfal en el mundo de los negocios. Así es como se redime de su atosigante soledad. En su disculpa está que todo ha acontecido en un abrir y cerrar de ojos. Primo de Rivera ha muerto en el destierro que él mismo escogió. Acosado por los militares que lo auparon al poder y por una cruel diabetes, el dictador presentó tan solo unas semanas antes al rey su dimisión. Para Alfonso XIII es una ocasión propicia para reinsertar al país en la senda constitucional, pero es demasiado tarde. La historia no le perdona su traición. La debilidad de los partidos políticos, apartados forzosamente de la vida pública en los últimos años, y el inmediato nombramiento del general Dámaso Berenguer como jefe de gobierno precipitarán la caída del régimen monárquico. Miguel Primo de Rivera busca desesperadamente en París el remedio a su enfermedad física y a su enorme decepción política. Apenas tiene dinero. Se hospeda en un modesto hotel de Montmartre. Varios médicos diagnostican que su enfermedad está en fase terminal. Muere unos días después, de madrugada. La noticia pasa inadvertida. Solo *La Vanguardia* de Barcelona publica una crónica sobre las

últimas horas del dictador en París. Si la noticia llega al palacio de Oriente es gracias a la gendarmería francesa, que ha sido informada desde el hotel y transmite enseguida la noticia al ministro de Asuntos Exteriores francés y este a su colega español del palacio de Santa Cruz. En cuestión de horas, se organizan las honras fúnebres de quien fuera presidente del directorio militar. Es el propio Dámaso Berenguer quien ordena fletar desde París el tren fúnebre. Los restos mortales de Primo de Rivera han sido recibidos con honores militares. La capilla ardiente se instala en la misma estación del Norte. Cientos de personas desfilan silenciosamente ante su féretro, ajenos a los cambios que se avecinan.

El jefe de la estación sube a bordo en visita de inspección. Le acompañan un teniente del ejército de tierra, perteneciente a la guarnición de Jaca, y un juez, que entra en el vagón donde se supone que se encuentra el féretro, que debe certificar la identidad del cadáver. Los viajeros a París siguen el ir y venir de esas personas por el andén de enfrente, los movimientos de sus cuerpos desde los accesos a la estación hasta el vagón, trazados en línea recta milimétricamente. Las firmas protocolarias de los documentos en los que se acreditan las inspecciones. Como no se han dispuesto mesas, el jefe de la estación y el oficial del ejército firman los documentos apoyándose en la espalda de un oficial del juzgado de Jaca. Luego, todos se estrechan las manos.

Es en ese tren detenido unos minutos en la estación de Canfranc, cuyo convoy, de solo dos vagones, a uno de los cuales se le ha fijado un mástil en el que ondea la bandera española, que repasa de principio a fin Isaac Carasso con su mirada atónita, en el que hace su último viaje el dictador que aprobó por decreto la nacionalización de los sefardíes protegidos o residentes en España…

—¡Viajeros al tren! —vocea el jefe de estación de Canfranc.

En el mismo momento en que arranca el tren a París, lo hace el que conduce los restos mortales de Primo de Rivera a Madrid. «Qué extraños destinos se cruzan en los caminos de este país», se dice por enésima vez Isaac Carasso, ahora asomado a la ventanilla del tren que se adentra en umbrosos y húmedos desfiladeros envueltos en sus crestas más altas por mantos de nieve.

No será la última vez que se haga la misma reflexión.

Un año más tarde, la euforia por la proclamación de la Segunda República hierve en las grandes ciudades. Isaac Carasso se suma en la plaza de Cataluña de Barcelona a la apasionada multitud que celebra la caída del viejo régimen. La fiesta en las calles le trae a la memoria las primeras horas revolucionarias de los Jóvenes Turcos en la plaza de la Libertad de Salónica. Él, agarrando de la mano a su hijo. El canto de *La Marsellesa* en ladino. En realidad, no hay diferencias sustanciales. «Han pasado veintitrés años, pero es como si fuera ayer». Son los mismos corazones acelerados, desbordados por el ardor en un combate inimaginable y fervientemente deseado a la vez. Ondean banderas tricolores que incorporan el morado. ¿Por qué morado? Junto a él, un hombre que se ha quedado medio afónico le responde: «¡Lo que hemos sufrido, compañero!». «El sufrimiento… Esa es también mi bandera». Su hijo está en París. Un grupo de judíos se reúne al día siguiente en Provenza esquina Balmes para analizar la situación. Hay que

ser prudentes. La consigna es esperar a ver el rumbo que toman los acontecimientos en los próximas días, tal vez semanas. Los sefardíes se han contagiado de la euforia en las calles, «pero nosotros seguimos siendo judíos y todavía no ha sido anulado el decreto de expulsión que firmaron los Reyes Católicos». Lo que se quiere trasladar a los reunidos es que, a pesar de los cambios y de la esperanza que estos representan, todo sigue igual. Alguien informa que la cuestión judía, esto es, la reinserción definitiva de la comunidad sefardí en la sociedad española, la anulación del infame decreto, la restitución del honor de los judíos humillados y condenados al exilio, constituye una de las prioridades de la Segunda República Española, en cuyo gobierno provisional figuran políticos e intelectuales que se han caracterizado por su filosefardismo: Niceto Alcalá Zamora, Miguel Maura y Alejandro Lerroux han sido socios fundadores de la Casa Universal de los Sefardíes. Sabido por todos es que Manuel Azaña, Indalecio Prieto y especialmente Fernando de los Ríos son simpatizantes de la causa judía… Hay tanto por hacer… En los últimos meses, antes de la proclamación de la República, se han venido produciendo noticias alentadoras: a Ignacio Bauer se le ha concedido permiso para celebrar el culto hebreo en la comunidad de Madrid. Es la primera vez en más de cuatrocientos años que los sefarditas pueden organizar sus actos litúrgicos de manera oficial. Muy pronto le llegará el turno a Barcelona. Unos días antes de verse obligado a abandonar el país, ajeno a la tragedia personal que se le viene encima, Alfonso XIII demuestra nuevamente su condición de valedor de la causa: se ha entrevistado en San Juan de Luz con el excéntrico Lionel Walter Rothschild, todopoderoso segundo barón de Rothschild y receptor de la Declaración de Balfour, favorable a la constitución de un estado judío en Palestina, a quien le ha expuesto los problemas de los judíos sefardíes en Palestina y en Turquía, y su disposición de ayudarlos. Es el último servicio que el monarca presta a la causa sefardí. De nada le sirve a título personal, pero su gesto define claramente la actitud política de España en los últimos años y la que va a practicarse en los próximos. Ahora, con la República en el poder, se tiene más confianza que nunca en que las cosas van a cambiar. La comunidad judía de Bayona, una de las más consolidadas de Europa, de la que forma parte Aarón Salzedo, ha enviado un telegrama al gobierno provisional de la República española en la que le felicita por la instauración de la libertad de cultos y le desea «una larga vida y prosperidad». Pronto tendrá oportunidad Isaac Carasso de relacionarse con los sefardíes de Bayona, en su mayoría españoles. A través de su amigo Salzedo ha oído hablar de esa numerosa e influyente colonia en el sudoeste de Francia. Cuando, en sus viajes a París, el tren se detiene en Pau y él baja a estirar las piernas, ha llegado a pensar que, en el próximo viaje, se queda unos días en esa ciudad y luego se desplaza a Bayona. Pronto tendrá esa oportunidad…

Ahora, a los pocos días de proclamarse la república, él sigue desconfiando de los buenos augurios. No puede evitarlo. Y eso que las comunidades judías de todo el mundo han manifestado su alegría y confianza en el nuevo régimen de libertades plenas, incluida la de culto. Él es así. Ya no es solo el miedo en sus entrañas. Con la madurez, se ha replegado sobre sí mismo, se ha hecho más anónimo. Quizá más pesimista. No tiene mucho sentido que sea así: sus negocios prosperan en Barcelona y Madrid. Las perspectivas, con los nuevos vientos que soplan, son más halagadoras que nunca, pero mientras unos y otros, los políticos españoles y los dirigentes judíos, definen sus puntos de vista y las aguas se remansan, «si es que ello es posible en este país», Isaac Carasso decide aprovechar esos días para viajar de nuevo a París y visitar a su hijo. Con Daniel está su hija Flor. Juana regresó de Suiza y ha empezado a salir, *a festear*, con

su sobrino Mario, lo cual no es ninguna sorpresa. Estaba escrito desde hace tiempo. Se gustan. Isaac es feliz al ver ilusionada a Juana con un matrimonio que se anuncia próximo. Mario se lo ha dicho antes de despedirse: «Habíamos pensado en casarnos cuando regreses». «¡Pero si solo voy a estar unos días!». «Pues dentro de unos días, entonces». Sigue recelando. Necesita hablar con Daniel para salir de dudas. En los últimos años, desde que su hijo se instaló en París, no se atreve a tomar iniciativas sin consultar previamente con él: «Creéis que, con la república, todo será un camino de rosas», le espeta al bueno de Mario, convertido en alma mater de la empresa. «¡Algún día tendremos que casarnos, con o sin república!». Piensa que, si estuvieran en Salónica, novios y familiares tendrían que acomodarse a unos hábitos y ritos que, afortunadamente, en Barcelona se han extinguido. «Y menos mal», recuerda con nostalgia aquellos días de recién casados: Esterina en el otro extremo de la cama, sin poder tocarla, ni rozarla siquiera, porque se interponía entre ambos el muro gélido e intransigente de su suegra. ¿Y si encontrara en el camino, *fortuitamente*, como uno de esos paisajes que se le aparecen a un tren que sale de un largo túnel bajo una montaña, una mujer que supliera la falta de Esterina; una mujer de la que se enamorara, «¿enamorarse de veras?», no lo cree; con la que pudiera compartir soledad, y llenar su soledad de ternura; una mujer a la que pudiera rozar con sus dedos por la noche para sentir en su cuerpo el último resorte de su vida?

Lo ha pensado en el último viaje, después de dejar atrás Pau. Es un día de finales de abril de 1931. Llega a la estación de Austerlitz y coge un taxi que lo conduce al barrio de Marais; le ha dicho al taxista que se detenga en la Place des Vosges. Le encanta pasear bajo las arcadas. Circunvalarla, situarse en el centro y observar el Pabellón del Rey. Luego, lentamente, dirige sus pasos a la calle Malher, sube hasta el tercer piso del edificio en el que su hijo tiene el apartamento y toca el timbre de la puerta. Aparece su hija Flor. Lo abraza y lo conduce a una mesa en el centro del comedor. Le obliga a sentarse. Él lo hace, indeciso. Está sola. Flor tiene veinte años. Es una joven bellísima, de tez blanca y cejas recortadas, pelo negro y ondulado. Viste a la europea, muy moderna: faldas cortas, camisas estampadas, pelo recogido. Tiene el espíritu aventurero de su padre. Isaac lo reconoce con cierto orgullo. «La que más se me parece de mis hijos».

—Papá, ¿sabes una cosa? —le pregunta mientras recalienta en la cocina una pequeña olla con café.

—¿Te ocurre algo? —responde su padre.

Es un día que anuncia la primavera. La luz se cuela en rayos diagonales en la casa. Flor se presenta con una bandeja de madera y dos tazas de porcelana con flores estampadas. Respira hondo.

—Creo que estoy enamorada.

Isaac Carasso no contesta. Es la primera vez en su vida que se conmueve ante una confesión semejante, probablemente porque nunca había imaginado que se produjera, menos aún en una de sus hijas. ¿En qué mundo ha vivido? Es emocionante. Como si alguien le declarase a él su amor. Se ruboriza. Cree que está a punto de llorar, pero reacciona a tiempo. Cuando comprueba que su mirada ha recuperado la plena visión, se arrepiente de no haber dado rienda suelta a sus sentimientos. Flor se ha dado cuenta del esfuerzo que ha hecho su padre por disimular.

—Papá…

Le coge la mano. Él sonríe.

—Eso está muy bien. Eres muy feliz. Me alegro…

—Sí, papá.

Él regresa a sus silencios. Sorbe un trago largo de café. Suspira. Se incorpora y besa a Flor.

—¿No quieres saber quién es él?

La verdad es que no se ha hecho esa pregunta. «Qué estúpido, ¿no? ¡Tal vez porque no le importe saberlo! Sí, eso es». Solo le impresiona la radiante felicidad de su hija.

—¿Quieres o no quieres saberlo?

—Por supuesto.

—Se llama Jacques. Jacques Levi.

—¿Francés?

—De Salónica, de los Levi. Dice que sus antepasados son de Córdoba… Aunque él tiene pasaporte griego. Ya sabes. Fue de los que se quedaron en Salónica…

—¡Oh! ¡Claro que sí! Yo era amigo de su padre. Decían que sus orígenes eran cordobeses. Qué afortunados… ¿Lo sabe tu hermano?

—A él no le gusta mucho.

—Eso no debe importarte.

—Gracias, papá.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—Cosas de Daniel. Dice que es un poco de izquierdas.

Unos minutos después, Daniel abre con su llave la puerta e irrumpe silenciosamente en el salón. Sin decir palabra, se sienta en una de las sillas, alrededor de la mesa, y se lleva las manos a la frente. Está apesadumbrado. Ni ha dado un beso a su padre, a quien da la impresión que no lo esperaba. «Recibí tu carta», dice entre dientes.

—Acabo de enterarme de que ha muerto en París la infanta Isabel de Borbón. A los setenta y nueve años…

La última frase la ha dicho como si leyera una esquela en el periódico. Algo de verdad hay en ello. Se acaba de enterar por una reseña que ha leído en *Le Figaro*.

—Sabía que estaba muy delicada —dice Isaac—. La última vez que la vi, en su casa de la calle Quintana, acompañada por sus gatos siameses, apenas podía moverse… Estaba casi paralítica. Una mujer tan fuerte como ella. Que descanse en paz.

Daniel comenta que la infanta quiso acompañar a la familia real española en su destierro. Era el único miembro de la corte al que los republicanos le habían ofrecido la posibilidad de permanecer en España, garantizándole su seguridad personal y la de sus propiedades.

—Una mujer muy querida por el pueblo —susurra Isaac.

—Mucho. Pero ella quiso estar con los suyos hasta el final. No resistió la tragedia. Ha muerto en un convento.

—¿Un convento?

—Atendida por monjas de una orden religiosa española. *Le Figaro* silenciaba el nombre. He podido saber que se trata del convento de la Asunción. En Auteuil. Muy cerca de París. En las afueras. La entierran mañana en el cementerio del Père-Lachaise.

Sigue relumbrando la primavera en París. También en el cementerio del Père-Lachase, al que acuden padre e hijo por la mañana. Están a punto de perderse entre tantas tumbas floreadas de personajes famosos, cuyos nombres leen en voz alta y remueven su memoria, lo que han leído, lo que han escuchado de ellos: Frédéric Chopin, Guillaume Apollinaire, Molière, Marcel Proust, Honoré de Balzac… Se detienen frente a la de Manuel Godoy y Álvarez de Faria, «Príncipe de la Paz, secretario de Estado español». Han llegado al lugar donde, en una placa, se recuerda a los muertos de la Comuna de París. Más adelante descubren con asombro la tumba del Ilya Metchnikoff. Isaac se detiene ante ella y acaricia con su mano el nombre del sabio grabado en el mármol. Al cabo de un rato, pasa por delante de ellos un sepulturero. Porta un capazo con restos de cemento y una pala cuyo mango sobresale entre las asas. Le preguntan por el lugar donde está previsto que den sepultura a doña Isabel de Borbón. El hombre los observa: «¿La tía del rey de España?». «Eso es». El sepulturero se vuelve de espaldas y apunta con un dedo: «Al final de la calle, pasado el columbario, a la derecha».

Unos minutos después, Isaac y Daniel se encuentran ante el hoyo en el que se va a depositar el ataúd que contiene los restos mortales de la que fuera dos veces princesa de Asturias. A los dos sepultureros que hacen los trabajos les acompañan unas quince personas. Entre ellas, media docena de monjas, recogidas, vestidas de negro. Se apoyan entre sí como en un enjambre. Contienen el llanto que comparten. Cuando el ataúd se desploma en el fondo de la tumba, un hombre deposita encima una corona de flores. Otro lanza sobre el madero de caoba una rosa. Una mujer se destaca de entre el grupo que rodea el rectángulo. María Dolores Balanzat se arrodilla y escribe con una tiza en la lápida: «Isabel Francisca de Asís Cristina Domingo de Borbón y Borbón, Princesa de Asturias». Isaac y Daniel aguardan a que los asistentes terminen de rezar. Un padrenuestro. María Dolores de Balanzat los ha reconocido. Se les acerca y los besa: «Ella los apreciaba de veras; apreciaba a la buena gente, y ustedes lo son. Gracias por haberla acompañado hasta aquí, la pobre». Después, padre e hijo depositan sobre la lápida, aún sin sellar, dos piedras.

Père-Lachaise

A estas alturas de su vida no logra explicarse nada por mucho que se empeñe en hacerlo, pero aquella visita al cementerio del Père-Lachaise imprimió en su memoria una huella inalterable durante mucho tiempo, él cree que hasta después de regresar de Nueva York, cuando empezó a ver las cosas de manera diferente, obligado por su convicción de que la nostalgia es la mayor de las penitencias que cumplen los hombres al paso de los años. La nostalgia a las que tantas veces recurrió para sentirse, de verdad, lo que era, un hombre sensible y poblado de ángeles y demonios.

—No quiero que me entierren ahí.

—¿Enterrarlo? No piense en esas cosas.

—En el cementerio del Père-Lachaise. ¿Marina?

—Soy Jacqueline, *monsieur*.

Acusado de mirar demasiado atrás. Algún periodista, ante el que mostró su desacuerdo en carta que nunca fue publicada, escribió un artículo en *Le Monde* sobre él calificándolo de «inefable protagonista traspasado por la nostalgia», desmereciendo su aventura vital como empresario.

—Tenía razón.

—Está bien…

—Gracias, María.

—Soy Jacqueline, señor.

—Debéis enterrarme junto a mi esposa, en…

—Sí, señor.

Una calle estrecha en Normandía. El largo camino hacia el mar. A ambos lados, casas de piedra. En los balcones, decenas, centenares de macetas con geranios. En invierno, una vaca rumiando. Muy cerca, un palacio. Al otro lado, el cementerio cristiano. Hay algunas tumbas de judíos. La de Nina.

—Junto a Nina.

Él quería, lo ha dicho ya, cree que lo ha repetido hasta la saciedad, a quién, a su hija también, que lo enterrasen en Palau Sator, cerca de su finca del Ampurdán gerundense, de la escultura de *Los brazos de la nostalgia*, la de Chillida. Cerca de donde arrojó a la tierra la estatuilla de madera de Orfeo esculpida por el padre de Vanyo. Pero Nina murió antes y ella adoraba el paisaje de la campiña normanda, las calles con geranios. Se acerca a una maceta. Los

huele. Respira. Allí fue enterrada. «Yo dormiré junto a ti». Quizá fue la única frase romántica que le dijo en su vida.

Recuerda haber pensado en ello hace unas horas, unos días, unas semanas tal vez… Le ha dado muchas vueltas en su vida: el sentimiento por esa nostalgia empezó aquel día en el palacio de Oriente. Encontrar a doña Isabel de Borbón en el cementerio del Père-Lachaise fue como visitarla de nuevo en el cuarto del infante don Luis.

—*La Vanguardia*. ¿Jacqueline?

—Sí, señor —sueña la voz de la enfermera, desconcertada, dubitativa—. ¿Desea tomar un vaso de leche?

Años atrás. No sabe cuándo. ¿Veinte años? En *La Vanguardia*. Nina y él pasaban unos días de descanso en Mas Olivet. Habían comido en el restaurante de Palau Sator. Aquellas sepias encebolladas. Sobre el mostrador del restaurante, a la entrada, vio la portada de *La Vanguardia*. Una fotografía de las honras fúnebres que rindieron a la infanta Isabel de Borbón en la Granja de San Ildenfonso, antes de que su cuerpo exhumado del cementerio en París descansara para siempre junto al rey Felipe V. Se alegró tanto… «¿Me puedo llevar el periódico, Montse?». «¡Por supuesto, señor Carasso!». Entonces, en el camino de regreso, le contó a Nina la historia. ¿Permanecerían en la tumba las dos piedras que dejaron él y su padre?, se preguntó. Quién sabe. Le agarraba la mano a su mujer, que escuchaba sonriente entornando sus ojos de golondrina.

—Dormiré junto a ella para siempre… ¿Le parece romántico?

—Por supuesto, señor. ¿No quiere tomar un vaso de leche caliente? ¿Le apetece mejor un consomé?

—En Pressagny. Dígaselo a Marina cuando llegue.

—Descuide el señor.

—¿Querrá acercarme la estatua del jinete al galope de la dinastía Ming? En el estante del escritorio… El samurái…

—Sí, señor.

—Qué delicia acariciar el fuego de aquel horno en el que cobró vida la obra del genio.

3

De manera que la instauración de la república en España inicia en Europa la década de los treinta. Pero la eufórica visión del cambio es engañosa. Arrecian vientos huracanados. La crisis económica del veintinueve, que en España apenas se ha hecho sentir, pasa una cruel factura que pagan los trabajadores. Emergen los totalitarismos. Decenas de miles de fanáticos uniformados vitorean a Hitler en Nüremberg. Ensayan los fastos del congreso nazi del treinta y cuatro. Stalin ha concebido un diabólico plan de purgas para disidentes: el Gulag. Y Mussolini obliga a dimitir a su ministro de Finanzas, el conde de Misurata, a quien él mismo hizo gobernador de la Tripolitania. El fantasma de la historia sonríe sarcásticamente: ¿Acaso el conde de Misurata y Giuseppe Volpi no son la misma persona? ¡El gran amigo del diputado Karasu! El ahora conde posterga al masón turco, que se pudre en la soledad de su autoexilio en Trieste, en brazos de su amante. Acaba de morir. Se lo ha dicho Mario.

Con la república, a Isaac Carasso le marchan mejor si cabe los negocios. Acaba de abrir una pequeña fábrica en el pasaje Maragall, zona de expansión industrial de Barcelona, cerca de donde tuvo su laboratorio el doctor Ferrán. En las proximidades se ubican empresas farmacéuticas. Incorpora nuevas técnicas para la fermentación, probablemente copiadas de las que emplea su hijo Daniel en París, y una sala de esterilización del producto dotada con moderna maquinaria. Sus heladeras han evolucionado: instala dos refrigeradores industriales en la nueva planta de Barcelona y en el *taller* de Madrid. Acopla otros a los coches y camionetas que utiliza para distribuir el producto desde el pequeño centro logístico abierto en Floridablanca. El buque insignia de la flotilla es un camión Ford modelo A. Sin embargo, el crecimiento continuo pero ralentizado de la marca en España no puede seguir el ritmo que ha impuesto Daniel Carasso en París. Diríase que padre e hijo disputan un combate por la supremacía de sus empresas, o que se hacen la guerra cada uno por su cuenta, al menos lo parece. Es un juego de niños. Eso sí, París marcha destacado en cabeza, y cuesta creer que Barcelona y Madrid puedan alcanzarlo. Porque, a diferencia de lo que ocurre en España, que mira al futuro con un optimismo inconsciente, en Francia las cosas son bien distintas. Da la impresión de que la única empresa que funciona es la que dirige Daniel encerrado en su despacho de André-Messager. Daniel Carasso está ajeno al cataclismo que sobrevino al jueves negro. En París y en las grandes ciudades se cierran talleres, se arruinan tenderos y, lo que es peor, cunde en sus calles el ejemplo de las organizaciones antisemitas que dominan las de Berlín, Bremen, Nüremberg y Roma. Juventud Patriótica y Cruces de Fuego prenden las mechas del miedo en las pacíficas calles del Marais. Europa ha perdido el sentido de la orientación. Mientras los alemanes se rearman, los franceses se vuelven

histéricos cuando Marlene Dietrich actúa en algún local de París, y los nostálgicos del viejo régimen y la *grandeur* vitorean en la plaza de la Concordia al exiliado y triste Alfonso XIII.

Isaac y Daniel siguen viéndose con cierta frecuencia. En París sobre todo, pero también, de tarde en tarde, en Barcelona. Daniel asiste a la boda de su hermana Juana con Mario Botton Carasso, su amigo del alma. «¿Recuerdas cuando subíamos a la muralla bizantina y oteábamos con el catalejo de nuestras manos el Egeo?». A la ceremonia solo acuden familiares y amigos de los novios. La bendice el *habam* Nissim Gambay porque todavía no hay rabino. La sinagoga de Provenza-esquina Balmes ha estrenado un acceso directo. El local de la comunidad ha ganado espacio; se acaba de ampliar el oratorio y se ha instalado una pequeña biblioteca. Poco a poco, seguros en su avance, mirando atrás y sin dejar de encarar prudentemente el futuro; así es como avanzan los sefardíes de Barcelona. Las mujeres, por iniciativa de Levi Cohen, pariente de la maestra que tuvo hace años Daniel Carasso, fundan una sección femenina que se ocupa de ayudar a indigentes y enfermos. La llaman Beruria en honor de la esposa del rabino de Salónica, Jacob Meir. La bondadosa Juana Carasso ha popularizado entre los suyos una máxima que será recordada aún después de muerta: «Tenemos que ser discretos porque hemos comido el pan ajeno». Es una versión luminosa y a la vez patética del miedo. Por eso reparte ahora dinero y alimentos. Le han dado una lista de las familias sefardíes más necesitadas. Llama a las puertas. Se presenta: «Me llamo Juana Carasso y soy sefardí». La hacen pasar al interior de la vivienda. Ella se interesa por la situación familiar. Por el trabajo del marido; por la educación y la salud de los niños. Luego les entrega un sobre con dinero. O una bolsa con pan. Y, desde luego, una caja con veinticuatro tarros de Danone.

Cuando Isaac Carasso se desplaza a París es como si lo hiciera un cartero para entregar en mano una carta a su hijo. La carta es él mismo. Daniel lo recibe en su despacho. Dejan caer un par de frases sueltas, protocolarias, las que encabezan la mayoría de las veces una carta entre padre e hijo: ¿Cómo te encuentras? Yo bien, ¿y tú? Bien, gracias a Dios. ¿Tu salud? No puedo quejarme. Y así. Luego Isaac deja trabajar a su hijo en su pequeño despacho. A veces se pasa tres y hasta cuatro horas solo, esperando a que salga. Daniel entreabre la puerta y le pregunta: «¿Por qué no te vas a casa, papá?». Y él contesta: «Estoy bien aquí, no te preocupes por mí».

Las relaciones son frías por fuera, pero en las miradas se adivina el inmenso amor que se profesan.

A veces discuten. En realidad, es Daniel quien habla. Su padre lo observa, embobado. Se sientan en la mesa del comedor, cuando llegan a casa, y sacan a relucir sus cuentas de resultados. Escriben en un papel las cifras de ventas. En España y en Francia. El hijo se apiada del padre, que piensa demasiado en las suyas, y reduce las ventas totales para no ridiculizar los resultados obtenidos en España. «Estamos casi a la par», dice Isaac, satisfecho. «Te supero, pero por poco», contesta Daniel, compasivamente aquiescente.

Daniel rechaza ante su padre las acusaciones que se le hacen por haber edulcorado el yogur.

—Me duele la incomprensión de los demás ante un hecho de tanta envergadura como ese, ¿no lo crees tú? —Busca su complicidad. No sabe que esa complicidad ya nunca más se puede dar. Está rota desde aquel día en que, ante la mirada estremecida por el miedo de su padre, quiso

volar en solitario—. Si fuera por quienes me critican, el yogur seguiría siendo el que hacía tu amigo Vanyo en su valle perdido entre montañas.

Su padre asiente.

—En parte, creo que tienes motivos para quejarte, cosas del éxito —contesta.

Se queda pensativo mirándolo un largo rato. «Es un espíritu extraviado, demasiados pensamientos en su cabeza». No le falta razón: Daniel se siente elegido para llevar a cabo una gran misión: cree que el consumo generalizado del yogur, de su yogur, puede cambiar los hábitos de alimentación de cientos de millones de seres humanos en todo el mundo. Es un visionario con los pies en tierra. Las responsabilidades han agriado su carácter. El gen de la bondad no puede eliminarlo, pero ante los demás se muestra severo e inflexible. Su mirada es ahora más penetrante, inquisitiva.

De momento, ha ganado la batalla a los puristas controladores franceses. Tan es así que pronto fabricará un yogur de frutas al que bautizará con el nombre de Dany. Lo lanzará en su momento oportuno. Solo tiene tiempo para trabajar: es como un asceta dedicado en cuerpo y alma a destilar hollejos de uva en un alambique.

Isaac Carasso no puede acudir al sepelio de Ángel Pulido, que ha muerto en Madrid. Coincide con la inauguración de la nueva fábrica de su hijo en París. Ha llamado por teléfono a la sede de la comunidad en Barcelona y se tranquiliza cuando le dicen que una delegación de sefardíes catalanes acudirá al funeral. Días después, se enterará de que ha sido una formidable y emocionante manifestación de duelo, a la que han acudido hombres y mujeres de todas las creencias, de izquierdas y de derechas, pero, sobre todo, intelectuales: Antonio Machado, Pedro Salinas, Luis Araquistáin, Juan Negrín, Manuel Azaña… La muerte de Ángel Pulido lo entristece. Pulido se lleva a la tumba un legado inconmensurable. Sin embargo, y pese a los optimistas auspicios de la república, las cosas siguen como estaban. Si él, hombre de derechas, levantara la cabeza… El periódico *Doar Hayom*, que recibe con un día de retraso Daniel Carasso en su flamante despacho acristalado, escribe: «La manera de vivir en España ha cambiado, mas no la situación de los judíos, aun cuando han pasado ya varios años del establecimiento de la república». Todavía sigue sin derogarse el decreto de los Reyes Católicos. Es el otoño de 1932.

El torpe vuelo inicial de aquel gorrión se eleva con la majestad del de un águila sobre el distrito de Nanterre, en París. Es el momento que Daniel esperaba para lanzar al mercado su Dany.

La nueva sede de Danone es una planta de producción en toda regla. Nada que ver con las instalaciones de Messager. Ocupa casi una manzana completa en la calle Louis Rouquier, en Levallois-Perret. A Isaac le impresiona su torreón haciendo de vértice entre las dos naves industriales. En la última planta está el despacho de su hijo. Se sorprende cuando contempla un retrato suyo, enmarcado, colgado de una de las paredes. La fotografía se la hicieron durante una de las recepciones a los médicos en su taller del Carrer dels Àngels. Su rostro ligeramente ladeado, su expresión grave, elegante. Las puntas redondeadas del cuello de la camisa. La corbata oscura. Han pasado muchos años, pero se siente muy joven. También él ha intervenido en la puesta en escena de la nueva y formidable coreografía de Danone. Se ha dejado convencer

por Daniel para que avalara un préstamo. Tampoco en esta ocasión opuso resistencia, ni cuestionó su petición, ni matizó sus explicaciones cuando, con números, sobre la mesa de su despacho, su hijo quiso demostrarle que en tres años podría amortizar el empréstito. «¿En tres años?», se sorprende el padre. «Te mentí con las cifras que tú conoces».

Daniel vuelve a tener razón. En tres años, y tal como había calculado, amortizará el préstamo que le había avalado su padre. Ha concebido, con la ayuda de su genio en publicidad Dupuy, una innovadora, por conmovedora, campaña publicitaria en la que el protagonista es el rostro de un niño que puede ser él mismo en la medida en que las madres a las que va orientada puede ser su madre. Un niño risueño y saludable que difunde el mensaje subliminal de que su felicidad es la que le proporciona el yogur Danone, es decir, un producto tan natural y rico en vitaminas, y tan inmune a las enfermedades, como la leche materna. Daniel recupera la presencia, oculta en su subconsciente, de Esterina. Y llena la carencia de amor y de mimos con la imagen de un niño que despierta en las madres de Francia el sentimiento maternal del que carece. ¿Es Esther Muzafia la mujer que reina en el subconsciente de la nueva y exitosa empresa? Lo cierto es que ese niño imaginario y de rostro saludable y feliz definirá durante muchos años la identidad de la compañía. Cuando contempla el dibujo del pequeño, creerá que es él mismo, tan feliz como cuando mamaba del pecho de su madre.

Sigmund Freud no ha muerto. Sus discípulos dicen que no morirá nunca.

En el viaje de regreso a Barcelona, después de la inauguración, Isaac Carasso se decide a pasar unos días en Pau. Se entera de que en la ciudad se ubica uno de los más viejos consulados españoles. Pau está en el camino entre París y Barcelona. Entre Daniel y Juana. Entre Flor y él. Entre todos y Estrella, su madre. Entre la nostalgia y el olvido, entre la esperanza y la muerte. Es una ciudad tranquila y sana. Fuera de las coordenadas importantes del mundo. Hay en ella una pequeña comunidad de judíos, en su mayoría sefardíes. Y muy cerca de allí, en Bayona, otra, considerada la más numerosa e influyente del sur de Francia.

Se ha enterado por los propios lugareños de que fueron los ingleses quienes dieron a la ciudad, para ellos *demasiado rural*, un aire importado de sus campiñas de Shrewsbury y sembraron de césped cientos de hectáreas al norte de la ciudad para crear el primer campo de golf en Francia, el más antiguo del continente. También construyeron una iglesia anglicana y fundaron, cómo no, el Cercle Anglais, que tenía prohibida la entrada a las mujeres. En 1870 el club inauguró sus locales en un edificio de reciente construcción, en el más puro estilo parisino de la arquitectura del barón Haussman. En los breves y solitarios paseos por los andenes de Canfranc y Pau, Isaac Carasso empieza a percibir los nuevos rumores del mundo.

De nuevo los enrevesados cruces del destino: será el Estado español quien adquiera el edificio y lo convierta en el consulado de España en Pau, uno de los más rutilantes y palaciegos en la red diplomática del palacio de Santa Cruz.

4

Mauricio, hijo de Mario Botton Carasso y Juana Carasso Nehama, viene a este mundo cuando se prepara la huelga general revolucionaria de Asturias, que pretende emular a la Comuna de París y al Soviet de Petrogrado. Cuando socialistas, anarquistas y comunistas de la cuenca minera del norte de España empiezan a robar armas en los cuarteles, de una a una, o en las fábricas vascas, o compran a contrabandistas fusiles y ametralladoras con las que enfrentarse a la república que no les gusta, «que se ha aburguesado, que ha caído en manos de la derecha», e implantar un régimen de autogestión obrera. Es una rebelión en toda regla. La subversión social más importante en Europa desde la toma del poder por los bolcheviques. El gobierno de Alejandro Lerroux ordena al general Franco que la sofoque sin paliativos.

Franco dirige la represión desde Madrid. La república tiene miedo. Está en manos del general más joven de Europa, el «pequeño general africanista». La verdad es que lo de Asturias tiene todas las trazas de ser el comienzo de una revolución. Nadie del gobierno se explica que, en poco más de tres meses, los rebeldes hayan reunido un ejército con cerca de cuatro mil hombres armados hasta los dientes. Franco les ataca sin piedad. El general empieza a tener las ideas muy claras: «Como esto siga así doy un golpe de Estado y se acabó», comenta a uno de sus oficiales de confianza. Conseguirá sofocar a los rebeldes. Pero la idea del golpe se instala en su cabeza, martillea sus neuronas con apetito de gloria. Como el pequeño general gallego despierta sospechas y rechazos en liberales, socialistas y comunistas, lo destierran a Canarias. Lo más lejos. Ni en pintura quieren verlo. No se fían de él. Es un error. Allí, el exiliado militar tendrá tiempo suficiente para sazonar su plan de ataque contra la república. Marruecos está muy cerca. Él es un militar africanista en busca de galones. En el Marruecos español es un héroe desde que lo hirieron en combate. Un rasguño sin importancia, pero suficiente para aureolarlo.

El norte queda lejos, pero la distancia no es consuelo para Isaac Carasso, que empieza a tener pavor ante el cariz que toman los acontecimientos en la misma Barcelona, a unos cientos de metros de su casa. El aristocrático hotel Ritz ha sido colectivizado. La UGT y la CNT lo han convertido en un «Hotel Gastronómico» para disfrute de los trabajadores. En sus comedores con cortinas de terciopelo y versallescas lámparas de araña se sirven todos los días mil quinientos desayunos, tres mil comidas y tres mil cenas. ¿Y si los sindicatos le obligan a distribuir, gratis, sus yogures entre los comensales?, piensa poco después de leer el titular en portada del periódico *La Noch*e: «El Ritz, al servicio del pueblo».

Isaac Carasso se entera por la prensa de cuanto ocurre en la rebelde Asturias el día en que se dirige a la casa de Juana y Mario con un sonajero que reproduce el siseo de las maracas para su nieto Mauricio, que ha cumplido cinco meses y ya lo reconoce. Cuando se planta ante él, tan serio, el bebé emite unos sonidos parecidos al zureo de las palomas que se anticipan a lo que, con el tiempo, será una carcajada, cada vez más estruendosa; su madre, que adora al pequeño, tan parecido a ella.

Isaac se preguntará en más de una ocasión qué es lo que tiene en su cara que provoca la risotada de su nieto Mauricio. Podría ser su calva, cada día que pasa más reluciente, o el color negro de su indumentaria, que lo asemeja a un cuervo endomingado. Su hija Juana despejará sus dudas:

—Lo que le pasa a Mauricio es que te quiere mucho porque yo se lo he dicho, que te quiera, que eres el hombre más bueno del mundo, y le haces gracia cuando te ve.

No le convence, pero le agrada. Tal vez lo que le ocurre al pequeño es que él se comporta de manera tan enigmática como su bisabuela, Estrella, que se ha ido a vivir con su nieta para cuidar de ella y de su bisnieto.

Estrella sigue hablando poco, lo imprescindible, y siempre en ladino. Ha cumplido ochenta y cuatro años y su salud sigue siendo de roble. Dedica la mayor parte de su tiempo al cuidado del pequeño, a quien le habla al oído, *«ermoza creatura»*, como hacía con su nieto Daniel, y le canta viejas romanzas en el lenguaje que aprendió de su madre, Rebeca, y esta de la suya, Pilar. Las primeras palabras en ese idioma, que nunca logrará aprender del todo, las escuchó Mauricio en labios de su bisabuela Estrella. Nunca logró aprenderlo del todo, aunque siempre fue ese su deseo. Ya mayor, recordará que a su padre le dominó de por vida el temor de que su hijo se comportara como un judío y hablara el idioma de los sefardíes. Quizá por ello, jamás lo llevó a un colegio sefardí. Prefirió que se educase en el Liceo Francés, primero en París, y luego en Barcelona. Eran tiempos difíciles y si ser judío complicaba la situación, mucho más lo era si se actuaba como tal.

Mauricio no es el primer nieto de Isaac Carasso. Hace algo más de dos años que su hija Flor dio a luz un niño al que llama Henri. En casa le llaman Enrique. Isaac se entera en Barcelona de que Flor está de nuevo embarazada. A su tercer nieto le pondrán el nombre de Jean Jacques, pero le llamarán Juanito. La familia Levi vive en París, en el bulevar Berthier. Dicen que Enrique se parece mucho a su madre, lo cual quiere decir que se parece mucho a Isaac Carasso. «Buena gente los Levi», piensa.

Su yerno Jacques Levi es un hombre inteligente y culto, comprometido con el convulso tiempo que le ha tocado vivir. Tras la muerte de Hindenburg, Adolf Hitler se ha convertido en dueño absoluto de Alemania. Más de cincuenta mil judíos alemanes huyen del país. La mayoría cruza la frontera de Francia y se refugia en París. Por poco tiempo. Hay judíos que los reciben con los brazos abiertos, entre ellos Jacques Levi, siempre dispuesto a actuar contra la humillación que sufren los de su raza. Su activismo político lo lleva a participar en la revuelta del 6 de febrero de 1933 contra las ligas francesas de extrema derecha, antisemitas. A Daniel Carasso le desagrada el activismo de su cuñado. Sobre todo, porque hace sufrir a su hermana, muy enamorada de su marido. Precisamente por ese motivo, Daniel siente una gran fascinación

por Flor, por la pasión que Jacques despierta en ella, por su incorregible adolescencia. Daniel se ha hecho más conservador que nunca. Tal vez porque cada día tiene mucho más que perder. Le desagradan las algaradas callejeras, los enfrentamientos políticos. No se fía de nadie. El miedo a los alemanes se ha instalado dentro de él como una náusea con uñas.

Serán varios miles de esos judíos alemanes los que se desplacen hasta el sur de Francia. Otros muchos atravesarán los Pirineos, atraídos por las ideas progresistas de la república española. Desconocen lo que ha sucedido en Asturias. Han oído hablar de Fernando de los Ríos, amigo personal de Chaim Weizmann, presidente de la Organización Sionista Mundial, y del eco que ha tenido en la prensa internacional el comunicado oficial del gobierno de la república española a propósito de la celebración del VIII centenario de Maimónides que tiene lugar en Córdoba, ciudad natal del insigne sefardí:

> *Hablen de nosotros a sus mujeres e hijos, sus conocidos y amigos, y comuníquenles que España ha abierto sus brazos a sus hermanos judíos y les ha dado el beso de la paz. Los periódicos de Jerusalén titulan sus editoriales: «España pide perdón».*

No será para tanto, pero la verdad es que cuanto se escribe y se comenta en la calle sobre lo que está ocurriendo en España, se le parece mucho.

Isaac Carasso tampoco se fía. Lo ha decidido: va a alquilar una casa en Pau. Quiere disponer de un hogar adonde acudir si las cosas empeoran. Se levanta en la pequeña localidad de Billère, en el distrito de Pau. Es una casa típica de la Aquitania, de dos alturas con buhardilla, grandes ventanas reforzadas con vigas de madera pintadas de verde. Pertenece a unos españoles originarios del País Vasco. Carasso ordena a un carpintero que le haga un rótulo pintado de azul en el que se graba, en blanco, el nombre de Villa Esteban. No se instala en ella, pero sabe que lo hará pronto. «Tal vez esté próximo el momento de sentar la cabeza», se ha dicho en sus adentros.

Su yerno, Mario Botton, y Juan Marquet llevan las riendas de la empresa. No está cansado, pero a veces tiene la sensación de haber sido un descubridor de horizontes perdidos. Un incansable aventurero que advierte, por fin, la necesidad de detenerse para ver volar a los pájaros. Aunque sigue pensando, como siempre, en su familia. Tal vez algún día pueda reunirlos a todos en Villa Esteban. También a su madre, a la que le sentará bien el aire remansado y dulce de nieve de los Pirineos. Ella sí necesita descansar. Desde luego, la casa es amplia, con cinco espaciosas habitaciones, y está rodeada por un jardín vallado con estacas blancas puntiagudas. Desde la buhardilla se atisban las cumbres pirenaicas.

Como no conoce a su nieto Henri, que ya ha cumplido un año, y Flor está a punto de dar a luz, no vacila en emprender un nuevo viaje a París. Además, hace tiempo que no ve a Daniel. Sabe, por las cartas que le escribe, que la nueva fábrica abre cada día nuevos mercados, que su flotilla de furgonetas Peugeot ya cubre las rutas de la periferia de París y está a punto de llegar hasta

Reims y las primeras estribaciones urbanas de Normandía. No está nada mal si se tiene en cuenta que, mientras, se extiende por todas partes la verborrea belicista.

Naturalmente, los contactos con Daniel, cuando lo visita en la fábrica de Levallois-Perret, no diferirán mucho de los anteriores. Entrará en su despacho, en cuyas paredes sigue colgado su retrato, le dará un beso, le preguntará «Cómo estas, hijo», escuchará «Muy bien, papá, ¿y tú?», y a continuación saldrá a la salita contigua de recepción y se sentará en un confortable sillón a ver pasar a la gente, como si estuviera en la terraza veraniega del Cómico de Barcelona. Se siente satisfecho, no obstante, por lo que ha conseguido su hijo. Cuando ve la flotilla de furgonetas aparcadas ordenadamente junto a la facha de la fábrica, pensará: «Quién lo iba a decir, si acaba de empezar a volar».

Isaac conoce, por fin, a su nieto Enrique, y es testigo del momento en que una enfermera contratada sale de la habitación de su hija Flor, en el bulevar Berthier, con un bebito berreando y ensangrentado al que agarra por los pies. Sigue los pasos de la enfermera hasta la cocina, y se queda atónito cuando el indefenso cuerpo de la criatura es expuesto al chorro del grifo del lavabo: «*Êtes-vous son grand-père, est-ce pas?*». Siempre recordará el momento en que vio nacer a Juanito….

Unos meses después, la prensa francesa anuncia que el general Franco ha dado un golpe de Estado en España. Por un instante, el mundo se le viene abajo a Isaac Carasso. «¡No es posible!», exclama ante su hijo Daniel. «¿Quién es ese general?», se pregunta algún editorialista. ¡Un militar africanista no puede derribar a una institución moderna como la república española!, proclama, enardecidamente, un locutor de radio. Se equivocan. Franco ha planeado concienzudamente su deslealtad. El pequeño general africanista, desterrado a Canarias por indeseable, imitador de Mussolini, no es el único monstruo al que debe temer Europa. «Que miren hacia el norte, hacia Alemania», le dice Isaac Carasso a su hijo Daniel. «Y si no, a Italia, a ese fantoche de Mussolini».

Ese mismo día, alguien sentado junto a Isaac Carasso en la sinagoga de la calle Pavée le sopla al oído que uno de las personas que han acompañado a Franco a bordo del *Dragón Rapide* hasta Melilla es un judío sefardí de Madrid. Su nombre será silenciado. Pero a partir de ese momento empieza a comentarse que Franco contempla la cuestión judía con doble rasero, que con una mano te da el pan y con la otra aceite de ricino. Hay quien piensa que Franco iniciará una cruzada contra los judíos, y quien opina todo lo contrario porque son varios los banqueros judíos que han financiado su golpe mortal a la república.

Ya está otra vez Isaac Carasso en medio del desorden y la confusión. Su dilema es qué hacer ahora. Es inconcebible que Franco haya cruzado el estrecho de Gibraltar. ¿Y la Armada española, fiel a la república? Hay republicanos que se mofan del temerario africanista. Son pocos los que se toman en serio la rebelión. Cuando escuchen las arengas de Queipo de Llano en radio Sevilla cambiarán de opinión. Demasiado tarde. Carasso se enfrenta a su propia guerra. El

negocio en España está en zona republicana. Si el gobierno resiste, Danone resistirá. Las noticias desde Madrid son preocupantes, horrendas, aunque se fechen en la lejana Melilla. Los falangistas se han adueñado de las calles de la ciudad norteña marroquí, cuna del golpe. Corresponsales franceses relatan en sus periódicos que los rebeldes se han incautado de los bienes de las familias judías y obligado a todas ellas a beber aceite de ricino. Lo mismo ocurre en Tetuán y en otras ciudades del Marruecos español. En la misma Melilla, las sinagogas han sido clausuradas. El pavor se agiganta con el paso de los días: decenas de judíos de origen alemán residentes en ciudades tomadas por los rebeldes se han visto obligados a emigrar a Varsovia y a Londres. Se detecta la presencia en Sevilla y en Madrid de agentes secretos de la Gestapo. Sabuesos como son, localizan a familias hebreas. Han elaborado sus listas de perseguidos. Delatan su presencia a las autoridades españolas, que se ven poco menos que obligadas a repatriarlas. Un barco danés con cientos de judíos a bordo residentes en España no obtiene permiso para atracar en el puerto de Tenerife y se ve obligado a hacerlo en el de Casablanca. Las autoridades francesas los reciben con indisimulado desagrado. «¿Es que también los franceses son nazis?», se pregunta Carasso. El tiempo le dará la razón. Por si fuera poco, los sefardíes calificados por la policía como «de buen comportamiento» son obligados a pasar por los locales de Falange para contribuir con sus fondos al «glorioso ejército de Franco». Cada vez son más, se comenta, los judíos que se prestan al chantaje de ayudar al Alzamiento Nacional. ¿Y en Barcelona? Las cosas son diferentes. Lo parecen desde el momento en que Manuel Azaña y varios miembros de su gabinete se trasladan a la ciudad para ponerse al frente del gobierno de la república. Pero nadie asegura que puedan seguir siendo garantes de la libertad de culto durante mucho tiempo. Mario Botton se siente blanco de las hostilidades desatadas entre ambos bandos. Los republicanos lo miran como sospechoso de apoyar la insurrección. Su condición de judío, siempre atemperada por el miedo y la prudencia, lo sitúa en el punto de mira de quienes siguen el rastro de colaboracionistas y delatores. Aprendió de su padre que las maletas de un sefardí siempre tienen que estar preparadas para salir huyendo en cualquier momento. Enseñará a su hijo la misma lección.

De modo que un buen día Mario telefonea a París y revela a Isaac su intención de abandonar, con su familia, la ciudad. No lo hará, sin embargo, hasta que Jacques Levi, su cuñado, se desplace a Barcelona y se comprometa a tomar las riendas de la empresa. Jacques ha recibido instrucciones precisas de su suegro. La empresa necesita a alguien que defienda los intereses de todos, y nadie mejor que él, exaltado defensor de la causa republicana y bien visto por la izquierda por sus actividades contra las ligas francesas de extrema derecha. Además, en una ciudad como Barcelona puede pasar inadvertido ante los aún camuflados simpatizantes de la Falange.

Jacques acudirá a la llamada de Isaac Carasso y viajará solo. Flor y sus dos hijos quedarán en París bajo la sombra protectora de Daniel Carasso.

Levi hará el viaje a Barcelona por tren, por La Junquera; no se atreve a cruzar por Canfranc porque los rebeldes amenazan con tomar Huesca. Unos días antes, Mario Botton, Juana Carasso, el pequeño Mauricio y Estrella Nehama viajan en el mismo tren a París. Antes de hacerlo, el propio Mario en persona se pasa por el Carrer dels Àngels para explicar la situación a Hanna y a las dos empleadas que han servido en la familia. Entrega un sobre cerrado con el dinero de la liquidación que les corresponde más una generosa gratificación. Hanna no cuenta el dinero. Es más del que pueda imaginar. Pero sí abre la cuartilla doblada que se adjunta en el sobre y

distingue enseguida la letra semicursiva, estilo Rashi, inconfundible, de Isaac Carasso: «Gracias, Hanna, que Dios te proteja». Rompe a llorar en los brazos de Mario. Las tres mujeres abandonarán Barcelona unos días después. Por su parte, Mario y Juana se instalarán en la zona norte de París, en un apartamento de la calle Jean Moréas, cerca de la avenue Mallarmé. Al poco de llegar, el inquieto Mario iniciará un negocio de importación de café y abrirá una tienda de café torrefacto, empleando en su fabricación un método de adulteración con azúcar aprendido en España. La abuela Estrella se irá a vivir una temporada con Flor y sus hijos. Todos han sabido interpretar su silencio.

Isaac Carasso dudará hasta última hora de si regresar a Barcelona o permanecer en Francia junto a los suyos y atento a la evolución de los acontecimientos. ¿Qué puede hacer él en España salvo inmolarse por su empresa? Llegado el caso, en su refugio de Pau puede acoger a toda su familia. Se alegra de haber seguido a ciegas la llamada de su instituto. Villa Esteban será la casa de todos. Su yerno parece arreglárselas bien. En Barcelona, Jacques Levi llegará incluso a congeniar con altos mandos de la república y distribuirá entre ellos envases con tarros de Danone, que se servirán hasta en los desayunos proletarios del Ritz.

Aunque las comunicaciones con Madrid son malas, Issac conversa todos los días con Juan Marquet, cuya tibieza política lo mantiene a flote en medio de la tormenta. Las dificultades son las propias de una economía de guerra en un país odiosamente dividido. Las ventas han disminuido. Es lógico que así sea. Pero el bacilo búlgaro sigue activo.

5

De nuevo Isaac Carasso se enfrenta a «una percepción múltiple y caótica». Así que escoge el camino de Pau, como uno de esos ermitaños que deciden aislarse en su retiro de la montaña. Cerca de España, por si el fuego de la tragedia se apaga. Con los Pirineos a la vista, tal vez algún día se decida a subir hasta el Aneto, sueña, o emprender el camino, por Luchón, hasta el valle de Benasque y regresar a España andando para encontrarse con su propia sombra que allí lo abandonó. Quiere regresar a España, pero las fronteras están cerradas.

Finalmente, su madre decide acompañarlo a la casa de Billère. Estrella le hace la comida, lo observa por la noche. Le acaricia la frente después de acostarse. Por si tiene fiebre. Las cosas que piensa Estrella ante la imagen postergada de su hijo. Su aspecto la deprime. Hace tiempo que Isaac Carasso ha rebasado los sesenta *y tantos.* Estrella lo trata como a un niño. Por la noche, cuando ella permanece en pie junto a la cama, él se imagina que es la estatua de piedra en el centro del universo de la que le hablaba su hijo Daniel en Salónica. Se hace el dormido y la ve marchar hacia la puerta, arrastrando los pies. Él tampoco sabe los años que tiene su madre. Sigue cubriéndose la cabeza con el tipo de cofia sefardí que usaba en Salónica. Cambia solo los colores, pero se plisa la tela siempre de la misma manera. ¿Bajo el influjo de qué fuego se horneó la estatua de esa mujer?, se pregunta Isaac cuando ella le cierra la puerta de la habitación. ¿Qué inmemorial artista concibió su estirpe?

Su hijo Daniel le hace llegar una carta con noticias preocupantes:

Querido papá:

Acabo de recibir una carta de Jacques Levi con un comunicado oficial del glorioso ejército nacional por el que se me comunica la obligación que tengo, como soldado español, de incorporarme a filas para servir a la causa del movimiento liberador. Naturalmente, mis compromisos como empresario me impiden someterme a esa obligación, seguramente amparada por ley, pero opuesta a mis principios morales de ciudadano amante de la paz. No creo incurrir en ninguna contradicción si te digo que he decidido hacer caso omiso del requerimiento, a sabiendas de que puedo incurrir, como se me advierte en el escrito, en graves responsabilidades, entre ellas la de ser considerado prófugo.

Los principios que esgrimo en amparo de mi decisión son los mismos que me animan a mantener mi nacionalidad española, convencido de que así cumplo con la irrenunciable fe de los de mi estirpe y mi sangre, que es la tuya.

Un fuerte abrazo y un beso muy grande para mi abuela.

Tu hijo, que te quiere,

Daniel

Isaac Carasso lee varias veces el perturbador escrito de su hijo, emocionado por su decisión. Es lo que él habría hecho en su lugar. Unos días después le envía la siguiente carta:

Querido Daniel:

En alguno de los momentos que hemos compartido creo recordar que te dije que lo importante en la vida es hacer lo que se tiene que hacer. Cumplir con la conciencia, el honor y el deber moral. Tu religión, tu libertad, tu formación y tu sangre te han aconsejado lo mejor, y me siento orgulloso de ello.

Así te lo expreso, con todo mi amor.

Tu padre,

Isaac

P. D.: La abuela te envía un beso.

Isaac Carasso explora la ciudad de Pau. Se da largos paseos. Llega a la Place de Clemenceau, y luego, por la Rue Serviez, desemboca en el bulevar de los Pirineos. A su izquierda, magnolios y castaños de indias. A su derecha, la murada de montañas con la cresta del Midi d'Ossau sobresaliendo sobre las demás. Han caído las primeras nieves. Hace días hubo temporal del norte. Abajo del bulevar, en el llano, la estación de Pau, a la que recuerda muy bien de sus viajes a París. No puede compararse con la extraña belleza de la de Canfranc. Han sido suspendidas las comunicaciones con España. Desde Pau, hay trenes al este que conectan con Perpiñán, al oeste, con Bayona. Se pasa horas observando el blanco techo pirenaico, quizá imaginando abrir con sus ojos una brecha de acceso a España. Cuando más lo deprime la frustración y el exilio, pasea por las solitarias alamedas Alfred de Musset y Paul Valéry. Luego se dirige por Louis Barthou hasta la Place Royale, el corazón de la ciudad. En la esquina más al norte localiza enseguida el majestuoso edificio del consulado español, del que ha oído hablar. Tiene todas las trazas de un *hôtel particulier* de París, señorial, con patio de carruajes y marquesina sobre la escalinata de entrada. El zaguán está cubierto por una elegante terraza. Una balconada recorre, a la altura del primer piso, toda la fachada lateral abierta a la plaza. Se alzan hileras de tilos que dan sombra a los jardines. En una librería de la misma plaza compra una pequeña guía turística de la ciudad. Le servirá de ahora en adelante. Sobre el histórico Club Anglais, propietario en origen del edificio, se dice que los usos cambiaron cuando este fue adquirido por España y transformado en consulado. El narrador del folleto recurre a la nostalgia: «La gran sala de la biblioteca del club —escribe—, donde los socios leían la prensa inglesa y consultaban la *Enciclopedia Británica*, se convirtió en el exageradamente amplio despacho del señor cónsul general de España. El espacio reservado al bar, donde otrora se servía *scotch* y sándwiches de pepino, pasó a ser el patio de operaciones de la cancillería consular, donde los funcionarios atendían las necesidades administrativas de sus connacionales. Las salas de juego del primer piso fueron convertidas en salones, comedor y estancias de habitación para el cónsul y su familia». Concluye su breve repaso a la historia del palacete con una pincelada mordaz: «Probablemente, la decoración de cuadros de caza del zorro y trofeos de pesca desapareció dejando las paredes desnudas, salvo en aquellos lugares donde los empleados consulares habían colgado estridentes almanaques españoles». A Isaac Carasso le entran ganas de visitar el edificio, del que no pende ninguna

bandera, «Qué raro», se dice, pero se retrae de hacerlo cuando ve salir a un hombre cabizbajo que se detiene bajo la marquesina de acceso. Le pregunta amistosamente si es español y el caballero, que emplea un sobretodo y se anuda el cuello con una bufanda de lana, asiente con la cabeza, sorprendido. Se llama José, a secas, y le dice que hace días llegó de España, de Jaca, en la provincia de Huesca, precisa, «huyendo de la maldita guerra, quiero decir de los malditos fascistas».

—¿Funcionan con regularidad los servicios consulares? —pregunta, precavido, Isaac Carasso, apuntando al edificio.

—Es un desastre —responde José—. ¿Sabe lo que le digo? Que los españoles tenemos lo que nos merecemos, ya sean quienes nos gobiernan de izquierdas o de derechas, lo mismo da. ¡No puede ser!

—¿Qué es lo que no puede ser?

—¡Un palacio principesco que no sirve para nada!

—Para algo servirá…

—Para dar de comer a unos cuantos funcionarios, desde luego. Porque, si entra usted, lo van a atender, ¡por supuesto, faltaría más!; le preguntarán en qué pueden servirle. Y a continuación le advertirán que solo pueden facilitarle información si se registra como transeúnte. De lo cual se deduce, señor mío, que para lo único que sirve el consulado es para fichar a los españoles que nos hemos marchado del país. Y con la guerra de por medio, ya me dirá usted si uno se atreve a registrarse en una legación diplomática que hoy tendría que ser de izquierdas y mañana será, lo más probable y tal como están las cosas, de derechas…

—¿Y el cónsul? —pregunta Isaac Carasso.

—¿Qué cónsul?

—El español, desde luego.

—¿Qué ayuda puede prestar un cónsul, supuestamente rojo, tengo entendido que lo es, a sabiendas de que puede ser sustituido por un fascista de la noche a la mañana? Supongo que habrá desaparecido, vaya usted a saber. Le puedo asegurar que hoy no está en su puesto…

Se le quitan las ganas de visitar el consulado. Lo último que se le ocurriría hacer es registrarse como transeúnte español. Le habría gustado confirmar que los almanaques españoles ocupan los huecos en las paredes que dejaron en su día los cuadros sobre la caza del zorro. Se aleja del lugar leyendo disimuladamente la guía turística que acaba de comprar. Se dirige, por Les Cordeliers, al barrio de Hedas, al que de un tiempo a esta parte se le denomina «el de los españoles». Le parece un lugar siniestro: calles estrechas, oscuras, aplastadas unas contra otras. Pasadizos subterráneos. ¿Es el alcantarillado de Pau?, se pregunta.

De repente, se le aparece en el claro de un puente el semblante desencantado de José, que también, como él, deambula sin brújula por la ciudad. El encuentro les abre la oportunidad de entablar una larga conversación cuando José confiesa su condición de sefardí oriundo de Bucarest, establecido en Huesca desde hace una década. Está solo y busca refugio en una pensión regentada por una familia que conoce, también refugiados españoles. Isaac Carasso, que también se ha dado a conocer, le ofrece acomodo por unos días en Villa Esteban, pero José, que en realidad se llama Aurel Dalmus, declina amablemente la invitación. Carasso le calcula entre cincuenta y sesenta años. Las prendas que viste denotan que es un hombre con posibles. Bajo el sombrero de fieltro que cubre su cabeza, aparece un rostro cansado y sin afeitar, de nariz

puntiaguda bajo la visera de unas pobladas cejas grises que resguardan una mirada mortecina, más enferma de alma que de cuerpo. Aurel le da el nombre de la pensión que busca y le dice que aguarda a su mujer, Mikaela, que llegará dentro de unos días en un camión de nuevos refugiados que cruzará la frontera por Irún, «si no se lo impiden antes…». Los rebeldes franquistas están a punto de tomar Bilbao.

—Aunque los vascos se han atrincherado bien en el cinturón de hierro, y ya veremos lo que puede pasar —dice soltando una sonrisa fúnebre—. Le gustará conocer a Mikaela. Ella es más alegre. Ve las cosas de otra manera. Con decirle que quería alistarse en el ejército… Es enfermera. Pase usted a vernos. Seguro que nos hará bien a todos.

—Descuide, Aurel.

Estrechan sus manos envueltos en una ráfaga helada desprendida de las cumbres como un alud de gas.

Isaac contrata a un *garde champêtre*, Simón, en sus horas libres. Simón acude a Villa Esteban un par de horas a la mañana, a primera hora y al anochecer. No es un *cavas*, por supuesto, y dista mucho de parecer un guardaespaldas, pero Isaac se hace a la idea de que tiene a alguien que cuida de su madre y de él. Francine, la mujer de Simón, se dedica a limpiar la casa y a hacer las compras. Estrella no se entiende en francés con el matrimonio, y casi siempre reclama la presencia de su hijo para que le traduzca. «Son buena gente», comenta Isaac a su madre por la noche. Simón y Francine poseen en las afueras de Pau, en dirección sur, una pequeña granja con gallinas y ovejas. Son educados y, sobre todo, discretos. Cuando sus compañeros preguntan a Simón qué hace en Villa Esteban, él responde:

—Trabajo como jardinero, me lo pagan bien.

Isaac ha tomado todo tipo de precauciones para ocultar su condición de judío, aunque no de español. Extraña a la gente, a sus vecinos y a Simón, que su francés sea tan bueno, rayano en lo académico, pero lo achacan a que ha vivido durante mucho tiempo en París, y ahora, delicado de salud, y con dinero, respira el aire limpio de los Pirineos. Es lo que dicen. Probablemente es el argumento de Simón. La única sospecha la levanta la cofia sefardí de Estrella, pero su hijo no ha sido capaz de convencerla para que utilice otra prenda.

—Es una vieja costumbre española, de cuando los moros se asentaron en Andalucía; mi madre la lleva desde que nació —responde cuando le pregunta Francine.

Está avanzado el verano de 1937 cuando se decide a viajar a Bayona. Hace más de un mes que las tropas de Franco, con la ayuda de tanques alemanes e italianos, machacaron la línea defensiva del cinturón negro y entraron en Bilbao. Los periódicos franceses creen que la guerra está perdida para la república.

Isaac ha establecido contactos con la comunidad de judíos de Pau, compuesta por medio centenar de personas. Ellos suelen visitar Bayona con frecuencia. Se sienten protegidos cuando lo hacen. La de Bayona es una comunidad fuerte y unida. En los últimos meses, han llegado del norte varias decenas de judíos que buscan refugio en la zona. También de Barcelona, en donde, dicen, se oye hablar frecuentemente alemán en las calles. Un innato sentido de la supervivencia les induce a huir del peligro. España ha dejado de ser un lugar seguro. En Bayona funciona un comité de ayuda, desbordado por los refugiados vascos que huyen de la guerra.

El trayecto a Bayona en tren dura poco más de una hora. Muy cerca de la estación está la Rue Maubec, donde se ubica la comunidad judía y la sinagoga. Es ahí adonde se dirige. El cementerio judío está vallado. Está en pleno barrio de Saint-Esprit. Sabe que en las calles por las que camina se asentaron hace tiempo los judíos de la tribu de Judá y los sefardíes españoles que huyeron primero a Portugal y luego, desde las costas portuguesas, iniciaron la diáspora hacia el norte tras doblar la Costa da Morte. Unos recorrieron en paralelo la costa francesa hasta llegar a los Países Bajos, y otros, cansados y hambrientos, buscaron protección en las localidades francesas vascas.

Isaac se sienta en uno de los bancos de la sinagoga, mirando al *hejal*. Desde la última vez que estuvo en la sinagoga del *kal* aragonés en Salónica no había experimentado tanta paz interior. Ha regresado, por fin, a su casa, la casa del pueblo de Moisés. La de Bayona es la sinagoga más hermosa que han contemplado sus ojos. En el tabernáculo arde la lamparilla de la luz perpetua. Es como el final de un largo viaje. Cuando sale a la calle se encuentra una ciudad en calma, abrazada por ríos. Isaac atraviesa el puente de Saint-Esprit. El resplandor del agua, al atardecer, le ciega los ojos. Se deja llevar.

Por el otoño lo visitan Juana, Mario y el pequeño Mauricio. Su nieto ha cumplido cuatro años y sigue riéndose de su sombra cuando lo ve. Sigue emitiendo un sonido parecido al zureo de las palomas entre risas de los demás. A él le divierte. Algo tendrá en su cara. Seguramente es por la calva, insiste. Le molesta, por el contrario, que siempre tenga el pulgar de la mano derecha en la boca. Uno de esos días, por la mañana, le dice a Simón que le gustaría enseñar a su nieto los animales que el guarda tiene en su granja.

—Estando en París, seguro que no ha visto ninguna cabra en su vida.

Llegan a la granja en taxi.

Francine les ha preparado una suculenta comida al aire libre. Pato a la naranja, compota de manzana, arroz blanco, pasta para el niño. Después del almuerzo, agarra a Mauricio de la mano y ambos se adentran en el corral de las gallinas. Mauricio solo habla en francés y algunas palabras en ladino que aprendió de su bisabuela Estrella. Le señala una oveja y le pregunta en francés:

—¿Sabes cómo se llama este animal?

—Un toro sin cuernos —responde el niño.

—¿Dónde has visto antes un toro? —pregunta el abuelo.

—Ese de ahí —responde el niño apuntando con su mano izquierda a un macho cabrío mientras se chupa el pulgar de la derecha.

Regocijada, Juana los observa de lejos: cómo su padre empapa la mano derecha de su nieto en un pestilente charco de excrementos confusamente dispares.

—Chúpate la mano ahora —le dice.

Mauricio lo hace, escupe y rompe a llorar.

Su madre le lava las manos. Una vez, dos veces. Con la ayuda de Francine, que se cree culpable de cuanto ha sucedido. Durante los próximos días, mientras esté en Villa Esteban, Mauricio no se chupará el pulgar de la mano derecha, y las veces que lo intenta, llevado por el ciego impulso de su incorregible hábito, prorrumpirá en un estridente sollozo al recordar el sabor de la mierda.

Al poco de regresar la familia Botton a París, lo visita su hijo Daniel. Llega al volante de un lujoso automóvil Mercedes Benz 320, con una sorpresa a bordo: su hija Flor y sus nietos Enrique y Juanito. Son dos hombrecitos, refinadamente educados y con modales que llaman la atención. No besan a su abuelo. Le dan la mano y le dicen: «¿Cómo está, señor?». Enrique habla español. El pequeño lo chapurrea. Se nota la mano de su madre, que se siente orgullosa de que sus hijos hablen el idioma de Cervantes. Flor sigue siendo la niña de siempre. El paso de los años no ha alterado su fisonomía, su gracia y desenvoltura. Daniel adora a su hermana. Se ha tomado unos días de vacaciones. Hicieron noche en un hotelito de Angulema con un parque infantil en el que los niños se desahogaron jugando en los columpios, corriendo por los laberintos de arbustos y flores, antes de reemprender la marcha.

Los coches son la nueva pasión de Daniel. Exhibe el Mercedes ante su padre como si fuera un trofeo de caza mayor. Le gusta conducir y está al tanto de las últimas novedades automovilísticas. Después de mostrar a su padre el interior del coche, explica que un ingeniero de la Citroën, amigo suyo, le ha fabricado una máquina exclusiva para lavar los envases del yogur. «¿Por qué no te compras un coche, papá?».

A Isaac no le disgusta la idea, pero los tiempos que corren no son propicios para gastar. Mueve la cabeza, dubitativo. Tal vez se decida a alquilar uno por una temporada. «No es mala idea, seguro que te resulta útil».

A propósito de gastar: padre e hijo se han escabullido del grupo familiar a la primera oportunidad que se les ha presentado para abordar asuntos económicos. Lo han hecho en el dormitorio de Isaac, que ha habilitado en un rincón un pequeño escritorio con mesa de marquetería de persiana de muelle que se cierra con llave y dos sillones. Gracias a José Covo se han podido hacer transferencias de la Banca March de Barcelona a su agente en París. También se han abierto cuentas en la Banca Rothschild. A Pepo le consta que Mario oculta en algún lugar de su casa una importante suma de dinero. En cualquier caso, esas necesidades están cubiertas, «no debes preocuparte, papá».

Isaac asiente. Hasta ahora, no ha tenido dificultades para retirar dinero de los bancos de Pau. Sabe que, en última instancia, tanto Daniel como Pepo le sacarán de un apuro, si se presentara. La empresa en España se autofinancia con regularidad y sin sobresaltos. Daniel Carasso no desea hablar de la empresa en España.

—Las cosas podrían ir mucho peor. —Y probablemente para complacer a su padre, agrega —: Fue un gran acierto por tu parte la elección de Jacques para que gestionara el negocio.

Tiene entendido que se lleva bien con los políticos republicanos.

—Ya veremos lo que sucede si ganan los rebeldes —tercia Isaac, a quien tampoco le seduce la idea de hablar del tema.

Daniel y Jacques suelen hablar de vez en cuando por teléfono. Su cuñado acude a un centro público y allí aguarda a que la telefonista de turno le ponga la conferencia. Nunca lo hace desde el teléfono de la empresa, lo mismo que Juan Marquet. A diferencia de Jacques, el socio de Madrid parece haber emparentado bien con los falangistas. Naturalmente, él no es judío. Tiene esa ventaja. Isaac observa ausente a su hijo, como si no le interesara cuanto dice, o como si conociera de sobra las razones de Daniel para restar importancia a la guerra civil que está

devastando el país. Más eufórico se muestra el hijo cuando habla de los progresos de su empresa en París, que se ha modernizado en los últimos meses con la incorporación de nuevas técnicas de envasado y el aumento del número de camionetas distribuidoras.

El nuevo producto, Dany, ha sido un gran éxito.

Hasta los más acérrimos detractores se han percatado de que el yogur sigue siendo el mismo, con una textura diferente.

—Hemos llegado al gran mercado, papá.

Isaac Carasso no hace comentario alguno. Sobreentiende que su hijo conoce su opinión al respecto. Sin embargo, las ventas se han estancado en los últimos dos meses, reconoce Daniel.

—¡Es el temor a la guerra! —exclama sinceramente preocupado—. Aunque los franceses —dice— parece que viven en otro mundo, demasiado confiados en el poder disuasorio de su ejército, que aseguran es el mejor del mundo.

Particularmente, Daniel cree que la guerra es inevitable. José Covo le ha metido en la cabeza lo de montar una empresa Danone en Nueva York.

—¿Qué te parece?

Isaac mueve la cabeza, como diciendo «pero qué locura es esa…». Pues sí: si estallara la guerra, José Covo tiene decidido cruzar el Atlántico.

—¿Sabes que Nina y yo salimos con regularidad?

—Me alegro de que os hayáis decidido.

—Sí, ya es hora de que nos casemos.

—Desde luego.

—Es muy probable que lo hagamos pronto.

—A Estrella, tu abuela, le oí decir en alguna ocasión, sobre este asunto de los noviazgos largos: «Se os va a pasar el arroz». Tu abuela es una mujer muy singular.

—La estatua que preside el universo desde el centro del parque. ¿Te acuerdas?

—Es lo que solías decir cuando eras un jovenzuelo. Sigue siendo así. Desde su silencio, domina al mundo.

Regresan cuatro días después y les acompaña Estrella. La anciana ha irrumpido la noche anterior en la habitación de su hijo, se ha acercado hasta el cabezal de la cama y le ha susurrado al oído, medio dormido:

—Tus hijas me necesitan; tú también, pero menos.

No espera respuesta de Isaac, a quien besa en la frente como hacía cuando era niño para tomarle la temperatura.

El equipaje de Estrella es tan ligero como su cuerpo: dos mudas. A Flor, que le ayuda a hacerlo, no le extraña. A nadie de la familia le extraña. Suele lavarse la ropa que usa cada tres días. Hace tiempo que afirmó: «No necesito más que los pájaros». No lo ha vuelto a repetir, pero todos saben que lo dijo.

Entra en el Mercedes la primera de todos y se acomoda en un rincón del asiento trasero con tal facilidad que parece haberlo hecho muchas veces, como un gorrión haciendo agujero en el nido. Cuando su bisnieto Enrique le pregunta si le gusta viajar, mueve la cabeza de arriba abajo, en un gesto que solo se define cuando se gira hacia la ventana para ver a su hijo, Isaac, que se

acerca hasta situar su cara a escasos centímetros de la ventanilla. Luego le envía un beso, soplando con la mano. Ella, sin mover los músculos de la cara, parpadea con los ojos, ligeramente vidriosos.

Isaac se queda solo. Ayuda a Simón a repintar paredes y marcos de ventanas; a engrasar los goznes de las puertas; a arrancar la maleza y las malas hierbas del jardín; a plantar esquejes de rosales y hortensias. Y a pensar que, tal vez algún día, las cosas cambien y pueda regresar a Barcelona.

El tiempo se escabulle paseando con él por el bulevar de los Pirineos. Llega la primavera. Al Midi d'Ossau se le ha derretido la chepa de nieve. Resucitan las rosas y se encienden las hortensias: azules, moradas. Uno de esos días decide alquilar un coche, un Citroën 7 CV al que le ha echado el ojo en un taller. Antes de recogerlo, almuerza en un pequeño restaurante de Les Cordeliers, cerca de la iglesia de Saint Jacques. Cierra el trato. Se siente feliz. Se decide a dar con el vehículo, de color negro, un par de vueltas por el centro de la ciudad. Lo detiene en la Place Royale, junto a la fachada del consulado de España, ante la que se ha formado una larga cola de personas. Los que aguardan llevan inscrita en la frente, negro sobre blanco, la condición de español que huye de la guerra. También distingue, igualmente deprimente, la invisible chapa de los judíos impresa en el alma: son los más taciturnos. Unos y otros parecen huérfanos que acuden a un hospicio. En el murmullo de las conversaciones se mezcla alguna frase en alemán. También distingue a los que hablan en ladino. Isaac baja del coche y se acerca a una mujer:

—¿Ocurre algo, señora?

—Dan naranjas a quienes se registran.

—¿Naranjas?

—Eso dicen. Del Socorro Rojo.

6

El coche le da libertad de movimientos. Le ha dicho a Francine que solo le prepare las cenas. Casi siempre almuerza fuera. En ocasiones logra llegar hasta casi la misma frontera con España, como si, desde allí, quisiera ver lo que está ocurriendo al otro lado. Las informaciones en la prensa local son desgarradoras. La Aviación Legionaria italiana bombardea Barcelona cuarenta y ocho horas seguidas. Está a punto de concluir el invierno de 1938. Desde este lado de la frontera, solo se ven barrancas y desfiladeros por donde discurren ríos embravecidos por el deshielo. Las dos veces que se adentra en los Pirineos, Isaac Carasso regresa a casa desanimado y tristón. Escucha la radio que ha instalado en el comedor mientras Francine le prepara la cena. Una emisora hebrea, localizada en Londres, emite la noticia de que las sinagogas de Madrid y Barcelona han sido clausuradas hace meses, y que en la comunidad sefardí de Madrid solo permanece la familia de Yomtov Strounza, que ha contraído el compromiso de trasladar a Murcia los *sefarim* del oratorio madrileño, varios objetos sagrados donados por la comunidad de Barcelona y una corona de plata regalo de Ignacio Bauer, huido del país. La misma emisora difunde un dato que estremece a Isaac Carasso: más de seis mil hebreos han combatido en la guerra civil alistados en las Brigadas Internacionales. Muchos de ellos desfilan por las calles de Barcelona antes de abandonar el país, vitoreados como héroes. «Seguro que algunos de ellos han llegado a Pau», comenta para sí Isaac. Los más han cruzado la frontera por el País Vasco, por Hendaya, y se han refugiado en Bayona. Una radio francesa lo confirma: *Les fugitifs traversent par vagues*.

Está claro que, en vez de adentrarse en los Pirineos para rumiar sus frustraciones y penas, tiene que ir a Bayona. Durante los últimos días de julio y primeros de agosto, lo hace casi todos los días. A veces se queda a dormir en Bayona, en un hotelito de la Rue Sainte-Catherine, cerca de la Rue Maubec, y otras en casa de un sobrino de su amigo Aarón Salzedo, a quien ha visto en más de una ocasión. La familia Salzedo se ha volcado en ayudas a los refugiados que más lo necesitan, sean o no judíos. Combatientes de la república, nacionalistas vascos, católicos o miembros de comunas anarquistas. Seres andrajosos. Españoles que han luchado por la causa de la libertad.

¿La libertad?

Isaac tiene sus dudas.

Los dirigentes de la república siguen sin derogar el decreto de los Reyes Católicos…

Y, lo que es peor, han permitido el cierre de sinagogas.

Se siente atrapado por sus propios pensamientos. Franco tampoco lo hará. ¿Qué será de él, de su familia, de sus sueños? ¿Y si todos acudieran a su refugio de Villa Esteban? Está

angustiado. Francine se asusta una noche cuando lo ve aparecer tambaleándose. Se siente indispuesto. Un dolor en el costado. Gases almacenados en el pecho, dice. Asustada, Francine llama a su marido. Pero Isaac se recupera y cena con apetito: una sopa de pescado, un trozo de merluza a la plancha, puré de patatas. Está realmente hambriento.

Unos de esos días, la campanilla de acceso a su casa se estremece inesperadamente. Está solo. Observa por la mirilla de la puerta el rostro de una bella mujer, delgada, de estatura media, algo bajita, de unos cincuenta años, raya en medio del pelo que se ondula por los lados; brillan sus labios, ligeramente barnizados por un carmín rojo. A él le da cierta vergüenza abrir la puerta. Va sin afeitar, en mangas de camisa. Ha estado trabajando en el jardín podando un seto y suda copiosamente.

La mujer le tiende la mano, sonriente, y le dice que se llama Mikaela y es la esposa de Aurel Dalmus.

—¿Lo recuerda?

—¡Oh sí!, claro. Pase, por favor.

Se sientan a la mesa del comedor y él prepara café, que sirve. Antes, le ha pedido permiso a Mikaela para ausentarse unos minutos. Le ha dado tiempo de afeitarse y de cambiarse la camisa. Se ha puesto un poco de colonia. Barata. Huele bien. Se rocía los sobacos. Parece un adolescente en su primera cita con una chica.

Ella le cuenta una historia, que no puede empezar más triste.

—Aurel murió. Hace cuatro meses. Aquí mismo. En el hotel de Hedas en el que nos hospedamos. Yo sigo ocupando la misma habitación.

Se detiene ahí. Llora. Saca un pañuelo. Se suena. Él le sirve otra taza de café.

—No sé qué decir…

—Lo entiendo.

—Créame que lo siento de veras. Apenas nos conocimos, pero me pareció un hombre bueno y sincero. Honrado. De los que quedan pocos.

—Lo era. Gracias.

—Si le puedo ayudar en algo.

—Antes de morir, me dijo que viniera a verle. Villa Esteban. Seguramente pensaba que usted podría ayudarlo. Sin embargo, yo sabía que no tenía solución. He aguardado todo este tiempo, indecisa. Por fin, me he decidido a verlo. Cumplo, así, un deseo de mi marido.

—¿De qué murió?

—Él padecía de arritmias. En los últimos meses, sobre todo desde el día en que se sintió acosado en España por los falangistas, fueron en aumento. Los fascistas le sacaron todo el dinero que teníamos. Él aprovechó la primera oportunidad que tuvo para cruzar la frontera. Yo me uniría a él días después. Los cambios del ritmo cardiaco se fueron haciendo cada vez más bruscos e intensos. Es probable que todo se le complicara con un principio de diabetes. Dos días antes de morir se le presentó un cuadro de fibrilación auricular con cerca de doscientas pulsaciones. Lo llevé al hospital. No pudo resistirlo.

—Terrible.

—Había intentado ponerse en contacto con el consulado español, por si conocían a médicos de confianza a los que acudir en estos casos. Le habían dicho en Huesca que, en ocasiones, las legaciones diplomáticas disponen de este tipo de ayudas para atender situaciones imprevistas y extremas, como era su caso. Creo que ya sabe usted el resto de la historia…

—Sí… Nos conocimos en el consulado.

—Le dijeron que debía registrarse como transeúnte.

—Lo sé…

Quedaron en verse otro día. Él la llevó en coche hasta el hotel.

—¿Necesita usted dinero?

—No, de veras. Muchas gracias. Me arreglo con lo que tengo.

Él supo que le mentía.

Sale a su encuentro días después, muy temprano. La noche anterior, Francine le plancha una camisa blanca. Hotel Bleu Cygne. Lo aguardaba en recepción. La invita a comer a Bayona. Ella habla sin parar durante el viaje. De vez en cuando mira por la ventana: le encanta el paisaje. Le recuerda a su tierra, dice. Había nacido en un pueblecito cercano a Bucarest. No dice el nombre. No tiene hijos. Sus padres, sefardíes, son oriundos de Bulgaria. Su apellido de soltera es búlgaro: Keshales. Él le cuenta su historia. Salónica. Su familia. Suiza. Su mujer muerta. Sus hijos. La soledad. «Es ley de vida, supongo». También le cuenta la historia del bacilo búlgaro. De su aventura en Tran. La empresa en Barcelona. Ella está fascinada. Habla con soltura en español, con un acento ligeramente andaluz. Se ha puesto un vestido muy veraniego, con discretas rosas estampadas y tirantes muy finos. Se ha soltado algo el pelo. Las ondas del peinado están más sueltas. A él le gusta más así. El mismo carmín en los labios. Sin más maquillaje. No lo necesita. Su piel morena es brillante, húmeda, casi aceitosa. Van primero a la sinagoga. Luego la presenta a algunos amigos de la comunidad judía, en la misma Rue Maubec. También conoce al responsable del fondo de ayuda a refugiados. Comen en la terraza de un restaurante, muy cerca del puente Marengo, junto a la orilla del río La Nive. Regresan a primera hora de la tarde. Él conduce lento. Quiere disfrutar de la presencia de ella, de su palabra felizmente alterada. Llegan a Pau cuando el sol amarillea en la franja entre la cordillera y el bulevar de los Pirineos. El atardecer, que contemplan desde la balaustrada del paseo, los enmudece durante algún tiempo. No se atreven a mirarse. Probablemente se avergüenzan de ser felices por primera vez en mucho tiempo.

Esa noche, al locutor de la emisora inglesa con la que suele sintonizar le tiembla la voz; primero, por el desastre republicano en la batalla del Ebro, que marca «el principio del final de la guerra»; y segundo, porque «siempre hay noticias que llevan la esperanza a los corazones tristes»: un convoy republicano, compuesto por varios camiones del ejército, salió hace días de la sitiada capital de España en misión muy especial, inverosímil en tiempos de guerra: trasladar a Murcia, en el sureste del país, el arca de cedro y los *sefarim* de la sinagoga de Madrid. Tras un largo y peligroso viaje, la familia Strounza, comprometida en la custodia de los objetos sagrados, se instaló en casa de un notable sefardí llamado Antonio Segura, en la pequeña localidad de

Espinardo. «Esta emisora —añade la emocionada voz— se ha puesto en contacto, a través de un periodista de *La Verdad*, afín a la causa republicana, con la familia Strounza y con Antonio Segura, que han comentado: “Los *sefarim* pertenecen a Sefarad y a los sefardíes y permanecerán en España hasta que llegue la paz y la tolerancia”».

7

Alemania es una gigantesca hoguera. Millones de cristales rotos sangran las calles de sus ciudades. La estrella de David, en amarillo, prende en las solapas de los judíos. Han sido marcados por los matarifes nazis. Hacia los campos de concentración parten las primera oleadas de prisioneros. En la Noche de los Cristales Rotos, Isaac duerme en la casa de su amigo Efraín Pereira, en Bayona. Los vientos huracanados de una galerna del Cantábrico le impiden, esa noche, regresar a Pau. Al día siguiente, rinde visita a la sinagoga, reza en silencio y escucha los cánticos del *jazán.*

Muy cerca de allí, en el barrio bayonés del Saint-Esprit, Mikaela Keshales también tiene miedo esa noche. Ha estado a punto de ir en busca de Isaac, de salir a la calle y enfrentarse a los vientos. Sabe dónde encontrarlo y quiere ofrecerle acomodo en su casa. Pero no lo hace. Tampoco Isaac se atreve a ir en su busca y declinar la invitación de Efraín.

Finalmente, se ven en la sinagoga al día siguiente.

Apenas ha amainado el viento. Ella se sienta en uno de los bancos reservados a las mujeres y carraspea varias veces. Isaac presiente enseguida su presencia. Gira la cabeza y la saluda.

Son dos amantes imposibles.

Lo supieron el día en que ella lo invitó a cenar en el sabbat. Mikaela había comprado una botella de vino. Él la descorchó y llenó las copas con forma de cálices. Luego bendijo el pan con la oración de *Ha Motzí*: «Alabado seas Dios nuestro, soberano del universo, que produjiste el pan de la tierra». Cuando terminó, le ofreció un pedazo de pan y comieron. Isaac pronunció el *Kidush* para santificar el vino y llenó las copas. Cenaron albóndigas rebozadas con jugo de limón y pescado. Apenas hablaron. Ella le dijo: «Puedes quedarte si quieres». Él pasó la noche en una pequeña habitación contigua a la de Mikaela. Cerró la puerta. Ella la dejó entornada. Se desnudó y esperó, palpitando, la aparición de aquel hombre bueno que tanto la había ayudado. Al día siguiente, cuando despertó, Isaac se había marchado. Había dejado una nota sobre la mesa del comedor: «Tal vez algún día».

Mikaela llora amargamente.

Desde la buhardilla en la que vive, en el bulevar Alsace, se divisa la corriente del L'Adour deslizándose lentamente hacia la costa atlántica, y el puente del Saint-Esprit, que ella cruza cuatro días a la semana para ir al trabajo, y hasta el tejado rojo de la casa en la que se ubica la boutique de productos cosméticos, propiedad de *monsieur* Matelon, en la que ha sido contratada gracias a la mediación de Efraín Pereira, aconsejado por Isaac Carasso. Matelon, presionado por

Pereira, a instancias de su amigo Carasso, accedió a alquilarle un pequeño apartamento abuhardillado de su propiedad en el Alsace. También Isaac abonó al propietario del hotel Bleu Cygne, de Pau, los pagos atrasados de dos meses. Y le dio dinero para comprarse un vestido con el que acudir a trabajar el primer día:

—Nunca podré encontrar palabras para agradecerte. Solo puedo compensarte con mi amor.

Es un amor empañado por sombras del pasado. Isaac Carasso cree haber manchado su alma por el ardiente deseo de poseerla, no satisfecho, y también porque al mismo tiempo piensa que «tal vez algún día», si cumpliera con ese deseo, entregándose a ella, podría limpiar su alma. Si llegara ese día, si supiera que llegaría, se mortifica en la soledad de las noches, correría a estrecharla entre sus brazos. Es una mujer hermosa, y él desconoce, a sus años, cómo solventar las contradicciones del amor sin profanarlo.

Se esforzará en vivir de espaldas al recuerdo de Mikaela. Cuando se deja caer por Bayona, resistirá la tentación de ir a visitarla en la boutique en la que trabaja. Sabe por Efraín que las cosas le van bien en el trabajo, es lo que le dice a él *monsieur* Matelon. A veces la ve en la sinagoga e intercambia con ella el saludo ritual: *«Shalom»,* e inclina la cabeza. Pero por las noches se rendirá a evocar su gesto, su alegría: es la nueva luz en el poblado de sus nostalgias.

Le preocupa su estado de salud. De un tiempo a esta parte, todo cuanto sucede a su alrededor impacta en su conciencia, como la estela de aquel planeta divisado hace tantos años en Salónica cuya imagen quedó reflejada para siempre en el pequeño mundo de las sensaciones que perduran. Francine le ha recomendado que vaya al médico, pero él no cree que sea nada importante. «Se hace mayor», pese a creer que está siempre en los sesenta *y tantos.* La soledad es enfermiza, tanto como el saber que todo el mundo de alrededor sufre como él.

En uno de sus viajes de regreso a Pau, se desvía unos kilómetros para acercarse al pueblecito de Gurs. Le coge de paso. En la comunidad de Bayona le han sugerido que se interese por unas extrañas edificaciones que el gobierno francés ha mandado construir en las afueras, en un terreno calizo y abandonado, un pastizal en desuso. Efraín Pereira le comenta: «Dicen que pronto será un campo de concentración para refugiados». A Isaac no le extraña en absoluto. La agonía de la guerra civil se advierte cada día en los rostros famélicos de los refugiados vascos que cruzan la frontera. Hace unas semanas llegó al puerto un barco cargado con milicianos republicanos de Santander. Los españoles que huyen de Cataluña, País Vasco, Cantabria y Navarra y los judíos europeos que llegan del norte se cruzan en los caminos del sur de Francia, que parece haberse convertido en el destino común de los infortunados de la tierra. Es el mes de febrero de 1939.

A primeras horas de la tarde le resulta fácil localizar el cerro donde trabajan media docena de albañiles y carpinteros al mando de un bronco capataz al que solo le falta el látigo para parecerse a un tratante de esclavos. Lo primero que piensa es que quienes levantan las paredes de los caserones son refugiados españoles, tal vez, también, algún judío de las brigadas internacionales.

Efectivamente, Gurs es un cerro alargado en el que aún rumian algunas vacas. Largo y estrecho. Se ha picado el terreno para abrir una calle sin final. A ambos lados, se delimitan parcelas, se alzan los primeros esqueletos de las edificaciones. Entre las calles también se levantan largas y puntiagudas estacas, que parecen estar preparadas para algo siniestro. Se

acerca. El capataz le llama la atención: «¡Lárguese!». Antes de hacerlo repara en otros detalles: las paredes son de madera, lo que le induce a pensar que lo que se construye son barracones. A unos cincuenta metros de donde se encuentra, un par de hombres refuerzan con martillos y clavos que muerden con sus dientes una especie de plataforma elevada algo más de dos metros sobre el nivel del suelo. Mientras lo hacen, un hombre provisto de sierra abre agujeros en la parte superior. Uno le ha salido redondo, perfecto, y se ufana de ello ante sus dos compañeros. Pero lo que más le sorprende es que, momentos antes de entrar en su coche para reemprender la marcha, llega una furgoneta gris, parece del ejército. Tres hombres sacan de su interior una especie de tina gigantesca y alargada que transportan hasta situarla debajo de la plataforma.

Desde eso momento, Isaac Carasso tendrá un motivo más para sufrir. Por la noche, le encantaría tener a su lado a Mikaela para contarle lo que piensa y dejarse acariciar. «Seguro que sus dedos y labios me llegan al corazón», llega a decirse en plena vigilia.

Al cabo de unos días, vuelve a Gurs.

No cabe duda de que se trata de un campo de concentración. Acude al ayuntamiento de la ciudad, y un guardia le informa con desgana:

—Es un albergue para refugiados españoles.

—¿Un albergue?

—Eso es, *monsieur*, un albergue.

Se acerca otra vez al cañizal. Al menos dos de las parcelas están terminadas. Cada una cuenta con treinta barracones, de entre veinte y treinta metros cuadrados. Son de madera, definitivamente. Y en el centro de cada parcela, la plataforma de agujeros, con la tinaja debajo, la letrina.

Informa de cuanto ha visto a sus amigos de la comunidad judía de Bayona. Y él recibe otra información. Se prepara una recepción masiva de refugiados españoles, en su mayoría vascos y navarros. Una noche aparca el coche a unos doscientos metros de distancia de los barracones. Se sorprende de que no haya vigilancia. Mejor. Provisto de una linterna, cruza el cerco de alambre y franquea una de las puertas: una fina capa de brea cubre el techo de madera del barracón. No hay ventanas. Sobre el suelo, sacos de paja.

Daladier los llama *extranjeros indeseables*. Ante la avalancha de carne humana y miseria que se le viene encima, el primer ministro francés decide cerrar la frontera. Los franceses claman en las calles y en los titulares de prensa: «¡Es una vergüenza para Francia!». El mundo piensa lo mismo. Pero calla. Callará muchos años. Cuando se abre la frontera, empiezan a llegar los camiones.

Son *internados administrativos*.

Sin eufemismos: «Individuos peligrosos para el orden público y la seguridad nacional», lee Isaac Carasso en una circular que llega a sus manos y se distribuye en Le Vernet.

Los Pirineos son una inmensa trampa de piedra. Al sur, están las bayonetas de Franco. Al norte, el desprecio y la humillación de los soldados franceses. Tratan a los republicanos como a bestias. Llegan de Bram, Le Vernet, Septfonds, Rivesaltes. Francia reconoce al régimen del

Generalísimo el 25 de febrero. Unos días antes de que el Caudillo anuncie el final de la guerra. Pero la otra guerra no ha acabado para medio millón de españoles encerrados entre desfiladeros y barrancas, entre gigantescas paredes de piedra cortadas a pico, en jaulas de espinos. En Argelés-sur-Mer se hacinan como cerdos en un matadero. Extraen agua salada de hoyos cavados en la arena de la playa. Defecan de pie. Es la imagen de la barbarie que antecede a la que se avecina.

Isaac Carasso se despierta sobresaltado por la noche. No sabe qué hacer. Acude al consulado en Pau. Está cerrado. Al ayuntamiento, también al de Billère. Desea reclamar ayudas urgentes. Familias de acogida. Alimentos. Reúne a sus amigos de Bayona. «Algo hay que hacer». Una de esas tardes acude a la sinagoga y reza ante el *hejal*. A la salida, le aguarda Mikaela. ¿Cómo te has enterado? Me lo dijo Efraín. Se abrazan. Él llora desconsolado, apoyando la cabeza en el hombro de la mujer, que acaricia dulcemente su espalda. Desea estar con ella. «Quiero abrirte mi corazón atormentado». Cruzan el puente de Saint-Esprit. Caminan hasta donde él aparcó el coche. Él la besa en las mejillas. No sabe hacerlo de otra forma. Ha quedado esa noche con unos sefardíes de Pau, en la alameda del poeta Mallarmé. «¿Estás bien?», pregunta ella. «Mañana, si te parece». Mañana dejará de existir el tal vez…

Hace diecinueve días que Franco ha emitido el parte de su victoria. El 19 de abril, a las ocho de la mañana, Simón se extraña de que Isaac Carasso no lo reciba en Villa Esteban, como es habitual en él, para darle los buenos días. Una hora más tarde, abre la puerta de la cocina que da al jardín y vocea su nombre. Está inquieto. Nadie contesta. Lentamente, sube por la escalera que lo conduce al primer piso. Vuelve a llamarlo por su nombre. Toca a una de las puertas. No sabe cuál es la de su dormitorio. La primera de las habitaciones está vacía. Al abrir la segunda, observa que alguien duerme en la cama. ¿Don Isaac?, pregunta. Se alarma. Da unos pasos en dirección a la cama. ¿Se encuentra bien?, insiste. Nadie responde. Isaac Carasso duerme con la cabeza ladeada hacia Oriente. Simón endereza el cuerpo. No se atreve a tocar la frente, ni los ojos sellados por la muerte.

8

También Daniel Carasso se ahoga entre los muros de cemento en el cementerio de Bayona, a merced de un destino cruel e implacable, ante la tumba de su padre. Quería habérselo llevado a París, pero no pudo: su muerte fue tan precipitada, tan inesperada… Le habría gustado enterrarlo en el cementerio del Père-Lachaise. Junto a algún poeta maldito. Junto al inventor de la nostalgia. También pensó en trasladar su cadáver a Barcelona. Él deseaba, es lo que había pensado siempre, descansar en su tierra. Imposible hacerlo: la frontera estaba cerrada y las heridas de la guerra permanecían abiertas, sangrantes. Sabía de sus buenas relaciones con los sefardíes de Bayona. Se lo había dicho el alcalde de Billère, Pierre Laplante. Tuvo lo cordialidad de llamarlo y de expresarle sus más «sentidas condolencias en nombre propio y de la localidad que su padre había elegido para vivir». Luego dijo:

—Fue un vecino ejemplar.

Monsieur Laplante le había llamado por la mañana, unas horas después de que Simón Justin, *le garde champêtre*, le informara del descubrimiento del cuerpo sin vida. Él mismo había firmado el certificado de su muerte. Es el único testigo. Todas las evidencias apuntaban a un fulminante paro cardiaco, añadió. «Una muerte súbita».

Daniel emprendió viaje enseguida, acompañado por sus hermanas. Estrella deseaba estar junto a su hijo. Fue la primera en preparar el equipaje. Se le pudo convencer para que desistiera. No derramó una lágrima. El viaje era largo y lo iban a hacer sin detenerse. Esta vez condujo un chófer de la empresa.

No llegó a tiempo del *tahara*, el lavado de purificación antes del entierro. Un hombre llamado Efraín Pereira le telefoneó minutos antes de abandonar París para decirle que él se había tomado la libertad de llamar al rabino de Bayona y a una funeraria.

—Su padre me había dicho en alguna ocasión, medio bromeando, que Bayona era un buen sitio para morir.

Efraín se desplazó a Pau y acompañó al *shomer* que custodió el ataúd la primera noche. A Daniel le tranquilizó hablar con Efraín. Le agradeció cuanto había hecho por su padre. Él no podía improvisar sobre la marcha, y lo lamentaba, «siento las molestias».

—Todo ha sido ya dispuesto —le confirmó Efraín.

Después de lavado, el cuerpo sin vida fue envuelto en un sudario blanco, «como a mamá». No, Daniel no podía lamentarse de que todo se hiciera de manera tan precipitada. Conocía la costumbre de enterrar a los muertos cuanto antes. Al llegar a Angulema, a mitad del viaje, Daniel

volvió a hablar por teléfono, desde la recepción de un hotel, con Efraín. El amigo de su padre le dijo que había elegido un ataúd muy simple de pino claro, limpio, sin clavos, de tablas estrechas y con agujeros en la base para que el cuerpo esté en contacto con la tierra.

—Sí, como cuando mamá —volvió a recordar, esta vez en voz alta.

Él y sus hermanas llegaron a Pau justo en el momento en que el coche fúnebre y otros dos más se ponían en marcha en dirección a Bayona. Efraín había ordenado a la comitiva que diera un pequeño rodeo para pasar por el bulevar de los Pirineos. A Isaac Carasso le gustaba observar desde allí el Midi d'Ossau, con el manto níveo cubriendo su cumbre. Las veces que se habían visto en Pau, él buscaba la ocasión para llevarlo ante aquel horizonte inalcanzable y sublime: el pico más alto de la muralla que lo separaba de España.

El paisaje del cementerio es detestable. Inmenso y desolado. El lugar más triste del planeta. Lleno de tumbas grises a ras de suelo, apretadas, sin resquicio alguno en la tierra para otro color, ni para un respiro, la mayoría de ellas erosionadas por el tiempo y el olvido, anónimas, alineadas como en un ejército de soldados uniformados por la muerte. Él lanzó las primeras tres palas de tierra sobre el ataúd. Luego lo hicieron Juana y Flor. Daniel le ofreció la pala a Efraín. Y a Simón, que rehusó. Frente al hombre empequeñecido por la pena, confundida entre un grupo de mujeres, Mikaela solloza en silencio. A Daniel le sorprende que su padre tenga tantos amigos en Pau y Bayona. Que tantos judíos supieran de él y lo tuvieran por «un hombre honrado y justo». Así lo califica el rabino, al final de la ceremonia, después de rezar la oración: «Dios lleno de compasión…».

Mikaela es la última en dejar una piedra sobre la tumba gris. La última en abandonar el cementerio. Nadie repara en ella.

La llamada

El instante se deshace en secuencias vertiginosas y aterradoras, como los movimientos acelerados de aquellos personajes del cinematógrafo en Salónica persiguiéndose a sí mismos, agarrándose del cuello, ahogándose, mientras él y su padre, uno junto al otro, se desternillan de risa, agarrados a los brazos de las butacas para no salir despedidos por el incontenible chorro de las carcajadas. Su padre y él. Uno solo.

—¿Señor Carasso? —La voz desconocida de un hombre. Aquel día. No lo recuerda. Hacia media mañana.

Llamada desde Pau.

—*Monsieur* Carasso.

Sus hermanas abrazadas a su cuello.

—*Monsieur* Carasso*?* Nina…

—*M'entendez-vous?*

Llame usted a Nina.

Su secretaria asustada, con las manos en la boca. ¡Qué horror, *monsieur*! *Son père est mort.*

¿Quién es usted? El vacío. Las dudas. Las maletas. La corbata negra. Nina, ¿dónde está Nina? Su abuela Estrella: aparece, lo besa en la mejilla y se retira a su habitación. Nina acude. Llora.

Monnom, monsieur… ¿Cómo ha dicho que se llama? Nina lo besa. La corbata negra, no te olvides. Se abraza a él. *Mon père.*

Se agarra tan fuerte a los brazos de la butaca que se hace sangre en la mano de tanto apretar la estatuilla de la dinastía Tang… *Comment avez-vous dit votre nom?*

—¡Señor!

—¿Quién es usted?

—¡Soy María, don Daniel! María López…

—¿Cómo me ha dicho que se llama?

—Despierte, don Daniel. Se ha hecho daño en la mano. Está sangrando…

—Creía que estaba en el cine, con mi papá…

—¡Suelte!

—Era el final de la película… El niño huérfano…

9

Hay que salvar al bacilo búlgaro, gravemente herido en la guerra fratricida en España y expuesto en Francia al odio visceral de los nazis. El bacilo búlgaro, fuente de vida, que ha fermentado en España y en Francia. El bacilo búlgaro que Isaac se trajo de Salónica encerrado en su maleta de cuero de vaca con punteras reforzadas… Las cosas andan mal, muy mal.

Veamos.

Con el temor a la represión metido en el cuerpo, Jacques Levi ha huido de Barcelona. Desea regresar a París para unirse con su familia. Siente abandonar los mandos de la empresa. Ha podido llamar a Madrid y hablar con Juan Marquet.

Marquet controla la empresa en Madrid y puede echar una mano, pero no sabe si se lo permitirán. Todo es muy confuso. Él puede controlar la situación en Madrid. Pero no puede garantizar que pueda hacer lo mismo en Barcelona. La policía, el ejército, se oculta en todas las sombras de Cataluña. La Gestapo husmea todos los rastros y presenta listas de judíos y sospechosos colaboracionistas a las milicias vencedoras, a los falangistas.

A Jacques Levi no le convencen los argumentos de Marquet. Tal vez maquina algo, llega a pensar unas horas antes de escapar del incendio que se apaga para acudir a otro que empieza a propagarse. La suerte le sonríe. Habla un perfecto francés y los gendarmes fronterizos no le ponen trabas cuando cruza la frontera por Le Perthus. Pese a formar parte de las columnas de hambrientos y humillados fugitivos, evita los campos de concentración franceses y hacinarse en el infierno de condenados en Argelès-sur-Mer. Muestra a los gendarmes la documentación que guarda en el bolsillo de su chaqueta: reside en París, trabaja con su cuñado en la empresa Danone. Se salva. Pero ¿y el bacilo búlgaro de España?

Tras enterrar a su padre, Daniel Carasso reflexiona encerrado en su despacho. Su hermana Flor lo visita, alarmada. Le ha telefoneado Jacques. Está en camino. Ha tenido dificultades. La empresa española se enfrenta al riesgo de desaparecer, le ha dicho con voz angustiada. Hay que aplicar soluciones audaces, aunque impera, cómo no, el miedo, no sea que por exigir les ocurra lo que a varios comisionados de judíos catalanes que, nada más terminar la guerra, acudieron al Gobierno Civil de Barcelona para solicitar permiso y abrir la sinagoga clausurada durante la guerra; el gobernador civil les dio con la puerta en las narices después de esperar tres horas en la antesala del despacho. Los continuos desaires obligan a aguardar la llegada de tiempos mejores.

El compás de angustia lo rompe una llamada telefónica de Juan Marquet a París. Le ha manifestado a José Covo su intención de hacerse con el control absoluto de la empresa, pagando

el precio justo que se acuerde. El primogénito de los Carasso se niega en redondo. A partir de ese momento, recela del papel que pueda desempeñar Marquet. Planea la sombra de la traición. Nunca se ha fiado de él. Covo es de la misma opinión. Daniel Carasso está dispuesto a viajar a Barcelona y entrevistarse con quien haga falta. Pero sus manos y pies están esposados: ha sido declarado prófugo por el ejército al que no se incorporó cuando fue llamado a filas. Si cruzara la frontera, lo apresarían. «Es un desertor». Marquet juega con esa ventaja.

En el hogar de los Levi en París se convoca un cónclave familiar. Daniel expone la grave situación «a la que todos nos enfrentamos». La resume: «Tras la muerte de papá, Danone España se ha quedado huérfana de repente, en manos de un oportunista que quiere sacar tajada».

Juana y Flor delegan voz y voto en sus maridos.

Es evidente que Jacques Levi no puede en esos momentos regresar a España. Está fichado como *rojo*. Tampoco Daniel. Al margen de los problemas con la justicia militar española, lo reclama su empresa en Francia. Más que nunca ahora, ante la amenaza de guerra con Alemania. Mario Botton sí está dispuesto a asumir el riesgo, pero su prudencia le aconseja buscar el respaldo de garantías jurídicas que le permitan regresar a España sin problemas. Además, tendría que echar el cierre a su negocio de venta de café torrefacto, que le funciona muy bien. Pero no le importa regresar a España con su familia y afrontar la desesperada situación de Danone. Tampoco le preocupa la propuesta de Marquet. El socio de su suegro, dice, solo busca dinero, y tarde o temprano se alcanzará un acuerdo con él. «Con dinero, naturalmente». La familia dispone de medios suficientes para superar esa contrariedad inesperada.

La voz de José Covo se eleva sobre las demás.

Es el hombre fuerte del clan en los momentos cruciales. Siempre lo ha sido. Pronto se convertirá en suegro de Daniel. Con asombrosa lucidez advierte: el problema más grave al que se enfrenta la familia no es la continuidad de las empresas Danone, sino la «seguridad personal de todos nosotros». Los nazis les persiguen, «nos persiguen a todos», y Francia no garantiza su protección, «la protección de todos, de nuestros hijos y nietos». Todos saben que hace tiempo ha decidido instalarse como bróker en Estados Unidos. Porque desea hacerlo, porque tiene buenos contactos en América y porque quiere salvarse. ¡Salvar mi vida!

«También deseo salvar la vuestra».

Nina lo mira enternecida. Jacques Levi asiente con la cabeza. Existe, además, otro problema, dice. Nadie se ha acreditado ante las leyes españolas como heredero de la empresa Danone en Barcelona y Madrid. Si Juan Marquet ha manifestado su deseo de comprar, es porque sabe que este es el mejor momento para hacerlo a precio de saldo. Con todos los herederos de Isaac Carasso en Francia, bloqueados por su condición de judíos y por el miedo a la Gestapo y a los falangistas con ganas de saldar cuentas, nunca encontrará una ocasión más propicia para hacerse con una empresa cuyos herederos la han abandonado, *así es*, a su maldita suerte. Es la cruel realidad.

—No hay otra. —Todos han enmudecido—.

Salvarnos —masculla Daniel Carasso, como si repitiera la palabra clave de una conjura.

Las miradas vuelven a fijarse en el rostro enjuto y grave de José Covo, en cuyos ojos reluce una imprecisa mezcla de autocomplacencia y aplomo, la misma que transmite en sus palabras:

—Hay que buscar a un hombre bueno. Un albacea dispuesto a hacer cumplir la última voluntad de Isaac Carasso, a legitimar a sus herederos y a custodiar sus bienes en tiempos sin esperanza. Algo más que un albacea… Un hombre bueno.

—Difícil tarea, Pepo —dice Mario Botton.

—Tengo a ese hombre.

Se calla. Mueve la cabeza varias veces, de arriba abajo. Sonríe con una pizca de burlona superioridad. Su rostro se afila un poco más. De perfil, es como Buster Keaton antes de ponerse ante una cámara.

—Y es de confianza, por lo que veo —tercia Daniel Carasso.

—Absolutamente. Es abogado. Respaldado por un gran prestigio profesional. Pertenece a una familia de la alta burguesía. Catalán. De Figueras. No es judío. Lo conozco de haber colaborado conmigo en varios asuntos financieros. Os aseguro que es hombre íntegro. Se llama Luis Portabella.

«Y respecto a nuestra seguridad», agrega Covo tras un largo silencio. Le han hablado de alguien dispuesto a cumplir a rajatabla las leyes que amparan la protección de los ciudadanos españoles. De todos los ciudadanos españoles en situación de riesgo para su seguridad en el extranjero. Sin distinción de credos y razas. Se trata de un hombre inflexible y recto. Una rara avis de diplomático escrupuloso y de buen corazón: el cónsul general de España en París. Puede acceder a él a través del corresponsal de un banco español en París. Un banquero de Santander que, por esas extrañas curiosidades que depara la vida, fue a la misma escuela de Bernardo. De don Bernardo Rolland de Miota. Se ha olvidado de decir del nombre. Un diplomático de carrera. «¿Os acordáis del cónsul de España en Salónica? Y tras la pregunta, que nadie contesta: «Algo así».

10

Bernardo Rolland de Miota actúa de espaldas al embajador de España en París, José Félix de Lequerica, y del propio ministro de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Suñer. Pocos se explican que con enemigos tan poderosos pueda haber llevado a cabo una misión que muchos años después será reconocida por el Estado de Israel para distinguirlo como «Justo entre las Naciones». El detectivesco fantasma de la historia conoce muy bien su tenaz lucha en solitario. La explicación de plantar cara a las más altas jerarquías diplomáticas del régimen es que Rolland de Miota es una especie de juez metido a diplomático, o quizá un diplomático con madera de juez. Un hombre extremadamente culto con un conocimiento profundo del enrevesado entramado de la nueva legalidad. Al término de la guerra civil española, las leyes nadan entre dos aguas revueltas, y don Bernardo sabe que la única manera de tender puentes entre las dos orillas es escuchar la voz de su conciencia. Hace lo que tiene que hacer y está convencido de que la labor más importante de un diplomático español, acreditado en París desde unas semanas antes de que estalle el conflicto más sangriento de la historia de la humanidad, es ayudar a sus compatriotas sefardíes a salir del infierno que se ha convertido la capital de Francia; salvar sus vidas, defender su inmunidad como ciudadanos de una nación neutral, «aunque no sabe por cuánto tiempo», y evitar que sean despojados de sus bienes.

Muy pronto, José Félix de Lequerica, elegido a dedo por Franco, el embajador más germanófilo del régimen, el más fascista por tanto, pone en conocimiento de su superior, el ministro Serrano Súñer, cuñado de Franco, amigo personal de su colega alemán Joachim von Ribbentrop, las sospechosas actividades a favor de los judíos que viene realizando en la sombra el cónsul general en París. Que se sepa, Rolland ha intervenido directamente, en decenas de casos, en la concesión de salvoconductos especiales y para evitar varios casos de confiscación de bienes pertenecientes a judíos sefardíes españoles.

Lo llaman al orden.

Primero, lo hace Lequerica, que lo amenaza con destituirlo. Y luego Serrano Suñer, a quien debe telefonear a su despacho del palacio de Santa Cruz para darle explicaciones.

Rolland sabe que corre el riesgo de que le abran un expediente disciplinario, pero no tiene miedo. Es un diplomático de carrera. Serrano Suñer está realmente enfadado con él, enfurecido. Le ha llamado el mismísimo Von Ribbentrop para quejarse abiertamente. Las relaciones del gobierno del Caudillo con el Tercer Reich son extremadamente cordiales. Don Ramón está furioso:

—No podemos permitirnos que determinadas actitudes sentimentales de nuestro cuerpo diplomático enturbien esas relaciones fraternas…

Bernardo Rolland es un hombre disciplinado, prudente, muy cortés:

—Estoy de acuerdo, señor.

Su asentimiento relaja el tono de voz del ministro:

—Ya sabemos cómo son estas cosas. Si le piden algún favor, dé largas; diga que sí y luego sálgase por la tangente, usted me entiende.

—Absolutamente, ministro.

—Lo único que le pido, Miota, es que sea usted prudente, que no nos comprometa ante los alemanes.

—Solo pretendo defender los intereses de los españoles, ministro.

—Todos sabemos que son judíos, Miota.

—Españoles, ministro.

—Que yo sepa, el decreto de expulsión todavía no ha sido abolido. Ni la república se atrevió a derogarlo. Es cierto que el Generalísimo aborda este asunto con alguna ambigüedad. Yo mismo se la he echado en cara en alguna ocasión. Todos sabemos que algún banquero de esa ascendencia racial estuvo al lado de nuestra Cruzada de Liberación. Pero no es menos cierto que nunca, Miota, fíjese bien lo que le digo, nunca, nos hemos manifestado en contra de la política que siguen nuestros aliados alemanes sobre la cuestión judía. ¿Me entiende lo que quiero decirle?

—Creo que sí, ministro.

—No me sea usted sentimental, Miota.

—No creo que actúe como tal, ministro. Si me lo permite, le diré algo…

—Dígame.

—¡Cumplo la ley, señor!

—No me venga usted ahora con sandeces, Miota. ¿De qué ley me habla?

—Del decreto promulgado el 20 de noviembre de 1924 por iniciativa de don Miguel Primo de Rivera. Como usted bien sabe, don Miguel era el padre de José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española. No es un texto que implique equívocos políticos acerca de su naturaleza, ministro. Ese decreto concede la nacionalidad española a protegidos de origen español. A individuos pertenecientes a familias españolas, arraigadas en el amor a nuestro país.

—No conozco ese decreto. ¿Está en vigor?

—Absolutamente, ministro. El incumplimiento de esa norma puede suscitar antipatías en países que han reconocido al gobierno del Caudillo. Le hablo como diplomático, y perdone mi atrevimiento: el respeto a un país guarda relación directa con el ejercicio de hacer cumplir sus leyes, especialmente las relacionadas con las que atañen a los derechos elementales de sus ciudadanos.

—Ya sabe lo que le he dicho, Miota; sea usted prudente y no nos joda más…

—Cumpliré con mi deber, ministro, en aquellos casos que, en conciencia, deba actuar.

—Usted sabrá a lo que se expone. De momento, le digo que Lequerica se la tiene jurada. A él le presionan mucho más que a mí. Desde París y desde Vichy. Y lo entiendo. Tiene a los alemanes más cerca. Y a los franceses. No se olvide de los franceses, que son iguales o peor que los alemanes.

—Algunos franceses.

—Usted me entiende.

Unos días antes de tener esta conversación telefónica con el palacio de Santa Cruz, Bernardo Rolland se reunía con Daniel Carasso y José Covo en una discreta cafetería de la Rue Durantin, en Montmartre. Francia había declarado la guerra a Alemania y se libraban combates encarnizados en la frontera con Bélgica. Covo le había puesto en antecedentes de la dramática situación de algunos miembros de la familia Carasso. En primer lugar, por los inconvenientes surgidos para que Jacques Levi, su mujer y sus hijos regresaran a España. De igual manera, Mario Botton y Juana, con su hijo Mauricio. Su caso personal era el menos acuciante de todos, puesto que había decidido abandonar Francia y viajar a Nueva York. Covo creía que no tendría inconvenientes para salir del país, siempre y cuando lo hiciera antes de que se rompiera el frente del norte. Pero, sin duda, el más comprometido de todos era el de Daniel Carasso, amenazado de un lado, como todos los demás miembros de la familia, por la inminente entrada de las tropas alemanas en París, lo que pocos ponen en duda, y del otro por las propias autoridades españolas. Daniel corre el riesgo de ser detenido al no haberse incorporado a filas. Los asuntos personales y familiares se complican aún más cuando se incluye en el análisis general de la situación la suerte que pueden correr dos empresas hermanas fundadas por la familia en España y en Francia. Las empresas Danone, las primeras que han industrializado el yogur con arreglo a los antiguos métodos aplicados por los búlgaros. Un producto puro y singular, tal vez único en el mundo…

—No sé si lo conoce…

—Por supuesto. Danone. Desconocía su origen español.

—El padre de Daniel abrió la primera fábrica en Barcelona. Hace ahora veinte años.

—Veinte años ya —murmura Daniel.

—Yo le ayudé en los comienzos. Luego, Isaac ayudó a su hijo Daniel, cuando este se instaló en París.

—Admirable.

—Son empresas modernas que han hecho mucho bien a España y a Francia. Ahora están en riesgo de desaparecer.

Es Daniel Carasso quien explica a «don Bernardo», así le llamará la familia a partir de ese momento, el plan que han previsto seguir. José Covo ha contactado con un conocido abogado de Barcelona dispuesto a aclarar algunas cuestiones pendientes relacionadas con la herencia familiar. La circunstancia de que Isaac Carasso falleciera en una localidad del sur de Francia complica aún más las cosas. El abogado, Luis Portabella —«¿Lo conoce?», el cónsul niega con la cabeza—, asumiría inicialmente la presidencia de la nueva sociedad por constituir, en la que figurarían como socios todos los miembros de la familia que ahora no pueden desplazarse a España. Portabella, amigo de José Covo, está en disposición de hacer cuanto esté en su mano. No le asustan las dificultades. Habría que entrevistarse con él, y cuanto antes. Danone lleva varios meses sin funcionar en España. Las obligaciones de pago a proveedores y a trabajadores que se han mantenido fieles a la empresa se llevan a cabo desde España. Las atiende Daniel Carasso…

—No sé cuánto tiempo podremos resistir así.

—Comprendo.

—Mis hermanas han delegado en mí para que me entreviste con Portabella —dice Daniel —. Sería el primer paso. El resto de la familia viajaría días después a Barcelona para hacerse

cargo de la empresa y reiniciar las actividades. Pero yo, como le contó antes José Covo, no sé si se me permitiría cruzar la frontera. Tengo pasaporte español. Pero el ejército me podría detener… Y si aguardo en Francia, corro el riesgo de que los nazis me apresen. Antes que a los demás, diría. Soy un empresario significado en París y vendrían enseguida a por mí…

—Es lo más probable.

—Creo que entiende usted la tesitura en la que nos encontramos.

—Una pregunta: ¿figuran sus nombres en la lista de los judíos? Las del *statut des juifs*… Están por todas partes…

—Creo que sí —dice Covo.

—Tal vez los niños no lo estén —duda Daniel Carasso.

—A los nazis no les importa, si los niños viven con sus padres.

Lequerica se interesa desde hace días por conocer a fondo la historia que le ha filtrado torticeramente un funcionario apellidado Sigüenza sobre el sefardí Carasso, «a quien pretende ayudar Rolland de Miota». José Félix de Lequerica es el hurón de Franco en París: en los últimos meses se dedica a *cazar rojos*. También el zorro del régimen: desde la embajada, a poco más de cien metros del Arco del Triunfo, olisquea las aguas turbias del Sena. Guarda las apariencias. Ante los alemanes y ante el gobierno del mariscal Petain en Vichy es un embajador, lo que se dice, impecable. Ante el resto, un hombre ruin y perverso. Pronto le impondrá Pétain la Legión de Honor. Los alemanes lo condecorarán con la Cruz de Hierro. El sibilino e invisible detective de la historia sonríe: fue un idealista en su juventud. Maurista. Monárquico.

El informe que le han entregado sobre Daniel Carasso es concluyente. Un gran hombre de empresa y con dinero. Increíble historia la de su familia. Todos viven en París. Se recoge en él una referencia sobre las buenas relaciones que mantuvo su padre, Isaac, con el cónsul español cuando Salónica estaba bajo dominio turco. Y luego, la historia de Danone. «¡Y los franceses creyendo que ese yogur es francés!». Es evidente que Daniel Carasso Muzafia requiere la ayuda de Miota porque la necesita para cruzar la frontera. No se incorporó a filas cuando se le requirió para que lo hiciera. Es un prófugo. Una buena pieza para los de la Gestapo. Un gran mérito en su hoja de servicios. Llama al despacho de Rolland y le pregunta por el telefonillo interno:

—El tal Carasso, ¿está en la lista del estatuto de judíos?

—Tengo entendido que sí, Lequerica.

—Y lo tiene usted localizado, supongo.

—En el despacho de su empresa.

—Convendría informar a la Gestapo de esa circunstancia, ¿no lo cree?

—En España no hay estatuto de judíos, Lequerica.

—¡No importa! ¡Es un estatuto del Führer!

—¡Me niego a delatar la presencia de un español en un listado que no existe en mi país! Le recuerdo, señor embajador, que mis competencias se limitan a cumplir el decreto ley sancionado por el padre del fundador de Falange.

11

Hace días que Bernardo Rolland de Miota ha iniciado los trámites, vía Ministerio de Asuntos Exteriores, para conceder salvoconductos a todos los miembros de la familia Carasso, niños incluidos. Está previsto que reciban los documentos en cuestión de días. ¿Semanas? Tal vez alguno se retrase más de la cuenta. «Ya sabemos cómo funcionan estas cosas en España», advierte el diplomático.

El caso de Daniel Carasso es especial. Debe entrevistarse con el abogado Portabella cuanto antes y no puede esperar. «Don Bernardo» está dispuesto a hacerle el favor de acompañarle hasta la misma frontera y franquear, juntos, los controles policiales. Le impone una condición: solo podrá permanecer en España hasta un máximo de cuarenta y ocho horas. Daniel acepta.

Viajan en un coche oficial de la embajada, con la banderita roja y amarilla ondeando en un pequeño mástil metálico sobre el capó. Cruzan los pasos fronterizos sin problemas. Rolland tiene que acreditar su condición de cónsul general en la aduana española.

—De este señor respondo yo; interviene en la misión diplomática que se nos ha encomendado —dice al agente.

Cruzan la frontera por Puigcerdá. A poco más de cien metros de la línea divisoria entre los dos países, el cónsul y Daniel Carasso saludan a Luis Portabella, que aguarda junto a un Citroen 7CV, idéntico al que había alquilado Isaac Carasso en Pau.

—Hasta dentro de cuarenta y ocho horas —se despide el cónsul.

Por su parte, Carasso y Portabella emprenden camino hasta Figueras.

En una casa solariega del abogado, en las afueras de la ciudad ampurdanesa, conversan muchas horas, sin apenas dormir, comiendo lo justo para recobrar fuerzas y seguir hablando. A la mañana siguiente, les visita un notario, Antonio José del Páramo, amigo de Portabella. El abogado ha trabajado minuciosamente para tener todos los papeles en regla, incluido el documento que le otorga a él plenos poderes y otro privado que suscriben entre ambos en presencia del notario. También le presenta los documentos que acreditan a Daniel y a sus hermanas, Juana y Flor, como legítimos y únicos herederos de los bienes de su padre, entre ellos la empresa de Danone-España. Por su compromiso de apoyo, convencidos de su lealtad, los Carasso aceptan que forme parte del accionariado de la sociedad cuyas actividades reiniciará tan pronto como le sea posible. Portabella dispondrá de un doce por ciento del accionariado y es nombrado presidente.

Tres horas antes de agotarse el plazo, Daniel Carasso y Luis Portabella rubrican con un abrazo, frente al paso fronterizo y los guardias civiles que los observan con gesto severo, el documento tal vez más importante: el de su inquebrantable amistad. Gracias a él, la empresa

nunca morirá. Cuando Daniel Carasso se dirige a pie hacia el paso fronterizo sabe que no se ha equivocado.

Junto a la garita del jefe de aduanas aguarda el coche oficial de la embajada. Rolland y Carasso emprenden enseguida el viaje de regreso a París.

Es el 20 de diciembre de 1939.

Justo un mes antes, Daniel Carasso y Nina Covo han contraído matrimonio en la sinagoga de la Rue Pavée. Es un día gris que amenaza lluvia. La bruma se cuadricula, apelmazada, en las esquinas de las buhardillas. Lejos, en el Sacré-Coeur, las palomas no vuelan. No tañen las campanas de París. ¿Está prohibido? Lo parece. Por las calles de la ciudad se requisan caballos para el ejército. Los franceses no tienen muchos cañones, pero sí caballos. Las herraduras de los percherones golpean el asfalto. Algunos barrios parecen un campo de hípica.

La ceremonia es íntima, austera. Pasa inadvertida en el triste barrio de Marais. Quienes asisten a ella caminan a primera hora de la mañana hacia la sinagoga, de uno en uno para no levantar sospechas, con las kipás dobladas en los bolsillos. Los recién casados no tendrán luna de miel. Permanecerán ocultos en un apartamento próximo al que habitan Mario y Juana en la Rue Jean Moréas. Por la noche, se reúnen en casa de Flor y de Jacques, en el bulevar Berthiers. José Covo está radiante. Las cosas están saliendo como él ha pensado y su hija Nina sonríe feliz. Mas la tragedia rezuma en todos los ambientes.

Dos semanas después, Mario Botton, Juana Carasso y el pequeño Mauricio reciben sus salvoconductos. Pueden escapar. Pueden viajar a España. Se retrasan los de Jacques y Flor… Daniel Carasso tiene un mal presentimiento.

No ha hecho más que empezar y la guerra parece perdida para Francia. Si Francia pierde la guerra, también pierde Danone la suya. Los Carasso lo saben. También José Covo. Sus colegas americanos le insisten: «Estás en la lista de la Gestapo». A primeros de 1940, embarca en un trasatlántico en Le Havre. Faltan cuatro meses para que cuarenta mil alemanes de la Wehrmacht tomen la ciudad. Antes de partir, abrirá una línea de financiación entre París y Nueva York a través de la Banca Rothschild. Teme que los suyos, su hija Nina entre ellos, se enfrenten a situaciones insalvables. Sabe también que Daniel Carasso ha tenido que afrontar numerosos gastos tras la muerte de su padre en Bayona, aparte del fondo de provisiones económicas habilitado en Barcelona para evitar el derrumbe de Danone España, y del que habilita para atender la necesidades de su empresa en París, que sufre la economía de guerra en el país.

Antes de partir, Pepo se reúne con Daniel y su hija Nina. Les ruega, les insiste hasta desgañitarse, que lo acompañen. Emplea todos los argumentos que tiene a mano. Daniel tendrá nuevas oportunidades de negocio. Conoce a gente importante. Estarán a salvo, libres de la angustia que toca cada día a las puertas del despacho y de su casa. Mario podrá regresar a España y se pondrá manos a la obra para reflotar la empresa… Es suficiente. Ha tenido en mano el teléfono para llamar a la agencia de viajes que expide los pasajes. No lo ha hecho.

—No puedo abandonar a mi empresa —le dice su yerno.

Daniel aún tiene esperanza de que las cosas cambien. Además, debe aguardar a los salvoconductos de Jacques, Flor y los niños. Quizá esa sea la verdadera razón de que se niegue a acompañar a su suegro. No estará tranquilo hasta saber qué van a hacer, si se trasladan a Barcelona, como él espera, o a otro lugar. Desde luego, nunca quedarse en Francia. Él es el primogénito. Es el hermano. No puede dejar sola a Flor.

Ahora le toca salvar al Grupo Danone francés. Ha ideado un plan como el de España. La inminente entrada de los alemanes en París le urge a hacerlo. «Nuestras maletas están hechas», le ha dicho a su suegro en presencia de Nina, que se muestra en todo momento dispuesta a estar al lado de su marido, «pase lo que pase».

—¿Qué plan es ese del que hablas?

—Creo que tengo a mi Portabella francés.

A Covo le hace gracia. Se alegra de que lo del abogado catalán haya salido bien.

Hace meses que Daniel aborda cómo salvar Danone-Francia, en los mismos términos, el mismo modelo que en España, con Norbert Lafont, un amigo íntimo y de máxima confianza con el que ha trabajado desde hace tiempo. No es judío y eso disminuye considerablemente los riesgos. Ha llegado a un principio de acuerdo. Norbert está dispuesto a dirigir la empresa durante los años en que él permanezca en el exilio, si finalmente decide hacerlo. Con Norbert Lafont firma ante notario documentos en los que le delega poderes plenos. Durante el proceso de negociación se enciende, sin embargo, una alarma que a punto está de dar al traste con el compromiso final. Lafont no impone condiciones, pero advierte a Daniel: la lucha por la supervivencia de Danone, condicionada por la guerra, será diferente en cada uno de los países, Francia y España; ello implicará que cada parte tenga que escoger el camino que más convenga a sus intereses.

—Existe, Daniel, el riesgo de que el tronco común se escinda. —Lafont le habla desde el corazón—. Lo siento de veras, pero las cosas son como son.

Daniel Carasso prefiere la división del grupo a que este desaparezca. No es lo que su padre habría querido, se lamenta. Es lo que debe hacer.

—Tiempo habrá para intentar que los cuerpos separados vuelvan a fundirse —dice.

Acaban de empezar las redadas contra judíos en París.

A mediados de octubre, Daniel Carasso recibe en su despacho una llamada del cónsul general. Mientras le habla, observa los salvoconductos que acaba de recibir por valija diplomática. El de Nina no ofrece inconveniente alguno, no así el suyo, en el que advierte, tras leer su contenido, que puede acarrearle problemas.

—Alguien —dice Rolland de Miota— ha metido perversamente su mano en el documento con ánimo de hacerte daño a ti, y de paso a mí. No puede ser otra más que la del embajador Lequerica. Deduzco que le han informado de tu condición de prófugo. Lo siento de veras, Daniel. Te han concedido un salvoconducto temporal. Solo para tres meses de estancia en el país. De manera que podrás atender durante ese periodo de tiempo «aspectos concernientes», te leo, «a la puesta en marcha de su empresa en Barcelona y Madrid». Sic. Vencido ese plazo que tan generosamente te conceden, tendrás que abandonar España, salvo que, y vuelvo a leer, «decida

usted poner su caso de deslealtad con el ejército español en manos de los tribunales militares de justicia». ¿Qué te parece? Atajo de fascistas…

El cónsul no cree que el asunto revista la importancia que entre líneas se le quiere dar. La amenaza de ajustar cuentas con la justicia, al tiempo que se concede permiso para que uno se pasee tranquilamente por el país, es una contradicción sin sentido. «Pero no hay que fiarse de los militares…».

Daniel Carasso le hace caso. Pero ¿y si se da una vuelta por España? Corre el mes de octubre de 1940. Tiene un documento oficial en el bolsillo y su pasaporte español. Lo consulta con Nina. A ella le encantaría visitar Barcelona. Y el Museo del Prado en Madrid. Hace tiempo que Daniel no habla con Luis Portabella. Lo llama por teléfono. Su nuevo socio lo anima. Si hubiera algún inconveniente, él lo resolvería. Así que Nina y él suben a un tren en la estación de Austerlitz que se detiene en Bayona. Aprovechan y visitan la tumba de Isaac Carasso. Una hora más tarde, cogen otro tren hasta Hendaya, y desde esta estación el Rápido hasta Madrid. Visitan el Museo del Prado. Llegan a Barcelona a mediados de octubre y se hospedan en la finca de Luis en el Ampurdán. Daniel disfruta con su socio. La empresa en España endereza su rumbo. Un día deciden visitar las instalaciones de la calle Córcega, que han sido remozadas. Daniel se queda impresionado. No sabía que su padre hubiera incorporado maquinaria nueva. Por la noche, los dos socios deciden cenar juntos en el Ritz. Desde que terminó la Guerra Civil, el carismático hotel ha recuperado el esplendor de antaño. En sus habitaciones se hospedan durante el invierno setenta familias pertenecientes a la aristocracia catalana que han visto peligrar sus haciendas y palacetes, muchos de ellos colectivizados durante la contienda, y ahora aguardan a que sus maltratados inmuebles sean rehabilitados por equipos de diseñadores llegados de Francia. Luis Portabella conoce al director del hotel. Reserva mesa.

Los dos amigos prolongan la sobremesa un par de horas. Cuando se levantan, Portabella advierte que un hombre vestido con la casaca color blanco hueso de la falange le sale al encuentro en el pasillo. Lo conoce. Se lo presentaron hace un par de meses. Es el gobernador civil. Se ha levantado de una mesa redonda a la que se sientan media docena de militares, todos ellos alemanes, con sus uniformes negros relucientes. Portabella hace un esfuerzo para mantener la calma. Junto a él, Daniel Carasso apenas puede resistir la tentación de aligerar el paso y abandonar el local.

—¡Amigo Portabella! —saluda el gobernador.

—Señor gobernador, me alegro de verle —contesta el abogado.

El gobernador observa a Daniel. Una inspección de compromiso. No identifica al sujeto, con aspecto de funcionario. Lo que a él le interesa es presumir, ante los comensales con los que ha tenido el honor de compartir mesa y mantel, de la amistad que le une a uno de los abogados más ilustres de la ciudad.

Es entonces cuando Luis Portabella repara en el rostro de mirada indefinible de Heinrich Himmler, sentado junto al gobernador, que gira la cabeza hacia el sefardí. Los comensales ocupan una mesa redonda, con centro de flores, entre dos columnas dóricas de mármol jaspeado verde, bajo una gran lámpara de araña.

Daniel Carasso ya había reconocido a Himmler. Se adelanta unos metros buscando la salida. Aguarda en la puerta a su amigo, mirando disimuladamente a la calle. Llueve. Se resguarda bajo la marquesina. Dos agentes de las SS camuflados de paisano vigilan los accesos al hotel. En la

acera de enfrente, en la misma calle Lauria, patrullan varios guardias civiles, naranjeros al hombro. Sus capas verdes empapadas de agua, igual que los sombreros de los agentes, desde cuyas viseras cuelgan goterones de agua. Daniel no sabe qué hacer. Finalmente, entra de nuevo en el vestíbulo y observa a su amigo Luis, que no logra eludir la *trampa* que le tiende el empalagoso gobernador.

—¿Le presento?

—¡Oh, no! —contesta Luis Portabella—. No se moleste, señor gobernador. Tenemos un poco de prisa. Mi amigo, también abogado, teme perder su tren a Madrid.

—En otra ocasión, pues.

—Por supuesto. *Auf Wiedersehen, meine Herren!*

Heinrich Himmler, que ocupa las habitaciones 206 y 207 del Ritz, le sonríe con sus ojos pequeños, llenos del vidrioso resplandor de un Marqués de Murriana cosecha de 1934.

—*Ausgezeichnete Rioja!* —saluda beodamente el Reichsführer de las SS.

Luis Portabella coge a su amigo del brazo, en dirección a la calle donde ha aparcado el coche. Después de cien metros, se decide a hablar:

—Siento el mal trago que hayas podido pasar.

—No importa, Luis.

—Quién me lo iba a decir…

—¿Qué está haciendo en Barcelona ese asesino?

—Creo que estuvo esta mañana en Montserrat. Está convencido de que en algún lugar del monasterio se oculta el Santo Grial.

—¿En serio?

—Es lo que he oído decir.

—Increíble…

—En realidad, ha pasado varios días en Madrid preparando la visita de Hitler. Dicen que el Führer y Franco abordarán muy pronto la entrada de España en la guerra.

Esa misma noche, Daniel Carasso despeja todas sus dudas. Regresa al día siguiente a Francia dispuesto a emprender viaje a Estados Unidos. Las maletas están hechas…

En abril de 1941 Daniel Carasso abandona Francia en compañía de Nina. Tiene sus papeles en regla. París ha sido ocupada por la Wehrmarcht. Sus calles empiezan a poblarse de judíos con estrellas de David amarillas pegadas en sus chaquetas. Se despide de sus hermanas. Juana y Mario, que han recibido los salvoconductos, tienen la intención de desplazarse cuanto antes a Barcelona.

Con los tanques alemanes pisándoles los talones, la familia Botton logra llegar hasta Vichy en un taxi que conduce un joven de la resistencia frencesa. Los salvoconductos del cónsul de España les abren el camino. Luego, todo resulta más fácil. Luis Portabella encuentra en Mario Botton al colaborador eficaz que necesita. Le sorprende su instinto empresarial, su capacidad de emprendedor. El abogado de Figueras cuenta con él para poner en marcha un plan que lleva entre manos: Danone-España renacerá de sus cenizas. Ambos acometen con entusiasmo el nuevo proyecto.

12

Por esos días llega al domicilio de los Levi una carta lacrada de España, remitida por «El Ministerio de Asuntos Exteriores de España. Palacio de Santa Cruz». Flor Carasso la abre nerviosamente con sus dedos. En su interior están los documentos que esperaba. Los salvoconductos de sus hijos, Enrique y Juan, y el de ella. En una escueta nota, aparte, lee en español que la solicitud de salvoconducto para su marido, Jacques Levi, ha sido denegada por motivos políticos. No se dan más explicaciones. Flor llama enseguida a su hermano, a punto de emprender viaje, y Daniel lo hace, a continuación, a la embajada.

—Desearía hablar con el cónsul general, señor Rolland. Es urgente.

Don Bernardo está al corriente de lo sucedido.

—Me ha sabido tan mal, que ni me he atrevido a llamaros. —Preveía el desenlace—. He hecho todo lo que pude.

—Lo sé, querido amigo.

Jacques Levi se ha significado demasiado por su activismo político de izquierdas durante su pasada estancia en Barcelona, comenta el cónsul.

—Quién sabe las razones verdaderas —apostilla. Había colaborado con los rojos. Parece confirmarse que les ha suministrado yogures—. No hay nada que hacer, Daniel, lo siento.

Daniel Carasso es informado. Una gran contrariedad, «insalvable, por lo que veo», le comenta a su amigo don Bernardo. «Así es». Con los alemanes a las puertas de París, hay que tomar una urgente determinación. Daniel ofrece a Jacques Levi la oportunidad de acompañarle a Nueva York, con toda la familia, naturalmente. Lo que no pueden hacer es permanecer un minuto más en Francia. Pero todos sus esfuerzos, argumentos y llamadas al sentido común caen en saco roto. Jacques está empeñado en quedarse en París. Los ojos de Daniel buscan a los de su hermana Flor, que llora, recogiendo en sus faldas a sus hijos, que no entienden cuanto ocurre. «¿No vamos a España, mamá?». Ella no se separará, «nunca, Daniel», de su marido. ¿Y los niños? «Están a salvo, no te preocupes», dice Jacques. Se abraza a él un largo rato cuando se despiden. «¿Queréis que se vengan conmigo?». Flor no consiente separarse de ellos. Al fondo del pasillo, la abuela Estrella lo observa desde el fondo de su amargo silencio.

Esa doble imagen, la de su hermana Flor abrazada a su cuello, junto a la premonición de que el destino depara a su hermana algo cruel y salvaje, y la mirada suplicante de Estrella se embarcan

con él y Nina en el trasatlántico español *Marqués de Comillas*, fondeado en Vigo. Aunque viajan en primera, van con lo justo. Daniel Carasso apenas tiene dinero. Su suegro le ha hecho una transferencia antes de partir. El *Marqués de Comillas* es un barco moderno, enorme, y Daniel y Nina aprovecharán el viaje para disfrutar como nunca lo han hecho hasta ahora de sus cuerpos en un camarote situado en la primera planta del buque. Disfrutan y olvidan. Interponiéndose entre ellos, la imagen de Flor. Marchitada en su suburbio de París. Los días de amor y de entrega palian solo en parte los recuerdos que Daniel deja atrás, agigantados cada día que pasa por la nostalgia de los suyos, de su casa, de la lejana Salónica, de la memoria de su padre, de las empresas que ha abandonado en Barcelona y Madrid, de su abuela Estrella, de Juana, Mauricio y Mario, pero, sobre todo, de Flor y de sus hijos. El pensamiento de que no ha hecho todo lo que debía para arrancarlos de la amenaza de la muerte, le seguirá como una sombra imprevisible y perturbadora hasta el final de sus días. Tiene muchos años por delante para sentir el peso sobre la espalda de lo que considera una traición a los de su sangre… Así lo reconocerá siempre.

La travesía dura tres semanas. Su destino final es Nueva York, pero los trámites aduaneros que se inician cuando el buque llega a La Habana destapan un problema con el que no contaban: las autoridades americanas les ponen trabas insuperables para entrar en Estados Unidos por su condición de españoles. España, pese a su neutralidad, es considerado un país alineado con las potencias del Eje. Un país inexcusablemente fascista, y enemigo, por tanto, de América. Hasta el nuevo embajador español en Washington, José Félix de Lequerica, ha sufrido ese tipo de inconveniencias. Un artículo titulado «Heil, Lequerica», del *New York Times*, ha tenido un efecto fulminante en la Secretaría de Estado del gobierno americano: no le han permitido la entrada en el país.

Daniel y Nina tendrán que permanecer cinco meses en La Habana, pendientes de que las autoridades americanas les concedan el visado de entrada a Estados Unidos. Muy pronto sabrán que en La Habana funciona la Casa Nacional Judía, con un censo de tres mil judíos, entre ellos muchos sefardíes, pequeños comerciantes y empresarios. De Europa han empezado a llegar judíos belgas y holandeses, algunos de origen sefardí. Conocen a la familia Mendes, oriundos de Portugal, que han instalado en la capital cubana una pequeña empresa familiar dedicada a tallar diamantes. Desde España le llegan noticias alentadoras: las desavenencias surgidas con Juan Marquet, a raíz de sus pretensiones de comprar la empresa aprovechando el vacío legal tras la muerte de Isaac Carasso, han sido resueltas por un tribunal de arbitraje español. La empresa española se ha escindido en dos entidades, delimitadas geográficamente. La de Madrid, con su radio de influencia sobre el norte del país, seguirá en manos de Juan Marquet. La familia Carasso mantendrá su dominio sobre Barcelona, la zona sur y las Baleares. Las cosas parecen claras en principio. Pero no todos están conformes con la decisión del tribunal. El tesón, la inteligencia y un plan estratégico concebido para hacerse con la totalidad de la compañía a corto plazo, darán un giro a la situación. Portabella y Botton conciben una nueva matriz de la empresa, con sede en Barcelona: Compañía Comercial de Ganadería e Industrias Lácteas S. A. Es el mismo *taller* creado por Daniel Carasso veintidós años atrás, pero con un accionariado diferente: Daniel Carasso, sus hermanas Juana y Flor y Luis Portabella, que mantiene la presidencia. Lo pactado en Figueras. Juana y Flor delegarán sus competencias en sus maridos. Todos aportan una

inyección de capital que permitirá ampliar la fábrica en la calle Córcega de Barcelona. Mario Botton retoma el mando de producción de la renacida empresa. Su familia ocupa una espaciosa casa en la elegante calle Bori i Fontestà. Desde uno de los balcones, el pequeño Mauricio ve los árboles del parque Turó, al que baja de vez en cuando con su madre a merendar.

En poco tiempo, los Carasso estarán en disposición de adquirir en su totalidad la división norte, a punto de colapsar, y se harán con el control total de la empresa. Los herederos de Juan Marquet no se opondrán a la compra. La reconquista definitiva de la perseguida unidad de mercado de la marca en España se conseguirá con la constitución de Madrileña de Productos Alimenticios S. A., con sede en la capital de España, y de Danone Balear S. A, en Mallorca.

Daniel Carasso cuenta a su mujer todos estos pormenores recostado en la cama de la habitación que ocupa el matrimonio en el hotel Barranquilla de La Habana. Finales de octubre de 1941. No se acostumbra al calor pegajoso de la ciudad. Acaba de tener una larga conversación con su suegro. Lástima que no pueda hablar con Portabella. Hace ocho horas que aguarda la conferencia telefónica con Barcelona. No sabe nada de su familia. Alemania acaba de invadir la Unión Soviética. Nina ha comprado un periódico y lee en voz alta a su marido las últimas noticias. Su voz se difunde endulzada por el olor de las gardenias sobre el aire en penumbra de la habitación, con el ventilador sembrando la estancia de minúsculas partículas no identificables. En esas están cuando desde la recepción del hotel les avisan de una nueva llamada, pero otra vez desde Miami. José Covo le dice a su hija que esa misma tarde les envía los visados que les permitirán entrar en Estados Unidos.

Días después, cruzan el Caribe en una embarcación amenazada por el viento que despierta un huracán distante que «pasará de largo», les tranquiliza el capitán de la nave, con pinta de lobo de mar imaginado por Salgari. Se desplazarán a Nueva York en tren, a tiempo de escuchar por radio el discurso que Franklin Delano Roosevelt dirige por radio a la nación americana el 7 de diciembre solicitando al Congreso la declaración de guerra a Japón.

Están aterrorizados.

Escuchan la voz enérgica del presidente en el apartamento de José Covo en el Bronx. Todas las emisoras de radio emiten el trascendental discurso. Y lo repetirán cada cierto tiempo. Durante varios días. Pasan unos minutos de las cuatro de la tarde. Daniel y Nina se recuperan del largo y penoso viaje. «El día de hoy es una fecha que pervivirá en la infamia», dice Roosevelt. Es Nina quien traduce. Daniel solo chapurrea el inglés. ¿Y qué hace él en Nueva York? Lo único que le gusta de la ciudad son los coches. Le encanta un Buick que ha visto expuesto en una tienda, muy cerca. Hasta en eso se le parece a su padre. Él también era un apasionado de los coches. Un Buick «tan grande como uno de esos acorazados hundidos por los japoneses en Pearl Harbour». Él, conduciendo por la Quinta Avenida. Piensa, gozosamente, en su padre: «Quién pudiera vivir en el mundo de sus sueños». Y escucha otra vez: «… una fecha que pervivirá en la infamia…».

José Covo lo observa. Hace tiempo que debía haberle dicho algo. No se ha atrevido, todavía, a contarle las últimas tragedias…

El año más triste comienza el día en que muere Estrella Nehama, la mujer que daba vueltas, incansable, al olivo de la calle Ancha de Salónica. Enero de 1942. La nieve se embosca en los alientos de los soldados que patrullan a toda hora las calles de París. Estrella despierta esa noche

muerta. La ha matado la angustia de la que nunca se dolió, la tristeza enrollada en su ancestral cofia sefardí. Jacques Levi y Flor trasladan sus restos al cementerio judío de Bayona. Flor quiere que descanse junto a su hijo. Transportan su cuerpo en un ataúd menudo que meten en un furgón de los que distribuyen los yogures Danone. En el cementerio, hacen un hueco en la tierra junto a la tumba de Isaac. Nunca estuvieron tan juntos como en el espacio de esa desolación que humedece la brisa del Atlántico.

A primeros de abril de 1942 José Covo invita a comer a su yerno a un pequeño restaurante de Madison Avenue, cerca del Empire State Building. Está interesado en presentarle a un buen amigo, el doctor Herman Baruch, de origen judío. Mientras caminan, Covo informa a su yerno: el doctor Baruch es uno de los hombres más influyentes en la vida pública americana; amigo personal del presidente Roosevelt; destacado miembro del Partido Demócrata y socio de un banco de inversiones en cuyo consejo de administración figuran varios de sus hermanos, entre ellos Bernard, asesor de asuntos económicos de la Casa Blanca. El asombrado Daniel mira a su suegro de abajo arriba. Covo está en posesión de un secreto: su amigo el doctor será nombrado pronto embajador de Estados Unidos en Portugal. A Daniel Carasso le resulta fácil adivinar las razones de la estrecha relación de su suegro con el ilustre personaje. La actividad profesional de José Covo, convertido en uno de los más influyentes brókers de Wall Street, está en gran medida vinculada a los negocios financieros de los hermanos Baruch. «Trabajo para su departamento de *brokerage*», le confiesa.

Herman Baruch acaba de cumplir setenta años. Irradia un aire tranquilo y saludable. Es un hombre delgado, algo más bajo que Daniel. Pese al buen tiempo, se anuda al cuello una bufanda de lana bajo la cual luce una enorme pajarita. Nada más sentarse a la mesa, inspira hondo, estira los brazos, junta las manos sobre el mantel y dirige sus ojos azules, escondidos en su cara redonda y sonrosada, hacia el rostro de Daniel Carasso, expectante: «A ver lo que nos dice este joven sobre el maravilloso yogur que fabrican sus empresas en Europa…».

Daniel Carasso ya no es tan joven. Va camino de cumplir treinta y ocho años y dista mucho de parecerlo: la calvicie ha arrasado su frente e invadido irremisiblemente el occipital. «Como médico, me interesa sobremanera conocer sus propiedades curativas», precisa el doctor, a quien su amigo Covo ha puesto al corriente del yogur Danone. Pausadamente, Daniel Carasso le cuenta la historia de su padre; sus viajes a Bulgaria; su convicción de que el producto que elaboraba en el *laboratorio* del Carrer dels Àngels alargaba la vida. «Era un gran soñador», dice. Recuerda las lecciones magistrales que impartió a los médicos de Barcelona acerca de las excelencias del yogur; su muerte súbita en Francia… Deja para el final la experiencia empresarial en París, ya en solitario, subraya con interés; la heroicidad que supuso abrir la pequeña fábrica de Andrè-Messager y la posterior construcción de la de Levallois-Perret. Predispuesto de antemano por Covo e impresionado por el relato, el doctor Baruch le ofrece sin pensar su desinteresada ayuda: «Ya va siendo hora de que los médicos ayudemos a implantar en este país hábitos saludables de alimentación. ¿No le parece, amigo Daniel?». Covo le sonríe desde el palco de su complicidad.

Unas semanas después se constituye en Nueva York la empresa Dannon Milk Products. El doctor Baruch y José Covo aportan la mayoría del capital y se hacen con el cincuenta por ciento del accionariado. Daniel Carasso suscribe la otra mitad como socio industrial al aportar la propiedad de la marca, el *know-how* y el fondo de comercio de la empresa, y es nombrado presidente. Así es como Baruch y Covo rescatan a Daniel de una pesadilla real que lo ha estado atormentando en los últimos meses…

Todo empezó semanas después de llegar a Nueva York.

Camina por una calle del Bronx. Hace frío. Ha nevado la noche anterior. La nieve no ha llegado a cuajar. Deja atrás la Avenida Morris. Lee un anuncio que cuelga de una de las ventanas de un local cerrado: *Yoghourt business for sale.* Le llama la atención. Se detiene ante el cartel, hipnotizado por la palabra, «yogur», que lee por primera vez en Estados Unidos tras la larga evasión iniciada en París. Se entera por unos vecinos de que el local pertenece a una pareja de ancianos griegos. «Están a punto de arruinarse», le dicen. Él solo tiene oídos para escuchar el eco de esa palabra, «yogur». En uno de los cristales aparece rotulado en azul el nombre del local: Oxigala. Son los vecinos quienes le dicen que en griego quiere decir *leche agria*. ¡Como el *jaurt* búlgaro!

Daniel se entrevista con el propietario de Oxigala: le hace más de sesenta años. Es un hombre deforme, de cara angulosa, la cintura de un bombo de orquesta. Todas las trazas de un enfermo de diabetes. El negocio, dice el griego, va bien. Vende diariamente un promedio de ciento cincuenta tarros que distribuye en cafeterías y pequeñas tiendas de comestibles en su mayoría propiedad de inmigrantes griegos. No está mal para empezar, piensa Daniel. El suelo está en condiciones deplorables; levantado, seguramente a causa de un escape de agua; los cristales mugrientos; las paredes, ennegrecidas, desconchadas. Tiene un pequeño mostrador con repisa de mármol cuarteado en las esquinas. Y lo que es peor: todo el instrumental que se emplea para la producción es de aluminio. El peor material para obtener un yogur de calidad. La superficie resulta escasa, unos ochenta metros cuadrados: suficiente para empezar. «Más adelante, ya se verá». Carasso cree que está ante la oportunidad de montar su primer negocio en Nueva York. Logra llegar a un acuerdo económico con el griego, cuyo nombre nunca ha sido capaz de pronunciar… Termina llamándole Alexis. Cree haber entendido que se llama así. En unas semanas y con la ayuda económica de su suegro, logra cambiar la cara del siniestro establecimiento. Los principios son duros. Los americanos apenas tienen interés por un producto exótico que, encima, sabe a rancio. Pero él confía en su imaginación, en su capacidad de gestión, en su esfuerzo personal, en la calidad de *su* producto, y cree que el rechazo a causa del sabor agrio puede resolverlo mezclando el yogur con mermelada, como hizo con los Dany en París. La decepción más cruel se le aparece semanas después: dos agentes del departamento de sanidad de Nueva York, con gabardinas de botonadura cruzada y sombreros de ala corta, se personan en el establecimiento y reclaman al nuevo propietario el importe de los controles sanitarios que los tenderos griegos no han pagado en los dos últimos años. Cansada de reclamar la deuda, la administración ha decidido revocar la licencia de apertura del local y decretar su cierre inmediato. Por primera vez en su vida, Daniel Carasso se siente atrapado por la vergüenza. Humillado, apenas puede articular un par de frases para confesar ante los agentes, tan perplejos como él, que ha sido estafado. El griego al que él llama Alexis ha desaparecido sin dejar rastro.

Las cosas empiezan a cambiar con la nueva sociedad. El doctor Baruch media para resolver el conflicto con la administración neoyorquina y sugiere el alquiler de un local en el Upper East Side. Desde su nuevo despacho, Daniel Carasso retrocede en el tiempo: busca las claves de su éxito en París y concluye que un mercado hostil como el americano solo puede conquistarse con la llave maestra de una buena campaña de publicidad. Dispone de recursos. Tiene las ideas claras. Necesita un logo rompedor, un mensaje atractivo y evocador. Consulta a sus socios. Herman Baruch cree conocer al hombre capaz de romper «el maleficio de la leche agria». Se llama Raymond Loewy, es francés y se ha hecho famoso en el país por diseñar la cajetilla de los cigarrillos Lucky Strike. Raymond no está muy convencido de hallar la fórmula adecuada para el yogur Danone, pero, presionado por el poderoso doctor y político, acepta el reto. Es un hombre listo, perspicaz, astuto. Conoce los gustos de los consumidores americanos. No le gusta el nombre del producto. «Y si a él no le gusta el nombre de Danone, tampoco a los americanos». Suena demasiado blando, «a francés», arguye. ¿Cómo no va a saberlo él si es francés? Así que se le ocurre acentuar la «a», suprimir la «e» y duplicar la «n» para dar fuerza a la palabra. «¡Americanizar el nombre!», exclama. El resultado es Dannon, pronunciado Dánnon. Es el primer cambio. Falta complementarlo con la idea originaria que concibió Isaac Carasso en Lausana y Barcelona, la del producto medicinal y saludable. La suerte, el dinero y los amigos vuelven a echarle una mano a Daniel. Loewy le habla de un tal Max Clemecy, redactor del satírico y mordaz *New Yorker*. Un periodista de agudo ingenio y dotado con un fino sentido del humor. Sus columnas la leen miles de personas. Mucho más los adinerados vecinos del Upper East Side. Max se entrevista con Daniel Carasso y escribe a renglón seguido un artículo en el que dice que acaba de hacer su aparición por las calles de Manhattan un hombre mitad francés mitad español, apellidado Carasso, también italiano, pues, es decir, alguien que puede presumir de ser español, francés e italiano al mismo tiempo, que fabrica un producto especial, único en el mundo, una mezcla explosiva que cura todos los males del ser humano…, ¡menos la calvicie! Su artículo es una detonación…

Falta resolver el tercer problema, el del sabor agrio. El más difícil, sin duda, pero también el que está más al alcance de la mano de Daniel, que decide recuperar aquel invento que trajo de cabeza a los exigentes controladores franceses que velaban por la esencia de los alimentos. A Dany, el yogur afrutado, le llega la hora de triunfar en Nueva York. A Carasso le asalta nuevamente el viejo remordimiento: Dany es una traición a los orígenes más puros del *jaurt*, pero es el mercado el que lo exige: «¡El mercado manda!», le recuerda Loewy. De manera que es en Nueva York, a punto de expirar la primavera de 1942, donde esa traición se consuma adquiriendo la forma del envase con fondo de mermelada de fresa. A los americanos les hace gracia ese yogur bicolor, blanco y rojo, los colores predominantes de su bandera, y lo más importante: les gusta la mezcla de dos sabores tan contrapuestos y a la vez complementarios. Las ventas se disparan. El éxito es de tal magnitud que los socios se ven obligados a poner al frente de las finanzas de la empresa a un experto contable: Joe Metzger, judío emparentado con aquellos Metzger llegados a Barcelona en tiempos de revueltas sociales que presidieron la primera comunidad hebrea española. «Oí hablar mucho de su padre…».

Daniel Carasso no puede librarse de la nostalgia que le produce escuchar en boca de aquel hombre de barba canosa la cálida referencia al soñador que le contaba historias de dioses tracios.

De manera que lo que parecía una claudicación, una derrota, el final de aquellos sueños iniciados en Barcelona y París, truncados por el odio y el afán exterminador, se convierte en el preludio de nuevos negocios, de nuevas victorias.

Daniel Carasso recibe casi a diario cartas de España y de Francia. Norbert Lafont y Luis Portabella le ponen al corriente de sus batallas incruentas para mantener a flote sus empresas. Lo están consiguiendo. Lo conseguirán. También se cartea con su hermana Juana, que desconoce el paradero de Flor, y con su marido, su muy querido primo Mario Botton Carasso. Mario sigue encerrado en su bruma de clandestinidad. Desde esa sombra, tejida con tanto tacto como desconfianza, sigue siendo el cerebro gris, el robot incansable y vigilante que bombea la sangre de la empresa. El miedo, fiel aliado de la prudencia, le ha aconsejado mantenerse al margen de la vida social en Barcelona. Hasta ha matriculado a su hijo en el Liceo Francés. Mauricio llegará a hacer la primera comunión. «Es el miedo, Daniel», se justificará Mario. Le duele que su único hijo esté recibiendo una educación laica, cristiana, francesa. «Es lo mejor para él; no sé, Daniel, si algún día lo entenderá».

Daniel sigue sin saber nada de su hermana Flor, de su cuñado Jacques Levi y de sus hijos. Por la noche, a solas con Nina, expresa en voz alta un sentimiento liberador: «Lo he perdonado; el Señor sabe que lo he perdonado». «Viven», responde Nina. Será por esos días cuando José Covo le diga que su abuela Estrella ha muerto: «La enterraron junto a tu padre, en Bayona».

Avanza el mes de julio de 1942. A las páginas de los periódicos neoyorquinos se asoma la nueva tragedia de Salónica. Tras la conquista de la ciudad, las tropas alemanas han saqueado el barrio judío. Lo han transformado en un gueto: cuerpos hambrientos y exhaustos se desploman en sus calles. A los sefardíes les han sido expropiados sus bienes. Las sinagogas, miles de manuscritos, códices y rollos de la Torá. La Jerusalén sefardí ya no existe. En la plaza de la Libertad, la misma a la que su padre lo condujo de niño para cantar *La Marsellesa* en ladino, han sido maltratados nueve mil judíos bajo un inclemente sol, ajusticiados a culatazos de los *boches*, por el hambre y el cansancio. A la ciudad llegan trenes con vagones para transportar ganado. Los interminables convoyes bloquean el tráfico ferroviario en la estación de Salónica. Los nazis preparan una masiva deportación de sefardíes a sus campos de exterminio en Polonia. Nina observa los labios trémulos de su marido leyendo el periódico. «No sigas», le dice. Es la primera vez que lo ve llorar. «Pobre abuela Estrella; qué pena la suya de haber vivido en esta crueldad. Y pobre Flor, cuánta angustia por mantener vivos a sus hijos».

14

Los franceses han bautizado la redada con el nombre de «Viento Primaveral». Es primavera, desde luego. Finales de junio de 1942. Adolf Eichmann ha dado instrucciones precisas a sus capitanes Brunner, Dannecker y Rothke. Los mandos policiales franceses se cuadran cuando reciben las órdenes. De palabra y por escrito. No escuchar, hablar lo mínimo. No emplear palabras inútiles. Despreciar. Actuar con rapidez. No hacer comentarios. Ir al grano. Nueve mil policías franceses se prestan a cumplirlas.

Ciegamente. Fervorosamente.

Es la redada del Velódromo de Invierno. La llaman «Vel d'hiver».

Así se entienden mejor.

En un principio, los policías franceses que intervienen hacen saber que los niños pueden ser una molestia. Los alemanes reprenden a sus aliados. Un poco de humanidad. Es suficiente con que a los niños se les separe de los padres. Los mandos de «Viento Primaveral» han elaborado una lista de los judíos que deben ser apresados y conducidos a comisarías para su identificación, y luego al velódromo. En esa lista figuran doce nombres con el mismo apellido: Levi. De ellos, cuatro están domiciliados en el bulevar Berthier. Dos gendarmes franceses, apuntando con mosquetones a la mirilla, tocan a la puerta. Les abre Jacques Levi.

Los meten en un camión. Cincuenta personas. Muy apretadas. Los sueltan en una comisaría. Pasan por un pasillo de policías. Muy cerca del velódromo. Los judíos apresados forman una larga fila ante un mostrador. Les atiende un sargento. Jacques cree que es un sargento. No reconoce el uniforme. Medio alemán, medio francés.

Jacques Levi le habla cuando le llega el turno.

Recoge entre sus brazos a su mujer, Flor, llorosa, y a sus hijos. Henri, a la derecha. El pequeño Jean, pegado a la falda de su madre.

—¿Habría alguna posibilidad de dejar en libertad a los niños? —pregunta, con sorprendente serenidad, Jacques.

El gendarme no le hace caso. Le muestra unos papeles que debe firmar. Él y todos los miembros de su familia. ¿Su familia? Jacques asiente.

—¿Habría alguna posibilidad de salvar a los niños? —vuelve a preguntar. Esta vez añade, al final—: Por favor.

Jacques hace un movimiento instintivo con las manos. Se desembaraza de su mujer y de sus hijos. Se mete la mano en los bolsillos de la chaqueta. El policía está pendiente de lo que hace. No le da tiempo a reaccionar cuando, sobre el mostrador, hay varios montoncitos de dinero, cada

uno de ellos liado con gomas en forma de cruces, muy apretadas. Probablemente nunca haya visto tanto dinero en su vida.

Jacques sigue metiéndose la mano en los bolsillos, ahora en los del pantalón. Encuentra dos montoncitos más.

El policía lo observa. Agacha la cabeza. Le pide a Jacques que se acerque.

—Le voy a permitir que haga una llamada telefónica, una sola —le dice, y a continuación arrastra hasta la esquina del mostrador un aparato de teléfono, recoge el dinero que hay sobre la mesa, lo esconde en un cajón bajo llave, y recuerda—: Solo una; tiene dos minutos. Dos.

Jacques marca un teléfono memorizado desde hace mucho tiempo, el de la casa de *mademoiselle* Beauchamp. La profesora de piano de sus hijos. Idolatrada por Henri y Jean. La llaman Mademoiselle. A secas.

Habla con ella.

Basta un minuto.

Jacques pregunta al gendarme la dirección. En vez de dársela, coge el teléfono y le suelta un par de nombres a Mademoiselle. Jacques, no acierta a entender, pero cree que le ha dicho que le da cinco minutos para que aparezca por la comisaría.

Se cumple el tiempo.

El gendarme hace un gesto de contrariedad.

—Salgan al patio —ordena finalmente.

Jacques no sabe cómo rogarle que prolongue la espera un par de minutos más.

—Al patio.

Se asoman los cuatro al patio donde se agrupan en rebaño cien, doscientos judíos. Se ha corrido la voz: aguardan a los camiones que les llevarán al Velódromo de Invierno. No han empezado a descender las pequeñas escaleras que comunican con el solar de tierra, cuando por detrás aparece la imagen fornida del gendarme que les acaba de atender, y, junto a él, el rostro circunspecto y horriblemente transfigurado de *mademoiselle* Beauchamp. La profesora de música besa a los niños, los abraza, y el policía le ordena que se retire con ellos.

—Váyase, rápido.

—¡Vaya a la embajada, pregunte por Rolland! —grita Jacques desde abajo.

Flor irrumpe en un sollozo roto mientras ve subir por la escalerilla a sus hijos, agarrándose al cuello de su marido, sus músculos fláccidos, entregada al desencuentro mortal…

La profesora de piano acude a la embajada española. Pregunta por el señor Rolland. Los niños, pegados a su falda. Asustados. Don Bernardo no está. Les atiende su secretario. El señor García Moutón. Mademoiselle le dice que son sobrinos de Daniel Carasso. García Mouton asiente repetidas veces con la cabeza. No les deja entrar. Parece que tiene miedo, pero sus pasos, sus movimientos, son precisos. Está seguro de lo que tiene que hacer. Como si lo hubiera hecho muchas otras veces. Sale a la calle y abre la portezuela de un coche, un Peugeot de color negro estacionado junto a una cafetería, L’Orient. Mademoiselle y los dos niños se apretujan, abrazados, en el asiento trasero.

El coche avanza lentamente por las calles de París…

Hay soldados alemanes por todas partes.

García Moutón echa mano de la cartera, de sus credenciales diplomáticas que guarda en el bolsillo interior de la chaqueta. Una hora después, el coche enfila una carretera sinuosa, se adentra en un bosquecillo de sauces. Se detiene a la entrada de una casa con trazas de haber sido hotel. Un hotel, o fonda, en cualquier caso modesto. Muy modesto. Al secretario del cónsul lo atiende una mujer. Otra vez la misma impresión: García Moutón conoce a esa mujer de otras veces.

—Ella les cuidará —dice a Mademoiselle nada más bajar del vehículo. Y antes de despedirse, añade—: Yo mismo les traeré dentro de unos días los papeles para que los niños puedan llegar a España.

—¡Ellos tenían salvoconductos! —exclama la profesora.

—Han sido incautados por los alemanes, pero no se preocupe; les haremos otros.

Días después, *mademoiselle* Beauchamp revelará a los niños que están en un pueblecito, a unos cuarenta kilómetros al sur de París, que se llama Saint Germain-en-Laye. Y les contará historias fantásticas. Por ejemplo, que en el viejo castillo del pueblo con ojivas góticas en sus cúpulas, que ellos ven desde el balcón de la habitación que ocupan, creció quien sería más tarde rey de Francia con el nombre de Luis XIV. Pero, sobre todo, a Mademoiselle le encantará repetir, una y diez veces, que por las calles de ese pueblo corrió de niño uno de los músicos más célebres del mundo, Claude Debussy, que de mayor se inspiró en sus paisajes y recitaba en voz alta, perdido en sus frondosos bosques, poemas de Verlaine y Baudelaire. «¿Sabíais que Debussy era también profesor de piano, como yo?».

Los padres de Henri y Jacques aguardan, mientras, en el Velódromo de Invierno a ser trasladados al campo de concentración de Auschwitz. No se han visto desde que sus hijos desaparecieron de la mano de Mademoiselle. Jacques ha preguntado varias veces por ella a los policías del velódromo. Nadie contesta.

Las mujeres han sido separadas de los hombres.

También Jacques y Flor harán el viaje por separado hasta Auschwitz.

Jacques creerá, desde una de las ventanas en el barracón que ocupa, adivinar que ha visto a su mujer algún día por la mañana entre las que cruzan la avenida de la muerte en dirección al crematorio.

Mademoiselle Beauchamp nunca contará a sus alumnos la historia de sus padres. Dos semanas después, García Moutón aparecerá en Saint Germain-en-Laye como una de esas palomas blancas que los magos esconden en un pañuelo. Les entregará los nuevos salvoconductos y les llevará a la estación. La profesora de piano no se separará de los pequeños hasta que, en el andén de la estación de Hendaya, los niños reconozcan a distancia la figura de su tío Mario. Correrán hacia él, y Mademoiselle les dirá adiós con un pañuelo blanco humedecido por las lágrimas.

Al día siguiente, Mario Botton y sus dos sobrinos llegan a la estación de Barcelona. Al final del andén, les aguardan Juana Carasso y su hijo Mauricio, que está deseando ver a sus primos y

no hace más que dar saltos, asomándose por entre las cabezas de los taciturnos viajeros. Juana no ha dejado de llorar desde que, por los altavoces de la estación, se ha anunciado la llegada del expreso procedente de Bilbao-Zaragoza. Desde el vestíbulo de la estación, llegan los cánticos juveniles y estridentes de un grupo de coros y danzas de la sección femenina de la Falange. Algunos viajeros se detienen ante las bailarinas y aplauden. Las notas musicales se expanden a lo largo del andén y se enredan en el humo que exhala la máquina de vapor. Juana es la primera en ver a su marido, avanzando sonriente; lleva de la mano a sus sobrinos. Les sigue un mozo, que carga con el equipaje. De improviso, Mario Botton suelta a Enrique y Juanito, que corren hacia su tía con los brazos abiertos. Mauricio les observa en silencio sin saber qué decirles, distante por fuera, conmovido por las lágrimas de su madre, que no suelta a los hijos de Flor, abrazados a su cintura. Finalmente, para llamar su atención, les dice, alborozado:

—¿Sabéis que la fiesta que se ha organizado es en vuestro honor?

Dolor

Se sucederán los días infames, los más infames, y Daniel Carasso Muzafia estará muy lejos. Toda su vida le perseguirá el eco reptante de ese dolor inaudible. Se hará cuerpo, en él, el dolor de su hermana Flor. Su llanto, el que la rompió por dentro cuando abrazó por última vez a sus hijos y estos subieron las escaleras de aquel patio cogidos de la mano de *mademoiselle*.

El dolor le abre a diario el escenario salvaje en el que sus hermanos y sobrinos se enfrentan a los lobos.

¿Qué emisora de radio difundió la noticia que escuchó Norbert Lafont?

Cree imagina desde el lecho a su querido amigo abandonar el despacho de la empresa y acudir a una comisaría después de apagar la radio. Le ha llegado la noticia de una deportación. Le han dicho que dos amigos suyos… Se entrevista con altos mandos. Policías títeres que llaman al Ministerio del Interior en Vichy. No le hacen caso. Cuando sale a la calle, dos *boches* le escupen en la cara. Pobre Norbert…

—Pobre hermana Flor…

—Señor, decía algo…

Él estaba en Nueva York. Por aquellos días negociaba con unos griegos desahuciados la compra de un local. De su empresa. ¿Oxigala? No recuerda bien. Cree que sí. Estafadores. Quizá fue unos meses después. Su suegro le había ocultado la tragedia. En aquel antro empezó de nuevo a ser empresario.

—Oxigala…

—Qué dice, señor Carasso.

—Allí empezó todo de nuevo, María. Oxigala… Baruch.

—Sí, señor.

—Covo, mi suegro…

—Sí, don Daniel. Tranquilícese.

—Recuerdo que me agarró del brazo. Salí a la calle con él. Anduvimos decenas de metros en silencio. Yo intuía que pasaba algo. Él miraba al suelo. Me lo dijo. Tu hermana Flor… Su trágico destino en un camión que la condujo a una prisión desconocida, en tránsito, y luego al Konzentrationslager Auschwitz-Birkenau. Me dijo el nombre completo. Se grabó a fuego en mi mente… En la suya también.

—¿Cómo dice?

—¡Auschwitz, maldito!

—Don Daniel…

—La gasearon.

—Tranquilícese.

—Murió en una de sus horribles cámaras de gas. No sabía más. Norbert Lafont se lo había dicho. Le había llamado hace días. Pero Pepo no quiso decírmelo. Aguantó en silencio días. Semanas. No sé más…

Cierra los ojos. Se desvanece. Abre los labios resecos.

—¡Señor! ¡Jacqueline! —grita María López.

—Los niños… —susurra Daniel, entreabriendo los ojos.

—¡Jacqueline!

—La profesora de música. Los pequeños la llamaban Mademoiselle. Era un ángel. Mi suegro me lo contó. Mario los aguardaba en la estación de Hendaya… Y luego en Barcelona, Juana, llorando. Los acogió en su casa. Juana los bañó. Mi suegro me dijo: «Están bien…».

Jacqueline le inyecta en vena un sedante.

Súbitamente, se amuerma. El pequeño Mauricio, supo más tarde, juega con sus primos en el parque Turó de Barcelona. Enrique y Juan le preguntan por su padre. Mauricio les dice que camina por la nieve en un coche tirado por renos y que pronto llegará a Barcelona…

—Los días infames, María. ¿Qué sabe Roosevelt de la infamia?

—¿Se encuentra mejor?

—Sí…

—La historia más perversa. La más turbadora.

—Sí, señor.

Daniel Carasso Muzafia mira hacia el techo.

—Unos meses antes murió Estrella —dice.

—¿Su abuela?

—Sí… Fue en enero de 1942, me dijeron. Tampoco pude asistir a ese final. El final de todos… Se derrumba la estatua de corazón ardiente que, durante siglos, estuvo en el centro de la indestructible Salónica… Estrella es Salónica.

—No lo sabía, don Daniel —dice María.

—La enterraron en Bayona. Ella lo quería así. Deseaba que la enterraran junto a su hijo Isaac, mi padre. El hombre más venerable de la tierra. Quería estar junto a su hijo…

—Sí, don Daniel —dice María. Acaricia su frente.

Daniel sigue mirando al techo. Lo traspasa con los ojos. Aprieta con su mano la figura del jinete al galope de la dinastía Tang.

—Yo acudí al poco de regresar de Estados Unidos. Sus tumbas eran grises. Había un mar de tumbas… Un cerco rectangular, el muro de una prisión. Fue a finales de 1945. Nada más terminar la guerra. Es lo primero que hice. No pude visitar la tumba de Flor… Su vida es la del dolor que aún siento. El dolor no descansa nunca… Es como el miedo, María. Pero sí visité las de Bayona, la de mi abuela, junto a su hijo. Parecía que caminaban cogidos de la mano mirando al cielo desde la tierra…

—Duerma un poco.

—María…

—Señor…

—Hay maletas llenas de miedo y maletas llenas de dolor. Han sido mi equipaje en la vida… Tuve suerte de tener siempre a alguien que me ayudara a cargar con ellas.

Sigue apretando con la mano la pequeña estatua del samurái al galope. Cierra los ojos. Dentro, se le abre un nuevo paisaje…

15

Jacques Levi vive. Hace tres años que está condenado a trabajos forzados en una planta de goma sintética a la que los alemanes llaman Buna, en Moscowitz, a tres kilómetros del campo de concentración de Auschwitz, bajo la autoridad implacable del Obersturmbannführer Liebehenschel. Le han obligado a aprenderse de memoria el nombre del jefe. Jacques Levi se levanta al amanecer y se integra en la columna de prisioneros que camina en dirección a la fábrica.

Un polaco sin nombre le ha dicho que lo que ellos producen con sus manos es un caucho sintético inventado por los *boches*. Llegará a saber el nombre del producto: butadieno… «Un invento diabólico».

Apenas come. Apenas puede mantenerse en pie. Lo sostiene la esperanza de ver algún día a sus hijos. Tienen que estar vivos, piensa en las noches heladas bajo el techo de su barracón…

Han llegado nuevos prisioneros.

Le sorprende que algunos de ellos procedan del campo de Gurs. Recuerda que su suegro estuvo por allí. Lo contaba… Con los trenes que llegan de Salónica, Jacques Levi pierde toda esperanza. De escapar, de que todo acabe, de morir… Qué importa seguir viviendo. Las tinieblas del exterminio cubren toda Europa. Recuerda las palabras de Flor: «Las llamas del devorador incendio no prendieron en nuestro olivo de Salónica». Se lo dijo en el camión que los condujo al Hipódromo de Invierno. Luego la perdió de vista para siempre.

Aquellos trenes procedentes de Salónica, atestados de compatriotas, le traen el final de una historia y el reencuentro con una memoria disuelta en el fango de la barbarie. El primero de ellos se detiene de madrugada. Los vagones permanecerán cerrados hasta unos minutos antes de que a él lo conduzcan a la fábrica de Moscowitz. Vuelve la cabeza atrás para ver a hombres y mujeres saltar alocadamente desde las plataformas, por si identifica a alguien. Imposible reconocerlos: están en los huesos. Caen al suelo sin fuerzas para levantarse. Quien pide ayuda para hacerlo, recibe en la frente un disparo seco de pistola. Grupos de *boches* aguardan a que los vagones se vacíen para entrar y sacar a quienes han muerto durante el viaje. Los arrojan al remolque de un camión con el motor en marcha, encarado el morro ante el gran foso humeante de incineración. Durante todo el día llegarán otros trenes. Jacques Levi escucha desde la fábrica de goma los estruendosos chirridos de las locomotoras al frenar. Son cuarenta mil sus compatriotas deportados. Ahora entiende por qué, durante los últimos días, se ha duplicado la llegada de los camiones del ejército que transportan las latas de gas Zyklon B desde la empresa Degesch. Él los ha visto desde el ventanuco al que tiene acceso desde el jergón. La mayoría de sus compatriotas apenas tienen tiempo de asentarse en los barracones. Nada más llegar, los llevan hasta los *aseos*

subterráneos, donde se desnudan. Los aseos están conectados con los baños en los que serán gaseados. Jacques tendrá la oportunidad de hablar con uno de los escasos supervivientes —ha sido declarado útil para trabajar— mientras camina, al amanecer, hacia la fábrica de Buna. Se llama Simón. Hablan en judeoespañol. Simón le dice que en Salónica quedaron seiscientos sefardíes protegidos por el consulado de España en Atenas, considerados españoles de pleno derecho, a quienes los alemanes deportarán, «es de suponer que ya lo habrán hecho», al campo de Bergen-Belsen. «Ellos aún tienen la esperanza de ser liberados, reclamados por las autoridades franquistas». Simón morirá de hambre semanas después. Ninguno de los dos sabrá que solo medio centenar de los sefardíes de Salónica deportados a Bergen-Belsen logrará llegar a España.

Una mañana gélida de finales de enero, los *boches* han huido hacia los bosques, aullando como lobos perseguidos por avezados cazadores con escopetas de cañones recortados…

El 27 de enero de 1945 aparece por la entrada del campo de exterminio, junto al pabellón del Obersturmbannführer, un tanque con la bandera roja tremolando en su torreta, y detrás dos camiones cargados de soldados bolcheviques que gritan alborozados con sus puños cerrados al viento… Les abren las puertas de los barracones y se les quedan mirando, como diciendo: «¿Y ahora qué…?».

Jacques Levi sabe en ese momento que está libre. Pero, «¿y ahora qué? ¿Me dejarán regresar a Francia, a España?». La guerra no ha terminado. Los rusos lo dicen: hay más de quinientos kilómetros hasta Berlín.

Entonces, los bolcheviques meten a los judíos liberados en un tren. Como son siete mil los que quedan en el campo, la mitad de ellos espera a otro tren. Los deportan a Moscú. El viaje es largo. La comida, escasa. Algunos se mueren de hambre en el camino. No sabe qué es peor. Si vivir bajo el techo del barracón y trabajar en la fábrica de Buna o apretarse junto a dos cuerpos de polacos que desprenden un olor nauseabundo y alimentarse de su aliento. En Moscú, los soviéticos los llevan a centros de acogida. Así los llaman. «Hoteles», dicen. Palacios derruidos. Edificios gigantescos de arruinada arquitectura. Les dan cobijo y hacen lo que pueden. Ellos también lo están pasando mal. Una sopa por la mañana. Con verdura. Coles. Algún polaco bromea. «Supongo que no será la sopa que dan a los alemanes para provocarles disentería…». No. «Se cagaban encima mientras desfilaban el otro día por la plaza Roja, cabrones…». La sopa y un pedazo de pan duro constituye el único alimento para los deportados judíos, que se acomodan sobre mantas tendidas en el suelo de las habitaciones, en los pasillos, en los despachos. Son como una plaga de cucarachas invadiendo todos los rincones de un caserón… Los bolcheviques los desprecian.

Pasan varios meses.

Cierto día, a media mañana, el edificio donde se encuentra Jacques Levi recibe la visita de una ilustre dama. Se llama Clementine Hozier. Pero los soviéticos dicen que se trata de «la mujer de Churchill». Curiosamente, todo el mundo sabe que Churchill es el premier británico, socio de Stalin «en este asunto de la guerra que se llevan entre manos». Clementine, *lady* Clementine, como la llama uno de los jefes militares que la acompañan en su visita, acude al centro de acogida de refugiados en calidad de presidenta del Fondo de Ayuda de la Cruz Roja para Rusia. De ahí su bata blanca de enfermera con la cruz de la bandera suiza en una de las mangas, y su

graciosa cofia, y la perenne y benefactora sonrisa que reproduce, enfática y beatíficamente, cada vez que tiende la mano a uno de los deportados.

Resulta que ninguno de los judíos acogidos del grupo al que pertenece Levi habla inglés, y el jefe militar que acompaña a *lady* Clementine pregunta si alguien puede hacer de intérprete para poder entenderse con quien ha sido nombrada recientemente Dama de la Gran Cruz del Imperio Británico. Al militar ruso le importa un bledo el título, pero le gustaría entenderse con la elegante señora ante aquella pobre gente…

Jacques Levi levanta la mano. Él habla inglés. Así que el cuñado de Daniel Carasso se integra en la comitiva oficial que visita el pabellón de refugiados. La verdad es que poco puede hacer porque, desde luego, desconoce el ruso, aunque puede decirse que, sin dominarlo, sí se atreve con el polaco. Tres años de cautiverio entre judíos polacos dan para mucho. A *lady* Clementine le impresiona la extrema delgadez del intérprete. Probablemente se pregunta de dónde puede extraer fuerzas para seguir hablando.

—¿De dónde es usted? —le pregunta.

—Soy francés, señora. Tengo pasaporte griego. Mi corazón es español. Soy judío sefardí. Mis abuelos se asentaron en Salónica, cuando era turca. Es una larga historia como ve…

—¿Tiene familia?

—Sí, señora.

—¿Mujer e hijos?

—Creo que mi mujer murió en Auschwitz, señora. Es probable que mis hijos se salvaran. Gracias a un cónsul español que Dios puso en nuestro camino. Creo que mis hijos están en Barcelona.

Lady Clementine hace un gesto al militar que la acompaña. Está confusa. «Esta historia que me cuentan». Esta gente. No entiende qué ocurre.

—¿Y qué hace usted aquí, señor? —pregunta contrariada, impresionada.

—No lo sé, señora —responde, fríamente, Jacques Levi.

—¿Por qué no regresa a casa?

—Porque no me dejan, señora —responde, mirando a los rostros que observan circunspectos sin entender una palabra.

Días después, un oficial del ejército soviético se presenta en el centro de acogida y pregunta por el refugiado sefardí Jacques Levi. Lo localizan. Le dan de comer doble ración de sopa con coles. Lo visten. Le meten unos rublos en uno de los bolsillos de la chaqueta y lo conducen a la estación central de Moscú. Unas horas después, Jacques Levi sube a un tren que lo desplaza hasta el puerto de Odessa, en el mar Negro. Lo aguarda en la estación un vehículo con dos hombres vestidos de paisano. Sube al coche. Media hora más tarde se asoma a la cubierta de un mercante inglés que zarpa del puerto al anochecer. No sabe dónde está. Tiene hambre. Seis días después, el barco atraca en el puerto de Barcelona. Jacques Levi apenas se sostiene en pie cuando baja por la escala tendida sobre el dique. Se apoya en el brazo de un marinero. Se detiene unos minutos cuando siente que sus pies tocan tierra firme. Está en España. ¡Su tierra del alma!, piensa. Ve un hombre acercarse desde lejos. A paso ligero. Cuando está frente a él, distingue el rostro bondadoso de su cuñado Mario.

Jacques Levi le ruega a Mario Botton que no diga nada a sus hijos hasta recuperarse y pueda presentarse ante ellos dignamente. Repite, alzando la cabeza: «Dignamente…». Pesa treinta y seis kilos.

Flor

Algo le impide recordar con la intensidad que él desea el reencuentro, al poco de regresar de Nueva York, con Jacques Levi en Barcelona. Es en casa de Mario. Un abrazo largo, las miradas turbadas. Pero, sobre todo, la sensación de sentir en el cuerpo de su cuñado el calor del de su hermana Flor pegado a su ropa, a su piel, a su memoria. Basta imaginarlo. Apenas puede retener esa levedad conmovida en su lecho de moribundo. Jacques parecía haberse recuperado.

Cierra los ojos, escucha afuera —Daniel Carasso Muzafia cree que es afuera—, en el bulevar, pero podría ser lejos, muy lejos, o tal vez muy cerca, sobrevolando el lecho, un susurro apaciguado de sonidos que se funden formando una melodía inédita: un gorjeo de gorriones, el roce de la luz al deslizarse en línea recta, el último zumbido del atardecer escurriéndose a través de los objetos, atravesando los cristales de la ventana del dormitorio. Sí, es una melodía que surge de un instrumento musical desconocido…

El enigmático fenómeno que oye adquiere consistencia poco a poco. Se expande por la repisa del *bureau*, alumbra la funda nacarada de la estilográfica Mont Blanc, la impresión «2009» en su agenda, los pliegues de las sábanas que lo envuelven; se balancea en el perfil de su prominente nariz ligeramente encorvada, reposa sobre su mano izquierda tendida, ingrávida, en el costado, tan hinchadas las venas que parece que vayan a reventar, sobre las uñas de los dedos, que han adquirido el tono desvaídamente azulado de las hortensias cansadas de tanto sol. Definitivamente, el dormitorio se ha llenado de un aire sustanciado por la presencia de ese resplandor sin identificar.

Él percibe una tranquila agitación interior cuando aprieta con su mano derecha las hendiduras del samurái al galope mientras imagina, con sus ojos cerrados, que tal vez el susurro que le llega y la luz que lo abriga provengan del interior de la estatuilla, del fuego del horno en el que se ha cocido su barro. Mueve los labios, resecos, y susurra, sin despegarlos: «Quizá sea el vuelo del alma del artista que la concibió, que se ha escapado de la obra y atravesado la cortina de esmalte». Pero el samurái al galope está frío. El esmalte que lo cubre hiela su mano…

Aterrado, abre los ojos.

—María… —Tiemblan sus labios.

—Sí, señor…

—Quería decirle… —respira fatigosamente.

—Sí, don Daniel…

—Decirle…

—Sí…

—No pude encontrar los restos mortales de mi madre… —Musita con desasosiego—. Hurgué en la tierra y no los encontré…

—Descanse, don Daniel —responde María, dulcemente. Acerca su cabeza. Acaricia la frente del anciano. Musita en su oído, otra vez—: Descanse…

—Yo sabía dónde estaba… —Eleva la voz y traga saliva—: Había puesto una piedra en su tumba…

—Sí… —asiente María, a punto de llorar.

—Todo estaba revuelto en la tierra… La piedra había desaparecido. Hurgué… Me confundí de tumba. Yo quería depositar sus restos junto a los de mi padre. María… No logré dar con ella para que pusiera otra vez sus manos sobre mi cabeza…

—No importa —dice María—. Su padre y su madre disfrutan de la paz…

—Y también… También quise encontrar las cenizas de Flor… La hermosa Flor de mi familia…

Le cuesta abrir del todo la mano. Lo hace compulsivamente, y suelta la estatuilla del samurái de la dinastía Tang, que galopa sobre el costado derecho de la sábana y se despeña en el vacío, imperiosa, ineluctablemente arrastrada por la leve sacudida que provoca el descuido del Hornero cuando deja de atizar el fuego de la vida.

Después, en tiempos de paz

Nada más finalizar la Segunda Guerra Mundial, Daniel Carasso Muzafia regresa a Francia. Alternará la dirección de sus empresas viajando a España y a Estados Unidos.

En 1947, nace en Nueva York su hija, Marina Carasso Covo.

Daniel Carasso reconoce el admirable trabajo de Norbert Lafont y Luis Portabella en Francia y España, durante la Segunda Guerra Mundial, nombrándoles presidentes de Danone-Francia y Danone-España. Él ostentará la presidencia de honor de ambas, aunque seguirá ejerciendo labores de dirección.

A finales de la década muere José Covo en Nueva York.

En 1967, Danone se fusiona con Gervais. Seis años después, el Grupo Danone-Gervais se fusiona con la empresa BSN, fabricante de cristales y botellas, y en 1973 se llega a un acuerdo de participación en el accionariado con Danone-España.

A partir de ese año, la multinacional se consolida en Europa, amplía su presencia en Estados Unidos y acomete su expansión en Asia. Con la caída del Muro de Berlín, se implantará en Europa Central y Oriental.

Jacques Levi muere en Barcelona en 1989. Está enterrado en el cementerio judío de Les Corts, en Barcelona. Su hijo Henri Levi Carasso vive en Luxemburgo. Su hijo Jean Jacques, en Andorra.

Es en 1994 cuando el grupo Gervais-Danone-BSN decide unificar su denominación bajo el nombre más reconocido internacionalmente: Danone. A partir de entonces, se le llamará Grupo Danone.

En 2008, el volumen de ventas del grupo supera los quince mil doscientos millones de euros. En 2009 empleaba a casi noventa mil trabajadores.

Mario Botton Carasso muere en Barcelona el 9 de mayo de 2003. Unos años antes lo hizo su esposa Juana. Ambos están enterrados en el cementerio judío de Les Corts, en Barcelona. Su hijo Mauricio vive en Barcelona.

Seis años después, muere en París Daniel Carasso Muzafia. Fue enterrado junto a su esposa, Nina Covo, en el cementerio de Pressagny-l'Orgeuilleux, Normandía.

En 2010 se crea la Fundación Daniel y Nina Carasso, para financiar proyectos relacionados con la alimentación, para «mantener la vida», y con el arte, «para enriquecer el espíritu». La preside su hija Marina Carasso Covo.

Agradecimientos

Probablemente en pocas ocasiones pueda tener tanto sentido el recurso de que «este libro no habría podido escribirse sin la colaboración y la ayuda de otras muchas personas». La expresión de mi gratitud es el mínimo gesto que puedo hacer ante cuanto ha significado para mí contar con el afecto y generosidad de tantos amigos durante el largo proceso de elaboración de *El olivo que no ardió en Salónica*. Mi agradecimiento, en primer lugar, a quienes me brindaron su colaboración desde sus puestos en embajadas y legaciones diplomáticas: a Fernando Riquelme, oriolano, exembajador de España en Polonia y Suiza y Cónsul en Pau, de quien guardaré siempre, emocionadamente, el recuerdo de acompañarme al cementerio de Bayona; a Cristian Font, consejero de la embajada de España en Atenas; y a Samuel Nahmías, cónsul honorario de España en Tesalónica. El viaje a Salónica me brindó la ocasión de conocer a Rena Molho, sefardí, brillante intelectual, autora de decenas de libros y profesora en la Universidad de Atenas. Inolvidable fue nuestro primer encuentro en el hotel Bristol, en una tórrida mañana de agosto: «Qué alegría encontrarte con alguien de tu misma sangre», fueron sus primeras palabras. Mis viajes a Barcelona y mis incipientes rastreos en la vida de los Carasso contaron siempre con la eficaz e infalible ayuda de Rafael Salinas, estudioso de la genealogía familiar, con quien descubrí las huellas de Daniel Carasso en Palau Sator. En esos primeros e imprecisos compases conté con la orientación de Pere Portabella, productor de cine, hijo de Luis Portabella, amigo personal de Daniel Carasso. Gracias también a Luis Bassat, publicista de origen sefardí y amigo de la familia Carasso, por el amable trato que me dispensó y la utilidad de su información; a José Guerra, periodista, por su eficaz aportación como documentalista; a Adela Rubio, escritora especializada en temas sefardíes, la primera persona que me ilustró sobre aspectos que desconocía del complejo mundo sefardí; y a Víctor Sorenssen, director de la comunidad israelita de Barcelona. Nunca habría logrado adentrarme en el conocimiento del *Lactobacillus bulgaricus* sin el asesoramiento puntual de Alejandro Mira, uno de los más relevantes bacteriólogos españoles en la actualidad. Como nunca habría logrado acceder a los luminosos atajos que te llevan hasta el final del camino sin la fervorosa sintonía que encontré en Pilar Mallada, hostelera de un pequeño paraíso en el corazón de los Pirineos. Gracias a ella pude conocer a la entusiasta y desprendida Marta Blasco, enfermera y amiga de Juana Carasso. Todos los obstáculos —muchos, tal vez demasiados— que me salieron al paso fueron sobradamente recompensados el día en que abracé a Mauricio Botton Carasso, nieto de Isaac Carasso Nehama, y a su esposa, Carlota, en Barcelona. Con ellos, con los que contacté por la mediación de Paolo Miceli, viví uno de los momentos más emotivos de mi vida. Como lo fue el instante en que escuché la voz de Enrique Levi, también nieto de Isaac, que me hablaba desde Luxemburgo con la voz entrecortada cuando pronunciaba el nombre de su madre, Flor, muerta en Auschwitz. Gracias, por último, a mis editoras, Berenice

y María, por su paciencia y comprensión; a Alicia, mi agente literario, por darme ánimos en momentos difíciles; y a Isabel, que siempre estuvo a mi lado.

Bibliografía

Libros

ARGULLOL, Rafael, *Visión desde el fondo del mar*, Acantilado, Barcelona, 2010.

AVNI, Haim, *España, Franco y los judíos*, Altalena, Madrid, 1982.

AYOUN, Richard, *The Judeo-Spanish people. Itineraries of a Community*. Traducción al judeo-español por el profesor Haïm-Vidal Sephiha, Foundation pour la Mémoire de la Shoah, Museo Judío de Tesalónica, 2003.

BERTHELOT, Martine, *Memorias judías (Barcelona 1914-1954)*, Ríopiedras, Barcelona, 2001.

DEVILLE, Patrick, *Peste y cólera*, Anagrama, Barcelona, 2014.

GARZÓN JACOBO, Israel, *Los judíos de Cataluña*, Hebraica Ediciones, Madrid, 2007.

GELBER, Nathan Michael, *An attempt to internationalize Salonika*, Indiana UniversityPress, Bloomington, 1955.

LISBONA, José Antonio, *Retorno a Sefarad. La polítical de España hacia sus judíos en el siglo xx*, Ríopiedras, Barcelona, 1993.

MIGUELSANZ ARNALOT, Ángel, *The Ritz*, Lunwerg, Barcelona, 1994.

MOLHO, Rena, *Salonica and Istambul. Social, Political and Cultural Aspects of Jews Life*, The Isis Press Istambul, Estambul, 2005.

—, *The Memoirs of Doctor Meir Yoel*, Isis Press Istambul, Estambul, 2011.

MOLHO, Rena y HASTAOGLOU-MARTINIDIS, Vilma, *Jewis Sites in Thessaloniki*, Lycabettus Press, Atenas, 2009.

PULIDO, Ángel, *Españoles sin patria y la raza sefardí*, Establecimiento tipográfico de E. Teodoro, Madrid, 1905.

ROMERO, Elena, *Entre dos (o más) fuegos. Fuentes poéticas para la historia de los sefardíes de los Balcanes*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2008.

ROTHER, Bernd, *Franco y el Holocausto*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2005.

SUQUÉ, Antonio, *En el desplome de Europa*, Editorial Teide, Barcelona, 1954.

TORRES, Félix y LABASSE, Pierre, *Memoire de Danone*, Le Cherche Midi, París, 2003.

TOUSSAINT, Didier, *Le génie de Danone*, Descartes & Cie, París, 2012.

VASSILIKOS, Vassilis, *Images of the Jewish Community. Salonika 1897-1917*, Kapon Editions, Atenas, 1993.

Documentos

Cheney revive la guerra permanente de Parvus, por Jeffrey Steinberg, Allen Douglas y Rachel Douglas, EIR, Estudios Estratégicos.
Españoles en los Bajos Pirineos: exiliados republicanos y diplomáticos franquistas ante franceses y alemanes (1939-1945), por Encarna Nicolás Marín y Carmen González Martínez, Universidad de Murcia, 2001.
Fronteras y mestizajes. Sistemas de clasificación social en Europa, América y África, por Monserrat Ventura, Universitat Autònoma de Barcelona.
Historia de Salónica, por Rena Molho.
Historia del consulado español de Salónica, por Jiménez Ugarte, embajada de España en Atenas.
Judíos aragoneses en Salónica, conferencia de Adela Rubio Calatayud en la Diputación Provincial de Zaragoza, 2012.
«La deportación en 1943 de la comunidad sefardita de Salónica», por Emilio Sáenz-Francés San Baldomero, revista *Aportes*, 2011.
«La españolidad de Danone nunca caducó», por Javier Gómez, diario *El Mundo*.
La expulsión de los judíos y el retorno de los sefardíes como nacionales españoles. Un análisis histórico, por Celia Prados, Universidad de Granada.
Recetas sefardíes, por Adela Rubio Calatayud.
Recuerdos y reminiscencias catalanas y aragonesas de Salónica a traverso la historia, por Isaac R. Molho.
Yogur: elaboración y valor nutritivo, por R. Condony, A. Mariné y M. Rafecas, Facultad de Farmacia, Universidad de Barcelona.

Hemerotecas

Diario *ABC*, Madrid.
Diario *La Vanguardia*, Barcelona.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Manuel Mira Candel, 2015
© La Esfera de los Libros, S.L., 2015
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid

Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2015
ISBN: 978-84-9970-410-6 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.